

SYBIL

Flora Rheta Schreiber

A mis padres,
Esther y William Schreiber,
cuya memoria es una morada
de todos los recuerdos
y gratos pensamientos.

El árbol familiar

Jerarquía de las 16 personalidades

Relación de personalidades y fecha de "nacimiento"

Sybil Isabel Dorsett (1923): una persona vacía; la personalidad primaria.

Victoria Antoinette Scharleau (1926): apodada Vicky; una rubia con mucha seguridad en sí misma, sofisticada y atractiva; continuidad memorística de las personalidades de Sybil.

Peggy Lou Baldwin (1926): una adolescente dogmática, entusiasta y a menudo irritada, con nariz respingona, pelo cortado al estilo paje y una sonrisa malévola.

Peggy Ann Baldwin (1926): contrapartida de Peggy Lou con características físicas similares; se muestra más a menudo temerosa que irritada.

Mary Lucinda Saunders Dorsett (1933): una persona meditabunda, contemplativa, maternal, amante del hogar; es obesa y tiene el cabello largo y castaño oscuro, peinado hacia un lado.

Marcia Lynn Dorsett (1927): a veces su apellido es Baldwin; escritora y pintora, tremendamente emocional; tiene un rostro en forma de escudo, ojos grises y cabello castaño con raya a un lado.

Vanessa Gail Dorsett (1935): intensamente dramática y tremendamente atractiva; una pelirroja alta de esbelta figura, ojos marrón claro y un expresivo rostro ovalado.

Mike Dorsett (1928): una de las dos personalidades masculinas de Sybil; carpintero y ebanista; tiene la piel aceitunada, cabello oscuro y ojos marrones.

Sid Dorsett (1928): la otra personalidad masculina de Sybil; es carpintero y se encarga de todo tipo de reparaciones; tiene la piel clara, cabello oscuro y ojos azules.

Nancy Lou Ann Baldwin (fecha sin determinar): interesada en la política y en la consecución de las profecías bíblicas, e intensamente temerosa de los católicos; delirante; sus características físicas se parecen a las de Peggy.

Sybil Ann Dorsett (1928): despistada hasta llegar a la neurastenia, pálida y tímida, con cabello rubio ceniza, rostro ovalado y nariz recta.

Ruthie Dorsett (fecha sin determinar): una niña; se trata de una de las personalidades menos desarrolladas.

Clara Dorsett (fecha sin determinar): intensamente religiosa, critica intensamente a la Sybil de la vida real.

Helen Dorsett (1929): muy temerosa, pero determinada a lograr su realización; tiene

cabello castaño claro, ojos color avellana, nariz y labios delgados.

Marjorie Dorsett (1928): serena, vivaz y de risa fácil; una bromista; es una morena pequeña y bien parecida con piel clara y nariz respingona.

La Rubia (1946): sin nombre; una quinceañera perpetua; tiene cabello rubio rizado y voz cantarina.

La Nueva Sybil (1965): la decimoséptima personalidad; una amalgama de las otras dieciséis.

Agradecimientos

Debo dar las gracias a James Palmer por sus comentarios, tan útiles, acerca de ciertas partes del manuscrito; a la antropóloga doctora Valentine Winsey por sus valiosas sugerencias; al doctor Donald H. Riddle, Decano de la Facultad John Jay de Derecho Criminal, por su constante apoyo; a Melvin Herman, Secretario Ejecutivo de la Asociación Nacional de Hospitales Psiquiátricos Privados, que me presentó a la doctora Wilbur; al reverendo Eric Hayden, de la iglesia de San Andrés, de Newark, por seguir algunas pistas cruciales: al profesor Leo C. Loughrey, por su información legal sobre el capítulo 5; a John Schreiber por su inquebrantable entusiasmo por el proyecto; a ese leal grupo de trabajadores en la máquina de escribir que dedicaron un número, aparentemente interminable, de horas, no sólo a mecanografiar el manuscrito sino también a simpatizar con la autora: Natalie Parnass, Margaret Schoppe, Janet Ludorf Küby, Shirley Sulat, Anne Henri y Haydee Davis; también a Haydee que, junto con su esposo George Thomas, rescataron a la autora, cargada de documentos, de Lexington, Kentucky; a Patricia Myrer de la Mc Intosh & Otis por capear la tormenta desde 1962; y, por encima de todo, a la doctora Cornelia B. Wilbur y a Sybil I. Dorsett, quienes hicieron que todo esto fuera posible.

También he discutido el caso de Sybil con miembros tan notables de la fraternidad psiquiátrica como son el doctor Karl Menninger, el doctor Murray Bowen, el doctor Harvey Kay, el doctor Lawrence Friedman, y el fallecido doctor Nathan Ackerman. El Doctor Herbert Spiegel, que hizo regresiones de edad con Sybil y la describió como «una histérica brillante», y dedicó varias horas a una valiosa discusión de este caso, que conocía de primera mano. El doctor Menninger, que nunca había tratado a nadie de la condición de Sybil, había, sin embargo, tratado casos de escritura automática, que considera una subclase de esta situación que da pruebas de la realidad de la misma. El doctor Bowen, cuya especialidad es la terapia familiar, estuvo particularmente relacionado con la constelación familiar en la génesis de la enfermedad.

Prefacio

Este libro entra en prensa unos diez años después de que conociera a la mujer a la que he dado el seudónimo de Sybil Isabel Dorsett. Sybil desea mantener el anonimato, y cuando lean su verdadera historia, comprenderán el porqué. Pero Sybil Isabel Dorsett es una persona real.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en una tarde de otoño de 1962, en un restaurante de la Avenida Madison de Nueva York. La doctora Cornelia B. Wilbur, psicoanalista de Sybil, había preparado este encuentro para que pudiera conocerla.

Sybil parecía nerviosa y remota. Sabía que la entrevista era a propósito de su enfermedad. La doctora Wilbur y ella se hallaban embarcadas en uno de los más complejos y extraños casos de la historia de la psiquiatría: el primer psicoanálisis de una personalidad múltiple.

Hacía años que conocía este caso. A menudo se había cruzado mi camino con el de la doctora Wilbur, a causa de mi trabajo como directora de la sección de psiquiatría de la revista *Science Digest* y autora de artículos sobre temas psiquiátricos. De hecho, algunos de estos artículos habían sido acerca de sus casos.

La reunión había sido concertada por un motivo específico: la doctora Wilbur deseaba saber si me interesaría o no escribir acerca de Sybil. La doctora creía que no era suficiente presentar su caso, que era un verdadero hito en la historia de la profesión, en una revista médica, pues, además de su gran significado profesional, el caso tenía amplias implicaciones psicológicas y filosóficas para el público en general. Deseaba esperar a que finalizase el caso antes de aceptar irrevocablemente llevar a cabo el trabajo de este libro. Mientras tanto, Sybil y yo nos hicimos amigas. Teníamos en común numerosos intereses intelectuales y una indudable afinidad. Sybil se convirtió en una visitante habitual de mi apartamento. A menudo me hacía confidencias acerca de lo que había sucedido en sus sesiones de análisis, y lo que tenía lugar cuando estaba en mi casa, a menudo entraba luego en esas sesiones.

Gradualmente fue interesándome más y más la idea del libro. He escrito mucho, y he logrado una cierta fama con ello, acerca de temas psiquiátricos, y tengo sólidos conocimientos de psicología y psiquiatría. En 1962 ya había trabajado con muchos psiquiatras en sus casos. Incluso mis perfiles políticos, muchos de los cuales fueron escritos para revistas de gran importancia en el país, tenían una aguda orientación psicológica. Además, soy catedrática universitaria (actualmente en la Facultad John Jay, de Derecho Criminal, de la Universidad de la Ciudad de Nueva York). Mis especialidades académicas son el Inglés y la Dicción; ambas especialidades me prepararon para hacerme cargo del caso de Sybil. Además, había trabajado en el teatro, la radio y la televisión, había escrito relatos cortos y obras de teatro, y enseñado el arte de escribir en la Nueva Escuela de Investigaciones Sociales. Todos estos factores parecieron conjuntarse para hacerme desear transmutar los detalles clínicos de la historia de Sybil en un libro en el que pudiera captar el drama inherente en esta historia.

También deseaba escribir este libro a causa de mi amistad con Sybil y la doctora Wilbur, cuyo valor al tomar un sendero no explorado en el campo tan especial del análisis, me causaba una gran admiración. Sentía un gran respeto por la doctora Wilbur, una analista con impresionantes credenciales. Tenía una extensa clientela en Park Avenue y era miembro prominente de diversas organizaciones psiquiátricas, en especial de la Sociedad de Psicoanalistas Médicos y la Academia de Psiquiatría. Presidente de la Asociación Nacional de Hospitales Psiquiátricos Privados, también formaba parte del Comité de Investigación de la Sociedad de Psicoanalistas Médicos que preparó el importante volumen titulado *Homosexualidad: una visión*

psicoanalítica. Hoy, habiendo abandonado ya la práctica privada, la doctora Wilbur es catedrática de psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Kentucky.

Así que, tras conocer a Sybil y sus otras personalidades durante tres años, tomé la decisión de dedicarme a escribir este libro, e inicié la pertinente investigación formal. Las confidencias que había tenido con Sybil y la doctora Wilbur y mis contactos directos con las otras personalidades tenían que ser complementadas por una investigación sistematizada del caso, como un todo, y de la vida completa de Sybil. Leí ampliamente la literatura médica existente acerca de la personalidad múltiple, y discutí los aspectos generales del caso con otros psiquiatras, además de la doctora Wilbur. Exploré la odisea exterior de la vida de Sybil hablando con personas que la habían conocido en su ciudad natal del Medio Oeste, a la que llamaré Willow Corners, en Omaha y en Nueva York. También seguí literalmente los pasos que Sybil había dado durante sus extraños viajes como otra personalidad. Por ejemplo, en Filadelfia conté el número de pasos hasta la puerta delantera del hotel Broadwood.

Para desarrollar esta extraordinaria saga, que era un verdadero caleidoscopio, escalofriante y anonadador, de hechos fascinantes, primero tuve que desenmarañarla. Las claves para ello fueron surgiendo a través de una detenida exploración de cada uno de los documentos referentes a los once años de análisis que había sufrido Sybil. Estos incluían las notas diarias de la doctora Wilbur, apuntadas a lápiz en sus blocs de notas, durante las 2354 sesiones; los ensayos de Sybil, escritos como parte del sistema de tratamiento; y las grabaciones de aquellas sesiones de análisis que fueron tomadas con magnetofón. También estudié los diarios de Sybil, que había escrito desde su adolescencia hasta el primer año de análisis; cartas; informes familiares y clínicos; y los periódicos e historia de la ciudad de Willow Corners durante los años en que la familia Dorsett vivió allí.

Durante esos diez años, siete de los cuales los pasé activamente dedicada a este libro, me relacioné íntimamente con la doctora Wilbur y Sybil, y ambas, ya fuera separadamente o juntas, estaban dispuestas a «posar» para el retrato. Sin embargo, nuestros papeles eran bastante diferentes. Yo estaba volviendo a crear lo que Sybil había ya vivido y la doctora analizado. Pero tal vez jamás ningún autor se halló con unos personajes más colaboradores. De hecho, ellas mismas reafirmaban muchos aspectos del análisis, en respuesta a mis preguntas. Por otra parte, yo tenía la satisfacción adicional de ser capaz siempre de comprobar los hechos médicos del caso con una doctora con la que podía entrar en contacto mediante el teléfono más cercano.

Al leer el libro ya terminado, Sybil comentó: «Cada una de las emociones descritas es verdadera»; y la doctora Wilbur dijo: «Cada hecho psiquiátrico está representado exactamente.»

La verdadera historia de Sybil nos da una visión poco habitual de la mente inconsciente y abre puertas a nuevos conocimientos. Siendo una reflexión acerca de la psicología anormal y acerca de una extraordinaria trama de desarrollo, el caso de Sybil Dorsett nos da una nueva visión de lo que es normal. No sólo nos permite realizar una nueva observación del increíble poder de la mente inconsciente en su motivación del comportamiento humano, sino también una nueva visión de la dinámica de las relaciones familiares destructivas, los aterradores efectos de un medio ambiente estrecho y con grandes prejuicios religiosos, la identificación de una mujer con los hombres de su familia, y la negativa de la autorrealización. En términos de lo que no se debe hacer, la historia de Sybil es una maravillosa lección sobre el cuidado infantil. Además, en esta narración se hallan implícitas estas preguntas: ¿qué es la madurez?, ¿qué es una persona completa?

Igualmente, la historia de Sybil ilumina el papel de la mente inconsciente en la creatividad; las sutiles interrelaciones del recordar y el olvidar, de la coexistencia del pasado con el presente; y el significado del ambiente primigenio en el desarrollo de las psiconeurosis. Por otra parte, se hallan implícitas también ciertas cuestiones filosóficas en este libro, principalmente la sutil relación entre lo real y lo irreal, y el significado del «yo».

En lo médico, esta narración aporta cierta luz sobre la génesis de las enfermedades mentales en términos de herencia y medio ambiente, y la diferencia entre la esquizofrenia, que algunos doctores y también el público tienden a usar como etiqueta generalizada para una multitud de diversos síntomas, y la *Grande Hystérie*, la enfermedad tan poco conocida que afligía a Sybil.

Pero, quizá, lo más importante de todo es la expansión de la conciencia que experimenta el lector cuando cae bajo el hechizo de las aventuras internas de Sybil.

Flora Rheta Schreiber
Nueva York
Enero, 1973

Primera Parte: El ser

El reloj incomprensible

El ruido de cristales rotos hacía palpar su cabeza. La habitación daba vueltas. Su nariz se llenaba del acre olor de los productos químicos, y era más que una inhalación lo que en realidad había allí. El olor parecía emanar de algún distante recuerdo de una experiencia olvidada hacía mucho. Aquel olor, tan distante y, sin embargo, tan familiar, era una reminiscencia de la vieja farmacia en casa.

El cristal roto de la vieja farmacia. El cristal roto en el gran comedor. Ambas veces se había oído la frase acusadora: «Tú lo has roto.»

Sybil Isabel Dorsett metió apresuradamente sus apuntes de química en su cartera marrón y corrió hacia la puerta, mientras todas las miradas se volvían hacia ella: la del profesor de química, la de los otros estudiantes, clavándose incomprensivas en su espina dorsal.

La puerta se cerró tras ella. Estaba en el largo y oscuro pasillo del tercer piso del Edificio Havemeyer de la Universidad de Columbia. Luego, estuvo esperando ante el ascensor; era la única persona que había allí.

- Demasiado, ha sido demasiado. -Sus pensamientos giraban en espiral. Había tardado demasiado en salir del laboratorio. Podría haber impedido lo que había pasado, saliendo en el mismo momento en que había oído la rotura del cristal.

Demasiado. También el ascensor estaba tardando demasiado.

Sybil aferró su cartera. No estaba allí. Tampoco estaban allí ni el ascensor, ni el largo y sombrío pasillo. Se hallaba de pie en una larga y estrecha calle cubierta de nieve. El ascensor no había llegado, y, en lugar de esperar, estaba caminando.

Un agudo y doloroso viento le azotaba. La nieve, blanca, crujiente y formando remolinos, se hallaba bajo sus pies. No llevaba chanclos, ni guantes, ni sombrero; le dolían las orejas por el frío. Su delgada chaqueta de paño gris, que le había parecido suficiente para ir del laboratorio a su apartamento en Morningside Drive, ahora le ofrecía muy poca protección contra el agobiante frío.

Buscó la placa con el nombre de la calle. No había ninguna. Buscó una casa en la que pudiera hallar refugio. No había ninguna. ¿Una gasolinera? No vio ninguna. ¿Una tienda? Ninguna. Farmacia. Laboratorio de química. El largo y sombrío pasillo. Ascensor. No había ninguno. Sólo aquella calle, aquella calleja mal iluminada, desierta y sin nombre, en un lugar que no reconocía.

Viejas, feas y grandes estructuras de madera, algunas pintadas de un color gris barco de guerra, y otras cubiertas con planchas de metal, se alineaban a ambos lados de la calle. Había marquesinas, grandes puertas bajo las mismas, y ventanas con pequeños cristales.

No podía ser Nueva York. Quizá fuera alguna parte de su Wisconsin nativo, en donde, de niña, había pasado muchas tormentas invernales como aquella y había sufrido por tener sabañones. Ridículo. ¿Cómo podía haber llegado a Wisconsin en el abrir y cerrar de ojos que había transcurrido entre cuando se encontraba frente al ascensor de la Universidad de Columbia y ahora? Pero, también era cierto que en ese poco tiempo no había podido ir a ninguna parte. Quizá no hubiera ido. Tal vez no se hallase en parte alguna. Podría ser que aquello fuera una pesadilla.

Y no obstante, mientras apretaba el paso, la realidad se enfrentó a ella bajo la forma de los feos edificios, y la nieve, que caía constantemente; se limpió la cara de nieve con su mano desnuda, y trató de sacudírsela del cuerpo, girando de un lado a otro. Sabía que no podía haber inventado aquellos monstruosos edificios; jamás antes

había visto nada parecido. Las puertas eran grandes no porque las estuviese imaginando así, sino porque eran utilizadas para el almacenamiento y transporte. La parte realista de su mente entró de nuevo en funcionamiento y supo que se hallaba en un distrito de almacenes.

De repente, apareció en el otro lado de la calle una silueta negra recortada contra la nieve blanca, la figura de un hombre. Parecía tan inalcanzable como una sombra pasajera, tan inanimado como el edificio que la empequeñecía. Y, aunque indudablemente podría haberle dicho dónde se encontraba, no le era posible hablarle. Además, temía que, de hacerlo, no comprendiera sus motivos. Lo dejó pasar y hundirse en lo que parecía ser la noche, apresurándose hacia un mundo que estaba más allá de los almacenes y de su alcance.

Para Sybil no parecía haber salida, tal como no había habido entrada. La barricada de edificios, a pesar de estar en el exterior, se mezclaba con sus temores internos. Se sentía encerrada, apartada, aprisionada, atrapada... tanto dentro como fuera.

¿No había rescate? ¿Ni taxi? ¿Autobús? ¿Nada que pudiera llevarla a algún sitio, a cualquier sitio con tal de que fuera lejos de aquel lugar que no era ningún lugar? Aunque siempre había notado una sensación rara y estremecedora antes de bajar de un autobús del servicio urbano de Nueva York, su actual hogar, ahora incluso estaba dispuesta a arriesgarse a viajar en uno. Sin embargo, esto eran puras enteleguias, dado que no había ninguno. No había nada.

Su mente fue invadida por la imagen de una cabina telefónica. Si pudiera encontrar una, no sólo sabría dónde estaba, sino que además podría llamar a Teddy Eleanor Reeves, su compañera de cuarto, que probablemente estaría preocupada por ella. Entonces, Sybil recordó que Teddy había partido para tomarse unas vacaciones con su familia en Oklahoma poco después de que ella hubiese salido en dirección al laboratorio.

Era irónico que Teddy le hubiera insistido a Sybil para que llevase una chaqueta de más abrigo cuando salió del apartamento. Ella no le había hecho caso porque era uno de aquellos días en que no podía escuchar a nadie. Durante todo aquel día, especialmente cuando había empezado a bajar la temperatura, se había sentido invadida por una sensación de inquietud y por unas extrañas agitaciones internas que le habían hecho imposible permanecer en el apartamento incluso los pocos minutos necesarios para cambiarse de chaqueta.

Sybil deseaba llamar a la doctora Cornelia B. Wilbur. Si había pasado mucho tiempo, también la doctora estaría preocupada por ella. Quizá Sybil no hubiera acudido a su cita con ella. ¿O acaso habría perdido muchos días de visita, ya?

La palabra «ya» le preocupaba, y le resultaba difícil de aprehender, dado que no había forma de saber cuánto tiempo había pasado desde que estaba esperando el ascensor. ¡Si pudiera recordar, desenmarañar lo que la había traído aquí, quizá pudiera comprender! Hasta entonces, no le sería posible tener la mente en paz.

Un teléfono le parecía el nexo más sólido con la realidad, aunque buscar uno era como perseguir un espejismo. De alguna manera, tenía que encontrar uno, continuar caminando hasta que lo lograra. Notaba que no podía seguir, pero también sabía que no se atrevía a detenerse. Le parecía tener las piernas heladas; pero, si no seguía caminando, sabía por su experiencia con los inviernos del Medio Oeste que quizá se quedase helada hasta morir.

Obligándose a seguir en movimiento, trató de oír algún sonido, alguna señal de vida. Sólo se escuchaba el viento. Caminando manzana tras manzana a lo largo de las calles tapizadas de hielo, no logró encontrar ni una sola placa con el nombre de la calle. La esperanza de hallar un teléfono aún le pareció más vana.

Como si buscara un nexo con la realidad, al menos momentáneo, Sybil se detuvo

junto a un farol. Ayudada por su débil luz, abrió su bolso, y rebuscó en el mismo. Su carnet de Seguridad Social, carnet del Seguro, licencia de conducir, carnet de la Biblioteca de la Universidad de Columbia... cada uno de ellos le trajo la confianza de reconocerlo.

En su billetero, que contenía cincuenta dólares y algo de calderilla cuando salió de su apartamento, ahora había únicamente treinta y siete dólares con cuarenta y tres centavos. Había caminado hasta el Laboratorio, no había comprado nada luego, y llegado al fin allí. ¿Había usado el dinero que faltaba en viajar hasta aquel lugar? Se hallaba esperando el ascensor; luego, estuvo allí. Era todo lo que podía recordar.

La llave de su apartamento estaba cuidadosamente guardada en su compartimiento. Sin embargo, colgada de una etiqueta grande y color marrón rojizo, encontró una llave que jamás había visto antes. Girándola una y otra vez en su mano casi helada, la miró y la volvió a mirar, leyendo y releendo lo que ponía en ella: Habitación 1113, ¿Qué hacía aquella llave en su bolso? ¿De dónde había salido? Obviamente, era una llave de hotel, pero, a diferencia de la mayor parte de llaves de hoteles, no llevaba ni nombre ni dirección, ni indicación alguna de qué ciudad era aquélla.

Quizá después de todo aquello fuera una pesadilla. No, la llave era tangible. La etiqueta era sólida. El farol era real. Y también lo eran los feos edificios que parecían hacerle muecas y burlarse de ella. Y también era real la nieve que se adhería a su chaqueta y a sus piernas. Y estas piernas se movían; a pesar de sus temores, no tenía las piernas heladas. Mientras se apresuraba, sabiendo que no tenía meta alguna, apreció el humor negro de la situación: corría hacia ningún sitio. A pesar de esto, siguió hacia adelante, corriendo desde ningún sitio hacia ningún lugar... corriendo para dejar atrás su pánico creciente.

La llave de la habitación 1113 era el motor que la movía, la maquinaria que hacía girar su pánico. Luego, al pronto, la llave no le produjo pánico, sino una cierta tranquilidad. Aquella llave abría *alguna* puerta de habitación de hotel, un refugio del frío, un asilo. Al menos habría algo de calor y conseguiría alimento y descanso.

Caminando con rapidez, mirando en cada travesía por si se aproximaba algún vehículo, Sybil se fue irritando consigo misma por no haber llevado a cabo un intento más decidido por hallar un taxi o autobús. Aunque se había dejado atrapar, ahora lograría encontrar un hotel, fuera o no aquel al que llevaba la llave anónima. Con seguridad debía de haber un mundo más allá de los almacenes.

Después, un nuevo terror la invadió. ¿Y si hubiera recogido aquella llave del suelo? No recordaba haberlo hecho, pero es que no recordaba nada. ¿Y si en algún momento del pasado hubiera estado en esa habitación durante días, semanas, quizás incluso meses o años y se hubiera visto forzada a abandonarla, para no tener que pagar la cuenta? En ambos casos ahora la habitación sería de algún otro. ¿Debía tirar la llave? ¿Liberarse de cualquier probable culpa?

No. No había llave, ni habitación, ni refugio, ni asilo, ni mundo. Sólo nuevas extensiones de aquel mundo deshabitado, cuyas siluetas irreales de hombres podían pasar silenciosamente entre la nieve, reavivando el recuerdo de las imágenes blancas y negras que siempre la habían aterrorizado.

No había fin para aquellas largas y estrechas calles. Ninguna casa aparecía iluminada por una luz. Aquellas ventanas con barrotes... ¡como las temía!, eran eco de viejos temores, temores que la seguían a dondequiera que fuese, y que ahora la habían seguido hasta aquel lugar que no era tal.

De pronto vio una luz. Una gasolinera. Por fin un teléfono y un listín que le daría el nombre de aquel lugar.

Según el listín, estaba en Filadelfia, una ciudad que había visitado muchas veces; pero en ninguna ocasión anterior había estado en aquella área.

La cabina telefónica la atraía, parecía invitarla. Pero cuando, aceptando esa invitación, se confinó dentro del recinto, similar a una jaula, la hospitalidad se convirtió en rechazo. Pensando llamar al teléfono privado de la doctora Wilbur, insertó una moneda de diez centavos en la ranura para pedir larga distancia, pero oyó sólo un silencio metálico. El teléfono no tenía línea.

Se acercó al encargado de la gasolinera y le preguntó si podía usar su teléfono particular.

- Lo lamento, señora -le replicó-. Lo lamento.-Todo lo que Sybil vio, mientras él se alejaba de ella y le cerraba la puerta en las narices, fue la parte de atrás de su chaqueta blanca, que se alejaba rápidamente.

Sabía que el miedo de ella se le había contagiado a él. Pero el contacto con otra persona le permitió tomar la decisión de llamar desde el Hotel Broadwood, donde siempre se alojaba cuando visitaba Filadelfia.

El pensar en el Broadwood, y el saber que estaba en una ciudad que conocía bien, hizo que desapareciera parte de su terror. Pasó un rato dentro del lavabo, donde dejó que el agua caliente corriese sobre sus manos. Al regresar a la calle, se fijó por primera vez en el río Delaware y, en su otra orilla, en Camden. Ambos habían estado allí durante todo el tiempo.

El Delaware le resultaba familiar. En una ocasión, le había hecho una acuarela impresionista, mientras Capri estaba acostado a su lado. El gato, que había contemplado cada pincelada, había dado algún que otro zarpazo al mango del pincel, como para recordarle a Sybil su presencia.

Los nombres de las calles comenzaron a ser visibles. Front Street. Callowhill Street. Spring Street. En la Front Street, entre Callowhill y Spring Gardens, había una vía elevada. Cuando Sybil se aproximó a una esquina, vio una luz: un autobús del servicio urbano.

- Espere, espere -llamó frenética Sybil.

El conductor, de rostro rojizo, la esperó.

Y entonces, dándose aguda cuenta del dolor en sus piernas y brazos, Sybil se derrumbó en un asiento junto a una ventanilla de la parte trasera del autobús. Estaba dispuesta a ir allá donde la llevase el autobús, a cualquier lugar, a todo lugar, al mundo de más allá, a un mundo sin fin... a donde fuese.

¿Qué hacían aquellos otros pasajeros -tres hombres y una mujer con un sombrero de castor- fuera de sus casas, en una noche como aquella? Pero, ¿era de noche? La enloquecedora falta de detalles de la masa gris del cielo cubierto no le daba ningún indicio sobre si era de noche o de día. Tampoco sabía la fecha. ¡Y si se lo preguntase a los otros pasajeros, qué estúpida la creerían!

De nuevo se sintió atraída por la enigmática llave de su bolso, que tampoco le facilitaba ninguna clave. ¿Una llave del Broadwood? No lo sabía. Ni siquiera sabía si estaba camino del hotel. No obstante, podría llegar fácilmente a él desde dondequiera que el autobús la llevase. Ansiosa por averiguarlo, caminó hacia la parte delantera del vehículo, y le preguntó al conductor:

- ¿Pasa cerca de la esquina de Broad y Wood?

- A tres manzanas de distancia -respondió él-. ¿Quiere que le avise?

A través de la ventanilla del autobús, a pesar del hielo que la cubría, reconoció el aparcamiento Benjamin Franklin, la Biblioteca gratuita Logan, el Instituto Franklin y el Parque Fairmont. Recordó con excitación los dos monumentos de granito del parque. En uno, que representaba a unos soldados, en bajorrelieve, se leía la inscripción: «Un país, una Constitución. Al dar la libertad a los esclavos aseguramos la libertad para los libres.» Había pintado aquel monumento. Debía pensar en cualquier cosa, en todas las cosas excepto la llave. Excepto mi vida, excepto mi vida...

¿No era aquello lo que había dicho Hamlet?

- Su parada -le dijo el conductor.

De nuevo estaba sobre tierra firme. Que no era firme debido a lo resbaladizo de los caminos y las aceras, pero sí lo era por la solidez de los lugares conocidos: la Academia de Bellas Artes, entre las calles Broad y Cherry. El Hospital Hahnemann, y luego, al fin, una realidad bien sólida, el domo dorado que coronaba el Hotel Broadwood.

Finalmente, los dieciséis pisos de ladrillo rojo del hotel se alzaron frente a ella. Tenía forma de diamante hasta el tercer piso, y una cornisa blanca. Al otro lado de la calle, frente al hotel, estaba la Escuela Superior Católica masculina, y un viejo edificio que antes era la sede del *Philadelphia Morning Record*. Frente al Broadwood había una estación de metro. Alguien le había dicho que el metro estaba allí desde 1927. Y el Broadwood había sido edificado en 1923 por los Elks. El mismo año en que ella había nacido. Curioso.

Sintiéndose molesta consigo misma por permanecer ante el hotel, cuando ya podría estar dentro, finalmente afrontó la terrible responsabilidad de entrar. Le pareció que le costaba el mismo esfuerzo ascender los tres escalones que llevaban hasta la puerta de grueso cristal que lo que le hubiera representado escalar el Monte Everest. Ascendía hacia lo desconocido.

En el vestíbulo contempló las lámparas, parecidas a antorchas, que colgaban del techo, escrutó los mármoles familiares y el suelo amarillo, negro y blanco de baldosa. A pesar de que conocía bien aquel vestíbulo por sus anteriores visitas, grabó en su mente cada detalle, como si en realidad lo estuviera viendo por primera vez.

¿Debía registrarse? Dudó. ¿Debía dirigirse a la habitación 1113, suponiendo que debía estar libre y que ella tenía la llave de la misma? Subió los quince escalones que llevaban a la rotonda. Aquello era un camino seguro, que no la llevaba ni al mostrador de recepción, ni al ascensor: los Escila y Caribdis de su terror.

La rotonda estaba dominada por un vitral de colores de doce metros de alto. Era un hermoso vitral, que daba a un entresuelo. Inscrito en el techo de pan de oro de la rotonda se podía leer el lema: «Fidelidad, justicia, fausto, amor fraterno: estas virtudes las grabamos en las tablas del amor y el recuerdo. Las faltas de nuestros hermanos las escribimos sobre la arena.»

Durante algunos minutos fugaces, mientras Sybil contemplaba el techo, se sintió relajada por su belleza, pero la sensación pasó cuando, lentamente, volvió sobre sus pasos, bajando de la rotonda al vestíbulo. Tomando de nuevo refugio en las cosas externas, se fijó en que el lugar había cambiado desde su última visita. Los botones no eran los mismos. Y tampoco conocía a la mujer de grandes senos y rostro de búho que estaba en el mostrador de recepción. Y, entonces, entreteniéndose en el escaparate interior de la tienda Retratos Persky, Sybil trató de obligarse a sí misma a decidir si debía registrarse o ir a la habitación 1113, a la que era posible que llevase la inexplicable llave. Incapaz de decidirse, salió apresuradamente a Broad Street.

En el quiosco de periódicos situado frente al Broadwood, adquirió un ejemplar del *Philadelphia Bulletin*. Su fecha era el 7 de Enero de 1958. Como si no pudiera creer la fecha, adquirió el *Philadelphia Inquirer*. También estaba fechado 7 de Enero.

7 de Enero. Había salido del laboratorio de química el 2 de Enero. Cinco días perdidos. El miedo de no saber había sido reemplazado por un miedo aún mayor: el de saber.

- ¿Tiene hora? -logró decir con supuesto tono casual al vendedor de periódicos.

- Las nueve en punto -le contestó éste.

Las nueve de la tarde. Eran las ocho cuarenta y cinco cuando esperaba el ascensor en la Columbia. Habían pasado cinco días, casi al minuto.

Lenta, temerosamente, Sybil volvió a empujar la pesada puerta de cristal del hotel. El pánico y un sentido de remordimiento y autorrecreación despertados por el conocimiento de que había perdido cinco días la obligaron a apresurarse. Alguien, se daba cuenta confusamente, la estaba llamando. Era la mujer de amplios senos y cara de búho que se hallaba tras el mostrador de recepción. «Oigame», estaba diciendo la mujer, con su gran cabeza agitándose al reconocerla, y con sus cejas tan prominentes que parecían las tias plumas de un búho, que era lo primero con que la había comparado Sybil.

- ¿Tiene un minuto? -le preguntó la mujer-. Quiero hablar con usted.

Como hipnotizada, Sybil se detuvo.

- Ahora, cuando llegue a su habitación -le dijo solemnemente la mujer-, dése un baño caliente y tómese un té hirviendo. Estaba muy preocupada al saber que andaba usted por ahí, con esa tormenta. «No salga», le supliqué. Y usted no quiso escucharme. Este no es tiempo para ir haciendo tonterías por ahí afuera.

- Gracias. Estoy bien -replicó algo envarada Sybil.

La mujer le sonrió mientras se dirigía hacia la hilera de ascensores.

Sybil podía jurar, y ante un tribunal lo hubiera declarado bajo juramento, que había pasado un año desde la última vez que había estado en el Broadwood: Sin embargo, ante el mismo tribunal, la recepcionista del hotel, que no había trabajado en el mismo el año anterior, hubiera declarado, también bajo juramento, que Sybil había estado en el hotel antes de aquel 7 de Enero. Se abrió la puerta de uno de los dos ascensores. Sybil, ansiosa y sintiéndose muy aprensiva, entró. Era la única pasajera.

- Al piso once, por favor -pidió.

- ¿Ha salido con esa tormenta? -le preguntó el ascensorista.

Ella le contestó con un susurro:- Sí.

- Piso once -informó él.

La puerta del ascensor se cerró tras Sybil, y su clang metálico se clavó en su espina dorsal, como los ojos incomprensivos en el laboratorio de química. Entre los dos ascensores, no había existido el tiempo. Sus remordimientos se incrementaron, al pensar esto.

¿Existía realmente la habitación 1113? Los números de las puertas: 1105, 1107, 1109, 1111, anunciaban un probable 1113. ¡Y entonces, encendiéndose y apagándose, encendiéndose y apagándose como si fuera una luz de neón, apareció el 1113! Sybil abrió su bolso, sacó la llave, la giró sobre su temblorosa palma, inspiró profundamente, comenzó a colocarla en la cerradura, le volvió a dar vueltas, y se preguntó si realmente sería la llave de aquella puerta.

¿Entrar? ¿Volver?

Metió la llave en la cerradura. Entraba perfectamente. Se abrió la puerta. Sybil se enfrentó con la habitación 1113. Nadie habló. Nadie se agitó o movió. ¿Significaba aquello que no había nadie dentro?

Apretó el cuerpo contra el marco de la puerta y, sin entrar en la habitación, movió la mano a lo largo de la pared más cercana, buscando el conmutador de la luz. Cuando se encendió ésta, disipó los temores de lo que pudiera haber hallado. Entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de ella, se quedó rígida, sin moverse.

Por lo que a ella se refería, le parecía no haber estado nunca antes en la habitación. Pero, si aquélla no era su habitación, ¿dónde había dormido desde el 2 al 7 de Enero y cómo había obtenido la llave? No podía haber estado en la calle todo aquel tiempo. ¿Estaría en el registro del hotel? La mujer de recepción había actuado como si lo estuviese.

Se quitó la chaqueta mojada y la colocó sobre una silla. Luego se quitó los zapatos húmedos, y se dejó caer sobre el sillón verde situado junto a la ventana.

No *sabía* que la habitación fuera suya, pero, de algún modo, por la forma en que le había hablado aquella mujer, tampoco creía que no lo fuera. Durante un tiempo se quedó mirando con aire ausente, a través de la ventana, a la Escuela Superior Católica de muchachos y al edificio que antes fue sede del *Philadelphia Morning Record*. Luego, incapaz de encontrar distracción en quedarse allí mirando, tendió la mano hacia los periódicos que había comprado.

The Philadelphia Inquirer
última edición para la ciudad.
El periódico iridependiente para todos.

Tengo los ojos cansados por el agotamiento.

Mañana del Martes, 7 de Enero de 1958.

7 de Enero. El 7 de Enero es un hecho bien claro que me indica que he perdido cinco días.

*Los rojos dicen que un hombre ha subido
en cohete a 300 Km de altura*

*Gavin dice que tenemos que invertir más en
nuestro programa de cohetes.
El 85° Congreso comienza hoy su segunda sesión.*

Han pasado muchas cosas mientras yo estaba fuera del mundo.

*El piloto del cohete se lanza en paracaídas,
y aterriza a salvo tras su épica ascensión.*

También mi ascensión ha sido épica. Las calles, los escalones, tantas calles. Y ha sido un descenso mayor, pues he perdido el tiempo cuando ya pensaba que no me sucedería más.

*Los autos resbalan
cuidado con los caminos helados.*

The Evening Bulletin
Philadelphia
Martes, 7 de Enero de 1958

Pagar la cuenta. Avisar a recepción. ¿Avisar a recepción si ni siquiera sé si estoy registrada? ¿Y cómo logré entrar sin equipaje?

Se espera que la tormenta de nieve dure toda la noche

¿Toda la noche?

Sería mejor que se quedase. Tiró los periódicos a la papelería de metal adornada con flores y fue a la mesa para llamar al servicio de habitaciones. Ordenó sopa de guisantes con tropezones y un vaso de leche caliente. Mientras esperaba que le

subiesen la comida, decidió llamar a la doctora Wilbur. Demasiado tiempo. Demasiado tiempo. Había esperado demasiado tiempo para ponerse en contacto con su doctora.

Alzó el teléfono de la horquilla y comenzó a decirle el número de la doctora Wilbur a la telefonista del hotel. Sin embargo, en aquel momento, algo que había sobre el tocador atrajo toda la atención de Sybil. Mirando incrédulamente el objeto, dejó caer de golpe el receptor del teléfono. Era su cartera.

También en el tocador estaban sus guantes de lana, que le hubieran ido muy bien en la tormenta, y el pañuelo de cuello rojo que llevaba en el ascensor de la Universidad de Columbia.

Trémula, caminó hasta el tocador y asió la cartera. Abriendo la cremallera, descubrió que sus notas de química estaban exactamente tal cual las había visto cinco días antes, en el momento de recogerlas en el laboratorio.

Entonces, en un rincón del tocador, vio algo en lo que no se había fijado antes. Un recibo de un pijama comprado en la Tienda Mayflower, 5007 Wayne Avenue, teléfono Victor 3-779. La Mayflower estaba a buena distancia del Broadwood si se iba a pie, pero con el metro era entrar y salir de las estaciones. El pijama costaba 6,98 dólares. Se preguntó si aquellos 6,98 dólares habían servido para vaciar su billetero. ¡Un pijama! ¿Dónde estaba? Buscó en los cajones y en los armarios, pero no pudo hallarlo.

Miró en el baño. Al principio, no vio nada; luego lo vio en un colgador tras la puerta, colgando cual una acusación.

El pijama estaba arrugado, alguien había dormido con él puesto. ¿Había sido ella? Era de colores vivos y alegres, con brillantes rayas naranja y verde. No era su estilo. Ella siempre elegía colores discretos, habitualmente las diversas tonalidades del azul. El pijama que había hallado era del tipo que podría elegir un niño.

Volvió a la habitación. Le temblaban las rodillas. La autorrecreminación que había sentido al descubrir que había perdido tiempo quedó repentinamente intensificada por el hallazgo de aquellos objetos en el tocador. La cartera la miraba mal, el pañuelo rojo la amenazaba, y los guantes parecían señalarla como si tuviesen movimiento propio.

Acto seguido, un objeto que no había visto antes atrajo su atención desde una pequeña mesita de noche: un dibujo en blanco y negro de una figura femenina aislada, colocada sobre un abismo, junto a una gigantesca montaña que amenazaba tragársela y la empequeñecía. El dibujo había sido hecho en papel del hotel. Dibujado en aquella habitación, obviamente la persona que lo había hecho lo había olvidado. Pero, ¿quién lo había dibujado?

Hubo una llamada en la puerta, y el camarero del servicio de habitaciones dejó en la mesa la bandeja con la sopa y la leche que había pedido Sybil. «No tiene usted mucho apetito esta noche» -dijo el alto y enjuto camarero. Parecía como si estuviera comparando lo que había pedido aquella vez con lo de otras ocasiones. Su tono era suave, su comportamiento protector, como si la conociese bien. Y, no obstante, Sybil sabía que no lo había visto antes. El camarero se marchó.

Contemplando la comida en la bandeja, Sybil notó otro tipo de pánico diferente al que había sentido entre los enormes y horribles edificios del distrito de los almacenes. El camarero. La mujer de recepción con sus pechos que parecían colinas. El pijama. El dibujo en blanco y negro de una figura femenina junto a un precipicio. Todo ello tenía sentido: un terrible sentido. El pánico que había experimentado en el distrito de los almacenes al no saber lo que le había pasado había sido arrinconado en el quiosco de periódicos por un pánico aún mayor al conocerlo en parte. Y, ahora, el tormento de conocer en parte lo que le había sucedido había dejado paso al terror,

infinitamente más grande, de conocerlo exactamente. El pijama y el dibujo en blanco y negro no dejaban lugar a dudas.

Sybil tragó la leche, apartó la sopa, y rápidamente se puso los zapatos, su chaqueta aún húmeda, el pañuelo, los guantes. Metió el pijama y la factura en su cartera. Había planeado pasar allí la noche pero, repentinamente, aunque podía ver que no había dejado de nevar y sabía que los trenes irían con retraso, sintió necesidad de regresar a Nueva York para evitar el riesgo de lo que podía sucederle si se quedaba allí.

Sybil Isabel Dorsett conocía en lo más íntimo de su ser que tenía que regresar sin falta a Nueva York, mientras seguía siendo ella misma.

La guerra interior

Trenes. Esos dragones en la noche fascinaban a Sybil, la emocionaban y la hacían caer en trance. En el pasado, habitualmente habían representado una huida. Sin embargo, aquel tren no estaba llevándosela lejos, sino devolviéndola. Y sabía que tenía que regresar a Nueva York no por el laboratorio de química y sus otras clases, sino a causa de la doctora Wilbur.

Sybil trató de imaginarse lo que habría tenido lugar durante su ausencia: su no asistencia a la sesión diaria con la doctora, los probables intentos de ésta por encontrarla y, sobre todo, el desconuelo de la doctora al hacerse una idea de lo que posiblemente había sucedido.

Más tarde, Sybil apartó aquellos pensamientos que la preocupaban. La sensación de calma que la había embargado desde que había subido al tren la encontraba demasiado agradable para perderla en puras especulaciones, remordimientos y autorrecriminaciones.

En lugar de ello, Sybil Isabel Dorsett comenzó a pensar en la primera vez en que había visto a la doctora Wilbur y los acontecimientos que rodearon aquella toma de contacto. Con ello dio paso a una oleada de recuerdos tan poderosa, que no cesó hasta que el tren entró en la Estación Pennsylvania de Nueva York.

Sybil tenía veintidós años. Con sus sentimientos a la deriva, vivía desesperada con sus padres: Willard y Henrietta (Hattie) Dorsett, aquel verano de 1945. Con el mundo en guerra, también estaba en guerra el interior de Sybil. La suya no era una guerra de nervios en el sentido habitual de la palabra, sino una guerra nerviosa en un sentido especial, pues los síntomas nerviosos que había sufrido desde su niñez habían llegado hasta tal punto que los responsables de la academia para maestros del Medio Oeste, en la que estaba realizando estudios de postgraduada en arte, la habían enviado a casa el pasado Junio diciendo que no regresase hasta que un psiquiatra lo aprobase. Gwen Updyke, la enfermera de la academia, no deseando dejarla viajar sola, había hecho el trayecto con ella. Pero la vuelta a casa, que sacó a Sybil de una carrera académica imposible para llevarla a una relación con sus padres, aún más imposible, dado que eran al mismo tiempo superprotectores y no comprensivos, sólo había servido para agravar sus síntomas. En Agosto de 1945 Sybil estaba buscando ansiosamente una solución para un problema que había sido para ella un dilema de toda la vida, pero que ni ella ni nadie podía comprender.

En este estado mental, Sybil había efectuado su primera visita al doctor Lynn Thompson Hall, que era el médico de cabecera de su madre. Aquella vez había sido su madre la que se encontraba mal, con el vientre hinchado, y Sybil había acudido a la consulta como hija de la paciente. Pero mientras hablaba con el doctor Hall acerca de su madre, Sybil había experimentado el repentino deseo de consultarle acerca de ella misma. Le gustaba el alto doctor, de suave voz, y se daba cuenta de que lo que

más le gustaba de él era que la tratase como a un adulto inteligente. Sin embargo, el darse cuenta de esto ya era en sí inquietante. Con sus veintidós años, tenía derecho al status de adulto. Poseedora de un C.I. de 170, según el test de inteligencia estándar, se había ganado el derecho a ser tratada como una persona inteligente. A pesar de ello, nunca se sentía como un adulto inteligente cuando estaba con su madre o su padre. Sus padres eran cuarentones cuando ella había nacido; jamás había visto a su madre sin el cabello canoso. Suponía que era esta situación en la que había un abismo generacional de no una, sino dos generaciones, junto con el hecho de que fuera hija única, lo que daba lugar a que para sus padres ella siguiese siendo un bebé. De alguna forma, jamás había crecido para ellos.

Sybil deseaba poder comunicarse con el doctor Hall. Durante la primera visita, deseó que le preguntase: «¿Qué es lo que le pasa a usted? ¿En qué puedo ayudarla?» En la segunda visita, que tuvo lugar tres días más tarde, este deseo aún fue más fuerte e insistente. Pero mientras su madre y ella permanecían sentadas en la atestada sala de espera, durante horas y horas, dado que durante la guerra había pocos doctores, se sintió descorazonada. Sabía que no era razonable esperar que el doctor Hall se interesase por ella.

Al final, le tocó el turno a su madre. Entonces, se llevó a cabo el examen durante el cual, dada la insistencia de su madre, Sybil estuvo presente. Terminado éste, mientras su madre, el doctor y ella estaban saliendo de la sala de consulta, el doctor Hall se llevó aparte a Sybil y le dijo:

- Me gustaría verla un momento en mi oficina, señorita Dorsett.

Su madre entró en el vestuario, mientras Sybil seguía al doctor Hall a su oficina.

Para sorpresa de Sybil, el doctor no habló acerca de su madre. Mirándola fijamente desde su silla giratoria, el doctor Hall le dijo de buenas a primeras:

- Señorita Dorsett, tiene usted un aspecto demacrado y está pálida. ¿Qué le pasa? -esperó un instante, y añadió:- ¿Qué puedo hacer para ayudarla?

Había sucedido exactamente lo que esperaba que ocurriese, pero estaba ansiosa. Aunque había suspirado por aquella oportunidad, se encontró dudando cuando al fin llegó. ¿Cómo podía haber adivinado su estado el doctor Hall? No resultaba nada verosímil el que, instintivamente, hubiera captado su deseo no expresado. El que la gente lo considerase como un médico astuto, probablemente uno de los mejores de Omaha, no era suficiente explicación.

Dándose repentina cuenta de que no era tiempo para reflexiones, ya que el doctor Hall, que se había mostrado muy sincero con ella, estaba esperando su respuesta, respondió con lentitud:

- Bueno, no tengo ninguna queja física, doctor. -Deseaba desesperadamente su ayuda, pero, temerosa de hablar en demasía sólo añadió:- Lo único que me pasa es que estoy nerviosa. Estoy tan nerviosa que me han enviado a casa de la academia, y me han dicho que me quede aquí hasta que me ponga bien.

El doctor Hall la estaba escuchando con atención, y Sybil se dio cuenta de que realmente deseaba ayudarla. Sin embargo, a causa de su superdesarrollada capacidad de infravalorarse y dada su convicción de siempre de que no era importante, no podía comprender el motivo de tal interés.

- ¿No está ya en la academia? -le preguntaba el doctor.- Entonces, ¿qué es lo que está haciendo?

- Doy clases en un colegio de primera enseñanza -le contestó. Aunque no tenía un título universitario, podía dar clases a causa de la falta de maestros ocasionada por la guerra.

- Ya veo -indicó el doctor Hall-. Y ese nerviosismo del que usted habla... ¿cómo se manifiesta?

La pregunta la aterrorizaba. Sí, ¿cómo se manifestaba? Aquello era algo acerca de lo que no quería hablar. Por mucho que el doctor Hall quisiera ayudarla, por mucho que ella desease esta ayuda, no podía hablarle de aquello. Jamás había sido capaz de compartir con otro ser humano aquella información que le pedía. Lo que es más, *no hubiera podido* hacerlo, aunque lo hubiera deseado. Era una fuerza siniestra que rodeaba su vida y la hacía diferente a los demás; pero era una fuerza que no tenía nombre, ni siquiera para ella.

Lo único que Sybil dijo fue. «Sé que tengo que ir a ver a un psiquiatra.» Esto, suponía, era una explicación bastante buena de cómo estaban las cosas, pero estudió al doctor Hall, inquieta, para ver cómo reaccionaba. Su rostro no mostraba sorpresa alguna, y no parecía haber llegado a una conclusión.

- Le concertaré una visita -dijo, sin darle mayor importancia-. Ya le indicaré la hora cuando venga el Jueves con su madre.

- De acuerdo. Muchas gracias, doctor -le contestó Sybil.

La breve y rígida frase de gratitud, con sus palabras convencionales, le parecía hueca. Sabía que aquellas palabras no podían expresar el impacto de las poderosas sensaciones que estaban sobrecogiéndola. Era importante para ella ver a un psiquiatra, no sólo para aliviar su nerviosismo, si es que se podía tratar su estado, sino también porque el regresar a la academia dependía de esta ayuda psiquiátrica. Deseaba desesperadamente regresar a la academia, y sabía que aquélla era la única forma de lograrlo.

Sybil no dijo nada de aquello a sus padres, pero el Jueves, en presencia de su madre, el doctor Hall le indicó:

- Su visita será con la doctora Wilbur el diez de Agosto, a las dos de la tarde. Es especialmente buena con la gente joven.

Sybil pudo notar cómo su corazón se detenía y luego comenzaba a latir apresuradamente. La excitación ante la idea de acudir a un psiquiatra quedaba, sin embargo, oscurecida por la palabra «doctora». ¿Una mujer? ¿Había oído correctamente? Todos los doctores que había conocido eran hombres.

- Sí -repetía el doctor Hall-. La doctora Wilbur ha tenido mucho éxito con los pacientes que le he enviado.

Sybil lo escuchaba a medias, porque el terror inicial ante la idea de una *mujer* psiquiatra casi borraba sus palabras. Pero, inmediatamente, se disipó su miedo. Había tenido una relación muy amistosa con la señorita Updyke, la enfermera de la academia, y una experiencia devastadora con un neurólogo de la Clínica Mayo. El neurólogo se había desembarazado de su caso tras una sola visita, con el fácil veredicto, dicho a su padre, de que si continuaba escribiendo poesías, todo iría bien.

El doctor Hall se inclinó hacia delante para poner su mano sobre el brazo de su madre, a la que dijo con firmeza:

- Y, señora, usted no ha de ir con ella.

Sybil se sintió muy asombrada, hasta estremecida, por el tono que había empleado el doctor con su madre, y por la aparente aquiescencia de ésta. Era un hecho consagrado en la vida de Sybil el que su madre fuera con ella a todas partes, y que ella fuera con su madre. Nunca, a pesar de que lo había intentado, había sido capaz de alterar este hecho. La omnipresencia de su madre en su vida había sido casi una fuerza de la naturaleza, tan inevitable como el alzarse y el ponerse el sol. Con una sola frase, el doctor Hall había alterado la realidad de toda una vida.

Además, había otra cosa en aquella frase que resistía a su comprensión. Nadie: ni la familia, ni los amigos, ni siquiera el padre de Sybil, y desde luego tampoco ella, le había dicho jamás a su madre qué era lo que tenía que hacer. Su madre, la autoproclamada «gran Hattie Dorsett», era una figura gigantesca, irresistible e

invencible. Nunca recibía órdenes. Las daba.

Al salir de la consulta con su madre, Sybil deseó fervientemente, quizá de un modo irracional, pero con mucha fuerza, que la psiquiatra a la que pronto iría a ver no tuviera el cabello blanco.

Exactamente a las dos en punto de la tarde del 10 de Agosto, Sybil entró en la consulta de la doctora Cornelia B. Wilbur, en el sexto piso del Edificio de las Artes Médicas de Omaha, y el cabello de la doctora no era blanco. Era rojo, y la doctora era joven, quizá no tuviera más de diez años más que Sybil. Sus ojos parecían amistosos: indudablemente amistosos.

A pesar de ello, en el interior de Sybil se agitaban las mismas sensaciones opuestas que había experimentado en la consulta del doctor Hall: la sensación de descanso; dado que al fin estaba haciendo algo acerca de su nerviosismo, junto con el terror de que no podía hacerse nada, dado que su situación era única e incurable.

La doctora Wilbur se mostró paciente mientras Sybil tratando de ocultar esos sentimientos contradictorios, habló y habló acerca de cómo se sentía terriblemente nerviosa y agitada en la academia, hasta el punto que a menudo tenía que salir de clase.

- Las cosas iban bastante mal en la academia -contó Sybil-. La señorita Updyke, la enfermera de allí, estaba preocupada por mí. El doctor me envió a un neurólogo de la Clínica Mayo. Vi al neurólogo sólo una vez, y me aseguró que todo iría bien. Pero las cosas iban de mal en peor. Me enviaron a casa y dijeron que no regresase hasta que estuviese bien.

Sybil se sintió animada por la sonrisa de la doctora.

- Bueno -continuó Sybil-, ahora estoy en casa. Y es horrible, simplemente horrible. Estoy con mis padres a todas horas. No me dejan apartarme de su vista. Me miran con cara larga. Sé que les da vergüenza que me enviaran a casa. Habían hecho proyectos sobre mi educación, y tenían muchas esperanzas. Pero volveré allá cuando esté bien.

La doctora seguía sin decir nada, así que Sybil continuó hablando:

- Soy hija única y mis padres son muy buenos conmigo.

La doctora Wilbur asintió con la cabeza, mientras encendía un cigarrillo.

- Se preocupan por mí -continuó Sybil-. Todo el mundo se preocupa por mí: mis padres, nuestro pastor, todo el mundo. Yo ilustro las disertaciones del pastor acerca de Daniel y la Revelación. Mientras habla, yo pinto la bestia sobre la que está hablando. Es realmente muy impresionante. Estoy sobre un andamio, a tres metros por encima del estrado. Habitualmente pinto al carboncillo sobre papel grueso de dibujar mi interpretación de lo que cuenta el pastor. Esto me tiene atareada. El...

- ¿Cómo te sientes tú? -le interrumpió la doctora Wilbur.- Me has hablado de lo que todo el mundo piensa acerca de ti. Pero, ¿cómo te sientes tú?

Siguió un compendio de quejas físicas, al ir hablando Sybil de su poco apetito, de que sólo pesaba treinta y seis kilos a pesar de que medía un metro sesenta y dos. El recital también incluía su sinusitis crónica y su mala vista, tan mala que, como dijo ella:

- A veces me siento como si estuviera mirando dentro de un túnel. -Tras una pausa, añadió:- No me siento nada bien, pero me han dicho que estoy muy sana. Desde que era muy pequeña, he estado enferma, pero sin estarlo.

La doctora deseaba saber si recordaba sus sueños. No, no los recordaba. De muy niña había tenido pesadillas, que tampoco podía recordar.

Sybil se quedó helada cuando la doctora trató de hacerla hablar de sus sentimientos, pero la psiquiatra persistió. Finalmente, Sybil dijo lo bastante como para que la doctora pudiera afirmar: «Deberías volver. Tienes dificultades con las que podemos

trabajar.» De lo que la doctora Wilbur también estaba segura era de que no sería fácil llegar al interior de Sybil. Esta era muy ingenua, muy madura, muy cándida. Además, trabajaba en su contra, usando muchas palabras sin decir apenas nada.

La misma Sybil deseaba ansiosamente poder regresar, pero mientras estaba en la oficina de recepción, pagando la consulta, supo que no podría acudir a otra visita sin antes hablarlo con sus padres. No obstante, notaba que, si continuaba trabajando con la doctora, podría curarse.

¿Le había contado demasiado a la psiquiatra? Sybil se preguntó acerca de esto mientras el ascensor bajaba rápidamente los seis pisos del Edificio de las Artes Médicas. Sin dudarle se aseguró a sí misma que no había dicho lo que no se atrevía a contar. Más tarde, saliendo del edificio al sol de aquel día de Agosto, se dio cuenta de que jamás podría decirle a la doctora Wilbur todo lo que debiera y podría contar sobre sí misma. Todo lo que ella, Sybil Isabel Dorsett conocía... ya entonces.

El sofa y la serpiente

Sybil efectuó su segunda visita a la doctora Wilbur sin incidente alguno. No obstante, cuando la paciente salió del Edificio de las Artes Médicas, recordó que su madre la estaba esperando en los Almacenes Brandeis, en el edificio contiguo. Frustrada al no poder acompañar a su hija a la consulta de la doctora, Hattie Dorsett la había llevado hasta los ascensores del edificio en que estaba sita la misma.

- Te esperaré en Brandeis -había dicho Hattie en la puerta del ascensor, convirtiendo la frase en una promesa, el viejo lema de una obligada interdependencia de la que ninguna de ellas se había podido desembarazar aunque ambas lo hubieran deseado... y, desde luego, Hattie no lo deseaba. Ahora, como siempre, era un extraño caso del «adonde tú vayas, iré yo».

Lenta, obligatoriamente, Sybil entró en los Almacenes Brandeis donde, casi visible al momento, se hallaba la enjuta figura de su madre, con su aspecto de gran dama y cabello canoso. También inmediatamente llegó la frase de su madre:

- ¿Qué ha dicho de *mí* la doctora? -Aunque era una pregunta, tenía el tono de una orden.

- No ha dicho nada -respondió Sybil.

- Bueno, vamos -dijo, testaruda, la madre.

- Me gustaría pasar por la Biblioteca -indicó Sybil.

- Oh, de acuerdo -aceptó su madre-. Yo también quiero un libro.

En la Biblioteca de la Harney Street, Sybil y su madre fueron a estanterías diferentes, y luego se encontraron en la mesa de la bibliotecaria. Sybil llevaba *El cordón de plata*, de Sidney Howard.

- ¿Qué es eso? -le preguntó su madre.

- Es una obra de teatro -contestó Sybil-. La doctora Wilbur me sugirió que la leyese.

Aquella tarde, mientras Sybil preparaba la cena, y después, mientras fregaba los platos, su madre estuvo sentada leyendo *El cordón de plata*. Cuando lo hubo terminado, su comentario fue:

- No sé por qué te ha dicho la doctora Wilbur que leyese esto. ¿Qué tiene que ver *contigo*?

Willard Dorsett, que permanecía en silencio mientras hablaban su esposa y su hija, estaba mascullando algunas preguntas propias. A disgusto, había aceptado que Sybil se pusiese en tratamiento, dado que, desde que la habían enviado a casa de la academia, sabía que tenía que hacerse *algo*. Y, aunque no estaba en lo más mínimo seguro de que la psiquiatría fuera la solución, había estado dispuesto a correr el riesgo. Pero ahora, se preguntaba si esta decisión había sido correcta.

El tratamiento, iniciado el 10 de Agosto, continuó una vez a la semana durante todo el verano y principios de otoño de 1945. Para los tres Dorsett fue un tiempo de aprensión y vigilancia.

Cada vez que Sybil regresaba a casa tras ver a la doctora Wilbur, sus padres la esperaban como buitres. «¿Qué ha dicho de nosotros?», le preguntaban juntos y por separado. «¿Y qué más dijo?» Jamás le preguntaban: «¿Cómo te sientes?» o, «¿Qué tal van las cosas?» Ni tampoco hacían lo que más le hubiera gustado a Sybil: no decirle nada. El tratamiento ya era lo bastante doloroso en sí mismo sin aquella inquisición constante en su casa.

- Te rebajas a ti misma -le decía la doctora a Sybil-. No te consideras lo bastante. Esa es una sensación poco agradable. Así que la proyectas sobre los demás y dices: «No les caigo bien.» Otro de los temas era:

- Eres un genio y eres seria. *Demasiado* seria. Necesitas más vida social.

Y otra era:

- ¿Cuándo vas a estallar?

La doctora Wilbur le aconsejaba:

- Vete de casa. Ve a Nueva York o a Chicago, en donde podrás encontrar a gente como tú... gente interesada en el arte. Vete de aquí.

Sybil deseaba hacerlo. La inquietud que sentía en su casa era intensificada por el tratamiento.

Por ejemplo, el comentario de la doctora acerca de que Sybil necesitaba una mayor vida social había exasperado a su madre.

- Bien -declaró altaneramente cuando Sybil se lo contó-. ¿Qué es lo que he estado diciendo durante todos estos años? ¿Qué hay de malo en mi diagnosis? ¿Por qué no empleas todo ese dinero en dejarme a mí que te diga lo que va mal?

Los padres de Sybil, que desmenuzaban todo lo que decía la doctora, también se dedicaban a criticarla. Fumaba, y ninguna buena mujer lo hacía... en realidad, tampoco ningún buen hombre. No iba a iglesia alguna, y no digamos a una iglesia de su congregación fundamentalista. Abreviando, no se fiaban de la doctora, y lo decían. El problema era que, dado que habían manejado siempre a su antojo a su hija, esperaban seguir haciéndolo ahora.

Su madre, que lo veía todo o blanco o negro, consideró simplemente que la doctora Wilbur se equivocaba. Nadie, doctora o no, que hiciera las cosas que Hattie Dorsett desaprobaba, según sus propios dogmas, podía tener razón en *nada*.

La actitud de su madre acerca de la doctora Wilbur no sorprendió a Sybil, pero sí la de su padre. Sybil lo había creído lo bastante objetivo como para ser capaz de atender a razones, de conceder que la doctora Wilbur podía ser una buena psiquiatra, aunque no estuviese conforme con lo que hacía como persona. Y no obstante, Sybil se dio rápidamente cuenta de que su padre no podía sobreponerse a la resistencia que sentía contra todo lo que decía o aconsejaba la doctora Wilbur a causa de que su estilo de vida era distinto al de él. La doctora pertenecía a otro mundo y, para Willard Dorsett, tal como para su esposa, la doctora Wilbur podía seguir permaneciendo en él.

- En realidad, a la doctora Wilbur no le importas un comino -le advertía repetidamente su madre a Sybil-. Ahora te dice una cosa. Pero cuando te tenga donde quiere tenerte, te dirá cosas muy distintas. Y, jovencita, recuerda que se volverá contra ti si le dices que no amas a tu propia madre.

Sybil le aseguraba a su madre que jamás le diría tal cosa a la doctora, porque no era cierto.

- Te quiero, madre. De verdad -afirmaba Sybil una y otra vez.

Durante todo el tiempo, aquella situación fue horrible. Sybil, desesperadamente,

deseaba ponerse mejor, y las escenas que se producían en su casa no la ayudaban en lo más mínimo. Y, no obstante, no había forma de evitarlas. Si hablaba, había una escena, pero también si permanecía en silencio. Cuando Sybil no hablaba, sus padres la acusaban de mostrarse hosca y, aunque a menudo le habían aplicado tal calificativo en el pasado, ahora afirmaban que la doctora Wilbur era responsable de su comportamiento.

- Te volverá loca -le avisaba su madre-. Y entonces, te meterán en un manicomio, porque así es como esos doctores ganan dinero.

Por el contrario, los extraños, tanto la gente, que sabía que iba a ver a la doctora, como la que no lo sabía, hablaban de una clara mejoría en Sybil. Pero cuando la gente decía tales cosas, su madre se burlaba, y su padre sólo lo escuchaba a medias. Sybil creía que quizá lo hubiera comprendido si su esposa no le estuviera lavando el cerebro con su:

- Está mejor porque está creciendo, y todo el mundo tiene más sentido cuando se hace más viejo y comprende las cosas mejor.

Sybil tenía veintidós años, pero su madre hablaba de este período de su vida no como de una época de madurez, sino de inicio de crecimiento.

Al menos, el lavado de cerebro no tuvo efecto en la misma Sybil. A medida que continuaban durante Septiembre las sesiones de una hora semanal con la doctora en Omaha, Sybil se fue convenciendo más y más de que la doctora Wilbur podía ayudarla a ponerse bien. Pero aún seguía muy confusa.

Sybil no le había contado a la doctora lo que la hacía sentirse así: alguna cosa terrible e inmencionable que tenía que ver con el tiempo y el recuerdo. Por ejemplo, había habido veces, a finales de verano y a principios del otoño, en que Sybil había ido a la consulta de la doctora sin poder luego recordar claramente lo que allí había sucedido. Había veces en que recordaba entrar en el ascensor, pero no en la oficina; otras veces, en que recordaba entrar en ésta, pero no salir. Eran esas veces cuando Sybil no podía contarles a sus padres lo que había dicho la doctora acerca de ellos, o acerca de ninguna otra cosa, pues Sybil no sabía siquiera si había visto a la psiquiatra.

Una ocasión en particular estaba muy grabada en su recuerdo. Una paradoja, una burla: el recordar que uno no recordaba. Sybil se oyó a sí misma decir:

- No ha sido tan malo como habitualmente.

- ¿Cómo lo sabes? -le preguntó la doctora.

- Porque ya estaría en el vesutíbulo o algo así, en este momento -le replicó Sybil.

- Bueno -dijo la doctora-, casi saltaste por la ventana. Te levantaste del sofá y corriste hacia la ventana. No pude detenerte.

Sybil no recordaba haber hecho nada así, pero no discutió lo que le decía. Durante toda su vida la gente le había dicho que había hecho cosas que no había hecho. Dejó que también lo hiciera la doctora Wilbur, sin oponerse, como era su costumbre.

- Realmente, no me preocupó mucho -le explicó la doctora-. No puedes saltar por esas ventanas. Es debido al cristal, ¿sabes? Es irrompible.

Luego, la doctora Wilbur se puso más seria:

- Tuviste lo que parecía ser un pequeño ataque -explicó-. Pero no era epilepsia. Era un ataque psicológico.

- ¿Psicológico? -la doctora decía que Sybil estaba nerviosa. Aquello ya lo sabía... no era nada nuevo. Sin embargo, lo que sí era nuevo era que la doctora no pareciese echarle las culpas. En el pasado, cuando tales cosas habían sucedido, siempre se había culpado a sí misma. Nadie más sabía acerca de aquello, pero estaba segura de que cualquiera que lo hubiese sabido la hubiera considerado culpable de un comportamiento inexcusable.

Y no es que fuera que la doctora Wilbur pareciera pensar que su estado era incurable,

como ella había temido siempre. La doctora le presentaba tres elecciones para su futuro inmediato: enseñar en la escuela de estudios primarios durante otro año, regresar a la academia, o someterse a un tratamiento más intenso en el Hospital Memorial Obispo Clarkson, donde la doctora y un colega dirigían el departamento psiquiátrico.

Sybil eligió el hospital. Pero cuando se lo contó a sus padres, se mostraron acongojados, casi aterrorizados. Para ellos, la hospitalización sólo significaba una cosa: que su hija estaba loca.

- Esto no tiene nada que ver con la locura -trató de explicarles Sybil-. La doctora Wilbur me ha dicho que no tiene nada que ver.

- Entonces, tiene que ver con el diablo -replicó ominosamente su padre.

A pesar de que el hospital parecía el camino hacia el infierno, Willard Dorsett aceptó hablar de ello con la doctora Wilbur, eligiendo no encontrarse con ella en su consulta del Edificio de las Artes Médicas, sino en el Clarkson.

Hattie y Sybil esperaban fuera del hospital, sentadas en el coche: la madre mordiéndose las uñas, y la hija rechinando los dientes. En el interior, la doctora Wilbur logró disipar las visiones que tenía Willard Dorsett acerca de que su hija fuera encerrada y encadenada, de que le hiciesen una lobotomía, o de que empeorase con el contacto con otros pacientes más enfermos que ella, o de que mejorase únicamente lo suficiente como para que la mandasen a casa, tuviera una recaída, y hubiese de volver al hospital: Había pensado en la hospitalización como un ciclo incesante y sin fin de *dentro y fuera, dentro y fuera*.

También fue disipado el más profundo de sus miedos paternos: que le dieran drogas a su hija.

- No -le aseguró la doctora Wilbur-: no haremos tal cosa.

Finalmente, y aunque Willard Dorsett tenía una sensación de intranquilidad a causa del camino psiquiátrico que había comenzado a recorrer su hija, dio su consentimiento para que fuera hospitalizada en el Clarkson.

Tal como lo veía la doctora Wilbur, el Clarkson sólo iba a ser una medida temporal. Creía que lo que necesitaba en definitiva Sybil era un psicoanálisis.

- Eres el tipo de persona que debería ser psicoanalizada -le dijo a su paciente-. Me gustaría llevar a cabo esto yo misma, pero aún no soy analista. De hecho, pronto me iré de Omaha para iniciar mis estudios analíticos. Te sugiero que, cuando salgas del Clarkson, vayas a Chicago a que te analicen.

La perspectiva excitaba a Sybil. Chicago no sólo significaba acercarse más a la verdad acerca de sí misma, sino también alejarse de casa. No obstante, el psicoanálisis presentaba un problema para Willard y Hattie Dorsett. Habían estado de acuerdo con el tratamiento psiquiátrico, incluso con los planes de hospitalización, pero el psicoanálisis era otra cosa.

El sofá y la serpiente. Los padres temían que el extraño mundo del sofá del psicoanalista fuera antitético con sus más profundas convicciones religiosas, y que probablemente excluiría a Dios de la escena. Su religión, que era aquella en que había sido criado el padre de Sybil y que luego su madre, originariamente metodista, había adoptado tras algunos años de matrimonio, les enseñaba que cada individuo tiene el privilegio de elegir entre Dios y el diablo, entre Dios y el Lucifer de las profecías, entre Dios y la serpiente de las Escrituras. El diablo, les decía su religión, podía ejercer control sobre el destino de un individuo sólo si ese individuo se lo permitía. Todo el mundo, creían los Dorsett, tiene el privilegio de escoger entre Dios y el diablo; Dios, asumiendo una responsabilidad completa por las acciones de aquellos que lo eligen, podía llevar al Paraíso a todos sus seguidores. Por el contrario, afirmaba su religión, quienes elegían al diablo caminaban por otro sendero.

Temiendo entregar a su hija al diablo, y a través de ella entregarse él mismo, Willard Dorsett no pudo dar una respuesta a Sybil cuando ésta le suplicó que le permitiese ir a Chicago a psicoanalizarse.

- No sé -le dijo-. Tendré que hablarlo con el Pastor Weber.

El pastor, que era decisorio en la mayor parte de las situaciones, compartía las dudas de Willard Dorsett acerca de los beneficios del psicoanálisis. Los dos hombres eran íntimos, y muy impresionado por el talento de Dorsett como contratista de obras, el pastor se había puesto de acuerdo con él para que construyese iglesias para su religión. Mientras hablaban en la iglesia a medio edificar en la que trabajaba ahora Dorsett, el pastor no quiso comprometerse:

- No sé, hermano Dorsett. Realmente, no sé -repitió varias veces.

Tras un silencio, Dorsett indicó:

- Me sentiría mucho mejor si el psicoanalista de Chicago fuera de nuestra misma confesión. Me temo que un doctor que no lo sea use drogas, hipnosis y otras técnicas a las que, me opongo.

Caminando arriba y abajo por la iglesia, el pastor se mostró pensativo y perplejo. Cuando finalmente habló, fue sólo para decir:

- Tendrás que decidir por ti mismo, hermano Dorsett. Me gustaría ayudarte en este problema, pero, francamente, no sé qué aconsejarte.

Esta vez fue Dorsett quien caminó nervioso. Replicó con aprensión:

- Si Dios no forma parte de la terapia, les va a costar mucho hacerme pasar por ese camino.

- Sí -estuvo de acuerdo el pastor-. Es como llevar a una mula de Missouri a un nuevo establo. Primero, tienen que taponarle los ojos. -Tras una larga pausa, añadió:- Creo en la libertad de pensamiento, de conciencia y de convicción. Hermano Dorsett, sabes que puedo ser muy persuasivo, incluso dominador. Pero la única forma de persuasión que siempre he usado a sido hablar con la gente jamás he utilizado la fuerza, en toda mi vida. Y no estoy totalmente seguro de que el psicoanálisis no haga uso de la fuerza. Pero no me opongo a que Sybil vaya a Chicago. No debo tomar yo la decisión, sino tú y ella.

Willard Dorsett informó a Sybil de esta conversación con el pastor y, creyendo que no había mejor defensa contra sus propios temores que pasárselos a otro, dejó que tomara ella la decisión. «Aún sigo queriendo ir a Chicago», fue la respuesta fija e inalterable de Sybil.

El siguiente Domingo, en la iglesia, Sybil habló brevemente con el pastor. Contempló su traje negro y estudió sus penetrantes ojos marrones. Era como un apunte pictórico hecho sólo con sombras, los símbolos visibles de los temores que habían sido expresados. Notando su mirada, el pastor le dijo suavemente:

- Tu padre y yo vemos esto desde nuestro propio punto de vista. Debemos admitir que hay otro. Si eso es lo que realmente quieres, no debemos interponernos en tu camino.

La decisión de Sybil siguió siendo la misma. Mientras esperaba una cama en el Clarkson y respuesta de Chicago; vio su futuro inmediato como un renovado asalto contra la «terrible cosa que había cubierto como una mortaja toda su vida. Notaba una sensación de bienestar por haber realizado el primer acto de autoafirmación tras sus largos años de vacilaciones y contemporización, tanto por parte de sus padres como de ella misma. Ahora podía ejercer la decisión que no había podido mostrar cuando era más joven.

De pronto, todo cambió. El instrumento, aunque no la causa, fue una neumonía que contrajo como consecuencia de una infección de garganta. Le dolía terriblemente la cabeza; tenía la garganta en carne viva; y aunque trató de levantarse de la cama para

llamar a la doctora Wilbur anulando su visita del 6 de Octubre, pudieron más el mareo y la debilidad. Sybil le pidió a su madre que telefonease a la doctora Wilbur. Sybil oyó cómo Hattie Dorsett le daba el número de la doctora a la telefonista, se anunciaba a la secretaria de ésta, y luego hablaba con la misma psiquiatra.

- Sí, le habla la señora Dorsett, la madre de Sybil -dijo por el teléfono Hattie-. Sybil está enferma y no podrá acudir a su cita con usted el seis de Octubre. Sí, todo el mundo parece estar con esos dolores de garganta, pero ella tiene, además, neumonía. De todos modos, me ha dicho que la llamase. Gracias.

Su madre colgó con un *click*.

- ¿Qué ha dicho la doctora? -le preguntó Sybil-. ¿Qué es lo que ha dicho?

- No ha dicho nada -le replicó su madre.

- ¿Nada acerca de otra visita? ¿Nada sobre el hospital?

- Nada.

El tren había llegado a Trenton y aún continuaba el soñar despierta de Sybil. No podía acallar el eco de la voz de su madre. Parecía estar diciendo aún lo que había dicho en Omaha. Sus palabras, tan claras como si se hallase en el asiento contiguo al de Sybil, tenían su viejo sonido cacofónico. El tren siguió hacia Nueva York mientras llegaban los recuerdos, desatados, impulsados por lo que Sybil suponía debía ser su propia lógica. La doctora había comenzado todo aquello, la doctora a la que ahora estaba volviendo.

Al enterarse de que la doctora Wilbur no había dicho nada acerca de otra visita, Sybil apartó rápidamente la sensación de desengaño pensando, tranquilizadamente, que era probable que la doctora hubiera supuesto que la volvería a llamar cuando se hubiese recuperado. Sin embargo, cuando, una vez recuperada, llamó, le contestaron que la doctora Wilbur se había ido de Omaha, para no volver. Era natural que se sintiese despreciada.

Después de todas las amargas batallas en su casa, tras las agonías por las que había pasado para convencer a sus padres de que la dejaran ir a tratarse, y luego que aceptasen su hospitalización en el Clarkson, de pronto, se encontraba fuera del camino hacia su cura. Creía que ni la más valiente persona, si fuera emocionalmente vulnerable como ella, podría soportar un golpe tal.

Se alejó del teléfono y se sentó desmayadamente en su cama. Pensaba que ahora su madre la regañaría y su padre caería en un silencio recriminatorio. Meditó acerca de la doctora Wilbur y de lo asombroso e incomprensible que era que hubiese salido de la ciudad sin una nota de despedida, sin siquiera dar una rápida mirada atrás, en su dirección. ¿Habría ofendido a la doctora? ¿Pensaría que no habría estado realmente enferma, y que el anular la visita era un acto deliberado para acabar con el tratamiento? Desde luego, ambas cosas eran posibles.

¿Y ahora qué? Una carta de Chicago que la informaba de que el analista tenía cubierto su programa para los dos próximos años y que no aceptaba a nuevos pacientes, había eliminado la posibilidad de un análisis. La pérdida de la doctora Wilbur había eliminado las posibilidades de ir al Clarkson y continuar el tratamiento. Así que, en el silencio de su cuarto, Sybil se enfrentó con el hecho de que, de alguna manera, tendría que arreglárselas para continuar sola. Incluso se persuadió a sí misma de que, con la partida de la doctora Wilbur y la cancelación de sus planes de ir a Chicago, ahora estaría más libre para hacer lo que desease. Y lo que más deseaba era volver a la academia.

¿Estaba ya lo bastante buena como para esto? No estaba segura, pero se daba cuenta de que el tratamiento de la doctora Wilbur podría servirle para obtener su readmisión. Después de todo, *había* visitado a un psiquiatra.

Escribió a la señorita Updyke contándole sus deseos de regresar, y ésta le prometió utilizar toda su influencia para hacer posible este regreso. Mientras tanto, Sybil continuó dando clases en la escuela de estudios primarios y pintando. Su cuadro *Calles ciudadanas* y un apunte a lápiz fueron exhibidos en una galería de arte de Omaha. Pero aquella cosa sin nombre seguía persiguiéndola. Cuando llegó un día en que se sintió liberada de aquello, señaló la fecha en su diario con el eufemismo: «Todo fue bien hoy.» En Enero de 1947, Sybil regresó a la academia.

Durante la primera semana, la señorita Updyke se mostró curiosa por saber cómo estaban en realidad las cosas, y cuando Sybil le contó que ya era capaz de acudir a las clases sin las preocupaciones internas que en el pasado la habían obligado a abandonarlas, la señorita Updyke pareció sentirse muy complacida. «Podía ver», escribió Sybil en su diario el día 7 de Enero de 1947, «que me hallaba mucho mejor». El 8 de Enero de 1947, Sybil, refiriéndose a la cosa sin nombre, anotó en su diario: «Estoy orgullosa... y muy agradecida de poder hablar con la señorita Updyke como ayer, sin alterarme. No tengo ninguna inclinación, es la cosa que deseé durante tanto tiempo. Seguramente, Dios ha escuchado mis súplicas.»

No obstante la cosa sin nombre, las «inclinaciones» que la alteraban, no habían desaparecido. Su diario, clave virtualmente infalible de la presencia o ausencia de las «inclinaciones», dado que cuando Sybil dominaba la situación nunca dejaba de escribir algo cada día, muestra claramente que, incluso en este período, hubo días en los que no anotó nada, y eso a pesar de que pensaba que se «hallaba mucho mejor». De hecho, el 9 de Enero, el día siguiente a esta oleada de optimismo, no escribió nada. A menudo, a los días buenos seguían otros malos.

Hubo suficientes días buenos como para que Sybil pudiera completar casi tres años de estudios y entrar triunfalmente en la segunda parte del último curso. Pero entonces, en 1948, poco antes del final de esta segunda parte, Sybil recibió una llamada telefónica de su padre, llamándola a Kansas, que era donde ahora vivían sus padres. Su madre estaba muriéndose de cáncer en el bazo, e insistía en que no la atendiese una enfermera, sino Sybil.

- Si eso es lo que tu madre quiere -le dijo Willard Dorsett a su hija-, eso es lo que tendrá.

Sybil no sabía qué esperar cuando llegó a la ciudad de Kansas. Sus viejos temores volvieron a sobrecogerla. Pero Hattie Dorsett jamás se había mostrado tan tranquila y racional como en Kansas. Paradójicamente, en aquel período de crisis, madre e hija se llevaron mejor que nunca.

Esta misma calma se convirtió en un irónico ambiente para los acontecimientos que comenzaron una tarde cualquiera. Hattie Dorsett, relativamente libre de dolor, estaba sentada en la gran tumbona roja de la sala de estar de la casa de los Dorsett. Estaba leyendo la revista *Ladies' Home Journal* a la luz de una pequeña lámpara de sobremesa. Sybil se acercó con la bandeja de su cena. Entonces, y aparentemente sin relación alguna con nada, Hattie Dorsett comentó:

- Jamás la hice.

- ¿Qué es lo que no hiciste? -le preguntó Sybil suavemente, pensando que su madre estaba aireando alguna pena retrospectiva, alguna cosa no hecha, que ahora la atormentaba.

- Jamás hice aquella llamada -le dijo Hattie Dorsett.

- ¿Qué llamada, madre?

- Aquella llamada a la doctora Wilbur -le explicó su madre.

- La hiciste -insistió Sybil-. ¿No lo recuerdas? Oí la conversación. Palabra por palabra.

Hattie Dorsett replicó muy compuesta:

- Bueno, mantuve apretado el pulsador de la horquilla. No la hice. Nunca hice esa llamada por teléfono.

Jamás se le había ocurrido una tal posibilidad a Sybil. Le resultaba inconcebible que su madre hubiera cortado de una forma tan decidida su camino hacia la salud; inconcebible que su madre la hubiera condenado a la incertidumbre y la duda acerca de la doctora con que había vivido desde Octubre de 1945... hacía casi tres años.

Una pequeña comprensión aquí, una diminuta revelación allí, captadas durante aquel tratamiento, desgraciadamente breve, habían bastado para que se mantuviese un equilibrio interno que hizo posible que Sybil regresase a sus estudios. La cosa sin nombre de la que la doctora Wilbur había tenido una breve demostración el día en que su paciente se abalanzó hacia la ventana, había continuado en Omaha, en la academia y en Kansas. Y había sido *su madre*, manteniendo aquel extraño secreto, la que, al impedir la continuación del tratamiento, había moldeado deliberadamente el destino de su hija.

¡Qué horror, qué tristeza, qué dolor había en aquello! Y sin embargo, no hubo recriminaciones. Nadie criticaba jamás a Hattie Dorsett. No hubo un estallido de ira en su contra. La ira era mala.

Hattie se tomó su cena. Sybil devolvió la bandeja a la cocina. Ni madre ni hija volvieron jamás a mencionar aquella llamada telefónica a la doctora Wilbur.

No obstante, la revelación acerca de la llamada cambió totalmente la actitud de Sybil hacia la doctora. Le parecía obvio que, no sabiendo que Sybil hubiera estado enferma, la doctora hubiera pensado simplemente que había interrumpido el tratamiento sin siquiera tener la cortesía de llamarla para decírselo. No era extraño que la doctora hubiera abandonado Omaha sin llamarla. No era Sybil Dorsett sino la doctora Cornelia Wilbur la que tenía derecho a estar muy desilusionada.

Antes de enterarse de la llamada telefónica no hecha, Sybil había apartado deliberadamente a la doctora Wilbur de sus pensamientos. Sin embargo, ahora la doctora volvía a estar en primer plano, y Sybil notó una repentina oleada de esperanza. Había vuelto a ella el maravilloso sueño de curarse por completo, de volver a comenzar de nuevo donde había terminado con la doctora Wilbur, pero aquella vez no debía permitirse que interviniese la serpiente. Tendría que retrasar su sueño hasta que, totalmente independizada, pudiera permitirse pagar el tratamiento. Sybil se enteró por una publicación especializada en psiquiatría, que la doctora Wilbur era ahora psicoanalista en Nueva York. Y era a Nueva York a donde estaba decidida a ir Sybil.

Pero jamás, durante los seis años -desde 1948 a 1954- que pasaron entre esta decisión y su puesta en práctica, dijo Sybil ni una sola palabra de su sueño a nadie. Su intención era una cosa más que debía guardarse para sí misma.

En Julio de 1948 murió Hattie Dorsett, y fue enterrada en el cementerio de la ciudad de Kansas. Durante los dos meses siguientes, Sybil llevó la casa para su padre, y en Septiembre regresó a la academia. Se graduó en Junio de 1949 y fue necesaria la intercesión de uno de sus profesores para convencer a su padre, que estaba con el pastor Weber, en Denver, Colorado, de que asistiese a la entrega de diplomas. A la una en punto de ese día Sybil salió con su padre en dirección a Denver.

Durante los siguientes años vivió con él, dio clases y trabajó como terapeuta ocupacional. El trabajo de construcción mantenía en continuo movimiento a Willard Dorsett, y Sybil iba con él. Sin embargo, durante el verano de 1954 hubo reunido ya el suficiente dinero como para ir a Nueva York a cursar estudios de postgraduada en la Universidad de Columbia y reiniciar su tratamiento con la doctora Wilbur. Su padre sabía únicamente que su hija iba a Nueva York para estudiar por lo que él mismo la acompañó en coche.

Sybil llegó a Nueva York el Día del Trabajo de 1954, pero esperó hasta Octubre antes de llamar a la doctora Wilbur, temiendo tanto que la rechazase como que la aceptase. Era plausible que la rechazase debido a la forma, aparentemente nada educada, en que Sybil había terminado su tratamiento. Pero aún era más posible, y esto le hacía más daño, que la doctora ni se acordase de ella. El rechazo que se imaginaba venía agravado por el hecho de que Sybil, que se sentía culpable por haber pensado que la doctora Wilbur no había querido llamarla antes de salir de Omaha, convertía limpiamente esa sensación de culpa en una sensación adicional de rechazo.

La aceptación llevaba en sí un tipo diferente de terror. Si era aceptada, Sybil sabía que tendría que contarle a la doctora la sensación de fin del mundo que había experimentado cuando se estaba acabando su estancia de tres años en Detroit, su última residencia antes de llegar a Nueva York. Mientras estaba dando clase, todo le parecía bien, aunque había veces que no recordaba lo sucedido en clase. Pero, no obstante, en el momento en que abandonaba el aula, y resultaba demasiado horrible el solo recordarlo, le sucedían cosas extrañas e incomprensibles. Aquellas cosas no eran nada nuevo y, en realidad, le venían sucediendo desde que tenía tres años y medio, y había comenzado a darse cuenta de ellas al llegar a los catorce. Pero en Detroit no sólo se habían transformado en más frecuentes, sino también en más amenazadoras. Ya no le resultaba posible soportar la terrible carga del secreto que no se atrevía a mencionar, de las respuestas que tenía que improvisar para mantener la pretensión de una normalidad.

Personas a las que no había visto nunca antes insistían en que la conocían. Iba a un picnic y tenía la vaga sensación de haber estado antes allí. Se encontraba colgando en su armario ropa que no había comprado. Comenzaba una pintura y regresaba al estudio para encontrarse con que había sido terminada por alguien... en un estilo que no era el suyo. El dormir era una pesadilla. Cuando estaba dormida, no podía estar segura. A menudo, le parecía que dormía tanto de día como de noche. Y también muchas veces no había línea divisoria entre el momento en que se iba a acostar por la noche y el momento en que se levantaba por la mañana. Había muchas ocasiones en que se levantaba sin haberse ido a dormir, o en que se iba a dormir sin que se despertase a la mañana siguiente, sino en algún momento no reconocible.

Si la doctora Wilbur la aceptaba, aparecerían aquellas cosas y muchas otras similares. Se prometió que aquella vez, con miedo o sin él, se las contaría a la doctora. El no decírselas era como contarle a un doctor que uno estaba resfriado cuando en realidad tenía cáncer.

Sin embargo, Sybil, no estando segura de que pudiera animarse a decirlo, y sabiendo que si no lo hacía el tratamiento no iba a servir para nada, se preguntaba si el reiniciar su tratamiento era una decisión correcta. Titubeó durante seis semanas antes de dar la zambullida.

En el tren, se desvaneció el pasado. De pronto fue el presente que se convirtió en compulsivo cuando Sybil se enfrentó con la razón de su precipitada huida de Filadelfia. Cada vez que ocurría uno de estos incidentes, y llevaban ocurriendo desde que tenía tres años y medio, era como si estuviera sucediendo por primera vez. Desde que, a los catorce años, se había dado cuenta de su situación, cada vez se había dicho que lo iniciaría todo de nuevo, y que ya no podría pasarle más. En Detroit los episodios habían sido abrumadoramente numerosos y, a pesar de ello, incluso entonces se había asegurado a sí misma que cada uno de ellos sería el último.

Sin embargo, aquella vez la ilusión de que era la primera ocasión en que le sucedía le ocasionaba un mayor terror de lo habitual, a causa del profundo desengaño que sentía aquel Enero de 1958 al ver que, tres años y medio después de que se hubiera

iniciado su análisis, pudiese suceder un episodio como aquél de Filadelfia.

El tren entró en la Estación Pennsylvania de Nueva York. Sybil asió su cartera, bajó del tren, se apresuró a correr hacia un taxi y, finalmente, se sintió algo tranquilizada de su aprensión, del insistente remordimiento por lo que había pasado en Filadelfia. Para cuando el taxi llegó a Morningside Drive y se acercó a la casa en que, en Septiembre de 1955, había alquilado un apartamento en el segundo piso con Teddy Reeves, se sintió segura y calmada: tranquilizada por su deseo de no recordar.

Teddy seguiría aún con su familia en Oklahoma. Sybil subió las escaleras sabiendo, pero sin que le importase, que no habría nadie para recibirla.

Cuando abrió de par en par la puerta del apartamento, desapareció su tranquilidad. Capri, delgado y con unos ojos muy grandes, emitió un patético y ronco maullido de bienvenida. El gato era el sonido mismo de la acusación, la misma acusación que le había lanzado el pijama en la habitación del hotel Broadwood. Sybil había abandonado a Capri al dejarlo sin agua o comida. Capri era su único verdadero amigo, realmente lo único que tenía. Conscientemente, Sybil nunca trataría mal a un animal, y sobre todo no lo haría con su precioso Capri. Pero lo había hecho. Había abandonado al animal que amaba como ella misma había sido abandonada repetidas veces en el pasado por gente que decía amarla.

La otra chica

Sybil yacía despierta e insomne, sabiendo que por la mañana tendría que contarle a la doctora lo que había hecho. Iba a ser aún más difícil de lo que había pensado. Por ello, se encontró recordando la primera vez en que había visto a la doctora en Nueva York.

Expectante, ansiosa, inquieta, Sybil había estado despierta aquel 18 de Octubre de 1954 ya desde antes de que amaneciese. Sus ojos recorrían la pequeña habitación de Whittier Hall, posándose en objetos casi invisibles en la semioscuridad. Sobre la silla del escritorio estaba su traje azul marino de gabardina. En el tocador estaba su bolso azul marino de piel, sus guantes azul marino de seda y su sombrero azul marino con su pequeño velo color azul marino. Correctamente situados bajo la silla se hallaban sus zapatos de piel azul marino, de tacón mediano. Sus medias grises estaban metidas dentro de los mismos. El conjunto había sido cuidadosamente preparado la noche anterior.

A medida que las formas se fueron haciendo visibles a la creciente luz, desapareció el sentido de extrañeza. Se encontró pensando en lo que le diría a la doctora. Ahora se lo diría todo.

Sybil se estiró un instante, dando la cara a la ventana y al amanecer. Se vistió lenta y meticulosamente. Mientras se abrochaba el pequeño sujetador, se dio cuenta de que le temblaban las manos y, para tranquilizarse, se sentó en la cama. Levantándose de nuevo, al cabo de unos segundos, se vistió, tambaleándose, con el traje elegido. Colocándose el sombrero con una precisión casi mecánica, pudo darse cuenta de que tenía buen aspecto sin necesidad de mirarse en un espejo. El azul marino estaba muy de moda, y el pequeño velo daba un toque adicional al conjunto.

Fue hasta la ventana. Los árboles del patio de Whittier Hall estaban sin hojas a causa de la ventana. Eran las seis y media. Aún no era la hora. Su cita con la doctora no era hasta las nueve.

El mundo no parecía totalmente despierto cuando bajó los escalones frontales de Whittier Hall y, atravesando la Amsterdam Avenue, se dirigió al drugstore de Hartley, en la esquina Sureste.

El drugstore estaba vacío exceptuando a la cajera y un camarero en la barra. Pasando el tiempo hasta que se despertase la humanidad, la cajera se estaba limando las uñas con una tira de esmeril. El camarero, enfundado ya en su chaqueta blanca, estaba amontonando platos tras el mostrador de mármol.

Sentándose en la barra, Sybil pidió un bocadillo de queso danés y un vaso grande de leche. Se quitó los guantes y jugueteó nerviosamente con ellos. Mientras tonteaba con la comida, se dio cuenta de que estaba matando el tiempo deliberadamente. La frase *matar el tiempo* la hizo estremecerse.

Saliendo del Hartley a las siete y media, esperó un poco que llegase el autobús que pasaba por la Amsterdam Avenue; luego, cambió de idea. Los autobuses la hacían sentirse confusa, y aquella mañana deseaba tener la mente bien despejada.

Pasando junto a la Schermerhorn y a la redonda capilla de St. Paul, apenas si las reconoció. No fue sino hasta que llegó a la Calle 116 cuando el área comenzó a parecerle la Universidad de Columbia con la que ya se había familiarizado. A través de las pesadas puertas de la Calle 116 podía ver en la distancia la Biblioteca Low con su mezcla arquitectónica, sus columnas jónicas y la orgullosa y sin embargo algo patética estatua de la Alma Mater en la escalinata delantera. Se fijó en el gran parecido que había entre la Low y el pequeño Panteón de Roma.

La Catedral de St. John the Divine, en la Calle 113, la intrigaba. Permaneció frente a ella diez minutos completos examinando su arquitectura gótica y reflexionando que parecía ser una obra inacabada, en la que continuamente se trabajase. Bueno, lo que sí era seguro es que ella no podía caminar perpetuamente. Esperó un taxi, pero no apareció ninguno hasta las ocho y cuarto.

El taxista, con su acento de Brooklyn le ofreció el *New York Times*. Lo tomó, agradecida, y con él logró tranquilizar sus nervios, soliviantados por el lento movimiento del taxi a través del tráfico de la hora punta; esto se debía a que su nerviosismo le advertía que, si bien su mente corría a toda prisa hacia su destino, quizás aún llegase tarde a la cita, a pesar de lo pronto que había salido.

Aquel 18 de Octubre de 1954 no había ningún gran titular. No se mencionaba en la primera página ni al Presidente Eisenhower ni al Senador Joe Mc Carthy, quien habitualmente originaba titulares que le hacían a uno desorbitar los ojos. Tranquilos y pequeños titulares proclamaban: *Mac Millan se encarga de la defensa británica en el cambio del gabinete; Aumentan las huelgas en los muelles británicos; Cuarenta universidades se incorporan a la ayuda técnica de los EE.UU. a veintiseis países; Los demócratas van por delante en las batallas del parlamento; Los camioneros inician un juicio por sus pérdidas a causa de la huelga, exigiendo diez millones de dólares.* El titular no escrito, que se sobreponía a todos los otros era: **¿ME RECORDARÁ LA DOCTORA?**

El taxi se detuvo repentinamente.

- Que tenga un buen día -le dijo el conductor mientras ella le pagaba.

¿Un buen día? No sabía. Caminó pensativa a través de la entrada al edificio marrón claro situado en la esquina de Park Avenue y la Calle 76, en donde vivía y tenía su consulta la doctora Wilbur. A las ocho cincuenta y cinco se hallaba en el pasillo privado que llevaba al Apartamento 4D.

La puerta estaba abierta para que los pacientes pudieran entrar sin necesidad de llamar. Sybil se encontró en una pequeña sala de espera, suavemente iluminada, con una diminuta mesa en un rincón, una pequeña lámpara de bronce, y fotografías enmarcadas con madera blanca. ¿Debía sentarse? La doctora Wilbur entró en la habitación.

- Entre, señorita Dorsett.

Pasaron a una soleada sala de consulta, mientras cada una de ellas recordaba la

última vez que se habían encontrado, hacía casi diez años, en Omaha.

Ha cambiado, pensó Sybil. Su cabello es más brillante de lo que recordaba. Y parece más femenina. Pero sus ojos, su sonrisa, y la forma en que hace gestos con la cabeza siguen siendo los mismos.

Al mismo tiempo, la doctora Wilbur pensaba: está tan delgada y es tan frágil como siempre. No parece haber crecido. Reconocería ese rostro en cualquier lugar: su forma de corazón, la nariz respingona, la pequeña boca en forma de capullo de rosa. Es un rostro que no se acostumbra a ver en las calles de Nueva York. Es una cara inglesa, y a pesar de ese poco de acné que tiene en la piel, conserva el aspecto fresco y sin adornos de una inglesa.

La doctora no le pidió a Sybil que se sentase, pero se lo indicó con su comportamiento. ¿Dónde? El sofá verde, con un pequeño almohadón triangular en un extremo, en el que evidentemente descansaban sus turbadas cabezas los pacientes, no le resultaba invitador. Y esta sensación venía incrementada a causa del sillón tapizado dirigido hacia el almohadón triangular y que era el símbolo visible de la «tercera» oreja del psiquiatra.

Desdeñando el sofá, Sybil contó los anillos rosa de la alfombra mientras la atravesaba con lentos y tensos movimientos dirigiéndose hacia el escritorio y la silla situados en el lado opuesto de la habitación. Se detuvo. Llamando su atención desde el estante superior de una librería situada en una pared gris verdoso, había una pluma negra con un anillo dorado, colocada en un soporte dorado con base de ónix, un pequeño bote para lápices color verde, y un jarrón verde con un dibujo de hojas también verdes. En el jarrón había varias colas de gato e hierbas. Le alegró que la doctora no tuviera flores artificiales.

Bloqueada, Sybil retiró titubeante una pequeña silla de caoba de debajo del escritorio y se sentó tiesa en el borde. La información que dio acerca de sí misma fue breve, factual y desprovista de emoción. Era como si estuviese haciendo un resumen para una oficina de colocaciones, y no hablando con la doctora a la que había regresado como consecuencia de un fuerte deseo y tras duros trabajos. Llenó la gélida hora con cosas tales como su graduación en la academia, su trabajo de enseñanza, su otra profesión en la terapia artística, las exhibiciones de sus pinturas, el que no había sido analizada, tal como la doctora Wilbur le había sugerido en Omaha, e incluso la muerte de su madre, todo ello mencionado sin emoción alguna.

El ambiente gélido continuó cuando Sybil introdujo el tema de Stanley Mac Namara, un profesor de Inglés que había sido colega suyo en Detroit, justo antes de venir a Nueva York. Aunque su relación se había desarrollado hasta el extremo de que Stan le había pedido a Sybil que se casase con él, ella hablaba de él con frialdad, como si fuera simplemente una persona conocida. Esquivando definir exactamente sus relaciones con él, evitando mencionar cualquier intimidad o sus propios sentimientos, sólo habló de que era en parte irlandés y en parte judío, que su padre había abandonado a su madre, y que más tarde su madre lo había abandonado a él. El «informe» también incluía la observación de que Stan había sido criado en un orfanato, había trabajado para pagarse la Universidad y había logrado situarse.

Por su parte, la doctora Wilbur estaba más interesada en lo que Sybil no decía acerca de Stan que en lo que decía. Pero no la forzó. La hora había casi ya acabado, y sólo le preguntó:

- ¿Qué es, exactamente, lo que quieres de mí?
- Quiero trabajar en terapia ocupacional -replicó Sybil.
- Creo que ya lo has hecho.
- Y me parece que quiero casarme con Stan. Pero no estoy segura.

Cuando la doctora preguntó si su paciente deseaba volverla a ver, Sybil bajó

avergonzada la cabeza, atisbo entre sus párpados semicerrados e indicó tímidamente:

- Me gustaría volver, para que me analizase.

La doctora Wilbur estaba complacida. Sybil Dorsett sería un sujeto interesante para su análisis: brillante, competente, con talento, pero también reservada, remota y temerosa. El hecho de que las pupilas de sus ojos, dilatadas a consecuencia de la ansiedad, tuvieran el tamaño de los mismos iris, no se le había escapado a la doctora. En las semanas que siguieron, el análisis se convirtió en tan trascendental para la vida de Sybil que casi literalmente vivía sólo para sus visitas del Martes por la mañana a la doctora Wilbur.

Preparándose para estas citas, Sybil hacía un ritual de la decisión sobre si usar el vestido gris con el suéter rosa, el traje azul marino con el conjunto de suéters azules, o la falda gris con el suéter aguamarina. Al mismo tiempo, Sybil se permitía el rito de efectuar frecuentes peregrinajes a la Schermerhorn, la biblioteca de psicología de la Universidad, donde se enfrascaba en la lectura de la literatura psiquiátrica, especialmente en los historiales clínicos. Leía acerca de los síntomas, pero no sólo llevada por su curiosidad intelectual. Creía que cuanto más supiera acerca de los síntomas de otros pacientes, mejor sabría ocultar los suyos propios. Casi en seguida, se había convertido en su propósito fijo el mantener oculto aquello que había venido a revelar a Nueva York.

A veces un paciente ya da una pista de lo que le sucede en la primera visita. Éste, pensaba lamentándose la doctora, aun al cabo de casi dos meses, continuaba enterrándose, mostrando únicamente su capa más superficial y exterior. En este borde exterior se hallaba el doctor Klinger, el profesor de arte de Sybil, con el que tenía diferencias de opinión. Aquí también se hallaba Stan, con el que había pensado casarse, pero que había tomado en el análisis el aspecto de un palo, de una estatua de madera. Sólo fue a través de una paciente investigación como la doctora logró finalmente descubrir un hecho que él había dejado bien claro, o más bien dejado poco claro con sus frases vagas y oblicuas: le estaba proponiendo un matrimonio asexual. *Platónico* fue la palabra que empleó Sybil.

¿Cómo era, se preguntó la doctora, que una mujer inteligente aceptaba verse relacionada con un hombre que aparentemente no tenía impulsos sexuales, un inclusero que jamás había conocido lo que era el amor, y por lo tanto no podía darlo? ¿Qué era lo que podía explicar una libido tan notoriamente baja que fuera capaz de aceptar una tal relación?

Libido baja, reserva alta. Al principio, la doctora había atribuido esta reserva a la muy estricta educación de Sybil. Pero esto no podía explicar el alejamiento que enmascaraba el terror de sus ojos. «Está tonteando», pensaba la doctora. «No es sincera conmigo.»

El 13 de Diciembre Sybil, finalmente, le dio una nueva pista:

- Me preocupan mis vacaciones de Navidad.

- ¿Por qué?

- Las vacaciones me molestan.

- ¿En qué sentido?

- Hay tantas cosas que hacer... Al principio, no sé qué hacer, luego, no hago nada. Me meto en un lío o algo así. No puedo describirlo.

- ¿Por qué no vienes tres veces, por semana durante las vacaciones? -le sugirió la doctora-. De esa forma podríamos contarnos más cosas y disminuir la tensión.

Sybil estuvo de acuerdo.

Y fue el 21 de Diciembre de 1954, cuando ya llevaban tres meses de análisis, en una hora que comenzó de forma inocua, diciendo Sybil:

- Quiero que vea una carta que he recibido esta mañana de Stan.
Entonces, la doctora Wilbur se acercó claramente a la verdad de Sybil Isabel Dorsett.

Sybil parecía tranquila aquella mañana y hablaba de la carta de Stan con su habitual falta de emoción. Pero, cuando abrió su bolso, enrojeció repentinamente. Vio que sólo llevaba allí la mitad de la carta, una mitad con un borde irregular.

Ella no la había roto. ¿Quién lo había hecho?

Buscó en el interior de su bolso tratando de hallar la mitad que faltaba. No estaba allí.

Puso en su regazo las otras dos cartas que había recibido aquella mañana. Estaban intactas, tal como recordaba haberlas guardado. Pero también recordaba haber guardado con ellas la carta de Stan, que entonces estaba completa. Ahora, ni siquiera encontraba la mitad que faltaba. ¿Quién se la había llevado? ¿Cuándo? ¿Dónde había estado ella cuando esto había sucedido? No tenía recuerdo alguno de aquel momento.

De nuevo, había pasado *aquello*. Esa cosa terrible que sucedía de vez en cuando. La había seguido hasta aquí, hasta el refugio que era la consulta de la doctora, la había seguido aquella sombra negra que la acompañaba a todas partes.

Cautelosa, precavidamente, esforzándose por ocultarle a la doctora, que estaba sentada algo separada de ella en el sillón de la cabecera del sofá, lo que había pasado, Sybil deslizó la carta mutilada tras las otras dos. Pero la psicóloga ya le estaba preguntando:

- ¿Quieres que vea esa carta?

Sybil comenzó a tartamudear... y su tartamudeo se convirtió en otra cosa muy distinta.

La elegante y suave maestra del Medio Oeste, con su rostro contorsionado por el miedo y la furia, saltó de la silla situada junto al escritorio y, moviéndose tan deprisa que parecía estar en todas partes al mismo tiempo, hizo pedazos las cartas que habían estado sobre su regazo y lanzó sus restos a la papelera. Luego, apretando los puños, se quedó en el centro de la habitación, diciendo furiosa:

- Todos los hombres son iguales. Una no puede fiarse de ellos. Nanay.

Se dirigió, con rápidos movimientos parecidos a los de una araña, hacia dos altas puertaventanas. Corriendo a un lado las cortinas verdes, apretó de nuevo su puño izquierdo y golpeó con él uno de los cristales.

- Déjeme salir -grito-. ¡Déjeme salir!

Era una súplica agónica: el grito de los perseguidos, los acosados, los atrapados.

La doctora Wilbur se movió con rapidez, pero no lo bastante. Antes de que pudiera llegar hasta su paciente, se oyó un estrépito. El puño había atravesado el cristal.

- Déjame ver tu mano -insistió la doctora, mientras le aferraba la muñeca a Sybil. Su paciente retrocedió ante el contacto-. Únicamente desearía comprobar si te has cortado -le explicó suavemente.

Esta vez la paciente se quedó absolutamente quieta, con los ojos muy abiertos por el asombro mientras miraba por primera vez a la doctora Wilbur desde que había saltado de la silla. Con una quejumbrosa voz «infantil», una voz bastante diferente a aquella con que había acusado a los hombres, la paciente preguntó:

- ¿No está enfadada por la ventana?

La doctora respondió:

- Claro que no.

- ¿Soy más importante que la ventana? -El tono era de curiosa incredulidad.

- Claro que lo eres -aseguró, para darle confianza, la doctora-. Cualquiera puede arreglarla. Llamaré al vidriero. Él la arreglará.

De pronto, la paciente pareció más relajada. Esta vez, cuando la doctora le tomó la mano, no ofreció resistencia.

- Ven, sentémonos en el sofá -le sugirió-. Quiero mirar bien tu mano. Déjame ver si te has hecho daño.

Se apartaron de la ventana, y caminaron hacia el sofá, pasando junto al bolso, que había caído al suelo cuando la paciente se había puesto en pie de un salto, junto a varios papeles y lápices de dibujo, que a consecuencia del ataque de furia, habían sido vomitados por el bolso caído. Pero ahora, el miedo y la furia se habían disipado. Sybil había mantenido siempre una distancia segura que la separaba de la doctora, sentándose junto al escritorio. Sin embargo, aquella vez Sybil se sentó justo al lado de ella y dejó que su mano permaneciese entre las de la doctora, aun cuando ésta hubo declarado:

- No hay corte ni hematoma.

Pero, de nuevo, hubo un cambio de estado de ánimo.

- Hay sangre -dijo la paciente.

- No hay sangre -replicó con seguridad la doctora-. No te has cortado.

- Sangre en el henil -le explicó su paciente-. Tommy Ewald murió. Yo estaba allí.

- ¿Estabas allí? -hizo eco la doctora.

- Sí, estuve. También estuve.

- ¿Dónde estaba ese henil?

- En Willow Corners.

- ¿Vivías en Willow Corners?

- Vivo allí -corrigió-. Anda, si todo el mundo sabe que vivo en Willow Corners.

Anda. Sybil no hablaba así. Pero lo cierto era que la Sybil que la doctora conocía no hacía ninguna de las cosas que había hecho desde que había saltado de la silla. Gradualmente, a medida que Sybil continuaba reviviendo lo ocurrido en el henil, la doctora se sintió sobrecogida por una sensación extraña y desacostumbrada.

Desde que la paciente se había puesto en pie de un salto había tenido esa sensación: una sensación apagada pero insistente, como los sonidos del tráfico que se introducían en la habitación a través de la ventana rota. Cuanto más hablaba Sybil, más insistente se hacía la sensación.

- Mi amiga Rachel estaba sentada conmigo en el henil -decía Sybil-. Y algunos otros niños. Tommy dijo: «Saltamos al granero.» Saltamos. Uno de los chicos golpeó la caja registradora. Dentro había un arma. Se disparó. Volví, y Tommy estaba allí en el suelo, muerto, con una bala en el corazón. Los otros chicos escaparon a la carrera. Rachel y yo, no. Ella fue en busca del doctor Quinoness. Yo me quedé con Tommy. Llegó el doctor Quinoness y nos dijo que nos fuéramos a casa. No nos fuimos: Le ayudamos a sacar el arma y a poner una manta sobre Tommy. Tommy sólo tenía diez años.

- Fuisteis dos niñas muy valientes -le dijo la doctora Wilbur.

- Sé que Tommy está muerto -continuó la voz infantil-. Lo comprendo. Sí, me quedé porque no creía que fuera correcto dejar a Tommy solo, muerto.

- Dime -preguntó la doctora-. ¿Dónde estás ahora?

- Hay sangre fue la réplica-. Veo sangre. Sangre y muerte. Sé lo que es la muerte. Lo sé.

- No pienses en la sangre -dijo la doctora-. Te pone triste.

- ¿Le importa cómo me siento? -De nuevo hubo aquella mirada de curiosa incredulidad.

- Me importa mucho -aseguró la doctora.

- Anda. ¿No está tratando de tomarme el pelo?

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- Mucha gente me lo toma.

La sensación de que la engañasen. La ira. El terror. La sensación de estar atrapada. La profunda desconfianza hacia la gente. La quejumbrosa convicción de que una ventana, una cosa, era más importante que ella. Esas sensaciones y actitudes, expresadas durante aquella hora, eran síntomas de alguna alteración profunda. Y todo aquello daba vueltas en la torturada mente de la paciente como un oscuro residuo en un pozo turbio.

Desde el momento en que la paciente había corrido hacia la ventana, la doctora se había dado cuenta no sólo de que su actitud no era característica sino también de que tenía un aspecto y una voz diferentes. Parecía pequeña, encogida. Sybil siempre se erguía tanto como le era posible, porque se consideraba pequeña y no deseaba parecerlo. Pero ahora, parecía hundida en sí misma.

También la voz era diferente, infantil. No se parecía a la de Sybil. Y, sin embargo, aquella voz de niña había pronunciado palabras de mujer en su denuncia de los hombres: «Todos los hombres son iguales. Una no puede fiarse de ellos. Nanay.» Y la palabra *Nanay*. Sybil, una maestra muy cuidadosa, que utilizaba estrictamente el idioma, jamás emplearía un vulgarismo tal como *nanay*.

La doctora tenía la clara impresión de que estaba tratando con alguien más joven que Sybil. Pero, ¿y aquella denuncia de los hombres? No podía estar segura. Entonces, se desbocó el pensamiento que había estado tratando de mantener sujeto por las riendas:

- ¿Quién eres?

- ¿Es que no ve la diferencia? -fue la réplica, acompañada por un gesto totalmente distinto a los de Sybil-. Soy Peggy.

La doctora no contestó, y Peggy continuó:

- No nos parecemos. Eso puede verlo. Puede verlo.

Cuando la doctora le preguntó su apellido, Peggy respondió airada:

- Uso el apellido Dorsett y a veces Baldwin. En realidad, soy Peggy Baldwin.

- Cuéntame algo acerca de ti -le sugirió la doctora.

- De acuerdo -aceptó Peggy-. ¿Quiere que le hable de mis pinturas? Me gusta pintar en blanco y negro. Dibujo al lápiz y al carboncillo. No pinto tanto o tan bien como Sybil.

La doctora esperó un momento; luego prosiguió su interrogatorio:

- ¿Y quién es Sybil?

La doctora aguardó, y Peggy contestó:

- ¿Sybil? Vaya, pues es la *otra* chica.

- Ya veo -replicó la doctora.

Luego, preguntó:

- ¿Dónde vives?

- Vivo con Sybil, pero, como ya le he dicho, mi casa está en Willow Corners -contestó Peggy.

- ¿Fue tu madre la señora Dorsett? -inquirió la doctora.

- No. ¡No! -Peggy se echó hacia atrás, acurrucándose contra el pequeño almohadón-. ¡La señora Dorsett no es mi madre!

- De acuerdo -aceptó la doctora, intentando darle confianza-. Sólo quería saberlo.

Hubo un repentino movimiento. Peggy había abandonado el sofá y se estaba moviendo a través de la habitación con el mismo paso rápido y parecido al de una araña con que antes había corrido a la ventana. La doctora la siguió, pero Peggy había desaparecido. Sentada en la pequeña silla de caoba, junto al escritorio, estaba la maestra del Medio Oeste: Sybil. Esta vez la doctora supo ver la diferencia.

- ¿Qué hace mi bolso en el suelo? -murmuró Sybil. Se inclinó y con paciente

contención metió en el interior las cosas desparramadas-. Hice eso, ¿no? -preguntó, señalando hacia la ventana-. Lo pagaré. Lo pagaré. Pagaré. -Finalmente, susurró:- ¿Dónde están las cartas?

- Las rompiste y las tiraste a la papelera -respondió la doctora con consciente deliberación.

- ¿Yo? -se extrañó Sybil.

- Tú -afirmó la doctora-. Hablemos de lo que ha pasado.

- ¿Qué cabe decir? -inquirió Sybil con tono apagado. Había roto las cartas y la ventana, pero no sabía cómo, cuándo o por qué. Se inclinó hacia la papelera y recogió algunos trocitos de las cartas.

- No lo recuerdas, ¿verdad? -preguntó suavemente la doctora.

Sybil negó con la cabeza. ¡Qué vergüenza, qué horror! Ahora, la doctora sabía lo de la cosa terrible y sin nombre.

- ¿Ya has roto cristales en otras ocasiones? -interrogó en voz baja la doctora Wilbur.

- Sí -replicó Sybil, inclinando la cabeza.

- Entonces, esto no es diferente a lo que ya has experimentado otras veces.

- No del todo.

- No te asustes -dijo la doctora-. Estabas en un estado de consciencia diferente. Tuviste lo que llamamos una *fuga*. Una fuga es un estado importante de disociación de la personalidad caracterizado por una amnesia y la huida física del ambiente inmediato.

- Entonces, ¿no me culpa por ello? -preguntó Sybil.

- No, no te culpo -le replicó la doctora-: Esto no tiene nada que ver con la culpabilidad. Tenemos que hablar más del tema, y lo haremos el Viernes.

Había terminado su hora. Sybil, totalmente autocontrolada, se alzó para irse. La doctora la siguió hasta la puerta y la animó:- No te preocupes. Se puede tratar. Sybil se marchó.

- ¿Qué tengo entre manos? -se dijo a sí misma la doctora mientras se dejaba caer en su sillón. Parecía tener más de una personalidad, pensó. ¿Una doble personalidad? Sybil y Peggy, totalmente diferentes la una de la otra. Parecía bastante claro. Tendría que decírselo el Viernes.

La doctora pensó en la próxima visita de la señorita Dorsett. ¿O debería decir las señoritas Dorsett? Ella (ellas) estaba (estaban) viniendo ahora tres veces por semana, por las vacaciones de Navidad... Bueno, sería mejor que Sybil continuase viniendo con esa frecuencia. Aquel caso era más complicado de lo que había creído al principio. La señorita Dorsett volvería el Viernes. Pero, ¿qué señorita Dorsett?

Peggy Lou Baldwin

Era Sybil. Sybil, tranquila; Sybil en calma.

- Quiero excusarme por no haber acudido a mi cita del Miércoles -comenzó a decir aquel 23 de Diciembre de 1954-. Es que...

- Viniste el Miércoles -le replicó con deliberada brusquedad la doctora Wilbur-. Pero estabas en uno de esos estados de fuga, y no lo recuerdas.

Utilizando los «estados de fuga» como marco, la doctora pensaba explicarle a Sybil que, cuando ella desaparecía durante tales momentos, aparecía alguien llamada Peggy. Pero Sybil, cambiando astutamente de tema, no le dio oportunidad a la doctora.

- Me tranquiliza -dijo-, el saber que no falté a mi cita. Y ahora, hay algo que quiero decirle. Algo de lo que realmente necesito descargarme. ¿Puedo decírselo ahora

mismo?

Sin embargo, la «importante» revelación era sólo:

- Tendría que haber oído a Klinger esta mañana. Ese hombre no tiene idea alguna de lo que es el arte moderno. Repetidas veces nos ha causado un gran desengaño a quienes creemos en él.

Sybil se mostró tan efectiva en su evasión que, cuando hubo transcurrido la hora, la doctora aún no había podido hablarle de Peggy. Ni tampoco tuvo oportunidad de ello durante la siguiente cita. Cuando salió al vestíbulo para recibir a su paciente, era Peggy quien la estaba esperando. La doctora no tuvo dificultad alguna en reconocerla. Sin sombrero, sin guantes, Peggy estaba mirando dos ampliaciones de fotos del mar y las islas que la doctora había fotografiado en Puerto Rico y las Islas Vírgenes, fotos que Sybil ya había contemplado en su primera visita.

- Entra, Peggy -dijo la doctora. Y Peggy, obviamente complacida porque la doctora hubiera sido capaz de distinguirla de Sybil, entró con pasos rápidos y confiados.

Relajada y cooperativa, Peggy estaba muy dispuesta a hablar de sí misma:

- Le conté algunas cosas el otro día -comenzó-. Entonces, estaba irritada. Tenía derecho a estarlo. -Su tono se convirtió en confidencial, miró a los ojos a la doctora y le dijo:- ¿Sabe?, Stan nos envió a paseo por carta. ¿Quiere saber lo que decía? Decía: «Creo que deberíamos interrumpir nuestra amistad... al menos, por el momento.» Eso es lo que decía. Me enfadé tanto, que rompí la carta y la tiré a una papelera en la esquina de Lexington Avenue y la Calle 65, mientras venía aquí. La tiré. Sólo que no era toda la carta. Creí que lo había hecho. Pero usted pudo ver que la otra parte estaba aquí. Bueno, me sentí insultada. ¿Quién no se sentiría así?

Peggy hizo una pausa. Se alzó del sofá, paseó un poco y, con mirada pícaro, comentó más que preguntó:

- ¿Quiere saber quién no se sintió insultada? Bueno, se lo diré. La respuesta es: Sybil. No puede arreglárselas por sí sola. Siempre tengo que acudir en su defensa. No se puede irritar, porque su madre no la deja. Yo también sé que es pecado irritarse, pero la gente se irrita. Creo que no hay nada malo en enfadarse, si una quiere hacerlo.

Volviendo al sofá y sentándose cerca de la doctora, Peggy continuó:

- ¿Quiere saber otra cosa de Sybil? Está aterrorizada. Siempre está aterrorizada. Me harta. Ella se rinde, pero yo no.

- Peggy -preguntó la doctora-, ¿os parecéis tú y Sybil?

- En absoluto -replicó indignada Peggy, mientras se alzaba del cojín, se ponía en pie y comenzaba a caminar arriba y abajo por la habitación-. Somos totalmente distintas. Ya puede ver cómo es mi cabello. Y la forma de mi rostro.

La doctora Wilbur no veía la diferencia. Si bien Peggy parecía más joven y hablaba y se comportaba de modo distinto a Sybil, el cabello, el rostro y el cuerpo eran idénticos. Peggy estaba controlando totalmente aquel cuerpo, pero la doctora sabía por su experiencia de la pasada semana, que en cualquier momento Peggy podía transformarse en Sybil. Pero de hecho, Peggy permaneció allí durante toda la hora.

Al ir interrogándola la doctora, Peggy exclamó, con una nota de impaciencia:

- ¡Anda, la de preguntas que hace -Y cuando la doctora trató de buscar el hilo que conectaba a Peggy con Sybil, Peggy replicó ásperamente:- Oh, déjeme en paz. Hay cosas que no puedo decirle. No puedo. Es como los centinelas que rodean el palacio. No pueden sonreír. Están de guardia.

Luego, mostrando que ella sí podía sonreír, Peggy añadió:- Supongo que sonreirían si uno les hiciera cosquillas con una pluma. Yo en cambio no. Ni sonrío ni hablo cuando no quiero. Y nadie puede obligarme.

Cuando fue hora de irse, Peggy dijo alegremente mientras se alzaba del sofá:

- ¿Sabe?, ya nos conocíamos de antes.

- De la pasada semana -le replicó la doctora-. Nos vimos aquí.

- No -insistió Peggy-. Nos conocimos en Omaha. En la ventana. En la misma forma en que nos encontramos aquí. Yo le hablé con mi propia persona en Omaha, pero usted no me reconoció. Le dije que era Peggy, pero usted creyó que ése era un apodo de Sybil.

Cuando Peggy se hubo ido, siguió en los pensamientos inquisitivos de la doctora. Peggy estaba irritada porque Stan le había enviado a Sybil una carta de ruptura: ¿Significaría esto, se preguntó la doctora, que aunque Sybil no conocía a Peggy, estaban tan profundamente unidas que Peggy recibía el impacto emocional de las experiencias de Sybil?

Peggy había dicho que Sybil no podía irritarse cuando debiera. ¿Era Peggy la defensa de Sybil contra la ira? ¿Era la ira concentrada en aquel puño, cuando Peggy rompió la ventana, la materialización de lo que Sybil reprimía? La doctora sabía que tendría que enterarse de muchas más cosas, antes de poder confirmar esta hipótesis. Quizá simplemente estuviese siendo bombardeada por presentimientos. En cualquier caso, las preguntas llegaban a su mente urgentes y acuciantes.

De pronto, al pensar en Peggy andando sola por las calles, la doctora Wilbur se sintió preocupada. Peggy, una personalidad asertiva, debería ser capaz de cuidarse de sí misma. Y sin embargo, cuando había dicho: «Porque su madre no le deja», hablando de Sybil, y como si su madre estuviera aún con vida, había mostrado con claridad, tal como había sucedido en la anterior visita, que no podía diferenciar el presente del pasado. Y era muy joven. La doctora se preguntó cómo podría recorrer las calles de Nueva York. Y esperó que llegase sana y salva a casa. ¿A casa? La casa era el hogar de Sybil.

Peggy Baldwin, a veces Dorsett, no tenía la menor intención de regresar a su dormitorio cuando salió de la consulta de la doctora Wilbur.

- Quiero ir a algún sitio -murmuró entre dientes, mientras atravesaba la puerta delantera del edificio, que daba a Park Avenue-. Quiero hacer lo que quiero hacer.

La amplia avenida, con sus islas de árboles de Navidad cubiertos con restos de nieve, sus brillantes limusinas, sus conserjes, ante las puertas, con relucientes botones que destellaban al sol, la fascinaba. Todo era muy diferente a Willow Corners.

Rápidamente, se corrigió a sí misma. Tenía que admitir que vivía en aquella maravillosa nueva ciudad con Sybil. Pero su casa estaba en Willow Corners.

¿Qué sentiría una, se preguntó Peggy, viviendo en aquellas casas? Algún día, deseaba ser alguien. Cuando lo fuera, quizá pudiera vivir en una casa con un conserje que tuviese relucientes botones. Quería ser como toda aquella gente importante, hacer muchas cosas, e ir a montones de sitios.

Decidió caminar un rato, mirar, observar, experimentar. ¡Había tantas cosas que deseaba conocer! Por eso estaba siempre escuchando, tratando de oírlo todo, forzando su oído para captar todo lo que pudiese. Incluso a menudo iba a diferentes sitios para averiguar lo que sucedía en ellos.

Cruzó hacia Madison Avenue, mirando las tiendas por las que pasaba: tiendas con gráciles estolas de color arena, encantadores trajes de punto, camisones de color rosa, jerseys negros conjuntados con faldas de algodón de color rojo y blanco y adornos de terciopelo negro. Le encantaban las cosas hermosas, pero no se atrevía a comprar nada en lugares buenos como aquéllos. Sólo miraba.

El bar por el que pasó en la Calle 44 Oeste fue otro lugar al que no se atrevía a entrar. Pero podía mirar a toda aquella gente que había dentro en aquellos días de Navidad, haciendo cosas que no sabía que hiciera nadie en Willow Corners.

Salieron dos hombres. Uno la rozó y le preguntó: «¿Qué tal si...?» ¿Qué tal si *qué?*, le

preguntó, mientras lo miraba duramente. El hombre se echó a reír. Las risas la asustaban. Cuando la gente se reía, estaba segura de que estaban riéndose de ella. Comenzó a caminar con rapidez, pero no lo bastante como para dejar de oír que el hombre que la había rozado comentaba al otro: «Bastante independiente, ¿no?»

Sí, bastante independiente, se indignó Peggy, mientras corría para tratar de dejar atrás su ira. Muy independiente. No iba a soportar nada de nadie. Podía luchar.

Olvidando el incidente, siguió adelante, hallándose finalmente en un gran almacén. Atravesando un paso elevado, fue a una estación. El cartel decía: Pennsylvania Railroad. Anda, pensó, podría ir a algún sitio. En la estación encontró un lugar en donde comer. Le gustaba comer.

Tras la comida, se halló en una librería, hojeando un relato de doctores. No le gustaban demasiado las novelas de doctores, pero a Sybil le encantaban.

Sybil. ¿Cómo la había confundido con Sybil aquella encantadora señora de cabellos rojos? ¿No podía ver que Peggy y Sybil no eran la misma persona? De repente, Peggy se echó a reír muy fuerte. La gente se volvió para mirarla.

La gente. Podría echarse a llorar cuando pensaba en la gente. A veces, cuando pensaba en la gente se sentía sola y perdida. Había tanta gente malvada, y la gente malvada la irritaba. Sabía que no estaba bien irritarse, pero muchas cosas la irritaban. Y cuando se irritaba, lo veía todo rojo.

El paso elevado, que era largo, la hacía sentirse pequeña. Atravesó una puerta giratoria, caminó a lo largo de un interminable pasillo, y llegó hasta un lugar en donde vendían billetes. Se dirigió a la ventanilla. La mujer que había tras ella le parecía malvada. Así que Peggy le dijo llanamente:

- ¡No tengo por qué comprarle un billete a usted!

No estaba bien el irritarse, pero ahora ya lo había hecho.

- Un billete, por favor -dijo, acercándose a otra ventanilla.

- ¿A Elizabeth? -preguntó la taquillera.

Peggy asintió con la cabeza. ¿Por qué no? Podía ver que mucha gente estaba esperando hasta que colocasen un cartel en lo alto. Deseaba ser la primera en atravesar la puerta, pero aunque se apresuró fue la quinta de la cola.

La siguiente cosa que supo fue que estaba en un restaurante junto a una estación de ferrocarril, y pedía un chocolate caliente. Cuando le preguntó al camarero si estaba en Elizabeth, la miró en forma rara y le contestó: «Bueno, claro que sí.» Era extraño, no sabía cómo había llegado allí. Su último recuerdo era de atravesar la puerta de la estación del Pennsylvania. Bueno, suponía que Sybil o alguna de aquellas otras personas habría hecho el viaje en ferrocarril. A quién le importa, pensó Peggy. Yo compré el billete para Elizabeth y aquí estoy.

Caminó aprensivamente a lo largo de la calle que había en el exterior del restaurante. Aquel lugar no era muy interesante, pero tenía que hacer algo. Estaba rodeada por cosas desconocidas.

Divisando un aparcamiento, caminó con rapidez hacia él. No se había introducido demasiado en el mismo, cuando tuvo una repentina sensación de alegría al reconocer el coche de su padre.

¡Lo era! Había encontrado el coche de su padre, una cosa que le era familiar.

Caminó hacia el coche y comenzó a probar las puertas. Todas ellas estaban cerradas. Las probó de nuevo, pero, por mucho que lo intentase, no querían abrir. Se sentía atrapada, no por estar encerrada dentro, sino por estar encerrada fuera. Sabía que podía suceder de ambas formas:

En su interior surgió la ira y lo vio todo de color rojo. Rápidas, agudas y pesadas pulsaciones latieron por su cuerpo. Casi sin saber lo que estaba haciendo, tomó su bolso y golpeó con la parte metálica del mismo una ventanilla que estaba algo

abierta. Tras unos pocos golpes escuchó el tintineo del cristal roto. Le gustaba el sonido del cristal al romperse.

Junto a ella se hallaba un hombre con un traje color marrón claro.

- ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Le han quedado las llaves dentro? -preguntó.

- Es el coche de mi padre -replicó ella.

Antes de que el hombre del traje marrón pudiera contestarle, un hombre con traje gris, que se había unido a ellos, resopló:- No, no lo es. Es mi coche.

A Peggy no le gustaba en lo más mínimo aquel tipo de gris. Y no tenía derecho a hablarle así.

- Es el coche de mi padre -insistió-, diga usted lo que diga.

- ¿Y quién es su padre? -preguntó el hombre de marrón.

- Willard Dorsett -replicó ella orgullosamente.

El hombre de gris metió la mano en su bolsillo, sacó su cartera y mostró la tarjeta de registro del coche.

- ¿Ve, hermana?, los números son los mismos que los de la matrícula -bramó.

Con la cabeza alta, y los ojos echando chispas, comenzó a caminar para ir a buscar a su padre y explicarle lo que había sucedido. Lo encontraría , y él lo aclararía todo. Pero el hombre que decía ser el dueño del coche estaba gritándole fuerte y en forma poco agradable:

- Hey, usted, vuelva aquí. No se crea que la voy a dejar marchar.

A Peggy no le gustaba encontrarse sola con aquellos hombres. Eran feos y malencarados, y les tenía miedo. Temía que la detuviesen si intentaba escapar.

De todos modos, trató de huir, pero el propietario del coche la asió por un brazo.

- Quíteme las manos de encima -le advirtió-, o quizá le haga daño.

Trató de soltarse, pero el propietario del coche colocó una mano sobre su hombro y, aferrándola, le dijo:

- Tranquilícese, hermana, tranquilícese.

Se sentía como un paria, atrapada por extraños de los que sólo podía esperar desconfianza, rechazo e insultos.

- Bueno, hermana -insistió el propietario del coche-. Me rompió la ventanilla. Me costará veinte dólares reemplazarla. ¿Va usted a pagarlos?

- ¿Por qué tendría que hacerlo? Es el coche de mi padre -le replicó Peggy.

- Además, ¿quién es usted? -le preguntó el propietario del coche-. Déjeme ver su documentación.

- No lo haré -aseguró Peggy-. No lo haré. Y ni usted ni nadie me obligarán a ello.

El propietario del coche; irritado por su negativa, le arrancó el bolso.

- Devuélvame lo -gritó ella-. Devuélvame lo ahora mismo.

Sacó una carterita de plástico con la documentación del interior del bolsillo y se lo devolvió.

- Sybil I. Dorsett -leyó én voz alta-. ¿Es éste su nombre?

- No -contestó Peggy.

- Entonces, ¿qué hace con ese documento? -espetó él.

Peggy no le contestó. Desde luego, no iba a hablarle de la *otra* chica.

- Déme los veinte dólares -ordenó-. Maldita sea. Déme el dinero, firme este papel, y la dejaremos ir.

Peggy estaba loca de rabia. La siguiente vez que el propietario del coche le pidió los veinte dólares, apuntándola con un dedo, le mordió ese dedo... con fuerza.

- Maldita sea -escupió-. Oiga, Sybil Dorsett, déme el dinero y la dejaremos ir. ¿De acuerdo?

- No soy Sybil Dorsett -replicó fríamente Peggy.

El hombre estudió la foto de la documentación.

- Desde luego, es usted -dijo con convicción-. Y aquí está su nombre, bajo la foto. Usted es Sybil I. Dorsett.

- No lo soy -protestó Peggy.

- Bueno, entonces, ¿cuál es su nombre?

- Soy Peggy Lou Baldwin.

- Un alias -intervino el hombre de marrón.

- Dijo que su padre era Willard Dorsett -indicó el hombre de gris-. Hay algo raro en todo esto.

- Seguro que sí -estuvo de acuerdo el hombre de marrón.

Peggy trató de alejarse, pero no podía moverse. Y sabía que estaba siendo detenida tanto desde dentro como desde fuera. De hecho, era a causa de lo que estaba sucediendo dentro por lo que no podía moverse.

Pensaba que no había estado al mando durante el viaje en tren a aquel horrible pueblo y sabía que tampoco ahora estaba al timón. Sabía que era Sybil la que tenía el control. Podía notar cómo Sybil metía la mano en su bolso al repetir el propietario del coche:

- Me costará veinte dólares reemplazar esa ventanilla. O me paga, o llamaré a la policía. -Peggy pudo notar cómo Sybil le entregaba dos billetes nuevos de diez dólares al hombre odioso.

El hombre escribió algo en un bloc de hojas cambiables.

- De acuerdo -dijo-. Firme esto.

Peggy pudo oír cómo Sybil decía que no con voz firme.

Esta vez, Peggy se sintió orgullosa de Sybil. No es muy habitual que ella dé la cara por nosotras, pensó Peggy, pero esta vez lo está haciendo.

- Si no firma este papel -murmuró el hombre-, no la dejaremos ir.

Peggy contempló a Sybil leyendo el papel, pero no pudo ver lo que éste decía. Sólo logró ver una frase. Decía: «el propietario del vehículo».

¿El propietario del vehículo? Aquellas palabras atemorizaron a Peggy. Significaban que en realidad aquél no era el coche de su padre. ¿No era el coche de su padre? Dándose cuenta por primera vez de esto, Peggy intentó de nuevo echar a correr. Pero el propietario del coche la agarró, le puso un bolígrafo en la mano y ordenó:

- Firme el papel. -Luego, le puso el papel frente a las narices, diciendo:- Rompió la ventanilla de mi coche. Ya me la ha pagado. Pero no me ha pagado las molestias... el tiempo que perderé haciéndola reparar. Realmente, tendrá que pagarme extra.

- Ha puesto mi nombre en esa tarjetita. Ha dicho que podía irme. Y me voy -anunció firmemente-. Pero no sé por qué quiere que firme.

- Pensé que había dicho que ese no era su nombre -replicó el hombre-. ¡Esto es demasiado! ¡Váyase!

Peggy caminó de regreso a la estación. Mientras volvía con el tren a casa, pensó en lo tonto que había sido que aquella gente hubiera hecho toda aquella escena por un pequeño cristal roto.

Era casi de noche cuando Peggy regresó a la pequeña habitación que compartía con Sybil. La penumbra se filtraba en la habitación, que era muy parecida a la que habían ocupado cuando estudiaban en la academia, y producía pálidas sombras aquí y allá en el techo y en la parte superior del tocador y las sillas.

Peggy se quitó los zapatos a puntapiés y se tendió en la cama.

Luego, se alzó y caminó rápida hasta el tocadiscos portátil. ¿Debía poner *Mockin'bird Hill* o *Galway Bay*? Decidiéndose por *Mockin'bird Hill*, lo cantó al mismo tiempo.

Aún cantando, fue hacia la ventana y miró al exterior. Los árboles del patio del edificio brillaban con la nieve que había comenzado a caer. Dejó de cantar. Tenía

miedo a la nieve, miedo al frío.

De pronto, tuvo una idea. Aquella era la noche de la reunión social de antes de Navidades y, cansada de todas las cosas horribles que habían sucedido durante el día, decidió ir a la fiesta y olvidarlo todo. Llevaría el vestido color verde manzana que había comprado en una tienda china de la parte alta de Broadway. Había entrado en ella sólo para comprar un pequeño parasol de papel de diez centavos, pero en el momento en que había visto aquel vestido, supo que tenía que ser suyo.

Mientras seguía sonando el disco, Peggy sacó el vestido con el colgador de aquello que humorísticamente denominaba «nuestro armario». Este vestido es tan hermoso, pensó, como los que había visto en los escaparates de las elegantes tiendas de Madison Avenue. Y además, estando muy de moda aquella temporada, sólo le había costado doce dólares. Y hubiera valido su precio aunque hubiera pagado por él treinta, cuarenta, cincuenta, ochenta, doscientos e incluso trescientos dólares. Pero Sybil tenía que estropearlo todo. A Peggy le caía mejor Sybil cuando se ocupaba sólo de sus asuntos.

Mientras se enfundaba grácilmente en el vestido, que se abría totalmente por delante, se esfumó la agradable sensación de amistad que había notado hacia Sybil aquella tarde. Sabía que Sybil se colocaba entre ella y sus deseos, sus necesidades, y la expresión de su individualidad. El vestido había despertado todas sus quejas adormecidas contra Sybil, posesora de su cuerpo y cabeza de aquel hogar.

Sybil era un hecho de la vida de Peggy, pero a veces podía ser una terrible molestia. Cuando Sybil había hallado aquel hermoso vestido en el armario, había actuado como si hubiera visto un fantasma o algo parecido. ¿Cómo se ha metido esto en *mi* armario? ¿Y qué es lo que hace este talón de compra en *mi* bolso?

Quizá lo que más le hubiera molestado era el mismo hecho de que hubiera hallado el vestido. Peggy lo había ocultado en el estante superior de un armario que Sybil utilizaba como depósito de muchas cosas, excepto vestidos. ¿Quién se hubiera imaginado que Sybil fuera a rebuscar allí?

Peggy se preguntó si Sybil se habría molestado por el dinero. Desde luego, doce dólares no era demasiado por aquel vestido. Y Sybil tenía ese dinero. Pero, supuso Peggy, quizá Sybil tuviera sus propias ideas acerca de cómo gastar aquel dinero en muebles, equipo artístico, y todas aquellas medicinas... o sea las cosas que Sybil consideraba necesarias.

Sybil siempre está revolviendo las cosas que compro, se indignó Peggy. Pasó lo mismo con mi traje azul y los zapatos azules. Los compré dos veces en el mismo día, pero ambas veces Sybil los fue a devolver. Sí, ciertamente puede llegar a ser molesta.

Peggy se miró en el espejo. El resultado era hermoso, simplemente hermoso. A cualquiera tenía que gustarle aquel vestido. Quizá Sybil no estuviese realmente molesta con la prenda sino con Peggy. No, eso es una tontería. La verdad era, y Peggy tenía que enfrentarse con ella, que Sybil no conocía su existencia. No era demasiado halagador, pero así era como estaban las cosas.

Unas cuantas joyas mejorarían el conjunto, pensó Peggy mientras continuaba examinándose en el espejo. Sería tan divertido llevarlas, pero sabía que no podía. Estaba mal llevar joyas. ¿Acaso no lo habían dicho en la iglesia? ¿Acaso no le habían dicho *eso* desde que tenía uso de razón? Y no obstante, le gustaban las cosas hermosas. Dudó. Había un collar de perlas que pertenecía a la madre de Sybil. No, no se lo pondría. No le gustaba la madre de Sybil, y aquello hacía doblemente incorrecto el que usase aquellas perlas.

No podía apartarse del espejo. Su cuerpo cuadrado le daba un aspecto regordete que no le gustaba demasiado, pero le encantaba su corte de pelo a lo paje, su cabello negro y liso, su flequillo, su rostro redondo, su nariz respingona, sus ojos azules y, sí,

debía admitirlo, su sonrisa pícaro. *Ofta mia*; no lo había pensado nunca antes, pero parecía un duendecillo. Sybil, con su cuerpo delgado y esbelto, su cabello castaño claro que llevaba suelto, su cara con forma de corazón, sus ojos grises y su expresión seria era totalmente distinta. ¿No podía ver eso la amable doctora? ¿No podían verlo los hombres que en Elizabeth habían mirado la foto de Sybil? ¿Por qué la gente siempre la confundía con ella?

De pronto, Peggy se apartó con rapidez del espejo. El fijarse en sus labios la había obligado a alejarse. Gruesos y prominentes. El tipo de labios que tienen los negros. Tenía miedo de sus labios. Había comenzado a pensar que era una negra. Tenía miedo de los negros, miedo de la forma en que los trataba la gente, miedo de la forma en que la trataban a ella. Tomó el bolso, y salió de la habitación.

En el patio del edificio, con la nieve cayendo sobre su cabeza descubierta y cosquilleándole en la nariz, Peggy corrió para adelantarse a su miedo. Como si quisiera apartarlo, se oyó de nuevo cantar *Mockin'bird Hill*.

El salón de actos estaba ya repleto cuando llegó. Los estudiantes estaban reunidos en grupos, hablando de todos los temas concebibles. Había mesas de cartas y tableros de ping-pong. Sybil no jugaba a cartas ni a ping-pong, pero Peggy sí. Peggy tenía una buena coordinación y era rápida.

Contempló a los estudiantes. No había ninguno entre ellos, pensó, que no fuera más apuesto que Stan. Pero, ¿acaso estaba Sybil interesada en ellos? No lo estaba. Stan no había destrozado el corazón de Sybil; simplemente, a ella no le interesaban mucho estas cosas. Y tampoco el corazón de Peggy estaba destrozado. Ni hablar de ello. Peggy deseaba que Sybil encontrara a alguien que les pudiese gustar a las dos.

El largo bufete, cubierto por un encantador mantel de encaje blanco sobre el que había dos grandes samovares de cobre, uno para café y otro para té, le recordaron a Peggy que no había tomado comida alguna desde que había estado en Elizabeth. Sabía que no podía tomar café o té porque su religión no se lo permitía, pero los canapés y los pastelillos tenían buen aspecto. Había comenzado a mordisquear un canapé cuando oyó una culta voz con acento del Medio Oeste preguntándole:

- ¿Qué tal lo estás pasando, Sybil?

- Muy bien -respondió Peggy sin dudarle, alzando la vista hacia Teddy Eleanor Reeves, una mujer de buen aspecto, a pesar de que no se preocupaba de cómo se vestía, no usaba maquillaje y tenía un cuerpo en forma de rombo. Teddy, que ocupaba la habitación contigua a la suya, siempre la llamaba «Sybil». Hacía mucho que Peggy se había decidido a contestar al nombre de Sybil cuando fuera necesario. Con aquella gente siniestra de Elizabeth no lo había sido, pero con Teddy, que se había convertido en una buena amiga de Sybil, era diferente.

- ¿Dónde has estado todo el día? Estuve preocupada por ti -continuó Teddy. Teddy, con su metro setenta y cinco, anchos hombros, grandes caderas y busto muy pequeño, era siempre una figura dominante, que interpretaba continuamente el papel de madre. Peggy no podía comprender cómo era que Sybil la soportaba. Y sabía que Teddy estaba deseando que le diera una descripción, punto por punto, de lo que había hecho Sybil aquel día. Bueno, pues Sybil no había hecho nada en todo el día, y Peggy no tenía intención alguna de contarle nada.

- Me alegra verte, Dorsett -dijo Laura Hotchkins al acercarse a ellas-. Dijiste que no ibas a venir. Me alegra que hayas cambiado de idea.

Laura era otra de las amigas de Sybil. De nuevo, Peggy se guardó para ella lo que pensaba.

Teddy, Laura y varias otras chicas se habían agrupado alrededor de Dorsett, hablando todas acerca del Profesor Klinger. De repente, Dorsett tomó un lápiz blando que llevaba en el bolso, lo apuntó contra la pared y comenzó a decir, con voz

afectada:

- Ahora, damas y caballeros, tendrán que escuchar atentamente, si es que quieren escuchar. El arte sigue las grandes tradiciones de la experiencia humana, y, a menos que me presten toda su atención, estarán insultando a la musa -las muchachas comenzaron a reírse. Peggy, haciendo dos grandes agujeros en una servilleta de papel, la convirtió en unas supuestas gafas, que se colocó en la punta de la nariz. Atisbó por ellas y añadió-: Probablemente, la escultura es la más antigua de las artes. Como saben de otros cursos, sus inicios técnicos se remontan al primer hombre prehistórico que cinceló una punta de flecha o talló una maza o lanza. Como también saben, la relativa longevidad de la piedra, la arcilla cocida o el metal es, naturalmente, un factor principal de nuestra dependencia en la escultura y las inscripciones sobre piedra o barro como transmisoras de datos históricos.

»No obstante, a la larga, otros tipos de informaciones escritas acabaron por minar la supremacía de la escultura e hicieron que, al menos en Occidente, la pintura de todos los tipos se convirtiese en el arte que tenía más amplio uso y mayor atractivo popular. Por eso quiero que se concentren en la pintura como si fuera la cosa más importante del mundo. Quizá lo sea. Pero estoy hablando de las pinturas de Rubens, de Rembrandt, y de otros maestros. No me refiero a las estúpidas mamarrachadas de Picasso y otros contemporáneos. Son niños jugando en su cuna, balbuciendo tonterías que no son nada divertidas. Lo que ellos llaman experimentación es una excusa para su vacuidad.

»Bien, señorita Dorsett, usted es una mujer seria con un gran talento. Así que, ¿por qué tiene que pintar esas tonterías?

Las risitas de Laura Hotchkins se convirtieron en una risita incontenible. Teddy se carcajeó.

Peggy prosiguió, haciendo que todo el mundo se desternillase de risa. Lo que había iniciado como una representación para unos pocos, se convirtió en un espectáculo para todos. Su imitación del Profesor Klinger se convirtió en el número fuerte de la velada. Entre aplausos, Peggy se quitó sus supuestas gafas con gran deliberación, devolvió el lápiz a su bolso, hizo unas cuantas reverencias, y salió en triunfo de la sala.

Era una Peggy diferente la que vio la doctora Wilbur dos días más tarde, en Navidad: una Peggy que permanecía en silencio acerca del viaje a Elizabeth y su triunfo en la reunión social, una Peggy que con débil susurro repetía y repetía:

- La gente, la gente, la gente.

- ¿Qué gente? -le preguntó la doctora Wilbur, que estaba sentada junto a Peggy en el sofá.

- ¿Gente? Sí, hay gente -repitió ominosamente Peggy-. Me están esperando.

- ¿Cómo se llaman?

- El cristal -dijo Peggy, ignorando la pregunta-. Puedo ver el cristal. Voy a romper el cristal... y a escapar. ¡Voy a escapar! No quiero quedarme. No. ¡No!

- ¿Huir de qué? -preguntó la doctora Wilbur.

- El dolor. Duele -susurró Peggy. Comenzó a sollozar.

- ¿Qué es lo que duele?

- Duele. Duele. Me duele la cabeza. Me duele la garganta.

Las palabras de agonía siguieron surgiendo. Luego, llegó la irritada acusación:

- Usted no quiere que me escape -tornándose desafiante, advirtió-: Voy a romper el cristal y a escapar aunque usted no lo quiera.

- ¿Y por qué no sales por la puerta? Vamos, sólo has de abrirla.

- No puedo aulló Peggy. Se levantó del sofá y comenzó arriba y abajo como un animal

acosado, caído en una trampa.

- Sí puedes -insistió la doctora-. Está ahí mismo. ¡Ve y ábrela!

- ¡Quiero salir! ¡Quiero salir! -continuó Peggy, con terror sostenido.

- De acuerdo. ¡Solo tienes que girar el picaporte y abrir la puerta.

- No. Voy a quedarme aquí, junto a la casa blanca con persianas negras y las puertas con escalones delante, y el garaje -repentinamente en calma, Peggy añadió-: El coche de mi padre está en el garaje.

- ¿Dónde estás? ¿En Willow Corners? -inquirió la doctora.

- ¡No lo diré! ¡No lo diré! -canturreó Peggy.

- ¿Se lo puedes decir a la doctora Wilbur?

- Sí.

- Entonces, ¿se lo dirás a la doctora Wilbur?

- Sí.

- Entonces, adelante. ¡Díselo a la doctora Wilbur!

La doctora Wilbur se fue -contestó ansiosa Peggy.

- La doctora Wilbur está aquí mismo.

- No, se marchó y nos dejó en Omaha -insistió Peggy.

Usted no es la doctora Wilbur. ¿Acaso no sabe que no lo es? Tengo que encontrarla.

-Se evaporó su calma. Volvió la histeria. Peggy suplicó:- ¡Déjeme salir!

La súplica no parecía tener relación con aquella habitación en especial, o aquel momento determinado. Era una súplica que surgía del pasado, que para ella era presente. Un pasado que se había acercado a ella, la había rodeado y la mantenía cautiva.

- Abre la puerta -le dijo con firmeza la doctora.

- No puedo pasar por la puerta. Jamás pasaré. Jamás.

- ¿Está cerrada la puerta?

- No puedo pasar -era el gemido de una niña perdida y dolorida-. Tengo que salir de aquí.

- ¿Salir de dónde, Peggy?

- De dondequiera que esté. No me gusta la gente, los sitios, ni nada. Quiero salir.

- ¿Qué gente? ¿Qué sitios?

- La gente y la música. -Peggy estaba sin aliento.- La gente y la música. La música gira, gira y gira. Puede ver a toda esa gente. No me gusta la gente, los sitios ni nada. Quiero salir. ¡Oh, déjeme salir! Por favor. ¡Por favor!

- Sólo tienes que girar el picaporte y abrir la puerta.

- No. No puedo. -De repente, la furia de Peggy fue dirigida contra la doctora-. ¿Por qué no lo comprende?

- ¿Por qué no lo intentas? Nunca lo has intentado. ¿Por qué no le das la vuelta al picaporte y lo abres? -insistió la doctora.

- Tiene un picaporte y no gira. ¿Acaso no puede verlo?

- Pruébalo.

- No vale la pena probarlo. -Hubo un relajamiento momentáneo, pero era el relajamiento de la resignación, de la aceptación de lo inevitable.- No me dejan hacer nada. Piensan que no sirvo para nada, que soy rara, y que mis manos son raras. Nadie me quiere.

- Yo te quiero, Peggy.

- Oh, no me dejan hacer nada. Me duele. Me duele mucho. -Peggy estaba sollozando.- A la gente no le importa.

- A la doctora Wilbur le importa. Te pregunta lo que estás pensando.

- A nadie le importa -explicó desafiante Peggy-. Y las manos duelen.

- ¿Tus manos?

- No, otras manos. Manos que se te acercan. ¡Manos que duelen!
- ¿Manos de quién?
- No se lo diré -de nuevo aquel canturreo infantil-. No tengo que decírselo si no quiero decírselo.
- ¿Qué otra cosa hace daño?
- La música hace daño -Peggy estaba hablando de nuevo con un susurro débil y jadeante-. La gente y la música.
- ¿Qué música? ¿Por qué?
- No lo diré.

Suavemente, la doctora Wilbur puso su brazo alrededor de Peggy y la ayudó a regresar al sofá.

Conmovida, Peggy le confió en voz baja:

- ¿Comprende? A nadie le importa. Y una no puede hablar con cualquiera. Y una no está bien en cualquier sitio. -Hubo una pausa tranquila. Luego, Peggy dijo:- Puedo ver los árboles, la casa, la escuela. Puedo ver el garaje. Quiero entrar en el garaje. Entonces, todo irá bien. Entonces, no dolerá tanto. Entonces, no habrá tanto dolor.
- ¿Por qué?
- Duele porque una no es lo bastante buena.
- ¿Por qué no eres lo bastante buena? Cuéntale a la doctora Wilbur algo más del por qué te duele, y qué es lo que sucede.
- Nadie me quiere. Yo deseo importarle a alguien un poquito. Una no puede amar a alguien cuando no le importa ese alguien.
- Sigue. Dile a la doctora Wilbur cuál es el problema.
- Quiero a alguien a quien amar, y quiero a alguien que me ame. Y nadie lo hará nunca. Y por eso me duele. Porque eso representa mucho. Y cuando a nadie le importa, te hace irritar mucho por dentro, y te hace querer decir cosas, romper cosas, rasgar cosas, pasar a través del cristal.

De pronto, Peggy se quedó en silencio. Entonces, desapareció. Sentada donde había estado, se hallaba ahora Sybil.

- ¿He tenido otra fuga? -preguntó Sybil mientras rápidamente se apartaba de la doctora. Estaba. atemorizada, ansiosa.

La doctora asintió.

- Bien, no fue tan mala como la última vez -se aseguró a sí misma Sybil, tras mirar por la habitación y no ver nada fuera de lugar, nada roto.
- En una ocasión me hablaste de la música, Sybil -le replicó la doctora, en un esfuerzo por descubrir qué sabía Sybil acerca de lo que Peggy le había dicho-. ¿Por qué no me hablas un poco más de ese tema?
- Bueno -contestó Sybil con compostura-. Tomé clases de piano y la señora Moore, mi profesora, acostumbraba a decir: «Tienes una habilidad natural. Tienes buen oído, unas manos hermosas. Mueves bien los dedos. Pero debes practicar más. Si puedes hacer todo esto sin practicar, ¿qué es lo que harías si practicas?» Pero yo no practicaba. Y no le conté que no lo hacía porque mi madre era despiadada en sus críticas. Cada vez que cometía un error mientras practicaba, mi madre aullaba: «No está bien. No está bien.» No podía soportarlo, así que no practicaba cuando mi madre estaba cerca. Pero, en el mismo minuto en que salía de casa, dejaba todo lo que estaba haciendo y corría al piano. Siempre podía descargar mis nervios con el piano. Si no hubiera podido hacerlo, la tensión hubiera acabado conmigo mucho antes de lo que lo hizo. Cuando comencé a dar clases, la primera cosa que me compré fue un piano.
- Hum -replicó la doctora Wilbur-. Dime, ¿tienes algún sentimiento especial con respecto al cristal?

- Cristal -hizo eco Sybil, pensativa-. Mi madre tenía algunas piezas de cristal encantadoras. Y también mi abuela. De hecho, ambas abuelas: la abuela Dorsett y la abuela Anderson. Oh, recuerdo algo. Cuando yo tenía unos seis años; estábamos visitando a los Anderson en Elderville, Illinois. Íbamos allí tres semanas cada verano, hasta que murió la abuela Anderson. Bueno, en aquella ocasión mi prima Lulu y yo estábamos fregando los platos. Ella lanzó una maravillosa bandejita de cristal para variantes a través de la ventana. Era muy traviesa. Y entonces le dijo a mi abuela, a mi madre y a todos los demás, que yo lo había hecho, que rompí la bandeja de cristal. No estuvo bien. Pero no protesté, me callé. Mi madre me dio una soberana paliza.

- Ya veo -comentó la doctora Wilbur-. Ahora, dime si las manos te molestan.

- ¿Las manos? Bueno, no en especial. Mis manos son pequeñas y delgadas. Mi madre no creía que fueran muy atractivas. Me lo decía a menudo.

- ¿Se acercaron alguna vez a ti unas manos? ¿Las manos de alguien?

- ¿Unas manos acercándose? No sé de qué me habla.

Resultó aparente que la inquietud de Sybil aumentaba sobremanera y repentinamente.

- Ya veo -dijo la doctora-. Otra pregunta: ¿Te molesta ver sangre?

- Bueno, sí. Pero ¿no le molesta a todo el mundo? La abuela Dorsett tenía cáncer en la nuca y sangraba. Lo vi. Y, cuando comencé a menstruar, me pregunté qué sería aquella sangre, como la mayor parte de las chicas. No hay nada raro en ello.

- Pero, dime, ¿viste alguna otra vez sangre, de niña? Quizá la sangre de un compañero de juegos.

Sybil se recostó en la silla y pensó.

- Bueno, veamos. Tommy Ewald. Su padre tenía una granja y criaba caballos. Tommy era el niño mimado de su madre. Murió en el henil. Estábamos jugando. Fue un accidente. Se disparó un arma. Es lo único que recuerdo. Quizá hubo sangre en aquel henil. No había pensado en Tommy desde hacía muchos años.

Hacia Febrero de 1955, la doctora estaba ya dispuesta a hablarle a Sybil de Peggy, que recordaba lo que ella había olvidado. No tenía sentido seguir dando largas al asunto. Pero mientras se estaban formando las palabras en los labios de la doctora, el rostro de Sybil se puso blanco, se le dilataron las pupilas, aún más de lo habitual, y con una voz tensa y nada natural preguntó:

- ¿Cómo sabe esas cosas? -Deseando hablarle de su otro yo, la doctora pudo ver que se había transformado en ese yo.

- Hola -dijo Peggy.

- Hola, cariño -dijo la doctora.

- Ahora, voy a salir -le dijo Peggy a la doctora-. Por esa puerta. Hace mucho, la doctora Wilbur me dijo que podía hacerlo.

Y Peggy salió por la puerta que sólo unos minutos antes había sido impenetrable, el símbolo tangible de su cautividad.

La doctora Wilbur, creyendo que su diagnosis de doble personalidad había quedado confirmada sin lugar a dudas, no pudo apartar de su mente este caso tan inusitado. Peggy y Sybil, aunque existían en el mismo cuerpo, tenían diferentes recuerdos, diferentes temperamentos, diferentes actitudes, diferentes experiencias. Las experiencias que compartían las percibían de modo diferente. Sus voces, su dicción y su vocabulario eran diferentes. Se presentaban en forma diferente. Incluso sus edades eran diferentes. Sybil tenía treinta y un años, pero Peggy... la doctora no podía decidir si Peggy era una niña precoz o una adulta inmadura. Peggy no era consciente de sí misma, al estilo de una niña pequeña, y no se azoraba fácilmente. Pero en cambio, se irritaba. En lugar de emplear los circunloquios habituales en

Sybil, dejaba correr libremente su terror. Y, sin lugar a dudas, Peggy llevaba sobre sus espaldas algún terrible peso con el que Sybil no quería enfrentarse.

La mente de la doctora Wilbur estaba repleta de especulaciones, insistentes pero vagas. Jamás había tratado una doble personalidad. Tendría que ocuparse de este problema como de cualquier otro caso. Primero uno tiene que llegar a la raíz del problema; entonces, sigue desde allí.

Lo inmediato era hablar a Sybil de la diagnosis, una tarea más difícil de lo que se había imaginado al principio la doctora. Cuando surgía una situación con la que no podía enfrentarse, parecía dejar paso a Peggy. El hablar a Sybil de Peggy era invitar a una disociación que traía de regreso a Peggy.

Estas evasiones eran tan efectivas que el problema permaneció sin solución hasta Marzo de 1955. No obstante, en aquel momento sucedió un acontecimiento que, cambiando la diagnosis, hizo que la doctora Wilbur se mostrase agradecida de no habérsela comunicado a Sybil.

Victoria Antoinette Scharleau

El 16 de Marzo de 1955, la doctora Wilbur se tomó un momento entre dos visitas para reemplazar sus colas de gato con las nuevas flores de la primavera, anémonas y juncos, que acababa de comprar. Luego, preguntándose si sería Sybil o Peggy la que estaría esperando, abrió la puerta que daba a la salita de espera.

La paciente, sentada en silencio, estaba absorta en las páginas de *The New Yorker*. Cuando vio a la doctora, se puso en pie inmediatamente:

- Buenos días, doctora Wilbur.

No es Peggy, pensó la doctora. Peggy no se queda quieta sentada. Peggy no lee. La voz de Peggy no tiene ese tono cultivado. Tiene que ser Sybil. Pero jamás me ha hablado Sybil antes de que yo me dirigiera a ella. Y nunca me ha sonreído de esta forma tan espontánea.

- ¿Cómo estás hoy? -le preguntó la doctora.

- Estoy muy bien -fue la respuesta-. Pero Sybil no. Estaba tan enferma que no pudo venir. Así que yo he venido en su lugar. Por un instante, la doctora se quedó anonadada. Pero sólo por un instante. La extraña yuxtaposición del «Sybil» y el «yo», sólo reafirmaba las sospechas que ya había comenzado a sentir. Estoy sorprendida, reflexionó la doctora Wilbur, pero, ¿por qué tendría que estarlo? Había más de dos personalidades en el caso de Christine Beauchamp que trató el doctor Morton Prince, y sobre el que escribió. Pero el caso es que también él se sintió sorprendido. De hecho, se quedó muy asombrado cuando encontró más de una. Supongo que esto sorprende a todo doctor, reflexionó.

Todo esto corría por la mente de la doctora Wilbur a gran velocidad, mientras el nuevo «yo» iba diciendo:

- Tendrá que excusar a Sybil. Quería venir, pero no pudo vestirse, aunque lo intentó y lo intentó. La observé la pasada noche mientras sacaba la falda azul marino y los dos suéters azules que planeaba ponerse esta mañana para venir aquí. Anoche tenía la firme intención de venir, pero esta mañana fue diferente. A veces sufre una completa ausencia de toda sensación, y una incapacidad absoluta de hacer nada. Me temo que esta mañana ha sido una de esas ocasiones. Pero, perdone que haya iniciado una conversación sin presentarme antes. Soy Vicky.

- ¿No quieres entrar, Vicky? -le preguntó la doctora. Vicky no se limitó a entrar en la sala de consulta: hizo una gran entrada, con finura y elegancia. Mientras que los movimientos de Sybil eran forzados, los suyos eran libres y gráciles. Llevaba un vestido de muchos colores: rosa, violeta y verde pálido, con una chaquetilla y una

falda suelta que caía hasta justo debajo de las rodillas. Unos zapatos verdes realzaban el efecto total.

- Esta es una sala encantadora -comentó con aire casual-. Todo un estudio en verdes. Este tono debe ser relajante para sus pacientes.

Luego, fue hasta el sofá y se acomodó confortablemente. La doctora cerró la puerta, se unió a ella, encendió un cigarrillo y dijo:

- Dime, Vicky, ¿cómo es que has venido aquí?

- Es muy simple -replicó Vicky-. Sybil estaba enferma. Me puse su vestido... no el azul del que le he hablado. No hubiera sido apropiado, porque tengo una cita para ir a comer. Como le he dicho, me puse su vestido, subí al autobús y vine aquí.

- Pero, ¿cómo sabías a dónde venir?

- Lo sé todo -explicó Vicky.

- ¿Todo? -hizo eco la doctora.

- Sé lo que hacen todos.

Hubo una pausa. La doctora dio unos golpecitos con su cigarrillo contra el borde de un cenicero.

- Quizá piense que mi actitud es insufrible -prosiguió Vicky-. Debo admitir que suena presuntuosa. Pero no le parecerá así, cuando conozca las circunstancias.

¿Las circunstancias? Quizás esto significaba que Vicky tenía una clave de la situación global del caso. Pero Vicky sólo dijo:

- Ciertamente, no afirmo ser omnisciente. Pero veo todo lo que hacen todos. A eso me refería al decir que lo sé todo. En ese sentido especial *soy* omnisciente.

¿Quería decir esto, pensó la doctora, que Vicky podía contárselo todo acerca de Sybil, Peggy y ella misma? Hasta el momento, había revelado bien poco.

- Vicky -dijo la doctora-. Me gustaría saber más cosas sobre ti.

- Soy una persona feliz -replicó Vicky-. Y la gente feliz no tiene mucha historia. Pero me alegrará poder contarle cualquier cosa que desee saber.

- Lo que estoy tratando de decirte -le aclaró la doctora-, es que me gustaría conocer tu origen.

Vicky parpadeó y exclamó:

- Oh, eso es una pregunta muy filosófica. Se podría escribir un libro al respecto.

-Luego, se puso más seria y miró directamente a los ojos de la doctora.- Pero, si quiere saber de dónde vengo, me hará feliz el decírselo. Vengo del extranjero. La mía es una gran familia. Mi madre y mi padre, mis hermanos y hermanas, y son muchísimos, viven todos en París. *Mon Dieu*, hace años que no los veo. Mi nombre completo es Victoria Antoinette Scharleau. Vicky para abreviar. Una se americaniza, ¿sabe? No se puede ir por ahí haciendo que te llamen Victoria Antoinette. Vicky es más fácil.

Tras una pausa, durante la cual la doctora Wilbur se dejó arrastrar, le preguntó:

- ¿No les duele a tus padres que no estés con ellos?

- En lo más mínimo, doctora -replicó con seguridad Vicky-. Saben que estoy aquí para ayudar. Después de un tiempo, vendrán a buscarme y me iré con ellos. Entonces, viviremos juntos. No son como otros padres. Hacen lo que dicen que harán.

- Eres muy afortunada -comentó la doctora.

- Oh, lo soy -aseguró Vicky-. Sería horrible tener otros padres. Realmente horrible.

- Lo comprendo -dijo la doctora.

- Un día de éstos, vendrá mi familia -añadió muy segura Vicky.

- Sí, lo comprendo -repitió la doctora.

Vicky se acercó más a la doctora Wilbur y le confió, algo preocupada:

- Pero, doctora, para lo que he venido en realidad es para hablar de Sybil. Es

realmente asombrosa la forma en que se pasa todo el tiempo preocupada. No come lo suficiente, no se permite disfrutar lo que debiera y, en general, se toma la vida demasiado en serio. Un poco menos negarse a sí misma y algo más de diversión le ayudaría mucho a contrarrestar su enfermedad -Vicky hizo una pausa, luego, añadió pensativa-: Hay algo más, doctora. Algo que lleva muy dentro.

- ¿Qué es lo que piensas que es, Vicky?

- No podría decirlo exactamente. Mire, empezó antes de que yo llegase.

- ¿Cuándo llegaste tú?

- Entonces Sybil era una niña.

- Ya veo -la doctora esperó un instante, y luego preguntó-: ¿Conociste a la señora Dorsett?

De pronto, Vicky pareció alejarse, ponerse en guardia.

- Era la madre de Sybil explicó-. Viví con los Dorsett muchos años. Sí, conocía a la señora Dorsett.

- ¿Conoces a Peggy? -inquirió la doctora.

- Naturalmente -replicó Vicky.

- Háblame de Peggy.

- ¿Quiere que le hable de Peggy? -repitió Vicky-. ¿Se refiere a Peggy Lou? ¿Querría que también le hablase de Peggy Ann?

- ¿Peggy qué? -preguntó la doctora.

- ¡Qué estúpida soy! -se excusó Vicky-. Me había olvidado de que sólo conoce usted a Peggy Lou. Perdóneme. Hay dos Peggy.

- ¿Dos Peggy? -de nuevo, la doctora luchó con el asombro. Pero, ¿por qué iba a sorprenderla una cuarta personalidad? Una vez aceptada la premisa de las personalidades múltiples, se daba cuenta de que ya no había razón alguna para sorprenderse.

- Peggy Ann vendrá por aquí uno de estos días -predijo Vicky-. Ya la conocerá. Estoy segura que le caerá bien.

- Seguro que sí.

- Esas dos, Peggy Lou y Peggy Ann hacen cosas juntas.

- ¿Qué es lo que las diferencia?

- Bueno, a mí me parece que lo que provoca la ira de Peggy Lou asusta a Peggy Ann. Pero ambas son muy combativas. Cuando Peggy Lou decide que va a hacer algo, lo hace de una forma muy cerril. En cambio, Peggy Ann, también hace las cosas, pero tiene más tacto.

- Ya veo.

- Ambas quieren cambiar las cosas -concluyó Vicky-. Y lo que más quieren cambiar es a Sybil.

- Muy interesante -replicó la doctora y añadió-. Ahora, Vicky, dime una cosa: la señora Dorsett, ¿fue la madre de Peggy Lou?

- Naturalmente -contestó Vicky.

- Pero -señaló la doctora-, Peggy Lou afirma que la madre de Sybil no lo es de ella.

- ¡Oh, ya sé! -replicó irritada Vicky-. Ya conoce cómo es Peggy Lou -luego, con una sonrisa divertida, añadió-: La señora Dorsett era la madre de Peggy Lou, pero Peggy Lou no lo sabe.

- ¿Y qué hay de Peggy Ann? -interrogó la doctora.

- La señora Dorsett era la madre de Peggy Ann. Pero Peggy Ann tampoco lo sabe.

- Ya veo -afirmó la doctora-. Todo esto es muy curioso.

- Oh, sí lo es -estuvo de acuerdo Vicky-. Pero es un estado mental. Quizás usted pueda ayudarlas.

Hubo un silencio, que finalmente rompió la doctora preguntando:

- Vicky, ¿os parecéis tú y Peggy Lou?

El rostro de Vicky se oscureció por la desilusión. Luego, preguntó:

- ¿Es que no se da cuenta?

- No me doy cuenta -contemporizó la doctora-, porque nunca os he visto a las dos juntas.

Vicky se alzó del sofá y caminó hacia el escritorio con rápidos y elegantes movimientos.

- ¿Le importaría si uso esto? -preguntó cuando hubo vuelto con un bloc de notas.

- Adelante.

La doctora miró mientras Vicky se acomodaba en el sofá, tomaba un lápiz de su bolso, y comenzaba a dibujar algo en el bloc.

- Aquí tiene -dijo Vicky al cabo de un rato-. Las dos cabezas. Esta soy yo con mis rizos rubios. Me gustaría tener un lápiz de color para indicarle el tono del cabello. Esta es Peggy Lou. Su cabello es negro. Para dibujarla no es un inconveniente el no tener carboncillo. A Peggy Lou no le gustan las complicaciones ni perder el tiempo. Lleva su cabello totalmente liso, así.

- Entonces, Vicky señaló la hoja en que había dibujado el corte de pelo a lo paje de Peggy Lou: ¿Ve -indicó triunfante-, ve lo diferentes que somos?

La doctora asintió y preguntó:- ¿Y qué hay de Peggy Ann?

- No me molestaré en dibujarla -afirmó Vicky-. El dibujo de Peggy Lou podría pasar por el de Peggy Ann. ¿Comprende? Son muy parecidas.

- Dibujas muy bien -comentó la doctora-. ¿También pintas?

- Oh, sí -replicó Vicky-. Pero Sybil pinta mejor que yo. Mi punto fuerte es la gente. Me gusta y sé cómo comportarme con ella. No le tengo miedo, porque mi padre y mi madre siempre fueron muy buenos conmigo. Me gusta hablar con la gente y escucharla. Sobre todo, disfruto con la gente que habla de música, de arte y literatura. Supongo que la mayor parte de mis amistades son debidas a que comparten estos intereses. Me encanta leer novelas. Por cierto, ¿ha leído usted *La Liebre y la Tortuga*?

- No, no la he leído.

- Oh, léala -replicó Vicky, asumiendo un tono conversacional ligero-. Yo lo acabé anoche. Es de Elizabeth Jenkins, y acaba de salir. Se podría decir que es una variante novelística de un curioso triángulo obtuso. La *femme fatale* es una solterona que siempre va vestida con paño grueso y rasposo. Atraviesa en silencio toda la novela montada en un Rolls-Royce.

- Bueno, la compraré ya que me la recomiendas -aceptó la doctora Wilbur.

- Espero que disfrute tanto con ella como yo. Me encantó. Supongo que es debido a que me encuentro muy a gusto con la gente de la buena sociedad. Lo paso muy bien con ellos en la vida corriente, y también en los libros. Supongo que se debe a mi procedencia. Pero no crea que soy una snob. Sólo es que tengo gustos refinados, debido a la familia de la que provengo: Y, ¿por qué no disfrutar profundamente de las mejores cosas que nos da la vida?

Vicky se puso mucho más seria y su tono se hizo más reflexivo al comentar:

- En la vida hay tanto dolor, que una necesita una catarsis. No hablo de escapismo. Una no puede escaparse con los libros. Por el contrario, te ayudan a realizarte de una forma más completa. *Mon Dieu*, me alegra que existan. Cuando me encuentro en una situación en la que preferiría no estar... a causa de las peculiares circunstancias de mi vida, siempre tengo esa salida. Quizá piense de mí que soy *très supérieure*, pero no lo soy en realidad; sólo soy lo que soy, y vivo en la forma en que me gusta.

Suspirando, continuó:

- ¿Sabe, doctora?, me gustaría que Sybil pudiera disfrutar de la vida, como hago yo.

Me encanta ir a los conciertos y a las galerías de arte. También a ella, pero no va lo bastante a menudo. Al salir de aquí, iré al Museo Metropolitano. Ya le he dicho que tengo una cita para ir a comer con una amiga. Es Marian Ludlow. Vamos a ir a comer al Restaurante Fountain, en el Metropolitan. Luego, veremos las exposiciones. No tendremos tiempo para todas, pero yo deseo ver muy especialmente la colección de grabados y dibujos llamada «La palabra se convierte en imagen». Marian respira cultura y es impecable en su trato social. La educaron en una casa del lado Este de la ciudad. Tenían una servidumbre muy numerosa, veraneaban en Southampton, y todo eso.

- ¿Conoce Sybil a Marian Ludlow? -preguntó la doctora.

- Me temo que no -replicó Vicky con cierta condescendencia-. Sybil no es una *femme du monde*, una mujer de *esprit*. Vio a la señora Ludlow haciendo cola en la cafetería de la Academia de Maestros y se preguntó qué estaría haciendo allí una señora tan elegante como ella. La cafetería estaba atestada, y Sybil se encontraba sola en una mesa. La señora Ludlow le preguntó si podía sentarse con ella. Ya sabe que Sybil siempre teme no mostrarse lo bastante amable. Así que dijo «Ciertamente», pero la sola idea de tener que tratar con una atractiva mujer de la alta sociedad la aterrorizó. Se esfumó. Así que yo me hice cargo y tuve una conversación con esa *grande dame*. Fue el inicio de nuestra amistad. Y, ahora, somos muy buenas amigas.

- ¿Conoce Peggy Lou a la señora Ludlow?

- Oh, no lo creo, doctora Wilbur. ¿Sabe?, viven en un mundo aparte.

- Vicky, parece que haces muchas cosas en las cuales no intervienen ni Sybil ni Peggy -observó la doctora.

- Eso es absolutamente correcto -se apresuró a decir Vicky-. Yo sigo mi propio camino. Me aburriría mucho si tuviera que seguir los suyos.

Miró a la doctora con una expresión que era en parte pícara, y en parte asombrada, y le hizo la confidencia:

- Doctora, a Sybil le gustaría ser yo. Pero no sabe cómo.

- Entonces, ¿sabe Sybil de ti?

- Claro que no -replicó Vicky-. No sabe nada de las Peggy. Y no sabe nada de mí. Pero eso no le impide conocer la imagen de una persona como yo... una imagen a la que le gustaría llegar a parecerse, pero que constantemente se le escapa.

La doctora Wilbur dudó un momento mientras su mente se esforzaba en valorar lo que había oído. Sybil y Peggy Lou. Ahora, Vicky y Peggy Ann. Cuatro personas en un solo cuerpo. ¿Había otras? Creyendo que Vicky tenía la respuesta a esto, la doctora se decidió a intentarlo.

- Vicky, has hablado de las Peggy. Quizá me puedas aclarar una cosa: ¿hay más?

- Oh, sí -fue la autorizada respuesta-. Sé que hay muchas otras. A esa me refería cuando le dije que lo sabía todo acerca de todos.

- Bien, Vicky -urgió la doctora-. Quiero que todos vosotros os sintáis libres para venir durante la hora de consulta, sin que importe quién está usando el cuerpo.

- Oh, sí, vendrán -prometió Vicky-. Y yo también vendré. Estoy aquí para ayudarla a usted a que llegue hasta el fondo de lo que los perturba.

-Te agradezco mucho eso -dijo la doctora Wilbur. Entonces, la doctora tuvo una idea inédita: conseguir la ayuda de Vicky en el análisis. Vicky, que afirmaba saberlo todo acerca de las personalidades, podía servir a modo de coro griego para todas ellas, dando luz sobre los acontecimientos y relaciones de los que los otros podrían hablarle sólo vagamente, o no hablarle en absoluto:

- Y ahora -dijo la doctora mientras miraba a los ojos de Vicky-, me gustaría preguntarte tu opinión. Quisiera hablarle a Sybil acerca de ti y de los otros. ¿Qué te parece?

- Bueno -le advirtió pensativamente Vicky-, puede hablarle. Pero vaya con cuidado. No le diga demasiado.

En tono confidencial, la doctora le explicó:

- Creo que debería saberlo. De hecho, no veo como puede llegar a parte alguna su análisis si no lo sabe.

- Vaya con cuidado -reiteró Vicky-. Aunque todos los demás conocemos a Sybil, ella no sabe nada de ninguno de nosotros, ni jamás lo ha sabido.

- Lo comprendo, Vicky, pero mira, había planeado hablarle de Peggy Lou cuando pensaba que sólo era una doble personalidad. Pero Sybil no me dio oportunidad de ello.

- Naturalmente que no -explicó Vicky-. Sybil siempre ha tenido miedo de revelar sus síntomas... miedo a una diagnosis.

- Bueno -continuó en voz baja la doctora-. Le dije a Sybil que estaba sujeta a estados de fuga durante los cuales no se da cuenta de lo que está pasando.

- Lo sé -volvió a asegurar Vicky-. Pero eso es muy diferente a decirle que no está sola en su propio cuerpo.

- Creo que le dará mayor confianza el saber que sigue actuando, incluso aunque ella no se entere.

- ¿Sigue, doctora? -preguntó con aire enigmático Vicky-. ¿No debería usted decir *seguimos*?

La doctora hizo una pausa y no contestó inmediatamente. Y fue Vicky, muy pensativa, quien rompió el silencio, al comentar:

- Supongo que se lo podría decir a Sybil. Pero, repito: ¿sigue o seguimos? -Sin esperar a que la doctora le contestase, Vicky aseguró:- Mire, somos personas. Personas por derecho propio.

La doctora encendió un cigarrillo y escuchó pensativa: Vicky prosiguió:

- No obstante, si quiere decírselo, dígaselo. Pero le aconsejaría que le haga saber que ninguno de los otros haríamos nada que a ella no le pudiera gustar. Dígale que a menudo hacemos cosas que ella no puede hacer, pero que son cosas que no la irritarían si las hiciese otra persona distinta.

- ¿Y qué hay de Peggy Lou? -preguntó la doctora-. ¿Acaso no hace a veces cosas que Sybil desaprobaba?

- Bueno -explicó Vicky-, Peggy Lou hace muchas cosas que Sybil no puede hacer, pero Peggy jamás le haría daño a nadie. Se lo aseguro, doctora, no lo haría -el tono de Vicky se tornó confidencial:- ¿Sabe?, Peggy Lou fue el otro día a Elizabeth y se metió allí en un buen lío.

- No lo sabía.

- Oh, Peggy Lou va a muchos sitios -Vicky miró su reloj-. Y, hablando de ir a sitios, supongo que será mejor que yo también me vaya ahora mismo. Tengo que ir al Metropolitan a encontrarme con Marian.

- Sí -aceptó la doctora-. Me temo que ya terminó la hora.

- Doctora, ¿va alguna vez al Metropolitan? -preguntó Vicky mientras caminaba hacia la puerta-. Le gustaría. Y también la exposición conmemorativa de pinturas y escultura en honor de Curt Valentin. Es en la Galería Valentin, por si puede acercarse. Bueno; tengo que irme. Y, por favor, piense que puede contar conmigo siempre que necesite.

Justo antes de irse, Vicky se volvió, miró a la doctora, y le dijo:

- Me parece extraño venir a un psicoanalista. Los otros son neuróticos, pero yo no. Al menos, no creo serlo. En esta época caótica, una nunca sabe. Pero quiero ayudarla con Sybil y los demás. Después de todo, ésta es la única razón por la cual no estoy en París con mi familia. No creo que ni Sybil ni Peggy Lou hayan profundizado mucho

en la herida que les está haciendo daño. Viendo cómo se estaban ahogando, supe que tenía que intervenir. ¿Cómo iba a poder llegar usted a ningún sitio con ellas? Sybil vive en completa ignorancia de cualquiera de nosotros, y Peggy Lou está demasiado ocupada defendiéndose a sí misma y a Sybil como para ser objetiva. Así que ya puede ver que no me quedaba más remedio que venir a trabajar con usted. Creo que juntas podremos llegar al fondo de este asunto. Así que, por favor, cuente conmigo. Yo lo sé todo de todos.

Con esto, Victoria Antoinette Scharleau, la mujer de mundo de gráciles movimientos, meliflua voz e impecable dicción partió tal cual había llegado.

A la doctora Wilbur le gustaba Vicky. Era muy sofisticada pero cálida, amistosa y estaba realmente preocupada por Sybil. Decidió que esta preocupación tendría que ser explotada.

¿Qué había dicho Mademoiselle Scharleau, se preguntó la doctora, si la hubiera interrogado acerca de cómo había entrado en la casa de los Dorsett, o cuándo iba a venir su familia a buscarla? Mientras la doctora caminaba hacia su escritorio para tomar algunas notas acerca del caso Dotsett, se preguntó:

- ¿Cómo va a volver Sybil a tener una sola personalidad? ¿Y cuántas tendrá ahora?

Nueva York, pensaba Vicky mientras salía de la casa de la doctora, no es como París o ninguna de las otras ciudades en las que he vivido desde que salí de Willow Corners. En un día gris como aquél, la ciudad bulliciosa y siempre cambiante parecía una sombra de sí misma.

Caminaba con prisa porque iba retrasada a su cita con Marian Ludlow en el Metropolitan, y porque se sentía más libre al haber dejado tras ella, al menos por el momento, las sombras de aquellos otros con cuyas vidas estaba entrelazada la suya.

Pensó en Marian Ludlow. Alta, con una figura asombrosamente esbelta, bien parecida más que hermosa, Marian era una persona voluble. Tenía cabello castaño brillante, relucientes ojos marrones y tres pecas en la nariz. Esas pecas eran la imperfección que rescataba a su amiga de la perfección física que ella, con su capacidad de idealización, siempre estaba dispuesta a conceder.

Marian y ella compartían un mundo maravilloso desde su reunión accidental a principios de Noviembre de 1954, en la cafetería de la Academia de Maestros. Desde entonces, habían ido al Carnegie Hall, donde habían escuchado a la Filarmónica y a la Sinfónica de Boston, a Walter Gieseking y Pierre Montreux. Y habían ido al Edificio de Conferencias de las Naciones Unidas, donde habían sido testigos de una tormentosa sesión del Consejo de Seguridad.

Pero nada había sido tan excitante como las exposiciones de arte. Ambas habían disfrutado muy en especial con las del Museo de Brooklyn, donde no sólo se habían sentido encantadas por las colecciones de artistas estadounidenses, sino también con la maravillosa galería de acuarelas contemporáneas y por el piso completo dedicado a una exhibición de mobiliario del país.

Tanto para Marian como para Vicky, los muebles antiguos eran el pasado hecho tangible, el espejo de una forma de vida desaparecida que a las dos les agradaba mucho. Las mesas Heppelwhite, las sillas y otros muebles Chippendale llenaban sus conversaciones. Ambas se sentían fascinadas al comentar hasta el agotamiento una característica excelente de una cómoda de Virginia, o la talla cuidadosa de un baúl de Pennsylvania.

Marian tenía un gusto exquisito, consecuencia de una riqueza que ya no poseía. Había sido educada en las mejores escuelas privadas, se había graduado en Barnard en los años treinta, ido a una escuela de perfeccionamiento, y, acompañada por una tía soltera que le hacía de carabina, había efectuado el típico gran viaje por Europa a

lo Henry James.

Nacida en la riqueza, Marian se había casado con alguien aún más rico. Tras la muerte de su esposo, Marian había utilizado su fortuna a placer. Viéndola disminuir y descubriendo que, por primera vez, tenía que trabajar para vivir, había venido a la Columbia para prepararse a enseñar siguiendo unos cursos de postgraduada sobre la enseñanza del arte. Esa fue la causa de que se encontrase en la cafetería de la Academia de Maestros la tarde en que se conocieron.

Dándose repentina cuenta de que se hallaba a una manzana del Metropolitan, surgió abruptamente de su ensueño, apresuró sus pasos, y se dirigió a toda prisa hacia el Restaurante Fountain. En el portal de aquella inmensa sala diseñada como un atrio romano, con su estanque rectangular en el centro, techo de cristal en arco, gigantescas columnas y mesas con tableros de imitación mármol, Vicky se sintió empujada por la masa de arte barroco que tenía frente a ella. Aunque había estado allí muchas veces antes, su reacción era siempre la misma.

Marian Ludlow estaba sentada en una de las mesas a la derecha de Vicky.

- Temo llegar tarde -comentó Vicky mientras se aproximaba a su amiga-. Tendrás que excusarme. Tuve una reunión de negocios. No podía cortarla.

- He estado disfrutando de mi soledad -replicó Marian-. Estaba pensando en el aspecto que tendrá esta sala cuando hayan instalado las fuentes de Carl Milles en el estanque.

- Eso no será hasta el verano -dijo Vicky mientras se sentaba-. He leído que habrá ocho figuras. Cinco de ellas representarán las artes.

- Milles -comentó Marian-, siempre ha representado muy bien el mundo clásico. Tendremos que regresar en verano, y verlo por nosotras mismas.

Vicky podía notar cómo los ojos de Marian, lánguidos pero con un toque de tristeza, se posaban suavemente en ella. El estar en presencia de aquella mujer era una sensación exquisita, y también era una sensación de infinita satisfacción el saber que había sido Marian quien había dado el paso inicial en su amistad.

Era este toque de tristeza en los ojos de Marian lo que le resultaba más apremiante a Vicky, quien, a pesar de que era una persona feliz, tenía una larga experiencia en responder a la tristeza de otros. La facultad que tenía Vicky de proyectar la propia personalidad en el objeto de la contemplación, para comprenderlo, había acelerado su amistad.

Si Marian hubiera tenido una hija, pensó ensoñadoramente Vicky, debería haber sido yo. Habríamos acabado con esas tonterías del conflicto generacional. Aunque Marian es lo bastante mayor como para ser mi madre, esa diferencia de años no tiene la menor importancia.

- Vamos -decía Marian-. Se les habrá acabado todo si no nos apresuramos.

Atravesaron la inmensa sala hacia el mostrador del autoservicio.

- Comida de autoservicio en mesas de mármol -comentó Vicky, mientras Marian, obviamente preocupada por los contornos de su excelente figura, tendía la mano hacia una ensalada de piña en rodajas con queso de oveja-. Da un sabor muy pedestre a una atmósfera continental.

Vicky, más delgada de lo que le gustaría, dado que Sybil la mantenía así, eligió macarrones con queso.

De vuelta a la mesa junto al estanque rectangular, Vicky y Marian hablaron del arte de tejer seda en Francia, el tema de una tesina que estaba preparando Marian.

- Tú sabes tanto de eso -exclamó Marian-, que estoy segura de que podrás darme unos consejos valiosísimos.

Así que hablaron de los primitivos inventarios del mobiliario real de Luis XIV, y de cómo el primer material que se sabía había sido producido en Francia era una pieza

de seda que llevaba la corona como emblema, y databa del reinado o bien de Enrique IV o bien Luis XIII.

- Si puedes establecer de qué rey es -bromeó Vicky-, te darán una copa.

La conversación pasó a los motivos decorativos pictóricos y paisajísticos que reaparecieron durante la primera parte del siglo XVIII a consecuencia del redescubrimiento de los motivos chinos.

- ¿Sabías -preguntó Vicky-, que esos artistas estaban muy influidos por Boucher, Pillement y Watteau?

- ¿Y no estaban éstos influenciados a su vez por los motivos chinos de la porcelana de Meissen? -preguntó Marian-. Después de todo, ése fue el período de la influencia china.

- Te has ganado un sobresaliente -indicó Vicky, con una sonrisa.

Marian acabó su café y Vicky su chocolate caliente. Marian encendió un cigarrillo y comentó:

- Me alegra que no fumes. No comiences nunca.

- No es fácil que lo haga -afirmó Vicky-. No es uno de mis vicios.

- No he visto que tuvieras ninguno -bromeó Marian.

- Tendrás que buscar más -replicó Vicky, en el mismo tono.

- Bueno -indicó Marian-, tenemos nuestra clase de joyería a las seis. Eso nos da el tiempo justo para ver «La palabra se convierte en imagen».

La exposición, que estaba en la Gran Sala, era intrigante. Había interpretaciones, hechas por artistas europeos y americanos que iban desde Durero hasta Alexander Calder, de escenas y personajes de algunas de las más famosas obras literarias mundiales: *Las Fábulas de Esopo*, *El infierno del Dante*, *Fausto*, *Don Quijote*, *Hamlet* y *El Rey Lear*, *Las églogas* de Virgilio y las leyendas de la *Metamorfosis* de Ovidio. Entre las ilustraciones bíblicas se hallaba una interpretación de la bestia con siete cabezas y diez cuernos del Apocalipsis grabada por Jean Duvet en el siglo XVI.

Quedándose frente a la obra de Duvet, Vicky comentó:

- Yo acostumbraba a pintar bestias.

- Jamás lo mencionaste -comentó Marian.

- No. Fue allá en Omaha, hace unos diez años, cuando acostumbraba a ilustrar los vehementes sermones de nuestro pastor, cuando hablaba de las bestias que surgían del mar.

- Me alegra oírte hablar sobre tus pinturas -dijo Marian-. Siempre te has mostrado reticente acerca de ese tema, Sybil.

Sybil. La mención de este nombre no preocupaba a Vicky. Aquél era el único nombre por el que la conocía Marian o cualquier otra persona. El nombre que estaba en las tarjetas de identidad y los cheques, en los buzones, en los listines telefónicos, en las oficinas de registro. Como realista que era, Vicky siempre había aceptado estas cosas como parte de su singular existencia.

Victoria Scharleau no podía negar aquel nombre a pesar de que realmente perteneciese a «la otra chica», como Peggy Lou la llamaba. Era el nombre de una persona delgada y asustada a la que jamás se la veía en un momento como aquél: relajada, feliz y entre gente. La verdadera portadora del nombre *Sybil* era la mujer reservada y contraída que caminaba sola y que, como bien sabía Vicky, estaba buscando una personalidad que a ella no sólo le había llegado de una forma natural, sino que además era la misma sustancia de su existencia.

Así que estaba acostumbrada a la idea de «Sybil». Le preocupaba más el saber que era esta otra Sybil, más que ella, quien, junto con algunos de los otros, aquéllos que Vicky había mencionado a la doctora Wilbur, habían pintado en realidad las bestias. Vicky creía que, incluso aunque sólo se tratase de una conversación casual, no había

hecho bien en afirmar que aquellas pinturas eran de ella.

- Me muestro reticente acerca de mis pinturas -dijo en voz alta Vicky-, porque conozco a muchos pintores mejores que yo.

- Bueno -le replicó Marian-, eso es siempre cierto. Pero, siguiendo esa norma, ningún artista podría sentirse jamás satisfecho. Además, tú no eres ninguna principiante. Después de todo, el jefe del departamento de arte dijo que no había tenido a nadie con tanto talento como tú desde hacía más de veinte años.

- Marian, cambiemos de tema -replicó inquieta Vicky.

Le resultaba imposible a Vicky aceptar la valoración que daba el profesor al trabajo de la Sybil Dorsett total, como si fuera suyo. Sybil pintaba, Vicky pintaba, y también lo hacían la mayor parte de las otras personalidades de Sybil. De todas ellas, en opinión de Vicky, Sybil era la pintora más dotada: Esta habilidad se había manifestado ya en su niñez. Cuando los profesores de arte de Sybil se quedaron impresionados por su trabajo, sus padres se habían sentido confusos hasta que el padre había llevado su trabajo a ser evaluado por un crítico de arte de St. Paul, Minnesota. Sólo entonces aceptaron la habilidad. Tanto durante sus estudios secundarios como en los universitarios, Sybil había obtenido buenas sumas por sus pinturas, que estaban expuestas en lugares prestigiosos.

Naturalmente, ninguna de las pinturas era únicamente de Sybil. La mayor parte eran esfuerzos cooperativos de varias de las personalidades. A veces la colaboración había resultado constructiva, otras destructiva. Pero a pesar de la diversidad de estilos y los evidentes lapsus en las pinturas, Sybil, la Sybil Dorsett total en la que la misma Sybil era la pintora dominante, siempre había tenido la capacidad potencial de ser una artista importante. Y aunque esta potencialidad nunca se había visto realizada a causa de los problemas psicológicos que apartaban a Sybil de este camino, había llegado hasta un punto suficiente como para que el profesor de arte de la Columbia considerase a Sybil, como acababa de decir Marian, como la estudiante más dotada que había tenido en el departamento durante más de veinte años.

A medida que esos pensamientos atravesaban la mente de Vicky, se dio cuenta de lo imposible que le era explicar sus sentimientos de reticencia acerca de hablar de sus pinturas (las pinturas de todos ellos) con Marian Ludlow o con cualquier otro que pensase que sólo había *un* artista bajo el nombre de Sybil Dorsett.

Vicky y Marian cenaron a una hora temprana en el restaurante de la terraza del Butler Hall, un hotel de apartamentos cercano al campus de la Columbia. Marian pidió un bistec de Salisbury, y Vicky tomó unos spaghetti con albóndigas: Entonces, fueron a su clase de joyería de las seis de la tarde.

La clase de joyería era un lugar al que Vicky iba porque Sybil no podía. Dado que tenía lugar en un sótano iluminado por los sopletes utilizados por figuras vulcanianas que usaban gafas y delantales protectores, esta clase removía en Sybil recuerdos de Willow Corners. Y los recuerdos despertaban viejos y no solucionados terrores.

Vicky, que cubría la brecha cuando Sybil se desvanecía o, tal como ahora, acudía a una clase por su cuenta, porque entonces ella tenía la ascendencia, no sólo estaba obteniendo un sobresaliente en el tema, sino que también ayudaba a Marian, que apenas si tenía experiencia en el mismo, a lograr otro sobresaliente.

Vicky siempre disfrutaba con aquella clase. Algunas noches dibujaba diseños de joyería o ejecutaba los diseños que ya había dibujado. Esta noche estaba haciendo una gargantilla de eslabones de cobre y ayudando a Marian en un zarcillo de plata.

Después de la clase, Vicky y Marian regresaron a la habitación de aquélla, en cuya ventana que daba al patio se veían reflejadas las luces de otras habitaciones, que iban siendo encendidas y apagadas. Vicky encendió la radio y escucharon las noticias y un programa variado. Al terminarse la tarde, y cuando Marian se disponía a irse, Vicky

comenzó a recoger los materiales de joyería que habían traído con ellas. Estaba decidida a dejar la habitación exactamente como estaba antes de que comenzasen a trabajar.

- ¿Por qué eres tan meticulosa? -le preguntó Marian-. Esta habitación es sólo tuya. Esas cosas no molestan a nadie.

- Sí, ya lo sé -replicó Vicky con una sonrisa seca. Luego, tratando de ocultar sus sentimientos, charló amablemente con Marian mientras caminaban hacia la puerta. Cuando Marian se hubo ido, Vicky pensó en la ocasión en que Sybil le había llevado un boceto a la doctora Wilbur y explicado a ésta que temía usarlo puesto que no sabía si lo había tomado de un libro o de dónde había salido. Era un dibujo de Vicky. Pensando en lo alterada que había estado Sybil entonces, y en lo alterada que se pondría también ahora si encontraba algunos materiales de joyería en su habitación, Vicky deseaba protegerla de otro descubrimiento que la aterrorizase. Vicky pensó: vivo sola, pero no estoy sola.

Y Vicky notó que estaba moviéndose hacia las sombras de algo de lo que había estado libre casi todo el día.

Sybil estaba en su habitación, estudiando para un examen del curso de educación del Profesor Roma Gans. Se oyó una llamada en la puerta. Pensó que sería Teddy Reeves. Sin embargo, en la puerta no estaba Teddy, sino una mujer alta y de elegante aspecto, con cabello castaño brillante y relucientes ojos marrones. Una mujer que probablemente tenía poco más de cuarenta años. Sybil no conocía a la mujer.

- No puedo quedarme -dijo ésta-. Voy retrasada para una cita con el peluquero. Pero, como sabía que iba a pasar por aquí, pensé venir un momento y darte esto. Sybil, has hecho mucho por mí. Quiero que te lo quedes.

La mujer le entregó a Sybil un encantador zarcillo de plata, hecho a mano, con una bella piedra azul: lapislázuli. No sé por qué me está dando esto, pensó Sybil.

- Gracias -replicó en voz baja, y dubitativamente, aceptó el zarcillo.

- Te veré pronto -dijo la mujer, y se marchó.

¿Te veré pronto? ¿Que he hecho mucho por ella? Todo es tan irreal... ¿He hablado antes con ella? La he visto, pero jamás he intercambiado con ella una sola palabra. Y sin embargo, actuó como si fuéramos amigas. ¿Amigas? La confusión la invadía.

Regresa a la mesa. Trata de estudiar.

Sybil se encontró aferrándose a las realidades. No obstante, aun cuando estaba haciéndolo, se dio cuenta de que aquel antiguo rompecabezas, la cosa terrible, había caído de nuevo sobre ella. Durante toda su vida siempre le estaban sucediendo cosas que no tenían inicio, y experimentaba la dolorosamente familiar sensación de «ahora es cuando llego yo» con su horrible falta de información acerca de todo lo que había sucedido antes.

Estudiar para el examen. Sin embargo, mientras Sybil estaba sentada en su mesa, las páginas del texto se desenfocaron y, con pánico, se preguntó: ¿Habrà alguna vez un fin que también haya tenido un comienzo? ¿O no habrá nunca una continuidad que tienda un puente sobre el terrible vacío entre el *ahora* y el *algún otro tiempo*, ya sea en el futuro, ya sea en el pasado?

Victoria Antoinette Scharleau, que lo sabía todo, observó cómo Marian Ludlow le daba a Sybil el zarcillo de plata.

¿Por qué?

La doctora Wilbur ajustó un poco el brazo de su lámpara de sobremesa. Disponía de

casi la totalidad de la relativamente escasa literatura que trataba de la personalidad múltiple. Pensativamente, después de que Vicky hubiera abandonado su oficina, había ido a la Biblioteca de la Academia de Medicina, donde una bibliotecaria le había buscado casi todo lo que existía acerca de aquella enfermedad, definitivamente establecida, pero tan rara. *La disociación de una personalidad*, de Morton Prince, publicado originalmente en 1905, y que es bien conocido entre los estudiantes de psicología anormal, era el único de aquellos libros que ya había leído antes. Había tratado de conseguir un ejemplar del artículo de los doctores Corbey H. Thigpen y Hervey Cleckley: «Un caso de personalidad múltiple», aparecido en 1954 en la *Revista de Psicología Anormal*, y del que algunos de sus colegas hablaban mucho en aquellos días. Pero este artículo, que trataba de una muchacha cuyo seudónimo era Eve, no estaba disponible en aquel momento.

Sin embargo, mientras leía durante la noche, la doctora se familiarizó con los nombres de Mary Reynolds, Mamie, Felida X, Louis Vive, Ansel Bourne, la señorita Smith, la señora Smead, Silas Prong, Doris Fisher y Christine Beauchamp. Estas eran las personas cuyas personalidades múltiples estaban inscritas en la historia de la medicina: siete mujeres y tres hombres. El caso, recién informado, de Eve, aumentaba el número a ocho mujeres, y Eve era la única personalidad múltiple aún con vida que se conocía.

La doctora se enteró de que Mary Reynolds era el primer caso del que se tenía noticia de personalidad múltiple. Su caso había sido dado a la luz en 1811 por el doctor L. Mitchell, de la Universidad de Pennsylvania.

El caso de Mamie había sido descrito en la *Revista médica y quirúrgica de Boston*, el 15 de Mayo de 1890. Tras esto habían llegado los informes acerca de Felida X realizados por M. Azam; sobre Louis Vive, estudiado por varios doctores franceses; sobre Ansel Bourne, observado por el doctor Richard Hodgson y por el Profesor William; el de la señorita Smith, dado por M. Flournoy; y el de la señora Smead, por el Profesor Hyslop. En 1920, formando parte de un volumen titulado *La mente desengranada*, escrito por Robert Howland Chase, se había publicado la recapitulación de «El extraño caso de Silas Prong», un caso de personalidad múltiple descrito previamente por el Profesor William James.

Aun después de una ojeada somera, la doctora se dio cuenta de que la complejidad de aquellos casos variaba mucho. En casos como los de la señorita Smith y la señora Smead, que se referían a personalidades dobles, y no múltiples, la personalidad secundaria, si bien poseía las facultades de un ser humano completo, exhibía muy poca independencia en sus movimientos en el mundo social: trabajando, actuando, divirtiéndose. Claramente, esto no ocurría con Sybil. Sus personalidades alternas eran notoriamente autónomas.

Los casos como los de Felida X, Christine Beauchamp y Doris Fisher eran más interesantes, pues eran ejemplos de personalidades independientes en el mismo cuerpo y que llevaban sus propias vidas como cualquier otra persona. La señorita Beauchamp tenía tres personalidades; Doris Fisher, cinco. La doctora especuló que Sybil pertenecía a este tipo.

Pero el caso de Sybil, y de nuevo esto era una simple especulación, parecía más complejo que el de la señorita Beauchamp o el de Doris Fisher.

Bueno, si es así, así es, pensó la doctora, suponiendo que en el caso de Sybil habría, probablemente, raíces múltiples. Sin embargo, y en ese estadio, esas raíces permanecían incógnitas.

La doctora Wilbur pensó durante algún tiempo. Luego, comenzando a leer de nuevo, buscó el momento en que, en aquellos otros casos, había tenido lugar la primera disociación. No tenía ni idea de cuándo se había disociado por primera vez Sybil, ni si

todas las otras personalidades habían emergido entonces, o si algunas habían aparecido después. ¿Cuándo se había disociado por primera vez Christine Beauchamp? Según Prince, esto había tenido lugar cuando Christine tenía dieciocho años, y a consecuencia de un shock nervioso.

En realidad, no lo sabía, pero la doctora Wilbur suponía que la primera disociación de Sybil había tenido lugar durante su niñez. El infantilismo de Peggy parecía probarlo. Y, probablemente, también en Sybil había sido consecuencia de un shock. Pero, ¿qué shock? Le había sido revelado tan poco que casi le resultaba imposible especular acerca de las causas. Pero, hipotetizando, la doctora pensó que posiblemente se habían producido varias raíces, o shocks, que habían dado lugar a las personalidades múltiples, cada una de las cuales representaba una reacción a aquellos shocks. De esta manera, muchas de estas personalidades podrían ser producidas por múltiples traumas infantiles, y las múltiples raíces habrían crecido hasta llegar a esta compleja situación.

El caso Dorsett estaba adquiriendo el aspecto de una aventura, una investigación en el campo del inconsciente, y la doctora Wilbur aún se excitó más cuando se dio cuenta de que Sybil era la primera personalidad múltiple psicoanalizada. Esto significaba no sólo que estaría introduciéndose en un terreno virgen, sino también que la doctora, a través del psicoanálisis, sería capaz de dar una dimensión psicológica mucho mayor a su comprensión de Sybil, de la que había estado teniendo hasta ahora. El pulso de la doctora Wilbur se aceleró ante el reto y sus posibles implicaciones no sólo para Sybil, sino para el campo, bastante desconocido, de la personalidad múltiple.

El análisis, decidió la doctora Wilbur, tendría que ser poco ortodoxo. Sonrió ante la idea: un análisis no ortodoxo realizado por una psiquiatra sin reputación. Consideraba que no tenía aún reputación, y sabía que ésta era una característica que le serviría para tratar este caso extraordinario. Sabía que tendría que utilizar las reacciones espontáneas de todas las personalidades no sólo para descubrir el origen de la enfermedad, sino también para tratarla. Sabía que sería necesario tratar a cada una de las personalidades como una persona propiamente dicha e ir venciendo la reserva de Sybil, la personalidad de la vigilia. De otra manera, jamás se pondría bien la Sybil Dorsett total. La doctora sabía también que tendría que hacer tremendos sacrificios de tiempo y modificar sus habituales técnicas freudianas de consulta para lograr utilizar cada brizna de espontaneidad que pudiera ayudarla a llegar hasta la verdad que estaba oculta tras aquellas personalidades.

La pregunta básica era: *¿por qué* se había convertido Sybil en una personalidad múltiple? ¿Hay alguna predisposición física hacia el desarrollo de la personalidad múltiple? ¿Intervienen los factores genéticos? Nadie lo sabía. No obstante, la doctora creía que el estado de Sybil derivaba de algún trauma infantil aunque, en aquel estadio, no podía estar aún segura. Hasta aquel momento, los análisis le habían revelado ciertos miedos arraigados: de acercarse mucho a la gente, de la música, de las manos, que parecían conectados a algún trauma. También era muy significativa la ira hirviente, que estaba reprimida en Sybil pero que estallaba sin riendas en Peggy Lou, y el rechazo de la madre tanto en Peggy Lou como en Vicky. La sensación de estar atrapada sugería fuertemente un trauma.

Muchas características eran comunes a varios de los casos. La personalidad primaria, que correspondía a la Sybil reservada y excesivamente atenta. La doctora hipotetizó que quizá fuera la misma represión de este tipo de temperamento lo que hacía necesario relegar las emociones, que habían sido reprimidas, a otra personalidad. Los libros hablaban de las personalidades secundarias, formas de comportamiento y adquisiciones.

Pero esta privación era el efecto, y no la causa, de la disociación. En el caso de Sybil, ¿qué la había causado? ¿Cuál era el trauma original?

Por la mañana, la doctora Wilbur esperó la visita de la Dorsett preguntándose, como ahora siempre hacía, «quién» iba a venir. Fue Vicky. Era un buen inicio, pues Vicky afirmaba conocerlo todo acerca del caso.

Buscando el trauma original, la doctora le preguntó a Vicky, en su segunda aparición en la consulta, sólo dos días después de la primera, si sabía por qué Peggy Lou le tenía miedo a la música, como había quedado bien claro en una sesión reciente, y por qué la música la conturbaba profundamente.

- La música hace daño -replicó Vicky, alzando sus cejas y mirando a la doctora a través de las nubecillas de humo que surgían del cigarrillo de ésta-. Hace daño muy adentro porque es bella, y pone tristes tanto a Sybil como a Peggy Lou. Están tristes porque están solas, y a nadie le importa. Cuando oyen música, se sienten más solas que nunca.

¿Podría esto, pensó la doctora, relacionarse con el trauma original? Posiblemente tenía que ver con la falta de cuidado, quizá la falta de atenciones. Cuando preguntó cómo era que algo hermoso podía hacer daño, Vicky le replicó crípticamente:

- Es como el amor.

Entonces, mirando firmemente a Vicky, la doctora le preguntó:

- ¿Hubo algo referente al amor que causara daño?

- Lo hubo -replicó Vicky sin rodeos, pero cautelosamente.

Cuando la doctora le preguntó cómo había causado daño ese amor, en concreto, Vicky aún se tornó más cauta.

- Doctora -dijo-, Sybil no quiere amar a nadie. Es debido a que tiene miedo a acercarse a la gente. Ya lo ha visto cuando está aquí. Es todo parte del mismo mosaico: el miedo de las manos que se le acercan, el miedo a la gente, el miedo a la música, el miedo al amor. Todo esto le ha hecho daño. Todo esto le ha dado miedo. Todo esto la ha convertido en una persona triste y solitaria.

La doctora, dándose perfecta cuenta de que Vicky estaba describiendo los síntomas exactos, con la adición del problema del amor, sobre los que ella misma había estado recapacitando la noche anterior, deseó que aquella ayudante suya en el análisis llegase hasta las mismas causas.

- Vicky -dijo en un intento indirecto de dirigirla en aquella dirección-, ¿compartes alguno de esos miedos?

- Naturalmente que no -replicó Vicky.

- ¿Y por qué tiene Sybil miedo, si tú no lo tienes? -insistió la doctora.

- Esa es la diferencia esencial entre Sybil y yo. Yo puedo hacer lo que quiero, porque no tengo miedo.

La doctora Wilbur no perdía palabra. Asentía con la mirada. Tras una breve pausa Vicky prosiguió:

- No tengo razón de tenerlo, y por eso no lo tengo -hasta aquí fue hasta donde llegaba Vicky-. Pobre Sybil -suspiró, cambiando el sentido de la conversación-. Qué martirio ha sido esto. Está agobiada. Siente un dolor casi constante en la cabeza y en la garganta. No puede llorar. Y no lo hará. Todo el mundo se ponía en su contra cuando lloraba.

- ¿Quién es todo el mundo? -preguntó esperanzada la doctora.

- Oh, preferiría no decirlo -respondió Vicky con una cauta sonrisa-. Después de todo, yo no era parte de la familia. Sólo vivía con ellos.

Victoria Antoinette Scharleau cerró la puerta que, al menos, había entreabierto. Y, sin embargo, se había visto un rayo de luz. La falta de cuidados, quizá la falta de

atención que la doctora había comenzado a sospechar, había asumido una probabilidad mayor al hacer caer Vicky totalmente sobre la familia Dorsett la responsabilidad del hecho de que Sybil no pudiera llorar.

Las cosas sucedían muy rápidamente. Mientras la doctora Wilbur meditaba sobre esta última idea, de repente, en silencio y con una transición tan suave que casi resultaba imperceptible, desapareció la seguridad en sí misma de Victoria Antoinette Scharleau. El aplomo, tan característico en ella, desapareció. Los ojos que habían sido tan serenos se dilataron con los terrores que acababan de ser mencionados. Vicky, que no era miembro de la familia Dorsett, había devuelto el cuerpo a Sybil, que sí lo era. Asombrada al hallarse en el sofá, sentada junto a la doctora, Sybil se apartó abruptamente.

- ¿Qué pasó? -preguntó-. No recuerdo haber venido aquí hoy. ¿Otra fuga?

La doctora Wilbur asintió. Aquél, decidió, era el momento en que explicar qué eran, en realidad, aquellas fugas. Creía que así el análisis procedería con mayor rapidez, cuando Sybil supiese lo de sus otras personalidades. Entonces, la doctora podría enfrentarla cautelosamente con lo que las otras personalidades habían dicho, y llevarla más cerca de los recuerdos que parecían estarle vedados.

- Sí -le dijo la doctora a Sybil-. Tuviste otra fuga. Pero las cosas son más complicadas que eso.

- Tengo miedo.

- Claro que lo tienes, querida -dijo con tono consolador la doctora-. Ahora dime una cosa: jamás me has hablado de esto, pero creo que te das cuenta de que pasa el tiempo sin que sepas lo que ha pasado. -Sybil se puso rígida.- ¿Es cierto? -Cuando Sybil no le contestó, la doctora insistió:- ¿Sabes que te ha ocurrido eso aquí?

Tras una larga pausa, Sybil contestó en tono muy bajo:

- Me prometí a mí misma que se lo diría, pero no me he atrevido.

Entonces, la doctora preguntó:

- ¿Qué crees que haces en ese tiempo que pasa sin que lo sepas?

- ¿Qué hago? -se extrañó Sybil. La doctora podía ver que era más un eco que una idea-. No hago nada.

- Sigues diciendo y haciendo cosas aunque no te des cuenta de que las dices o las haces -la doctora era inexorable-. Es como si fueras sonámbula.

- ¿Qué es lo que hago?

- ¿No te lo ha dicho nunca nadie?

- Bueno, sí -Sybil bajó los ojos-. Toda mi vida me han estado diciendo que había hecho ciertas cosas que sabía que no había hecho. Lo dejaba correr. ¿Qué otra cosa podía hacer?

- ¿Quieres mencionarme alguna de las personas que te decían esas cosas?

- Casi todo el mundo, en uno u otro momento.

- ¿Quién?

- Bueno, mi madre siempre decía que yo era una chica mala. Nunca sabía lo que había hecho que fuera malo. Me maltrataba. Le preguntaba qué era lo que había hecho. Entonces ella aullaba: «¡Sabes perfectamente bien lo que hiciste, jovencita!» Pero no lo sabía. Sigo sin saberlo.

- Trata de no preocuparte demasiado -le dijo con suavidad la doctora-. A otras personas les ha pasado lo mismo. Podemos cuidarnos de ello. Se puede tratar. -La doctora Wilbur pudo ver que su afirmación había causado una enorme impresión en Sybil. Parecía más relajada.- Esta situación -continuó explicando-, es más complicada que los estados de fuga que ya habíamos discutido. En una simple fuga no existe otra cosa más que una pérdida de conciencia, mientras que en tus fugas sigues actuando.

- Yo siempre las he llamado mis períodos de inconsciencia -dijo Sybil-. Es decir, siempre me las he mencionado así a mí misma, nunca a nadie más.

- Mientras que tú pierdes la conciencia -continuó la doctora-, otra persona toma el relevo.

- ¿Otra persona? -preguntó asombrada Sybil. De nuevo, la pregunta era un simple eco.

- Sí -contestó la doctora. Iba a explicárselo, cuando Sybil la interrumpió.

- Entonces, ¿soy como el doctor Jekyll y mister Hyde?

La doctora Wilbur golpeó la palma de su mano con el puño.

- Esa no es una historia real -exclamó-. Es pura ficción. Tú no te pareces en nada al doctor Jekyll y al señor Hyde. Stevenson no era un psicoanalista. Creó esos dos personajes basándose sólo en su imaginación literaria. Como escritor, lo único que le importaba era desarrollar un buen relato.

- ¿Puedo irme ya? Ya ha pasado la hora -dijo repentinamente Sybil, pues la presión a la que estaba sometida era casi insoportable.

Pero la doctora Wilbur siguió presionándola con tenacidad. Sabía que, empezado el juego, tenía que seguir con él hasta el final.

- Eres demasiado inteligente para aceptar esa falsa creencia popular que ha surgido de la literatura -dijo-. Los hechos son bastante diferentes. He estado estudiando los casos de otras personas que se encontraron en la misma situación. No tienen un lado bueno y un lado malo. No se hallan divididas por un conflicto entre el bien y el mal. No se sabe demasiado acerca de este estado. Pero sabemos que es muy probable que las diferentes personalidades de la misma persona compartan el mismo código ético, la misma estructura moral básica.

- Ya pasa de la hora -insistió Sybil-. No tengo derecho a tiempo extra.

- Eso es lo que siempre haces, Sybil -replicó con firmeza la doctora Wilbur-. Declarar que no eres digna de algo. Esa es una de las razones por la que necesitas otras personalidades.

- ¿Personalidades? -hizo eco, atemorizada, Sybil-. ¿Ha dicho usted personalidades? ¿En plural?

- Sybil dijo con suavidad la doctora-. No hay nada de lo que debas tener miedo. Hay una personalidad que se llama a sí misma Peggy Lou. Es muy autoafirmativa. Y está Peggy Ann, que también es muy combativa, pero que tiene más tacto que Peggy Lou. La otra se llama a sí misma Vicky. Es una persona segura, que sabe lo que se hace, responsable, encantadora.

Sybil se alzó para irse.

- No hay nada de lo que debas tener miedo -repitió la doctora.

Pero la súplica de Sybil: «Déjeme ir, *por favor*, déjeme ir», mostraba que aquello la había estremecido profundamente. Pensando que no era muy adecuado dejarla partir sola, la doctora se ofreció a pasear con ella.

- Tiene usted otra paciente -insistió Sybil-. Estoy bien.

Al salir por la puerta por la que, hacía sólo una hora, había entrado una radiante Vicky, Sybil estaba tan pálida como un bacalao.

Más tarde, en la creciente oscuridad de su silenciosa oficina, la doctora Wilbur especuló sobre el caso Dorsett. Sybil había permanecido siendo ella misma durante la entrevista. Ahora que conocía la existencia de las otras personalidades, podría comenzar de lleno el primer análisis de una personalidad múltiple que se daba en la historia de la psiquiatría. Se volvió de nuevo hacia los volúmenes acerca de las personalidades múltiples que llenaban su escritorio, y también tomó ejemplares de las obras de Freud y Charcot de sus estanterías, buscando las familiares referencias a la histeria.

Aunque la personalidad múltiple era un fenómeno raro y anormal, la doctora Wilbur estaba segura de que no era una psicosis, sino un estado histérico. Esta creciente convicción renovó su confianza de que sería capaz de ocuparse de aquel caso; pues, aunque jamás había tratado una personalidad múltiple, no sólo había tratado, sino que había tenido muchos éxitos con los casos de histeria. Su experiencia con histéricos había comenzado tan pronto en su carrera que el médico de Omaha que le había enviado a Sybil Dorsett, al inicio de todo aquello, lo había hecho debido a su reputación en el tratamiento de pacientes con síntomas histéricos.

La personalidad múltiple, esto era algo que ya le resultaba evidente a la doctora Wilbur, pertenece al tipo de pacientes conocidos como psiconeuróticos. La neurosis específica es la *grande hystérie*, y el tipo de *grande hystérie* que sufría Sybil Dorsett, no sólo con sus múltiples personalidades, sino con una serie de enfermedades psicósomáticas y alteraciones en los cinco sentidos, era tan grave como poco común.

La doctora Wilbur había visto esquizofrénicos, psicóticos, que no habían estado tan enfermos como Sybil. Se podría decir que tenían una temperatura psicótica de treinta y siete grados, mientras que Sybil sufría de una temperatura psiconeurótica de cuarenta y dos grados, pensó la doctora Wilbur. Aunque una psicosis es una enfermedad más severa, la cuestión es: ¿cuán enfermo está el paciente?, y no: ¿cuán grave es la enfermedad del paciente?

No hay razón para descorazonarse, se dijo la doctora Wilbur. Quizá fuera demasiado optimista al pensar que Sybil Dorsett se iba a poner bien. Pero se trataba de un caso tremendamente complicado, y se iba a necesitar de una buena dosis de optimismo para seguir con él, y verlo terminado.

Sonó el teléfono. Eran ya más de las diez. Probablemente sería un paciente que tenía una crisis, y solicitaba su ayuda. Por favor, que no me caiga un suicidio esta noche, pensó. Cuando terminaba el día, necesitaba un intervalo para eliminar las psicosis y psiconeurosis de su sistema, para dejar de vivir las vidas de otra gente. Deseaba tener más tiempo para su esposo, para las reuniones profesionales, para visitar amigos y parientes, para leer y pensar, para que le arreglaran el cabello e ir de compras. Demasiado a menudo estas actividades tan comunes tenían que ser dejadas a un lado a causa de la repentina y urgente necesidad de algún paciente. Tomó el teléfono. Era Teddy Reeves.

- Doctora Wilbur -le informó Teddy-. Sybil Dorsett está hecha pedazos. Realmente, ha estallado. No sé qué hacer con ella.

- Voy ahora mismo -se ofreció la doctora Wilbur. Mientras colocaba de nuevo el teléfono en la horquilla, se dijo que no estaba demasiado sorprendida por lo que le acababa de comunicar Teddy Reeves. Sospechaba que lo que Teddy había querido decir con ese «ha estallado» era que Peggy Lou era ahora la personalidad dominante. Cuando Sybil admitió finalmente a la doctora que tenía lapsus, era ésta una admisión que también se hacía a sí misma. Nunca antes, a pesar de los años que llevaba pasando de *ahora a algún otro tiempo*, con minutos, días, semanas y años que no sabía cómo habían transcurrido, se había formulado la idea de que tenía lapsus. En lugar de afrontarlo plenamente, se refugiaba en un eufemismo: «los períodos de inconsciencia».

No obstante, el estremecimiento que recorrió su cuerpo cuando la doctora le dijo: «Mientras que tú pierdes la conciencia, otra personalidad toma el relevo», no había sido de miedo. Era de admisión. Aquella frase explicaba las cosas, buenas y malas, que la gente había dicho que ella había hecho, pero que *ella* no había hecho; y también explicaba a los desconocidos que decían que la conocían. Azorada por la idea de que la doctora averiguaría todas esas cosas terribles, las cosas malvadas que quizá ya conociese, pero que no revelaba, había huido de la oficina, perseguida por la

autoacusación.

Al principio, en Whittier Hall, se olvidó de aquello. El encuentro en el ascensor con Judy y Marlene, las gemelas a las que daba clases particulares, se convirtió en una nueva afrenta, una nueva acusación. Inseparables, completas como una entidad, unidas, habían pasado toda una vida juntas, mientras que ella ni siquiera había pasado todo el tiempo consigo misma.

Buscó la llave, pero con su mano temblorosa no pudo introducirla en la cerradura. No creyendo poder entrar sola, llamó con toque débil a la puerta de la habitación de Teddy Reeves.

Teddy puso a Sybil en la cama y, quedándose junto a ella aterrorizada y compasiva, contempló cómo Sybil, entrando y saliendo de la cama, también entraba y salía en una serie de lo que parecían ser comportamientos disparatados. En un momento era una niña gritona, saltando sobre los muebles, y dejando las huellas de sus dedos en el techo. Al siguiente momento era una persona muy dueña de sí misma y autosuficiente, que hablaba de ella misma en tercera persona y decía: «Me alegro de que Sybil lo sepa. Sí, desde luego, será mucho mejor para todos nosotros.» Luego, Sybil se convirtió en la persona temblorosa, la que había llamado a la puerta de su cuarto. Yacía inerte en la cama cuando llegó la doctora.

La doctora Wilbur podía ver que Sybil estaba sufriendo, y trató de tranquilizarla explicándole que el tener otras personalidades no era nada a lo que hubiera que temer, pues era sólo una variante de lo que los psiquiatras llaman «actuar»: mucha gente lleva a cabo actuaciones con las cosas que les preocupan.

No sirvió. Por el contrario, en lugar de sentirse tranquilizada, Sybil protestó:

- Jamás he oído hablar de ninguna persona que haga esas cosas.

Entonces; la doctora comenzó a preguntarse si, a pesar de todas las dilaciones, no se habría precipitado demasiado en la forma en que le había puesto a Sybil en conocimiento de la existencia de sus otras personalidades.

- Te daré un sedante -la tranquilizó la doctora-, y te encontrarás muy bien por la mañana.

La doctora había descubierto que los sedantes barbitúricos eliminaban la ansiedad de Sybil durante cuarenta y ocho horas. Llegó la mañana. Sybil se despertó, liberada de la ansiedad por el sedante que la doctora le había dado la noche antes. Las múltiples personalidades parecían como una pesadilla que ya no la afectase tanto.

Ya era pasada la medianoche cuando la doctora salió de Whittier Hall. Aunque no estaba, en lo más mínimo, segura de lo que representaban en realidad las personalidades alternantes, hipotetizó que la Sybil primaria correspondía, más o menos, a la mente consciente, y que las personalidades alternantes correspondían a la inconsciente. Tomando un símil de la anatomía y la biología, veía las personalidades alternantes como *lacunae*, las pequeñísimas cavidades del hueso que están rellenas de células óseas, en el inconsciente de Sybil. A veces latentes, aquellas *lacunae*, con el adecuado estímulo, emergían y vivían. Funcionaban en el interior de Sybil, pero también en el mundo exterior, donde parecían «actuar» el problema específico que estaban defendiendo.

Defensas en el inconsciente, pensó la doctora, mientras pagaba al taxista. Ahora, lo que tengo que hacer es familiarizarme con cada una de las personalidades, por muchas que haya, y determinar con qué conflicto se enfrenta cada una de ellas. Esto me llevará a las raíces del trauma que hizo necesaria la disociación. De esta forma podré llegar a la realidad, que sospecho será una realidad intolerable, contra la cual esas personalidades han surgido como maniobra defensiva.

Naturalmente; se dio cuenta la doctora, el análisis tendrá que incluir a todas las

personalidades, y cada una de ellas tendrá que ser analizada como ser humano autónomo y como parte integrante de la Sybil Dorsett total.

Lo que era de la mayor importancia inmediata era llegar más cerca de la Sybil primaria. Aquélla era la única forma en que dar un rodeo a la ansiedad y actitud defensiva tras las cuales se encontraban emboscadas las otras personalidades.

Pero, ¿cómo acercarse a la remota y tímida Sybil Dorsett?

- Sybil -preguntó la doctora Wilbur una mañana de Abril de 1955, cuando Sybil le llevó algunas de sus acuarelas a la oficina-, ¿qué te parecería venir conmigo en coche a Connecticut algún Domingo durante la estación de los cornejos? Entonces, el paisaje es muy hermoso, y podrás dibujar los árboles y arbustos en flor.

Maldita sea, pensó la doctora, cuando Sybil respondió apocadamente:

- Oh, usted debe de tener cosas más importantes que hacer que pasar un Domingo conmigo.

Debo hacerla comprender que la considero como una mujer extraordinariamente dotada y que disfrutaría estando con ella, aunque no fuera mi paciente. ¿Es que no hay forma de hacerle darse cuenta de que, aunque esté obstaculizada por su enfermedad, eso no hace que cambie mi aprecio por ella? ¿Acaso no comprenderá nunca que, a pesar de que se infravalora tremendamente, yo no hago tal cosa?

En realidad, fue sólo tras mucho argumentar que la doctora Wilbur fue capaz de persuadir a Sybil para que aceptase aquel viaje... el viaje que podía, de eso estaba absolutamente segura la doctora Wilbur, lograr que Sybil ganase confianza y perdiera rigidez.

Cuando la doctora Wilbur llegó con su coche a Whittier Hall a las siete de la mañana de un soleado Domingo de Mayo de 1955, vio que Sybil estaba esperándola con Teddy Reeves. Teddy, que siempre había mostrado un interés posesivo por Sybil, se había tornado aún más posesivo después de que Sybil le hubiera confiado la existencia de sus múltiples personalidades. Aunque no conocía su existencia aquella noche de Marzo, cuando llamó a la doctora Wilbur, ahora Teddy no sólo podía reconocer a Vicky y a Peggy Lou sino que además se había dedicado a establecer una relación con ellas. En pie junto a Sybil, frente a Whittier Hall, Teddy se fijó en que la capota del convertible de la doctora estaba bajada, y se preocupó por saber si Sybil llevaba un pañuelo con el que protegerse contra los elementos. Cuando Sybil le dijo que lo llevaba, Teddy indicó que, a pesar de ello, hacía demasiado frío para viajar con la capota bajada. Y, aunque tanto Sybil como la doctora le aseguraron que iban bien, no pareció convencerse. Pero la mayor preocupación de Teddy era si Peggy Lou iba a permanecer tranquila durante el viaje y cuánto tiempo de éste Sybil sería Sybil.

Por su parte, Sybil parecía ser ella misma mientras despedía a Teddy con la mano y entraba en el coche de la doctora. Con su traje azul marino y su sombrero rojo tenía un aspecto atractivo y parecía mucho más tranquila de lo que jamás la hubiera visto la doctora.

No se le escapó a ésta la forma en que Sybil había ocultado su placer por realizar el viaje hasta que hubieron dejado a Teddy, y pensó que era muy sensible y considerado por parte de Sybil el darse cuenta de la envidia que sentía de Teddy y prevenirse de la misma.

Esperando que aquella salida fuera un acontecimiento puramente social, la doctora Wilbur mantuvo su conversación dentro de los límites de las cosas presentes: los pueblos y las casas por los que pasaban, la geografía e historia de la zona y los paisajes.

Rodeando las pequeñas ciudades de la costa, doblaron en Southport y se dirigieron directamente hacia el Golfo.

- Siempre he querido dibujar y pintar barcas -comentó Sybil mientras miraba por primera vez las barcas del Golfo-, pero siempre he pensado que no podría reproducir bien sus formas.

- Pruébalo -dijo la doctora, y detuvo el coche. Sentada en el vehículo aparcado, Sybil hizo algunos dibujos de los botes de vela anclados en el fondeadero.

- Me gustan esos dibujos -dijo la doctora. Sybil pareció complacida.

Dejando atrás el Golfo, la doctora Wilbur condujo con tranquilidad arriba y abajo por las diferentes carreteras y caminos vecinales, por los que había poco tráfico. Señalaba a Sybil, que nunca había estado en aquella parte del país, algunas de las casas que eran prerrevolucionarias, mientras que algunas de las otras, a pesar de que eran modernas, o bien tenían auténticas ventanas de antes de la Revolución o réplicas de las mismas. Sybil comentó:

- Mi padre es un contratista de obras. Está muy interesado en la arquitectura, e hizo que yo también me interesase.

El padre apenas si había sido mencionado en el análisis, y a la doctora Wilbur le agradaba oír hablar de él.

La conversación pasó a las bellas plantaciones de cornejos y lilas. Sybil pidió que se parasen para así poder hacer un dibujo a lápiz de una colina tapizada de dichas plantas.

Sybil había insistido en traer ella el almuerzo, que tomaron en un pequeño terreno de acampada cercano a Kent, Connecticut. Al principio, la doctora Wilbur había pensado que Sybil quería traer el almuerzo como su contribución a la excursión, pero luego se enteró de que sólo era una precaución contra el tener que ir a un restaurante. De hecho, el miedo de Sybil por los restaurantes era tan intenso que el ir a uno había producido a menudo uno de sus lapsus.

No fue sino hasta más tarde cuando la doctora se enteró de por qué, al aceptar ir de excursión, Sybil había insistido en regresar a Nueva York como mucho a las cuatro de la tarde, y preferiblemente a las tres. «Tengo algo de trabajo que hacer», le había explicado Sybil. Pero la verdadera razón, como luego averiguaría la doctora, era que Sybil tenía miedo de que, si se quedaba más tarde de las tres o las cuatro, comenzaría a mostrar los signos de perturbaciones emocionales, fatiga y temor que a menudo se manifestaban al finalizar el día. Había tenido miedo de disociarse. Y no había querido correr el riesgo de que la doctora se encontrase con las otras personalidades fuera de su consulta.

Así que, justamente a las tres de la tarde, el convertible de la doctora Wilbur estuvo de nuevo frente a Whittier Hall.

En aquel tiempo, ni la doctora Wilbur ni Sybil sabían que no habían estado solas en su viaje a Connecticut. Peggy Lou, que también estaba presente, se mostró encantada de que Sybil la hubiera llevado por fin a alguna parte. Vicky, otra pasajera invisible en el coche de la doctora, estaba impaciente porque llegase el momento de hablarle a Marian Ludlow sobre las viejas casas prerrevolucionarias.

En aquel coche había también pasajeros a los que ni Sybil ni la doctora conocían. Marcia Lynn Dorsett, desinhibida y autoafirmativa, que tenía un rostro con forma de escudo, ojos grises y cabello castaño, había contemplado todas las incidencias del viaje.

Cuando el coche se detuvo frente a Whittier Hall y la doctora Wilbur le dijo adiós a Sybil, Marcia Lynn se volvió hacia Vanessa Gail, su íntima amiga, y le dijo con su acento inglés: «Le importamos.» Vanessa, que era una muchacha alta y esbelta, con una figura cimbreante, cabello color rojo oscuro, ojos marrón claro y una cara ovalada y expresiva, le comunicó a Mary aquella única y simple frase: «Le

importamos.» Mary, una mujer anciana y maternal, regordeta, pensativa y contemplativa, repitió con una suave sonrisa, como si fuera una pregunta: «¿Le importamos?» Y entonces, Marcia Lynn, Vanessa Gail y Mary utilizaron una vía de comunicación interna a través de la cual sonó fuerte y claro el mensaje: *A esta doctora Wilbur le importamos*. Tras esto, Marcia Lynn, Vanessa Gail, Mary y todos los demás tuvieron un cónclave y decidieron:

- Iremos a verla.

Segunda Parte: Devenir

Willow Corners

El viaje a Connecticut produjo un cambio, no sólo en las otras personalidades, sino también en la misma Sybil. Menos reservada, menos constreñida durante el verano de 1955 que a lo largo de los primeros siete meses del análisis, Sybil, comenzó a hablar de su primer medio ambiente. No hubo repentinas revelaciones acerca de las raíces de la multiplicidad, pero del retrato del pueblo y el ambiente en el que Sybil, presumiblemente nacida con una sola personalidad, había adquirido las otras muchas, la doctora Wilbur pudo ir acaparando datos que luego contribuyeron a una posterior comprensión de las causas. Por eso, la doctora Wilbur llevó a Sybil, y también a Vicky, a una minuciosa exploración de Willow Corners, Wisconsin, donde Sybil, que nació el 20 de Enero de 1923, había pasado los primeros dieciocho años de su vida.

Willow Corners se alzaba en las llanuras del Suroeste de Wisconsin, cerca de la frontera de Minnesota. Los terrenos que la rodeaban eran llanos, y el profundo cielo azul parecía estar tan bajo que se podía tocar con la mano.

El acento local estaba erizado por un gangueo nasal, y los hombres y mujeres, que viajaban en sus carretas abiertas hacia la población desde las granjas circundantes durante los primeros años de Sybil, eran un constante recuerdo de la dedicación del pueblo a la tierra.

La misma población estaba salpicada de altos arces y olmos, pero, a pesar de su nombre, no había en ella ningún sauce. Las casas, la mayor parte de las cuales habían sido edificadas por los hombres que trabajaban para Willard Dorsett, eran principalmente edificios de madera blanca. Las calles sin pavimentar, polvorientas en los días secos, eran lodazales imposibles de cruzar en los días lluviosos.

Exteriormente, no había nada digno de mención en Willow Corners. Fundada en 1869, no era una pequeña ciudad, era un gran pueblo, en el que las monótonas noticias de su millar de habitantes, que vivían en un área de cinco kilómetros cuadrados, venían reflejadas en el *Corners Courier*, el periódico semanal de la población, cuyos típicos titulares eran: *Pequeño tornado derriba el retrete de Jones; Picnic del Club de Madres el Viernes en la Escuela Superior.*

Originalmente una ciudad fronteriza, Willow Corners había crecido con la llegada del ferrocarril. En los tiempos de Sybil el pueblo era principalmente el centro de una comunidad agrícola, productora de trigo. La Calle Mayor, el eje del pueblo, contenía su almacén, ferretería, pequeño hotel, barbería, farmacia, banco y correos. Típica de Willow Corners era una armería que databa de los tiempos en que había sido una población fronteriza, y dos silos de grano constituían el centro de su vida económica. Las tiendas estaban abiertas los Jueves y los Sábados hasta el atardecer, y era cuando los padres y sus hijos llevaban a cabo el alegre ritual de ir de compras juntos. También era el momento en que intercambiar noticias y chismorrear.

El pueblo tenía dos policías: uno trabajaba de día, y el otro de noche. Había un abogado, un dentista y un doctor. Siempre había preparada una ambulancia para llevar a los enfermos a la Clínica Mayo de Rochester, Minnesota, que ya tenía una reputación mundial y se encontraba a unos ciento treinta kilómetros de distancia.

Representante de la población media de los Estados Unidos, el pueblo era republicano en su política doméstica, aislacionista en sus simpatías internacionales y estratificado en su estructura de clases, que incluía en un extremo a la élite adinerada y en el otro a un proletariado trabajador. Confundiendo al dinero con la virtud, los

habitantes del pueblo tendían a venerar a los ricos, sin importarles ni cómo hubieran adquirido su riqueza, ni cómo se comportasen... a pesar de los grandes esfuerzos de las buenas damas que formaban el Club de Lectura de Willow Corners, el Club Musical de Willow, y la Sociedad Coral del Condado, a través de los cuales querían inculcar la cultura a la población.

Antes del nacimiento de Sybil y hasta que tuvo seis años de edad, el hombre más rico del pueblo fue su padre. Esta categoría la perdió en la Depresión, en la que se encontró con serios reveses económicos. Desde 1929, cuando Sybil tenía seis años, hasta 1941, cuando tenía dieciocho, y salió del pueblo para ir a la Universidad, las personas más ricas eran unos granjeros germanoescandinavos, los Stickney, que eran los propietarios del banco local, y una tal señora Vale, mujer vulgar e inculta que, gracias a su casamiento con cinco esposos sucesivos, había adquirido propiedades en la población y una mina de plata en Colorado.

Willow Corners, como podría predecir cualquier sociólogo, tenía iglesias de diversas confesiones. Los grupos fundamentalistas iban desde los Bautistas del Séptimo Día, que habían fundado la primera iglesia del pueblo, hasta los Adventistas del Séptimo Día, la iglesia de San Juan Bautista de la Salle, y la iglesia de la Asamblea de Dios. Los metodistas, congregacionalistas y luteranos, se miraban todos con recelo unos a otros y sobre todo a los católicos, a los que consideraban la misma encarnación del mal.

El fanatismo era desenfrenado, y el pueblo, aunque fuese farisaico en sus expresiones, era a menudo cruel en su comportamiento. El vendedor de hielo, que era un retrasado mental, recibía burlas, y producía risas, la operadora telefónica que tenía un tic nervioso. Los prejuicios contra los judíos, de los que había unos pocos en Willow Corners, y los negros, de los que no había ninguno, eran intensos.

En el curso de los acontecimientos, el fanatismo y la crueldad fueron pasados por alto, y el pueblo, procediendo sin pensar, caía en un fácil e irrazonable optimismo. Ese optimismo venía expresado por normas tales como: «Si al principio no tienes éxito, prueba, prueba de nuevo», y en máximas de calendario del tipo de «Las hojas de la esperanza de hoy son los capullos del mañana», que estaba grabada en el frontis del edificio, combinación de auditorio y gimnasio, usado tanto para la escuela elemental como para la secundaria. Que los capullos del mañana se estuviesen agostando ya en las hojas de estrechez de miras de hoy era algo que, simplemente, no se les ocurría a los virtuosos ciudadanos de Willow Corners.

En la calle Vine, justo al lado de las escuelas, se alzaba la casa de los Dorsett, que ya había aparecido en el análisis: la casa blanca con persianas negras. Uno podría considerar el blanco y el negro como los extremos de la vida, o como la vida y la muerte, pero Willard Dorsett, el constructor de la casa, no había intentado darle tal aspecto simbólico. Dorsett sólo pensaba en el aspecto utilitario al diseñar unos jardines espaciosos, un semisótano, un garaje y un pequeño edificio adjunto que le servía de taller de carpintería y oficina. Unos grandes arcos daban sombra a la parte delantera de la casa. En la parte trasera había un sendero de cemento que llevaba a un callejón, que, a su vez, llevaba a la parte trasera de las tiendas de la Calle Mayor. Los escalones de la puerta de la cocina de los Dorsett daban a ese sendero de cemento.

Tampoco podía uno sacar muchas consecuencias del hecho de que el vecino de la puerta de al lado de los Dorsett fuera un ex recluso, la mujer del otro lado de la calle una enana, y el hombre que vivía al final de la misma el violador de su hija de trece años, quien, tras el evento, siguió viviendo con ella en la misma casa, como si nada hubiese sucedido. Formaba todo ello parte de la curiosa aberración y lascivia que daba como resultado un buen surtido de hijos ilegítimos, que corría como un río

subterráneo a través de aquel pueblo, exteriormente tan normal, tan común, tan puritano.

La casa de los Dorsett tenía sus propias e inequívocas peculiaridades, que quizá resultasen invisibles a la primera ojeada, y a menudo fueran minimizadas, pero que resultaban muy características. Cuando se le preguntó acerca de la familia Dorsett, la señora Moore, la maestra de piano de Sybil, informó que Sybil era una chica melancólica, y que tanto la madre como la hija tenían problemas emocionales. Un primo lejano de Willard Dorsett catalogó al padre y a la hija como «tranquilos» y a la madre como una mujer «vivaz, aguda y con mucho empuje», pero también como «nerviosa». Este mismo observador habló de la excesiva intimidad que había entre madre e hija, a las que siempre se las veía juntas. Un maestro favorito recordó que «la madre de Sybil siempre la llevaba del brazo».

Jessie Flood, que había sido sirvienta en la casa de los Dorsett durante seis años dijo únicamente: «Eran la gente más maravillosa del mundo. La señora Dorsett era muy buena conmigo y con mi familia. Nos daba muchas cosas... todo tipo de cosas. Nunca conocí a gente más amable que los Dorsett.»

James Flood, padre de Jessie, que trabajó para Willard Dorsett en el negocio de carpintería, indicó que «Dorsett era el mejor jefe del mundo».

Willard Dorsett, nacido en Willow Corners en 1883 y descendiente de los fundadores originales, como la mayor parte de los habitantes del pueblo, trajo a su casa, en 1910, a Henrietta Anderson, que se había convertido en su esposa.

Los Dorsett y los Anderson eran similares en linaje y tradición. Por su lado paterno, Hattie era biznieta de Charles, un clérigo inglés que con su hermano Carl, maestro de escuela, emigró a Virginia desde Devon, Inglaterra, con la anuencia de Lord Baltimore. Por su lado materno, Hattie aún estaba más unida a Inglaterra. Aileen, su madre, era hija de padres ingleses que habían abandonado su Southampton nativo para trasladarse a Pennsylvania. Aubrey Dorsett, padre de Willard, era el nieto de un inglés que llegó a Pennsylvania desde Cornualles, y Mary Dorsett, la madre de Willard, que nació en Canadá; descendía de una familia inglesa que, antes de afincarse en el Canadá, había huido a Holanda para escapar de las persecuciones religiosas de su país.

Willard y Hattie se conocieron en una cita preparada mientras él estaba de visita en Elderville, Illinois, el pueblo del cual Winston Anderson, el padre de Hattie, era el fundador y el primer alcalde. Winston Anderson llegó a Elderville después de luchar en la caballería de las Fuerzas de la Unión en la Guerra Civil. Se había alistado a la edad de diecisiete años, haciendo creer que tenía dieciocho. En Elderville, mucho más tarde, tuvo una tienda de instrumentos musicales, fue el director del coro de la iglesia metodista, y de nuevo fue elegido alcalde.

La extravagante y voluble Hattie azoró a Willard Dorsett ya en su primera cita. Estaban caminando a lo largo de la Calle Mayor de Elderville cuando, repentinamente, Hattie se detuvo y se lanzó a una espontánea arenga en pro de su padre, que se estaba presentando a la reelección como alcalde. Willard, consternado, se quedó pasivamente a un lado.

Pero si bien otros hombres que se habían sentido atraídos por el buen aspecto, ingenio, y vivacidad de Hattie habían roto con ella a causa de su lengua cortante y sus famosas excentricidades, Willard no lo hizo. Estaba dispuesto a «soportarla», como él lo decía, porque la creía intelectual, «refinada», y una pianista de talento. Dado que él cantaba como tenor en el coro de la iglesia, se imaginaba a Hattie Anderson como su futura acompañante. Siguiendo el espíritu de las panaceas universales y curas caseras de Willow Corners, creía que, aunque el comportamiento de Hattie era a menudo excéntrico, cambiaría con los años. Cuando se casaron, ella tenía

veintisiete, y no estaba muy claro a qué se debía referir él con ese «cambiar con los años». En cualquier caso, estaba enamorado de Hattie Anderson, y tras un cierto número de citas en Elderville, le pidió que se casara con él.

Hattie no estaba enamorada de Willard y se lo dijo. Su primera cita con él había sido un acto calculado de desafío, contra el joyero con el que había estado prometida, pero que había faltado a su promesa de abandonar el alcohol. Por otra parte, Hattie afirmaba que todos los hombres eran iguales, y que no se debía confiar en ellos (un sentimiento al que Peggy Lou había hecho eco en la consulta de la doctora Wilbur), y que «sólo pensaban en una cosa».

Y sin embargo, la idea de vivir en Wisconsin atraía a Hattie, que jamás había salido de su Illinois nativo. El irse a vivir a otro estado fue la razón que dio para trasladarse, en 1910, a Willow Corners como señora de Willard Dorsett.

Con el tiempo, Hattie llegó a tener muy buena opinión de Willard e incluso a sentir un cierto afecto por él. Era bueno con ella, y ella trataba de corresponderle. Le cocinaba sus platos favoritos, buscaba recetas para buenos pasteles y pastelillos, y siempre le tenía preparada puntualmente la comida: la comida exactamente a las doce en punto y la cena justo a las seis. Aunque no era lo que se dice una amante del trabajo casero, se convirtió en una frenética y fanática ama de casa. Igualmente, en los primeros días de su matrimonio; Hattie y Willard pasaron largas y agradables veladas musicales. Desde luego, era la acompañante con la que él había soñado.

Durante los primeros trece años del matrimonio de los Dorsett, Hattie tuvo cuatro abortos y ningún hijo. Tanto Willard como Hattie comenzaron a pensar que jamás tendrían niños. Ninguno de ellos se daba, sin embargo, cuenta perfecta de lo que pasaba y, por tanto, jamás se interrogaron sobre si aquellos abortos tendrían algún significado psicológico. Y eso que parecía probable que hubiera alguna componente psicológica, vista la ambivalencia que sentía Hattie ante la idea de tener un hijo. Disfrutaba cuidándose de los niños de otras personas y, al menos en una ocasión, bromeó con la madre de un recién nacido acerca de que «le iba a robar el niño». Pero, si bien en un momento Hattie expresaba unos grandes y urgentes deseos de tener un hijo propio, al siguiente instante aireaba sentimientos opuestos. El pensar que tendría que ocuparse del niño la hacía, a menudo, sentirse contraria a la maternidad.

Más tarde, la doctora Wilbur especuló que las poderosas oleadas de emociones conflictivas habían alterado el sistema hormonal de Hattie, convirtiéndose en un componente psicosomático de sus abortos. En cualquier caso, cuando Sybil fue concebida, Willard temió que tampoco aquel hijo llegaría a la vida. Por consiguiente, ejerció sobre Hattie un dominio que jamás antes había mostrado, prohibiéndole aparecer en público durante su embarazo. Así que el secreto y el ocultamiento rodearon a Sybil ya desde el seno materno.

Cuando nació, Sybil pesaba poco más de dos kilos. Como avergonzado de que fuera tan pequeña, Willard se cuidó muy bien de que en las notas de nacimiento del periódico incluyeran los gramos que pasaban de los dos kilos. Willard se abrogó el derecho de dar nombre a la niña, y Hattie, a la que no le gustaba el nombre de Sybil Isabel, decidió usar ese nombre tan sólo cuando fuera absolutamente necesario. En otras ocasiones, Hattie estaba determinada a llamar a su hija Peggy Louisiana, que luego fue a menudo abreviado a Peggy Lou, Peggy Ann, o simplemente Peggy.

Pero fue algo más que el nombre de Sybil lo que molestó a Hattie durante los primeros meses de la vida del bebé. La vieja ambivalencia acerca de llegar a ser madre volvió a surgir. Así Hattie, viendo a su hija por primera vez, comentó sombríamente:

- ¡Es tan frágil! Tengo miedo de que se pueda llegar a romper.

De hecho, fue Hattie la que se «rompió». Una fuerte depresión cayó sobre ella tras el nacimiento, y duró los cuatro primeros meses de la vida de Sybil. En ese período, el único contacto que tenía Hattie con la niña era cuando le daba el pecho. Para todo lo demás, el cuidado de la niña recayó en una ama, en Willard y, principalmente, en la abuela Dorsett.

Cuando Hattie estuvo bastante bien como para levantarse y pasear, tuvo un enfrentamiento directo con Willard acerca de darle el pecho a la niña cuando había gente en casa. Y, si bien Hattie aceptaba llevarse a Sybil al dormitorio y cerrar la puerta, Willard se negó con dureza:

- No. Todo el mundo sabría lo que estabas haciendo.

Hattie señaló que las otras mujeres, las que estaban en los bancos de atrás de la iglesia, las granjeras que venían al pueblo en sus carretas, transportando madera, y que a menudo comían con los Dorsett, no sólo daban de mamar a sus hijos cuando había gente, sino frente a esa gente... que era algo que Hattie no estaba proponiendo hacer. Pero Willard permaneció testarudo, indicando que Hattie no era una «granjera».

Hattie se doblegó, pero le dolió tener que hacerlo. Por su parte, Sybil, mal alimentada, lloraba. Entonces Hattie regañaba a la niña por llorar, cosa que la ponía nerviosa, y era el nerviosismo que este lloriqueo producía en Hattie, más que el darse cuenta de cualquier efecto adverso que pudiera producir a la niña la falta de alimento, e incluso más que el resentimiento al ser regañada por Willard, lo que le hacía gritar: «¡Quisiera que me tragase la tierra!» Era una de las expresiones favoritas de su frustración crónica.

La depresión que siguió al nacimiento de Sybil intensificó la volubilidad y la ansiedad que siempre habían sido características de Hattie Dorsett. A medida que pasaba el tiempo, a Hattie le fue importando cada vez menos el complacer a Willard. «No me importa. Este es un país libre», mascullaba cuando él se quejaba de alguna omisión en su anteriormente minucioso cuidado de él. Ya no tenía la paciencia necesaria para sentarse a acompañarlo al piano. En realidad, ya no podía permanecer sentada, bajo ninguna circunstancia, durante más de cinco minutos, sin levantarse para arreglar una cortina o limpiar un poco el polvo de los muebles. Incluso actuaba así en las casas de otras personas. A pesar de que sabía coser muy bien, su mano ya no tenía el pulso suficiente como para enhebrar una aguja. Willard cosió toda la ropa infantil de Sybil. Inquieta, frenética, Hattie jugaba con las palabras como lo hacía con las cortinas y el polvo. Canturreaba cancioncillas y adquirió el hábito de repetir el final de las frases de sus interlocutores. Si alguien decía «Tengo un dolor de cabeza terrible», Hattie repetía «terrible».

Cuando tenía ocho años, Sybil había adquirido la costumbre de sentarse en los escalones de la parte de atrás, o en un baúl del ático, o sobre una caja en el vestíbulo y, apoyando la cabeza en las rodillas, se preguntaba por qué se sentía... e incapaz de hallar la palabra exacta, lo definía como esa «falta de algo». Pero, ¿cómo podía faltarle algo cuando vivía en una de las mejores casas de Willow Corners y tenía mejor ropa y más juguetes que todos los demás niños del pueblo? Disfrutaba particularmente con sus muñecas, y sus lápices de colores y pinturas, y su pequeña plancha y su tabla de planchar.

Cuanto más intentaba definir esa falta, más huidiza se hacía. Lo único que sabía era que alguna omisión indefinible le hacía sentirse, como diría su madre, «triste, cabizbaja y meditabunda». Y lo que más le preocupaba a Sybil era el sentir que no tenía razón alguna para ser infeliz y que, siéndolo, de alguna manera estaba traicionando a sus padres. Para enjugar sus sentimientos de culpabilidad, rezaba

para ser perdonada de tres culpas: por no estar más agradecida por todo lo que tenía; por no ser feliz, como su madre creía que debía ser; y por aquello que su madre definía como «no ser como los otros niños».

Desconsolada, torturada, Sybil se apresuraba a menudo a ir desde los escalones de atrás, el ático, o el vestíbulo hasta el primer piso de la casa, donde vivía la abuela Dorsett.

En la vida de Sybil era importantísimo el alojamiento de su abuela. Después de todo, había sido la abuela y no su madre la que había cuidado de ella cuando era un bebé. Además, mientras que su madre era voluble y ambivalente, su abuela era equilibrada y constante. Y en el santuario del alojamiento de la abuela tuvo muchas vivencias... y el recuerdo de esas pequeñas experiencias surgió con dimensiones desorbitadas en la retrospectiva de la sala de consultas de la doctbra Wilbur.

La abuela subía a Sybil a su regazo. Sentada allí, la niña dibujaba en el papel que su abuela siempre le tenía preparado. Orgullosa de lo que Sybil dibujaba, su abuela colgaba estos dibujos en la pared, junto a las pinturas al óleo que ella misma había realizado, muchos años antes. La abuela, que tenía muchos tarros de ciruelas, melocotones e higos secos, llevaba a Sybil al armario de la cocina y le dejaba escoger lo que más le gustase. La abuela le dejaba abrir los cajones y husmear todo lo que quería. Un día, Sybil encontró una foto de ella de bebé, en uno de los cajones. Cuando vio la foto, guardada tan cuidadosamente, se dio de nuevo cuenta de que la abuela la *quería* realmente. Y aún tenía mayores pruebas cuando la abuela salía en defensa de Sybil en las ocasiones en que Hattie acusaba a la niña de ser mala. «Vamos, Hattie», decía la abuela, «sólo es una niña». Y también recordaba Sybil las ocasiones en que se había sentido enferma. Cuando en tales trances llegaba finalmente la abuela a quedarse con ella, Sybil, que no había podido tomar alimento alguno, era repentinamente capaz de comer. Además, cuando la abuela se reía, era bonito: no dolía.

Empero, las visitas al piso alto en que vivía la abuela nunca eran largas. Su madre sólo le permitía estar un tiempo determinado y, a medida que transcurría la visita, Sybil podía notar que se le estaba acabando el tiempo. Tenía tanta necesidad y tan pocas oportunidades de saciarla que, cuando su madre subía las escaleras para llamarla, Sybil podía notar, literalmente, cómo se le escapaba el tiempo de las manos. Con todo, cuando el abuelo llegaba a casa, era la misma Sybil la que daba por terminada la visita. No le agradaba su abuelo, un hombre robusto y fuerte, al que le encantaba jugar con rudeza. El sonido de su pata de palo en las escaleras, que anunciaba su llegada, le hacía decirle a su abuela «Tengo que irme ya». Como réplica, la abuela sonreía comprensivamente.

Cuando Sybil tuvo cuatro años de edad, su abuela sufrió una embolia y, a veces, no sabía lo que se hacía. Vagaba por Willow Corners sin saber qué camino tenía que tomar. Sybil se preocupaba de ir a buscarla y llevarla a casa, protegiendo a la abuela hasta que se recuperaba pues, durante mucho tiempo, la abuela la había protegido a ella.

Durante cinco años, después de su recuperación, la abuela Dorsett continuó protegiendo a Sybil. Pero, cuando Sybil tenía nueve años, a la abuela la afligió una nueva enfermedad: cáncer en la nuca, lo que preocupó a Sybil y la atemotizó.

Ayer fue nunca

Había un ataúd en la gran casa de Willow Corners, y se lo iban a llevar. Era casi la una, y a través de la ventana de la blanca cocina con su linóleo moteado Sybil podía ver a los hombres de la funeraria que metían las sillas plegables para el servicio

religioso.

- Vete a tu habitación -le dijo su madre-. Mamá irá a buscarte cuando estemos dispuestos y puedas bajar al funeral.

Entonces, su madre le dio un caramelo con palo para que fuera lamiéndolo mientras esperaba. Se echó en la cama, jugueteando con el caramelo. Podía oír voces allá abajo, voces distantes que, dado que la habían apartado, no tenían nada que ver con ella. Luego, durante un rato no oyó nada.

De pronto, su padre se halló junto a ella.

- Ven -le dijo-. Ya ha terminado la ceremonia. Puedes venir con nosotros al cementerio.

Se habían olvidado de ella. Le habían prometido que podría bajar al funeral, pero no habían cumplido su promesa. Tenía nueve años de edad. La ceremonia había tenido lugar en su propia casa. Pero la habían dejado arriba, con un estúpido caramelo, como si fuera un bebé. No podía perdonar a sus padres, y jamás lo haría.

Se puso su chaqueta y su pañuelo. Bajó las escaleras, pasando junto a toda aquella gente, silenciosa e inmóvil, hasta salir a la calle.

- Tú has de ir en ese coche, Sybil -dijo el oficiante.

Dentro del coche estaban su tío Roger y su esposa, otra Hattie que no le gustaba. Su tío y su padre se parecían tanto, que el oficiante la había colocado con el «padre» equivocado. Estaba alterada.

También le molestaba el que se tratase de *su* abuela, y que sin embargo fuera la única persona a la que su padre y su madre, tan preocupados por toda aquella otra gente, olvidasen, o dejasen de lado. Las lágrimas, frías como el hielo, se quedaron en su interior. Jamás lloraba.

El coche se había detenido. Estaban caminando hacia el rincón de los Dorsett por uno de los senderos de un cementerio que había en el pueblo natal de su abuelo. Él había sido el primer hombre blanco que naciese en aquel condado.

Caminando por allí, Sybil pensó en la muerte. Según le habían dicho en la iglesia, la muerte era un inicio. Ella no lo veía así. Su abuela le había dicho que, algún día, Jesús vendría a rescatar de las tumbas a aquellos que lo amaban. Entonces, le había dicho la abuela, ella y Sybil estarían juntas por siempre en una tierra renovada.

El tío Roger y la tía Hattie llevaron a Sybil a donde se encontraba la familia: mamá y papá, tía Clara y su esposo, Anita y Ella (dos años de edad) y, naturalmente, el abuelo. Juntos, permanecieron a unos tres metros de la tumba de su abuela, en silencio bajo el encapotado cielo de Wisconsin. Era un día frío y ventoso de Abril.

El gris ataúd de metal, con coronas de flores encima, había sido colocado cerca de la fosa. El oficiante estaba junto a él.

- Y vi un nuevo cielo -comenzó a decir-, y una nueva tierra... Y yo, Juan, vi la ciudad sagrada, la nueva Jerusalén, bajando desde Dios y del cielo, dispuesta como una esposa se adorna para su esposo... y no habrá más muerte, ni pena, ni llanto, ni tampoco habrá más dolor... Y el que se hallaba sentado sobre el tronco, dijo: Mirad, hago que todas las cosas sean nuevas.

Sybil no veía ni el ataúd de metal, ni las flores, ni la gente; lo que veía era a Mary, su abuela canadiense, casada con un nativo de Willow Corners y viviendo en su ciudad. Extraña para la gente de aquella congregación, Mary se había visto obligada a hacer lo que le ordenaban. Le encantaba leer, pero su marido se lo había prohibido con el precepto:

- Todo es falso, excepto la verdad -y, según pensaba, sólo las escrituras religiosas eran verdaderas.

Sybil podía ver a su abuela con sus faldas largas, sus botines, su cabello blanco, sus pequeños ojos azules, su cálida y dulce sonrisa.

Lo que Sybil oía no eran las palabras del oficiante, sino la suave voz de su abuela diciendo: «No te preocupes, Hattie», cuando su madre había dicho: «Sybil, no tienes que saltar sobre la cama de tu abuela.»

La cama de su abuela era alta y blanda. Sybil saltaba sobre ella todo lo que le apetecía. Su abuela la alzaba en alto, la acunaba y le decía: «Sybil, Sybil, Sybil.» Cuando estaba con su abuela, no le gritaba nadie. Su casa, que estaba en el piso de abajo, le parecía hallarse a kilómetros y kilómetros... un recuerdo que debía olvidar.

Sybil le enseñaba a su abuela sus dibujos, y la abuela le decía: «Maravillosos», y los colgaba de la pared. Su abuela tenía un gran baúl junto a la ventana, y en él tenía montones de revistas y periódicos, con las páginas infantiles, que había estado guardando para Sybil. Y dejaba que Sybil dibujase, y Sybil coloreaba los dibujos, limpiamente. A su abuela le gustaba lo que Sybil hacía.

Su abuela dejaba que Sybil preparase la mesa y no decía que lo hacía todo mal. Si Sybil hacía algo mal, su abuela no se irritaba con ella. Sybil podía decirle muchas cosas, suplicando: «No se lo dirás a mamá, ¿verdad?» Y su abuela le contestaba: «Nunca le digo a Hattie nada de lo que tú me dices.» Y no lo hacía.

Había flores en los bosques por los que Sybil había caminado con su abuela, dirigiéndose al río, pero ahora el oficiante estaba diciendo:

- Pues ha querido el Dios todopoderoso permitir que nuestra hermana, Mary Dorsett, cayese dormida, por lo que tiernamente entregamos su cuerpo a la tierra...

Dormida. Su abuela estaba dormida. No volverían a caminar de nuevo hasta el río. Sólo habría allí las flores... las flores solas, sin su abuela, y también sin Sybil.

- ... la tierra a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo, en la esperanza de su alegre resurrección por mediación de Jesucristo, Nuestro Señor.

El viento aullaba sobre el padre de Sybil y su tío Roger que permanecían en dolorido silencio, sobre la tía Clara que se retorció las manos y gemía histéricamente, sobre aquellos niños mayores que se habían quedado sin madre. Aullaba sobre el suave gemido de su abuelo. Únicamente Sybil, con la gargarita constreñida, y sintiendo un peso en el corazón, mientras que los dedos se le quedaban dormidos y notaba un cosquilleo en ellos, permanecía con los ojos secos.

El viento era frío. Su sensación era azul gélido con puntos marrones. Cualquier cosa que sea fría no es amor. El amor es cálido. El amor es la abuela. El amor está siendo entregado a la tierra.

El destello del ataúd metálico bajo un rayo de sol se sobrepuso momentáneamente al gris del día. El ataúd estaba en las manos de los hombres que habían venido a hacer una cosa terrible. Habían alzado el ataúd y estaban comenzando a bajarlo.

Centímetro a centímetro, instante a instante, estaban hundiendo a su abuela en las profundidades, metiéndola cada vez más en la tierra. Estaban enterrando el amor. Todo el mundo estaba ya llorando, pero los ojos de Sybil seguían secos, secos como el mundo árido que se abría ante ella, un mundo en el que nadie decía: «Sybil, Sybil, Sybil», un mundo sin nadie que escuchara cuando intentase hablar, un mundo sin amor.

Impelida por poderosos sentimientos, obligada a moverse, Sybil se halló avanzando hacia adelante. Al principio sólo fueron uno o dos pasos lentos, pero luego siguieron más pasos, cada vez más rápidos, hacia las coronas de flores que se hallaban sobre el hundido ataúd. Se hallaba ya junto a la fosa, con su cuerpo dispuesto a saltar al interior de la misma, para unirse por siempre a su abuela.

Entonces, notó aquella mano agarrando su brazo con un movimiento rápido y violento. La mano que la refrenaba tiraba de ella, arrastrándola lejos de la fosa, lejos de su abuela.

El viento aullaba. El cielo se iba haciendo más oscuro. No había nada.

Aquella mano con su fuerza irresistible seguía tirando de ella. Su presión estaba profundamente clavada en su carne. Sentía un intenso dolor en el brazo a causa del movimiento brusco y las sacudidas.

Sybil se volvió para ver quién la había arrastrado tan irrefrenablemente, apartándola de su abuela. ¿Había sido su tío Roger, o su padre? No estaban allí.

No había tumba. No había coronas de flores. Ni viento. Ni cielo. Ni papá, ni mamá. Tío Roger y tía Hattie, tía Clara y el viejo rico con el que se había casado, el oficiante y toda aquella otra gente no estaban allí.

En lugar de la tumba había un escritorio. Las coronas de flores eran pizarras. En lugar de cielo había un techo. En lugar de un oficiante había una maestra.

La maestra, que hablaba con rapidez y cortas frases nerviosas, era alta y delgada. No era la maestra de Sybil. La señorita Thurston, su maestra, hablaba lenta y deliberadamente y era regordeta y de mediana estatura. La maestra del tercer curso era la señorita Thurston. Aquélla debería haber sido la señorita Thurston, pero era la señorita Henderson. Sybil sabía que la señorita Henderson era la maestra del quinto curso.

¿Qué había pasado? -se preguntó Sybil. No era ningún sueño. El aula, un aula normal de la escuela a la que había asistido desde el jardín de infancia, parecía normal. Sólo que no era su aula. Las ventanas de la sala daban al Este, y no al Oeste, como las del aula de tercer grado. Conocía todas las aulas de la escuela y aquélla, como bien sabía, era el aula de quinto curso.

De alguna manera, se había metido en el aula de quinto. Había hecho algo malo, una cosa terrible. Tenía que salir, tenía que volver al tercer curso al que pertenecía, donde probablemente la señorita Thurston ya le hubiera puesto falta. Tenía que presentarle sus excusas a la señorita Henderson por estar allí y explicarle a la señorita Thurston por qué no estaba en su clase. Pero, ¿cuál era la explicación?

Entonces, comenzó a fijarse en los otros chicos. Al otro lado del pasillo estaba Betsy Bush, Henry von Hoffman frente a ella, y también estaban Stanley, Stuart, Jim y Carolyn Schultz y todos los demás. Bueno, pensó, todo el tercer curso está aquí.

Había estado con la mayor parte de aquellos chicos desde el jardín de infancia, y los conocía bien. Eran los mismos, y sin embargo, eran distintos a la última vez que los había visto. Vestían de modo diferente a como cuando estaban en el tercer grado. Parecían mayores de lo que eran antes de que acudiese al funeral de su abuela. ¿Cómo podía ser eso? ¿Cómo podían haber crecido aquellos chicos en un momento?

Betsy Bush, tranquila y confiada como siempre, estaba agitando la mano como era su costumbre, para contestar a la pregunta de la maestra. Actuaba como si su puesto estuviera allí. Y también todos los demás. Ninguno de ellos parecía creer que hubiese nada malo en encontrarse allí. ¿Por qué estaría Betsy contestando preguntas a la señorita Henderson, que no era su maestra?

Los ojos de Sybil se volvieron a continuación a la página de la libreta abierta sobre su pupitre. Pensó en concentrarse en la página y olvidar todas aquellas tonterías. Pero no podía hacerlo, pues la página no tenía sentido para ella y, en su presente estado mental, la libreta sólo le produjo más terror. Había muchas notas, pero ella no las había tomado. Había deberes hechos, pero no por ella, aunque se dio cuenta de que aquellos trabajos habían sido calificados todos con sobresaliente. Por mucho que trató de obligarse a minimizar el significado de todo aquello, se sintió cada vez más aterrorizada.

Trató con fuerza de cerrar los ojos para no ver a aquella maestra que no era la suya, aquella clase con las ventanas en el lado incorrecto, aquellos chicos crecidos anormalmente y vestidos con extrañas ropas que jamás antes habían usado. No le

servió de nada.

Sybil comenzó a sentir una extraña compulsión por examinarse a sí misma. ¿Eran sus ropas «diferentes»? ¿Era también ella mayor? Sus ojos descendieron hacia sus ropas. Llevaba un vestido de vuelo amarillo, con bordados verdes y púrpura que le resultaba tan poco familiar como los de los otros chicos. Nunca lo había tenido. No recordaba que su madre se lo hubiera comprado, no lo había usado antes, y no se lo había puesto aquella mañana. Estaba usando un vestido que no le pertenecía en una clase a la que no pertenecía.

Nadie parecía pensar que estuviera sucediendo nada anormal. Los chicos de tercer curso no dejaban de responder preguntas acerca de cosas que jamás había estudiado con ellos. No comprendía nada.

Miró al reloj situado sobre la cabeza de la maestra. Faltaban dos minutos para las doce. Pronto sería salvada por la campana. Esperando, fue avasallada por el pánico. Entonces, sonó la campana y oyó la aguda y nerviosa voz de la profesora que decía:

- Se terminó la clase.

Sybil decidió quedarse sentada. Tenía miedo de moverse, miedo de enfrentarse con la vuelta a casa. Sin embargo, los chicos se abalanzaron como locos hacia el vestuario, gritando y riendo. Los chicos, abriéndose paso a codazos, adelantaron a las chicas.

Sybil los vio irse, y entrar rápidamente en el vestuario. Estaba segura de que debían de haber tomado sus chaquetas a ciegas, sin intentar mantener el orden. La forma en que actuaban los chicos era asombrosa y aterradora.

Tensa ya antes, aún se puso más en tensión mientras los contemplaba: La señorita Thurston sabía cómo mantener el orden, y esta loca estampida nunca hubiera tenido lugar en su clase. Sin embargo, Sybil siempre había oído decir que la señorita Henderson no sabía cómo manejar una clase. Por la forma en que actuaban los chicos, le pareció, repentinamente, que *quizá* fuese la clase de la señorita Henderson, después de todo.

Las cosas pasaban tan atropelladamente por su cabeza que le resultaba imposible hallar ningún sentido a todo aquello y hacer lo más sensato: irse a casa. Cuando alzó la vista, la sala estaba desierta. Segura de que los otros chicos se habían ido ya, se alzó con lentitud de su asiento y fue, aún más despacio, al vestuario.

Dentro de éste se dio cuenta de que no estaba sola. Allí estaba la señorita Henderson poniéndose su chaqueta. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Excepto que estaba en el lado opuesto del edificio, este vestuario era exactamente igual al que había en el tercer curso. Todas las aulas y sus vestuarios eran idénticos. No había nada que no le resultara familiar en aquél.

Sólo quedaba una chaqueta colgando, de grandes cuadros. Jamás antes la había visto, pero fue hasta ella y la examinó. Buscó alguna etiqueta para ver si hallaba el nombre de la persona a quien pertenecía. La señorita Thurston hacía siempre que los niños pusieran sus nombres en dos trozos de tela: uno para la chaqueta y otro que era pegado en el colgador. No había ningún nombre ni en el colgador ni en la chaqueta. La señorita Henderson estaba a punto de irse.

- Sybil -preguntó-. ¿Por qué no te pones tu chaqueta? ¿Qué pasa? ¿No vas a ir a casa a comer?

En lugar de contestar, Sybil se quedó mirando la chaqueta desconocida, reflexionando que no era sorprendente que la señorita Henderson supiera su nombre. En el pequeño pueblo que era Willow Corners, todo el mundo se conocía. La señorita Henderson repitió:

- ¿No vas a ir a casa a comer?

Entonces, con la mirada de la señorita Henderson clavada en ella, Sybil se puso,

finalmente, la chaqueta. Le sentaba perfectamente. La señorita Henderson se fue, pero Sybil se retrasó hasta estar segura de que la profesora estaría tan por delante que no la iba a encontrar en las escaleras.

Caminó poco a poco, saliendo del viejo edificio escolar de ladrillos rojos. En la esquina del otro lado de la calle estaba la gran casa con las persianas negras, su hogar. Antes de cruzar la calle miró para ver si venía alguien. Segura de que nadie la veía, cruzó.

Top, que la esperaba en los escalones delanteros, ladró su bienvenida. Le dio un rápido abrazo al cuello antes de apresurarse a entrar en la casa. Quería estar dentro, entre cosas familiares, ansiosa por ver si la confusión de aquella mañana en la escuela desaparecía en casa.

Empero, en el pequeño vestíbulo de la entrada quedó aplastada su ansia de normalidad. Cuando colgó la chaqueta en el armario, vio que no había allí ninguna de las ropas que recordaba. Colores rojos, verdes y amarillos, desconocidos, saltaron hacia ella. Apartándose abruptamente del armario, comenzó a ir hacia el dormitorio en donde habían vivido su abuelo y su abuela durante la última enfermedad de ésta. La puerta extra que daba a la habitación estaba cubierta con yeso; era extraño que pudieran haberlo hecho con tal rapidez. En la sala de estar halló algunos de los muebles de la abuela incorporados a los que ya había en la casa. ¡Con qué premura habían redistribuido las cosas! Y, ¿qué era lo que había allí? ¡Una *radio*! Habían dudado sobre si comprar una radio porque su abuelo decía que era obra del diablo.

Su madre la llamó desde la cocina:

- ¿Eres tú, Peggy? Llegas tarde.

¿De nuevo aquel nombre? Su madre, a la que no le gustaba el nombre Sybil, se había inventado el de Peggy Lousiana para ella. Cuando se portaba bien o era divertida, en la forma en que le gustaba a su madre, ésta la llamaba Peggy Louisiana, Peggy Lou, Peggy Ann o simplemente Peggy. Evidente, hoy su madre la apreciaba.

La cocina, comprobó Sybil con alarma, era de un color verde pálido. Había sido blanca la última vez que la había visto.

- Me gustaba la cocina blanca -dijo Sybil.

Su madre replicó:

- Ya discutimos eso el año pasado.

¿El año pasado?, se preguntó Sybil.

Su padre estaba en el solarío, leyendo una revista de arquitectura mientras esperaba la comida. Sybil entró para hablar con él. Su sala de juegos estaba en el solarío, y guardaba sus muñecas en el alféizar de la ventana. Las muñecas estaban allí, como siempre, pero había más. ¿De dónde había salido aquella muñeca grande, hermosa, con cabello dorado, rostro brillante y blancos dientes? No era de ella.

Su padre alzó la vista del periódico.

- Sybil -dijo cuando la vio-, ¿no llegas tarde?

- Papá -balbuceó-, ¿qué muñeca es ésa, la grande?

- ¿Estás jugando a algo? -preguntó él-. Esa es Nancy Jean. La ganaste en un concurso. Estabas muy excitada con ella.

Sybil no dijo nada.

En la mesa del comedor había cuatro cubiertos en lugar de tres. ¿Qué hacía allí el otro? No parecía haber ninguna visita. Sin embargo, esta vez no iba a hacer preguntas. Se había quedado muy azorada con lo de aquella muñeca, Nancy Jean.

Se oyó el ruido de una pata de madera. El familiar ruido que siempre acababa con sus visitas a la abuela. El ruido que siempre la había asustado. Era su abuelo, con su metro ochenta de altura, su barba de chivo y su cabeza calva. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué se sentaba a su mesa? Las habitaciones de sus abuelos, ya estuvieran

viviendo arriba o no, siempre habían estado separadas de las de ellos. Cada familia comía por su cuenta, y no entraba en la esfera de actuación de la otra. Aquélla era la norma de la abuela. Pero la abuela estaba muerta. Acababa de morir, y ya habían roto la norma.

Su padre bendijo la mesa. Su madre pasó la comida. La bandeja de las patatas fritas dio dos vueltas a la mesa. Quedaban algunas. Su padre tomó la bandeja y le dijo al abuelo:

- Papá, aquí hay más patatas.

Su madre indicó:

- Ya nos hemos servido todos *dos* veces.

- Te oiré -dijo su padre con expresión dolorida.

- Te oiré -repitió burlonamente su madre-. No te oiré. Está sordo, sordo, y tú lo sabes.

De hecho, el abuelo no había oído. Continuó hablando, horriblemente alto, de las mismas cosas acerca de Armageddon, una de las últimas batallas que iba a tener lugar en la Tierra antes del fin de los tiempos. Estaba hablando de Alfa y Omega, el principio y el fin. Habló de las siete plagas finales, la guerra que se acercaba contra China, y de cómo los Estados Unidos se aliarían con Rusia contra China. Hablaba de cómo los católicos se harían con el poder y de que algún día terrible habría un presidente católico.

- *Jamás* habrá un presidente católico -dijo Hattie.

- Grábate mis palabras -dijo el abuelo de Sybil-. Eso sucederá. Esos católicos dominarán el mundo si no tenemos cuidado. ¡Esos católicos nos causarán problemas sin cuento hasta que llegue el fin del mundo! Su madre cambió de tema.

- Willard -dijo-. Hoy he tenido una carta de Anita.

- ¿Qué dice? -preguntó su padre. Luego, volviéndose hacia Sybil, comentó-: Jamás olvidaré lo maravillosa que fuiste quitándonos a la pequeña Ella de encima aquellas semanas que se quedaron aquí, después del funeral de la abuela.

¿*Semanas* después del funeral? ¿Cuidarse de Ella? ¿De qué estaba hablando? No había hecho nada, absolutamente nada con Ella. Y no sabía nada de las semanas de después del funeral. Estaba comenzando a sentirse confusa. ¿Cuándo había tenido lugar el funeral? ¿Acaso no acababa de realizarse?

Entonces, Sybil miró directamente a su madre e hizo lo que le pareció era un movimiento arriesgado:

- Madre -preguntó-. ¿En qué curso estoy?

- ¿En qué curso estoy? -le hizo eco su madre-. Esa es una pregunta tonta.

No se lo dijeron, no comprendieron la urgencia que tenía por saberlo. No pareció importarles. ¿Qué podía decirles, si no les importaba? Incluso aunque lo intentase, no sabría qué decir.

Su madre se volvió hacia ella y le dijo:

- ¿Qué te pasa? Estás demasiado callada. Hoy pareces diferente.

Su abuelo, viendo lo solemne que parecía su nieta cuando la madre le estaba diciendo esto, proclamó:

- Los cristianos deben sonreír siempre. El no sonreír es pecado.

Su padre se alzó para irse.

- Le dije a la señora Kramer que estaría de vuelta en la tienda a la una y treinta.

El padre de Sybil había trabajado en una tienda de ferretería desde que habían regresado de la granja a la que habían ido a vivir por un breve período, como medida de economía, cuando habían perdido su dinero en la Depresión. Sybil y su madre habían vuelto primero para que pudiera comenzar a ir al jardín de infancia. Luego su padre fue a trabajar a la tienda de ferretería de la señora Kramer. Estaban de nuevo

en su vieja casa, en la que sus abuelos tenían su propia vivienda, en el piso de arriba. Ahora, según parecía, el abuelo vivía con ellos.

El abuelo se alzó para ir a su habitación.

- Anímate, Sybil -dijo-. Si sonríes y te muestras alegre, la vida no será aburrida.

Tropezó contra la esquina de la mesa del comedor.

- Es tan torpe -dijo su padre-. Tropezas con todo. Ha tropezado tantas veces con la repisa que hay junto a la puerta, que el yeso está descascarillado.

Sybil permaneció sentada, sin decir nada.

- No sé qué te pasa hoy -le dijo su madre-. No pareces tú misma... No lo pareces.

Sybil caminó hacia el armario. Buscando aún la chaqueta de algodón rojo que no había encontrado en el vestidor de la escuela, se quedó sin saber qué hacer.

Su madre la siguió hasta el armario.

- Por cierto -dijo-, me gustaría que pasases a ver a la señora Schwarzbard después de la escuela. Tiene un paquete para mí.

- ¿Quién es la señora Schwarzbard? -preguntó Sybil.

- Sabes perfectamente bien quién es -le contestó su madre.

Sybil, que jamás había oído aquel nombre, temió insistir demasiado. Así que se quedó mirando al aterrador armario con todas aquellas prendas desconocidas, símbolos visibles de los acontecimientos extraños que la rodeaban en aquel día enigmático.

- ¿Qué esperas? -le preguntó su madre-. La señorita Henderson se pondrá furiosa contigo si llegas tarde.

¿La señorita Henderson? Su madre sabía que estaba en la clase de la señorita Henderson.

- Ponte la chaqueta que llevabas esta mañana -le ordenó su madre.

Sybil hizo lo que se le decía. A su madre no le pareció que hubiera nada extraño en esto.

Mientras Sybil salía de casa, vio a Carolyn Schultz y Henry von Hoffman, que estaban en la acera de la escuela. Esperó hasta que hubieron entrado en ella. Cuando ella entró a su vez en el edificio, se encontró indecisa entre ir a la clase de tercer grado o ir a la de quinto. Su madre sabía que la señorita Henderson era su maestra, pero Sybil seguía pensando que estaba en tercer curso. Así que probó primero en esta aula.

La señorita Thurston estaba en su escritorio, clasificando exámenes.

- Cuánto me alegra que hayas venido a visitarme -dijo cuando vio a Sybil-. Me encanta que las chicas vuelvan a verme.

¿Vuelvan? Sybil se dirigió al aula de quinto. Entrando precavidamente en la habitación, se aseguró de que regresaba al pupitre en el que se había hallado por la mañana.

La primera clase fue de aritmética. Estaban resolviendo fracciones, pero Sybil no sabía multiplicar más que hasta la tabla del tres y el cuatro. La última cosa que recordaba era haber aprendido estas tablas, en primavera, en el tercer grado.

Luego, pasaron a los decimales y Sybil tampoco pudo entenderlos. La señorita Henderson dijo algo de multiplicación. Sybil no sabía multiplicar. La profesora borró la pizarra, escribió nuevos problemas de multiplicación, distribuyó papel y explicó la prueba que iba a hacer al día siguiente. Sybil miró el papel en blanco y la pizarra, y de nuevo el papel. La señorita Henderson la contempló; luego caminó hasta el pupitre de Sybil y miró por encima de su hombro.

- No has escrito absolutamente nada -dijo irritada-. Ahora, resuélvelas.

Sybil no hizo nada y la profesora, aún más irritada que antes, señaló a la pizarra y le preguntó:

- ¿Qué es esto y esto?

Sybil se limitó a agitar la cabeza.

- Ahora, Sybil -dijo la profesora-. ¿Qué es esto?

Los otros chicos se echaron a reír. Carolyn Schultz dio un resoplido desdeñoso.

- Sybil -insistió la maestra-, dime cuál es la respuesta.

- No lo sé. No lo sé -el tono de Sybil era apagado.

La señorita Henderson se volvió hacia ella.

- ¡Pero si siempre has sido una estudiante con sobresaliente! No sé qué es lo que te pasa -la maestra estaba, furiosa-. Muchachita, será mejor que vuelvas a tus cabales. ¿O es que estás gastándome una broma?

No hubo respuesta a la pregunta retórica de la asombrada maestra. Luego, totalmente perpleja, la maestra, volviendo a la pizarra, espetó por encima del hombro:

- Ayer lo sabías.

¿Ayer? Sybil siguió en silencio. Para ella, estaba ya comenzando a saberlo, el ayer era nunca. Habían ocurrido cosas que se suponía que había hecho o aprendido y de las que no tenía conocimiento alguno.

No era una experiencia totalmente nueva. También en otras ocasiones el tiempo parecía haber sido borrado para ella de la misma forma que la señorita Henderson había borrado los números de la pizarra. Pero esta vez parecía más largo. Habían pasado más cosas. Más cosas que Sybil no comprendía.

Nunca había mencionado a nadie aquella extraña sensación. Era un secreto que no se atrevía a contar a nadie.

Pero, ¿cuánto tiempo había pasado? Esto era algo que seguía sin saber. Estaba en el quinto curso y no recordaba haber pasado por el cuarto. Nunca antes había pasado tanto tiempo. Le estaban sucediendo cosas de las que no sabía nada y sobre las que no tenía control.

- ¿Te pasa algo? -preguntó la señorita Henderson, que había regresado a su escritorio.

- No, no -replicó Sybil, con una valiente prueba de convicción-. Pero no puedo hacer el trabajo.

- Lo hiciste ayer -recordó gélidamente la señorita Henderson.

No había ayer. Sybil no recordaba nada de lo sucedido después de estar en el cementerio.

Lo que no podía comprender era que los otros no supiesen que ocurría esto. La señorita Henderson seguía hablando de ayer como si entonces ella se hubiese encontrado en aquel pupitre. Pero no había estado allí. El ayer estaba en blanco.

En la hora del recreo los chicos salieron corriendo al campo de juego. Tanto chicos como chicas tenían equipos de béisbol y balonvolea. Eligieron equipos, pero Sybil se quedó sola, sin equipo. El quedarse fuera era una nueva y terrible experiencia. En el pasado los chicos no la dejaban fuera de nada, y no podía comprender por qué lo hacían ahora.

Cuando hubo terminado la escuela, Sybil esperó hasta que el último chico estuvo fuera de alcance, y entonces comenzó a dirigirse a casa. No iba a ir a ver a esa señora Schwartzbard, fuera quien fuese, para recoger el paquete de su madre. Ésta se pondría furiosa. Pero no había nada que pudiera hacer excepto aceptar la furia, como siempre había hecho.

En el vestíbulo principal de la escuela, entre su frío y austero mármol, Danny Martin llamó a Sybil. Danny, que era un año mayor que Sybil, era muy amigo suyo. Habían mantenido muchas largas conversaciones en los escalones delanteros de la casa

blanca con las persianas negras. Podía sincerarse con Danny más que con nadie. Había estado en el funeral de la abuela. Quizá pudiera hablarle acerca de las cosas que habían sucedido desde entonces. Pero, si lo hacía de buenas a primeras, la consideraría una estúpida. Tendría que hallar medios sutiles con los que ir logrando hacer sus propios descubrimientos.

Danny atravesó la calle con ella. Se sentaron en los escalones delanteros de la casa de ella, y hablaron. Una de las cosas que él dijo fue:

- La señora Engle murió esta semana. Fui con Elaine a llevar las flores del funeral a los inválidos y confinados, tal como lo hice contigo el día en que murió tu abuela.

Cuando Danny dijo esto, Sybil recordó, como si fuera en un sueño, que una niña a la que llamaban Sybil, pero que no era Sybil, fue con Danny Martin a repartir las flores del funeral de su abuela entre los enfermos y los pobres del pueblo. Recordó haber contemplado a aquella niña, como en un sueño. Era como si se hubiera hallado al lado de esta otra Sybil, caminando junto a ella. Y no podía estar segura de si era un sueño o no. Pero aunque ahora sabía que había pasado tiempo, tiempo no registrado, desde el funeral, éste fue el único recuerdo que le volvió. Por lo demás, sólo había un vacío, un grande y cavernoso vacío entre el momento en que una mano la había asido en el cementerio y el instante en que se había hallado en la clase de quinto curso.

¿Había soñado acerca de aquella niña y aquellas flores? ¿O había sucedido realmente tal cosa? Si era un sueño, ¿cómo podía conocerlo Danny? No sabía. Pero tampoco sabía otras muchas cosas que habían sucedido durante aquel tiempo frío, azul, inalcanzable. Olvidar era vergonzoso, y se sentía avergonzada.

Ladrones del tiempo

La vaga memoria de la niña que había distribuido las flores del funeral le dio a Sybil la incentivo para preguntar a Danny acerca de *todas* las cosas que eran diferentes. Había casas nuevas. Algunas tiendas habían cambiado de propietario. El pueblo no era el mismo. Sybil sabía que podía preguntarle a Danny acerca de todo.

- ¿Cómo es que los Green están viviendo en la casa de los Miners? -preguntó Sybil.

- Se mudaron el pasado verano -le contestó Danny.

- ¿Quién es ese bebé que lleva en el cochecito Susie Ann? -quiso saber Sybil.

- Es su hermana pequeña explicó Danny-. Nació la primavera pasada.

- ¿Quién es la señora Schwartzbard?

- Una modista que llegó al pueblo hace un año.

Danny nunca preguntaba: «¿Cómo es que no lo sabes?»

Sybil se sentía más libre con Danny Martin de lo que se había sentido con cualquier otro ser humano, exceptuando a su abuela. La libertad con Danny era aún más notable dado que se produjo durante la primavera, verano y otoño de 1934, el mismo período en que, burlada por el tiempo, Sybil se encerró a sí misma en una soledad impenetrable, y fortificó su habitual reserva con una armadura especial, que no podía ser vencida por el resto del mundo.

Danny se convirtió en el antídoto a la soledad y vulnerabilidad que Sybil experimentaba tras «despertar» en el quinto curso. Inexplicablemente, había perdido sus amigos y, aunque sus creencias fundamentalistas la habían colocado siempre aparte de los otros niños, era como si ahora se estuviese dando cuenta de ello por primera vez. Ahora, porque no podía hacer todas las cosas que ellos hacían, a causa de las prohibiciones de su fe, le comenzaron a aplicar el siniestro epíteto de «judía blanca».

También a causa de Danny le resultaba menos doloroso el consejo fríamente crítico de su padre: «Deberías poder hablar con la gente y enfrentarte al mundo», y la

reactivación de una vieja queja de su madre: «Nunca sé, de un día para otro, de qué humor estarás o qué clase de persona serás.»

De no ser por Danny, Sybil sabía que no podría haber soportado la humillación en la escuela, donde, a causa de sus problemas con las matemáticas, habían comenzado a bajar sus notas. Sin Danny, Sybil no podría haber soportado la incesante acusación de su madre: «Pero si antes sabías las tablas de multiplicar. Las sabías. Estás sólo haciendo ver que las has olvidado. Eres una chica mala... mala.» Y, sin Danny, le hubiera sido imposible capear la tormentosa confrontación con su madre por la pérdida de su lugar en la tabla de honor de la escuela, que regularmente era publicada en el *Corners Courier*, y vista por toda la población. «Siempre estuviste en ella», se lamentó su madre. «No sabría qué es lo que haría si tuviera un hijo tonto. Eres brillante. Sólo haces esto para hacerme daño. ¡Mala, mala!»

Aunque Sybil no explicó totalmente estas cosas a Danny, le pareció que, aun sin hacerlo, él lo comprendía de algún modo. Sybil se sentía tan unida a Danny que hubo veces en que le hubiera gustado hablar con él acerca de lo «raro» que era el tiempo, y cómo había descubierto, inexplicablemente, que tenía once años y dos meses sin haber cumplido jamás los diez... o los once. Pero, al fin, resultó demasiado doloroso hablar de esto, incluso con Danny. Además, su falta de propensión a ello crecía con el recuerdo de que, cuando algunos años antes le había expresado este pensamiento a su madre, Hattie había reído sarcásticamente e increpado: «Por Dios, ¿por qué no puedes ser como las demás chicas?» De todas maneras, Sybil sabía, aunque su madre se burlase y ella temiese incluso contárselo a Danny, que el tiempo era raro.

Con todo, ocasionalmente, Sybil podía olvidarse del extraño e inmutable tema del tiempo... cuando estaba sentada en los escalones delanteros, hablando con Danny, o cuando jugaban en el solar, donde él hacía vestidos shakespearianos para sus muñecas, transformando a Patty Ann en Portia, Norma en Rosalind, y a un muñeco sin nombre en el bufón de *La Duodécima Noche*. De la misma forma milagrosa, Danny transformaba el ir a una fiesta de algo terrorífico en un placer. Mientras que las fiestas del pasado, a las que acudía únicamente por la insistencia incesante de su madre, eran olvidadas pronto, aquellas a las que Sybil iba con Danny jamás eran olvidadas.

Cuando Sybil estaba con Danny podía dejar de pensar que, normalmente, iba sola. Y estaba sola. Por la mañana tenía buen cuidado de no salir de casa hasta después de haberse asegurado de que no se veía a ninguno de sus compañeros de clase. Después de la escuela, perdía el tiempo en su pupitre hasta que todos los otros chicos se hubieran ido. Cuando caminaba por la calle principal, haciendo algún recado al que le había enviado su madre, acostumbraba a pasar de uno a otro lado de la calle, seis o siete veces en una sola manzana, para evitar un encuentro con cualquiera de sus vecinos. Apartándose de todos los demás, acudía a Danny. Danny, sin erigir barreras contra los otros chicos, se volvió hacia Sybil de la misma manera que ella hacia él. Naturalmente, Sybil y Danny daban por sentado que, cuando fueran mayores, se casarían. Sybil creía firmemente que, cuando esto sucediese, de alguna manera el tiempo dejaría de ser raro.

Entonces, en un fresco día de Octubre, mientras Sybil y Danny estaban sentados en los escalones delanteros, Danny dijo, sin saber cómo empezar:

- Sybil, tengo algo que decirte.

- ¿Qué? -preguntó ansiosa Sybil, al notar el tono.

- Mira -continuó Danny-, mi papá... Bueno, ha comprado una gasolinera en Waco, Texas, y, bueno, vamos a irnos allí a vivir. Pero tú vendrás a visitarme, y yo volveré aquí. Nos veremos.

- Sí -dijo Sybil -, nos veremos.

Aquella tarde, cuando Sybil le dijo a Hattie Dorsett que Danny se iba para siempre de Willow Corners, su madre se alzó de hombros y dijo muy deliberadamente:

- Bueno, a papá no le gustaba que pasaras tanto tiempo con ese chico. Creía que ya erais demasiado mayores para pasar tanto rato jugando juntos.

Cuando Sybil le contó a Danny lo que le había dicho su madre, éste le contestó en voz baja:

- Si tu madre sabía que esto te iba a hacer daño, lo dijo expresamente. -A Sybil le sorprendió que Danny hiciera este comentario.

El siguiente mes, mientras la familia de Danny se preparaba para abandonar Willow Corners para siempre, les pareció como si les hubieran dado un aplazamiento, como si se les hubiera perdonado al tener que separarse. Entre Sybil y Danny no había cambiado nada, excepto que lo hacían todo juntos y más intensamente, porque sabían que se les estaba acabando el tiempo. Era la misma sensación que Sybil había experimentado durante sus truncadas visitas a su abuela.

No obstante, al fin llegó el día en que Danny vino a despedirse. Sybil, sentada con él en los escalones delanteros; que durante tanto tiempo habían sido el escenario de su intensa comunión, se mostró tranquila y compuesta.

- Vendrás a verme -le recordó Danny a Sybil.

- Vendré -dijo Sybil.

- Nos veremos -repitió Danny.

- Nos veremos -le hizo eco Sybil.

Danny se alzó para irse. Sybil se quedó quieta en los escalones. Bueno, Sybil -dijo él-. Bueno...

Avasallado por su azoramiento de adolescente e incapaz de completar la frase, se quedó en silencio e, inclinándose hacia Sybil, que seguía aún sentada, la besó rápidamente en la mejilla, se apartó, dio la vuelta y desapareció.

Sybil, que, desde su primera infancia había evitado hasta el más casual de los contactos físicos, se sintió ahora extasiada por un cosquilleo de felicidad. Al principio, ni siquiera se dio cuenta de que Danny ya no estaba a su lado. Entonces, cuando le llegó la consciencia de este hecho, cayó en el pánico buscando aterrorizada a Danny. Allá estaba: su cabello rubio, su cuerpo delgado... moviéndose, marchándose... Mientras doblaba la esquina de la calle Vine a la calle Mayor, se perdió de vista. Sybil se desplomó sobre los escalones. El rescate que significaba Danny había desaparecido. El pueblo quedaba desierto. Lo único que quedaba ahora era una soledad sin mitigación alguna.

Y seguía habiendo algo raro en el tiempo que, como un jabón invisible en agua imperceptible, escapó resbalando.

El cielo era azul, pensó Vicky cuando, alzándose de los escalones delanteros, entró en el tiempo del que Sybil acababa de partir.

Vicky caminó alrededor de la casa blanca con persianas negras pensando en lo bien que se sentía al ser capaz de gobernar el cuerpo que, por primera vez, le pertenecía totalmente a ella, Vicky.

Al fin los ojos eran sólo de Vicky para que viera tranquilamente el mundo y lo viera completo, para alzarlos hacia el cielo azul, limpio y claro.

Habiendo llegado a los escalones traseros, Vicky decidió entrar en la casa por aquella parte.

- ¿Eres tú, Peggy? -preguntó Hattie desde la ventana de la cocina.

No, pensó Vicky, no es Peggy, ni Sybil. Es una persona que usted no conoce de antes. En realidad, no soy su hija, pero estoy aquí para tomar el lugar de Sybil y, aunque usted diga que soy hija suya, descubrirá que no le tengo miedo. Sé cómo enfrentarme

con usted.

- ¿Se ha ido el chico? -preguntó Hattie mientras Vicky entraba en la cocina.

- Sí contestó Vicky.

- No tenías por qué haber estado sentada ahí fuera, con este frío. Vas a coger una neumonía. Ya sabes que no eres muy fuerte.

- Estoy acostumbrada a nuestros inviernos del Medio Oeste y, en comparación, este tiempo otoñal es una niñería -replicó Vicky.

- No te pases de lista conmigo -advirtió Hattie.

- Sólo estaba mencionando un hecho -dijo Vicky.

- Bueno -contestó Hattie, y cambió el tema-. Espero un paquete de Elderville. Ve a Correos y tráemelo.

Vicky fue.

Era extraño que estuvieran en otoño. La estación de los inicios es la primavera -pensó, mientras, escuchando el crujido de las hojas secas, caminaba bajando los escalones de atrás y a lo largo del callejón que llevaba a la calle Mayor.

Aunque fuera otoño en el exterior, era primavera en el interior: la primavera que seguía al largo y sojuzgado invierno de algo más de ocho años de residencia secreta en los recovecos del ser. Subyugada, inactiva, sin nombre, había estado desde el otoño de 1926 hasta este día de Octubre de 1934; desde cuando Sybil tenía tres años y medio hasta que tuvo once. Inactiva, sí, pero no impotente. Durante ese período, ejerciendo una diversidad de presiones internas sobre Sybil y las otras personalidades, Vicky, aún sin nombre se había convertido, silenciosamente, en un medio.

Había sido una decisión trascendente, bien lo sabía Vicky, la que había tomado mientras Danny Martin se perdía de vista y ella ascendía de los profundos recovecos del ser a la superficie de la vida. Y, sin embargo, en aquel momento no había cabido otro curso de acción posible, pues Vicky se había dado cuenta de que había pasado el tiempo de ser un medio y llegado el de la intervención activa. Se dio cuenta de que, para ser efectiva, tendría que arrancarle el dominio del cuerpo a Sybil, que, obviamente, estaba demasiado traumatizada por la separación para poder proseguir, y así, dándose a sí misma un nombre tomado a Sybil, quien, en la fantasía del mundo imaginario de la niñez había creado a una niña brillante y sin temor, con el nombre de Victoria Antoinette Scharleau, esta personalidad, anteriormente inactiva, entró en el mundo.

Era bueno, pensó Victoria mientras caminaba a lo largo de la calle Mayor, el notar el duro y cortante viento y tomar el control del cuerpo que experimentaba esta sensación. Recién llegada al dominio del cuerpo que caminaba por la calle, en cambio ésta no le resultaba desconocida. Había visto todo lo que había en aquella calle muchas veces antes.

Vicky sabía lo que había sucedido en la vida de Sybil Isabel Dorsett, hubiera estado o no presente la misma Sybil. Paradójicamente, mientras que el tiempo había sido discontinuo para Sybil, que vivía en el mundo, había sido continuo para Vicky, que sólo existía en las profundidades del ser. El tiempo, que había sido caprichoso y a menudo incógnito para Sybil, había sido constante para Vicky, que tenía memoria completa, y servía de continuidad memorística en el desmembrado mundo interior de Sybil Dorsett.

Esta solidez de memoria, combinada con el hecho de que, al emerger al mundo, Vicky incorporaba en sí una poderosa fantasía, creación de la propia Sybil, se convirtió en la fuente de la fuerza de Vicky. La Victoria de la fantasía de Sybil, como la nueva Vicky, una de sus personalidades alternas, tenía confianza en sí misma, no conocía el miedo, y era inmune a la influencia de las relaciones que habían

perturbado a Sybil.

Vicky pensó torcidamente en las personas que, viendo la delgada figura de Sybil Dorsett, esperarían un repetido cruzar la calle, huyendo de la gente. Bueno, hoy no lo verán, pensó Vicky mientras entraba en la oficina de Correos.

El paquete de Elderville estaba ya allí. Aquél era un buen comienzo, decidió Vicky. Si el paquete no hubiera estado allí, la señora Dorsett le hubiera echado las culpas a ella. Vicky creía conocer muy bien a aquella mujer, que no era su madre, pero contra la cual había estado tratando de ayudar a Sybil durante todos aquellos años.

Permaneciendo en casa sólo el tiempo suficiente para darle a la señora Dorsett el paquete, Vicky bajó de nuevo por los escalones traseros y se dirigió hacia el columpio. En ella, era natural hacer tal cosa, pues había sido ella la que había insistido a Sybil para que adoptase el columpio como la solución perfecta contra la continua queja de Hattie Dorsett acerca de que «no hacía nada». Cuando Sybil, absorta en sus pensamientos, permanecía sentada en silencio, Hattie la regañaba: «No te quedes ahí sentada. ¡Por amor de Dios, haz algo!» En el columpio había sido posible pensar y «hacer algo» al mismo tiempo.

Aquella noche, cuando hubo terminado la cena, Hattie sugirió a Vicky que fueran a dar un paseo. Caminaron en silencio, con la mano controladora de Hattie manteniendo asida a la hija putativa. Pasando junto a la casa de los Stickney, que era dos veces más grande que la de los Dorsett, Hattie resopló: «El viejo Stickney está achacoso, espero que lo metan en un asilo.» Siguiendo su paseo, Hattie habló de Ella Baines que «hacía cosas feas con un maestro del pueblo» y debería ser «arponeada por las autoridades»; de Rita Stitt, cuya madre no era realmente su madre y a la que Hattie había confundido hacía algunos meses, al decírselo.

(Vicky pensó: tú no eres mi madre, y yo podría vengar a Rita, diciéndotelo.)

Hattie Dorsett habló de Danny Martin:

- Me alegra que no estés demasiado triste porque se marchara ese chico -comentó Hattie-. Ya te dije que a papá no le gustaba que jugases con él.

- Ya me lo dijiste -dijo Vicky, sabiendo que no había sido a ella, sino a Sybil, a quien la señora Dorsett había dado aquella cruel información.

- Bueno, muchachita, hay algo más -añadió Hattie con una expresión triunfal muy infantil-: No sabes que papá tuvo una charla con el padre de Danny hace algunos meses. Papá le dijo, de buenas a primeras, que no era muy acertado por tu parte el mezclarte con gente como los Martin, que no eran de nuestra confesión.

Vicky parpadeó. Los Martin, como la misma Hattie Dorsett antes de su conversión, eran metodistas. Willard Dorsett se había casado con una metodista; no obstante, objetaba a la amistad de su hija con un miembro de esta fe. ¡Qué hipocresía! Pero Vicky no dijo nada.

- Bueno -continuó Hattie-, papá también tiene un mal concepto de los Martin por otras razones. Cree que no tienen clase, ni estilo, ni son de buena familia. El padre vino aquí de Nueva Jersey buscando oro, y acabó conduciendo un camión lechero. Ahora vuelve a irse, aún buscando. *Nadie* puede imaginarse de dónde sacó el dinero para comprar una gasolinera allá abajo en Texas. De todos modos, papá tuvo una buena charla con el padre de Danny y el señor Martin dijo que pronto se irían del pueblo, así que ninguno de ellos hizo nada. Pero, damisela, creo que tenías que saber lo que piensa papá acerca de Danny y su familia.

- Danny se ha ido -fue todo lo que dijo Vicky.

- Lo cual es muy buena cosa, según papá -informó Hattie, teniendo buen cuidado de no inmiscuirse en este juicio.

Menos mal que Sybil nunca se enterará de lo que su padre hizo, pensó Vicky.

- Bueno, regresemos -dijo Hattie-. Quería decirte esto cuando papá no estuviera por

casa. Ahora que ya lo sabes, podemos regresar.

A la mañana siguiente, en la escuela, Vicky dominaba tanto su cuerpo como el trabajo escolar. Y, aunque los otros chicos se mostraban distantes, Vicky comprendía que esta actitud tenía sus raíces en los sucesos de los dos años que siguieron a la muerte de Mary Dorsett, la abuela de Sybil.

Vicky había contemplado muy atentamente cómo, durante esos dos años, Peggy Lou, que era la personalidad que vivía y que controlaba completamente el cuerpo, había perdido todos los amigos escolares de Sybil. Peggy Lou se quedaba sentada en su pupitre durante el recreo y hacía muñecos de papel en lugar de bajar al patio a jugar con los otros niños. A la hora de la comida y al finalizar el día, salía corriendo de la escuela, despreciando a quienes intentaban hablar o caminar con ella. Cuando le pedían que fuera a algún sitio con ellos, respondía crípticamente: «No puedo.» Y luego, echaba a correr. Al cabo de un tiempo, nadie le pidió ya que fuera a parte alguna o que hiciera algo.

Vicky sabía que Peggy Lou se había aislado de los otros niños no porque le desagradasen, sino porque el estar con ellos la hacía sentirse irritada por no tener lo que ellos poseían: una casa en la que había hermanos y hermanas, en la que no había razón de tener miedo. En lugar de ir con los otros niños a esas casas, se persuadía a sí misma de que no necesitaba a nadie y, completamente convencida, corría sola a la casa blanca con persianas negras, en donde lo que la irritaba acechaba en cada rincón.

Su amarga soledad tenía una compensación. Tenía una verdadera sensación de realizarse al ser independiente y hacer exactamente lo que deseaba, sin que nadie la detuviese o le dijese lo que debía hacer. Aislada, conseguía, de alguna manera, sentirse libre... si bien con una libertad que le hacía desear abrir un agujero en el mismo centro del universo.

A veces a Vicky le dolía el haber dejado que Peggy Lou se hiciera cargo del cuerpo de Sybil junto a la tumba de Mary Dorsett. Pero entonces Vicky había creído, y seguía creyéndolo cuando recordaba aquel hecho, que no había sido posible otro tipo de acción.

Además, se aseguraba Vicky a sí misma, aunque Mary Dorsett fue una persona encantadora, no había sido su abuela, y no había motivo para que ella se viera envuelta en aquel asunto macabro. Le parecía muy adecuado dejar que Peggy Lou se hiciera cargo. Por otra parte, Sybil, en pie junto a la fosa, estaba irritada. Y el ocuparse de la irritación era función de Peggy Lou, no de Vicky.

Y, aun así, los dos años de Peggy no habían sido totalmente malos. Había sido la aparición de Peggy Lou, más que la mano que la había detenido, lo que había impedido que Sybil saltase a la fosa de Mary Dorsett. Tras el funeral, Peggy Lou, una niña activa, había sido capaz de hacer lo que Sybil, una niña inactiva, no hubiera podido hacer. Cuando los deudos se quedaron como invitados en casa de los Dorsett, Peggy Lou se había ganado la gratitud del señor y la señora Dorsett, quitándoles de en medio a la estrepitosa Ella, la hija de dos años de la prima Anita. De hecho, los Dorsett habían estado tan complacidos por el hecho de que su hija se mostrase activa al fin, que a Vicky le había asombrado ver que Hattie Dorsett se llevaba mejor con su hija después que antes de la muerte de Mary Dorsett. La hija que regresó a casa después del funeral y se quedó durante dos años, era contestona y se subía a los muebles cuando se irritaba, pero también parecía más atractiva que la hija que vivió en la casa blanca antes de la muerte de Mary Dorsett.

Peggy Lou era mucho más «parecida» a las otras niñas que Sybil. Y aunque Vicky no estaba segura, le parecía que esto se debía a que Peggy Lou, la hija de los años de después de la muerte, se parecía mucho más a la misma Hattie que Sybil. También

había sido divertido el observar que, tras el regreso de Sybil, la señora Dorsett consideraba que Sybil, y no Peggy Lou, era la «diferente». Hattie gritaba: «¡Esta chica es ahora tan diferente, que me gustaría que me tragase la tierra!»

Vicky recordaba que le había aconsejado a Peggy Lou, junto a la fosa de Mary Dorsett, que respondiese al nombre de Sybil Dorsett porque no era muy educado el poner en evidencia los errores de la gente. Después, en el segundo día de su estancia en el mundo, Vicky siguió su propio consejo. En la clase del sexto curso, contestó inmediatamente cuando el nombre de Sybil Dorsett fue llamado por el señor Strong, el maestro.

A Vicky le gustaba el señor Strong, y recordaba que también le había gustado a Sybil. Una tarde, mientras Sybil estaba recogiendo hojas con un rastrillo en el patio, el señor Strong, que pasaba en aquel momento, la había llamado. Despertándose del ensueño acerca de la Victoria Antoinette de su fantasía, Sybil se había sentido emocionada porque el profesor hubiera sido el primero en hablar.

¿No es patético, pensó Vicky, que Sybil no sepa nada de mí, pero siga pensando en esa muchacha imaginaria cuyo nombre yo ahora uso? Es triste que Sybil no sepa nada de la gente que vive en su interior.

Habiendo obtenido muy buenos resultados el primer día de escuela, en todos los temas, incluida la aritmética, que había absorbido a través de su silenciosa observación, Vicky volvió a casa, encantada por su nueva existencia.

Al acercarse a la casa de los Dorsett, Vicky observó que la señora Dorsett estaba atisbando por la ventana. Pensó que siempre parecía que la señora Dorsett estuviese espiando.

- Vamos, visitemos a alguien -dijo Hattie-. Hay un niño nuevo en la casa de los Green. Vamos allí, y veamos qué pasa.

Ya estamos, pensó Vicky. El ritual casi diario con su interminable y aburrida charla de mujeres adultas al que Sybil había estado sujeta. Bueno, decidió Vicky, iré. Peggy Lou luchaba, pero yo seré diplomática.

Mon Dieu, pensó Vicky cuando, en las siguientes semanas, dio una buena mirada a Willow Corners. La gente de este pueblo no tenía estilo, ni *éclat*. Los adjetivos que se les podía aplicar eran estrechos, provincianos y aburridos. Incluso a la edad de trece años ya se sentía superior a ellos. Estaba segura de que formaban parte de distintos mundos. En cuanto a los padres de Sybil... bueno, el padre era simpático, pero no se preocupaba lo bastante. De hecho, no salía lo suficiente de detrás de su periódico o sus planos para enterarse de lo que sucedía y que así le pudiera importar. La madre era otro cantar: siempre estaba diciendo «Deberías hacer las cosas así o asá», y Vicky creía que era esto lo que le había impedido a Sybil hacer cosas. ¿Cómo, se decía Vicky, puede una hacer algo cuando hay tantos *deberías y no deberías*, que ya nada es divertido? De todos modos, era difícil comprender a la señora Dorsett. O bien se metía del todo, o no se metía en absoluto. Pero Vicky tenía el consuelo de saber que estaba allí sólo para ayudar y que, al cabo de un tiempo, sus propios y amantísimos padres y sus muchos hermanos y hermanas vendrían en busca de ella y regresaría con todos a París. ¡Cuántas ganas tenía de que llegase el tiempo en que estarían todos reunidos! Comparando a sus padres con los Dorsett, se sentía casi culpable por su buena fortuna. Se prometió a sí misma que antes de abandonar a aquella familia arreglaría las cosas para que Sybil lo pasara tan bien como le fuera posible, de hecho, tan bien como el mundo exterior y la otra gente de su interior se lo permitiesen. Pobre Sybil, pensó Vicky.

Había momentos en los que Vicky se retiraba al estrato interior, con el cual congeniaba mejor, y permitía que una de las otras personalidades que rodeaban a Sybil Dorsett, o incluso la misma Sybil, tomasen su puesto en el aula de sexto curso.

Un día, Mary Lucinda Saunders Dorsett, que había emergido durante el primer año del período de posesión de Peggy Lou, cuando Sybil tenía diez años, se encontró en aquel pupitre del sexto curso. Antes de que hubiera terminado el día, Mary, repentinamente no se sintió nada bien. Lo que sentía no era un dolor; era más parecido a una tirantez.

Cuando Mary llegó a casa, se dirigió al baño. El abuelo Dorsett estaba dentro, así que Hattie le gritó: «¿Es que no puedes usar el otro lavabo?» ¿Qué otro lavabo? Mary no recordaba que hubiera ninguno, y sólo más tarde se enteró de que su padre lo había construido durante el segundo año, en el período en que Peggy había estado allí, y Mary no había prestado atención.

En el nuevo baño, Mary se puso muy pálida al ver lo que luego describiría como «aquella sustancia marrón rojiza» en su ropa interior. Había visto sangrar a su abuela, que había tenido cáncer en la nuca, y tenía miedo de que también ella fuera a morir.

- ¿Por qué estás tanto tiempo ahí dentro? -preguntó Hattie.

- Ahora mismo salgo, Ma -replicó Mary.

Mary, que no creía que la madre de Sybil fuera la suya, siempre llamaba «Ma» a Hattie, pues le parecía un término general para cualquier mujer mayor que se ocupase de ella. Lavando su ropa interior para asegurarse de que Hattie no iba a saber lo que había pasado, Mary se quedó bastante tiempo en el baño, preocupándose por el extraño estado en que se hallaba.

Aquella noche, al irse a dormir, Ma se le acercó y dijo:

- Veamos tu ropa interior -Mary titubeó-. Muéstramela ahora mismo -ordenó Hattie.

Cuando Mary hizo lo que le ordenaba, Hattie comentó:- Justo lo que pensaba. Es tu edad que comienza a actuar. Es simplemente horrible. La maldición de las mujeres. Te duele aquí, ¿no? Te duele aquí, ¿no? -Y, hurgando en diversos puntos escogidos de la anatomía de Mary, Hattie apretaba con fuerza, acentuando el dolor.

»Es la regla -dijo Hattie, mientras preparaba un paño para que se lo pusiese Mary-. Sólo les pasa a las mujeres. Ni se lo menciones a papá. -Luego, Hattie salió del dormitorio, murmurando:- La maldición de las mujeres. La maldición. Me gustaría que lo tuviesen los hombres. Se lo tendrían merecido. ¡Hombres!

Mary estaba asustada porque Ma había tratado aquello como si fuese una enfermedad. Y si estaba enferma, significaría que se quedaría en casa y no iría a la escuela; y el ir a la escuela significaba alejarse de Hattie. Y Mary deseaba alejarse. Al siguiente día, Ma le explicó que, a pesar de tener aquella enfermedad, las chicas iban al colegio. Así que Mary fue al colegio.

Lo que Mary no sabía es que lo que le había sucedido a ella por primera vez, ya le había pasado a Sybil durante dos meses sucesivos sin que Hattie se enterase y sin sentir dolor. En el futuro, Mary, que trajo la carga de la menstruación, le pasaba el dolor a Sybil o a cualquier otra personalidad que estuviese en ascendencia durante el período menstrual.

Mary continuó apareciendo ocasionalmente durante el sexto curso, pero fue Vicky la que se hallaba allí la mayor parte del tiempo. Hacia el final del período escolar, Sybil apareció un día, camino de la escuela, con la sensación de que la Victoria de su fantasía estaba llevándola allí. Sin embargo, este regreso no fue tan alarmante como había sido el que se había producido en el quinto curso. Aunque Sybil seguía sabiendo que el tiempo era «raro», ahora se encontraba más acostumbrada a su maldición.

En el tiempo en que se produjo el regreso de Sybil, Mary habló con Vicky acerca de Danny Martin.

- Sybil no sabe -dijo Mary-, que mientras Peggy Lou estaba aquí, Danny sentía celos

de Billy Denton. Peggy Lou no prestaba ninguna atención a Danny, pero desde luego le cayó muy bien Billy.

- Sí -estuvo de acuerdo Vicky-, eso es cierto. Y Billy nunca pudo comprender, cuando Sybil regresó, por qué la joven Dorsett actuaba como si no le conociese.

Mary, que estaba interesada en la poesía, se tornó grandilocuente, diciéndole a Vicky que, para Sybil, el poderoso corazón del mundo a menudo se detiene y que, en tales momentos, para Sybil no existen bosques frescos, ni hierba nueva, sino sólo pastos en el barbecho del olvido.

- Sybil llama a esto la nada. ¡Y esto no es demasiado halagador para nosotros!

En los meses que siguieron, Sybil se encontró como flotando, mientras entraba y salía de la nada. Ocultando este hecho, se volvió ingeniosa en sus improvisaciones, y sin par en adoptar falsas actitudes, mientras fingía un conocimiento que no poseía. Desafortunadamente, a sí misma no podía ocultarse la sensación de que, de alguna manera, había perdido algo. Ni tampoco podía ocultar la sensación de que no pertenecía a nadie ni a ningún lugar. En alguna forma le parecía que, cuanto mayor se hacía, peor iban poniéndose las cosas. Comenzó a repudiarse a sí misma con silenciosos comentarios autodenigrantes: «Estoy delgada por una buena razón: no merezco ocupar más sitio.»

La primavera fue mala a causa de su abuela. Ahora, se aproximaba el verano, y el verano sería malo a causa de Danny. Sentada en los escalones delanteros o subida al columpio, Sybil recordaba el verano que precedió a la partida de Danny.

- Rompe, rompe, rompe, / en tus frías rocas grises, ioh, mar! / ... pero oh, sentir de nuevo el toque de una mano desaparecida, / y el sonido de una voz que está callada... pero el tierno donaire que está muerto / jamás volverá a mí -recitaba acompasadamente Mary mientras tomaba el sitio de Sybil en el columpio.

A finales de la primavera de 1935, Sybil se enfrentó con un nuevo terror, traído por la vulnerabilidad de la pubertad. El terror se centraba alrededor de histéricos síntomas de conversión que eran parte de su no diagnosticada enfermedad. Pues la *histeria grande* o no, es una enfermedad que resulta de un conflicto emocional, y que se caracteriza generalmente por una falta de madurez, exceso de dependencia y el uso de mecanismos de defensa no sólo de disociación, sino también de conversión. La histeria se manifiesta clásicamente por síntomas físicos dramáticos que afectan a los músculos voluntarios o a los órganos de los sentidos. Durante el proceso de conversión, los impulsos inconscientes son transmutados en síntomas corporales. En lugar de ser experimentado conscientemente, el conflicto emocional viene así expresado físicamente.

De pronto, la mitad del rostro de Sybil y el correspondiente lado de sus brazos se quedaban entumecidos. Notaba una debilidad en un costado, que no siempre era el mismo. Tenía casi constantemente dolorida la garganta, y le costaba tragar. Comenzó a sufrir de falta de visión lateral; a menudo, le faltaba la vista en un ojo. Ella y también algunas de sus otras personalidades, especialmente Mary, comenzaron a sufrir un tic nervioso que, como el de la telefonista, causó sorpresa en el pueblo.

Sybil o una de las otras se estremecía, se movía espasmódicamente y perdía el control de sus movimientos corporales. A menudo, Sybil o las otras se dirigían al hueco de la puerta y chocaban contra ésta. Los síntomas venían intensificados por unos dolores de cabeza tan fuertes que, después de uno de estos ataques, Sybil tenía que irse a dormir durante varias horas. El sueño tras uno de esos dolores de cabeza era tan profundo que Sybil, que generalmente tenía un sueño ligero, parecía haber sido drogada.

Y lo que más la perturbaba era que la vida parecía pasar junto a ella, flotando de una

forma irreal, y repleta de extraños presentimientos. Sybil recordaba que había estado en algún sitio o que había hecho algo como si lo hubiera soñado. Parecía estar caminando junto a ella misma, observando. Y, a veces, no podía hallar diferencia entre sus sueños y esta irrealidad onírica.

Una noche Sybil mencionó esta sensación de irrealidad a sus padres, que entonces decidieron llevarla al doctor Quinones, el médico del pueblo.

El doctor Quinones diagnosticó el caso de Sybil como el mal de Sydenham, una variante del baile de San Vito. Explicando que había un componente psicológico en ello, aconsejó que Sybil fuera a ver a un psiquiatra y le concertó una cita con un doctor de Minneapolis. Willard y Hattie se negaron a llevarla. Willard afirmaba que si era únicamente un asunto psicológico, él podía ocuparse del mismo. Basándose en esta suposición, le compró a Sybil una guitarra y la envió a que siguiera un curso para aprender a tocarla. El padre y la hija practicaban juntos, y luego dieron recitales. Dado que Vicky, Mary, Peggy Lou y algunas de las otras personalidades también aprendieron a tocarla y lo hicieron con diferentes grados de entusiasmo, los recitales de la hija de Willard Dorsett resultaron ser asombrosamente desiguales.

A pesar del fácil optimismo de su padre, Sybil se admitía a sí misma que estaba teniendo «problemas mentales», lo que en la casa de los Dorsett y en el pueblo de Willow Corners era considerado como una desgracia. Tanto era así que sus nuevos terrores comenzaron a girar alrededor del hospital del estado, en donde su tío Roger trabajaba como agente de compras y su tía Hattie como enfermera. Sybil había visitado a menudo a sus tíos en el hospital.

Tratando de apartar su mente de este problema, Sybil se hundió en sus trabajos escolares. Sin embargo, en la escuela tenía el problema de no conocer la historia europea que había sido enseñada mientras ella no estaba presente. Vicky era la que se ocupaba de la historia, del mismo modo que Peggy era la encargada de las multiplicaciones. En cambio, con las ciencias, Sybil recuperó rápidamente el terreno. Sintióse fascinada mientras el señor Strong dilucidaba los misterios de la anatomía humana, ni siquiera se dio cuenta de que, cuidadosamente, evitaba las partes sexuales. Cuando se pidió a los estudiantes que dibujaran en gran escala un corazón, Hattie le compró a Sybil un lápiz que era rojo por un extremo y azul por el otro, lo que hizo que Sybil se sintiese como una maestra que fuera a corregir exámenes. Los sueños diurnos de Sybil estaban repletos de ideas acerca de la circulación de la sangre y los doctores, y se imaginaba que era un médico explicando el funcionamiento del corazón a sus pacientes.

Un día, Sybil entró corriendo en casa, después de las clases, para contarle a su madre cómo funcionaba el corazón. Rehusando escuchar, Hattie exclamó: «No quiero oír hablar de eso.» Pero Sybil estaba tan excitada por el tema que prosiguió explicando lo que había aprendido. «¿Cuántas veces tengo que decirte que no me interesa?», aulló Hattie, dándole un golpe a su hija. Sybil, que se hallaba de pie sobre el reluciente linóleo del solarío, recibió el golpe de lleno en el muslo, cayó de lado sobre la mecedora, estrellándose contra el suelo. Se hizo bastante daño en las costillas.

Desde aquel momento, Sybil le tuvo miedo a su clase de ciencias, y aunque la ciencia siguió fascinándola, tuvo dificultades para aprobar la biología tanto en la escuela como en la Universidad. Y también comenzó a temer las habitaciones sin alfombras.

Aquella noche Hattie llevó a Sybil a dar una vuelta por la calle Mayor. Era la noche de un Miércoles, y las tiendas estaban abiertas. Había tenderetes de palomitas de maíz en la esquina y polos en la farmacia. Los niños siempre les pedían a sus padres una moneda de cinco o diez centavos, pero Sybil nunca pedía nada. Hattie le dijo:

- ¿Qué queremos esta noche? ¿Nos, compramos palomitas o un polo?

Sybil le replicó:

- Bueno, cualquier cosa me parece bien.

La respuesta, aunque característica, no indicaba que Sybil no tuviera preferencias. Igual que no se atrevía a contarle a nadie su secreto acerca del tiempo, tampoco se atrevía a pedirle nada a ninguna persona.

Mientras la madre y la hija estaban disfrutando de los polos que Hattie había comprado, Sybil divisó algunos lazos para cabello que estaban expuestos en un mostrador. Pensando en lo hermosos que eran, Sybil deseó que su madre le preguntase si quería uno. Pero Hattie pasó junto al mostrador, miró los lazos, y prosiguió caminando. Sybil abandonó la esperanza de que su madre se lo preguntase. Entonces Vicky decidió pedirlo ella y señaló un lazo de color azul claro.

- Me gustaría tenerlo -informó Vicky a Hattie-. Hace juego con nuestro vestido azul de organdí.

- ¿Qué quieres decir con ese «nuestro», so boba? -replicó Hattie-. ¿No sabes que el vestido de organdí es tuyo? Hattie le pagó al cajero el lazo para el cabello.

La búsqueda del centro

Vicky y Sybil, Mary y Sybil, Peggy Lou y Sybil... ¿cuál era la conexión? La doctora Wilbur decidió preguntárselo a Vicky, que lo sabía todo de todos.

Era el 15 de Junio de 1955 y el análisis duraba ya nueve meses. La doctora y la paciente estaban sentadas en el sofá.

- Vicky -dijo la doctora-, me gustaría saber una cosa. ¿Cuál es tu relación con Sybil?

Asombrada, Vicky replicó:

- Usted me pregunta sobre Sybil y yo le contesto, por tanto, sabe que la conozco.

- Sí -estuvo de acuerdo la doctora-, la conoces. Pero, ¿cómo sabes lo que piensa?

La única respuesta de Vicky fue una sonrisa divertida.

- Vicky -insistió la doctora-, has hablado de *nuestro* vestido de organdí. ¿Qué otras cosas compartís tú y las demás?

- ¿Compartir? -había un deje de ironía en el tono de Vicky-. A veces hacemos cosas juntas.

- Me has dicho que algunas de las otras tienen la misma madre. Entonces, ¿dirás que *comparten* una madre?

- Sí, supongo que se podría decir esto.

- ¿Comparten también el mismo cuerpo?

- Eso es una estupidez -replicó autoritariamente Vicky-. Son personas. Puedo hablarle de ellas.

- Sí, Vicky. Sé que son personas. Pero la gente tiene relaciones entre sí. ¿Cómo están relacionadas Peggy Lou, Peggy Ann, Mary, Sybil y las demás? ¿Son hermanas?

- Nadie ha dicho nunca que fueran hermanas -replicó Vicky, mirando fijamente a la doctora.

- No -convino la doctora con énfasis-. Nadie ha *dicho* nunca eso. Pero, Vicky, cuando la gente tiene la misma madre, o bien son la misma persona, o son hermanos.

Ignorando la implicación de la lógica de la doctora, Vicky admitió:

- Yo tengo montones de hermanos y hermanas, y todos tenemos los mismos padres.

- De acuerdo, Vicky -continuó la doctora-. Acabas de aceptar los lazos de unión que existen en tu propia familia. Pero no has dicho nada sobre la familia que forman Sybil, las Peggys, Mary, y todas las demás, No me has dicho cómo está relacionada esta gente.

Vicky se alzó de hombros y dijo:

- Bueno, doctora, usted acaba de decir que deben ser hermanas.

- No, Vicky -replicó con firmeza la doctora-. No dije que *deben ser* hermanas. Te

pregunté si *eran* hermanas y dije que dado que tienen la misma madre, deben ser o la misma persona, o hermanas.

Vicky no dijo nada.

Cuando la doctora, continuando inexorablemente por su camino lógico, preguntó: «Ahora, Vicky, dime, ¿son hermanas o son la misma persona?» Vicky, obligada a contestar, lo hizo con gran ponderación.

- Doctora -dijo-, dado que usted lo pone de esta manera, tengo que admitir que deben ser hermanas. ¡Deben ser hermanas porque *no pueden* ser la misma persona! -Vicky cerró el tema abriendo su bolso, poniéndose lápiz de labios, cerrando el bolso, y metiéndoselo bajo el brazo.- *Mon Dieu* -dijo, mientras se levantaba para irse-, qué absurdo es pensar en que esos individuos completos puedan ser la misma persona. Marian Ludlow y yo nos parecemos más que dos o tres de las personas que usted ha mencionado.

- Escucha, Vicky -dijo con firmeza la doctora-, la hora aún no ha acabado, y me gustaría que oyese lo que voy a decirte.

- Nuestra discusión, doctora Wilbur -dijo Vicky con un tono incontrovertible-, ha llegado a su conclusión lógica. ¿Qué más cabe decir?

- Esto, Vicky. Ahora siéntate, ¿quieres? Vicky se sentó, pero no del todo de acuerdo.

- Dices -señaló la doctora implacablemente-, que Peggy Lou, Peggy Ann, Mary y las otras no pueden ser la misma persona. Pero pueden serlo. Vicky, ¿no ves que pueden ser diferentes aspectos de la misma persona?

- No, doctora Wilbur -dijo pensativamente Vicky, negando con la cabeza-, no lo veo. Usted es sólo usted. Usted es la doctora Wilbur y nadie más.

- ¿Y? -preguntó la doctora.

- Y yo soy solamente Vicky. No hay nadie más aquí. Vea. -Vicky se alzó del sofá, caminó por la habitación, y preguntó: Ahora, ¿me cree?

Vicky se sentó de nuevo, sonrió a la doctora e indicó:

- Esto resuelve el problema. No hay nadie más aquí. Usted es solamente la doctora Wilbur, y yo soy solamente Vicky.

- Vicky -replicó la doctora-, no hemos resuelto nada. Seamos honestas la una con la otra.

- Pero, doctora Wilbur -insistió Vicky-, yo creo que lo hemos sido. Acabamos de solucionar la gran pregunta filosófica del *¿quién soy soy?* Yo soy yo. Usted es usted. Pienso, luego existo. Hay una frase en Latín para esto: *Cogito, ergo sum*. Sí, eso es.

- No hemos solucionado nada -le recordó la doctora a Vicky-. No hemos establecido la relación entre Sybil, Peggy Lou, Peggy Ann, Mary y las demás. ¿Por qué... ?

- Preguntas, preguntas, preguntas -interrumpió Vicky-. A mí también me gustaría hacer una pregunta. ¿Por qué tiene que hacer todas estas preguntas?

Tras rechazar la conclusión lógica hacia la que la doctora Wilbur había estado tratando de llevarla, Vicky contradujo su anterior afirmación acerca de que ella y la doctora estaban solas, pues dijo:

- Escuche ahora, doctora Wilbur, a Mary le gustaría conocerla. Querría participar en nuestro análisis, y creo que deberíamos dejarla.

- ¿Nuestro análisis? -hizo eco la doctora Wilbur-. ¿Cómo puede ser «nuestro» si vosotras no sois la misma persona? Vicky se echó a reír.

- Supongo -dijo con lo que parecía una ambigüedad deliberada-, que podríamos llamarlo terapia de grupo. -Aceptaste que erais hermanas.

Vicky fue rápida.

- Terapia familiar, entonces, si insiste. Gracias por la corrección.

Al momento, tan definitivamente como si hubiera salido de la habitación, Vicky se hubo ido.

Una voz que a las claras no era la de Vicky indicó educadamente:

- Me alegro de conocerla, doctora Wilbur.

- ¿Eres Mary? -preguntó la doctora.

- Mary Lucinda Saunders Dorsett -puntualizó la voz.

No era la voz de una mujer de mundo como Vicky, ni la de una niña irritada como Peggy Lou. El acento era indudablemente del Medio Oeste: suave, bajo y sombrío. La doctora no había oído aquella voz antes, y conocía a Mary solamente a través de los recuerdos de Vicky del sexto curso.

La doctora hizo un gesto a Mary para que se acercase al sofá, y esperó. Mary estaba en silencio. ¿La reserva de una paciente nueva? se preguntó la doctora. ¿Paciente nueva?

- ¿Qué te gusta hacer, Mary? -preguntó la doctora.

- Mantengo en marcha nuestra casa -replicó Mary-. Pero es difícil hacer tanto.

- ¿Qué tienes que hacer? -interrogó la doctora.

- Seguir a Sybil.

- ¿Qué haces cuando sigues a Sybil?

- Ir adonde ella va.

- ¿Qué otras cosas haces?

- Ayudar a Sybil.

- ¿Cómo la ayudas?

- En formas prácticas. En formas sutiles.

- ¿Como qué?

- Bueno, doctora Wilbur, en este mismo momento la estoy ayudando de una forma práctica. Probablemente sabe que Sybil y Teddy Reeves, una amiga de Whittier Hall, acaban de alquilar un apartamento en Morningside Drive. Ya sabe todo lo que representa un apartamento nuevo. A las ocho cuarenta y cinco de la mañana de ayer tuve que ir a recibir a los trabajadores que están poniendo ventanas nuevas. Tuve que ir otra vez a las siete y cuarto de la tarde porque no quería que fuera Sybil la que colocase las cortinas nuevas. Creo que es a mí a quien me toca mantener en marcha la casa. Y, con todas las cosas que recibimos estos días, no podíamos dormir por la mañana. Así que tuve que poner un cartel, «No molestar», junto al timbre de abajo, Sybil y Teddy están montando el apartamento. Pero el trabajo recae sobre mí.

- ¿Qué más haces?

- Es difícil hacer nada en esa granja de Morningside a la que llaman casa de apartamentos. Me gustaría mucho tener algo más de sitio. Tendría un jardín con flores y espacio para algunos animales. Sólo tenemos a Capri.

- ¿Te gusta Nueva York?

- Realmente no. Pero lo cierto es que tampoco salgo mucho. A veces, voy a un museo o una biblioteca. Eso es casi todo lo que hago. Apenas si salgo del apartamento.

- ¿Y qué haces cuando estás allí?

- Trabajos caseros, leo, oigo música. Pinto un poco. Escribo poesía. La poesía alivia el dolor.

- ¿Qué dolor, Mary?

- Oh, cómo he rogado acerca de la forma en que nos sentimos...

- ¿Qué dolor, Mary?

- ¿No se lo han dicho? ¿Vicky? ¿Sybil? ¿Peggy Lou?

- No de una forma directa. Han hablado del miedo a acercarse a la gente, de la música, de las manos, de ser atrapadas y, al negar a su madre, Vicky y Peggy Lou indican que la temen. ¿Tú la temes?

- Nunca tuve la sensación de que la madre de Sybil fuera la mía -el tono de Mary era confidencial.

- ¿Qué dolor, Mary?

- Ya lo sabrá, a su tiempo. Por eso le dije a Vicky que me gustaría venir hoy. Quiero ayudar a nuestro análisis. Pero me siento culpable por venir aquí. Quizá sea pecado ir a un psiquiatra.

- Escucha, Mary -dijo la doctora, muy lenta y muy llanamente-: Sabes que Sybil, Vicky y Peggy Lou han estado viniendo aquí durante nueve meses. ¿Crees que alguna cosa de lo que han dicho o hecho aquí es pecaminoso?

- No sé -contestó pensativa Mary-. Realmente no lo sé.

- Entonces; ¿por qué has venido?

- Aquel día, el mes pasado, entre los cornejos y los sanapudios -contestó pensativamente Mary-, usted no era una psiquiatra. Usted era una amiga. Necesitamos amigas.

- Sybil tiene amigos. Sus amigos, ¿no lo son también vuestros?

- Supongo que sí -contestó Mary-, pero sólo en cierta manera. Teddy Reeves conoce mi nombre y puede diferenciarme de los otros, pero Laura Hotchkins piensa que soy Sybil. La mayor parte de la gente lo cree, ¿sabe? A veces me siento muy sola.

- Entonces, ¿por qué no sales y te buscas amigos propios, como hace Vicky?

- Bueno, ya sabe cómo son las cosas -le explicó Mary-. Por una parte, no tengo la ropa adecuada. Me limito a usar lo que encuentro en nuestro armario, y lo que les cae bien a las otras no tiene por qué irme bien a mí. -Mary hizo una pausa, ladeó la cabeza, y añadió, con una pequeña y cansada sonrisa:- pero lo cierto es que no soy tan atractiva como Vicky o elegante como Vanessa. No puedo competir con ellas. Soy lo que soy.

No fue sino hasta más tarde que la doctora Wilbur descubrió que Mary se veía a sí misma como el tipo de pequeña y vieja dama regordeta y maternal, no muy a la moda. Mary fue definiéndose como una ama de casa, la encargada del nido, la eterna mujer hogareña interesada en el *Kinder*, *Küche*, *Kirche* (niños, cocina, iglesia). Y, aunque no tenía hijos, a pesar de que era difícil cocinar en -como lo definió Mary- «uno de esos apartamentos de la ciudad con cocinas del tamaño de un paquete de cigarrillos», fue quedando cada vez más claro para la doctora Wilbur que lo que realmente le causaba problemas a Mary no era la ausencia de *Kinder*, las dificultades de la *Küche*, sino los problemas relacionados con la *Kirche*. Con el tiempo, la doctora descubrió que la frase inicial «Quizá sea pecado ir a un psiquiatra», que la llevaba muy grabada, reflejaba conflictos centrados en la Iglesia.

También llevaba muy grabado el recuerdo de la abuela Dorsett.

- La abuela murió -dijo Mary a la doctora durante la sesión del 15 de Junio de 1955-. No había nadie para ocupar su lugar. Sybil no guardó luto por la abuela. Sybil se alejó. Peggy Lou lo guardaba en silencio cuando éra ella la que estaba al cargo. Todas nosotras, excepto Vicky, guardamos luto por la abuela, pero a mí fue a quien le dolió más. Después de que la abuela murió, yo fui a llorarla.

- ¿Fuiste al funeral?

- No -replicó Mary-. No estuve allí. Sybil tenía nueve años entonces. Yo llegué cuando teníamos diez y Peggy Lou estaba a cargo de las cosas.

- ¿Cómo recibiste ese nombre?

- Es el nombre de la abuela. Me parezco a la abuela, y tomé su nombre. El hijo de la abuela Dorsett es mi padre, y también me parezco a él.

Mary comenzó a llorar en silencio. Allí, reflexionó la doctora, estaban las lágrimas que Sybil no derramaba.

- ¿Cuál es el problema, Mary? -preguntó la doctora.

- La abuela -replicó Mary.

- Pero, Mary, eso fue hace más de veinte años.

- Es ahora -respondió Mary, agitando con dolor la cabeza-. No hay pasado. El pasado es el presente cuando una lo lleva consigo.

Luego, la doctora Wilbur se enteró de que Mary siempre suspiraba por el único hogar verdadero que había conocido: el hogar de Mary Dorsett.

- Mary -le preguntó la doctora cuando la visita se estaba acabando-, espero que no te moleste lo que te voy a preguntar pero, ¿adónde vas a ir cuando te vayas de aquí?

- A casa -dijo Mary-. A casa, que es donde debo estar. Cuando llegue allí, voy a telefonar a papá. ¿Le dijo Sybil que él y su esposa, Frieda, viven en Detroit? Deseo tranquilizarlo acerca de muchas cosas. Mire, Sybil no demuestra que puede hacer las cosas mejor. Soy yo la que tengo que demostrárselo.

- Pero, suponte que algo se interpone en el camino -preguntó incisivamente la doctora-. ¿No deberías tratar de quitar ese algo del camino, antes de seguir adelante?

- Una sigue adelante -respondió con firmeza, y casi con fanatismo, Mary-. En el amplio campo de batalla del mundo, una debe intentarlo.

La doctora asintió.

*iEn el vivac de la vida,
no seas como el estúpido ganado, que es conducido!
iSé un héroe en la lucha!*

La doctora trató de decir algo, pero Mary, explicando que el poema era un salmo a la vida de Henry Wadsworth Longfellow, prosiguió citándolo:

*Todas las vidas de los grandes hombres nos recuerdan
que podemos hacer que nuestras vidas sean sublimes,
y, al partir, dejan tras de nosotros,
pisadas en las arenas del tiempo.*

De nuevo, la doctora trató de hablar. Mary siguió recitando:

*Entonces, alcémonos y trabajemos,
con un corazón dispuesto a cualquier hado;
sin dejar de buscar, sin dejar de lograr,
aprendamos a laborar y a esperar.*

La voz de Mary se rompió mientras añadía:

- Oh, pobre... pobre...

- ¿Pobre qué? -preguntó la doctora.

- Vida -replicó inmediatamente Mary-. Esos vivacs, en donde están los soldados, son malos. No todos podemos ser héroes.

- Un vivac -indicó la doctora-, no es donde están los soldados. Un vivac es cualquier acampada.

- Le estoy explicando cómo eran las cosas -replicó Mary con una cierta irritación-. La palabra no importa. El vivac donde estábamos todos, era malo. Eramos soldados de una batalla perdida. Así era. Sin dejar de buscar, sin dejar de lograr, aprendimos a laborar y esperar. Intentamos ser pacientes. Fuimos muy buenos durante todo el tiempo, mientras éramos pequeños.

Aprendimos mucho, y probamos, probamos, y probamos. Sybil probó. Yo probé. Todos probamos. Pero no dio resultado.

- Mary -señaló con suavidad la doctora-, quizás algo se interpusiese en el camino. Quizá vuestro probar sirva de algo cuando descubramos qué era ese obstáculo.

- Así que ya ve -contestó Mary, ignorando el comentario de la doctora-. Una no se puede fiar siempre de los poetas. Yo no me fío de nadie.

- ¿Te fiabas de la abuela? Mary asintió.

- ¿Te fías de tu padre?

- Sí -el sí era enfático-. Es un ser humano casi perfecto.

Mary, eso resultaba evidente, amaba a su padre sin reservas.

- Debes de fiarte de mí, o no estarías aquí.

- Bueno, ya veremos -dijo Mary.

- Pero, ¿qué hay del probar? -dijo la doctora, volviendo a la pregunta que Mary había evadido-. ¿Crees que podremos hallar lo que impide que el probar dé resultado?

- El mundo es oportunidad -replicó Mary-. Tenemos que aprovechar al máximo nuestras oportunidades. Todos queremos que Sybil haga esto.

Sonaba como un eco de los sermones de Willow Corners.

- Pero, Mary -insistió la doctora-, aún no has contestado a mi pregunta.

- Como hace el jardinero -dijo suavemente Mary-, tenemos que arrancar la mala hierba y destruirla.

- Tienes toda la razón -aceptó la doctora-. Pero, ¿cuál es esa hierba?

- Pues está muerta el alma que se tambalea -recitó sin responder Mary-. Y las cosas no son lo que parecen.

Mary continuó mostrándose evasiva. Por un momento, cuando había hablado de arrancar la mala hierba, la doctora había pensado que estaba a punto de revelar algo sobre la naturaleza del trauma original. Pero con la poesía como máscara tras la que ocultarse, Mary mantuvo el trauma en la oscuridad. Sin embargo, a la doctora le parecía que Mary, que era pensativa y contemplativa, tenía un cierto acceso a la verdad traumática. Y también le parecía claro que, aunque se mostrase quejumbrosa, lacrimosa y desgarrada por sus conflictos religiosos, Mary era muy positiva en su búsqueda de soluciones para los problemas que afectaban a Sybil y a las personalidades de Sybil. Era evidente que Mary tenía un deseo genuino de destruir la mala hierba oculta.

La hora había terminado. La doctora Wilbur acompañó a su nueva paciente hasta la puerta.

- ¿Conoce *El egoísta*, de Sarah Fells? -preguntó Mary-. Tanto a Sybil como a mí nos gustaba cuando éramos pequeñas Esto es lo que dice:

*Da vueltas y vueltas en un círculo centrado en sí mismo,
por cierto que él es algo asombroso;
pues, ¿quién sino un egoísta podría nunca ser
circunferencia y también centro?*

¿Quién es la circunferencia, quién el centro?, se preguntó la doctora. ¿Es Sybil el centro o lo es una de estas otras?

La búsqueda del centro se complicó aún más con la llegada, al día siguiente, de dos personalidades que la doctora Wilbur no conocía antes. Desde el momento en que Vicky presentó a esas recién llegadas, la sala de consulta pareció tan llena de vida y hubo tantas impresiones que, contemplando a la mujer que estaba junto a ella, y que en aquel momento era simultáneamente Marcia Lynn y Vanessa Gail Dorsett, la doctora, que se creía ya inmunizada contra las sorpresas que pudiera ofrecerle una personalidad múltiple, no pudo evitar sentirse excitada por aquel simultáneo compartir del cuerpo. Ni tampoco pudo dejar de especular acerca de cómo podían florecer simultáneamente tantos caracteres diversos en la pequeña y delicada silueta de Sybil Dorsett. El pensamiento era pura especulación, porque aquello no era un

asunto de ocupar sitio, sino de compartir un ser.

Lo poco que la doctora Wilbur sabía acerca de Marcia y Vanessa le había sido contado por Vicky.

- Marcia -le había dicho Vicky-, siente lo mismo que Sybil... sólo que con más intensidad. Vanessa es una muchacha alta, pelirroja, que toca el piano y está repleta de *joie de vivre*. Las dos tienen muchas aficiones comunes y les gusta hacer cosas juntas.

A pesar de eso, cuando conoció a Marcia y Vanessa, la doctora conocía menos acerca de ellas que acerca de Mary.

Dado que el cuerpo era ocupado *simultáneamente* por Marcia y Vanessa, la doctora se preguntó cómo iba a ser capaz de diferenciarlas. Pero, tras el primer intercambio de saludos, fue capaz de distinguir a una de la otra por lo diferente de sus voces, porque aunque ambas hablaban con acento inglés y su dicción era similar, cada una de ellas era señaladamente distinta. Vanessa hablaba con voz de soprano, Marcia de tiple. La voz de Vanessa sonaba como una especie de cantinela, la de Marcia era más pausada.

Como había hecho con Mary, la doctora comenzó su conversación preguntando:

- ¿Qué os gusta hacer a vosotras, chicas?

- Viajar -dijo Marcia.

- Ir a sitios -respondió Vanessa-. Siempre nos interesa ver nuevos sitios y hacer nuevas cosas. La vida es para vivirla.

Marcia y Vanessa hablaron entonces acerca de que a ambas les gustaban los aeroplanos, las grandes ciudades, el teatro, los conciertos, los lugares de interés histórico y comprar libros escogidos.

- Tenemos nuestros gustos propios -explicó Marcia-. Pero cuando más disfrutamos Vanessa y yo es al hacer cosas juntas. A la doctora le pareció claro que, tal como Vicky y Marian Ludlow eran amigas muy especiales en el mundo, Marcia y Vanessa lo eran dentro de la «circunferencia» de Sybil Dorsett.

- Dime algo acerca de cómo te sientes, Marcia -sugirió la doctora.

- No sabe usted dónde se está metiendo, doctora -replicó Marcia con una sonrisita-. Con esa pregunta, acaba de abrir la caja de Pandora.

- Doctora -canturreó Vanessa-, no debería preguntárselo. ¡Quizá le conteste!

- Veo que vosotras tenéis sentido del humor -observó la doctora.

- Una debe tenerlo para poder sobrevivir en el clan de los Dorsett- replicó con rapidez Vanessa-. Mary, Peggy Lou y, naturalmente, Sybil, se preocupan tanto que hacen que la vida parezca una novela rusa. Es realmente cómico el contemplarlas. Estaban muy fuera del contexto del pueblo de Willow Corners, que es de donde provenimos. Cuando llegué allí, Sybil tenía doce años, y me quedé mucho tiempo. Pero no podía soportar aquella población. Se lo digo en serio, debería verla. Temerosa de Dios y odiosa con los hombres. Azúcar, azúcar. Hay tanto azúcar en la forma en que pretenden tratarse unos a otros, que yo sufría de diabetes en el alma.

- Esa es una buena frase -interrumpió Marcia-. Jamás te la había oído emplear antes. ¿Estás segura de que no me la has plagiado? ¡La escritora soy yo! ¿Por qué no te dedicas a tocar el piano y me dejas a mí el inventar frases?

- Pero se me ha ocurrido a mí. Soy yo quien...

- Oh, Vanessa, por favor. Sólo estaba cachondeándome.

- Cuidadito -advirtió Vanessa, con tono satírico-. Como nuestra madre diría: «Cachondearse no es una palabra que debemos usar cuando hay gente de fuera de casa.» -La voz de Vanessa había cambiado. Estaba claro que imitaba a Hattie Dorsett. Luego, volviéndose hacia la doctora Wilbur, le dijo:- Doctora, jamás fuimos «niñas» fuera del círculo familiar. Y en casa ni siquiera se permitía decir «*maldita*

sea».

- No está bien criticar a mamá -dijo Marcia.

- Oh, me pones enferma con tu manía de aferrarte a eso. Jamás pudiste cortar tu cordón umbilical. Es así como lo llaman, ¿verdad, doctora? Por eso esta amable señora va a tener que ayudarte a crecer.

- Vanessa, por favor... -suplicó Marcia-. No es ningún crimen el querer ser amada.

- Vaya, vaya... Diría una palabrota si no hubiera sido educada en la casa de los Dorsett; suenas como un serial de la radio. -Vanessa subrayaba cada palabra con un gesto extravagante.

- Vanessa, no está bien que hables así -reprobó llorosa Marcia.

- ¡Bien! ¿Qué es lo que sabemos cualquiera de nosotras acerca de lo que está bien? -contraatacó Vanessa-. ¿Está bien que se nos haya negado lo que las otras chicas tienen? Algún día me escaparé, viviré mi propia vida y tú, mi querida Marcia, vendrás conmigo. Tienes ganas de vivir, la vitalidad para hacerlo, y siempre hemos estado juntas, aunque tú entrases en la vida de Sybil mucho antes que yo. Marcia, aprenderás que puedes dormir por las noches y sentirte bien cuando te despiertas a la mañana siguiente, si dejas de mirar hacia atrás. ¡Acuérdate de lo que le pasó a la mujer de Lot!

- Vanessa -suplicó Marcia-, ya has dicho bastante. Por la forma en que nos estamos hablando, la doctora creerá que somos una persona hablando consigo misma.

- No -interrumpió la doctora-, comprendo muy bien que sois dos personas distintas. Quiero que las dos os sintáis absolutamente libres para venir aquí cuando queráis y decir lo que deseáis.

- Cuando no tengamos competencia por parte de las otras -dijo malévolamente Marcia-. Por ejemplo, de Vicky. Es muy inteligente, y nos ayuda mucho; pero habla demasiado... casi tanto como Vanessa.

Luego, dado que estaba acabándose ya la hora, la doctora preguntó:

- ¿Qué es lo que tenéis intención de hacer cuando salgáis de aquí?

- Me gustaría ir al Aeropuerto Internacional y marcharme a algún sitio -dijo sin dudarle Vanessa-. Pero la última vez que lo hice, Peggy Lou lo estropeó todo. Iba a comprar un billete para San Francisco, pero ella lo adquirió para Cleveland. Así que supongo que me iré a casa, y tocaré algo de Mozart.

- Yo voy a casa -comentó Marcia-, para trabajar en mi artículo para la revista *Coronet*.

- Bueno, podéis volver cuando lo deseáis -recordó la doctora a sus pacientes.

Después de que se hubieron ido, la doctora Wilbur pensó en lo complicado que sería que Vanessa interpretase a Mozart en el piano mientras Marcia escribía a máquina su artículo. Eran dos personas, pero, después de todo, sólo tenían dos manos.

Durante tres días seguidos, Marcia y Vanessa regresaron, y la doctora empezó a preguntarse qué habría pasado con Vicky, Mary, Peggy Lou y la misma Sybil. Sin embargo, a través de las tres visitas sucesivas, la doctora pudo comprobar que no estaba fundamentada su incredulidad inicial acerca de que Marcia y Vanessa, que parecían tan diferentes, fueran buenas amigas, muy íntimas. Lo que las unía, comenzó a pensar la doctora, era el hecho de que ambas fuesen igualmente dinámicas.

Y, a pesar de ello, había diferencias. Había una excitación, una especie de atributo eléctrico, en Vanessa, que estaba repleta de energía, utilizaba gestos extravagantes y lo dramatizaba todo. Y este atributo no era compartido ni por Marcia ni por ninguna de las otras personalidades, al menos aquéllas que la doctora conocía. Marcia era una versión más calmada de Vanessa, más sombría y pensativa. Aunque Marcia podía

mostrarse alegre, básicamente era una persona pesimista. Encontraba su escape con Vanessa o en los libros pero, en lo esencial, pensaba que la vida era «horrible y fútil» y que la gente era «simplemente horrible».

Lo que Vicky había dicho acerca de que Marcia compartía, intensificándolos, los sentimientos de Sybil, parecía ser cierto. Lo que Vanessa había indicado de una forma indirecta al hablar de Marcia y los seriales también parecía ser cierto. Cuando Sybil y las otras veían algo triste en la televisión, era Marcia quien lloraba. Cuando un niño o un perro regresaba a su casa, o era devuelto a sus padres, o hallaba de nuevo a su madre, Marcia lloraba copiosamente. Y Marcia, que había criticado a Vanessa por criticar a su madre, era la que más parecía necesitar a esa madre.

- Marcia -le dijo Vicky a la doctora Wilbur-, se echa a llorar a veces sólo porque añora a su madre.

Poco después de que Vanessa y Marcia llegasen a la consulta de la doctora por cuarta vez, Vanessa hizo todo un espectáculo.

- Adiós, querida -dijo con tono almibarado-. Lamento dejarte. Te echaré de menos, pero trataré de olvidar, pasándomelo bien en Europa. *Trataré*, querida. Pero será difícil, porque te echaré de menos. -Luego, cambiando de posición y hablando como en un aparte de teatro, Vanesa estalló:- No puedo soportarla. Me gustaría que la mala bestia se fuera de una vez a casa, y me dejara sola en este muelle.

Cambiando su voz y posición, Vanessa interpretó el papel de la segunda mujer en el muelle, que estaba despidiendo a la primera:

- Lamento que me abandones, pero cuídate bien, y disfruta de una forma maravillosa mientras estás en Europa -después, volviéndose para un aparte, Vanessa, que aún interpretaba a la mujer que se quedaba, murmuró entre dientes, con los labios tensos y curvados-. ¡Espero que se ahogue!

La doctora Wilbur podía imaginar claramente a las dos mujeres despidiéndose en un muelle, junto a un barco a punto de zarpar. La escena estaba tan bien interpretada, que la doctora comentó:

- Vanessa, te equivocaste de carrera. Deberías hacer teatro.

Testigos silenciosos

A medida que el verano de 1955 daba paso al otoño, la doctora Wilbur comprendió que gracias al análisis se producía una «regresión» a la primavera de 1934, el momento del «retorno» de Sybil tras la ausencia de dos años, entre sus 9 y 11 años. El asombro que Sybil había sentido venía aumentado por el descubrimiento de que, por primera vez en su vida, ya no se le decía que durmiese en la alcoba de sus padres. Al ir dándose cuenta de este hecho trascendental, también fue comprendiendo las experiencias por las que había pasado en aquella alcoba desde el día de su nacimiento hasta los 9 años. Esas experiencias, que iban de 1923 a 1932, constituían un continuo temporal que la doctora Wilbur consideraba como la matriz de las actitudes de Sybil hacia el sexo y, lo que quizás era aún más importante, como la incubadora de la enfermedad misma.

Había terminado la cena, aquel primer día del regreso de Sybil en Marzo de 1934. Los Dorsett se hallaban en la sala de estar. Hattie estaba leyendo un volumen de Tennyson y escuchando la radio. Willard permanecía absorto en las páginas de la revista *Architectural Forum*. Sybil intentaba dibujar al carboncillo, pero le resultaba difícil concentrarse, dada la extraña concatenación de acontecimientos a la que había asistido recientemente.

- Es hora de que vayas a tu habitación, Peggy -ordenó Hattie.

Sybil estaba acostumbrada a ser llamada Peggy, pero no comprendió las instrucciones de su madre. Jamás había tenido una habitación propia. Siempre había dormido en la alcoba de sus padres.

Dijo buenas noches y caminó, pensativamente, hacia el dormitorio del piso de abajo. Para su asombro, no encontró allí su camita. La única cama de la habitación era la gran cama blanca, de hierro, en la que dormían sus padres.

- Peggy Louisiana -hizo ecos la seca voz de su madre desde la sala de estar-. ¿Es que no vas arriba?

¿Arriba? Sybil no sabía de qué estaba hablando su madre.

- ¡Ya son más de las ocho! -la voz de su madre se había hecho aún más seca-. Mañana no podrás levantarte pronto. Tendrás que presentar tus excusas a la señorita Henderson... no a mí.

¿Arriba? Algunos años antes, Hattie había destinado un dormitorio de arriba como habitación para Sybil. Sin embargo, por alguna razón, Hattie jamás se había decidido a trasladar allí la camita de Sybil. Dado que no tenía nada que perder, Sybil decidió averiguar si su madre se estaría refiriendo a aquella habitación.

Tampoco en aquel dormitorio estaba su camita. En su lugar, había una cama normal. Las sábanas y las fundas de las almohadas limpias invitaban a meterse en ella. ¿Sería aquél el cuarto de los invitados? No había invitados. ¿Sería su cama de adulta? Su madre la había enviado allí. Debía de serlo. Pero, ¿cuándo le habían dado aquella cama?

Sybil se desnudó y, por primera vez, durmió en una cama de adulto y en una habitación sólo para ella. Era la primera vez, que pudiera recordar, que no tenía que enfrentarse con el drama, siempre presente, de la alcoba.

Sin duda, no podría señalarse con exactitud el momento en que se había dado cuenta por primera vez de que el simple hecho de ir a la cama por la noche era algo que la perturbaba profundamente. La causa de su perturbación siempre se hallaba presente. Sólo ahora, al fin, descubrió que podía dormirse sin tener que apretar los párpados o volverse hacia la pared.

El drama del que Sybil se apartaba con estos actos era lo que, en términos psicoanalíticos, se llama «escena primigenia»: la percepción visual y auditiva por parte del niño del coito de sus padres. La escena es llamada «primigenia» porque es la primera en el tiempo, en el sentido de que es el primer encuentro del niño con la sexualidad de los adultos, y debido a que, como fundamento sobre el que un adolescente edificará sus futuros sentimientos, actitudes y comportamiento, es de primordial importancia en el desarrollo del niño.

Para algunos niños no existe escena primigenia; para muchos otros hay un momento en el que la puerta se entreabre, y el niño contempla la copulación entre sus padres. Habitualmente, tal momento es accidental, inadvertido, y la forma en que se ve afectado el niño depende de la atmósfera general de su casa. Cuando se presenta la relación sexual como algo privado, pero no prohibido, los efectos de este breve encuentro se ven, a menudo, libres de todo daño psicológico.

En el caso de Sybil, la escena primigenia no fue ninguna ojeada momentánea, ningún instante único y accidental. *Siempre* estaba allí. Durante nueve años, Sybil había contemplado las relaciones sexuales de sus padres que formaban parte fija e inalterable de su vida, y representaba un contraste notorio con el decoro y frialdad excesivos de su comportamiento diurno.

Durante el día nunca se besaban, se tocaban o dedicaban el uno al otro ninguna manifestación de cariño, ya fuera afectuosa o formal. Durante el día no había ninguna demostración. Además, la visión del coito paterno tenía lugar en un hogar

en el que el sexo estaba considerado como algo perverso, una forma de degradación. El suyo era un hogar en el que el alcohol y el tabaco, el billar y las películas, e incluso las novelas (las cuales, debido a que estaban «inventadas», eran consideradas como mentiras) estaban estrictamente prohibidos.

Las normales preguntas de la hija acerca de los hechos de la vida no fueron respondidas. Cuando Hattie estuvo en estado, a Sybil la excluyó de la «sucia» verdad. Cuando la preñez desembocó en un aborto y Willard Dorsett enterró el feto, un niño, junto a los escalones del patio de atrás, Sybil no supo ni lo que estaba haciendo, ni por qué. Los niños, vivos o muertos, llegaban de alguna manera, pero la gente educada no hablaba del modo en que esto ocurría.

No había ni cómo ni porqués. Sólo la suposición implícita de una santidad incorpórea que, al negar la carne, la consideraba como cosa del demonio. «Todos los hombres», aconsejaba Hattie a su hija, «te harán daño. Son malvados, no valen nada». Sin embargo, en otras ocasiones, decía: «Papá no es como los otros hombres.» Pero, al decir tal cosa, hacía que Sybil, que había visto los penes de los bebés, creyese que su padre no tenía pene. Con su padre «castrado» y a causa de las actitudes negativas hacia el sexo que le eran inculcadas día a día, Sybil sentía gran asombro ante lo que veía y oía por la noche, no comprendiéndolo en absoluto.

Forzada a convivir con la mentira nocturna que representaba la hipocresía de los años en que se estaba formando, Sybil venía obligada a contemplar un drama al que sólo podía escapar cerrando los ojos y tapándose las orejas.

Habitualmente, las persianas estaban sólo entrecerradas en aquel dormitorio de tres y medio por cuatro metros. La camita estaba situada de forma que la luz de la calle penetraba por la ventana del dormitorio, silueteando el pene que Sybil negaba que su padre tuviese. Tres o cuatro noches por semana, año tras año, desde que nació Sybil hasta que tuvo nueve años, la relación sexual de sus padres tuvo lugar dentro de su campo visual y auditivo. Y no era raro que el pene erecto resultase claramente visible a la media luz.

Observando esta escena primigenia, directamente y en silueta, desde el momento de su llegada como individuos, las diversas personalidades tuvieron diferentes reacciones ante ella.

Peggy Lou permanecía despierta, inquieta, pero no trataba de cubrirse los ojos o evitar oír.

- ¿De qué estáis hablando? -quería saber a veces.

Hattie le replicaba:

- Duérmete.

Pero en lugar de dormirse, Peggy Lou aguzaba el oído, en un intento de lograr entender lo que se decía. No le gustaba el que su padre y la madre de Sybil susurrasen sobre ella. A menudo lo hacían en la mesa, y creía que debían de estar haciendo lo mismo en la cama. Irritada por la sensación de exclusión engendrada por este cuchichear, a Peggy Lou también le ponía furiosa el ruido de las sábanas. Cada vez que lo oía, deseaba ponerle fin.

Fue un verdadero descanso el ser trasladada a la habitación de arriba poco después del funeral de la abuela Dorsett, y no tener que seguir oyendo aquel ruido.

Vicky había visto el pene erecto, silueteado, en muchas ocasiones. Sin miedo alguno, pasaba de la sombra de la ventana a la realidad de la cama. Lo que sucedía en la cama no siempre resultaba visible y, aunque fuera visible, no siempre era lo mismo. Una figura encorvada, Willard, se dirigía a veces hacia Hattie y se montaba encima de ella. En otras ocasiones, se le acercaba mientras yacían uno junto a otro.

Al principio Vicky había creído que quizá Willard iba a aplastar a Hattie y matarla, pero, en lugar de morir, Hattie se agitaba con Willard. Se abrazaban. Y seguían así

largo rato. Vicky había llegado a la conclusión de que si la señora Dorsett no hubiera querido que él hiciera lo que estaba haciendo, lo hubiera detenido. De cualquier forma, Vicky sabía con certidumbre que no le concernía a ella ayudar a la señora Dorsett.

Usualmente los rostros del señor y la señora Dorsett quedaban ocultos en la oscuridad. No obstante, había veces que la habitación estaba lo suficientemente iluminada como para que Vicky pudiera ver los rostros: tensos, contorsionados, transformados, irreconocibles. Mirando hacia atrás, desde el punto de vista de años posteriores, Vicky nunca pudo decidir si aquéllas eran las expresiones de un éxtasis o de alguna enfermedad maligna.

A menudo Vicky creía que quizá no estuviese bien el estar mirando. No obstante, apartaba aquel escrúpulo al darse cuenta de que, mirase o no, de todos modos oiría. Y sentía curiosidad. Además, también había algo más: Vicky tenía la clara impresión de que, en realidad, Hattie Dorsett deseaba que su hija mirase. Este «algo más» era el hecho de que, por costumbre, Hattie echaba a un lado las sábanas, como para revelar lo que estaba sucediendo.

Marcia temía por la seguridad de su madre.

Mary se resentía por la falta de intimidad.

Vanessa sentía repugnancia por la hipocresía de unos padres que mostraban en presencia de su hija la sexualidad que pretendían negar.

Contemplando y escuchando aquellas demostraciones sexuales paternas, había una personalidad llamada Ruthie, que emergió en el análisis durante el revivir de la escena primigenia. Era sólo una criatura, de quizá tres años y medio, y no podía dar la fecha de su llegada a la vida de Sybil. Pero, entre todos los testigos silenciosos del coito paterno, era Ruthie la que se mostraba más activamente indignada. Actuando de acuerdo con Sybil, que entonces tenía la misma edad, Ruthie se vengaba contra sus padres con una ira bien clara.

Cuando los padres llegaban a la habitación, Ruthie se quedaba muy quieta, haciendo ver que estaba dormida. Este engaño continuaba mientras los padres se desvestían: Hattie en el dormitorio, Willard en el lavabo adjunto, que estaba desprovisto de puerta. Cuando los padres se metían en la cama y él se dirigía hacia ella, Ruthie manifestaba su presencia.

- Duérmete, mamá -decía-. Duérmete, papá.

Ruthie estaba irritada porque no deseaba que su padre estuviese en el lado de la cama de su madre. Ruthie no deseaba que su padre le susurrase a su madre, o la abrazase, o respirase jadeante con ella, o moviese las sábanas. Cuando él estaba de esta manera, cerca de su madre, Ruthie creía que quería a su madre más de lo que la quería a ella.

Una noche, al ver y oír esas cosas, Ruthie salió de su cuna y caminó muy silenciosamente hacia la cama de sus padres. En el coche, Ruthie siempre se sentaba en medio. Si podía hacer eso en el coche, también podría hacerlo en la cama. Subiendo a la misma, intentó colocarse entre sus padres y reclamar el puesto que, en derecho, le correspondía en el centro.

Airado, Willard saltó desnudo de la cama, arrastrando con él a su hija. Se sentó en una silla, colocó a la niña sobre sus rodillas, y le dio una buena azotaina. Luego, volvió a meterla en la cuna, y regreso con su esposa para descubrir que, tanto para él como para Hattie, el coito interrumpido iba a ser seguido por un sueño interrumpido; pues, aun después de que el sol matutino hubiera reemplazado al alumbrado público, aún no habían cesado los sollozos agónicos que surgían de la cuna desde el momento en que la niña había sido devuelta a la misma.

- Nunca más -le dijo Willard a Hattie-. Nunca más volveré a dar unos azotes a esa

niña. Alguien que solloza toda la noche es porque se toma las cosas demasiado a pecho.

Willard Dorsett, que jamás había dado antes una paliza a su hija y que mantuvo su promesa de no volver a pegarle jamás, no sabía que habían sido Ruthie y Sybil quienes habían interrumpido el coito, pero había sido Peggy Lou quien había sollozado toda la noche. El incidente había sido tan traumático que Sybil, que había compartido la experiencia con Ruthie, desapareció y se convirtió en Peggy Lou.

Willard y Hattie Dorsett, naturalmente, no se sintieron tan molestos por la pérdida de una noche de sueño como para no continuar sus relaciones sexuales ante su hija. Y Sybil siguió, una vez tras otra, expuesta a aquella escena primigenia, hasta que tuvo nueve años.

Despertada a veces, o insomne e inquieta, Sybil trataba de cerrarse al insistente ruido de las sábanas almidonadas de la cama de sus padres, a los susurros, a los murmullos y a las siluetas. El pene de sombras y el real, que era visible para las otras personalidades, era un objeto que debía ser denegado por Sybil. Afirmó no haber visto el pene de su padre hasta la mañana en que éste se inclinó sobre su camita para decirle que la abuela Dorsett había muerto. En aquel momento Sybil se había dado cuenta, con gran disgusto, de la masa de pelo en el pecho de su padre. Se había preguntado por qué le molestaba tanto, y se dio cuenta de que no era a causa del pelo del pecho. Cuando era muy pequeña, a menudo había jugueteado con ese mismo pelo. Pero lo que la había asombrado esta vez era lo muy abajo que podía ver. Había algo visible de lo que se apartó con repulsión. Estaba parcialmente oculto, y lo más que se atrevía a decir como descripción era que estaba oculto entre plumas. No era muy grande, pero era mayor que el de cualquier niño que hubiera visto. Era un poco más grueso que el pulgar de su padre, pero no era largo. Estaba algo caído cuando su padre se inclinó sobre ella. En su parte posterior, a cada lado, colgaban un par de pequeñas protuberancias. Sybil sintió tanto miedo y repugnancia, que al principio no logró captar lo que había dicho acerca de su abuela.

Si Sybil se sintió aterrorizada por la masculinidad de su padre, también Willard Dorsett se sintió igualmente aterrorizado por el creciente darse cuenta de la femineidad de su hija. Sólo tenía dos años y medio cuando comenzó, de repente, a insistir en que ya era «demasiado mayor» para sentarse sobre sus rodillas, «demasiado mayor» para corretear por el baño mientras él estaba afeitándose. A los 4 años, Sybil ya era «demasiado mayor» para que le cortara el vello del pecho o le pusiera unguento en los pies, actividades que realizaba desde hacía más o menos un año. Como un metrónomo, la frase *demasiado mayor* marcaba las inquietudes incestuosas de Willard Dorsett.

Pero la hija de los Dorsett no era demasiado mayor, aun a sus 9 años, como para ser *deliberadamente expuesta* a ver y escuchar las intimidades sexuales más privadas de sus padres.

El terror de la risa

Sin embargo, cuando Sybil tenía seis años, se había producido un interludio en el que habían permanecido alejados de la casa blanca de negras persianas. Pues, al producirse la Gran Depresión, Willard Dorsett sufrió serios reveses económicos, llegando incluso a perder su hogar. El edificio pasó a ser propiedad de su hermana en pago de una vieja deuda, y Willard, prácticamente sin un centavo, llevó a su hija y su esposa a vivir a unas tierras pertenecientes a sus padres, a ocho kilómetros de distancia de Willow Corners.

La única edificación en aquellos cuarenta acres de tierra era un gallinero de una sola

habitación, en el que los Dorsett se instalaron temporalmente. Situado en lo alto de una colina, en un terreno ondulado, la nueva casa encantó a Sybil, que halló una tregua a los extraños sucesos de la casa blanca con persianas negras en la que siempre había vivido.

En el cobertizo, que Willard bautizó con el apodo de «Los Cuarenta», el otoño dejó paso al invierno, y el invierno a la primavera. Había estado nevando durante tres días seguidos, pero ahora, había cesado. Willard Dorsett estaba metiendo madera en la leñera, pues aún estaban en Marzo y seguía haciendo frío, y hablaba con Sybil con su habitual voz suave:

- Saldremos fuera, y dejaremos sola a mamá.

Aquello significaba que iban a regresar al gran abeto al pie de la colina, que había estado serrando antes de que comenzase la nevada. A ella le gustaban todas las cosas que podía hacer en la casa: dibujar con sus lápices de colores, jugar con sus muñecas, hacerles vestidos, jugar con *Top*; el gran perro ratonero que su primo Joey le había regalado, y leer el silabario que su padre le había comprado. Pero era bueno volver a salir de nuevo.

- ¿Salimos ahora mismo? -le preguntó.

- Tan pronto como se lo diga a mamá -contestó su padre.

«Mamá». Siempre la llamaba así, pero Sybil jamás decía otra cosa que «madre». Había dejado de llamarla «mamá» hacía mucho, cuando aún era una niña muy pequeña. Ahora Sybil tenía seis años y dos meses, pero su padre no se había dado cuenta de que, para ella, su madre ya no era «mamá».

Así era su padre. Tan apuesto, tan brillante, con tanto éxito hasta justo antes de venir allí... a aquella habitación en lo alto de la colina. Pero aún seguía soñando en su trabajo: diseñando y edificando todas aquellas maravillosas casas, iglesias y granjas para la gente. Algunas personas lo llamaban «maestro constructor». Él no tenía tiempo para fijarse en eso.

En el extremo opuesto de aquella habitación que servía como sala de estar, dormitorio y sala de juegos, había una figura que no se movía: su madre. La lámpara de petróleo con la que iluminaban la habitación en los días oscuros brillaba junto a ella.

Sybil podía ver el cabello blanco grisáceo de su madre, cuyo moño estaba recogido con tres agujas de concha, y del que colgaban rizos sobre su frente. Aunque era mediada la tarde, llevaba puesta una bata de franela azul oscura, y sus pies estaban enfundados en zapatillas de fieltro gris. Tenía las manos caídas y pegadas a los costados, y le colgaba la cabeza tan baja que apenas si se le podía a ver el rostro.

Su madre era como el pelícano colocado sobre el piano de la gran casa de Willow Corners, o como la estatua del museo de Rochester. Antes, su madre no era así. Acostumbraba a estar muy orgullosa de sí misma, dirigía las cosas, mantenía la cabeza en alto. «Hattie Dorsett va siempre con la cabeza tan alta», oyó Sybil en cierta ocasión decir a un vecino, «que estoy seguro de que no vería un agujero en el suelo.» También había otras cosas que diferenciaban a su madre de aquí y a su madre de Willow Corners. Aquella madre le hacía cosas a una; esta madre no hacía *nada*.

Su padre se había acercado a su madre y le había hecho un gesto a Sybil. Esta sabía lo que significaba. No le gustaba hacerlo, pero su padre tenía las manos impedidas y no podía alzar a su madre por sí solo. Ahora que su madre estaba así, tenía que ayudarle.

Su madre no prestó atención alguna, a pesar de que Sybil y su padre se encontraron junto a ella. Ni se dio cuenta cuando la alzaron de la silla para llevarla al orinal de porcelana blanca que tenían para su uso. Una sombra pasó por el rostro de su padre mientras esperaban que acabase. Luego, la volvieron a llevar en volandas a su silla, y

el padre se llevó el orinal afuera.

Sybil estaba sola con su madre. En Willow Corners, en la casa de persianas negras, Sybil siempre tenía miedo de que la dejaran sola con su madre. Aquí, no lo tenía. Esta madre no le hacía nada. Era una mujer de cuarenta y siete años que tenía que ser cuidada como un bebé.

Ahora, tenían que hacerlo todo para su madre. No podía caminar hasta el retrete, que estaba en el exterior. Tenían que vestirla y alimentarla. Tragaba tan lentamente, que incluso las comidas líquidas le duraban horas.

En la casa grande su madre había cocinado, y Hessie limpiado. Aquí no había Hessie, y su padre cocinaba, iba a buscar agua al arroyo y lavaba la ropa en el río. Lo tenía que hacer todo, y eso con las manos impedidas por la neuritis que había tenido allá en Willow Corners.

Sybil se volvió hacia Norma, su muñeca.

- Norma -dijo mientras le colocaba encima una manta extra-. Voy a salir. Tú duérmete, y así no te sentirás sola.

- Mamá -decía su padre, que ya había regresado, a su madre-, voy a llevarme a Sybil conmigo. ¿Te parece bien?

¿Por qué hablaba con ella? Ella no le oía. No oía nada. Sus ojos estaban abiertos, pero cuando algo pasaba frente a ellos, ni siquiera parpadeaban. Su madre no estaba dormida pero ni veía ni oía. Y jamás contestaba cuando le hablaban.

- Siéntate, papá -dijo Sybil, mientras alzaba su chaqueta forrada de piel de cordero de la caja guateada que él había hecho para guardar la ropa. La chaqueta era muy tupida y peluda. Le caía muy bien sobre sus largos pantalones. Nunca usaba mono, pero sí lo hacían los hombres que trabajaban para él en Willow Corners.

Cuando su padre se sentó, ella le abrochó el cuello de la camisa y luego le ayudó a ponerse la chaqueta. También le colocó unos chanclos. «Arriba el pie», decía.

Le gustaba mucho hacerle eso a su padre. Sólo después de que le quedasen impedidas las manos le había permitido volver a hacerle cosas. Cuando era pequeña, él había vuelto a casa cansado, tras un duro día, y le había puesto unguento oloroso en los pies. Luego, de repente, había decidido ponerse el unguento por sí mismo.

- ¿Por qué no puedo hacerlo? -le había preguntado-. ¿No lo he hecho bien?

- Sí, sí, lo hiciste muy bien -había replicado-. Pero eres demasiado mayor.

Aquel *demasiado mayor*. No podía comprenderlo. ¿Acaso era demasiado mayor para su padre?

- De acuerdo, papá -dijo-. Ya puedes levantarte.

Ella se puso su chaqueta de lana roja con cuello de castor, sus polainas marrones de punto, sus chanclos con tres hebillas y su gorro de lana roja. Jamás se miraba en el espejo. No le gustaba mirarse. Su madre decía que tenía una nariz rara.

- Papá, estoy lista -anunció.

- Voy -dijo él. Luego, caminó hasta la silla de su madre. Para protegerla contra el frío de la tarde, por si la estufa no daba bastante calor, le colocó su chaqueta negra sobre los hombros, como si fuera una capa. Entonces, salió con Sybil.

Fuera todo era blanco y hermoso. Era otoño cuando habían llegado. Ahora, comenzaba la primavera. Pronto les saldrían hojas a los árboles. Sybil lo esperaba impaciente.

- Un lugar hermoso -había dicho su padre.

El trineo de ella estaba junto a la puerta, y su padre le dijo:

- Cuando volvamos, puedes jugar un poco con el trineo.

¡Cómo le gustaba bajar con trineo por aquella redondeada colina, cubierta de nieve, sobre la que se alzaba su casa! Jamás tropezaba con la zanja. Era muy cuidadosa.

Pasaron junto al montón de madera. Le encantaba ayudar a su padre a llevar madera

de aquel montón. Al principio, él no podía alzar los leños por sí solo. Ella tomaba un leño y se lo colocaba sobre los brazos. Su padre era débil, y el trabajo duro para él. Pero lo hacía.

Sybil pensó en el día de otoño en que había llegado allí con sus padres. Jamás olvidaría aquel viaje. Nadie hablaba. De los tres, y eso quedaba claro por la forma en que los otros se comportaban, a ella era a la que menos le importaba la pérdida de su viejo hogar. De vez en cuando intentaba colocar retazos de conversación en los largos silencios, pero sabía que sus padres no la escuchaban, por lo que, al fin, también ella se quedó callada. Sin embargo, su madre comentó:

- Un gallinero sólo es adecuado para las gallinas.

Y su padre había replicado:

- Está limpio, y jamás ha habido ninguna gallina en él.

Entonces, su madre había enrojecido y había contestado, resoplando:

- No, seremos las primeras. Cuando me casé contigo, jamás pensé que me convertirías en una gallina. Tu hermana Clara nos ha hecho esto. Fuiste estúpido al permitirselo.

Su padre se giró, se concentró en el camino, y no dijo nada.

Su madre ya no resopló ni dijo nada más. En Navidad, había llegado el cambio. Su madre había dicho a sus padres, hermanos y hermanas que aquel año no habría intercambio de regalos. Pero los parientes les habían enviado regalos de todas formas, y su madre, que no tenía dinero para comprarles nada, había quedado muy deprimida. Luego, dejó de hablar, dejó de hacer cualquier cosa.

Sybil recordaba aquella vez en que habían venido sólo de visita. Algún día, le había dicho su padre, construiremos una casa de veraneo aquí, y cuando seas lo bastante mayor, tendrás tu propio caballito. Luego, repentinamente, habían venido. No habían construido ninguna casa, pero, de todas formas, habían venido. A papá y a su madre no les había gustado, pero a ella sí. Era mucho mejor que la gran casa.

Era divertido caminar colina abajo con su padre y con *Top*, que había venido con ellos. Se detuvo cuando llegaron al almacén de maíz y al barracón que había en la ladera de la colina. El barracón tenía establos, en donde guardaban una vaca y caballos. A veces, Sybil iba allí con su padre para enganchar los caballos. Era demasiado pequeña para alzar el arnés hasta su sitio, pero, cuando se subía al taburete de ordeñar, era lo bastante alta como para ayudarlo a su padre a levantarlo.

Era bonito volver a su árbol. Cuando no estaba nevando, volvían casi cada día a serrarlo. Ella deseaba cortar de una vez el árbol, pero su padre decía que era tan grande que no era seguro que ellos dos solos lo derribasen. Serraban, quitaban la sierra, y un hombre que había contratado su padre atacaba el árbol con un hacha. Luego regresaban y serraban un poco más.

Había muchos árboles, robles y olmos. Bellos.

Ahora, estaba con su padre y *Top* en un campo arado cubierto de nieve, en donde el roble les esperaba.

- Papá -dijo, mientras colocaba la mano sobre el árbol-, aún se acuerda de nosotros.

- Desde luego, tienes una buena imaginación -le dijo su padre mientras, sonriendo, le daba un extremo de la sierra y tomaba el otro. Juntos, empezaron a imprimir un movimiento de vaivén a la sierra, y ésta comenzó a penetrar en la madera.

- Es tan pacífico esto, Sybil -dijo su padre. Ella sabía que estaba tratando de olvidar todas las cosas que lo ponían triste: madre, y todo lo demás.

Hacía un sol espléndido. Podía ver su casa en la colina, bajo la luz. Continuó trabajando con su padre. Tendrían mucha madera. Podía ver sus sombras en el suelo.

- Me gustan las sombras -dijo ella.

De pronto, hubo algo más. No sabía el qué. Podía notarlo.

Y su padre le preguntó nervioso:

- ¿Has oído esa carcajada?

- No hay nadie aquí -replicó ella.

- Pero ¿la has oído? -preguntó de nuevo.

- La he oído, pero no sé quién es -contestó Sybil, mientras miraba por el plateado campo.

La risa se repitió. Era aguda, e iba en incremento. Sybil comenzó a temblar. Conocía aquella risa, pero temía admitirlo. Había oído aquella risa muchas veces, en Willow Corners. La risa surgía cuando la hacían ponerse de cara a la pared. Cuando un mango de escoba le daba en la espalda. Cuando un zapato de mujer la golpeaba. Cuando le metían una bayeta en la boca. Cuando la ataban a la pata del piano, mientras una mujer tocaba. Le metían dentro cosas, cosas con puntas afiladas que le hacían daño. Y agua fría. Y le hacían que retuviese el agua en su interior. El dolor, el frío. Cada vez era peor, y cada vez se oía aquella risa, junto con el dolor. Y cuando la metían dentro de un baúl, en el desván, oía aquella risa. De nuevo estuvo con ella cuando la enterraron en el almacén de trigo, y estuvo a punto de ahogarse.

La risa murió, y no volvió a surgir; pero aquel sonido agudo y seco, que le llegaba en alas del viento de Marzo, había destrozado la tranquilidad de la tarde, su paz y su felicidad.

Alzó la vista. Su madre estaba en lo alto de la colina, frente a la casa, junto al trineo. ¿Cómo? Apenas unos minutos antes era como una piedra. Al principio, no se movió; después, Sybil la vio dejarse caer sobre el trineo, sentada. Con las rodillas alzadas y los pies en la barra de dirección, se empujó hacia adelante, colocando sus manos desnudas en la nieve. El trineo saltó hacia adelante, colina abajo, ganando velocidad mientras giraba en ángulo hacia la izquierda, directamente hacia la zanja del campo arado bajo la nieve. Sybil, anonadada y temerosa, estaba inmóvil. Luego, tartamudeó:

- ¡Chocará con la zanja! ¡Chocará con la zanja!

Su padre, que daba la espalda a la colina, se volvió instantáneamente en la dirección de la mirada petrificada de Sybil, y entonces gritó, mientras corría hacia su esposa.

- ¡No lo hagas, Hattie, no lo hagas! ¡Alto!

Sybil no corrió. La risa le había parado el corazón, y todo su cuerpo se quedó helado. Deseaba correr no hacia la colina, sino lejos de ella, pero no podía correr a parte alguna. Ni siquiera podía moverse. Sabía que algún terrible peligro seguiría, inevitablemente, a aquella risa tan familiar. ¿Había vuelto la madre de Willow Corners?

Su padre estaba ya bastante lejos, pero Sybil aún podía oírle gritar:

- Hattie, Hattie. Ya llego.

Sybil, aún de pie en el mismo lugar, podía oír su respiración. De nuevo su madre estaba cerca, amenazadora. Su madre era como el dragón del que había oído hablar en la iglesia, un dragón que echaba fuego.

Sybil debería moverse para evitar el fuego. Pero no podía. «Muévete. Sálvate.» Las voces: «No puedes salvarte. Eres mala, mala, mala. Por eso te castiga tu madre.» El trineo se acercó más. No podía moverse. La capa negra de su madre barría la nieve y se convirtió parcialmente en blanca. Negro sobre blanco.

Top comenzó a ladrar, luego a moverse en círculos, sin saber tampoco qué hacer. Otro alarido agudo. Más risas, esta vez más cerca. Luego, silencio.

Su madre había chocado contra el surco. El trineo se alzó y la lanzó despedida. Su madre volaba por el aire, un gran pájaro negro, sin alas. Su sombra, moviéndose, zigzagueando, estaba en todas partes sobre la nieve blanca.

Luego, su madre ya no estaba volando. Yacía sobre el campo arado. Su padre se

inclinaba sobre ella, tomándole el pulso.

- ¡Papá! -aulló Sybil.

Intentó ir hacia ellos, pero estaba pegada en el sitio. Contemplando a su padre y a su madre como si estuvieran muy lejanos, se agarró tan fuerte como pudo a la sierra, como si ésta pudiera reconfortarla y aliviar su terror.

El único sonido era el murmullo de las ramas de los árboles. Por lo demás, el campo estaba tan silencioso como su madre lo había estado cuando la habían dejado en la casa de la cima de la colina.

El sol estaba poniéndose, a punto de desaparecer. Sybil dejó que la sierra se le escapase de la mano. Se había agarrado a ella quizá porque era el nexo con el tiempo feliz, los meses desde Navidad hasta ahora, cuando su madre estaba en silencio, cuando no existía la madre de Willow Corners.

Sybil se hallaba cerca de la estufa mientras su padre cuidaba a su madre, sentada en la silla. Estaba colocando cataplasmas calientes a la pierna hinchada y cubierta de hematomas de su madre. Esta le estaba diciendo:

- Estaba convencida de que me la había roto. Pon un poco de árnica cuando hayas terminado con las cataplasmas.

- No deberías haber empujado tanto la barra de conducción con un pie, madre. Eso es lo que hizo que fuera hacia un lado, en dirección al campo arado -dijo suavemente Sybil. Luego, volviéndose hacia su padre, le preguntó-: ¿Cómo la trajiste solo a casa? Mirando al rostro de la niña, su padre comentó secamente:

- Bueno, tú me ayudaste a subirla colina arriba, sobre el trineo, ¿no?

¿Lo había hecho? Sybil sólo recordaba haber estado en el campo, soltado la sierra, y de pronto estuvo junto a la estufa.

Ahora, su padre preguntaba:

- ¿Cómo te encuentras, Hattie?

- Viviré -respondió la madre.

- Hattie -dijo él-, no deberías dejarte llevar por tu temperamento.

- Puedo hacer lo que quiera -su madre se rió... De nuevo aquella risa.

- Acuéstate, Hattie -dijo su padre.

- Luego, Willard -le contestó su madre-. Ve a buscar agua.

Su padre tomó un cubo y salió hacia la fuente, en busca de agua. Sybil colocó árnica en las piernas de su madre, que estaban blancas como la nieve y eran huesudas. Su pierna izquierda estaba ahora tomando varios colores; tenía hematomas por toda su superficie.

- ¿Duele, madre? -preguntó Sybil.

- Bueno -contestó su madre-. Usa tu cabeza. ¿Qué te parece?

- Oh -exclamó Sybil.

Su padre no estaba allí. ¿Le haría daño su madre? Afortunadamente, su padre regresó con el agua. Bañó la pierna de su madre y le preparó compresas calientes. Después, hizo la cena, mientras Sybil ponía la mesa.

- Lo estás haciendo mal -dijo su madre-. Los tenedores están equivocados de sitio.

Había regresado la madre de Willow Corners.

Su padre tomó un plato con comida y se lo llevó a su madre. Esta se echó a reír, y dijo:

- Voy a la mesa. Ayúdame -fue a la mesa y se sentó con ellos por primera vez en varios meses, alimentándose por sí misma.

Cuando hubieron terminado la cena, Sybil ayudó a su padre a lavar los platos. Luego, colocaron más compresas calientes y árnica en la pierna de su madre. Pasaron horas.

- Es hora de ir a la cama, Sybil -dijo su madre. Era la primera vez en mucho tiempo

que su madre le decía esto. Sybil no se movió.

- Te he dicho que vayas a la cama -repitió su madre-. Y quiero decir ahora, en este mismo momento.

- ¿Qué pretendes de ella, Hattie? -preguntó su padre-. Es sólo una chica: Y me ayudó mucho para volver a traerte aquí.

Sybil no dijo nada. Cuando la gente decía que había hecho algo que ella desconocía, no podía decir nada.

Caminó hacia su camita, que habían traído con ellos desde Willow Corners. Su camita, sus muñecas, la cuna de sus muñecas, la mesa de sus muñecas y sus pequeñas sillas... había traído todas sus cosas. Se puso el camisón y el gorro de dormir. Su madre no reía ahora, pero Sybil aún podía oír la risa bajando desde lo alto de la colina. Aún podía ver aquella capa negra contra la nieve blanca. Y luego a su padre inclinándose sobre ella... ¿Cómo se había metido en todo aquel lío? La pérdida de la casa en Willow Corners... de un día para otro, como decía su madre, habían pasado de ser los más ricos del pueblo a ser los más pobres. ¿Por qué les había golpeado Satanás? ¿Era aquello el inicio del fin del mundo, del que tanto hablaban su padre y su abuelo?

- Sybil, muévete -gritó su madre.

Y su padre:

- Sybil, lava este trapo.

Sybil tomó el trapo, lo lavó, y se lo devolvió. Su padre lo colocó sobre la pierna de su madre. Sí, Sybil hacía cosas para lograr que la pierna dolorida de su madre se pusiera bien.

Hattie

Al entetarse de la catatonía de Hattie Dorsett en Los Cuarenta y de sus posteriores aberraciones en la comunidad de Willow Corners, la doctora Wilbur se fue convenciendo cada vez más de que era imposible tratar a Sybil sin comprender totalmente a Hattie. Le estaba resultando evidente que Hattie había forjado una realidad intolerable de la que Sybil tenía que defenderse con el fin de sobrevivir. Aun cuando la doctora, dándose cuenta de que era un lugar común psiquiátrico el convertir a la madre del paciente en chivo expiatorio, se había resistido a señalar a Hattie Dorsett como la causa principal de la disociación de Sybil en múltiples personalidades, estaba resultando cada vez más difícil desechar esta hipótesis.

A finales de 1956 y principios de 1957, a medida de que la doctora Wilbur se acercaba más a la fuente del trauma original que había llevado a Sybil a convertirse en una personalidad múltiple, le quedaban bien pocas dudas acerca de que dicho trauma parecía girar alrededor de su madre. Fue sobre la madre de Willow Corners, que había regresado de la inmovilidad en la vivienda campestre, sobre quien se centró entonces el análisis.

Sybil arrastraba los pies a lo largo del sendero de cemento del callejón tras la casa blanca con persianas negras, mientras se acercaba a la farmacia de Willow Corners, por primera vez desde que habían vuelto a casa de regreso del campo.

La familiar puerta con mosquitera con su gran picaporte de hierro forjado la intrigaba y, poniéndose de puntillas, agarró el trozo de hierro y abrió de par en par la puerta. Mientras cruzaba el desgastado umbral de madera, el acre olor que siempre había notado tras aquella puerta la asaltó.

Sybil trató de no respirar, no deseando inhalar aquel odiado hedor. Deseaba pasar a toda prisa por aquella habitación trasera con sus altas mesas y paredes cubiertas de

estanterías repletas de botellas, tapones de cristal, boles, hierbas, líquidos coloreados y polvos blancos, la habitación en la que el viejo doctor Taylor preparaba las medicinas, alto, algo encorvado y ataviado con una chaqueta blanca, al que Sybil había conocido desde que tenía memoria. Pero no podía apresurarse, no podía obligar a sus pies a moverse para que llevaran a cabo la transición desde la habitación trasera hasta la parte delantera, en donde la farmacia combinaba estantes de medicinas con grandes recipientes de cristal llenos de caramelos baratos, muñecos, peines y lazos para el cabello.

Los ojos de Sybil buscaron la escalera de madera que se hallaba entre la habitación por la que había entrado desde el callejón y la parte delantera. Los escalones llevaban a la fascinación de su niñez: el grande y asombroso «algo» conocido como el altillo del doctor Taylor. Nadie entraba allí sin ser invitado, y pocos lo eran. Se trataba del refugio del doctor.

Siguiendo el pasamanos de la escalera, Sybil miró esperanzada a la figura canosa del doctor Taylor, situada cerca del techo de la parte superior. No podía hablar, no podía suplicar, pero esperaba sin aliento que el farmacéutico se fijase en ella. Haciendo una pausa entre odiados olores y adoradas invitaciones con suave voz, vio el amable y arrugado rostro del farmacéutico atisbando sobre la barandilla del altillo. El doctor Taylor sonrió y le dijo:

- Sube, Sybil. Sin miedo.

Rápidamente, sin apenas tocar los escalones con sus pies, Sybil corrió arriba, deteniéndose allí abruptamente, con la mano en la barandilla y los ojos desorbitados por la expectación y la dicha. Colgando de las paredes y yaciendo desmontados sobre las mesas de trabajo, estaban los violines, los instrumentos musicales creación del doctor Taylor.

Aquí se llegaba a una música especial a través de una puerta especial, una música que no era acompañada por dolor, como ocurría en su casa, sino por amistad y la reconfortante suavidad de la voz del farmacéutico. Sonriendo, el doctor Taylor tocó un poco su violín, y Sybil entró en su mundo privado de ensueños.

- Algún día, cuando seas mayor -le prometió el doctor-, te haré un violín para ti. Tú también tocarás música.

Sybil soñaba en música. Podía ver árboles, árboles negros, árboles blancos. También podía ver caballos corriendo y todo tipo de pollos. Los pollos eran todos de colores distintos. Algunos tenían patas azules. Otros tenían patas rojas y colas verdes. Dibujaba esos pollos, y aunque su madre le recordaba que los pollos eran blancos, negros o marrones, Sybil continuaba dibujando pollos como expresión de los sentimientos que su madre negaba. Y el doctor Taylor le había dicho:

- Tú también tocarás música.

En aquel momento se oyó desde abajo de las escaleras una voz fuerte, seca y aguda. Era la voz de su madre, llamándola. Su madre, que pocas veces dejaba que Sybil se perdiera de vista, la había seguido hasta allí. Rápidamente, Sybil se despidió del doctor Taylor, descendió la escalera y apareció al lado de su madre.

Mientras Sybil y su madre se aproximaban al mostrador de la farmacia, un dependiente indicó:

- Ya le dije, señora Dorsett, que la encontraría con el doctor.

Mientras el dependiente estaba envolviendo la botella de medicina de la que Hattie le había traído la receta, Sybil apoyó el codo en el mostrador y la cabeza en la palma de su mano levantada. Sin darse cuenta, su codo golpeó una botella de medicamento que habían dejado en el mostrador. La botella cayó al suelo, y el sonido del vidrio roto hizo que latiese la cabeza de Sybil.

- La has roto -se oyó la voz acusadora de su madre. Luego sonó la risa despectiva.

Sybil se hundió en el pánico, y el pánico le produjo una sensación de mareo que hizo que girase la habitación.

- La has roto -repitió su madre, mientras tomaba la manija de hierro y abría de un tirón la puerta con un gemido quejumbroso de las oxidadas bisagras. Mientras su madre y ella salían al callejón, el olor asumió repentinamente el recuerdo de todas las odiadas medicinas que la madre había hecho tragar a la niña. El corto camino por el callejón, tan repleto de esperanza minutos antes, se convirtió en el paseo de un prisionero.

Hattie giró abruptamente del callejón a la calle, y Sybil se preguntó adónde irían *aquella vez*; pues hubiera preferido no haber dado muchos de los paseos en los que había acompañado a su madre.

Hattie caminó rápidamente hacia los carros que los campesinos traían al pueblo, alineándolos a lo largo de cuatro o cinco manzanas de la calle Mayor. La madre de Sybil se aproximó a los carros cuando los campesinos los hubieron dejado y tomó guisante y maíz, que guardó en su delantal. También otras personas hacían esto, pero a Sybil le avergonzaba porque su padre había dicho que era robar.

- Ahora coge tú también -le ordenó su madre, pero Sybil rehusó, como también hacía cuando su madre le decía que fuera a buscar tomates al huerto de los Tomley, o manzanas, espárragos, berenjenas o alguna otra verdura de las plataformas de carga tras las tiendas. Aún cuando su madre le explicaba que los artículos robados jamás serían echados de menos porque sus propietarios tenían más de los que necesitaban, o que los productos en las plataformas de carga estaban al sol y, de todos modos, se iban a estropear, a Sybil le parecía mal el robar. Seguía pareciéndoselo aun cuando su madre le explicaba al campesino, al tendero o al vecino:

- No tuve oportunidad de preguntarle si me daba un poco. Pero tiene mucho, y supongo que no le importará.

De alguna manera le parecía especialmente mal aquella tarde, pues, al abandonar los carros, Sybil y su madre fueron al huerto y frutales propiedad de la familia Bishop. Su padre había advertido a su madre que no tocara la propiedad de sus vecinos.

- Vamos a buscar algo -sugirió Hattie en tono de conspiración mientras Sybil caminaba con ella hacia los ruibarbos de los Bishop. Hattie se inclinó sobre ellos, pero Sybil se quedó atrás-. Serás la primera en comer del pastel de ruibarbo -se mofaba Hattie mientras arrancaba las mejores plantas. Pero ni en aquella ni en ninguna otra ocasión pudo Sybil comer el pastel de ruibarbo o reconciliarse con el hecho de que había vuelto la madre de Willow Corners.

Aquella era la madre que dejaba en mal lugar a Sybil no sólo en las calles, sino también en las funciones religiosas. En aquellas ocasiones Hattie hablaba en voz muy alta. Willard le advertía, por la comisura de la boca:

- No digas eso -y Hattie anunciaba en voz alta a todo el mundo:

- Dice que no debería decir esto.

- Era increíble -afirmó Vicky durante el análisis-. ¡Las cosas que hacía la señora Dorsett! ¿Quién hubiera pensado que una mujer con su familia y educación fuera a convertirse en todo un espectáculo en la iglesia o resultase ser un Fagin? Pues era un Fagin al desear que cooperásemos con ella en sus robos. Ninguno de nosotros lo hicimos jamás. ¡Ninguno!

Pero había un sentimiento que también despertaba Hattie que aún era más profundo que este azoramiento. Aquella emoción era la vergüenza: la descarnada y desnuda sensación de una hija contemplando el fisgoneo curioso de su madre por las ventanas de otras gentes o sus chismorreos acerca de los pecadillos sexuales de las personas surgidas de lo que ella llamaba la «capa inferior».

- Hattie Dorsett es extraña -declaraban los habitantes de Willow Corners. Pero, si en

virtud de sus robos del ruidarbo de sus vecinos, o de ser escandalosa en las funciones religiosas, o de levantarse espontáneamente de la mesa para bailar en solitario en un restaurante, en el que no había ni baile ni música, bien podía llamarse «rara» a Hattie Dorsett, otros actos públicos a los que se dedicaba podían ser calificados como propios de un loco.

Por ejemplo, estaban las escapadas nocturnas de Hattie. A veces, cuando caía la oscuridad, o después de la cena, llamaba a Sybil con un brusco:

- Vamos a dar un paseo.

Invasada por una intensa sensación de desesperación y terror ante lo que sabía que se aproximaba, Sybil seguía en silencio a su madre fuera de la casa cuando tenía tres, cuatro y cinco años, caminando con ella, aprensivamente, a través del pueblo.

El paseo, que comenzaba como una caminata casual, estaba destinado a convertirse en un ritual demoníaco. Pues, con la cabeza muy alta y aspecto orgulloso, tal como correspondía a la hija del alcalde de Elderville y la esposa de uno de los hombres más ricos de Willow Corners, Hattie Anderson Dorsett avanzaba desde la acera, el patio o el jardín hacia los matorrales. Mirándola, Sybil se estremecía de repugnancia cuando su madre se bajaba las bragas, se ponía en cuclillas, y con deliberación ritual, defecaba en el lugar elegido.

Pues lo elegía, y aquella mancillación era como una señal de honor, pues aquellas escapadas de Hattie Dorsett formaban parte de un gran plan para mostrar a la *élite* del pueblo su hostilidad y desprecio. Durante los años en que tuvieron lugar las escapadas: 1926, 1927 y 1928, los Stickney y la señora Vale se disputaban con Willard Dorsett el título de la persona más rica del pueblo. Como director del periódico del que Hattie era colaboradora voluntaria en su elaboración manual, Harrison Ford era jefe de Hattie. Y así Hattie elegía para la expresión de su desprecio defecatorio los lugares localmente prestigiosos que amenazaban su propia sensación de omnipotencia. Transformando la habitual expresión «me cago en todos vosotros» en una actuación real, respondía en la forma de una psicótica, actuando bajo el poder del inconsciente, que considera todas las secreciones como regalos de energía.

Hattie Dorsett no hipotetizaba silenciosamente que sus heces iban dirigidas a los Stickney, a la señora Vale, a Harrison Ford o, igualmente, a Willard Dorsett, cuando realizaba aquella función en el sótano de la casa de él (y de ella). Hattie defecaba deliberadamente en la propiedad de sus víctimas, en el mismo punto en que su desprecio podía ser simbolizado concretamente. Era un acto de crueldad psicótica, manifestando el deseo del inconsciente de dejar caer sobre ciertas personas su ira fecal.

Ni los Stickney, ni la señora Vale, ni Harrison Ford, ni Willard Dorsett, ni el mismo pueblo parecieron darse cuenta. Cuando Sybil suplicaba: «Madre, alguien te va a ver», Hattie le contestaba invariablemente: «Tonterías.» Y por alguna razón, quizás el prestigio que tenían los Dorsett en el pueblo, resultaron ser «tonterías», dado que aparentemente la población de Willow Corners jamás hizo ningún intento de meter en cintura a la señora de Willard Dorsett.

Y el pueblo parecía también no haber tenido en cuenta el increíble comportamiento de Hattie Dorsett los Domingos, cuando cuidaba de una bandada de niñas cuyos padres estaban en la iglesia.

Superficialmente, nada podía haber sido más virtuoso, más inocente, y más públicamente maternal que cuidar de los hijos de los vecinos y, de hecho, los juegos a los que jugaba Hattie con aquellas niñas comenzaban de forma inocente.

- Vamos a jugar a los caballitos -decía, mientras se ponía a cuatro patas y las animaba a hacer lo mismo-. Ahora, inclinaos y corred como un caballo.

Mientras las niñas daban gritos de alegría ante la idea, Hattie les hacía un gesto para

que empezasen. Y entonces, mientras las pequeñas, imitando el paso de los caballos, se inclinaban tal como se les había indicado, Hattie, desde lo alto, revelaba el verdadero objetivo del «juego». Les metía los dedos en las vaginas mientras entonaba: «Arre, arre.» Mientras miraban, Sybil y las otras personalidades reaccionaban con la misma intensa vergüenza que habían experimentado durante los peregrinajes de defecación.

La perversidad era algo más que «rareza», lo cual quedó también demostrado una tarde cuando Peggy Lou, mirando al interior del dormitorio de Hattie y Willard, vio a la madre de Sybil desnuda en la cama con un bebé entre las piernas. La madre de Sybil subía y bajaba al niño con sus caderas y se lo frotaba entre los muslos. El bebé de dieciocho meses era el hijo de un vecino al que Hattie estaba cuidando. Peggy Lou frunció el ceño y pensó, tal como le dijo a la doctora Wilbur durante el análisis, «que lo que estaba haciendo la madre de Sybil no estaba bien». Luego Peggy Lou, contenta de que Hattie no fuera su madre, se marchó en silencio de la habitación.

Y también sentía vergüenza cuando Sybil caminaba por entre los bosques hacia el río con su madre y las tres amigas quinceañeras de ésta. Las tres, Hilda, Ethel y Bernice, eran de la «capa inferior», y Hattie dejaba muy claro que el confraternizar con ellas era una especie de servicio social.

Sybil nunca veía a su madre y a su padre besarse o tomarse la mano durante el día. Pero mientras caminaba hacia el río, veía a su madre hacer esas cosas con aquellas amigas especiales. En el río, su madre le decía: «Quédate aquí mientras vamos tras esos matorrales a ponernos nuestros trajes de baño.» Sybil, que ya llevaba el suyo puesto, esperaba. Las primeras veces que su madre fue tras los arbustos, Sybil no prestó atención alguna al tiempo que pasaba antes de que regresasen ella y sus amigas.

Luego, un día, Sybil comenzó a sentirse inquieta mientras, vadeando por el borde del río, en el lado del declive, se dio cuenta de que su madre y las chicas habían estado tras los matorrales más tiempo del necesario para ponerse sus trajes de baño.

Sybil no se atrevía a llamar a su madre, pero decidió caminar alrededor de los arbustos, con la esperanza de que se fijasen en ella. Los bosques estaban en silencio, pero al llegar a los arbustos oyó voces suaves: las voces de su madre y sus amigas. ¿Qué era lo que estaban diciendo? ¿Qué estaban haciendo? ¿Por qué tardaban tanto tiempo? Llevada por la curiosidad, Sybil apartó algunas hojas, para ver.

Su madre y las chicas no estaban poniéndose los trajes, que se hallaban en un montón. Su madre y las chicas no estaban de pie. Sus vestidos, recogidos, estaban por encima de sus cinturas. Desnudas de cintura para abajo, la madre y las chicas estaban echadas en el suelo, con las manos entrelazadas y las nalgas visibles. Se movían los dedos. Acariciaban las palmas. Giraban los cuerpos. Expresiones extáticas. Todo el mundo parecía estar asido a alguien. Su madre asía a Hilda. Las manos de su madre estaban en la vulva de Hilda.

El juego del caballito, pensó Sybil mientras se apartaba y regresaba lentamente al borde del río. A la edad de tres años, Sybil no podía pensar en otra descripción para la masturbación mutua, la relación lesbiana de la que había sido testigo.

Y testigo silencioso fue, en aquella orilla, durante tres veranos sucesivos. Cada vez vadeaba el río, jugaba con los guijarros y, o bien atisbaba la escena tras los arbustos que la ocultaban, o esperaba, sin mirar, a que cesase. ¡Cómo deseaba que su madre y las chicas se apresurasen!

Niña maltratada

A principios de 1957 el análisis fue poniendo al descubierto un drama de crueldad,

rituales secretos, castigos y atrocidades infligidas por Hattie a Sybil. La doctora Wilbur se fue convenciendo de que la base de la disociación de Sybil en personalidades múltiples era una amplia y complicada cuestión de captura-control-aprisionamiento-tortura que embebía todo el drama. Le habían sido cerradas una tras otra las puertas de escape de la crueldad, y para Sybil, que ya era una niña maltratada cuatro décadas antes de que un tal síndrome fuera descrito médicamente, no había quedado camino alguno de huida.

Normal en su nacimiento, especulaba la doctora, Sybil había luchado hasta tener dos años y medio, edad a la cual ya le habían sido arrancados todos los ánimos para proseguir la lucha. Había buscado un rescate exterior hasta que, reconociendo finalmente que le sería negado un tal rescate, recurrió a la búsqueda de una liberación. Primero logró el rescate de crear un mundo imaginario, habitado por una madre irreal y amorosa, pero, hipotetizaba la doctora, la liberación definitiva fue llegar a ser una personalidad múltiple. Dividiéndose en diferentes personalidades, que eran defensas no sólo contra una realidad intolerable sino también peligrosa, Sybil había encontrado un *modus operandi* para su supervivencia. A pesar de lo grave que era su enfermedad, su origen había sido una maniobra defensiva.

En el campo, la madre contra la que Sybil tenía que defenderse había quedado inmovilizada por lo que la doctora Wilbur interpretó como la fase catatónica de la esquizofrenia. Pero el retorno a Willow Corners había traído consigo una madre que, no estando ya inmovilizada, de nuevo era amenazadora. La realidad se convirtió de nuevo en peligrosa, y una vez más Sybil buscó su forma habitual de enfrentarse con ella.

En el momento en que Hattie Dorsett se había mofado: «Serás la primera en comer del pastel del ruibarbo», Sybil, irritada, había pasado a ser Peggy Lou.

Volviendo a casa con la madre de Sybil, Peggy Lou fue al solarío a jugar, cerró la puerta, y comenzó a actuar como si Hattie Dorsett no existiese. Peggy sacó sus lápices, se sentó en el linóleo y comenzó a dibujar y a cantar una tonada que su padre le había enseñado: «Un tren llega por la curva, cargado con los hombres de Harrison, adiós, mi amor, adiós.»

Cuando Hattie gritó: «Acaba con ese ruido infernal», Peggy Lou continuó cantando.

- Tienes que encontrar alguna otra cosa que te guste aparte de la música y todos esos colorines -pontificó Hattie mientras abría la puerta del solarío de par en par-. Las cosas no son así cuando una se hace mayor. No todo es luz del sol, canciones y hermosos colores. Siempre hay espinas en las rosas.

Y en aquel momento Hattie subrayó lo que estaba diciendo dando un pisotón a la caja de lápices de su hija.

Peggy Lou continuó cantando y, no pudiendo ya utilizar los lápices rotos, se volvió hacia sus muñecas. Peggy Lou, que podía irritarse, también podía desafiar a la madre de Sybil.

Sybil regresó poco antes de la comida y, cuando su padre le sugirió:

- ¿Por qué no te vas a dibujar un rato? -ella contestó:

- Los lápices están rotos.

- ¿Ya están rotos esos nuevos? -preguntó Willard-. Sybil, tienes que aprender a cuidar tus cosas.

Sybil no dijo nada, porque no sabía cómo se habían roto los lápices.

La madre de Willow Corners reía cuando no había razón para reír y no permitía que su hija llorase cuando había causa para llorar.

Desde que Sybil tenía memoria, la risa, cacofónica, salvaje, había acompañado un tipo especial de actuación maternal matutina. Comenzando cuando Sybil tenía seis

meses de edad, aquella actuación especial había continuado durante toda su primera infancia. A primeras horas de la mañana, después de que Willard Dorsett se había ido al trabajo y ella quedaba sola con su hija el resto del día, la madre de Willow Corners comenzaba a reír.

- ¡No queremos que nadie nos mire, nos espíe! -decía Hattie, mientras cerraba la puerta de la cocina y bajaba las persianas de la puerta y las ventanas.

Tengo que hacerlo -murmuraba Hattie, con la misma deliberación ritualista con que se dedicaba a sus aberraciones en la comunidad, mientras colocaba a su hija sobre la mesa de la cocina-. No te muevas -ordenaba la madre a la niña.

Lo que seguía no siempre era lo mismo. Sin embargo, un ritual favorito era separar las piernas de Sybil con un largo cucharón de madera, atar sus pies al cucharón con trapos de cocina y luego colgarla del extremo de un cable de la luz, suspendida del techo. La niña quedaba colgando en el aire mientras la madre abría el grifo del agua, esperando que se enfriase. Tras murmurar: «Bueno, ya no se va a enfriar más», llenaba hasta el máximo una pera de lavativa para adultos y regresaba con ella hasta su hija. Mientras la niña colgaba del techo, la madre le insertaba la punta de la pera en la uretra y le llenaba la vejiga con agua fría. «Lo he hecho», aullaba triunfalmente Hattie cuando había cumplido con su misión. «Lo he hecho.» El aullido era seguido por risas que jamás parecían acabar.

Aquellos rituales de primera hora de la mañana también incluían innecesarias lavativas, que Hattie le daba a su hija con aterradora frecuencia. Casi invariablemente era una lavativa de agua fría administrada con una pera para adultos, que contenía casi el doble de agua de la que se le administraría normalmente a un niño. Tras el enema, Hattie insistía en que la niña caminase por la habitación manteniendo en su interior el agua. Esto le producía fuertes retortijones. Pero si Sybil gritaba, Hattie la golpeaba en tanto le decía: «Ahora te daré un motivo para que llores.»

El ritual no quedaba completado hasta que Hattie le advertía: «Ahora, ni te atrevas a decir nada de esto a nadie. Si lo haces, no tendré que castigarte. ¡La ira de Dios lo hará por mí!»

También, con aterradora frecuencia, durante la infancia y la niñez, Hattie obligaba a su hija a beber un vaso lleno de laxante. A Sybil le daban retortijones. Hattie agarraba a la niña, dejando que las piernas colgasen rectas. Los retortijones se hacían más y más fuertes. Cuando Sybil suplicaba que la dejase ir al retrete, Hattie la hacía en cambio ir al dormitorio. Hattie obligaba así a Sybil a que se ensuciase encima, y luego castigaba a la niña por hacer lo que ella le había obligado a hacer. Sybil comenzaba a llorar. Entonces, Hattie le ataba una toalla sobre la boca, para que la abuela Dorsett, que vivía encima, no la oyera llorar. Temiendo las toallas, Sybil también temía llorar. A la edad de tres años y medio ya no lloraba.

También había otro ritual matutino que Hattie Dorsett llevaba a cabo con gran deliberación. Tras colocar a Sybil sobre la mesa de la cocina, Hattie forzaba en el interior de la vagina de la niña una serie de objetos que le llamaban la atención: una linterna, una pequeña botella vacía, una pequeña caja, el mango de un cuchillo grande, un pequeño cuchillo de plata, un abotonador de zapatos. A veces el objeto era su dedo, actuando como cuando bañaba a la niña, ocasiones en que la frotaba con tal celo que a los dos años y medio la niña cerró la puerta y trató de bañarse sola.

- Puedes ir acostumbrándote -le explicaba a su hija la madre, mientras le metía uno de aquellos cuerpos extraños, fuera a los seis meses o a los seis años-. Esto es lo que los hombres te harán cuando crezcas. Te meten cosas dentro, y te hacen daño, y te empujan y te hacen daño, y no puedes detenerlos, y cuando se cansan de una mujer, buscan otra. Así que es mejor que te prepare.

Hattie preparó tan bien a su hija que el himen de Sybil fue destrozado en su infancia y su vagina quedó permanentemente dañada. Además, la preparación fue tan efectiva que un ginecólogo que examinó a Sybil cuando tenía unos veinte años afirmó que, a causa de las heridas internas, probablemente jamás podría tener un hijo.

Sybil luchaba al principio, aunque la afirmación de su madre «Tengo que hacerlo» la llevaba a pensar que aquello debía de ser algo que, efectivamente, tenía que ser hecho. Además, aparte de que le habían arrancado literalmente todos sus ánimos de lucha desde que tenía dos años y medio, no culpaba a la perpetradora de la tortura, sino al instrumento: la linterna, las toallas, la caja, el abotonador.

- Sybil -dijo Willard Dorsett un Domingo por la mañana mientras la familia estaba preparándose para ir a la iglesia-. No sé por qué gritas cada vez que te ponemos esos zapatos.

Y Willard le comentó a Hattie:

- Mamá, será mejor que le compremos zapatos nuevos.

Willard Dorsett no sabía que no eran los zapatos de piel blanca lo que hacía gritar a Sybil. No sabía que en la casa de los Dorsett el abotonador tenía usos no relacionados con los botones de los zapatos. Ocultas a Willard, disimuladas al mundo tras aquellas persianas bajadas, aquellas torturas sádicas permanecían en el secreto.

Naturalmente, aquellas torturas no tenían nada que ver con lo que hubiera hecho Sybil. Cuando Hattie Dorsett deseaba castigar a su hija, tenía otros métodos. Entonces, Hattie abofeteaba a su hija y la tiraba al suelo. O Hattie lanzaba a Sybil al otro lado de la habitación, en una ocasión con la suficiente fuerza como para dislocar uno de los hombros de la niña. O Hattie le daba a Sybil un golpe en el cuello con el canto de la mano, en una ocasión con la bastante fuerza como para fracturar la laringe de Sybil.

Una plancha caliente fue colocada sobre la mano de la niña, causándole una grave quemadura. Un rodillo de pastelero cayó sobre los dedos de Sybil. Un cajón se cerró contra su mano. Un pañuelo púrpura fue atado alrededor del cuello de Sybil, hasta que se quedó sin aliento. El mismo pañuelo fue atado alrededor de su muñeca hasta que la mano se le puso azul y perdió el tacto.

- Tienes algo malo en la sangre -pontificó Hattie-. Ya te pondrás bien.

Sybil fue atada con trapos de cocina a la pata del piano mientras su madre tocaba Bach, Beethoven, Chopin. A veces el atado tenía lugar sin el preámbulo de otras torturas, pero en otras ocasiones Hattie llenaba primero el recto o la vejiga de la niña con agua fría. Apretando los pedales del piano, Hattie golpeaba el instrumento tan fuerte como le era posible. Las vibraciones en la cabeza y las reverberaciones en la vejiga llena o en el recto creaban una agonía física y un horror emocional. Incapaz de soportarlo, Sybil, casi invariablemente, permitía que apareciese una de sus otras personalidades.

El rostro y los ojos de Sybil eran cubiertos con trapos de cocina, y el juego de la «gallinita ciega» servía como castigo por haberse atrevido a preguntar la niña alguna cosa a la que su madre respondiese: «Cualquiera que no pueda comprender eso, es que está ciego. Y te voy a demostrar lo que es ser ciego.» El resultado era que Sybil temía la ceguera, y más tarde, cuando empezó a sufrir fallos en su visión, se sintió aterrorizada.

Había otras ocasiones en las que Hattie le mostraba a Sybil lo que era estar muerta, cuando metía a la niña en el baúl del desván y cerraba la tapa o le metía un trapo mojado en la boca y colocaba algodón en la nariz de Sybil hasta que la niña perdía el conocimiento. Cuando Hattie amenazaba colocar las manos de Sybil en la máquina de picar carne y cortarle los dedos, Sybil no podía estar segura de si la amenaza era real o no. Su madre la amenazaba con hacerle muchas cosas, y algunas las llevaba a

cabo.

Sin embargo, había veces en las que no era Sybil, sino la porcelana, la mantelería, el piano o los libros, los que eran el objeto del frenesí obsesivo de Hattie. En esas ocasiones Hattie Dorsett, que antes de que Sybil fuese a la escuela pasaba prácticamente las veinticuatro horas del día acompañada de su hija, no sabía que estuviera allí. Completamente introvertida y aparentemente fija en fantasías acerca de su fallecido padre, Hattie permanecía sentada, acariciando y oliendo la chaqueta guateada que había pertenecido a éste. Cuando no la tenía entre sus manos, la guardaba cerrada en una caja.

O lavaba y frotaba la porcelana Haviland que, siendo usada pocas veces, no necesitaba ni ser lavada ni frotada. Guardaba y volvía a sacar, desplegabla y volvía a plegar la mantelería. Se sentaba ante el muy ornamentado piano marca Smith and Barnes, situado a la izquierda de una ventana, en un rincón bastante oscuro de la sala de estar, e interpretaba a Chopin y a Beethoven. Colocaba discos en el fonógrafo, insistiendo siempre en que sonasen desde el principio, y en secuencia. Por ejemplo, era una herejía y una violación de su código escuchar el cuarto movimiento de una sinfonía sin que le hubieran precedido los tres primeros.

Hattie también recorría las habitaciones recitando trozos de *Evangeline*, *El herrero del pueblo*, *Ivanhoe* y otros poemas y novelas. Una línea o párrafo divertía a Hattie, y se echaba a reír sin parar. Sybil le preguntaba qué era lo que le hacía gracia, pero Hattie continuaba su recital, que no estaba destinado a nadie más que a ella misma.

- Madre, ¿qué tipo de botones debería ponerle al vestido de mi muñeca? -preguntaba Sybil.

- Mis platos Haviland son igualitos que los de mamá -replicaba Hattie-. Algún día tendré los de mamá, porque hacen juego con los míos. Me encanta el dibujo de esos platos.

Las paredes de su casa-prisión comenzaron a cerrarse sobre ella durante su infancia. La Sybil de once meses, sujeta a su silla alta para niños, jugaba con un gatito y un pollo de goma. Mientras Hattie se divertía en el piano, en la sala de estar, Sybil dejó caer primero el gatito, y luego el pollo. Cuando ambos estuvieron en el suelo, Sybil luchó para liberarse e ir a buscarlos. Incapaz de lograrlo, sólo podía llorar. Pero Hattie siguió tocando y cantando, rehusando soltar las «cadenas» del bebé. Cuanto más insistentes eran los gritos, más fuerte tocaba la carcelera para ahogar la intrusión.

Cuando la prisionera de la silla alta fue lo bastante grande como para gatear, logró conseguir una primera venganza sobre su madre. Jugando sobre el suelo de linóleo del solarío, Sybil vio una mañana a Hattie salir de casa para ir a la tienda. Entonces Sybil recorrió el camino hasta la sala de estar y el piano, donde desparramó las partituras de Hattie por toda la habitación. Al regresar y hallar a Sybil plácidamente sentada en el solarío, Hattie jamás la relacionó con la dispersión de las partituras.

La niña tenía otros métodos de combate. Cuando su madre le ponía la zancadilla, mientras estaba aprendiendo a andar, Sybil rehusó aprender; se sentaba en el suelo y se deslizaba. Habiendo dicho precozmente su primera frase: «Papi, cierra la puerta del cobertizo», a los diez meses, Sybil comenzó a andar, con retraso, a los dos años y medio.

La venganza contra su madre era más fácil en aquellos primeros años de su vida, porque incluso en la prisión tenía amigos. No fue su madre, sino la abuela, quien cuidó de Sybil durante los primeros seis meses de vida del bebé, dado que Hattie, que sufrió una depresión postparto tras el alumbramiento, no pudo ocuparse de la niña. La abuela Dorsett regresó para ayudar a Willard a ocuparse de Sybil más tarde,

cuando al bebé le afectó una enfermedad en el oído medio. Hattie, incapaz de soportar los lloros, de nuevo abdicó su papel de madre. El oído supuró cuando la niña estaba descansando sobre el hombro de Willard, con su oído infectado en dirección a la estufa caliente. Su abuela se marchó de nuevo, regresó su madre, y el bebé relacionó el fin del dolor con su padre.

Cuando Sybil tenía dos años y medio, el amor regresó en forma de Priscilla, una sirvienta que luego cuidó de la niña mientras Hattie dedicaba su tiempo a la abuela Dorsett, que había tenido un ataque al corazón. Sybil sólo amaba a su abuela más que a Priscilla. Un día, Sybil le dijo: «Te quiero», a Priscilla. Hattie, oyendo el comentario, dijo: «Bueno, también quieres a mamá, ¿no?»

Sybil se volvió hacia donde estaba Hattie en pie, frotando algunos platos Haviland. Le echó los brazos al cuello y dijo que sí. Apartando a Sybil, Hattie dijo:

- Oh, eres demasiado mayor para actuar así.

Observando que la señora Dorsett estaba mostrándose arisca con la niña, Priscilla extendió sus brazos hacia Sybil en gesto de protección. Sybil corrió hacia ella, y la tomó de la mano. Priscilla dijo que podía ayudarla, que podía quitar el polvo, y que prepararían juntas la comida. Sybil tenía a Priscilla, y notaba que no necesitaba a su madre.

A medida que Sybil se hacía mayor, los interludios de su abuela y de Priscilla terminaron, y su madre fue tomando poco a poco el timón. Quedaba preparado el escenario de la represión para Sybil, quien, ante las órdenes de no llorar y no hablar para no ser castigada, se lo guardaba todo para ella. Sybil aprendió a no luchar, porque la lucha ocasionaba nuevos castigos.

Sin embargo, lo que sobrevivió fue la fascinación de las nuevas experiencias, de la creatividad, del hacer cosas. A menudo esta creatividad, como en el caso de dibujar los pollos con patas rojas y colas verdes, también ocasionaba enfrentamientos entre la madre y la hija.

Una tarde, cuando Sybil tenía cuatro años, pegó una cara que había recortado de la revista *Mc Call's* sobre un poco de papel de plata, adornándolo con una cinta roja de Navidad. Encantada con lo que había hecho, corrió a la cocina para mostrarle su creación a su madre.

- Creía haberte dicho que no corrieses por la casa -dijo Hattie mientras colocaba una sartén sobre el fuego.

- Lo lamento -le contestó Sybil.

- Ya puedes lamentarlo -dijo Hattie.

- Mira, madre -dijo Sybil mientras le mostraba orgullosamente lo que había hecho.

- No tengo tiempo para mirarlo ahora -espetó Hattie- estoy ocupada. ¿No ves que estoy ocupada?

- Mira lo que he hecho. Es para nuestro árbol de Navidad.

- Bueno, es sólo un trozo de revista y algo de papel de plata -resopló Hattie.

- A mí me parece hermoso -comentó Sybil-, y voy a colgarlo del árbol.

- Estoy ocupada -cortó Hattie.

Entonces, Sybil colgó el ornamento que había hecho del árbol que se alzaba junto al piano, en la sala de estar. Contempló lo que su madre había despreciado, pero que, no obstante, ella se sentía orgullosa de haber hecho.

- Madre, ven a ver -exclamó, mientras regresaba a la cocina.

- No tengo tiempo.

- Ven.

Entonces, repentinamente, Hattie dejó lo que estaba haciendo y miró a Sybil, preguntándole:

- Después de lo que te he dicho, ¿no habrás colgado eso en el árbol?

Sybil deseaba desesperadamente quitar el adorno del árbol, antes de que su madre lo viera. Pero, junto al árbol, su madre ya la estaba llamando:

- Ven ahora mismo y quita esa cosa del árbol.

Sybil se quedó quieta.

- ¿Es que no me oyes? -dijo Hattie, junto al árbol.

- Lo quitaré en seguida -prometió Sybil.

- No me vengas con «enseguidas» a mí -graznó la voz de Hattie.

Sybil estaba atrapada. Si obedecía, tenía que ir hasta el árbol donde se hallaba Hattie dispuesta a pegarle. Si no iba, le pegaría por desobedecer. Decidiendo hacer lo primero, Sybil arrancó el adorno con gran rapidez y, evitando a su madre, corrió hacia la puerta. Hattie fue tras de su hija. Sybil corrió más deprisa. El amenazador: «No corras dentro de casa» de su madre, hizo ecos por todas partes. Sybil se preguntó si debía seguir corriendo o detenerse. Si se detenía, su madre la golpearía por el adorno de Navidad... Si corría, su madre la golpearía por correr. Estaba absolutamente atrapada:

Deteniéndose, Sybil recibió un rápido y fuerte golpe en la mejilla derecha.

Así que había malos días, pero también había buenos... como aquel en que los Flood los visitaron. Cuando los Flood, Pearl, Ruth, Alvin y su madre, estaban marchándose en su trineo, Sybil les dijo adiós con la mano desde los escalones del porche. El trineo se perdió de vista, y Sybil se volvió para entrar en casa. Había sido feliz aquella tarde mientras jugaba en el suelo del solario con Ruth y Pearl, que eran mayores que ella. Sólo tenía tres años y medio, pero habían jugado con ella, enseñándole muchas cosas. Pearl había hecho que la muñeca de Sybil, Betty Lou, caminase.

Aún asiendo a Betty Lou en sus brazos, Sybil entró en el solario. Hattie entró tras ella y dijo:

- Deja esa muñeca. Quiero quitarte el suéter.

Pero Sybil no deseaba dejar la muñeca. Había sido una tarde maravillosa, y había descubierto muchas cosas. Había aprendido cómo hacer caminar a Betty Lou.

- Quiero enseñarte cómo camina Betty Lou -le dijo Sybil a su madre.

- No tengo tiempo -dijo de mala manera su madre. Tengo que preparar la cena para papá. Ahora, deja inmediatamente esa muñeca. Quiero quitarte el suéter.

Mientras su madre estaba quitándole el suéter, Sybil comentó feliz:

- Me gusta Pearl. Es muy divertida.

- No tengo tiempo -le replicó su madre, mientras colgaba el suéter de un gancho en la cocina.

Sybil había seguido a su madre desde el solario hasta la cocina, tratando aún de hablar con ella de los acontecimientos de la tarde. Su madre comenzó a preparar la cena. Mientras sacaba algunos potes y sartenes del armario, el suéter azul, colocado a toda prisa en el gancho, cayó al suelo.

- Mira lo que pasa cuando te doy la espalda -exclamó su madre-. ¿Por qué tuviste que tirar ese suéter? ¿Por qué no te portas bien? ¿Por qué tienes que ser siempre una niña tan mala, mala, mala?

Su madre tomó el suéter, le dio vueltas entre las manos, observándolo.

- Está sucio -anunció finalmente con el tono de un doctor que hace un diagnóstico importante-. Madre siempre te tiene limpia. Tú eres una niña sucia.

Sybil notó cómo los nudillos de su madre la golpeaban con fuerza, una y otra vez, en la sien. Luego, su madre la hizo sentarse en una pequeña silla roja. Era la silla en que había estado sentada cuando la abuela había bajado, deseando hablar con ella y su madre, y ésta le había dicho:

- Abuela, por favor, no se acerque a Sybil. Está castigada -y su abuela no se había acercado.

La pequeña silla roja frente a un reloj colocado en una repisa. Sybil no era aún lo bastante mayor como para saber mirar la hora, pero podía ver dónde estaba el brazo largo y el corto. En aquel momento, el grande estaba en el doce, y el pequeño en el cinco.

- Son las cinco -dijo su madre.

Había sido una tarde tan hermosa, pensó Sybil, mientras permanecía sentada en la pequeña silla roja, sin atrever a moverse, y *ella* había tenido que echarla a perder. Me divertí tanto que me dolió que Alvin no pudiera jugar en el suelo con nosotras, porque estábamos jugando con muñecas y él es un niño. Quedó a un lado. Es horrible quedar a un lado.

Su madre había sido muy amable con los Flood. Les dio muchas cosas: comida para la señora Flood, mitones para Pearl, polainas para Alvin. Su madre también les dio dos juegos que Sybil jamás había utilizado, que jamás había tenido posibilidad de jugar. Pero no le dolía, porque le gustaban los Flood.

Sybil miró el reloj de la repisa. Ahora, el brazo pequeño estaba en el seis. Se lo dijo a su madre.

- No te lo he preguntado -le contestó con sequedad su madre-. Por eso, tendrás que estar sentada ahí cinco minutos más, so sucia. Has ensuciado el suéter, y tienes una boca sucia.

- ¿Qué es lo que he hecho? -preguntó Sybil.

- Sabes perfectamente lo que has hecho -replicó su madre-. Tengo que castigarte para que seas buena.

Sybil no quería pensar en sí misma, sentada en la pequeña silla roja, contemplando el reloj. Pero a menudo pensaba en ello.

Cuando lo hacía, siempre lograba apartarlo en seguida de su mente.

- ¿Por qué tienes siempre que ser mala, so mala? -le preguntaba su madre.

El «siempre» confundía a Sybil. El «mala» la hacía pensar. No creía que nada de lo que había hecho aquel día fuera malo.

Sybil no le contó a nadie nunca lo del día del suéter azul, pero el recuerdo de ese día, que le constreñía la garganta, siempre hacía que ésta le doliese.

Ni tampoco habló Sybil de las cuentas de cristal multicolores que colgaban como un arco iris de un hilo de algodón. Las cuentas, que habían sido hechas en Holanda y eran muy viejas, le habían sido entregadas a Hattie por su madre. Hattie a su vez se las había dado a Sybil, que disfrutaba manoseándolas, metiéndoselas en la boca y chupándolas. Una tarde, mientras estaba haciendo esto, se rompió el hilo y las cuentas se desparramaron sobre la alfombra de la sala de estar. Sybil, que entonces tenía tres años, trató de recogerlas tan rápidamente como le fue posible, antes de que su madre pudiera verlo. Pero antes de que Sybil pudiera recogerlas todas, Hattie le había agarrado y le había metido una de las cuentas por un agujero de la nariz. Sybil creyó que se iba a ahogar. Hattie trató de quitarle la cuenta, pero no se movía.

Se asustó.

- Vamos -dijo-. Iremos a ver al doctor Quinoness.

El doctor Quinoness le sacó la cuenta. Pero, cuando la madre y la niña estaban a punto de irse, preguntó:

- Señora Dorsett, ¿cómo se metió ahí esa cuenta?

- Oh -replicó Hattie Dorsett-. Ya sabe cómo son los niños. Siempre se están metiendo cosas en las narices o en las orejas.

Aquella noche Hattie le contó a Willard lo poco cuidadosa que había sido Sybil con la cuenta.

- Tendríamos que enseñarle a ser más cuidadosa -dijo la madre al padre-. Enseñarle... regañarle... frenarle... ¡qué criatura! ... Ya que podemos... rimemos.

Willard estuvo de acuerdo en que debería ser más cuidadosa. Sybil, que no le había dicho nada al doctor Quinones, tampoco se lo dijo a su padre.

Otro incidente que Sybil se guardó para sí fue el que tuvo lugar en el depósito de trigo, una tarde lluviosa, cuando tenía cuatro años y medio. Hattie había llevado allí a Sybil para que jugase durante la tarde.

Después de subir con su madre por las escaleras retráctiles desde el taller de carpintería de Willard hasta el silo de trigo situado encima del mismo, Hattie dijo: «Te quiero, Peggy.» Luego, la madre colocó a la niña sobre el trigo y se fue, subiendo las escaleras hasta el techo.

Rodeada de trigo, Sybil notó que se iba hundiendo y pensó que iba a morir. Luego, durante un tiempo no se enteró de nada.

- ¿Estás ahí, Sybil? -reconoció la voz de su padre. Después, Willard estuvo junto a ella en el depósito de trigo. Se inclinó, la alzó suavemente y la bajó al taller, donde esperaba su madre.

- ¿Cómo llegó Sybil al silo? -preguntó Willard a su esposa-. Podría haberse ahogado en el grano.

- Debe de haberlo hecho Floyd -improvisó su madre-. Es un chico malo. Este pueblo sería mejor si no estuviese él. Y la iglesia también. Tendríamos que deshacernos de ese matón.

Willard salió a la calle a hablar con Floyd mientras Sybil y Hattie regresaban a casa. Cuando Willard llegó, les dijo a su esposa e hija que Floyd había dicho: «No, no lo hice. ¿Qué es lo que cree que soy?»

- Floyd es un mentiroso -declaró altaneramente su madre. Willard, no sabiendo a quién creer, le preguntó a Sybil quién la había metido en el silo. La mirada de Sybil se cruzó con la de Hattie, y permaneció en silencio.

- No quiero verte de nuevo en ese lugar -regañó a su hija Willard-. Menos mal que regresé pronto a causa de la lluvia. Menos mal que fui al taller. No me gustó cómo estaban las escaleras, así que subí a mirar.

Del mismo modo que no había dicho nada acerca del abotonador y las cuentas, tampoco dijo nada acerca del trigo.

Como tampoco lo dijo una noche cuando tenía sólo dos años y su padre le preguntó: «¿Cómo te has hecho ese moretón en el ojo?» Sybil rehusó decirlo. No podía hacer saber a su padre que su madre había derribado los cubos con que la niña estaba jugando, le había dado un puñetazo en el ojo y luego, con los nudillos, la había golpeado en la boca, justo donde le estaba saliendo un nuevo diente.

Esas eran las cosas, no separadas sino indivisibles, que formaban una secuencia interminable de cautividad sobre la que se construyó la cámara de torturas que fue la niñez de Sybil. Su recuerdo regresó para torturar a Sybil el día en que había comenzado, alegremente, con sus sueños de la farmacia.

Sin embargo, la tortura vuelta a despertar podía ser dejada a un lado, a veces.

Ya en el primer grado, Sybil disfrutaba de la escuela, tenía amigos y, unos días después del regreso de la madre de Willow Corners, visitó la casa de su amiga y compañera de clase, Laurie Thompson, después de la escuela.

La madre de Laurie, que era una mujer obesa, cálida y extrovertida, dio la bienvenida a Laurie y a Sybil mientras subían por los escalones del porche. Tras dar un gran abrazo a Laurie y sonreír a Sybil, la señora Thompson hizo entrar a las dos niñas al interior de la casa. Les esperaba leche y un pastel de manzana recién hecho.

Todo era muy pacífico en la casa de los Thompson, pero Sybil, que entonces tenía siete años, estaba segura de que, en cuanto se fuese, la señora Thompson haría cosas terribles a Laurie, tal como hacían todas las madres.

La suposición de que su forma de vida era la normal no le daba ningún consuelo, ni disminuía la ira no expresada e impotente que la llenaba desde la infancia. Ira que había sentido cuando el odiado biberón de goma había reemplazado al pecho y cuando los gritos de la prisionera de once meses, atada a la silla alta, habían sido ignorados por la carcelera. Pero la ira más terrible, acumulativa pero reprimida, surgió con la creciente sensación de que no había escapatoria, de que no había forma de huir de la cámara de torturas. Y cuanto más intensa se hacía la rabia, más la reprimía. Y cuanto más la reprimía, mayores eran sus sentimientos de impotencia; y cuanto mayores los sentimientos de impotencia, mayor la ira. Era un círculo vicioso de ira, sin salida alguna.

Su madre la torturaba y aterrorizaba, y Sybil no podía hacer nada al respecto. Y, lo que quizás aún era peor, Sybil no se atrevía a dejar que nadie hiciera nada.

Sybil amaba a su abuela, pero ésta no había intervenido cuando su madre había dicho: «Abuela, por favor, no se acerque a Sybil. Está castigada.» Su abuela no había intervenido cuando su madre le había puesto la zancadilla mientras bajaba las escaleras. Su abuela había preguntado qué era lo que pasaba, y su madre había replicado: «Ya sabe lo torpes que son los niños. Se ha caído por la escalera.» La ira que Sybil sintió contra su abuela fue reprimida.

Su padre tampoco había intervenido. ¿No podía ver lo que significaban el abotonador, el hombro dislocado, la laringe fracturada, la mano quemada, la cuenta en la nariz, el silo de trigo, los ojos con hematomas, los labios hinchados? Pero su padre había rehusado ver.

Cuando Sybil lloraba y las persianas estaban levantadas, su madre siempre decía: «¿Y si viene alguien?» También había una rabia reprimida contra los vecinos que jamás venían, contra el abuelo Dorsett, que vivía arriba y no parecía saber lo que sucedía abajo, y contra el doctor Quinoness, que una y otra vez vio que a la hija de los Dorsett le habían hecho daño, pero que no intentó averiguar el porqué. Y luego Sybil reprimió la ira contra sus maestros que, de vez en cuando, le preguntaban qué era lo que iba mal, pero que jamás se preocupaban verdaderamente de averiguarlo. Sybil apreciaba especialmente a Martha Brecht, la profesora de séptimo, porque podía hablar con ella. Pero Sybil también se sintió defraudada con esta maestra porque, aunque parecía darse cuenta de que la madre de Sybil era extraña... incluso quizá que estaba loca, tampoco ella intervino. Aquella saga tuvo una secuela en la universidad, donde incluso la señorita Updyke, que parecía comprender, intervino para enviar a Sybil a casa, a la tortura.

Molesta con aquellos que no acudían en su rescate, Sybil, no obstante, invistió a la perpetradora de las torturas con una total inmunidad a la culpa. El culpable era el abotonador, o la boquilla de la lavativa, o los otros instrumentos de tortura. Por el contrario, la perpetradora, por virtud de ser su madre, a la que una tenía no sólo que obedecer sino honrar y amar, no debía ser culpada. Casi dos décadas más tarde, cuando Hattie, que se hallaba entonces agonizando en la ciudad de Kansas, comentó: «Realmente no debería haber sido tan mala contigo cuando eras niña», le pareció a Sybil incluso pecaminoso el solo hecho de recordar aquella eufemística maldad.

Los sentimientos de Sybil hacia su madre habían estado siempre complicados por el hecho de que el comportamiento de Hattie era paradójico. La misma madre que azoraba, avergonzaba y torturaba a su hija, cortaba ilustraciones de colores chillones de revistas y las pegaba en la parte inferior de la puerta del armario, para que estuviesen al nivel de la vista de Sybil. En el desayuno, aquella misma madre a menudo colocaba una «sorpresa» en el fondo del bol de cereal de su hija: ciruelas, higos, dátiles, todo aquello que agradaba en especial a la niña. Para animar a Sybil, que era inapetente, a que comiese, su madre convertía en juego el hacer que Sybil

adivinase lo que había en el fondo del bol. E insistía en que comiese hasta llegar al fondo para descubrir si su suposición había sido correcta. Hattie compraba platos infantiles decorados con figuritas, cubertería infantil grabada con las iniciales SID, que eran las de Sybil, y una silla que era más alta que las sillas normales de la cocina. Había juguetes por toda la casa y montones de buena comida que, según decía Hattie, los niños hambrientos de China darían cualquier cosa por poder comer.

En una ocasión en que Sybil, que tenía entonces cuatro años, fue lo bastante audaz como para replicar: «Pues lo pueden tener, si tú se lo mandas», Hattie le recordó a su hija:

- Tienes mucho de lo que estar agradecida: una bella casa, dos padres -la frecuente reiteración del *dos* irritaba invariablemente a Sybil-, y más atención que cualquier otro niño de este pueblo.

Una y otra vez, tanto en su niñez como durante su adolescencia, Sybil oyó multitud de variantes del «tienes mucho de lo que estar agradecida», seguidas de «y con todo lo que hago por ti, sigues sin apreciarlo; no puedes ir por la vida esperando que todo te caiga del cielo». Entonces, Sybil contestaba:

- Eres la mejor madre del mundo y trataré de ser mejor.

Y «la mejor madre del mundo», añadía:

- Paso mucho miedo cuando llegas tarde de la escuela, por temor que te haya pasado algo. -«La mejor madre del mundo» no permitía que Sybil nadase, fuese en bicicleta, patinase sobre hielo.- Si vas en bicicleta, te veo tirada por la calle, bañada en sangre. Si patinas en el hielo, podrías hundirte y ahogarte.

Hattie Dorsett pronunciaba solemnes discursos acerca del cuidado ideal de los niños. Nunca pegues a un niño, declamaba Hattie Dorsett, cuando sea posible evitarlo, y bajo ninguna circunstancia le golpees en la cara o cabeza. Hattie, que sabía muy bien cómo negar la realidad deformándola para que estuviese de acuerdo con sus fantasías, realmente pensaba lo que estaba diciendo. Era un pase mágico mental lo que le permitía disociar lo que hacía en realidad con lo que pensaba que hacía, separar la acción de la idea.

A Hattie le gustaba vestir a su hija y mostrarla a los visitantes. En un esfuerzo de mostrar la precocidad de la niña, la madre le hacía leer y recitar para los invitados. Si Sybil cometía un error, Hattie lo consideraba como una afrenta personal. Sybil pensaba: es como si madre lo hiciera, en lugar de yo.

«Mi querida Sybil», escribió su madre en el libro de autógrafos de final de curso de la escuela elemental, «vive para los que te aman, para los que te conocen bien. Por el cielo que sonrío encima de ti y el bien que puedes hacer. Tu amante madre.»

La amante madre de la vida de Sybil, sin embargo, no era la que realizaba constructivos juegos con el bol de cereales o que temía que su hija se ahogase o que la mostraba a los visitantes. La amante madre de Sybil era la que habitaba un mundo «imaginario», creado por la propia Sybil y en el que ésta hallaba el rescate que le era negado en el mundo real.

La amante madre del mundo imaginario vivía en Montana. En dicho estado, que Sybil jamás había visitado, pero que había adoptado imaginariamente como suyo, soñaba que tenía muchos hermanos y hermanas con los que jugaba.

La madre de Montana no escondía las muñecas de Sybil en el armario cuando ésta quería jugar con ellas, ni atiborraba a Sybil de comida, que luego le obligaba a eliminar con lavativas y laxantes. La madre de Montana no ataba a Sybil a una pata del piano, ni la golpeaba, ni la quemaba. La madre de Montana no decía que Sybil fuera rara o que sólo las niñas rubias eran bellas. La madre de Montana no castigaba a Sybil por llorar ni le decía que no se fiase de la gente, que no aprendiese demasiado, que nunca se casase para no tener un montón de niños a su alrededor. Esta buena

madre fantástica permitía que Sybil llorase cuando había un motivo para las lágrimas, y no reía cuando no había motivo para reír.

Cuando la madre de Montana estaba presente, Sybil podía tocar lo que quisiese en el piano. La madre de Montana no era tan sensible al ruido, y Sybil no tenía que sonarse la nariz o aclararse la garganta sin hacer el mínimo sonido.

Cuando la madre de Montana estaba allí, a Sybil le estaba permitido estornudar.

La madre de Montana no decía: «No serás una buena chica de mayor, si no eres buena ahora, de pequeña», ni hacía que Sybil tuviera dolor de cabeza con su falta de ética. La madre de Montana jamás decía: «Nadie te ama excepto tu madre», sólo para probar luego ese amor infligiendo dolor.

La madre de Montana no vivía en una simple casa; vivía en un hogar, en donde Sybil podía tocar las cosas, y donde no tenía que pasar el estropajo por el lavabo cada vez que se lavaba las manos. Allí Sybil no tenía que estar buscando continuamente alguna forma en que comunicarse con su madre, en que cambiarla, en que ganar, si no su amor, al menos su afecto. La madre de Montana era cálida y amorosa, siempre besaba a Sybil, la abrazaba. Hacía que Sybil se sintiese deseada.

En el hogar de la madre de Montana a Sybil no le decían: «Eres muy superior a tus amigos», al mismo tiempo que también le decían: «No sabes hacer nada; jamás serás nadie; nunca serás como mi padre. Mi padre fue un héroe de la Guerra Civil, alcalde de su pueblo, un músico de talento. Lo era todo. Ningún hijo mío, ningún nieto suyo, debería ser como tú. Diablos, ¿de dónde te saqué?»

El origen de la furia

El comportamiento de Hattie Dorsett, tal como aparecía en el análisis de su hija, le parecía claramente esquizofrénico a la doctora Wilbur. Por otra parte, la doctora estaba convencida de que su madre esquizofrénica era la causa de la disociación de Sybil en múltiples personalidades. Por consiguiente, parecía esencial sondear en lo que había causado dicha esquizofrenia y desenredar lo que había convertido a Hattie en lo que era.

En la narración de las visitas de Sybil, durante dos semanas cada verano hasta la edad de nueve años, a la gran casa blanca de Elderville, Illinois, que era el lugar de nacimiento de Hattie Anderson Dorsett, la doctora pudo encontrar algunas pistas.

La enorme casa de los Anderson alojaba a una familia de trece hijos (cuatro niños y nueve niñas). Winston Anderson, el padre, que era muy respetado en el pueblo y un autócrata en casa, no sólo exigía a su prole un respeto y una obediencia totales, sino también una precisa atención individual. Aileen, la madre, al tener que dividirse entre tantos hijos, tenía poco tiempo para ninguno de ellos. Claramente, a los hijos les faltaban cuidados maternos.

Hattie, una muchacha alta y delgada de cabello marrón ondulado y ojos azul grisáceo, cuyas notas de la escuela elemental eran invariablemente sobresalientes, que escribía poesía y cuyos maestros de música consideraban tanto su habilidad que apoyaban su sueño de ir al conservatorio de música y convertirse en pianista de concierto, vio hundirse sus ambiciones cuando llegó a los doce años de edad. En aquel momento, su padre la sacó de séptimo grado para ponerla a trabajar en su tienda de música. Iba a reemplazar en la tienda a una hermana mayor, que la había dejado para casarse.

No había justificación económica para hacer que Hattie abandonase sus estudios, ni argumento plausible para pedirle que renunciase a sus sueños.

- El alumno más brillante de su clase. Uno de los mejores estudiantes que jamás haya

tenido -dijo la maestra del séptimo grado-. Es un crimen sacarla del colegio.

- Un extraordinario talento musical -decía la monja que era la maestra de piano de Hattie-. Llegaría muy lejos si se le diera una oportunidad.

Sin embargo, la oportunidad no le fue dada. Y la escena en que le había sido negada vivía en el recuerdo de Hattie.

Todo comenzó una tarde cuando Winston, con su chaqueta guateada, estaba sentado en su sillón fumando uno de sus cigarros especiales.

- No vas a ir a la escuela mañana -le anunció abruptamente a Hattie. Sus ojos, negros como el carbón, estaban clavados en ella-. Vas a trabajar en la tienda.

Nadie le contestaba al padre, y Hattie sabía muy bien que no debía intentarlo. Simplemente, comenzó a reír. La risa cacofónica continuó creando ecos por la casa incluso después de que hubo ido a su cuarto y cerrado la puerta. Cuando su familia estuvo ya durmiendo, bajó a la sala de estar y, buscando la chaqueta púrpura guateada, que se hallaba en un armario del vestíbulo, le cortó las mangas. Al día siguiente, hubo preguntas, pero ella fingió ser inocente y salió de casa para caminar las cuatro manzanas que la separaban de la tienda. Winston compró una nueva chaqueta de estar por casa, idéntica a la anterior.

Uno de los trabajos de Hattie en la tienda era mostrar pianos. Improvisando música que realmente no estaba en la partitura, incrementaba las posibilidades de venta de la mercancía de su padre. Cuando algún cliente, lo bastante astuto como para detectar la diferencia, regresaba a quejarse, Hattie, con el rostro completamente serio, protestaba: «Toqué lo que estaba allí.» Cuando la tienda estaba vacía, tocaba y tocaba. Los Jueves, después del trabajo, se encaminaba al convento para su lección de música. El sueño de Hattie se había desmoronado, y la misma Hattie cayó enferma con el baile de San Vito, que la hacía estremecerse y convulsionarse. Tenía componentes nerviosos. La neurosis se hizo tan virulenta que los miembros de la familia tenían que quitarse los zapatos antes de subir las escaleras, para no molestar a Hattie, y los platos tenían que ser colocados sobre la franela porque Hattie no podía soportar su tintineo. Aunque estas concesiones eran desproporcionadas comparándolas tanto con la falta de cuidados maternos como con la privación educativa, fueron mantenidas, sin embargo, durante todo el tiempo que duró la fase aguda de la enfermedad de Hattie.

Devolviendo el golpe de su sueño perdido no con una rebelión abierta o con un enfrentamiento directo, sino a través de pequeños actos malévolos y bromas pesadas, Hattie se convirtió en el *enfant terrible* de la familia. Una de sus trastadas habituales estaba relacionada con la tarea de Hattie de llevar las vacas a casa desde el pasto que se hallaba en las afueras de Elderville. Perdiendo el tiempo camino de casa, se detenía a visitar a amigos por el camino, mientras tanto las vacas como la familia Anderson esperaban.

Otra jugarreta estaba específicamente dedicada a Winston, que era director del coro metodista y que había asignado a Hattie la tarea de bombear los fuelles del órgano de la iglesia. Un Domingo, Hattie se marchó antes del último himno, dejando sin aire tanto al órgano como a su padre. Resplandeciente en su chaqueta estilo Príncipe Alberto, Winston Anderson alzó la batuta mientras el coro se preparaba para el himno. Sus ojos color negro carbón despidieron llamaradas cuando el único sonido que surgió del órgano fue el silencio.

Hattie volvió a contraatacar cuando su padre estaba iniciando la cincuentena y comenzó a sufrir los efectos de una herida que había recibido durante la guerra. Una bala que le había entrado en un hombro durante su servicio en la Guerra Civil no le había sido extraída jamás, y afectaba a su circulación, haciendo que las piernas se le hinchasen y se volviese tan pesado que eran necesarias dos personas para alzarlo.

Cuando comenzó a beber para aliviar el dolor, su esposa e hijos organizaron tal escándalo que ya no hubo ni una gota de licor en la casa. Y cuando, a pesar de todo, Winston logró conseguir licor por su cuenta, la familia eligió a Hattie para que averiguase el cómo. Al descubrir una hilera de botellas detrás del piano, la detective, preguntando triunfalmente: «¿En qué otro lugar iba a esconder una botella un músico?», logró avergonzar al padre que la había avergonzado a ella.

La paradoja de la ira de Hattie fue que durante la vida de su padre y tras su muerte enterró su resentimiento contra él, transformándolo en idealización, idolatría y una unión patológica, que resultaba evidente cuando acariciaba la chaqueta de estar por casa, que guardaba como recuerdo.

Sin embargo, y atravesando ocasionalmente la armadura protectora de la memoria supracompensante, estaba el hecho de que Hattie a veces decía que echaba las culpas de sus «problemas» sobre su padre. Aunque jamás definían cuáles eran sus problemas, todo el mundo que la conocía sabía que tenía problemas. Estos problemas estaban plasmados en una fotografía de la revista *Mc Call* que Hattie había cortado y conservado junto con otros recuerdos en su inmensa colección de cosas guardadas. La fotografía era de una mujer atractiva en pie junto a una verja.

El pie de la misma decía: «No, no la amaban en especial. Ella lo notaba.»

No siendo amada, Hattie Anderson Dorsett era incapaz de amar. Desprovista de cuidados maternos, se convirtió en otra persona incapaz de facilitar esos cuidados. Una solitaria, aislada en una gran familia, más tarde aisló emocionalmente a su única hija. La ira, resultante del sueño frustrado de una carrera musical, fue la herencia del medio ambiente, que, transmitida de generación en generación, eventualmente hizo de Sybil su blanco.

La herencia emotiva recibida por Sybil de Winston Anderson, que murió antes de que ella naciese, pero que le era presentado como una figura mitológica, se convertía así en triple. Como recipiente de la furia reprimida de Hattie contra Winston, Sybil, que no podía igualar la imagen idealizada que de él tenía su madre, era también víctima de la idolatría que sentía Hattie por su padre y del reprimido conflicto entre la idealización de su padre y el echarle las culpas por todo. A causa de este conflicto Hattie le aseguraba a su hija que todos los hombres eran unos inútiles.

Otros ingredientes del síndrome familiar de los Anderson eran también instrumentales en este caso. La interacción Winston-Hattie era un fragmento dependiente de la neurosis superior de la familia.

Aileen, la madre, a la que Hattie mencionaba como «una mujer maravillosa, una mujer extraordinaria», no revelaba ningún problema emocional particular, excepto quizá su pasividad al permitir que su esposo tiranizase a la familia. Con todo, debió de haber algún problema, para haber originado dificultades emotivas en todos sus hijos, que a su vez engendraron problemas emotivos en los suyos. (Uno de los nietos de Winston y Aileen se suicidó.)

Cuatro de las hijas de los Anderson, incluyendo a Hattie y a su hermana mayor, Edith, que tiranizaba a todas las chicas de la familia, eran igualmente volubles y agresivas. Cuatro de las otras eran demasiado dóciles, demasiado calladas, demasiado desentendidas, y las cuatro se casaron con tiranos. Fay, la más joven de las hijas, mostraba la neurosis de la familia llegando a un peso de casi cien kilos.

Hattie y Edith eran muy similares en constitución física, aspecto y actitud. Posteriormente, iban a mostrar los mismos síntomas: fuertes dolores de cabeza, una presión sanguínea muy alta, artritis, y lo que vagamente era denominado *nerviosismo*. En Hattie, el nerviosismo se convirtió en virulento tras la aplastante experiencia de ser arrancada de la escuela. No se sabe si Edith se convirtió en una esquizofrénica, o en qué punto lo hizo Hattie. Pero resulta claro que Hattie lo era a

los cuarenta años, en el momento de nacer Sybil.

Los hijos de Edith tenían una diversidad de enfermedades psicosomáticas, incluyendo úlceras y asma. Su hija se sentía enferma con dolencias indefinidas hasta que se convirtió en una fanática religiosa, se unió a un grupo de curanderos por la fe y anunció orgullosamente su vuelta a la salud. A pesar de ello, la hija de la fanática religiosa sufrió de una rara enfermedad sanguínea, y fue semiinválida durante toda su vida. La hija de uno de los hijos de Edith tuvo casi todas las enfermedades físicas de Hattie y sus actitudes emocionales, aunque en un grado más benigno.

Aún más importante en lo relacionado con la germinación de la enfermedad de Sybil fue el que dos miembros de la familia -Henry Anderson, el hermano más joven de Hattie y Lillian Green, la nieta de Edith-, daban pruebas de poder tener personalidades múltiples, o al menos dobles.

Henry a menudo salía de casa, desaparecía y no podía regresar a causa de un ataque de amnesia que le hacía olvidar su dirección o su nombre. En una ocasión cayó enfermo de neumonía. Deliraba cuando un miembro del Ejército de Salvación lo encontró. En aquella ocasión, gracias a la tarjeta de identificación hallada durante un cacheo rutinario, el voluntario del Ejército pudo devolverlo a Elderville.

Lillian, que se casó y tuvo tres hijos, a menudo se alejaba de su familia sin previo aviso. Tras un cierto número de tales episodios, su esposo contrató a un detective para seguirla y traerla a casa.

Harry y Lillian suministraban algunas evidencias que podían aconsejar adscribir la enfermedad de Sybil a una predisposición genética, pero la doctora Wilbur siguió convencida de que el origen, inducido por su madre, no se encontraba en los genes sino en el medio ambiente de su niñez.

La casa de los Anderson en Elderville no parecía ser ninguna incubadora de neurosis. Pues en Elderville, que Sybil visitaba cada verano, se producía una clara interrupción de las irritadas tiranías y persistentes perversiones de Hattie. Allí parecía que los confines del mundo imaginario de Sybil se extendían para abarcar la misma realidad; la realidad se transformaba tanto que era paralela a algunos de los aspectos de su mundo de los sueños.

Allí tíos y tías besaban y abrazaban a Sybil, la alzaban en el aire, la escuchaban atentamente cuando cantaba o recitaba para ellos, y decían que todo lo que llevaba a cabo era maravilloso.

Ninguna visita estaba completa sin que Sybil fuera al cine, donde su tía Fay tocaba el piano en aquella época, antes de que apareciesen las películas habladas. Sentada en el banquillo del piano junto a su tía en el cine vacío, tocando suavemente las teclas para que no sonaran, Sybil hacía ver que estaba interpretando música para las películas. Luego, quedándose en la sesión de tarde mientras Fay tocaba, Sybil la miraba y se hacía la ilusión de que era su madre.

Hasta que no era el momento de volver a Willow Corners, no se daba cuenta Sybil de lo mucho que deseaba permanecer en Elderville. Un verano se volvió hacia su tía Fay y le dijo:

- ¿Por qué no me dejas quedarme contigo?

Acariciando el cabello de Sybil y desrizándose, Fay replicó:

- Eres una Dorsett. Tu lugar está con los Dorsett. Volverás el verano que viene.

En dos ocasiones durante las nueve maravillosas vacaciones de verano, sucedieron cosas en Elderville que hicieron desplomarse la ilusión del mundo imaginario.

Un Domingo de Julio de 1927, Sybil y su prima Lulu estaban en la cocina de la casa de los Anderson, ayudando a su tía Fay a lavar los platos de la cena. La tía Fay, que veía a Lulu continuamente y a Sybil sólo dos semanas durante el verano, prestaba

más atención a Sybil que a Lulu. Cuando la tía Fay salió del cuarto para llevarle té a la abuela Anderson, Lulu y Sybil continuaron su trabajo en silencio. Pero Sybil, que estaba secando cucharas soperas de plata, no podía apartar la vista de los bellos reflejos arco iris de la bandeja de cristal tallado que Lulu estaba secando. Entonces, de repente, los arco iris estuvieron atravesando la habitación cuando la bandeja, que Lulu lanzó contra la puerta de cristal que separaba la cocina del comedor, flotó en el aire. En el pánico que siguió al estrépito del cristal roto, a Sybil le latió la cabeza, y la habitación pareció dar vueltas.

La destrozada puerta fue abierta por tíos y tías quienes, atraídos al lugar por el estrépito, estaban mirando la bandeja. Esta yacía en el suelo del comedor, hecha pedazos.

Los adultos miraron a las niñas; éstas les devolvieron la mirada. «¿Quién lo hizo?», estaba escrito en aquellos rostros acusadores, que se movían compulsivamente de los minúsculos pedazos de cristal del suelo hasta los aterrorizados rostros de las dos niñas. Al intensificarse el pesado silencio, Lulu anunció:

- ¡Lo ha hecho Sybil!

- Lo has roto -se oyó la voz acusadora de Hattie, dirigida a Sybil.

- Vamos, Hattie -intervino Fay-. Es sólo una niña. No quería hacer nada malo.

- ¿Nada malo? Santo cielo, Fay, tú misma puedes ver que no lo ha dejado caer. Lo ha lanzado con mala intención. ¿Cómo habré tenido una hija como ésta?

Sybil estaba con los ojos secos, pero Lulu comenzó a llorar:

- Sybil -entonaba Lulu entre lágrimas-. Fue Sybil.

Entonces la hija de Hattie se dirigió hacia la ventana del comedor, la golpeó con los puños y suplicó:

- Dejadme salir. Oh, por favor, dejadme salir. No lo he hecho. Fue ella. Es una mentirosa. Dejadme salir. Por favor. ¡Por favor!

- Sybil se había convertido en Peggy Lou.

- Ve a tu habitación -ordenó Hattie-. Siéntate en tu silla en el rincón, hasta que te llame.

(Sybil olvidó el incidente de la bandeja, pero fue una escena que Peggy Lou no sólo recordaba, sino que revivió muchas veces. En Nueva York, entre Octubre de 1954 y Octubre de 1955, durante el primer año del análisis, Peggy Lou, que había roto una ventana en la oficina de la doctora Wilbur durante aquel período, también había destrozado cristalería antigua por un valor de dos mil dólares en tiendas de la Quinta Avenida. Con cada estrépito, reaparecía Sybil y le decía al dependiente: «Lo lamento mucho. Lo pagaré.»)

El otro episodio inquietante de Elderville tuvo lugar durante aquel mismo Junio de 1927. Hattie estaba en el patio, riendo en su forma especial. Oyendo el sonido familiar, Sybil se alzó de la mesa de la cocina, dio un largo paso hacia delante para mirar por la ventana y vio que su madre estaba fuera, junto al establo. Oyó de nuevo la risa.

Sybil vio que su primo Joey y su tío Jerry estaban a un metro y medio de distancia de su madre. Llevaban una caja que Sybil había visto sobre la mesa de la cocina. La tía Fay, que en aquel momento llegó hasta la ventana, se puso junto a Sybil. Avergonzada de la extraña, enloquecedora y no motivada risa de su madre, especialmente en presencia de parientes a los que siempre trataba Hattie de ocultarla, Sybil se estremeció y se dio la vuelta.

- Entremos, Sybil -dijo Fay suavemente-. Tocaremos un dueto.

- Luego -respondió Sybil, que no podía apartarse de la ventana.

Entonces Sybil oyó a su tía Fay llamar por la ventana a Joey y Jerry, diciéndoles algo acerca de que hablasen con Hattie. La voz de Joey llegó del patio:

- Déjala tranquila, Fay.

Sybil sabía que Hattie era la tía favorita de Joey, y que estaba tratando de protegerla. Un ataúd, pensó Sybil mientras miraba la caja que estaban alzando Joey y Jerry. Era más pequeño que las cajas y ataúdes que a menudo veía en la funeraria de la parte de atrás de su casa, en Willow Corners... Fue Marcia la que completó el pensamiento: la caja es lo bastante grande como para contener a mamá.

Quedándose muy quieta, Marcia continuó meditando: las cajas crecen como los árboles y la gente. La caja se hará mayor y será lo bastante grande como para que quepa mamá. Pero Marcia notaba que debería haber salido a impedir que Joey y Jerry colocaran la caja en el carro, que debería haber estado preocupada por su madre, y que no lo estaba porque deseaba ver a su madre muerta.

No obstante, Marcia no podía haber sabido que el deseo de que muera la madre es, algo que frecuentemente se da en las niñas pequeñas, entre las cuales el afecto principal se dirige hacia el padre. Marcia no sabía que este deseo surge porque las niñas pequeñas encuentran en sus madres molestas rivales en el afecto de sus padres.

Sin embargo, cuando Hattie, que habitualmente se comportaba bien en Elderville, reía como lo hacía en Willow Corners, el deseo de su hija, impulsado por una nueva ira, venía acentuado.

A causa de la intensa sensación de culpa que este deseo hacía surgir, Marcia apartó el deseo de sus pensamientos y devolvió el cuerpo a Sybil, que no sabía nada de la pequeña caja de Marcia que se hacía grande.

Willard

En sus solitarias meditaciones acerca del caso Dorsett, la doctora Wilbur repasaba una y otra vez la evidencia existente acerca de la extraña aventura de una niña que había sido violada, sometida a abusos sexuales, privada de una niñez normal y así llevada hasta la psiconeurosis por la más paradójica de las razones: para poder sobrevivir. No obstante, todos los hechos reunidos provenían de una sola fuente: Sybil y las personalidades de ésta. Se necesitaban otros testimonios, comprendió la doctora Wilbur, para comprobar la veracidad de sus hallazgos.

La madre estaba muerta. Aparte de la misma paciente, era obvio que el padre era el único testigo con el que podían ser verificados los casi tres años de análisis. Por ello, en Abril de 1957, después de que la doctora hubo examinado minuciosamente todos los datos existentes acerca de la relación madre-hija, decidió introducir a Willard Dorsett en el caso. Sybil le pidió que viniera a Nueva York.

Tanto la doctora Wilbur como Sybil hubieran tenido más esperanzas de que Willard Dorsett hubiera venido a Nueva York desde Detroit -donde vivía a sus setenta y cuatro años de edad, felizmente vuelto a casar y aún trabajando- si aquélla hubiera sido un tribunal de la ley y no de las emociones humanas. Willard Dorsett, cuya relación tanto con su hija como con la doctora se había puesto tensa, quizá no quisiese venir.

Willard ya había manifestado su pensamiento: con sus 34 años, Sybil era demasiado mayor para que él siguiera manteniéndola, a pesar de que, cuando se le había acabado el dinero a los dos años de estancia en Nueva York, había aceptado pagar sus gastos para que pudiese continuar su tratamiento. (Aunque había iniciado el análisis sin que él lo supiera, le había informado al respecto al final del primer año.)

La doctora se sentía inclinada a considerar esta ayuda como el pago de una deuda, la deuda de un padre a una hija que, a través del análisis, estaba luchando, literalmente, para llegar a ser ella. La ayudaba a regañadientes, y en forma irregular. Y sin

embargo, en aquel estadio de su vida ella no tenía ninguna cuenta bancaria, ni trabajo permanente, y sus únicas fuentes de ingresos eran las ocasionales ventas de sus pinturas, su trabajo esporádico como maestra, y un empleo de tiempo parcial, intermitente, como terapeuta artística en un hospital de Westchester. La doctora pensaba que la obligación de Willard Dorsett hacia Sybil era también la deuda de un padre que había malgastado el dinero de su hija. Había vendido el piano de Sybil, el mobiliario de su dormitorio y varias de sus pinturas sin consultarla, y sin entregarle el dinero obtenido de esas ventas. Incluso le había hecho pagar la mitad de los gastos del funeral de su madre. La actitud de la doctora se había exacerbado cuando Willard había fallado en el envío de uno de los cheques mensuales de Sybil, un fallo que era más perturbador porque era la repetición de un episodio que había tenido lugar en los días escolares de Sybil. El que su padre no le hubiera enviado el dinero, junto con las prohibiciones de pedir nada prestado con las que la habían educado, la obligaron a vivir durante cinco semanas a base de naranjas y pastas, racionadas a dos por día.

Ambos episodios hacían que Sybil creyese que su padre le daba cosas bajo presión o por un sentido del deber, y no porque sintiese afecto por ella. Notando su depresión en el episodio actual, la doctora Wilbur escribió a Willard Dorsett diciéndole que lo que había hecho había causado angustia en su hija, que no estaba en situación de soportarla. Él replicó que era un hombre muy ocupado, que no siempre podía cuidar de todos los detalles. Tampoco le preocupó el que la doctora llevara tiempo sin ser pagada por el tratamiento. Vicky la informó de que había dicho: «La doctora Wilbur es una rica psiquiatra de Park Avenue. Que se aguante por esta vez.»

El Willard Dorsett de 1957, que había escrito que estaba demasiado ocupado para preocuparse por su hija, era claramente el mismo hombre que había surgido hasta ahora en el análisis, demasiado preocupado tras su mesa de dibujo, rodeado y aislado por el sonido de sus herramientas. El hecho de que dicho aislamiento era casi completo parecía ser puesto en evidencia por este diálogo que surgió durante el análisis.

- Vicky -había preguntado la doctora-, ¿no vio nunca el señor Dorsett las atrocidades que la señora Dorsett infligía a Sybil?

- Le preguntaba a Sybil: «¿Qué te pasa en el brazo?» o cualquier otra parte de la anatomía que tuviera dañada -había replicado Vicky-, y luego se alzaba de hombros y se limitaba a marcharse.

Antes de que hubiera pasado el suficiente tiempo como para que Willard contestase a la carta de Sybil, ésta encontró una carta suya en el buzón. Temerosa de leerla mientras estaba sola porque varias de sus cartas la habían hecho convertirse en otra (como decía la doctora) o «desvanecerse», como ella seguía describiéndolo, esperó hasta que Teddy Reeves volvió a casa.

La carta decía:

Querida Sybil:

Frieda acaba de recordarme que ya era hora de escribir a Sybil. Frieda se está volviendo cada vez más Dorsett. Me ha dicho varias veces que está disfrutando de la vida. Si me lo preguntas, pienso que ya era hora de que, por una vez en su vida, fuese así. Me alegra verla feliz. Recibimos tu carta ayer. Siempre nos gusta saber de ti. Esperamos que esta parte del curso no sea tan difícil ni te dé mucho trabajo. Espero que te vaya bien en los exámenes. ¡Ja!

Mi trabajo va bien. El tiempo ha sido frío. Es bueno estar en casa un par de días cada semana. Pero me alegra estar aún lo bastante bien como para poder tener un empleo y ganarme la vida. Parece que habrá mucho trabajo

el año próximo. A Frieda aún le gusta su trabajo. La Seguridad Social ha sido aumentada en un 7%, así que ahora ha aumentado lo que cobro. Ahora, recibo 104 dólares por mes. Me ayuda mucho. Me alegra haberme metido en la Seguridad Social. Eso fue hace ya muchos años. Me estoy volviendo viejo. Acabo de ver «Lassie» en la TV, y ahora tengo que irme a la cama. Me he de levantar pronto. No hay noticias. Así que por el momento, adiós. Tu Pa, Willard.

Sybil no sentía ninguna molestia fuera de lugar, sólo una aceptación irónica de la preocupación de su padre por Frieda y él mismo y un divertido darse cuenta de que su énfasis en la Seguridad Social, como el maná del cielo que impedía que cayese en la pobreza, era una forma recóndita de recordarle que no era ningún Rockefeller. Era propietario de su casa y otras tres edificaciones, tenía una sustanciosa cuenta corriente, y estaba obteniendo unos buenos ingresos, suplementados por el salario de Frieda, pero deseaba que Sybil creyese que la miseria de la Seguridad Social representaba un ingreso de crucial importancia.

También había la divertida particularidad de que firmase Willard, cosa que no había hecho nunca antes. Periférico, desentendido, de pronto mostraba una repentina informalidad, en un gesto bonachón de aceptación e intimidad.

En aquella ocasión, Sybil pudo seguir siendo ella misma. El que lo pudiera hacer tras menos de tres años y medio de análisis, indicaba una creciente madurez, una aceptación del tipo de situaciones que en el pasado habían ocasionado una disociación.

Con su nariz por delante, como el gran pico córneo de un pájaro de presa, Frieda Dorsett entró en el taller de su esposo, situado en el sótano de su espaciosa y confortable casa de las afueras de Detroit. Sin decir palabra, la esposa le entregó a su marido una carta y partió inmediatamente entre el cliqueteo de sus tacones de aguja. Diez minutos más tarde los tacones volvieron cliqueteando al lugar y, hablando por encima del ruido de las herramientas, Frieda gorjeó:

- ¿Es de *ella* la carta? -los delgados labios de Frieda temblaban ligeramente, y su rostro se estremecía de un modo casi imperceptible-. Se ve que te preocupa.

Willard se alzó de hombros, y luego dijo:

- Hablaremos de ello mañana.

- ¿Qué dice? -el gorjeo fue renovado en tono ascendente. A Frieda Dorsett no le gustaban las mujeres, y la hija de su esposo no era ninguna excepción, especialmente dado que Sybil representaba una amenaza. El año de matrimonio con Willard representaba la primera felicidad real que había conocido Frieda, que ahora tenía cincuenta y siete años; y no iba a someterse a ninguna interferencia, real o imaginada, de aquella hija.

Los padres de Frieda, que eran tremendamente acuciantes, la habían casado a la edad de catorce años con un hombre de treinta y uno. A los dieciséis había dado a luz un hijo. Karl Obermeyer, su primer esposo, era muy convincente en la iglesia de Willard, pero a ella no la había convencido, y encontró asombroso tanto su matrimonio como el parto. Cuando Karl murió, de un ataque al corazón, cuando tenía treinta y ocho años, ella tuvo una serie de asuntos amorosos, se convirtió en contable y acabó por mantenerse ella y a su hijo. Siempre le había dolido el que su inteligencia fuera muy superior a su educación, y tras la muerte de su esposo había comenzado a leer y estudiar en un intento de lograr una autoformación.

Habiéndose hecho a sí misma, se dedicó a conseguir a Willard... algunas gentes decían que por dinero, otras que por amor. Se conocieron en San Francisco en 1949,

pero no se habían casado hasta 1956. Cuando él se había trasladado a Detroit, ella también había ido allí, tomando un apartamento contiguo al suyo, preparado sus comidas, cuidado de su ropa y de él cuando había estado enfermo. Willard, que en San Francisco le había dicho a Sybil que no quería volver a casarse y que no se casaría con Frieda, aunque había sido una buena compañera, le escribió poco más tarde a Sybil a Nueva York sobre su cambio de idea. «Me parece», le explicó, «que voy a tener que casarme con Frieda, porque siempre está en mi apartamento, y eso no es de muy buen ver».

Aún persistente, Frieda aconsejó con timidez:

- Willard, Sybil es una chica enferma. Tú eres aún un hombre vigoroso y saludable. Debes pensar en ti, antes que en nadie -Frieda dejó que su mano se deslizase sobre la palma de Willard, manteniendo los dedos en ella un instante-. Prométeme que no dejarás que *ella* interfiera en tu felicidad.

- Nuestra felicidad -le respondió él lenta y pensativamente. Se alzó de su silla y caminó por el sótano-. Pero amo a mi hija y siempre he tratado de ser un buen padre.

- A veces pienso que lo intentas con demasiadas fuerzas -replicó con aire decisivo Frieda-. Y que *ella* no intenta lo bastante ser una buena hija.

- Es un genio, Frieda... una muchacha brillante y muy dotada -le contestó él, muy convencido-. A pesar de cualquier otra cosa que sea.

- Entonces, ¿por qué no se consigue un trabajo como cualquier persona? ¿O, por qué no se casa? Si me dejase a mí, yo le conseguiría un marido. ¿Por qué no usa tacones altos? ¿Por qué lleva un reloj de hombre? Me gustaría ponerle pintalabios, acortarle las faldas y rizarle el cabello.

- La doctora, la doctora -murmuró Willard-. Pero ya no puede durar mucho. Espero que Sybil esté pronto bien y se gane la vida.

- ¿Qué te ha escrito? -gorjeó Frieda insistentemente.

Hubo una pausa tensa.

- Quizá tenga que ir a Nueva York. Ya veremos -replicó con lentitud Willard, mientras desaparecía su resistencia-. Bueno, no me podré levantar por la mañana si no me voy ya a la cama.

Con su metro setenta y ocho de altura, Willard Dorsett tenía una figura imponente. Andaba muy tieso y su rostro era atractivo y de osamenta fina. Su cabello era sedoso y de un blanco translúcido, y no había perdido ni un solo pelo ante los asaltos del tiempo. Su rostro confiado mantenía un aire juvenil y unos colores muy sanos; sus dientes, sin mancha alguna, estaban todos intactos. No habiendo tomado jamás un bocado de carne o un sorbo de alcohol, había mantenido su figura y pesaba poco más de lo que pesaba el día en que había abandonado los estudios universitarios. Su voz, que era suave y baja, y su negativa a discutir, aun cuando alguien intentase provocarle, reflejaba su convicción de que era pecaminoso el mostrar sentimientos. La expresividad de sus largos y esbeltos dedos no estaba en consonancia con su alejamiento general. Su nariz respingona era la nariz de Sybil, la insignia de los Dorsett.

Los dedos eran la marca externa de una naturaleza sensible y artística, que se expresaba construyendo edificios mejores que los de sus competidores y hallaba un escape en una diversidad de intereses estéticos. En la universidad había estudiado oratoria y canto. En Willow Corners había cantado como tenor en el coro de la iglesia y el club del pueblo, y había organizado un excelente cuarteto masculino. Tocaba la guitarra al estilo español y tenía un interés tan ávido en la música clásica que, a pesar de que su confesión se oponía a las cosas mundanas, había comprado uno de los primeros fonógrafos de Edison. También le interesaba la economía, tenía un

verdadero sentido de responsabilidad comunal, y era muy respetado en cada lugar en el que había vivido. Era casi literalmente adorado por los hombres que trabajaban para él.

Perfeccionista en su trabajo, Willard deseaba hacer las cosas a la perfección no sólo por el trabajo en sí, sino porque creía que cuando la gente contemplase la perfección de su trabajo, ésta glorificaría a Dios. Contemplando su trabajo, la gente sentía respeto por él, y en la calle a menudo oía el deferente y asombrado comentario: «Ese es Willard Dorsett», que le complacía y le divertía un tanto. Ja, pensaba, siendo un Dorsett, tengo una buena mente y podría haber hecho mucho más con ella si no hubiera pasado cincuenta años de mi vida en Willow Corners. Deseando usar aquella mente suya, se sentía en la gloria cuando se encontraba con gente muy educada, dotada y que había viajado mucho.

La compulsión que convertía a Willard en un perfeccionista en su trabajo también lo hacía ser muy meticuloso en los detalles, y esta preocupación por los detalles a menudo bloqueaba la comunicación.

- No puedes decir que es la mitad más grande -le explicaba a Sybil-. Si es la mitad, es una mitad. ¿Cómo puede ser la mitad y más grande al mismo tiempo?

La compulsión lo convertía también en un esclavo del hábito. Su comida estándar durante veinte años fue dos bocadillos de huevo frito y un trozo de pastel de manzana.

De una inteligencia superior a la normal, Willard también tenía unas limitaciones y una candidez superiores a las normales. Era un hombre inteligente en un ambiente primitivo, un hombre que se sentía anonadado porque Joey, el sobrino de Hattie, se atrevía a fumar en la casa de los Dorsett, un hombre que se inclinaba lo bastante ante la sabiduría convencional como para escribir en el libro de autógrafos de su hija: «La veracidad, honestidad, amabilidad, pureza y templanza son las más grandes virtudes del mejor de los hombres.» De hecho, su mente era una curiosa mezcla de intereses humanísticos y rigidez puritana. Su puritanismo era una amalgama de Willow Corners, la iglesia, la era victoriana y su desmedida reacción contra los locos años veinte, que consideraba como una indicación de la decadencia moral de la civilización, un presagio del fin del mundo.

Hombre intensamente religioso, se adhería rígidamente a las doctrinas de su fe fundamentalista y era tan literal en su lectura de las Escrituras que, a diferencia de algunos miembros de su confesión más sofisticados, por ejemplo el Pastor Weber, su mentor de Omaha, se tomaba las predicaciones de su iglesia acerca del fin del mundo tan al pie de la letra, que toda su vida la pasó al borde del precipicio del inminente fin del mundo. La misma iglesia y la congregación de Willow Corners, a la que pertenecía, se convirtieron en algo tan inquietante para él que, a pesar de seguir observando sus doctrinas hasta la última coma, dejó la iglesia durante catorce años.

Quizá su huida de la iglesia fuera también una huida de su padre, un beligerante y aburrido hombre de un metro ochenta, con huesudas facciones y una barba de chivo, quien, habiendo sido luchador en su juventud, encontró en la iglesia una buena válvula de escape para su agresividad y hostilidad. Aubrey Dorsett, el padre de Willard, era hijo de Arnold y Theresa, que llegaron a Willow Corners como empleados de granja y cuyos hijos, además de Aubrey, fueron Thomas, Emmanuel, Frederick y Theresa II.

Aubrey, que era un beaturrón, hallaba en los delirios evangélicos, los aullidos incontrolados y los aleluyas entonados con extática pasión el sustituto para el mal vocabulario que no podía utilizar, dado que era un hombre piadoso. Sus desvaríos evangélicos en la primera fila de la iglesia tenían su contrapartida frente a la oficina de Correos de Willow Corners, en donde Aubrey discursaba contra los «romanos» y

el «cornudo de Roma» (el Papa), denunciando a los odiados católicos ante la multitud reunida. Aubrey Dorsett predecía el fin del país si alguna vez un católico llegaba al poder. No sólo hostil contra los odiados romanos sino también contra los miembros de su propia congregación, y en realidad contra todo el mundo, incluyendo a su propia familia, Aubrey buscaba el talón de Aquiles de todos los que le rodeaban, y a menudo lo explotaba en público con un vigor verbal que igualaba a sus hazañas físicas de los días en que se dedicaba a la lucha. Luego, habiendo descubierto y hurgado en la herida, procedía a salvar el alma de su víctima.

Un blanco muy especial era Mary, con la que Aubrey se había casado de rebote y a la que siempre estaba vejando comparándola con Val, el amor de su vida, que lo había rechazado. En diversas ocasiones, durante su matrimonio, encargaba la dirección de su serrería a un subordinado, y desaparecía silenciosamente para ir a reunirse con Val en Nueva York. Luego, regresaba para pavonearse de su infidelidad ante Mary.

Como padre, Aubrey exigía una obediencia ciega y obligaba a sus tres hijos -Theresa III, la primogénita, Willard, el segundo, y Roger, dieciocho meses más joven que Willard-, que sonriesen en todo momento, como le correspondía a un cristiano, y que nunca riesen, pues esto era pecaminoso. Aunque sus tres retoños tenían temperamento musical, Aubrey jamás les pidió que cantasen o tocasen. Temía que, si lo hacían, caerían en el pecado del orgullo. No deseaba que sus hijos fueran unos «cabezas hinchadas».

Avergonzado por la beligerancia de su padre, Willard recurrió a la pasividad. Molesto por los aléluyas arengantes de su padre, por su agresión y su brusquedad, Willard se retiró a una concha de silencio. Incapaz de verse a sí mismo en la imagen de un padre que lo azoraba y del que estaba avergonzado, el padre con el que su propia naturaleza artística y sensible se hallaba en conflicto, Willard se identificó en cambio con su gentil y artística pero pasiva madre. Y la identificación con su madre era responsable de la naturaleza paradójica del periférico Willard Dorsett.

Incuestionablemente masculino, sexualmente vital a pesar de sus profesadas rigideces puritanas, atractivo para las mujeres y lascivamente perseguido por éstas durante los nueve años en los que fue viudo, un hombre que pensaba y trabajaba con cemento y ladrillos, Willard también tenía una faceta claramente femenina. De niño y adolescente a menudo ayudaba a su madre en el trabajo casero. Ponía fruta y verduras en conserva, y luego le enseñó a Hattie aquellas habilidades. Cosía, y se pagó sus estudios universitarios trabajando como sastre, y luego cosió todas las ropas de bebé de Sybil. Tenía un excelente gusto para la decoración interior y, respetando ese gusto, Hattie había confiado en él para la decoración de su primer hogar.

Por otra parte, la identificación de Willard con su madre no sólo ayudó a moldear su personalidad, sino que afectó su elección de una compañera. Como Aubrey Dorsett, Hattie Anderson Dorsett era abiertamente agresiva, siempre conspicua y claramente cruel. Willard se casó con su padre en forma femenina.

De hecho, tanto Willard como su hermano Roger parecían haberse casado con su padre. De alguna manera, ambos hermanos consiguieron hallar mujeres extrañas y de fuerte carácter, llamadas las dos Henrietta. Como Willard, también Roger se casó con alguien que no era de su confesión. La esposa de Roger fue una enfermera católica, con la que se casó probablemente como rebelión contra los histéricos sentimientos anticatólicos de la gente de su propia iglesia, especialmente su padre. La Hattie de Roger fumaba cuando ninguna otra mujer de Willow Corners se atrevía a hacerlo, y usaba colorete y lápiz de labios, lo que era una afrenta para sus parientes fundamentalistas. Pero su verdadera excentricidad yacía en la originalidad de su trabajo nocturno. En su tiempo libre, aquella Hattie Dorsett tenía un garito de juego y una casa de citas para monjas en el sótano de su casa de piedra roja de Rochester,

Minnesota. Incluso suministraba a las monjas una ropa discreta para darles facilidades en su camino mundano. Roger no quería saber nada de ambos negocios, pero se decía que llegó a tener relaciones carnales con algunas de las monjas.

Aquella Hattie tuvo dos hijos, pero no le gustaba tener chicos, y deseaba quitarle a Sybil a su madre. La motivación, que nunca quedó muy clara, probablemente giraba alrededor del hecho de que siempre deseó tener una hija, pero también pudo estar basada en una comprensión de la situación en que se hallaba Sybil. Como enfermera psiquiátrica, es posible que aquella Hattie pudiera darse cuenta de que su cuñada era incapaz de criar a un niño.

La hermana de Willard, Theresa III, no se casó con alguien como su padre; reaccionó en contra de él y contra el ambiente total convirtiéndose en una solitaria neurótica y excéntrica. De adolescente, Theresa había amado y fracasado; luego había culpado de este fracaso a sus hermanos. A la edad de cuarenta años se casó con un viejo rico y se trasladó a su granja, en otro estado. Regresó a Willow Corners sólo en dos ocasiones después de eso, primero cuando su madre tuvo un ataque al corazón, y de nuevo cuando murió. En su casa, en la granja, escandalizaba a los vecinos usando ropa de hombre, y en la iglesia, que siempre iba detrás de ella por su dinero, no dando ni cinco. El dinero, que ni Theresa ni su esposo confiaban a los bancos, estaba esparcido en diversos agujeros y escondrijos por toda la enorme granja. En el momento del hundimiento de la economía en 1929, aquellos bancos caseros no les fallaron. Cuando Willard y Roger perdieron los bosques madereros en los que Theresa había invertido con ellos, ésta les pidió su dinero. A causa de las viejas heridas ocasionadas por su fracasado romance juvenil, los hermanos hipotecaron sus casas para que Theresa pudiera cobrarse su «libra de carne». Luego, cuando estuvo en posesión de la hipoteca de la casa de Willard, Theresa decidió que sus padres debían ocuparla. No tuvo reparo alguno en ordenarle a Willard y a su familia que se marchasen.

Rodeada de riqueza, Theresa actuó como una mendiga tras la muerte de su esposo. Cerrando todas las habitaciones de la granja excepto una, se retiró a esa estancia, que era calentada en invierno únicamente por una pequeña estufa de petróleo. En los últimos años de su vida, Theresa se reconcilió con Willard. Tras la muerte de Hattie, Willard y Sybil visitaron a Theresa. Sybil, que sólo había visto a su tía Theresa en dos ocasiones anteriores, comprendió ahora por qué la gente la confundía con Theresa y por qué su padre la llamaba a menudo con ese nombre.

Willard era aún más suave y bajaba aún más la voz de lo habitual, mostrándose casi reverente, cuando hablaba acerca de su madre. Se convertía en casi dogmático y empleaba una voz fuerte al hablar de su padre y de Tom, el hermano de éste, tranquilizándose de nuevo al referirse a Roger y Theresa. Willard siempre había tenido unos extraños sentimientos acerca de su hermano y su hermana (Roger murió a la edad de cincuenta y seis años), y nunca le fue fácil a Willard ni recordarlos ni olvidarlos.

Willard, que tenía una personalidad más fuerte que Roger o Theresa, erigió una concha protectora contra las perturbaciones domésticas, pero eso no quería decir que fuese débil. Silencioso, pero fuerte, no era infrecuente que hiciese prevalecer su voluntad. Enfrentado con el hecho de que tanto su esposa como su hija tenían problemas emocionales, Willard se había absuelto a sí mismo en lo referente a responsabilidad hereditaria por la enfermedad de su hija. Willard se convenció de que su padre era agobiante y Theresa una excéntrica, pero que ninguno de ellos estaba emocionalmente perturbado. Observando a los descendientes de los cuatro hermanos de su padre, tenía que admitir algunas extrañezas en el clan, pero se apresuró a atribuir esas extrañezas a las familias de las personas con que se habían casado sus tíos.

Por ejemplo, su tío Thomas, que tenía toda la tierra y el dinero que quería, tuvo cinco esposas, a tres de las cuales las enterró y otra lo abandonó. Fueron las esposas, pensaba Willard, las culpables, y no el tío Tom. La primera esposa de Tom enloqueció, perdió el cabello y las uñas, se volvió de un color blanco alabastro y murió de una parésia generalizada. Bernard, el hijo de este matrimonio, era muy voluntarioso de niño y, aunque bastante indolente de adulto, se había convertido en un inventor. La primera frase que su hijo, también llamado Bernard, le dijo a su madre fue: «Te mataré.» Y según contaban las malas lenguas, realmente la mató su comportamiento. Luego, Bernard Jr., el hijo de Bernard, fue hospitalizado como esquizofrénico.

Frances Dorsett, la esposa de Frederick, tío de Willard, y Carol, una hija de dicho matrimonio, estaban sujetas a frecuentes depresiones como parte de una psicosis maníacodepresiva. Pero, dado que esta enfermedad tenía una tendencia familiar muy fuerte, Willard tenía un buen pretexto para afirmar que Carol había heredado ese gen de su madre, y no de los Dorsett. Y como Frances y Carol entraban y salían de los hospitales del estado y visitaban frecuentemente a la familia de Willard cuando estaban fuera, éste a menudo le preguntaba a Sybil si le preocupaba ser parecida a su tía Frances y a su prima Carol. Luego, como si aún no hubiera hecho bastante daño, le recordaba:

- No tienes por qué preocuparte. No son Dorsett.

Naturalmente, toda esta historia familiar era bien conocida por Sybil. Y, lo que es aún más importante, se daba clara cuenta de las necesidades y temores de su padre. Así, mientras esperaba en Nueva York una carta de Detroit, tenía dos temores: que no viniera y que viniera. Noche tras noche, una y otra vez, durante su período de impaciente espera, soñó:

Caminaba a través de una gigantesca casa, buscando a su padre, o, en la misma casa, él la buscaba a ella, o ambos se buscaban el uno al otro. Iba de habitación en habitación en un frustrante registro, sabiendo que su padre estaba en algún lugar, pero sabiendo también que no podría hallarlo.

- Deberías contarle a tu padre en tu sueño -le dijo durante el análisis la doctora Wilbur-, que lo andas buscando. El sueño expresa un ansia sexual por él, dado que era seductor para ti, pero también expresa una negación de ese deseo.

Sybil admitió que se había dado cuenta de ciertos impulsos sexuales hacia su padre cuando éste hablaba con ella acerca del sexo.

- Hay algunas cosas acerca del sexo para las que aún no tengo respuesta -decía, por ejemplo, cuando estaba saliendo con Frieda-. Vosotros, los jóvenes, sabéis mucho más del sexo de lo que nosotros nunca supimos.

Desde luego, quedaba bien claro para la doctora que Willard había estimulado sexualmente a Sybil no sólo cuando era adulta, sino también de niña, tanto en la prolongada escena primigenia como con sus negativas de contacto físico cuando se había convertido en lo que él denominaba «demasiado mayor».

Otro sueño:

Unos hombres la perseguían con intenciones sexuales. Su padre no estaba allí para rescatarla. Continuaba la persecución y también la falta de rescate.

Habiendo esperado durante mucho tiempo que su padre interviniese en su favor, que llegase en su rescate, Sybil de nuevo esperaba. Y, al ir pasando los días sin una

respuesta a aquella carta, quedó atrapada en una red de sensaciones ambivalentes. Las sensaciones hubieran sido más simples si Willard hubiera sido el típico padre rechazante. Por el contrario, tenía una relación con él, una relación en la que habitualmente le había fallado por su pasividad, pero que venía profundizada por unos acentuados deseos edípicos y por una gran afinidad de gustos.

Cuando un crítico de arte de St. Paul, Minnesota, le había asegurado a Willard que el talento pictórico de Sybil era genuino, se había mostrado muy orgulloso de su trabajo. Incluso se había cuidado de mandar enmarcar sus pinturas. Cuando el padre y la hija miraban juntos un cuadro, eran como dos ojos mirando la misma obra. Entre ellos había un nexo, una sintonización, reforzada por dos sucesos de la infancia.

Primero, cuando Sybil sólo tenía seis semanas de edad, la había atacado una enfermedad en el oído medio. Nadie había podido descubrir qué era lo que le pasaba, y sólo se sentía reconfortada cuando su padre la tenía en brazos. Por casualidad, cuando esto ocurría, siempre estaba sentado junto a la estufa de la cocina. El calor, que ella asociaba con su padre, la había aliviado: comenzó así la unión con éste.

Segundo, dado que era incapaz de identificarse con su madre, que abusaba de ella y la hacía sentirse avergonzada, Sybil se había visto compelida más y más a identificarse con su padre. Tenía que tener a *alguien*, y se había persuadido a sí misma de que su padre era la figura de la que podía depender, especialmente dado que no se asemejaba a los Anderson, sino a los Dorsett.

Así, a un nivel consciente, Sybil siempre había protegido la imagen de su padre, aunque había ocasiones en que aquella imagen no era una fortaleza invencible.

«En la universidad», escribió Sybil en su diario cuando estaba estudiando, «yo tenía compañeros de cuarto, compañeros de clase, una supervisora y un consejero. El consejero, el doctor Termine, era gordo y alegre. Llevaba bigote. Era cálido, era como el padre que jamás tuve. Siempre tenía tiempo para hablar conmigo. ¡Era tan diferente!».

Y cuando la doctora Wilbur le había preguntado directamente a Sybil: «¿Te ama tu padre?», Sybil le había dado una contestación con reservas: «Supongo que sí.»

Así que la espera de la respuesta de Willard Dorsett fue larga.

Tercera Parte: Dejar de ser

Confrontación y verificación

A las cuatro de la tarde del 4 de Mayo de 1957, Willard Dorsett entró en la sala contigua a la consulta de la doctora Wilbur: un hombre seguro de sí mismo, complaciente, a la defensiva, pasivo e inalcanzable, que se tomaba a la ligera sus responsabilidades.

Unos diez minutos más tarde, su armadura defensiva había comenzado a mostrar grietas y se empezaba a tambalear. Se secó la frente ansiosamente con un pañuelo recién almidonado mientras, sentado en la pequeña silla verde frente al escritorio de la sala de consultas, se daba cuenta de que las preguntas que le estaba haciendo la doctora Wilbur no eran las que se había imaginado. Esperaba preguntas acerca del status de Sybil como mujer de treinta y cuatro años, sola en Nueva York, intentando sanar. En lugar de ello, la doctora lo estaba llevando de regreso a Willow Corners y a los años de su matrimonio con Hattie. El año con Frieda había sido una buena época, un velo que ocultaba no sólo Willow Corners sino también Omaha y la ciudad de Kansas. Pero ahora la doctora estaba rasgando aquel velo, centímetro tras terrible centímetro.

La ansiedad de Willard venía intensificada por la incomodidad de encontrarse en presencia de la doctora Wilbur tras la voluminosa correspondencia que, en los últimos meses, había pasado entre ellos acerca de las finanzas de Sybil. Había tenido que obligarse a sí mismo a ir allí. Ahora que lo había hecho, se daba cuenta de que la doctora no era la misma mujer que había conocido en Omaha.

Sin embargo, no comprendía las razones del cambio. En Omaha no era aún una psicoanalista, y la visión psicoanalítica da una gran importancia al poder determinístico de la niñez. En Omaha la doctora no sabía que Sybil tenía una personalidad múltiple, y no tenía la riqueza de información que Sybil y las otras personalidades le habían ido revelando... Información que condenaba a Hattie y apuntaba a Willard con un dedo acusador, como causantes de la génesis de la enfermedad de Sybil. Fue principalmente para comprobar la verdad de la teoría de que Hattie y Willard habían jugado un papel básico en el nacimiento de la enfermedad, por lo que la doctora había urgido aquella reunión.

Y, sin embargo, había otro propósito. El tono creciente insatisfactorio y evasivo de las cartas de Willard y sus omisiones en el apoyo financiero y psicológico a Sybil resultaban asombrosos para la analista de su hija. Fuera cual fuere su papel en el pasado, la doctora Wilbur estaba firmemente convencida de que, en el presente, se había condenado a sí mismo.

Como analista, la doctora Wilbur se reservaba el juicio sobre el pasado, pero como amiga de Sybil estaba decidida a obligar a Willard a que asumiese una mayor responsabilidad como padre. Por consiguiente, contemplaba la entrevista tanto como una búsqueda de verificación de la culpabilidad paterna inicial como una confrontación con su padre que, en la actualidad, le estaba fallando a su hija. La doctora estaba determinada a no ahorrar palabras, ni a reprimir el tono acusatorio en sus afirmaciones que, dadas las circunstancias, le surgía con gran naturalidad.

Midiendo a Willard Dorsett, le resultaba claro que la única forma en que podría obtener la verificación que andaba buscando era tomando la ofensiva y llevando a cabo un ataque directo.

- ¿Por qué, señor Dorsett- preguntó la doctora-, siempre confió todo el cuidado y educación de Sybil a su esposa?

Willard Dorsett no era un hombre que se estudiara a sí mismo o que contemplase a

los que lo rodeaban para sopesarlos o medir sus sentimientos. En Willow Corners había sido un hombre muy atareado, que permanecía fuera de casa desde el alba hasta el anochecer. No había conocido todos los detalles de su vida doméstica y creía que no se podía esperar de él que los hubiese conocido. ¿Cómo, se preguntaba, podía responder a preguntas acerca de detalles tan lejanos y tan olvidados?

¿Que por qué siempre había confiado a Hattie todo el cuidado y educación de Sybil? Se limitó a alzarse de hombros como respuesta. La pregunta le parecía sin sentido. Era como preguntarle a un carnicero por qué vende carne o a un campesino por qué planta maíz. Una madre *tenía* que cuidar de su hija.

¿Se había dado cuenta de que el comportamiento de Hattie era peculiar? Se movió nervioso en su silla y se puso a la defensiva. Cuando finalmente habló, fue para decir:

- La primera señora Dorsett fue una mujer maravillosa, brillante y de talento -dudó.

- ¿Y. .. ? -preguntó la doctora.

Enrojeció.

- Bueno -dijo-, tuvimos muchos problemas. Financieros y de otro tipo. Las cosas fueron duras para Hattie. En algunas ocasiones, se mostraba difícil.

- ¿Sólo difícil? -inquirió la doctora.

- Bueno, estaba nerviosa.

- ¿Sólo nerviosa?

Se secó la frente, cambió de posición.

- Tuvo algunas temporadas malas.

- ¿Es cierto que tuvo una temporada mala en el campo, cuando Sybil tenía seis años?

Apartó los ojos, y finalmente dijo que sí.

- ¿Es cierto que cuando salió de su depresión bajó por la colina con el trineo de Sybil?

Se estremeció mientras decía:

- Sí. Sybil debe haberle dicho que era una gran colina. Ya sabe cómo es la imaginación infantil. Pero la colina no era demasiado grande, en realidad. -Tenía una forma casi cómica de agitarse mientras trataba de no enfrentarse con la realidad de la pregunta.

- Pero, ¿es cierto que su esposa bajó por aquella colina, fuera grande o pequeña, montada en un trineo de niño, riéndose? ¿Qué pensó usted de su comportamiento en aquella ocasión? -La doctora estaba atrapándolo en una admisión de los hechos.- ¿Cree que era seguro, señor Dorsett, permitir que aquella mujer extraña y nerviosa, que pasaba por lo que usted llama malas épocas, tuviera la responsabilidad exclusiva de criar a su hija?

En lugar de contestar directamente, Willard murmuró, sin responder:

- Hattie era extraña.

- Era más que extraña, señor Dorsett. Si lo que me han dicho es cierto, era más que nerviosa.

El bombardeo de recuerdos hacía girar la habitación. Cada recuerdo, surgiendo del enterrado pasado, reavivaba el apagado y triste dolor de sus manos, la consecuencia de la neuritis que había sufrido después de perder su fortuna.

- Bueno -explicó Willard-, Hattie y Sybil nunca se llevaron bien. Yo pensaba que una madre y una hija deberían estar muy juntas, y me molestaban sus discusiones. Cuando se peleaban yo acostumbraba decir: «Hattie, ¿por qué no descansas un poco o partes algunas nueces?» Yo tenía la esperanza de que Hattie y Sybil se llevaran bien, con el tiempo.

- Eso fue cuando Sybil tenía quince años -le recordó la doctora al padre-. Pero, ¿no hubo ciertas cosas que sucedieron mientras era una niña, incluso cuando era un bebé, que no podrían haber sido solucionadas partiendo nueces?

- Debe usted de saber algo que yo no conozco -replicó defensivamente, jugueteando

con sus uñas.

La doctora deseaba saber si tuvo conocimiento de que, de niña, Sybil sufrió un inusitado número de accidentes. Molesto, él le contestó con rapidez:

- Naturalmente, tuvo accidentes, como cualquier otro niño.

¿Recordaba alguno de esos accidentes? No, no podía decir que los recordase. ¿Se acordaba de que Sybil había tenido un hombro dislocado, una laringe fracturada?

- Bueno, sí -replicó, apretando sus delgados labios.

¿Cómo había sucedido aquello?

No respondió, pero las involuntarias contorsiones de su rostro traicionaron su inquietud.

Enrojeciendo, finalmente dijo:

- Jamás vi a Hattie ponerle a Sybil la mano encima:

¿Recordaba las quemaduras de las manos de su hija, los hematomas de sus ojos?

- Sí -respondió lentamente y con aire remoto-. Me parece recordar esas cosas, ahora que me hace pensar en ellas -enrojeció aún más y añadió-: Después de todo, no las vi suceder. Debieron de tener lugar cuando estaba fuera de casa.

¿Recordaba la cuenta en la nariz de Sybil? Replicó defensivamente:

- Sybil se metió la cuenta en la nariz. Ya sabe cómo son los niños. Siempre se meten cosas en la nariz y en los oídos. Mi esposa tuvo que llevarla al doctor Quinones. Él le sacó la cuenta.

Y, entonces, la doctora preguntó inquisitiva:

- ¿Es eso lo que le dijo su esposa?

Willard Dorsett juntó las manos como para reafirmar su propia compostura y presentó alguna resistencia, diciendo:

- Sí, Hattie me lo dijo. No tenía por qué dudar de ella.

La doctora Wilbur insistió:

- ¿Qué le dijo su esposa acerca de la laringe y el hombro? ¿Dijo que Sybil se había fracturado su propia laringe y dislocado ella misma el hombro?

Sabía que se esperaba una respuesta de él, pero tomó su tiempo en pensar sobre la pregunta de la doctora.

- Bueno -dijo al fin-, no puedo recordar exactamente lo que dijo Hattie. Pero siempre me decía que Sybil se caía mucho. Supongo que jamás pensé acerca de cómo sucedían esas cosas, ahora que me lo pregunta. La ignorancia es una de mis culpas.

- ¿Y el silo de trigo sobre su taller de carpintero?

Cerró los ojos, como si haciéndolo pudiera ocultarse de los horrores que habían sido evocados. Abrió los ojos e hizo acopio de valor para escuchar. Sí, recordaba bien aquel incidente.

- ¿Cómo se imagina que se había metido Sybil allí dentro, recogiendo además la escalera?

Sabía que tal cosa no podía haber sucedido, pero lo que Hattie le había dicho vino en su ayuda. Le dijo a la doctora:

- Fue culpa del matón del pueblo.

- ¿Realmente cree que fue él? -preguntó la doctora.

- Bueno -respondió lentamente Willard-, el chico dijo que no sabía de lo que le estaba hablando.

- Entonces, ¿quién tuvo la culpa? -insistió la doctora.

El edificio de la autocomplacencia de Willard Dorsett estaba desplomándose, y él se hundió en la silla. Normalmente su voz era baja y suave. Ahora, apenas audible, murmuró:

- ¿No sería Hattie?

Era un momento importante. Como un molusco, Willard Dorsett siempre había

permanecido dentro de su concha, aislado en el mar privado de sus propias preocupaciones. Se había mostrado muy resuelto en seguir el sendero de la conformidad, rehusando mirar en cualquier otra dirección. Ahora, el molusco, fuera del mar, estaba siendo hervido en agua caliente, y su concha se partía. Los muchos años de aislamiento y negativa a ver, de no querer saber, convergieron en un momento de repentina comprensión en el que, por instinto y un gigantesco ejercicio de la memoria, Willard Dorsett llegó a creer que *Hattie* había subido a Sybil al silo de trigo; que *Hattie* había sido responsable de la laringe fracturada de su hija, de su hombro dislocado, de sus diversas quemaduras, de la cuenta en la nariz.

- ¿No sería Hattie? -repitió Willard en un aterrorizado murmullo. Esta vez, sin embargo, fue para convencerse a sí mismo-. Oh, misericordioso Señor, ¿no sería Hattie?

Tenía la cabeza baja. Estaba rezando.

- *Hattie* -replicó la doctora Wilbur-, si lo que Sybil me ha dicho es cierto.

Willard se preguntó qué era lo que tenía que decir ahora. Miró los cortinajes verdes y luego a la doctora. Cerró los ojos pero sólo momentáneamente, pues la doctora estaba diciendo:

- Señor Dorsett, hay algunas cosas que Sybil dijo que pasaban a primera hora de la mañana...

Había sido atrapado en una confrontación que estaba despedazando la paz que había logrado asegurarse, a última hora, para sí mismo con Frieda, después de que los recuerdos de Willow Corners, Omaha y la ciudad de Kansas, hubieron sido enterrados.

- A primera hora de la mañana... -estaba diciendo la doctora, y a medida que contaba las torturas rituales matutinas, notó cómo se iba agostando interiormente. Cuando se refirió al abotonador, de nuevo bajó la cabeza. Era un momento de revelación.

- Por eso Sybil gritaba tanto los Sábados -murmuró-, cuando tratábamos de abotonar sus zapatos de piel blanca.

Luego, pensando aún en los alaridos de angustia de su hija ante el abotonador que le evocaba un indecible dolor, dijo que aquello que acababa de ser descrito estaba más allá de su comprensión. Dijo también que había estado alejado de casa y no podía saber lo que allí sucedía. No podía ni imaginarse, añadió, por qué pudieron tener lugar aquellas cosas.

La atmósfera era como lava surgiendo de un volcán, a medida que Willard Dorsett repetía y repetía:

- No lo sabía. ¿Cómo podía saberlo, si nadie me lo dijo? Creía en Hattie -luego, añadió algo que era en parte autodefensa y en parte confesión-: Estaba tan abrumado por Hattie, que no pensé.

- Piense, señor Dorsett -le pidió la doctora-. ¿Puede decirme si alguna de estas cosas de las que Sybil me informó tuvieron realmente lugar? Hay heridas y cicatrices internas que dan credibilidad a su relato.

Qué momento tan terrible tengo que vivir, pensó Willard mientras sacaba el pañuelo del bolsillo de la chaqueta de su traje de franela gris y se secaba las gotitas de sudor que se acumulaban en su frente. El silo de trigo y el abotonador eran la evidencia innegable en la cadena de sus recuerdos. Podía *oír* el penetrante alarido de su hija a la vista de aquel inocente abotonador. Y las cicatrices y heridas también constituían una prueba. Dobló cuidadosamente su pañuelo y lo volvió a colocar en el bolsillo de la chaqueta. Luego miró directamente a los ojos de la doctora, viendo, por primera vez, el pasado completo.

- Doctora -dijo finalmente con voz muy baja-, estoy seguro de que los recuerdos de Sybil son bastante exactos en todos los aspectos. No sabía acerca de estas cosas, pero

ahora que miro al pasado, recuerdo la mayor parte de esas lesiones físicas. Hubo ocasiones en las que, después de que ocurriesen, Sybil tuvo que guardar cama, y su abuela, mi madre, la cuidaba. Con su abuela, Sybil se encontraba muy bien. -Se detuvo en seco, al darse cuenta de lo que había dicho. Luego, resumiendo, explicó:- No sabía acerca de esas cosas, pero, conociendo a Hattie, sé que fue totalmente capaz de hacerlas -y luego añadió con una extraña objetividad, desprovista de toda emoción-: Estoy seguro no sólo de que fueron posibles, sino de que sucedieron.

Era un momento álgido, del tipo que los dramaturgos clásicos griegos describían como una *peripezia*: el momento en que la acción de un drama asume un rápido y catastrófico nuevo giro, se invierte. Como testigo, corroborando la verdad del testimonio de Sybil acerca de las atrocidades que la doctora Wilbur ya consideraba como la fuente de la multiplicidad de personalidades, Willard Dorsatt también se había incriminado a sí mismo. Su admisión de que Hattie era totalmente capaz de las atrocidades que se le atribuían equivalía a una confesión de que, al no lograr proteger a su hija contra una madre peligrosamente destructora, había sido cómplice de las acciones de ésta. Eso era precisamente lo que la doctora Wilbur sospechaba.

Ahora resultaba indiscutible que las violentas tiranías de aquel padre no neurótico (la doctora estaba convencida de que él estaba libre de neurosis), consistentes en blandas evasiones, el alzamiento de hombros que apartaba la preocupación, la retirada, durante toda la vida, al interior de su cascarón, habían colaborado para hacer que Sybil buscara una solución psiconeurótica a la intolerable realidad de su niñez. La madre era la causa de que Sybil tuviera una personalidad múltiple, pero el padre, ahora ya estaba segura de ello la doctora Wilbur, a través del pecado no de comisión sino de omisión, era una importante fuente asociada. La madre había atrapado a Sybil, pero el padre, aun cuando Sybil nunca lo había acabado de admitir por sí misma, le había hecho sentir que no había escape de aquella trampa.

La doctora dijo simplemente:

- Señor Dorsett, acaba usted de decirme que considera a la madre de Sybil totalmente capaz de las atrocidades que hemos discutido. Entonces, para repetir una pregunta anterior, ¿puedo preguntarle por qué permitió que su hija fuera criada por ella?

Dudó entre contestar o guardarse la autoincriminación que, inevitablemente, implicaría una respuesta.

- Bueno -replicó, mientras medía sus palabras-, a una madre le compete cuidar de criar a sus hijos.

De nuevo, la concha se cerraba a su alrededor.

- ¿Incluso, señor Dorsett, cuando esta madre estuvo a punto, al menos en tres ocasiones que puedo recordar ahora, de matar a su hija?

Ruborizado, a la defensiva, replicó:

- Hice lo que pude.

Luego, le contó a la doctora Wilbur cómo había llevado a Hattie a ver a un psiquiatra en la Clínica Mayo de Rochester.

El doctor de allí había diagnosticado que Hattie era una esquizofrénica, y había dicho que, aunque no tenía que ser hospitalizada, debía ser tratada como paciente externa.

- Hattie sólo vio a ese doctor una vez -comentó Willard-. No volvió a ir porque dijo que lo único que hacía era mirarla.

La doctora Wilbur se sintió a un mismo tiempo complacida y perturbada por este nuevo dato. La diagnosis del otro psiquiatra confirmaba la suya. Era una confirmación que hacía doblemente creíbles las atrocidades como parte del comportamiento de una esquizofrénica. Esto, junto con las observaciones de Willard Dorsett, significaba que la doctora ya tenía la verificación que había estado buscando. Ya no tenía que seguir dudando como lo había hecho hasta el momento, a pesar de

que las diversas personalidades de Sybil le habían dado idénticas narraciones acerca de las atrocidades de Hattie, pues eso en sí no constituía una confirmación. Una y otra vez la doctora había rechazado la evidencia, basándose en que todas las personalidades pertenecían al inconsciente de Sybil y que, a pesar de que la mente consciente a menudo no sabe lo que está haciendo el inconsciente, éste absorbe lo que tiene lugar conscientemente. Lo que las otras personalidades habían dicho *podía*, por consiguiente, no haber sido más que un eco de Sybil, un eco de una fantasía de Sybil acerca de las torturas, de sus imaginaciones sobre la crueldad, o incluso una perversa memoria pantalla. Naturalmente, las heridas y cicatrices internas eran un dato objetivo, pero siempre había existido la posibilidad, aunque fuera remota, de que hubieran sido autoinfligidas. Pero ahora, ya no había por qué seguir interrogándose. No se podía dudar de la veracidad de lo narrado.

Por otra parte, la visita de Hattie Dorsett al psiquiatra de la Clínica Mayo era preocupante porque parecía afirmar el hecho de que Willard Dorsett había permitido, a sabiendas, que su hija fuera criada por una persona a la que se había diagnosticado como esquizofrénica. Como explicación, Willard Dorsett sólo dijo:

- Era su madre. Jamás soñé que una madre pudiera hacerle daño a su hija.

Era un eco de un estereotipo perenne. O, quizá, más torvamente, era la misma voz elusiva con la que los alemanes, tras contemplar la matanza en masa de los judíos en los campos nazis de concentración, habían afirmado que no sabían nada.

La analogía era doblemente adecuada, ya que Sybil se había identificado con los judíos en los campos de concentración alemanes. Pensaba en su madre como Hitler, el torturador, y en sí misma como una judía torturada. Frecuentemente, Sybil soñaba que era prisionera de un campo y que su guardián era una mujer de cabello blanco: la imagen en sueños de su madre. Los pensamientos y los sueños recibían una mayor fuerza por el hecho de que Sybil pertenecía a un grupo religioso que pensaba en sí mismo como una minoría y que denunciaba desde el púlpito a los dictadores como la encarnación de las palabras proféticas que pueden hallarse en los libros de Daniel y de la Revelación en la Biblia: que un hombre malvado se alzaría y conquistará el mundo. Por cierto que, cuando finalmente Sybil había reasumido su existencia tras los dos años de predominio de Peggy Lou, fue para descubrir que un hombre malvado estaba negando la libertad a millones de personas, tal como su madre negaba la libertad a una.

La aversión que la doctora Wilbur había sentido por Willard Dorsett a causa de sus lapsus financieros con Sybil se convirtió en verdadera ira. La doctora Wilbur estaba convencida de que Willard Dorsett no había sabido nada porque no había querido saberlo. Al principio, había pensado en él como en los padres con que había tenido que encontrarse en otros casos, apartados, pasivos, dedicados a no saber los hechos que podrían preocuparles, demasiado bonachones para enfrentarse con las mujeres con que se habían casado, efectivos en sus negocios, pero inefectivos en su hogar. Era una enfermedad común a muchos hombres estadounidenses: el síndrome de la madre dominante y del padre recesivo que, frecuentemente, había sido revelado como la raíz de los problemas familiares.

No obstante, ahora la doctora creía que si bien todo esto era cierto en el caso de Willard Dorsett, el hecho principal a su respecto era que no había tomado ningún tipo de medida contra la más destructiva de las madres de que hubiera tenido conocimiento la doctora.

Por lo que conocía del comportamiento de Willard, tal como había sido revelado en el análisis, la doctora también sabía que le había fallado a Sybil en formas accesorias. A esos fallos pasó a continuación la psiquiatra.

Notando que Sybil estaba emocionalmente alterada, le dijo la doctora a Willard, él

había reaccionado como si no quisiera saberlo. Se había evadido a la cuestión no preguntándole jamás cuál era el problema cuando estaban solos y Sybil podía comunicarse libremente con él. En cambio, le había hecho preguntas frente a Hattie, o cuando obviamente no había tiempo para hablar. Le había hecho preguntas a Sybil durante los pocos momentos que estaba solo con ella mientras le llevaba los libros, o entre dos clientes en la tienda de ferretería.

En lugar de ir al núcleo del problema de su hija, lo había adornado y ahogado con sus preocupaciones propias. Estaba preocupado con el inminente fin del mundo, una cuestión tan real para él, que había abandonado sus estudios universitarios porque deseaba utilizar el tiempo que le quedaba (nunca supo exactamente cuánto iba a ser) no pasándolo en el campus, sino en el mundo «real». Y así, cuando Sybil había mostrado síntomas de depresión, había evadido el verdadero problema preguntándole: «¿Te preocupa el fin del mundo?» Le atormentaba el que Sybil pudiera ser como su prima, que había pasado largas temporadas en hospitales estatales. Por consiguiente, cuando Sybil estaba ansiosa, proyectaba su propia inquietud sobre ella preguntándole si estaba angustiada por la idea de ser como su prima.

Había recurrido a soluciones instantáneas y panaceas universales: por ejemplo, una guitarra para curar la enfermedad emocional para la que el doctor Quinones había recomendado acudir a un psiquiatra. Cuando Sybil se había quejado de que las cosas le parecían irreales, él se había reído de la queja con tono burlón y dicho: «El doctor Quinones te dará unas inyecciones y te pondrás bien.» También había apartado todas las preocupaciones de Sybil como imaginarias. Resumiendo: a través de una diversidad de estrategias de negativa, el padre había ignorado, dejado pasar y rehusado afrontar el problema constante que era la verdadera preocupación de su hija.

¿La verdadera preocupación? ¿Le había parecido alguna vez extraño el comportamiento de Sybil?, preguntó la doctora.

Sí, Willard recordaba que se habían dado ocasiones en las que Sybil no parecía ser ella misma, que, de hecho, a veces había resultado difícil decir cómo era ella, pues pocas veces Sybil parecía la misma. Era muy temperamental, y parecía ser mucha gente distinta. Sybil había parecido distinta, recordó el padre, después de que muriera su abuela o en el quinto grado (cuando Sybil olvidó cómo multiplicar, cosa que ya había aprendido) o en el sexto grado (cuando Willard fue llamado a la escuela porque, habiendo salido de clase, hallaron a Sybil en el cuarto ropero, hablando de una manera que no parecía la suya). También había veces, recordaba el padre, en que Sybil y él daban conciertos de guitarra o cantaban en el club local, en las que ella se olvidaba de la música que antes había conocido muy bien.

Según Willard, Sybil tampoco había parecido ser ella misma en Omaha cuando tropezaba con los muebles tras ser enviada a casa de la universidad y decía: «Sal de mi camino, quizá te haga daño.» Su comportamiento, dijo, había sido tan extraño en aquel tiempo que Hattie y él habían tenido que cerrar todas las puertas y ocultar las llaves. Ni tampoco había sabido qué hacer cuando, a veces, Sybil desaparecía.

- No sé qué fue lo que hice mal -dijo-, pero estoy seguro de que algo debió ser. Intenté ser un buen padre.

La lista de la doctora Wilbur de las cosas que había hecho mal era muy extensa. Además de lo que ya había sido mencionado, afirmó la doctora, él se había mostrado dubitativo acerca de todo, y sus dudas habían creado falsos temores en Sybil. Había tomado decisiones que la implicaban sin consultarla, y la había traicionado muchas veces. Un ejemplo de traición durante su infancia era que en el momento de extirparle las amígdalas no le había dicho lo que iba a suceder, sino que la había

engañado para llevarla a casa del doctor Quinones (cuyo piso superior hacía los efectos de clínica), diciéndole que pasaría el día jugando con los hijos de éste. Esta sucia mentira produjo tan intenso miedo en Sybil, que comenzó a luchar en el mismo momento en que la mascarilla de éter se aproximaba a su rostro. Su padre le sujetó las piernas, y ella continuó luchando durante toda la operación y, desde entonces, lo volvió a hacer siempre que cualquier asociación con esta traición entraba en su consciente.

El padre, que no era en todos los aspectos un padre rechazante y que tenía una cierta relación con su hija, a menudo hacía que Sybil se sintiese rechazada, principalmente cuando no le permitió estar presente en el servicio fúnebre de su abuela.

- Sólo lo hice para evitar a Sybil la agonía que esto le hubiera causado -explicó Willard.

- Pero -contestó la doctora-, fue mucho peor para Sybil notar que usted la había rechazado... y le causó una mayor agonía el que no se le permitiera expresar su dolor. También había sentido agonía y rechazo cuando tenía trece años y Willard, cansado de las quejas de Hattie de tener que vivir bajo el mismo techo que su padre, habló de alquilar una casa para que vivieran en ella Hattie y Sybil mientras él continuaba con su padre en el viejo hogar.

- Las chicas tienen que estar con su madre -explicó Willard.

Willard Dorsett, afirmó la doctora, había traicionado a su hija al no permitirle saltarse un curso (a pesar de que su C.I. era de 170 y era retrasada por los niños más lentos), por miedo a que la llamasen «sabihonda».

Cuando la doctora Wilbur acusó a Willard de haber deseado romper la amistad de Sybil con Danny Martin, que había tenido un efecto saludable en Sybil y que podría haber terminado en matrimonio, a causa de razones religiosas, el padre inició una retirada estratégica:

- No quería que Sybil fuera con ese chico, por su propio bien -dijo Willard-. Hice lo que creía correcto. No quería que se casase con alguien que no fuera de nuestra confesión y, si ella hubiera sido mayor, hubiera estado de acuerdo conmigo -tras lo que añadió-: De hecho, estuvo de acuerdo posteriormente con esta filosofía. Cuando un hombre con el que salía resultaba tener unas ideas religiosas distintas a las suyas, inmediatamente dejaba de verle. Sybil era muy devota.

Había razones que explicaban por qué Willard Dorsett había «hecho mal las cosas» que la doctora no comentó, pues con ello lo hubiera alienado para siempre. En el caso de Danny Martin, a la doctora le hubiera gustado decirle a Willard que había sacrificado la felicidad de su hija en el altar de una fanática preocupación religiosa. A la doctora también le hubiera gustado preguntar: ¿Qué cree que estaba tratando de decirle su hija cuando se subió a su cama y se metió entre usted y su esposa cuando estaban realizando el coito? Y también le hubiera gustado interrogar al padre acerca de cómo era posible que fuera tan hipócrita que predicase la «decencia» y que, sin embargo, creyese correcto y muy moral llevar a cabo sus actos sexuales durante nueve años, en presencia de su hija. Y, ¿cómo era que mientras hacía una montaña del que su hija fuera demasiado mayor a los dos años y medio para sentarse en sus rodillas, demasiado mayor para todas aquellas pequeñas intimidades que la hubieran hecho sentir que tenía un padre vivo, que respiraba, cómo era que luego le había seducido con palabras? La seducción verbal era una referencia oblicua al hecho de que, mientras cortejaba a Frieda, Willard a menudo había hecho comentarios a Sybil tales como: «Vosotros los jóvenes sabéis tanto más que nosotros acerca del sexo, que estoy seguro de que podrías explicarme unas cuantas cosas.»

Y, tal como la doctora Wilbur evitaba fumar o maldecir en presencia de aquel hombre modesto y puritano, también inhibía las preguntas que hubiesen puesto en duda su

puritanismo.

- Intenté ser un buen padre -repitió Willard Dorsett mientras estrechaba la mano de la doctora al final de una sesión que había durado dos horas. Sin embargo, sus palabras habían perdido la vieja cadencia de seguridad, y su armadura invencible se había derrumbado. La puerta se cerró tras un hombre que había quedado visiblemente estremecido.

Aún autoprotectivo, ansioso de recuperar el control sobre sí mismo y de anular el pasado que acababa de volver a él, regresó a Butler Hall y telefoneó a Frieda, mediante la cual podía conectarse con el presente. Naturalmente, en esta conversación no mencionó el terrible encuentro, a pesar de que la confrontación iba a producir resultados inmediatos. Nunca más, durante todo el tiempo que vivió, dejó de pasar el primero de mes sin que Sybil recibiera un cheque de su padre.

Poco después de que Willard concluyese su conversación con Frieda, sonó el teléfono interior y le dijeron:

- Su hija y una amiga de ésta le están esperando.

- Sí, sí, aguardaba su llegada -replicó-. Díales que ahora mismo bajo.

En el vestíbulo, Sybil, que llevaba un traje chaqueta de gabardina azul y una blusa roja, estaba esperando con Teddy Reeves. De repente sacó pecho, comenzó a silbar una tonada, y caminó con soltura apartándose de Teddy. Acercándose a Willard, que caminaba hacia ella, Sybil le dijo con voz firme y clara:

- ¿Por qué nunca me llevas a un partido de fútbol?

Era un momento de inseguridad, y Willard fue llevado de nuevo a una noche en que se escuchaban martillos clavando clavos en su taller de carpintería de Willow Corners. Preguntándose quién podría estar allí a esa hora, decidió investigar. En el taller de carpintería había una delgada figura ataviada con delantal azul y cinturón; los brazos de la figura estaban cubiertos por un suéter de lana roja. Willard no vio el rostro, pues la figura le daba la espalda. Sin embargo, cuando llamó, la figura se volvió. Sybil, en el vestíbulo de Butler Hall, tenía ahora el mismo aspecto que había tenido entonces.

- Papá -repitió, mientras llamaban un taxi para que los llevase al Carnegie Hall-, ¿por qué nunca me llevas a un partido de fútbol?

Teddy Reeves, sabía que Sybil había cambiado a alguna otra personalidad, pero no sabía a cuál. Y el atribulado padre no sabía que, al no llevar a su hija a un partido de fútbol, había frustrado a un hijo.

Los chicos

En el mismo momento que Willard Dorsett entraba en la oficina de la doctora Wilbur aquel 4 de Mayo de 1957, Sybil Dorsett estaba metiendo la llave en la cerradura de su apartamento de Morningside. Cuando la puerta se abrió, contempló asombrada la habitación de 9 x 5,5 metros que era el centro neurálgico del apartamento.

Entre las 8 de la mañana y el momento actual, un periodo de ocho horas, la habitación había sido transformada por lo que parecía ser una gran pared.

El olor de pintura fresca que llegó a la nariz de Sybil afirmó no sólo lo reciente, sino la realidad de la pared. La pintura roja que se adhirió a sus dedos cuando los tendió para tocar aquella pared inexplicable fue una nueva comprobación de su realidad. Pero no era lo que parecía a primera vista. Tras un escrutinio más profundo, Sybil se dio cuenta de que la pared, que en realidad era una partición, sólo tenía dos metros y medio de alto.

El apartamento, que originalmente había sido el salón comedor de una vieja mansión, gozaba de la supuesta elegancia y la redundancia de tener dos cocinas, pero

sin ninguna intimidad. Teddy Reeves dormía en la más pequeña de las dos cocinas. Sybil en la parte de la gran habitación que tenía un viejo hogar de leña. En la casa de Dorsett y Reeves aquella área era conocida como la sala de estar. Para ir a su habitación, Teddy siempre tenía que pasar por la cama de Sybil. Era un arreglo extraño y nada satisfactorio, al que ni Sybil ni Teddy habían podido encontrar solución.

La partición, que dividía la habitación en dos y ocultaba el área en que dormía Sybil, convertía la cama de ésta en inviolable contra la intrusión. Y Teddy podía caminar directamente a su propia habitación. Pero, aunque Sybil estaba muy complacida al hallar esta solución presentada como un *fait accompli*, se sentía ansiosa por conocer la misteriosa existencia de aquel protector de su intimidad.

La ansiedad era aún mayor porque este descubrimiento había tenido lugar al final de un día fragmentario con largos períodos de tiempo perdido. E incluso mientras sacaba la llave de la cerradura, cerraba la puerta y caminaba hacia el extremo de la partición, podía notar un fuerte movimiento interno: «la interferencia de los otros», como había aprendido a llamarlo. Era un clamor sin sonido.

Sin embargo, la partición era resistente y, aunque había sido montada apresuradamente, demostraba una cierta habilidad, que en nada desmerecía, pensó, de las dos generaciones de carpinteros Dorsett: su padre y su abuelo. Tendría que enseñárselo a su padre antes de que regresase a Detroit.

Podía oír la llave de Teddy en la cerradura.

- Huelo a pintura -dijo Teddy. Se detuvo en seco, mirando la pared-. La partición es maravillosa. ¿Por qué no me dijiste que la ibas a construir?

- No he sido yo -contestó Sybil. Pero, incluso mientras hablaba, sabía que no podía estar segura de ese «yo». Era concebible que los clavos, que sus dedos nerviosos habían descubierto en los bolsillos de los pantalones azules que había llevado puestos todo el día, perteneciesen al carpintero que había hecho la partición. ¿Un carpintero Dorsett?

A la siguiente mañana, la oficina de la doctora Wilbur, que el día antes había sido, prácticamente, un tribunal, se convirtió en un confesionario. Una personalidad entró caminando airoso hacia el sofá, se sentó, y confesó.

- Fui yo quien lo hizo.

- ¿Qué es lo que hiciste? -preguntó la doctora.

- Construir la partición, claro. Dejé que Mike pusiese los clavos, pero yo hice todo el trabajo pesado. Vicky y Peggy Lou hicieron la mayor parte del planeamiento, tomaron las medidas y pintaron un poco. Uno tiene que reconocer a las chicas lo que han hecho.

Por el momento, la doctora Wilbur no se fijó gran cosa en el nombre «Mike» o en aquel cumplido condescendiente hacia las chicas. Lo que más le impresionaba a la doctora era que las personalidades alternantes habían convertido el deseo y necesidad de intimidad de Sybil en una solución constructiva que la personalidad primaria no había logrado hallar.

Mientras que la mente consciente había vacilado, la inconsciente había actuado.

La atención de la doctora fue rápidamente atraída por la situación inmediata, al darse cuenta de que su paciente, una personalidad que la doctora jamás había visto antes, estaba mirándola muy fijamente.

- Soy Mike -dijo la voz-. Quiero preguntarle una cosa.

Aquella voz era diferente de la que había hablado acerca de la partición.

- ¿Qué querías saber? -preguntó la doctora.

- ¿Cómo es?

- ¿Cómo es qué?
- Que somos diferentes.
- ¿Diferentes? -repitió la doctora.
- Bueno -explicó Mike-, las otras son chicas. Pero yo soy un chico, y también lo es Sid.
- Tened en cuenta que vivís en un cuerpo de mujer -le recordó la doctora a Mike.
- Realmente no es así -le contestó Mike, con certidumbre.
- Solamente lo parece -añadió Sid, con igual seguridad.

Pasó un momento. Los chicos, habiendo afirmado su hombría, siguieron hablando acerca de quiénes eran y cómo eran. Según su propia descripción, Sid tenía la tez clara, el cabello oscuro y los ojos azules; Mike la tez cetrina, el cabello oscuro y los ojos marrones. Sid había derivado su nombre de las iniciales de Sybil. Sybil Isabel Dorsett. Mike atribuía su nombre a dos fuentes: el padre y el abuelo. El nombre de Mike, que había sido originado por Willard al llamar a su hija «Mike» siempre que iba vestida con un mono, había sido reforzado por una expresión favorita del abuelo Dorsett: «¡Por amor de Mike!»

Mike y Sid hablaban del concierto al que habían acudido la pasada noche con Pa, de cómo ayudaban a Sybil en su talla en madera y escultura. Hablaban de su colección de sellos y de la vida en el apartamento de Dorsett y Reeves.

Sid, que era el carpintero autor de la partición, también era el que reparaba las cosas de Sybil.

- Arreglo lo que está roto, soluciono lo que necesita solución -le dijo Sid a la doctora Wilbur-. Sybil nunca sabe quién lo ha hecho -una amplia sonrisa iluminó su rostro-. ¿Sabe una cosa? Voy a conseguir seis cajas de manzanas y le construiré a Sybil una estantería.

Los chicos se quejaban de que Nueva York casi no ofrecía ninguna oportunidad para los deportes con los que ellos habían disfrutado en Willow Corners donde, vestidos con su guardapolvo azul y un suéter rojo, habían pasado largas horas corriendo con patines de ruedas o rebotando una pelota contra la pared de la casa de Dorsett. En Willow Corners habían contemplado, dijeron, el milagro de la construcción realizado por el equipo de su padre. Lo que a Mike y Sid les gustaba más era subir al largo columpio de cuerda y hacerlo balancearse tanto que podían tocar su casa cuando iban hacia adelante y la del vecino cuando iban hacia atrás.

- Muchacho, eso sí que era divertido -dijo Sid.

Naturalmente, la vida en Willow Corners no estaba desprovista de frustraciones. Un símbolo de esta frustración era el megáfono que otros escolares usaban para amplificar el sonido en acontecimientos deportivos.

- Sid y yo nunca usamos un megáfono ésos -le dijo Mike pensativamente a la doctora-, porque nunca fuimos a un partido de pelota. Nuestro padre nunca nos llevó.

Aun en la primera sesión con la doctora Wilbur ya habían surgido pistas que iluminaban el «¿cómo es?» inicial de Mike.

- Me parezco a mi padre -había comentado Sid-. Él edifica cosas. Yo también. Y soy tan bueno como pueda serlo él.

Mike había comentado:

- El abuelo era fuerte, y yo también. Él podía clavar bien los clavos, y yo los clavo tan fuerte como él lo hacía. Él era robusto, y yo puedo ser igual que él. No estoy lisiado.

Diciendo esto, Mike había sacado pecho con un floreo de orgullo masculino. Con este poco de pantomima, la doctora Wilbur se dio cuenta de que, aunque al principio de la sesión fue Sid el primero en hablar, había sido Mike quien había entrado en la habitación. También sabía que las pistas que habían sido dejadas caer como guijarros

en un arroyo, estaban produciendo olas en respuesta a la pregunta inicial que había hecho. Hipotetizó que Sid era una identificación con su padre y Mike con el abuelo Dorsett.

Habiendo sido jóvenes en los años veinte y treinta en Willow Corners, Mike y Sid seguían siéndolo en el Nueva York de los cincuenta. La suya era la juventud eterna de una personalidad alternante, una juventud con la promesa constante, aunque nunca cumplida, de crecer.

Mientras caminaban hacia la puerta, la doctora se fijó en que llevaban pantalones azules, la contrapartida neoyorquina del guardapolvo azul de Willow Corners.

Para Mike y Sid, que habían permanecido jóvenes durante más de veinte años, crecer tenía un significado especial: convertirse en hombres. Durante una serie de semanas revelaron la intensidad de su ansia a la doctora Wilbur.

- El garaje estaba tan oscuro -le dijo Mike a la doctora Wilbur-. Uno podía oler el serrín y la madera, y era un olor muy agradable. Ese color es muy limpio. Allí había un largo tablero, con una caja debajo, con libros que se suponía que los chicos no debíamos ver. Y, ¿sabe qué otra cosa había en esa caja? Postizos de mujer. (Esos postizos eran en realidad trenzas de color castaño, recuerdo de la juventud de Hattie.)

»Había pecado en aquella caja -declaró Mike-. Pecado.»

Hubo un destello malicioso en sus ojos cuando los volvió hacia la doctora.

- ¿Quiere saber una cosa? -preguntó-. Me puse esos postizos en plan de broma. Parecía una chica. Eso no me gustó. -Sus ojos lanzaron destellos.- ¿Se lo puede creer? ¡Cuando me ponía esos postizos, parecía una chica!

Mike esperó que la doctora compartiese su consternación, pero, fijándose en que no le respondía, le hizo una confidencia:

- No me gustaba tener el aspecto de una chica. No quería ser un marica y hacer cosas sucias como nuestra madre. Me quité esos postizos inmediatamente.

- Tu madre no era una buena chica -replicó la doctora-. Hacía cosas sucias, cierto. Pero, Mike, muy pocas chicas son como tu madre. Una puede ser una chica sin ser una mala chica.

- Me alegra -replicó él con convicción- no ser una chica.

- ¿Qué tienes contra las chicas?

- A nadie le gustan las chicas. A nadie.

- A mí me gustan las chicas.

- Oh, algunas chicas no están mal. -Mike sonrió ampliamente.- Vicky y Peggy Lou me caen bien. Pero me alegra ser un chico.

- Dices que eres un chico, pero no te pareces físicamente a tu padre, ¿verdad?

Hubo un silencio, un silencio que fue roto finalmente no por Mike, sino por Sid.

- Casi -replicó Sid.

- ¿Cómo es ese casi? -preguntó la doctora.

- En los brazos, en las piernas y en todo -explicó Sid.

- En los brazos y las piernas sí, Sid, pero, ¿qué es lo que te diferencia de tu padre?

- No lo sé -replicó Sid.

- ¿Tienes algo que te diferencie de tu padre?

- No lo sé.

- ¿Lo tienes?

- He dicho que no lo sé -replicó irritado Sid.

- ¿Qué es lo que piensas? ¿Crees que hay algo que te diferencia de tu padre?

- Bueno -admitió Sid, tras una tensa pausa-, nunca lo he tenido, pero lo tendré. Cuando sea mayor, crecerá.

- Sid, no lo tenías al nacer, como los otros chicos. Siempre serás diferente.

Sid se quedó pensativo.

- Bueno -dijo finalmente-, a veces hacía ver que era una chica. Cuando lo hacía, una mujer de cabello gris se echaba a reír. Nadie se ríe cuando soy un chico, y eso es lo que realmente soy.

- Lo que hacías ver era real, Sid -dijo lentamente la doctora-. Te pareces a tu padre y puedes ser similar a él en tus ideas y sentimientos, en la forma en que os tomáis las cosas. Las diferencias que separan a los sexos son menores de lo que la gente, e incluso los expertos, acostumbra a pensar. Pero nunca vas a ser como tu padre sexualmente. Tu padre tiene un pene, y tú no. Él no tiene vagina, y tú sí. Ahora, ¿cómo supones que comenzaste a pensar que eras como él, cuando no lo eres?

- Pero sí lo soy.

- Tu padre fue un muchacho que se convirtió en un hombre.

- Eso es lo que Mike y yo seremos cuando seamos mayores. Tendremos todo lo que nuestro Pa tiene. Pa tiene que afeitarse, nosotros tendremos que afeitarnos. Pa...

- Pero ése es un cuerpo de mujer...

- Doctora, quiero decirle una cosa -era Mike, hablando con una voz clara y firme con la que parecía estar echando a un lado a Sid, para asumir el control de la situación-. Si hiciese fuerzas, podría sacarlo.

- Pero ya lo has intentado -señaló la doctora, pronunciando con mucho cuidado cada palabra-. Y no lo has sacado.

- No obstante, podría -la certidumbre del tono de Mike se emparejaba con la mirada confiada que había en sus ojos.

- Si pudieras, ya lo habrías hecho -insistió la doctora.

- Eso se lo está inventando -replicó Mike con una sonrisa amplia y contagiosa.

- No, no me lo estoy inventando. Es la verdad, tanto para ti como para Sid -recordó a sus pacientes la doctora-. Los chicos en un cuerpo de muchacha no crecen para convertirse en hombres.

Nada convencido, Mike preguntó

- Si le hago un hijo a una chica, ¿sería mío?

- Mike -replicó con firmeza la doctora-, no puedo decir que sí a lo imposible. En ese cuerpo en el que resides hay un útero, ovarios y una vagina. Cada uno de esos órganos es tan especial y tan precioso como el pene lo es en el cuerpo del hombre. Sin los órganos de la mujer, al igual que los del hombre, la perpetuación de la raza no sería posible. Se necesitan los órganos de una mujer junto con los de un hombre para producir un bebé. Ahora bien, en ese cuerpo, tu cuerpo, Mike, hay un par de ovarios, donde están los óvulos...

- No quiero esos órganos de mujer -la interrumpió Mike-. Y no los tengo. Yo no... yo soy un chico.

- Mike, sólo tienes la mitad de lo que se necesita para crear un bebé, y no es la mitad que tú crees tener. Todas esas partes del cuerpo, los órganos femeninos y los masculinos, son importantes tanto para el hombre como para la mujer. Pero ninguno de ellos es más importante que el otro. Ninguno de ellos es sucio. ¿Lo comprendes?

- Yo soy como mi Pa, como era mi abuelo -protestó Mike-. Puedo hacerle un bebé a una chica, si lo deseo. ¿Cuántas veces tengo que decirle que si hiciese la suficiente fuerza, podría sacarlo?

- ¿Por qué no lo intentas?

- Lo haré cuando sea mayor.

- Mike, no tienes ni un pene ni los dos pequeños saquitos, los testículos, que cuelgan bajo el pene y que contienen las células masculinas. Ya sabes que sin eso, no puedes hacerle un bebé a una chica.

- ¿Nunca? -preguntó Mike-. ¿Nunca?

Por primera vez desde que se había presentado a la doctora, su tono era sombrío, bajo.

- No, nunca.

Le replicó con urgente ansiedad:

- Pero lo quiero. Lo quiero. ¡Lo necesito!

Mike Dorsett no podía aceptar las especiales circunstancias de su vida.

De los dos, Mike resultó ser, en el análisis, el más agresivo; Sid era el más pensativo. Esto era bastante apropiado dada su identificación: Mike con su abuelo, Sid con su padre.

Sybil se había identificado no con su madre, que la aterrizzaba y avergonzaba, sino con los hombres de su familia. Su padre no le había respondido pero, excepto en aquella ocasión en que él y Hattie estaban llevando a cabo su coito, no la había golpeado ni le había causado ningún daño físico. Como necesitaba tener a alguien, había hecho de su padre la figura de la que podía depender. La identificación era aún más natural dado que se parecía a su padre.

Su padre era constructor y carpintero. Ella se convirtió en constructor y carpintero disociándose en una personalidad masculina. Y ésa fue la génesis de Sid, que había construido la partición.

El abuelo Dorsett era agresivo y fanático. Provocaba en Sybil miedo, ira y odio. Sybil había hallado la forma en que entretarse con su abuelo y con esas emociones, disociándose en una personalidad masculina cuyo nombre era Mike. En Mike, Sybil tenía un carácter agresivo que podía enfrentarse con la agresión de su abuelo. A Sybil le aterrizzaba y avergonzaba su abuelo. Mike reflejaba los sentimientos de Sybil, y al mismo tiempo se identificaba con el agresor... de hecho, se convertía en el agresor.

- ¿Cómo podía Sybil soportar a su abuelo? -había preguntado Mike a la doctora a finales de Mayo de 1957-. Siempre estaba presente, y siempre tenía razón. La única forma de soportarlo era o vencerlo o unirse a él. Yo me uní a él.

Sid y Mike se mostraron fuertes y no neuróticos. Hasta el punto que la doctora había podido determinar, ninguno de ellos estaba sujeto al miedo, la ansiedad, la depresión y ni siquiera a una tristeza no justificada. Sin embargo, Sid, que era más contemplativo que Mike, a menudo sentía una mezcla de amor, miedo y odio hacia su padre y el padre de su padre. Mike mantenía un firme silencio acerca de su madre. Aunque hablaba libremente del abuelo y del padre, de las «chicas», como llamaba a Vicky, las Peggys, Marcia, Vanessa, Mary, Ruthie y las otras que aún no habían surgido en el análisis, siempre se mostraba reacio a hablar de la misma Sybil.

Tanto Mike como Sid eran capaces de sentir ira, pero era una ira más controlada, menos furiosa que la de Peggy Lou, aunque resultó estar enlazada con la de ésta. Mike y Sid, descubrió la doctora Wilbur, eran la progenie de Peggy Lou, parte de un árbol genealógico desconectado de la herencia genética, producto del funcionamiento emotivo, de las maniobras defensivas a las que las personalidades alternantes debían su existencia.

Como mente originaria de Mike y Sid, Peggy Lou les hizo partícipes de sus emociones. Por un curioso fenómeno, Sybil había perdido las emociones, actitudes y adquisiciones que entregaba a las personalidades en las que se había disociado, mientras que Peggy Lou, proliferando en subpersonalidades, entre las que se hallaban Mike y Sid, no perdió nada de lo que les había delegado. El que Mike fuera producto del deseo de Peggy Lou quedó bien claro en una conversación entre la doctora Wilbur y Vicky.

- Peggy Lou -dijo Vicky-, está irritada con el sexo a causa de la negativa de su madre

de explicarle las verdades de la vida. A veces, Peggy Lou decía que era un chico y que su nombre era Mike. Siempre que pensaba que era un chico usaba un mono azul y un suéter rojo, y hacía cosas con herramientas. Jugaba como los chicos, y trataba de hacer todo lo que los chicos hacen. Pero luego se irritaba mucho porque sabía que no lo era. Aún hoy la irrita saber que es una chica. La pone furiosa porque desea tener hijos y quiere casarse cuando sea mayor. Desea ser un hombre. Desea ser el hombre con el que se case cuando sea mayor.

Identificados con Willard y Aubrey Dorsett, descendientes emocionales de Peggy Lou, Mike y Sid, como muchachos en el cuerpo de una mujer, eran también figuras mitológicas, la respuesta compensatoria al mito de la inferioridad femenina, particularmente tal como era anunciado en el bendito mundo de Willow Corners.

Aunque Mike y Sid compendiaban el punto de vista antifeminista de que las mujeres pasan toda su vida sintiendo ansias secretas de ser hombres, con una envidia del pene tan fuerte que se convierte en identificación con el mismo, y que la capacidad femenina de autodestrucción es tan virulenta que llega a repudiar totalmente la feminidad, sus sentimientos estaban enraizados en las influencias ambientales de un medio, y eran rechazados por todas las evidencias genéticas, médicas y psicológicas. Esos muchachos sin pene eran quizá la objetivación de la rebelión de una mujer no tanto contra el hecho de serlo, sino contra las connotaciones que la feminidad evocaba en la retrasada cultura de Willow Corners. Esta rebelión, además, tal como había dejado bien claro Mike al decir: «No quiero ser una mujer sucia como nuestra madre», era una revulsión contra las distorsiones que había creado su madre acerca del sexo. Sintiendo repugnancia por la feminidad que era su madre, una repugnancia que venía intensificada por el puritanismo de su padre, Sybil la extendía a su propia feminidad, al cuerpo que su madre había violado.

- Ahora bien, en ese cuerpo, tu cuerpo, Mike -había dicho la doctora-, hay un par de ovarios, donde están los óvulos.

Y Mike había replicado:

- No los quiero.

Mike y Sid eran también seres autónomos, con emociones propias. La ansiosa y urgente necesidad de Mike de «hacerle un bebé a una chica» era una expresión de esa autonomía. Pero aunque ambos, negando que el cuerpo en el que habían vivido fuera extraño a sus deseos, pensaban y actuaban como seres libres, era ésta una libertad limitada e incierta.

Además, el análisis amenazaba su libertad, pues, considerando que la presentación que de sí mismos habían hecho los muchachos era una complicación seria en un caso ya sobrecargado de complicaciones, y que ya andaba siguiendo una trayectoria intermitente, la doctora Wilbur estaba decidida a fundir a Mike y Sid en la totalidad femenina, que tan resueltamente rechazaban, tan pronto como le fuera posible.

La pregunta inicial de Mike: «¿Cómo es?», había producido una respuesta enraizada en orígenes múltiples. Quizás hubiera también una respuesta más sutil en el hecho de que el inconsciente, al que Mike y Sid, como las otras personalidades alternas, pertenecían, no tiene las distinciones sexuales tan claras que impone una sociedad estratificada.

La singularidad que, antes, se basaba en que Sybil hubiera desarrollado más personalidades alternantes que cualquier otra personalidad múltiple conocida, se basaba ahora en que ella era la única personalidad múltiple de la que se supiese que había cruzado las fronteras de la diferencia sexual para desarrollar personalidades del sexo opuesto. Ninguna personalidad masculina múltiple conocida había desarrollado personalidades femeninas. Sybil Dorsett era la única personalidad múltiple femenina conocida cuya corte de personalidades alternantes incluía

hombres.

La voz de la ortodoxia

Tras la aparición de Mike y Sid, repentinamente, el análisis comenzó a adentrarse en los terribles caminos del conflicto religioso. La serpiente había llegado al sofá.

- Quiero que seas libre -le dijo la doctora Wilbur a Sybil en Septiembre de 1957-. No sólo libre de tu madre y de tus sentimientos ambivalentes hacia tu padre, sino también de los conflictos religiosos que te distorsionan y dividen.

Sybil *deseaba* ser libre, pero le aterrorizaba que el análisis le arrancase su religión. El terror venía además muy intensificado por un darse cuenta de que la ayuda que siempre había esperado que le iba a llegar de Dios estaba ahora llegando de Freud. No estando dispuesta a aceptar esta conclusión, a pesar de que había llegado a ella por sí sola, se preguntaba si Freud y la Iglesia podrían tener razón al mismo tiempo. A su vez, este preguntarse aumentaba la sensación de sentirse simultáneamente frenética, ansiosa y atrapada.

Deseando la libertad de las distorsiones religiosas que la acosaban y la dividían, y sin embargo deseando también seguir aferrada a sus creencias fundamentales, se daba cuenta de que el problema consistía en conservar a Dios, al tiempo que abandonaba la parafernalia con que siempre lo había rodeado. Esto significaba liberarse de unas ataduras ambientales debidas a una niñez en la cual la religión era omnipresente, Armagedón era un tema de discusión en la mesa, y el fin del mundo una realidad amenazadora. También había habido amenaza en la cháchara del abuelo Dorsett acerca de las siete plagas finales, la inevitable guerra con China, y cómo, tras la llegada al poder de los católicos, vendría el fin de la Humanidad, un fin que también había sido preparado, afirmaba su abuelo, por la pérfida y sacrílega teoría de la evolución que había formulado Darwin.

Además, la cripta de la catedral del tormento religioso de Sybil estaba también ocupada por una variedad de figuras simbólicas del pasado, que ejercían en el presente su presión asfixiante. Una de éstas era nada más y nada menos que Satán, la serpiente que había acechado durante la niñez de Sybil, una presencia viva y muy real. Temiendo que entrase reptando por la noche, también tenía que nada que hiciese o pudiera hacer serviría para impedir que él «se la llevase».

Igualmente, en esa cripta de tormento había un ángel con una espada de fuego que, tras haber echado a Adán y Eva del Jardín del Edén porque eran «malos», amenazaba con echar a Sybil de su casa porque también ella era «mala».

Por consiguiente, cuanto más llevaba el análisis a que Sybil hurgase en la herencia religiosa de una superrestricta observación de su rígida fe, más acosada y dividida se notaba. Y, sin embargo, mientras interiormente se rebelaba, exteriormente se conformaba a la letra de la ortodoxia.

La voz de aquella ortodoxia fue oída en la sala de consulta aquel día de Septiembre. Sybil estaba sentada en el sofá, junto a la doctora. La discusión pasaba de la necesidad de libertad en el presente a la falta de libertad impuesta por el pasado.

- Comprendía las razones de no fumar, no bailar, no ir a fiestas de cumpleaños el Domingo -explicaba Sybil-. Pero me rebelaba interiormente. Luego, al cabo de un tiempo, ya no me rebelé. Después, lo hice de nuevo. Y ahora estoy intentando no hacerlo.

- ¿Por qué -preguntó desmayadamente la doctora-, estás intentando no hacerlo, ahora?

Sybil quedó en silencio.

- De acuerdo -hurgó la doctora-. Explícame qué sentido tiene eso de no ir a una fiesta de cumpleaños en Domingo.

- Porque dice en la Biblia que uno no debe buscar su propio placer en el día del Señor. Se supone que uno tiene que pensar en Dios. Y no hacer cosas seculares -había hablado sin titubear, pero luego añadió defensivamente-: No quiero hablar de eso.

- ¿No dice en la Biblia -le recordó la doctora-. «Trabajarás seis días y descansarás el séptimo?» ¿Acaso ir a una fiesta no forma parte del descanso del séptimo día del que habla la Biblia?

- Uno puede ir a una fiesta cualquier otro día -replicó sin responder Sybil-. Pero no el día del Señor, porque hay que guardarlo desde la salida del sol hasta que éste se pone. Esto es lo que Dios nos dijo.

La doctora corrigió esto:

- Eso es lo que los profetas de la Biblia dicen que Dios nos dijo. No confundamos las cosas.

- Dios hablaba a través de ellos -replicó Sybil con convicción.

- Quizá -comentó la doctora.

- La Biblia está escrita bajo la inspiración de Dios -afirmó Sybil-. No es algo que haya escrito una persona cualquiera.

- Los profetas eran seres humanos y no podemos estar absoluta, positiva y totalmente seguros de que entendieron con toda corrección las cosas.

- Dios -replicó Sybil-, no les hubiera permitido cometer errores.

- ¡Oh, permite que la gente cometa errores! -había un tono de ironía en la voz de la doctora.

- Sí -aceptó Sybil. Luego, su expresión facial se puso tensa al añadir-: Pero no en algo tan importante como su Ley, la guía de las generaciones venideras.

- ¿No es parte de la adoración a Dios amar al prójimo? -preguntó la doctora.

- Es parte de ella -replicó autoritariamente Sybil-. No toda ella. Dios dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

- Y si un vecino celebra su cumpleaños en el día del Señor -arguyó la doctora-, ¿debería privársele de la celebración de ese día?

- Sí -insistió Sybil-. Dios dijo que *Él* debía ser lo primero.

- ¿No estamos adorando a Dios cuando celebramos nuestro cumpleaños?

- No -espetó Sybil.

- De acuerdo -persistió la doctora-. Vosotros celebráis la Navidad... el cumpleaños de Cristo, ¿no?

- No en nuestra congregación. Está bien pensar y recordar que *Él* nació entre los hombres, pero uno debe tener en cuenta que no fue en ese día específico: el 25 de Diciembre.

- ¿No es adecuado honrar los días en que nacimos, si es que somos hijos de Dios?

Sybil replicó severamente:

- Pero no hay que tener fiestas de cumpleaños e ir cantando y gritando y todas esas cosas en el día del Señor. Hay muchas cosas que uno tiene que abandonar si quiere seguir a Dios. No tiene por qué ser fácil. San Juan Bautista dijo: «He luchado la lucha de los justos.»

Hubo un silencio momentáneo. Luego, con una sequedad calculada para apresurar las reprimidas dudas propias de Sybil, tal como habían sido expresadas por otras personalidades, la doctora Wilbur dijo:

- Bueno, hay una cosa que realmente no comprendo de tu religión: la cosa por la que el hombre ha luchado durante todos los tiempos ha sido por su libertad.

- Quizá sí. Pero nadie quiere liberarse de Dios -la inquebrantable Sybil tuvo la última

palabra.

Unos pocos días después Peggy Lou y Peggy Ann mostraron una ira y un terror combinados cuando la doctora Wilbur comenzó a hablar acerca de la religión.

- Es un verdadero lío -dijo Peggy Lou, hablando tanto por Peggy Ann como por sí misma-. Es fútil hablar de ello. Gira y gira -paseando por la sala de consulta, Peggy Lou se detuvo repentinamente-. Se supone que tiene que hacer algo más que estremecerla a una. Se supone que tiene que ayudarte. Pero nunca me ha ayudado a mí. Nunca ha ayudado a Peggy Ann o a cualquiera de nosotros.

El fuego de la rebelión había sido iniciado y, sin embargo, la Iglesia aún seguía en pie. Sin embargo, con un rápido y seco movimiento, y mientras Peggy Lou volvía a pasear por la sala, dio la primera señal de que el edificio sin salida estaba ya condenado:

- ¡Me gustaría destruir la Iglesia!

Vanessa entró en la sala de consulta algunos días después de la diatriba de Peggy Lou. Aunque Vanessa no estaba aún dispuesta a derribar la Iglesia, expresó desprecio tanto por las prohibiciones de la Iglesia como por su congregación.

- No soy una devota -dijo Vanessa con un atractivo gesto de la cabeza-. Pero, aunque lo fuese, la gente de la Iglesia de Willow Corners me hubiera hecho apartarme. Eran fanáticos, injustos, irracionales e hipócritas. No sé cómo se atrevían a llamarse a sí mismos cristianos -los labios de Vanessa se torcieron en una sonrisa satírica-. ¡La de cosas que una tenía que hacer para ser buena! -se burló-. Lo irónico es que las cosas que una deseaba hacer no eran malas. El Domingo, querían que una se lo pasase sentada. Y, naturalmente, mi querido Watson, eso era una pérdida de tiempo.

Dejó de hablar y clavó su mirada en la de la doctora.

- Y, doctora, debo confesar que no comprendo el significado del amor de Dios. Madre estaba siempre tratando de decirme que Dios era amor, y yo no podía comprender qué era eso del amor. Pero sí sabía que no quería que Dios fuera como mi madre.

- Ya veo -comentó la doctora.

- Madre decía que me amaba, pero si eso era amor...

- Entonces, no querías amor...

- Y se supone que tengo que amar a Dios...

- Y tenías miedo...

- Porque -explicó Vanessa-, no sabía lo que Dios y su amor iban a hacerme.

- Sí -acordó la doctora-. Así que tenías miedo.

Antes de que Vanessa saliese de la habitación, Marcia entró en escena y añadió algunas variaciones al tema. Religiosa, y sin embargo resentida contra las prohibiciones religiosas, que habían creado en ella un sentido de alienación y le habían privado de la oportunidad de crecer libre, miró pensativa a la doctora.

- Las cosas que eran buenas para todos los demás no lo eran para mí. Y lo peor era que sabía que no podría hacer esas cosas: bailar, ir a ver películas, usar joyas, incluso cuando creciese. ¿Se creería, doctora Wilbur, que no vi mi primera película sino hasta que vine a vivir a Nueva York? -confió con un gesto irónico, pero casi cómico.

Marcia sonrió.

- Mirando hacia atrás -dijo-, me doy cuenta de lo atrapada que estaba por todas aquellas charlas acerca del fin del mundo. Era algo que una debía esperar, pues habría una vida mejor después de ello. Tenía que creer en eso. Pero, en mi interior, deseaba que no fuera así, porque había muchas cosas que quería hacer, y era como si el fin fuera a llegar antes de que tuviera una oportunidad. Pero me parecía mal el pensar de esa forma, y tenía unos sentimientos ambiguos; el mismo tipo de sentimientos que tengo ahora cuando me doy cuenta de que las cosas pueden ser diferentes.

Mike y Sid, que también intervinieron en la época analítica del debate religioso, afirmaron su creencia en Dios, pero un desprecio por los rituales e histrionismos religiosos. No eran religiosos, pero estaban preocupados por la religión. Lo que resentían especialmente era la cháchara del abuelo acerca de Armagedón y la evolución. Ellos, especialmente Mike, estaban más interesados en enfrentarse con su abuelo y en defender a Sybil, así como a sí mismos, contra él, que en la verdad o la falsedad de lo que decía.

Ruthie, que era sólo un bebé y al que la doctora Wilbur sólo había encontrado en conexión con la escena primigenia, habló de su rebelión en la piscina de arena de la iglesia.

- Nuestras manos estaban en la arena -dijo Ruthie-. La arena tenía un tacto suave. La dejamos correr entre nuestros dedos. Nos gustaba la arena, clavábamos cosas en la arena. Luego fuimos lo bastante grandes como para oír acerca de este ángel del que no nos fiábamos. Nos levantábamos el Domingo por la mañana, y jugábamos. Creíamos que se habían olvidado, pero entonces se acordaban. Decíamos: «¡No quiero ir! ¡No quiero ir!» Papi miraba. Mamá decía que teníamos que ser más personas. Si Papi llevaba una camisa blanca y Mamá estaba preparando fritillas, entonces sabíamos que iríamos a la arena. Así que cuando veíamos la camisa blanca y las fritillas enfermábamos, teníamos que ir a la cama, y Papi y Mamá iban a la iglesia sin nosotros.

De tocfas las personalidades de Sybil era Mary, la mujercita de su casa, aquella para quien la religión representaba más. Mary, que había rechazado las doctrinas, los rituales, el florido simbolismo de la fe, había asumido la religiosidad sin pretensiones de la abuela Dorsett.

- Ruego a Dios -le dijo Mary a la doctora-, pero no voy a la iglesia. Trato de ser honesta, veraz y paciente, y llevar la vida de una buena cristiana. Creo en el «vive y deja vivir». Eso me reconforta.

Y, no obstante, a medida que progresaban las discusiones sobre la religión, la doctora Wilbur podía ver que Mary estaba perdiendo su serenidad. Mientras Sybil estaba preocupada de si el análisis le privaba de su religión, a Mary le preocupaba que el análisis hiciera que su religión pareciese inconsistente. Y, con el tiempo, la sensación de acoso que la religión daba a todas las personalidades, pero muy especialmente a las Peggys, alcanzó y anegó a Mary. Sintiendo deprimida y avasallada, Mary le dijo a la doctora Wilbur:

- Estoy atrapada ahí dentro, en el interior de esas paredes. Peggy Lou me ha dado una imagen de la Iglesia, y no hay salida. Estoy atrapada en ese edificio sin puertas. Parece tener forma de domo y estar construido con bloques de nieve apretada.

A medida que proseguía el análisis, los conflictos religiosos salieron más y más a la superficie. Sería fácil, pero no verídico decir que mientras Sybil, la personalidad primaria, representante de la mente consciente, se conformaba, los otros, cuyo dominio era inconsciente, se rebelaban. La verdad era que aunque la conformidad más señalada se daba en Sybil y la rebelión en las Peggys, tanto la conformidad como la rebelión venían expresadas en una diversidad de formas en todas las personalidades, muchas de las cuales estaban más divididas dentro de la autonomía de sus identidades individuales.

Todas las personalidades tenían convicciones y actitudes religiosas independientes. Todas, exceptuando las Peggys, creían en Dios. Todas se sentían atrapadas por la Iglesia. Bajo la presión de la confrontación con la religión en el análisis, Mary deseaba morir, y las Peggys deseaban escapar. Marcia y Vanessa lograron acabar con algunas de las viejas restricciones y empezaron, de acuerdo con las indicaciones de la doctora Wilbur, a separar a Dios de la Iglesia, la congregación y las prohibiciones

eclesiásticas. Sintiendo más libre, Vanessa compró un par de pendientes rojos para hacer juego con su cabello y Marcia fue al cine los días de fiesta. Marcia también se atrevió, al menos experimentalmente, a encender un cigarrillo y dar un sorbo a una copa de jerez.

Vicky, que jugaba el papel de observadora sin declarar sus propias convicciones, dado que, después de todo, había sido solamente una visitante a la iglesia de los Dorsett, comenzó a sentirse preocupada acerca de Marcia y Vanessa.

- No hay nada malo en lo que han hecho hasta ahora -le dijo Vicky a la doctora Wilbur-. Pero están mostrando muy claramente su nueva libertad. Al separarse de los otros, van a hacer que la integración sea mucho más difícil.

- Sí, lo sé, Vicky -aceptó la doctora Wilbur-. Pero quizá la integración se lleve a cabo haciendo que los otros vayan hasta donde se encuentran Marcia y Vanessa.

Vicky se alzó de hombros. Luego miró a los ojos a la doctora y expresó su preocupación por el cambio producido en la misma Sybil.

- Sybil -informó Vicky a la doctora- no sabe cuál es su relación con Dios desde que se enteró de la existencia del resto de nosotros. Mire, doctora Wilbur, ella siempre ha creído que esta condición suya era algo maligno. De pequeña pensaba que era una forma de castigo, obra de Satanás. Cuando usted le habló de nosotros, regresó esa vieja sensación de que fuera algo maligno, aunque ya no estaba tan segura acerca de Satanás.

»A menudo, Sybil se pregunta -continuó Vicky-, si no habrá disgustado a Dios. También esía insegura acerca de si sus motivos serán siempre correctos. La aterrorizan las palabras... todas estas charlas de aquí, hacer que las cosas sean mejores y luego tener que enfrentarse con todo el mundo. -Vicky apoyó pensativa la cabeza en su mano.- Sybil teme que, si mejora, algo terrible sucederá. Es como si la serpiente fuera a atraparla de nuevo, a pesar de que la serpiente está perdiendo su nombre.

Hacia Navidades, Sybil comenzó a sentirse perturbada por los cursos sobre zoología y la teoría de la evolución que estaba siguiendo en Columbia. Juntas, la doctora Wilbur y Sybil leían párrafos de «*El origen de las especies*» y «*El origen del hombre*».

A Sybil le resultaba difícil aceptar que la estructura corporal del hombre mostrara trazas de su descendencia de una forma inferior.

- Somos hijos de Dios -insistía defensivamente Sybil-. Después de todo, la evolución es sólo una hipótesis.

El tema de la evolución llevó a Mike a decir:

- Mire... el abuelo estaba equivocado.

Y a Mary a señalar:

- No importa de dónde venimos sino lo que hacemos con nuestras vidas.

Peggy Lou estalló:

- Los animales tienen la libertad que jamás hemos tenido nosotros en nuestra congregación.

Y Vanessa, ahora escéptica, bromeó:

- ¡Qué alivio no tener que ser una criatura de Dios!

El análisis pasó de la religión en Willow Corners a la religión en Omaha, donde la serpiente de la niñez se hizo menos amenazadora. La congregación de Omaha estaba mejor educada, era menos rígida y más humanista que la de Willow Corners. El Pastor Weber, un sacerdote que también era predicador, consideraba a Sybil como artista y se dio cuenta del impacto subyugador que una interpretación demasiado literal de la fe había tenido en ella como la hija única y aislada de una familia que no

había experimentado la influencia mediadora de la gente joven. El Pastor Weber arrancó a Sybil del aislamiento, poniéndola a la luz de los focos.

- Y cuatro grandes bestias salieron del mar, diferente cada una de las otras...

La voz del Pastor Weber, resonante y poderosa, atronaba en la iglesia de Omaha durante el servicio especial de la noche del Domingo.

- ... La primera era como un león y tenía alas de águila.

Las quinientas personas de su auditorio apartaron la vista del predicador para dirigirla a un andamio situado a unos tres metros por encima de él, a un caballete cubierto con papel de dibujar y tan ancho como el interior de la iglesia. Siguiendo el haz de los focos que iluminaban el andamio, el auditorio fijó su vista en la insignificante figura de una mujer ataviada con un vestido de gasa azul claro con un pequeño delantal blanco: Sybil.

Sybil, delicada, etérea bajo las luces que la envolvían... «angélica», como la describió un observador, daba vida, con rápidos trazos, al león con alas de águila sobre el papel de dibujo. El auditorio quedaba boquiabierto, transfigurado.

Mientras el evangelista hablaba de la segunda bestia, «como un oso» con tres costillas entre los dientes, y de una tercera bestia tras ésta, semejante a un leopardo pero con cuatro cabezas y en cuya espalda había cuatro alas de gallina, también esas bestias aparecieron en rápida sucesión sobre el papel.

Retratando el mensaje de las Escrituras, trasladando a imágenes las palabras del predicador, Sybil dibujó la cuarta bestia, terrible, espantosa, sobremanera fuerte, con grandes dientes de hierro y diez cuernos.

- Al estar yo contemplando los cuernos, vi que salía de entre ellos otro cuerno pequeño, y le fueron arrancados tres de los primeros -retumbaba la voz del predicador-, y este otro tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran arrogancia.

En el papel, tremendamente reales, aparecían los ojos que miraban al cautivo auditorio y la boca que, aunque muda, hablaba.

- Daniel toma la posición -dijo el predicador a su auditorio-, de que comenzamos perfectamente, que el hombre fue creado perfecto, y que, luego vino la degeneración. En lugar de provenir del zoo, vamos hacia el zoo. Nos estamos convirtiendo en animales.

Las figuras, ya no representativas, se habían convertido en abstractas; la plasmación instantánea del mensaje del predicador.

- El hombre se ha hecho tan pecador -advirtió la voz de éste-, que Dios tuvo que crear un animal especial para describir a esta generación que vive en el pecado.

Sobre el papel, a casi tres metros por encima del predicador, y creada por los relampagueantes trazos de una tiza negra, se hallaba una abstracción de la furia divina que había sido evocada.

Durante tres Domingos sucesivos Sybil se alzó, una pequeña figura con un poderoso trazo, sobre el andamio. El auditorio estaba extasiado. Los padres de Sybil se mostraban muy claramente orgullosos de su hija. El Pastor Weber mostraba su júbilo porque Sybil Dorsett pudiera expresar su filosofía en imágenes.

Sin embargo, la misma Sybil miraba los dibujos al terminar cada una de las tres funciones dominicales nocturnas y se preguntaba cómo había sucedido que en el papel hubiera mucho, mucho más, de lo que ella había dibujado.

El vino de la ira

La verdadera importancia del gran espectáculo de la iglesia de Omaha, no captada en aquella ocasión pero revelada en el análisis, era que Sybil no había estado sola en el

andamio. Las bestias que salían del mar para ir al papel habían sido colocadas en éste más por las otras personalidades que por Sybil misma. La mayor parte del dibujo había sido hecho por Mike y Sid. Y aún más significativo era el hecho de que entre las personalidades de aquel andamio había cinco con las que la doctora Wilbur aún no se había encontrado: Marjorie, Helen, Sybil Ann, Clara y Nancy Lou Ann.

Marjorie era una pequeña y cimbreante morena de piel clara y nariz respingona. Helen tenía cabello castaño claro, ojos marrones, nariz recta y labios delgados. Sybil Ann era una muchacha pálida y enjuta, con cabello rubio ceniza, ojos grises, rostro ovalado y nariz recta.

De las tres, Marjorie era la única de temperamento sereno. Helen era intensamente temerosa. Sybil Ann inquieta hasta el punto de la neurastenia.

Marjorie era vivaz y tenía la risa fácil. Disfrutaba de muchas cosas: fiestas y el teatro, ferias y los viajes, y muy especialmente de los juegos de competición intelectual de los que Sybil casi invariablemente se retiraba. Marjorie no tenía duda alguna en el momento de expresar su impaciencia o fastidio, pero jamás se mostraba airada. Y, lo que era muy notable, Marjorie Dorsett no se mostraba deprimida en el presente ni daba evidencia alguna de haber estado deprimida en el pasado. Gracias a alguna inmunidad especial, había escapado indemne de los sufrimientos de Willow Corners. A Marjorie le gustaba hacer chistes en tono ligero y era bastante bromista. Por ejemplo, cuando en una ocasión le preguntaron si conocía a alguna de las otras personalidades, alzó las cejas, hizo rodar los ojos en sus órbitas, y exclamó:

- ¡Jamás contestaré a eso! -un momento más tarde, sonrió y dijo-: Pero quizá la respuesta sea sí -luego, añadió crípticamente-: Me gusta ayudar a esas otras personas.

Marjorie informó:

- Ríen o lloran, y a menudo los oigo murmurar cerca de mí, con las cabezas en corro. Hacen bastante ruido, y siempre ha sido así... siempre desde que yo llegué.

Marjorie Dorsett jamás pronunciaba el nombre de Sybil. Cuando se refería a la persona que usaba este nombre, Marjorie utilizaba el «usted ya sabe de quién hablo».

La doctora Wilbur no podía comprender por qué Marjorie, que no pintaba y a la que no le interesaba ni el arte ni la religión, había acompañado a Sybil en aquel andamio de la iglesia de Omaha.

Helen, que no parecía tener un carácter demasiado afirmativo, era, sin embargo, ambiciosa, y estaba decidida «a ser alguien, a hacer las cosas a mi manera, y a hacer que usted, doctora Wilbur, esté orgullosa de mí».

A la mención de Hattie, Helen saltó del sofá, donde había estado sentada tranquilamente, para gatear hacia el escritorio, ocultándose bajo el mismo. Con los brazos doblados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia abajo, con los ojos desorbitados por el terror, Helen se quedó sentada acurrucada. Sus dientes entrechocaban ruidosamente.

- ¿Helen? -preguntó con suavidad la doctora, colocando una mano sobre el hombro de su paciente.

- Está en esta habitación -aulló Helen, comenzando a temblar aún con más violencia que antes-. Tras las cortinas.

- ¿Quién?

- Madre.

- No hay nadie aquí, Helen, excepto tú y yo.

- Nunca más quiero volver a ver a mi madre.

- Nunca la verás.

- ¿Nunca? -sus dientes dejaron de castañetear, y el terror desapareció de sus ojos. Mientras la doctora ayudaba a su paciente a salir de debajo del escritorio y a ponerse en pie, Helen comentó con un tono repentinamente realista que interrumpió el renovado terror infantil-: Tengo los músculos agarrotados. Como en el caso de Marjorie, Helen, que nunca pintó ni tuvo ningún interés religioso especial, parecía haber ocupado un lugar arbitrario en el andamio.

Sybil Ann se empequeñecía en la sala de consulta. No hablaba con la doctora, sino que susurraba. Cuando terminaron las presentaciones, Sybil Ann se quedó sentada en silencio, mirando a la nada. Era como si estuviese tratando de borrarse a sí misma de la escena, como si tácitamente estuviese diciendo: «No merezco ocupar ningún lugar. Perdone que esté viva.»

Además, cuando Sybil Ann estaba al mando, el mismo cuerpo sufría un notable cambio. Literalmente, parecía que se hacía más pequeña. La primera vez que apareció, a medida que el cuerpo parecía empequeñecerse, el vestido gris que usaba Sybil Ann parecía expandirse. A las otras personalidades aquel vestido les caía perfectamente. En Sybil Ann, tomaba las proporciones de un saco. Era como si Sybil Ann se estuviese ocultando dentro de los confines del traje gris en expansión.

Del tenso silencio que las envolvía surgieron finalmente palabras dichas en tono mesurado. Sybil Ann le dijo a la doctora Wilbur:

- Tengo que forzarme incluso a mí misma para mover los ojos. ¡Es tan fácil quedarse mirando a la nada!

Luego, la doctora Wilbur se enteraría de que aquella frágil personalidad comía bien pocas veces, dormía muy poco, y generalmente mostraba escaso interés por lo que la rodeaba. A menudo decía: «No siento nada». Cuando estaba en uno de sus mejores días, disfrutaba con las bibliotecas y los museos, aunque prefería la música a la pintura. En las muy raras ocasiones en que ella pintaba, invariablemente producía un melancólico cuadro de personajes solitarios con rostros o bien cubiertos o bien vueltos hacia otro lado. En el andamio de Omaha había dado una cierta tonalidad lúgubre a los rostros de las bestias.

De forma característica, Sybil Ann asumía el mando del cuerpo cuando «todo era demasiado». Sin embargo, este cambio de personalidades era una respuesta a una situación dada, más que una forma de enfrentarse con ella; de todas las personalidades, Sybil Ann era la más profundamente deprimida, y podía permanecer durante horas sentada, tan muda e inmóvil como el pelícano situado sobre el piano de la casa de los Dorsett en Willow Corners.

Cuando, al término de la primera visita a la sala de consulta de la doctora Wilbur, Sybil Ann se alzó finalmente para irse, caminó con paso lento y arrastrado.

- Es un verdadero esfuerzo -dijo cansinamente-, poner un pie por delante del otro, y tengo que estar pensando en ello... o me paro.

Fijándose en la gran laxitud y debilidad de Sybil Ann, la doctora Wilbur diagnosticó que sufría neurastenia, un tipo de neurosis resultante de conflictos emocionales que habitualmente están caracterizados por la fatiga, la depresión, la preocupación y, a menudo, dolores locales sin aparente causa objetiva. Sybil Ann, y de eso también estaba segura la doctora Wilbur, era una identificación con Hattie Dorsett en su fase catatónica en el campo.

Clara, que había estado en la sala de consulta durante la rememoración del episodio del andamio de la iglesia de Omaha durante las fiestas de Navidad de 1957, continuó escuchando en silencio el diálogo acerca de la religión, que se extendió a lo largo del resto de Diciembre y los primeros meses de 1958. En Marzo, se presentó ella misma a

la doctora Wilbur con una concisa información autobiográfica: «Tengo veintitrés años. Jamás tuve madre. Simplemente, existo». Luego, pasó a explicar su papel religioso en el conglomerado de personalidades Dorsett.

- Sé más de religión que todos los otros -dijo Clara Dorsett-. Estaba en la piscina de arena con Ruthie, en las clases parroquiales con Sybil y los otros. La religión es tan importante para mí como lo es para Mary, y a veces pienso que aún lo es más. Creo en Dios sin reservas, en la Biblia como en la revelación de su verdad, y en Satanás, que es su antítesis.

Repentinamente, la habitación fue como un cáliz que contenía el vino de la ira. Clara paseaba arriba y abajo, lanzando una vehemente acusación:

- Sybil es una persona deplorable. Realmente, da asco. Y lo peor de todo, es que se cree que va a intentar hacer algo. ¡Y no puede hacer nada!

- Parece como si no te gustase Sybil -dijo la doctora.

- No me gusta -replicó secamente Clara.

Personalidad contra personalidad en una mujer dividida.

- ¿Por qué no? -preguntó la doctora.

- ¿Por qué iba a gustarme? -replicó con resentimiento Clara-. Me impide hacer la única cosa que deseo.

- ¿Qué deseas hacer? -inquirió la doctora.

- Oh, no es nada espectacular -explicó Clara-. Me gusta estudiar y aprender. Ella se interpone en mi camino.

- ¿Qué te gustaría estudiar?

- Música e Inglés. Especialmente Historia, cuestiones médicas: química y Zoología -replicó Clara.

- También a Sybil -se apresuró a señalar la doctora.

- No, no es cierto -dijo despectiva Clara-. Se alza una gran pared de acero, y no puede estudiar. De hecho, no puede hacer nada. No siempre fue así, Pero así es como es ahora.

- ¿Por qué, Clara? -preguntó la doctora, para tratar de averiguar cuánto sabía, en realidad, sobre Sybil aquella recién llegada.

- Es la ira -replicó autoritariamente Clara.

- Tengo algunos buenos taladros para perforar y derribar esa pared de ira -aseguró la doctora-. Clara, ¿quieres ayudarme?

- ¿Y por qué iba a hacerlo? -el enfado de Clara se había hecho aún más pronunciado-. ¿Qué ha hecho ella por mí?

- Entonces -sugirió astutamente la doctora-, ayúdame a darle un buen golpe a esa pared... no por Sybil, sino por ti.

- ¿Por mí? -Clara alzó desmayadamente los hombros-. Me temo, doctora, que no veo la relación que tiene eso.

- Clara, ¿no ves que si me ayudas a ayudar a Sybil a ponerse bien, ya no se interpondrá en tu camino y podrás hacer las cosas que deseas hacer? -el tono de la doctora era insistente y urgente-. ¿No puedes ver que al ayudar a Sybil te estás ayudando a ti misma?

- Bueno -dudó Clara-, Sybil está tan lejos de todo que no podría alcanzarla ni aunque lo desease.

- ¡Inténtalo, Clara! -el tono urgente de la doctora se había convertido en una súplica-. Por tu propio bien, Clara -añadió con suavidad la doctora-. Mañana, por la mañana, cuando se despierte Sybil, quiero que hagáis algo vosotras las chicas.

- ¿Los chicos también? -preguntó Clara.

- Sí, todos vosotros -le contestó la doctora.

- ¿Qué? -quería saber Clara-. ¿Ir a la iglesia? Mañana es Domingo.

- No, no quiero que vayáis a la iglesia -replicó con firmeza la doctora-. Simplemente, quedaos a dormir hasta tarde y decidle a Sybil que la razón por la que no puede hacer todas las cosas que le gustarían es porque las complicaciones de la enfermedad le están mermando fuerzas.

Clara, que había estado paseando arriba y abajo mientras hablaba, se detuvo abruptamente.

- Pero, doctora -protestó-, le dijo a Sybil que podía seguir estudiando a pesar de la enfermedad, incluso aunque el análisis le estuviese ocupando mucho tiempo.

- Sí -explicó la doctora-, le dije eso. Pero eso fue antes de que supiera con cuánto dolor tenía que enfrentarse. En aquel tiempo pensaba que el trauma básico era la pena por la muerte de la abuela, y que también por esto Sybil se había disociado en otras personalidades. También creí que aquella pena fue mantenida incólume porque Sybil, que había estado ausente durante dos años, jamás había tenido la oportunidad de quitársela de encima. Entonces no sabía cuánto dolor había sufrido, o lo complicadas que eran las raíces del caso de Sybil.

- ¿Sabe? -replicó confidencialmente Clara-, Sybil está preocupada porque ha perdido varios años de acontecimientos, y teme que usted lo averigüe.

- Eso es ridículo -afirmó la doctora-. Sybil sabe que conozco lo de esos años perdidos.

- No deja de volver a vivir el pasado -le informó Clara-. Piensa continuamente que su madre va a hacerle daño.

Clara hizo una pausa, luego añadió:

- Me alegra no haber tenido jamás una madre.

La doctora permitió que el comentario pasase desapercibido, al añadir:

- Vamos a liberar a Sybil del pasado.

- Sí, quiere ser libre -dijo Clara-. Quiere olvidarlo todo y no enfrentarse con nada.

- Tendrá que enfrentarse con todo antes de poder ser libre -repuso la doctora-. Pero puede hacerlo. Tiene mucho aguante, y aún más valor. Todos vosotros lo tenéis.

- ¿Valor? -preguntó Clara con un tonillo sarcástico-. No puede hacer nada. No puede enfrentarse con nada. ¿Y a eso le llama valor?

- Tiene una gran habilidad y está dotada en muchos aspectos -afirmó convencida la doctora-. Cuando derribemos esa pared de ira, quedará libre para autorrealizarse.

Clara agitó con gravedad la cabeza.

- Nunca encontrará un taladro que pueda hacer eso -dijo.

- Mi taladro -mantuvo la doctora-, lo logrará... Con una condición.

- ¿Condición? -Clara parecía asombrada.

- Podemos derribar esa pared, Clara -replicó con firmeza la doctora-, si tú y los otros trabajáis conmigo.

Clara aún parecía más perpleja.

- Mañana -continuó la doctora-, cuando le habléis a Sybil del análisis, habladle también de las otras cosas que conocéis.

- ¿Cosas? ¿Qué cosas? -preguntó incierta Clara.

- Lo que habéis aprendido, lo que sentís, lo que recordáis... -le animó la doctora.

- Recuerdo muchas cosas acerca de la iglesia -dijo Clara con reminiscencia-. Los incidentes de la congregación de Willow Corners los tengo muy claros.

- Cuéntaselos a Sybil.

- ¿De qué sirve eso? -Clara se alzó de hombros.- Sybil no es un buen auditorio. Por esa gran pared, ya sabe.

- Vamos a demoler esa pared -afirmó la doctora-. Todos nosotros, trabajamos juntos.

La doctora miró fijamente a Clara.

- Entonces, Sybil podrá hacer las cosas que quieres que haga. No volverá a interferir con tus estudios.

- Bueno, pues no quiero ayudarla -afirmó Clara sin ninguna clase de compromiso-. ¿Por qué iba a hacerlo?

- Entonces, ¿por qué no te reúnes con los otros? -perseveró la doctora Wilbur-. Todos podéis hacer cosas que os gustan. Las podéis hacer juntos.

Clara se puso de pie y comenzó a pasear de nuevo. Luego, con una sonrisa amarga, se volvió hacia la doctora.

- Nunca ha visto a un grupo de individualistas como ése -dijo Clara-. Todos quieren que se hagan las cosas a su manera.

- ¡Inténtalo! -renovó su súplica la doctora.

Clara se echó a reír.

- Tendría que oírnos discutir. Ya puedo notarlo. Las Peggys están hirviendo.

- Clara, escucha -la doctora estaba ahora de pie, junto a la paciente-. Lo que te estoy pidiendo es por tu propio bien, por el bien de todos vosotros. Ya se lo he mencionado a algunos de los otros. Debéis trabajar todos juntos. Todos debéis intentar llegar a Sybil. Clara, ésa es la única forma en que vais a poder persuadir a Sybil de que haga las cosas que no interfieren con vuestra propia autorrealización. ¿No comprendes todo lo que está en juego? ¿Por qué no tratas de verlo?

La habitación reverberó con la amenaza cuando Clara replicó:

- ¡Sybil no tiene que vivir!

Al siguiente día, de pie en la sala de consulta de la doctora Wilbur, se hallaba Nancy Lou Ann Baldwin. Los sonidos del tráfico que surgían de la calle de abajo y que llegaban hasta la habitación eran para Nancy los terroríficos sonidos de la explosión; pues vivía al mismo borde del terror.

- No me gusta que las cosas estallen -comentó ahora Nancy-. Siempre estallan, siempre. Cuando eres pequeña y tu madre te tira los juguetes, las cosas te golpean, te encuentras atada, y te mareas y ves puntitos que giran, es tan malo como una bomba. Y hay ruidos. Un horrible estrépito, que es tan malo como la explosión de una bomba, cuando eres pequeña. Y lo peor de todo es que madre no está muerta.

- Tu madre está enterrada en la ciudad de Kansas. Ahora no hay explosiones que te hagan daño -las palabras de seguridad de la doctora eran un encantamiento.

- No sé cómo sabe eso -protestó Nancy-. Madre puede estar enterrada en la ciudad de Kansas y estallar en mi mente al mismo tiempo. Además, hay muchos otros tipos de explosiones que podría nombrarle, y que no sé cómo puede usted impedirlos. No puede hacer que la conducción de gas o un horno no estallen.

- Tu casa no tiene ningún horno de gas -la doctora dio esta nota práctica y realista para calmar el terror.

La delirante respuesta de Nancy, mientras sus labios se agitaban divertidos un instante, fue:

- Bueno, supongo que tiene que ser un gran «puff» para que sea una explosión -el terror regresó a ella al añadir-: Pero usted no puede impedir que el mismo mundo estalle. Y eso sí que será un gran «puff».

- El mundo no va a estallar, Nancy -afirmó la doctora Wilbur.

- Entonces, ¿para qué tendrían que construir todos esos refugios antiatómicos? -replicó rápidamente Nancy-. ¿Y por qué vemos por todas partes los signos del fin? Satanás destruirá el mundo y Dios lo hará perfecto, para que no haya más pecado. Según las profecías, en la guerra final, en Armagedón, todo será destruido.

- Aún no ha llegado la hora -la doctora Wilbur estaba decidida a liberar a Nancy de su obsesión.

- La profecía nos dice que antes del fin -continuó Nancy, sin hacer caso a la interrupción-, los ríos se secarán, y serán como sangre. Y también nos dice la

profecía que, antes del fin, los católicos llegarán al poder y controlarán el gobierno y las mentes de los hombres. Estamos viendo que estas cosas suceden. En todas partes leemos que los ríos están contaminados. La contaminación es la sangre de la que habla la profecía. Y, como uno no puede vivir mucho sin agua, moriremos tal como dice la profecía. También se está cumpliendo la profecía acerca de los católicos. Los católicos comenzaron, hace mucho, a construir escuelas y universidades. Pero no pudieron hacer mucho hasta 1936 ó 1939, no estoy muy segura del año. De cualquier forma, no pudieron hacer mucho antes de que el Vaticano fuera reconocido como Estado independiente, con derecho a hablar. Y los católicos se han vuelto más poderosos desde entonces.

»Llegará el día, doctora Wilbur, en que, si una no adora a los sacerdotes, cardenales y papas católicos, le sucederá lo que a los judíos bajo los nazis. Los católicos van a hacerse más y más poderosos, y si nos despabilamos, no dejaremos que un católico sea candidato a la Presidencia. Controlando a los niños, saben que también podrán controlar a los padres. No se dejarán escapar una sola posibilidad de esclavizarnos. Nancy se movió inquieta y aprensiva por la habitación. Al fin, se volvió hacia la doctora, añadiendo:

- Jamás seré católica. Jamás, jamás haré lo que me ordenen hacer. Y me temo que acabarán dando órdenes. No quiero que me encierren en una prisión. Pero no haré lo que me ordenen.

Los ocultos caminos de la histeria ya no seguían ocultos. La nota creciente de aquel poderoso sentimiento llenaba la pequeña habitación como el sonido, cada vez más fuerte, de una orquesta. Nancy se dejó caer sobre el sofá.

- Doctora -las palabras eran arrancadas, lentamente-, a veces tengo tanto miedo por todo esto, que preferiría morir ahora mismo.

La doctora Wilbur le contestó con suavidad, en voz baja:

- ¿Por qué ibas a querer morir? Abandonarías demasiadas cosas. Amar a la gente, hacer cosas, disfrutar de la música, del arte, de la Naturaleza. -Luego, la doctora añadió testaruda y decisivamente:- Entenderte con Sybil y encontrarte a ti misma.

Había quedado roto el ánimo del momento. El terror fue reemplazado por la ira y por una postura defensiva.

- ¿Por qué me acorrala? -preguntó Nancy.

- Cariño, no estov acorralándote -replicó la doctora, buscando calmarla-. Estoy tratando únicamente de demostrarte que no hay razón alguna para que mueras.

- ¿Que no? -replicó pensativa Nancy-. Hay razones privadas y públicas.

- ¿Cuáles son las razones privadas? -preguntó en voz suave la doctora, dándose perfecta cuenta de que, a pesar de la violencia de aquellas exclamaciones, éste era su primer contacto verdadero con Nancy.

- Oh -respondió Nancy-. Todos nosotros estamos tratando de hacer que Sybil haga cosas, y esto no va bien. El estar unida a Sybil es una frustración constante. Me irrita, me asusta. Y, a veces, noto que me gustaría acurrucarme como un bebé. Pero además me encuentro muy unida a las Peggys, y ya sabe lo que ellas piensan de Sybil. Sybil hace que Peggy Lou esté irritada todo el tiempo.

Pasando, repentinamente, a un estado relajado y casual, Nancy se explicó:

- Estoy, tan unida a las Peggys, que he tomado sus dos nombres. Pero ellas usan el apellido Dorsett. Yo no. Yo soy Nancy Lou Baldwin. La señorita Baldwin era una maestra que Sybil pretendía ser cuando yo llegué.

- ¿Qué otras cosas privadas te preocupan, Nancy? -quería saber la doctora-. ¿Qué te gustaría hacer, que ahora no puedas?

- Caminar sobre piernas que no sean débiles- fue la sorprendente respuesta-. Quiero ir a sitios y hacer cosas. ¿Sabe?, una no puede hacerlo con Sybil.

- Podemos arreglar las cosas para que sí puedas -prometió la doctora.
 - Me temo que eso no va a ser posible -replicó secamente Nancy-. Pero, ahora, aún estoy más preocupada por las cuestiones públicas -el terror había vuelto a sus ojos-. Los católicos -advirtió-, entrarán reptando cuando menos nos lo esperemos. ¡Nos atraparán!
 - A mí no me atraparán porque no les temo, y no creo en eso que cuentas. Yo pienso...
 - ¡No queda mucho tiempo! -interrumpió histéricamente Nancy. Luego, ya más tranquila, repitió-: Me gustaría morir, pero Dios no me deja. Mire, tendría que matarme, y el suicidio es una cosa tan mala como seguir las órdenes de los católicos. De cualquier modo, equivaldría a entregar mi alma al diablo.
 - Vamos, Nancy... -la doctora trató de hacerle cambiar de estado de ánimo, dando otro punto de vista.
- Pero Nancy la cortó en seco:
- ¡Y no quiero que el diablo venza!
 - Nancy -le dijo la doctora, cambiando totalmente de tema-. Si tú, Clara y algunos de los otros, especialmente Marcia, os unierais a Sybil...
 - Clara tiene los mismos problemas con la religión que yo -le interrumpió de nuevo Nancy-. Le preocupa lo mismo que a mí. Estoy segura de que, cuando habló con usted ayer, le debió decir las mismas cosas que...
- Esta vez fue la doctora la que interrumpió:
- Si tú y Clara ayudáis a Sybil a ser fuerte y a hacer las cosas que desea hacer -indico con fuerza-, entonces, será una persona más que podrá ayudar a mantener la democracia que tú temes que los católicos vayan a arrebatarnos.
- Absorta en sus propios pensamientos, Nancy le contestó por otro camino:
- Una tiene que estar siempre dispuesta para el día en que los católicos destruyan nuestra democracia. ¡Hay que estar vigilante!
 - Nancy -insistió la doctora con firme y fuerte voz-. Dios nos ha dado nuestro cerebro para que lo usemos...
 - Claro -de nuevo, Nancy había interrumpido las palabras de la doctora-. Y nos dio las profecías para que supiéramos cómo usar nuestro cerebro para prepararnos para la lucha contra la toma del poder de los católicos.
 - Oye, Nancy... -comenzó la doctora.
 - ¡Eso es lo que hizo! -insistió con vehemencia Nancy.
 - Dios nos dio nuestro cerebro para que lo usásemos -explicó la doctora Wilbur-. Y tú no deberías malgastarlo en una preocupación sin fundamento alguno.
- Nancy protestó:
- Pero Él dijo que nos apartásemos de los poderes de las tinieblas y fuésemos hacia los poderes de la luz, y eso significa que hemos de seguirle.
 - En este país hemos tenido siempre libertad de religión y libertad de culto -recordó a Nancy la doctora.
 - No ha servido de nada -replicó Nancy.
 - Dado que nuestro gobierno es el gobierno del pueblo -continuó la doctora-, tú y yo formamos tanto parte del gobierno como cualquier otro, y...
 - Sé todas esas cosas -le interrumpió con sequedad Nancy.
 - Y esto significa -afirmó la doctora-, que si tenéis tanto miedo de perder nuestra democracia, tú y Clara deberéis uniros a Sybil, para que Sybil pueda hacer todas las cosas que es capaz de hacer en orden a ayudar a que otra gente se aparte de los poderes de las tinieblas.
 - Excúseme, doctora Wilbur -interrumpió una voz que no era la de Nancy-. Creo que debería decir algo.
 - ¿Sí, Vicky? -la doctora conocía muy bien aquella voz.

- Bueno, excúseme que intervenga, pero ya sabe que no digo nada nunca, excepto cuando es absolutamente necesario. Pero creo que está cometiendo un error al decirle eso a Nancy. Mire, Sybil tiene los mismos miedos y temores que Nancy y Clara. De hecho, Marcia misma, aunque cree que está apartándose de la religión, tiene esos mismos temores.

- ¿Sí?

- Y yo he estado tratando de ayudar a Nancy, Clara, Marcia y Sybil. Ha sido mejor. Usted me dijo en una ocasión: «Vicky, ¿por qué no ayudas a Sybil?», y he estado haciéndolo. Pero si Nancy y Clara se unen ahora a Sybil, con ese gran temor que tienen, lo añadirán al temor que ya tiene Sybil. Creo que sería demasiado miedo para una sola persona. Esa es una de las razones por las que he dejado de animar a Nancy y Clara a que se mostrasen más unidas con Sybil. ¿Para qué traerlas cerca, si no nos van a dar más tuerza? Todo lo que tienen es malo: no sólo unas tremendas preocupaciones acerca de la religión, sino también ideas depresivas y suicidas... mucho más de lo que nunca le contarán y mucho más de lo que han dicho aquí. No quiero que le aporten esas cosas a Sybil, porque no estoy segura de ser lo bastante fuerte como para luchar contra todo esto. No diré nada más. Simplemente, no creo que sea muy sensato hacer que Nancy y Clara se acerquen a Sybil, en este momento.

- Sería un error, Vicky --informó la doctora Wilbur a su coanalizante-, si no fuéramos a hacer nada para que desapareciesen las preocupaciones de Nancy y Clara. ¿De acuerdo? Pero tengo intención de hacer algo al respecto. Ahora, si Nancy quiere seguir hablando un rato conmigo, creo que podremos aclarar algunas cosas.

- De acuerdo -aceptó Vicky-. Dejaré que Nancy regrese. Pero, por favor, doctora Wilbur, recuerde mi consejo. Aunque más que un consejo, es una advertencia.

Cuando la doctora Wilbur se dio cuenta de que habían sido reveladas cinco nuevas personalidades, recordó el tiempo en que, tras haberse encontrado por primera vez con Vicky, había estudiado la literatura existente acerca de la personalidad múltiple. Había especulado acerca de que el caso de Sybil era más complejo que el de la señorita Beauchamp o el de Doris Fisher. Ahora *sabía* que el caso de Sybil Dorsett, precipitado no por un trauma, sino por una multiplicidad de traumas, era el más complejo del que jamás se hubiera tenido noticia.

Las raíces múltiples de la complejidad de Sybil: la madre esquizofrénica ayudada y estimulada por un padre pasivo y periférico, el medio ambiente cándido e hipócrita, y la histeria engendrada por la fe fundamentalista, especialmente tal como venía tipificada por el abuelo Dorsett, habían sido diseccionadas e interpretadas. Pero la doctora seguía sin saber cuándo había tenido lugar la primera disociación, aunque sabía que no todas las personalidades habían surgido durante esta primera disociación y que, hasta ahora, todas las que se habían presentado existían ya cuando Sybil tenía doce años de edad. Por otra parte, la doctora no podía determinar si, conociendo ya catorce personalidades alternantes, quedarían aún otras por aparecer. Aun cuando la evidencia de enfermedades mentales en ambas partes de la familia sugería un posible factor genético, la doctora Wilbur estaba segura de que la enfermedad había sido inducida por el medio ambiente. La Doctora Wilbur sabía que el análisis debía continuar desenterrando incidentes específicos de abusos ambientales con el fin de aliviar la enfermedad.

Ahora, la doctora estaba convencida de que las personalidades no eran partes conflictivas de una persona total, luchando por conseguir su identidad, sino más bien defensas contra un medio ambiente intolerable que había producido los traumas infantiles. La mente y cuerpo de Sybil eran poseídos por esos otros... que no eran espíritus invasores, ni fantasmas del exterior, sino partes proliferantes de la niña

original. Cada personalidad era más joven que Sybil, y sus edades variaban de acuerdo con el momento en que se había producido el trauma particular contra el que cada una de ellas había surgido al enfrentarse.

Con la relación de las cinco nuevas personalidades, la estrategia del tratamiento seguía siendo la de antes: desenterrar y analizar los traumas, haciendo así innecesaria la defensa contra cada uno de ellos en particular y, por ende, la personalidad que se dedicaba a esta defensa. La integración sería realizada haciendo que cada una de las diversas personalidades devolviese a Sybil la disminuida personalidad primaria, las adquisiciones y formas de comportamiento que habían robado a la Sybil original. Tenían que devolver el conocimiento, las experiencias y los recuerdos que se habían transformado en suyos durante el tercio de la vida total de Sybil que *ellas* y no Sybil habían vivido.

Ahora, quedaba claro que lo indicado era un ataque acelerado contra los traumas subyacentes, un ataque durante el cual cada personalidad tendría que ser analizada como una «persona» -en sí, y por propio derecho. Naturalmente, al fin, todas tendrían que ser integradas en la Sybil primaria. Sin embargo, la integración era todavía un objetivo distante, más distante aún debido a la complicación que representaba la aparición de nuevas personalidades. Los destellos de integración que ya se habían visto habían sido de corta duración.

Igualmente, la doctora Wilbur se daba cuenta, con objetividad, de que había riesgos con los que enfrentarse. El mismo acto de encararse con un trauma desenterrado, al intensificar el dolor, a menudo provocaba un retroceso. No había seguridad alguna de que el desenterrar un trauma fuera a llevar a la integración parcial de la personalidad que realizaba la defensa contra el mismo. Quizá Sybil fuera aún más despedazada por la misma terapia que intentaba curarla. Pero la enfermedad era tan severa, y la necesidad de integración tan grande, que merecía la pena correr con todos los riesgos posibles en una lucha más intensa.

El reloj incomprensible

Peggy Lou y Peggy Ann, Vicky y Mary, Marcia y Vanessa, Mike y Sid, Marjorie y Ruthie, Helen y Sybil Ann, Clara y Nancy. Aquellas catorce personalidades alternantes habían ido entrando y saliendo de la oficina de la doctora Wilbur, cada una con sus propias emociones, actitudes, gustos, talentos, ambiciones, deseos, formas de comportamiento, modos de hablar, procesos mentales e imágenes corporales. Doce de las personalidades eran femeninas, dos masculinas. Todas más jóvenes que Sybil.

Cada una diferente a las otras y a Sybil; cada una conocía la existencia de Sybil y la de las otras personalidades. Por el contrario, Sybil, y ésta era la gran ironía de su situación, no había conocido la existencia de las otras hasta que la doctora Wilbur se la había revelado.

La ironía venía aumentada por el hecho de que, aun después de que la doctora le hubiera puesto al corriente de la situación, Sybil se había negado a conocer a las otras, en grabación, y se había negado a acercarse a ellas, a aceptarlas.

A finales de 1957 y principios de 1958, los nombres Peggy Lou, Peggy Ann, Vicky, Marcia, Vanessa, Mary, Mike, Sid, Marjorie, Ruthie, Helen, Sybil Ann, Clara y Nancy seguían siendo en lo que a Sybil se refería, simples productos de la imaginación de la doctora Wilbur. La doctora Wilbur las conocía, pero Sybil no. Sybil creía en la doctora, pero empíricamente las otras personalidades seguían siendo irreales para ella.

Lo que continuaba siendo real para Sybil, tal como lo había sido antes de que su

condición fuera etiquetada como «personalidad múltiple», era el hecho de que perdía tiempo. A finales de 1957 y principios de 1958, Sybil seguía prometiéndose a sí misma que no perdería tiempo, y esta promesa que se hacía como adulta, tal como la que se había hecho de adolescente, seguía teniendo un tono subyacente de «seré buena, no mala». Cuando, a pesar de sus promesas, volvió a perder tiempo, simplemente tomó de nuevo la decisión de que no iba a volver a pasar nunca más. Sólo creía que estaba mejorando cuando pasaba tiempo que no perdía.

Noviembre y Diciembre de 1957 fueron una de esas épocas. Durante ese período Sybil no sufrió la angustia de hallarse en una situación extraña sin saber cómo había llegado a ella. Tanto Sybil como la doctora Wilbur se había atrevido a esperar que estuvieran entrando en la tierra prometida de la integración.

Sin embargo, la tierra prometida desapareció la mañana del 3 de Enero de 1958, cuando la doctora Wilbur abrió la puerta de su sala de espera a la hora de la cita con la señorita Dorsett. No había nadie allí. Y no fue sino hasta cinco días más tarde cuando el correo matutino le trajo una pista de la posible ubicación de Sybil.

La carta, dirigida a la doctora Wilbur en su antigua oficina: 607 Edificio de las Artes Médicas, calles Dodge y 17, Omaha, Nebraska... y reenviada allí, le daba esa pista. Escrita con caracteres infantiles y fechada 2 de Enero de 1946, la carta, que venía en papel del Hotel Broadwood de Filadelfia, decía:

Querida doctora Wilbur.

Dijo que me ayudaría. Dijo que me tenía afecto. Dijo que yo era buena. ¿Por qué no me ayuda?

Peggy Ann Dorsett.

Habían pasado catorce años desde que la doctora Wilbur había abandonado Omaha, y el hecho de que Peggy Ann hubiese escrito allí indicaba una seria confusión. El tono de la carta era petulante; el estado de ánimo, de desengaño y falta de satisfacción por la forma en que estaba haciéndose el análisis. El matasellos de Filadelfia contribuía a aumentar el desencanto de la doctora. La esperanza que había compartido con Sybil durante los meses de Noviembre y Diciembre quedaba destruida.

Ya no era posible la inacción por parte de la doctora, aunque éste había sido el camino que había elegido cuando ni Sybil ni ninguno de los otros había cumplido con la cita del 3 de Enero; tal como lo había hecho anteriormente, en otras ocasiones en que tal cosa se había producido. La doctora siempre había temido que una acción pudiera ser el resorte que pusiera en marcha una cadena de acontecimientos que hiciese que el nombre de Sybil Dorsett apareciese en los archivos policíacos y acabase llevando a ésta a un hospital mental. Determinada a proteger a su paciente contra ambas eventualidades, la doctora tampoco había llamado en esta ocasión a la policía. A pesar de que habían pasado cinco días desde que Peggy Ann había escrito su carta desde Filadelfia, la doctora decidió llamar al Hotel Broadwood. Sólo dudaba por no saber por quién preguntar. El nombre en el registro del hotel podía ser Peggy Ann Dorsett o Peggy Ann Baldwin, dado que Peggy Ann usaba ambos apellidos. Y también podía ser Sybil Dorsett, un nombre que, siguiendo el ejemplo de Vicky, a menudo usaban las otras personalidades. En realidad, Sybil podía estar registrada bajo cualquiera de los quince nombres de sus personalidades. O quizá se tratase de una nueva personalidad recién llegada. La doctora Wilbur no suponía que conociese a todas las personalidades que pudieran surgir.

- Hotel Broadwood. Buenos días -la recepción del hotel estaba al teléfono.

- Buenos días -dijo la doctora-. ¿Tienen registrada una señorita Dorsett?

- Habitación 1113 -le respondieron en recepción-. Un momento, por favor.
- No moleste al 1113 -dijo la doctora con repentina precaución. No sabiendo a qué señorita Dorsett iba a encontrar, tomó una rápida decisión-. ¿Me podría poner con la matrona del hotel?

La doctora pensaba que era mejor no hablar con Peggy Ann en aquel confuso estado en que se hallaba.

- Soy doctora -dijo un momento más tarde la doctora Wilbur a la matrona-. Una de mis pacientes, una tal señorita Dorsett que está en la habitación 1113, no se encuentra bien. Desearía saber si usted tendría la amabilidad de ir a verla y hacerme saber cómo se encuentra. Me agradecería que no le comunicase que he hablado con usted.

La doctora dio su número de teléfono a la matrona para que la llamase cuando supiera algo, le dijo que lo hiciera a cargo revertido, y se sentó a esperar.

Quince minutos más tarde llegó la llamada de la matrona:

- ¿Doctora Wilbur?

- Sí.

- Aquí la señora Trout de Broadwood, en Filadelfia.

- Sí. ¿Cómo está?

- Muy bien, doctora, muy bien. Parecía algo pálida y delgada. Le caía muy bien su pijama de rayas naranja y verdes. Estaba sentada en la mesita, haciendo un dibujo a lápiz en una de las cartas del hotel.

- ¿Dijo algo la señorita Dorsett? -preguntó la doctora Wilbur.

- No mucho. Sólo me dijo que iba a salir pronto a dar un paseo para tomar algunos apuntes a lápiz. «No salga -le supliqué-. Este no es un tiempo para tomárselo a broma. El hombre del tiempo ha predicho una terrible tormenta.» Dijo que ya vería. Estaba pálida, pero a mí no me pareció enferma, doctora. Realmente, no me lo pareció.

La doctora Wilbur dio las gracias a la señora Trout, esperó unos minutos, y entonces decidió telefonar al Broadwood para persuadir a Peggy Lou a volver a casa; pues aunque Peggy Ann había escrito la carta, resultaba evidente que la señora Trout había hablado con Peggy Lou. Era Peggy Lou la que dibujaba en blanco y negro, Peggy Lou la que se compraría un pijama como el que la señora Trout había descrito. Lo que parecía probable es que Peggy Lou y Peggy Ann hubieran partido de viaje juntas, como a menudo hacían... Peggy Lou como defensa de Sybil contra la ira y Peggy Ann como su defensa contra el miedo.

No obstante, no había nadie en la habitación 1113 cuando la doctora llamó. Luego, cuando, logró hablar con la señora Trout, que entonces estaba de servicio en recepción porque el empleado nocturno había sufrido un retraso a causa de la tormenta, la señora Trout dijo:

- La señorita Dorsett se encuentra en medio de la tormenta. Le supliqué que no lo hiciese, porque estaba a punto de empezar a llover. Pero me dijo que podía cuidar de sí misma.

A las diez y cuarto de la noche, la doctora, que de nuevo intentó hablar con la habitación 1113, se enteró de que la señorita Dorsett había partido ya del hotel.

La doctora sólo podía esperar que Sybil «volviese a sí misma» y regresase sana y salva, o que la personalidad alterna que se hubiera hecho cargo regresase, o que Vicky, tal como había hecho ya durante muchas de las otras fugas de Sybil en el período que llevaba efectuándose el análisis, lograrse, de alguna manera, llamar a la doctora. Pero no hubo ninguna llamada.

A la mañana siguiente, la doctora, saliendo a la sala de espera para colocar algunas revistas en la mesita, se encontró con la delgada figura de Sybil Dorsett, esperando.

No sabiendo de qué personalidad se trataba, la doctora, sin usar ningún nombre, se limitó a decir:

- Entra.

Hubo un silencio embarazoso.

- Lo he hecho de nuevo -dijo con tristeza la paciente-. Va a ser aún más difícil de contárselo de lo que había pensado.

- ¿Sybil? -preguntó la doctora.

- Sybil. «Volví en mí» en una calle de Filadelfia de un horrible distrito de almacenes. Esta fuga fue mucho peor que las otras. Una verdadera pesadilla. Y además, cuan ya creíamos que nunca más iba a volver a suceder. ¡Oh, doctora, estoy muy avergonzada!

- Relájate antes de hablar de ello -le dijo la doctora, tratando de tranquilizarla.

- Siempre me prometo a mí misma que nunca más volverá a suceder y luego empiezo de nuevo. Pero esta vez tenía verdaderas esperanzas. ¿Cuántas veces tendré que comenzar de nuevo?

- No sé cuántas veces -le contestó la doctora-. Pero, ¿querías dejar ya de intentarlo? No sirve de nada. ¿Por qué vas a empezar de nuevo? ¿Por qué no prosigues desde el punto donde te hallas?

- No sé lo que se ha hecho en mi nombre -espetó Sybil-. Quizás una matanza. Asesinatos.

- Sybil -contestó con firmeza la doctora-, te he dicho una y otra vez que ninguna de los otros va en contra de tu código ético.

- Me lo ha dicho -replicó con ansiedad Sybil-. Pero, ¿lo sabe de verdad? No podemos estar seguras.

- Sybil -preguntó la doctora por, quizá, la centésima vez en aquellos tres años-, ¿querías escuchar las grabaciones de las otras personalidades?

- No -Sybil negó con aire decisivo-. La única cosa que quiero oír acerca de esos otros, como usted los llama, es que ya no existen.

- Te tranquilizaría -persistió la doctora-. ¿Quieres que tome una grabación cuando las Peggys, me cuenten lo que ha pasado en Filadelfia? Así, lo podrías oír por ti misma.

- ¿Las Peggys? -preguntó consternada Sybil-. ¿Sabe que fueron ésas? ¿Cómo puede saber eso?

- Peggy Ann me escribió desde el Broadwood -replicó la doctora en forma directa y objetiva.

- ¿El Broadwood? -exclamó Sybil con asombro y sorpresa-. ¿Sabía que estuve allí?

- Te encontraste en Filadelfia porque las Peggys te llevaron allí. Son parte de ti misma, una parte sobre la que no tienes control. Pero vamos a cambiar eso cuando os juntemos a todas.

- Filadelfia demuestra que no estoy mejorando -repuso entrecortadamente Sybil-. Jamás me pondré bien.

- Sabes que quiero ayudarte -le dijo con suavidad la doctora-. Sabes que conozco tus problemas desde hace ya tres años, y sabes que son parte de tu enfermedad.

- Sí, sí -replicó ansiosa Sybil-. Me lo ha dicho usted muchas veces.

- Y cuando piensas otra cosa -dijo la doctora, recalándolo mucho-, te muestras innecesariamente suspicaz y asustada.

- ¿No soy extraña? -exclamó Sybil.

- No, no eres extraña -le respondió enfáticamente la doctora.

- ¿Le caigo bien a la gente?

- Sí, Sybil. Mucho. A mí me caes bien. No sé si llegas a darte cuenta de lo mucho que me caes bien. -La doctora había respondido a la súplica de aprobación con la genuina

emoción de su creciente afecto hacia su paciente.

Había algo así como lágrimas en los ojos de Sybil... Las lágrimas que no había podido derramar en el primer año y medio de análisis. Preguntó con voz muy baja:

- ¿Sigues creyendo que me podré poner bien?

- Lo creo de todo corazón, Sybil. Con todas mis fuerzas. Y con toda mi experiencia como psicoanalista.

La delgada mano de Sybil se movió hacia la de la doctora, mientras doctora y paciente se hallaban sentadas juntas en el sofá.

- Entonces -preguntó Sybil con voz muy débil y entrecortada-, ¿por qué me estoy poniendo peor?

- En el análisis -replicó objetivamente la doctora-, cuanto más adelanta uno, más se acerca al núcleo de los conflictos. Y cuando más se acerca uno al núcleo de los conflictos, más debe enfrentarse con una resistencia, y con los conflictos mismos.

- Pero yo no me estoy enfrentando con nada -señaló amargada Sybil-. Yo estoy huyendo.

- No eres tú, la Sybil primaria, que representas a la mente consciente, sino las otras, que pertenecen al inconsciente, las que están huyendo -explicó la doctora.

- Usted les llama el inconsciente y dice que son parte de mí -replicó pensativa Sybil-. Pero también me dice que me llevan a donde quieren. ¡Oh, doctora, tengo miedo, mucho miedo! Es una situación a la que jamás me acostumbraré. Esas otras me manejan, me poseen, me destruyen.

- No es una posesión, Sybil -declaró con énfasis la doctora-. No es una invasión desde el exterior. Viene del interior, y puede ser explicada con términos naturales y no supernaturales.

- A mí no me parece muy natural -se apresuró a responder Sybil.

- No es natural en el sentido de que no es común a mucha gente -concedió la doctora-. Pero es natural porque puede ser explicada en base de tu medio ambiente. Todas las personalidades son más jóvenes que tú. Hay una razón para ello. Cuando tu madre te dijo «tienes mucho», estaba creando una distorsión dado que no tenías las cosas necesarias para crecer. Consecutivamente, no podías crecer y ser una persona. Tenías que dejar trozos -y pedazos tras de ti. No sabías que lo estabas haciendo. No conocías a esas otras personalidades. Aún no te has encontrado con ellas. Aún rehúsan oír las en grabación. Así es que no sabes, directamente, que existan. En realidad, aún no las aceptas excepto como una especie de ejercicio intelectual.

La boca de Sybil se estremecía inquieta.

- Aún no he sido capaz de determinar las edades exactas de las personalidades, pero algunas de ellas son niñas -Continuó la doctora Wilbur- que van por el mundo dentro de tu cuerpo de mujer. Cuando las Peggys huyeron a Filadelfia, estaban escapando de tu madre. Niegan que tu madre sea también la de ellas, pero ésa es una negación superficial. En su interior, está muy profundamente grabado el miedo y la ira contra tu madre. Miedo e ira que les hace huir, escapar de la sensación de estar en una trampa que les creó tu madre. Y porque las Peggys y algunas de las otras son niñas, en algún sentido, hacen que tú sigas siéndolo también.

- ¿Así que no sólo estoy loca -replicó Sybil con amarga ironía-, sino que también soy inmadura?

La doctora rodeó con su brazo a Sybil y habló con gran fuerza:

- Nadie ha dicho nunca que estés loca, excepto tú misma, y quiero que borres esa palabra de tu vocabulario en lo relacionado contigo misma. Tu madre interfirió en tu crecimiento. No sucumbiste totalmente ante ella porque tenías un núcleo de resistencia que hizo que tu vida fuera diferente de la de ella. Y cuando averiguaste

que tu madre estaba equivocada, fuiste capaz de hacer lo que habías deseado hacer... aunque fueran trozos y retazos de tu pasado, formando otras personalidades, los que te convirtieron en diferente de las otras personas y temerosa de lo que eras.

Los ojos de la doctora se clavaron en los de Sybil mientras añadía:

- Enferma sí, pero no esquizofrénica. Tu madre era una esquizofrénica. Su percepción era totalmente diferente a la tuya. Me dijiste en una ocasión que no podía ver la totalidad de un edificio sino únicamente una parte; que cuando escuchaba la ópera *Hansel y Gretel* sólo podía ver las barras de dulce de la puerta, y no la puerta en sí, o el escenario como un todo. Tú lo ves todo. Sí, estás fragmentada, pero tu fragmentación no es la de una esquizofrénica. Tu tipo de fragmentación es el resultado, no de la percepción sino de la disociación. ¡No vuelvas jamás a decir que estás loca! Estás sana, lo bastante cuerda como para haber sobrevivido a la cámara de torturas en la que tu madre te encerró y para haber llegado a ser lo que eres a pesar de que tenías la terrible infancia que pasaste haciéndote de rémora. Ahora, háblame de tus experiencias en Filadelfia. Hablar te ayudará.

Cuando Sybil habló de lo sucedido en Filadelfia del 2 al 7 de Enero, desde su punto de vista, la doctora deseó poder también hablar con Peggy Ann y Peggy Lou para conseguir su versión de la historia. Sin embargo, en aquel estadio del análisis no había forma de llamar a las Peggys. La doctora tenía que esperar a que apareciesen espontáneamente. Y eso no sucedió hasta un mes más tarde.

Mientras tanto, Sybil regresó a sus estudios. Pero continuó viviendo aterrorizada a causa de lo que podía haber pasado, o quizá pasó, en Filadelfia. No quería ni podía aceptar las seguridades de la doctora Wilbur acerca de que esas criaturas de su interior eran incapaces de hacer nada malo. Desde el comienzo del análisis la habían llevado no sólo a Filadelfia, sino a Elizabeth, Trenton, Altoona, incluso San Francisco. E ignoraba muchos de los sitios a los que la habían llevado antes de que comenzase el análisis. Aquellos otros controlaban su bolsillo, transportaban su cuerpo, actuaban sin que ella lo deseara. Siempre se enteraba *después* del acontecimiento de lo que los otros habían hecho. Y sentía continuamente el temor de que lo que los otros hubiesen hecho fuera peor, mucho peor, de lo que la doctora Wilbur le decía.

Incluso si aquellos otros no hacían nada malo en un sentido legal o criminal, el claroscuro de sus acciones hacía que su experiencia cambiase y se recompusiese tan constantemente que, fuera cual fuese la intención aparente de cualquier acción que ella misma iniciase o se propusiese tomar, aquellos otros eran los vencedores, actuando bajo la luz de los focos de su desesperación.

Entonces, llegó un día, un mes después del regreso de Filadelfia, cuando la doctora dijo:

- Tengo una grabación de Peggy Lou y Peggy Ann. Cuando oigas lo que hicieron en Filadelfia, te sentirás muy descansada -la doctora se mostraba deliberadamente casual, pero tenía graves dudas de que, después de la insistente e intensa negativa a escuchar, Sybil lo aceptase ahora. El problema principal era conseguir que siquiera aceptase oír las cintas.

Las pupilas de Sybil se dilataron por el terror.

- ¿Y bien? -preguntó la doctora.

Sybil no replicó.

- Sybil, esto puede ser un punto de inflexión en nuestro análisis.

- No veo cómo -contestó Sybil. Su voz era ronca; evidentemente tenía constreñida la garganta.

- Sólo empezando a conocer a los otros podrás lograr convertirlos en parte tuya...

para conseguir que sus experiencias sean tus experiencias, y sus recuerdos tus recuerdos.

- No quiero saber nada de eso, doctora. ¿Por qué me está torturando?

- Si esto fuera una enfermedad física -explicó la doctora-, no romperías la receta de un medicamento que te pudiera ayudar a superar una crisis, que pudiese curarte.

- No creo que sea una analogía muy adecuada -contestó testaruda Sybil.

- Es más adecuada de lo que te imaginas -insistió la doctora-. Esas otras personalidades no son tus enfermedades, sino los síntomas de tus enfermedades. Te poseen, te dominan, subvierten tus intenciones y deseos. Sólo acercándote a esos otros podrás ir camino de una vida más normal.

Los labios de Sybil se torcieron en una sonrisa irónica.

- ¡Suenan tan fácil! -dijo-. Pero, doctora, usted y yo sabemos que no lo es.

- Nadie ha dicho jamás que fuera fácil -indicó la doctora-. Pero puedo asegurarte que sanar te resultará infinitamente más difícil si no llegas a conocer, y a aceptar, a esos otros.

- Filadelfia me ha demostrado que *jamás* sanaré -contestó sombríamente Sybil. Se alzó de la silla y fue a mirar por la ventana, abstraída.

- Sybil -le dijo la doctora-, la resistencia no te va a servir de nada.

- Otra vez esa fea palabra -replicó Sybil mientras se volvía hacia la doctora.

- Todos los pacientes se resisten -le aseguró la doctora.

- Pero -dijo Sybil torciendo los labios-, yo no soy una paciente. Soy muchos pacientes -el acento sobre el «muchos» tenía un tono aterrador-. Al menos, eso es lo que usted me dice. Y se supone que tengo que escuchar y enfrentarme con el hecho de que soy un bicho raro.

- Sybil, Sybil -urgió la doctora-, estás distorsionando la verdad. Los otros son parte de ti. Todos tenemos diferentes partes en nuestras personalidades. La anormalidad no está en la división, sino en la disociación, la amnesia y los terribles traumas que dieron lugar a que apareciesen los otros.

- Eso es un eufemismo -repuso tristemente Sybil-. Por otros usted quiere decir «otras personas». Yo no quiero conocerlas. ¿Por qué iba a hacerlo?

- Ya te he dicho el porqué -insistió la doctora-. Te lo diré de nuevo. Porque escuchar te va a ir *realmente* bien. Es un paso crucial en el camino de tu curación.

Sybil estaba en silencio, y la doctora se dio cuenta de que iba a ser mucho más difícil de lo que se había imaginado.

- De todos modos, un día u otro vas a tener que hacerlo -urgió la doctora-. ¿Por qué no ahora? Después de todo, me diste permiso para hacer la grabación. No era sólo para mí.

- Tengo miedo -dijo Sybil. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

- La escucha disminuirá ese miedo.

- Pero, ¿el hecho de escuchar va a detener mis fugas? -preguntó desesperada Sybil.

- En último término, sí -replicó muy decidida la doctora-. Cuanto mejor conozcas a tus otras personalidades, más cerca estaremos de convertirte en una sola.

Sybil se dejó caer sobre una silla y miró desconfiadamente a la doctora. Los iris de sus ojos estaban aún más dilatados que antes. Se agarró a la silla y, dándose cuenta completa de las posibles consecuencias, murmuró:

- De acuerdo.

La doctora se alzó de la silla situada junto a la cabecera del sofá, buscó en uno de los cajones del escritorio y, con la cinta en una mano y la otra sobre el magnetofón, miró directamente a Sybil.

La doctora preguntó:

- ¿Pongo la grabación?

Hubo un momento de silencio. Luego, Sybil asintió con la cabeza.

Las manos de la doctora estaban sobre el magnetofón. Giraron las bobinas. Sybil, que ahora estaba acurrucada en un extremo del sofá, pensó: «Todo gira en mi contra.»

La voz de la grabación iba diciendo:

«Oí el estrépito del cristal que se rompía en el laboratorio de química. Me recordaba a Lulu y la bandeja de cristal. Tuve que ir corriendo con Sybil a la puerta... »

- La voz de mi madre -aulló Sybil-. ¿Cómo ha conseguido la voz de mi madre?

Sybil corrió a una ventana. Por un momento, la doctora pensó que Sybil se había convertido en Peggy Lou, pero a medida que la voz de la grabación decía: «Tuve que ir corriendo con Sybil a la puerta, y caminé con ella hasta el ascensor», Sybil, con una voz que claramente era la suya y sin los cambios físicos que acompañaban a la presencia de Peggy Lou, repitió:

- Es la voz de mi madre. Apague eso. No puedo soportarlo. Me va a enloquecer. No estoy dispuesta.

La doctora paró el magnetofón. Sybil regresó a la ventana, se sentó en la silla, y miró al vacío.

- No es la voz de tu madre -dijo en tono bajo la doctora-. Es la voz de Peggy Lou. ¿Quieres escuchar un poco más, para asegurarte?

Y, aunque Sybil no le replicó, la doctora puso de nuevo en marcha la grabación.

La voz de Peggy Lou estaba diciendo:

«Podía notar a Sybil agarrando nuestra cartera. Estaba enloquecida porque el ascensor no llegaba. Me hice cargo. Fui yo quien entró en el ascensor. Sí, fui yo.»

- ¿Qué significa eso? -preguntó frenéticamente Sybil-. ¡Apague esa cosa!

La doctora hizo lo que le pedían.

- *Nuestra* cartera -murmuró Sybil, mientras comenzaba a pasear por la habitación-. Cree tener una posesión conjunta conmigo. Oh, doctora Wilbur, doctora Wilbur, ¿qué debo hacer?

- Escuchemos -urgió la doctora cuando las bobinas se volvieron a poner de nuevo en movimiento, tomando ahora la apariencia de una revelación mientras las palabras de Peggy Lou llenaban la habitación.

«Salí del laboratorio -estaba diciendo Peggy Lou-, porque no quería que me regañasen por haber roto el cristal. No lo había roto. No, no lo había roto. Pero tampoco lo hice cuando Lulu dijo que lo había hecho. Aquella vez me castigaron. Sí, lo hicieron. No fue justo.»

- ¡Apáguelo, apague esa cosa! -suplicó Sybil. Luego, en el silencio que siguió, Sybil, que estaba invadida por una sensación de pavor, comenzó a recordar en voz suave:- No he pensado en esa bandeja de cristal en muchos años. Pero ahora lo recuerdo. Mi madre me castigó a pesar de que fue Lulu la que la rompió. Pero, ¿cómo sabe eso esta Peggy Lou?

- Peggy Lou es parte de ti. Te defendió contra la ira que sentías al ser injustamente castigada -comentó la doctora.

- No quiero que me defiendan. No quiero tener nada que ver con ella -replicó con amargura Sybil.

- Sybil -advirtió la doctora-, estás alzando toda una serie de resistencias que no te van a hacer ningún bien.

- De nuevo, esa fea palabra -Sybil hizo un intento de sonreír, pero se le heló la sonrisa.

- Es a causa de esa bandeja de cristal -explicó la doctora Wilbur-, por lo que Peggy Lou va por ahí rompiendo cristales.

- Bueno, pues me gustaría que dejase de hacerlo -comentó irritada Sybil-. Yo tengo que pagar por los cristales que rompe Peggy Lou. No puedo permitirme el lujo de esa

Peggy Lou.

- Cuando eliminemos el trauma relacionado con la bandeja de cristal -insistió la doctora-, Peggy dejará de hacerlo. Cuando seas capaz de irritarte por ti misma, Peggy Lou se identificará contigo. ¿Estás dispuesta a oír un poco más?

La doctora conectó el magnetofón. La voz de Peggy Lou reinició la charla:

«El laboratorio de química tenía un olor raro. Me hacía pensar en la vieja farmacia de Willow Corners, donde yo vivo. Es ahí donde la madre de Sybil nos encontró cuando regresamos a casa después de estar en el campo. Estaba horriblemente enfadada. Me vi obligada a irme.»

- Párelo, por favor, por favor -la petición era frenética.

La doctora hizo lo que se le pedía y en el silencio que siguió, Sybil murmuró:

- La vieja farmacia. La recuerdo. El viejo doctor Taylor. Música. Música maravillosa.

Momentáneamente perdida en sus recuerdos, Sybil se calmó un tanto.

Aferrándose al momento de calma, la doctora explicó:

- Mira, Peggy Lou comparte tus recuerdos. También tiene sus propios recuerdos, de los que tú no sabes nada, pues sufres amnesia de ellos. Cuando todos esos recuerdos regresen, habremos hecho un gran progreso en el camino de convertirte en una sola.

La doctora volvió a poner en marcha el magnetofón, y Peggy Lou prosiguió:

«Cuando estaba en el metro y en el tren a Filadelfia, no dejaba de pensar en que Sybil no haría las cosas que yo quería que hiciese. Yo deseaba dinero para material artístico. Ella decía que lo necesitaba para pagar sus clases de laboratorio. A mí me gusta la química, pero me hace enfadar porque Sybil trabaja demasiado duro con las fórmulas. No tendría que trabajar tan duro si la ayudase con las multiplicaciones. Yo aprendí a multiplicar en la escuela, pero ella no. Podría ayudarla si lo desease, pero no quiero. Quiero hacer las cosas que me gustan. Eso es lo que pensaba camino de Filadelfia. Hacía mucho que no íbamos a ningún sitio. Eso me irrita. Me irrita mucho. Mire, me gusta mucho viajar, pero esa Sybil jamás va a parte alguna. Así que fui a Filadelfia para desquitarme.»

Aquella vez la misma doctora hizo detener la cinta.

- ¿Es eso todo? -preguntó Sybil.

- No, pero descansen un minuto -replicó la doctora.

Sybil parecía más tranquila, capaz por primera vez durante aquella sesión de responder no con sus emociones, sino con su mente.

- Hay tantas cosas que absorber -dijo en voz baja-. ¿Qué era eso de las fórmulas?

- Escucha, Sybil -explicó la doctora-. Ya sabes que fue Peggy Lou quien se hizo cargo desde el tercero al quinto grado. Ya te he dicho que ella aprendió las tablas de multiplicar. Cuando tú tienes problemas con ellas, es por ese motivo. Si podemos conseguir llegar a un punto con Peggy Lou y contigo en que ella te deje usar los conocimientos que posee y que tú no, ya no tendrás dificultades. Debemos romper la pared que hay entre vosotras. A eso es a lo que me refiero cuando hablo de ir camino de la integración.

- Sí, ya veo -estuvo de acuerdo Sybil-. Eso aclara mucho lo que usted ha estado diciendo.

De nuevo fue conectado el magnetofón y Sybil escuchó la voz de Peggy Lou, diciendo: «Así que pensé que iría al Broadwood para dibujar, hacer apuntes y pasármelo bien. Pero cuando llegué allí, miré lo que llevaba conmigo y lo único que tenía era nuestra cartera. Dije en recepción que mi equipaje llegaría al día siguiente, y me creyeron. Así que fui con el botones a la habitación 1113. Me gustó la habitación porque tenía un techo muy alto, paredes color crema y por la ventana había una vista maravillosa. Además, la habitación era muy cálida y muy tranquila. Cerré la puerta cuando se hubo ido el botones, y metí la cartera, mis guantes y el pañuelo en el armario. Pero

no me quité la chaqueta. Me quedé largo rato junto a la ventana. Entonces, me di cuenta de que no tenía pijama. Aquello me encantó, porque podía salir de compras, y divertirme mucho. Deseaba conseguir los pijamas más raros que se pudieran hallar... del tipo que mantendrían a Sybil despierta por la noche y que harían que su madre dijese: "No tienes gusto. La gente culta y refinada usa ropa de tonos suaves." Bueno, fui al metro y me dirigí a la tienda Mayflower en la Avenida Wayne, me compré un pijama con unas rayas muy atrevidas, y lo pasé maravillosamente. Peggy Ann vino conmigo.»

- El pijama. Los guantes. El pañuelo rojo. La cartera -hizo eco Sybil, mientras su expresión se tornaba tensa con el aterrador recuerdo.

La voz de Peggy Lou continuó:

«Regresé al hotel y subí a mi habitación, lavé mi ropa, me di un baño, me lavé el cabello, me puse mi bonito pijama, conecté la televisión y canté con ella. La televisión hace compañía. Luego, me fui a la cama. Más tarde, por la noche, la gente de la habitación contigua puso la radio tan fuerte que me desperté, y ya no pude dormir. ¡Vaya si estaba irritada! Así que me levanté y miré por la ventana. Al otro lado de la calle estaba la Escuela Superior Católica para Muchachos y un viejo edificio que antes era el *Philadelphia Morning Record*. La estación del metro estaba junto al hotel. A lo lejos podía ver las luces rojas y verdes del puente. Estuve mirando mucho rato por la ventana y finalmente ya no se oyó más la radio, así que me volví a meter en la cama.

»Cuando me desperté, había desaparecido la niebla de la noche anterior, y brillaba el sol. Me alegró muchísimo ver el sol y me quedé mucho rato en la ventana mirando el reflejo que producía en los edificios y en el puente. Cerca del puente había una gran iglesia con un campanario muy alto y delgado. Se recortaba oscuro contra los desdibujados edificios del otro lado del río, que estaban tras de él. Me gustaba la escena y volví a mirarla varias veces, mientras me vestía. Llamé al servicio de habitaciones y pedí un gran desayuno, porque Sybil nunca nos da suficiente comida. El camarero era muy amable, y nos hicimos amigos.

Mientras estaba comiendo, me senté en el gran sillón cerca de la ventana, y puse migas de pan en el alféizar de la ventana. Vinieron palomas y otros pájaros a comerse las migas, compartí mi cacao y tostadas con los pájaros. Decidí que lo haría cada día mientras estuviese en aquella habitación.

»Luego salí y caminé por las calles. No había ido muy lejos, cuando vi un viejo edificio de ladrillo rojo oscuro. Subí los escalones y me encontré en la Academia de Bellas Artes. Vi algunas litografías que estaban en exhibición. Eran blancas y negras, como mis dibujos, así que las estudié. Luego subí por la escalinata para ver qué había en las galerías de arriba. Pasé mucho tiempo en ese museo y entablé amistad con uno de los guardianes.. Hablamos sobre arte y nos entendimos muy bien.

»También pasé medio día en la Casa Betsy Ross. Fui al museo de la facultad de Medicina donde vi el cerebro de un hombre de 48 años con una herida de bala, y el cerebro de una mujer de 38 años que había tenido un ataque al corazón. Y había un montón de niños pequeños en frascos de cristal. Esos frascos eran realmente interesantes. Lo pasé muy bien en Filadelfia.

»Pasé mucho tiempo, tanto en la calle como en el hotel, dibujando. Me encantaba dibujar en el papel del hotel. Era gratuito, así que no tenía que comprar. También eran gratuitos mis trazos cuando dibujé la mujer de pie, sola, en un precipicio. La hice en negro. Era feliz.

»Fui feliz en Filadelfia. Iba a donde quería, dibujaba, dormía diez horas diarias, pasaba tres o cuatro horas, cada día, comiendo. Era el mismo tipo de sensación que tuve varias veces antes, y estaba segura de que nadie volvería a decirme nunca lo que

tenía que hacer. Y entonces llegó el día en que me vi atrapada en una tormenta de nieve. El viento me daba en la espalda, y la nieve me rodeaba. No tenía ni chanclos ni guantes, y me dolían las orejas por el frío. La chaqueta que llevaba no era de suficiente abrigo. Cuando me volví para regresar, me dio el viento de cara durante todo el camino. La mujer que vino a la habitación de mi hotel y me preguntó cómo estaba, me advirtió que no saliese, y debiera haberla escuchado. Pero no lo hice. Mas cuando el viento me azotó, ya no estuve tan segura. Tenía ganas de romper una de las ventanas del feo edificio frente al que estaba pasando. Me detuve, y puse mi mano sobre el cristal. Era liso y frío. Cuando lo toqué, creí oír a alguien decir en voz muy baja: «No deseas romper el cristal. Dijiste que ya no lo volverías a hacer.» Me di vuelta, y esperé encontrarla, doctora. No estaba allí. Pero yo no quería romper el cristal, estuviera usted o no, porque ya no estaba irritada. Tenía frío, mucho frío. Pensé: dejaré que Sybil se quede con el cuerpo. Estaba demasiado cansada para pensar entonces en ello, pero supongo que era otra forma de desquitarme.»

Un «clic» señaló el fin de la grabación. Y en la habitación hubo silencio.

- Luces rojas y verdes en el puente -musitó Sybil, más para sí que para la doctora-. Una gran iglesia con un campanario muy alto y delgado. No me fijé en eso. La cartera, los guantes, el pañuelo rojo, el pijama. El camarero, la mujer de recepción. Me lo imaginé correctamente, a pesar de que no me había encontrado con Peggy Lou. Luego, volviéndose directamente a la doctora, Sybil dijo, muy compuesta:

- Peggy Lou alimentando a los pájaros es como San Francisco de Asís.

- ¿Lo ves? -dijo la doctora-. Peggy Lou no es ningún monstruo.

- Sí, parece tener muchos sentimientos estéticos -aceptó Sybil-. El dibujo de la mujer en el precipicio es bastante bueno. Usted me ha dicho que siempre dibuja en blanco y negro.

- Ve el mundo blanco y negro. No hay grises para Peggy Lou -dijo la doctora.

- ¿Dejar que Sybil se quede con el cuerpo? -preguntó Sybil-. ¡Qué frase tan extraña, como si el cuerpo fuera suyo!

- Mira, Sybil -explicó la doctora-. Esta narración del viaje a Filadelfia, al revelar en qué punto la personalidad alternante que domina el cuerpo lo abandona, nos da una verdadera visión de las interioridades de la dinámica de la personalidad múltiple. ¿Comprendes? Es evidente que, exhausta por la tormenta, Peggy Lou te devolvió el cuerpo, porque prefería no existir.

- ¿Tiene posibilidad de elección? -preguntó algo envidiosa Sybil.

- Oh, sí -respondió la doctora-. Una vez que la personalidad alternante ha eliminado la emoción que en un momento dado la hizo aparecer, ya no hay razón para que siga existiendo. Filadelfia fue la forma en que Peggy Lou podía hacer en el presente lo que tú y ella habíais reprimido en el pasado. Haciendo exactamente lo que deseaba, durante cinco días, llegó a agotar los sentimientos de ira y hostilidad que habían sido despertados en el laboratorio de química. Cuando tú no puedes enfrentarte con esos sentimientos, Peggy Lou lo hace por ti.

Y así, en Willow Corners y Elderville, Peggy Lou había sido la fugitiva que no huye. Sólo en Filadelfia, unas tres décadas después, había tenido lugar la huida. Su madre, a la que Peggy Lou rehusaba reconocer como suya, pero de la que estaba siempre huyendo, era la clave del pasado sobre la que giraba la acción del presente.

Cuando el cristal se había roto en la clase de química, el sonido había evocado dos episodios del pasado. En la vieja farmacia de Willow Corners, Sybil había colocado su codo en el mostrador. Una botella de medicina cayó al suelo, y se oyó la voz acusadora de Hattie: «La rompiste.» En la cocina de los Anderson, en Elderville, la prima Lulu había acusado a Sybil de romper la bandeja de cristal que ella misma

había destrozado. De nuevo se había oído la acusación de la madre de Sybil: «La rompiste.»

En la clase de química, como en la vieja farmacia de Willow Corners y en la cocina de los Anderson, en Elderville, la cabeza de Sybil había palpitado y la habitación pareció dar vueltas. En los tres incidentes las reacciones físicas ante las emociones habían sido las mismas.

Al siguiente día Sybil escuchó la cinta de Peggy Ann. Era muy interesante oír que Peggy Ann estaba libre de los modismos verbales y errores de Peggy Lou.

«Caminaba hacia las calles Diecisiete y Dodge -decía la voz de Peggy Ann-, para averiguar adónde había ido la doctora Wilbur. Anduve varias manzanas, y ninguna de ellas tenía números, así que me volví, y caminé en la otra dirección para hallar calles con números. Pensé que si podía hallar la calle Dieciséis, la arteria principal de Omaha, entonces podría hallar la Diecisiete. Caminé y caminé, hasta que estuve muy cansada y fría, pero no pude hallar las calles con números. Comencé a irritarme y a agitarme y sentí ganas de romper una ventana. "No deseas romper el cristal -oí-. Dijiste que ya no lo volverías a hacer." Me volví para ver quién me había hablado. Quería hablar con ella, así que corrí calle abajo tras ella, pero no pude hallarla. Me sentí de nuevo triste y muy solitaria. Quería hallar a la única persona que me gustaba. Entonces me acordé que prefería por sobre todo a la doctora Wilbur, y que la estaba buscando a ella. Quería hablarle de las manos y la música y las cajas. No sé exactamente lo que eran éstas, pero era lo que pensaba que quería hablar con ella. Y quería preguntarle por qué no estaba mejorando, cuando ella había dicho que mejoraría. Tenía miedo.

»- La doctora Wilbur está aquí mismo -declaró la voz de la doctora en la cinta.

»- La doctora Wilbur se fue -insistía Peggy Ann.

»- ¿No puedes ver que soy la doctora Wilbur?

»- La doctora Wilbur se fue, y nos dejó inermes.

»- ¿Dónde estabas cuando la doctora Wilbur te dejó?

»- En Omaha.

»- ¿Y dónde estás ahora?

»- En Omaha.»

La cinta se había acabado. A la doctora le parecía curioso que Peggy Ann hubiese asumido la carga del cristal roto, que en realidad pertenecía a Peggy Lou. Pero el caso era que las dos personalidades estaban tan aliadas que a menudo compartían las mismas experiencias e incluso adoptaban como propias las emociones de la otra. La ira y el miedo, tal como venían tipificadas por las Peggys, no estaban desconectados.

Entonces la doctora se volvió hacia Sybil, que había permanecido en silencio durante el recital de Peggy Ann.

- Me ha robado mi pasado -dijo finalmente Sybil-. Ambas lo han hecho. Tanto Peggy Ann como Peggy Lou.

- El pasado -afirmó la doctora con convicción-, no te molestará ya, a medida que nos vayamos dirigiendo a la integración. Las manos de tu madre ya no te asustarán. Resolveremos los conflictos, y los ladrones te devolverán lo que te han robado.

Entonces la doctora explicó que Peggy Ann era la parte aterrorizada, asustada, de Sybil y que ella había traído consigo ese temor desde Filadelfia.

- Pero Peggy Ann ni siquiera sabía que había estado en Filadelfia -replicó pensativa Sybil-. ¡Menudo lío de emociones para haber producido algo así!

- Bueno -dijo la doctora-, también tengo grabaciones de las otras personalidades. ¿Quieres que comencemos a escucharlas a partir de mañana?

- Me ha dicho que hay catorce personalidades además de la mía -replicó Sybil-. Eso nos llevaría toda la vida.

Cambiando de tema, Sybil repitió lo que había sido la causa de su terror en la sesión previa:

- Peggy Lou tiene la voz de mi madre.

- Eso es interesante -comentó la doctora-. ¿Sabes?, Peggy Lou insiste en que tu madre no lo fue suya.

- Peggy Lou -dijo envidiosa Sybil- ha tenido todas las ventajas. Puede negar aquello con lo que yo tengo que enfrentarme.

Luego, en un repentino estallido de curiosidad largamente reprimida, Sybil preguntó:

- ¿De dónde vino? ¿Cómo fue creada? Preguntas, preguntas, preguntas. Pero no hay respuestas.

- Hay muchas respuestas -afirmó la doctora-, que tampoco yo tengo aún.

Entonces Sybil, que repentinamente se mostraba menos conciliadora, afirmó:

- Bueno, no voy a escuchar a los otros durante mucho tiempo. Sólo logran hacerme sentir miserable. ¿Por qué iba a hacerlo?

La doctora le recordó a Sybil:

- Conocer es mejor que no conocer. Como ya te he dicho antes muchas veces, es importante que recuerdes esto, y que aceptes como propias las cosas que les suceden a tus catorce personalidades. Como a la tuya, Sybil, porque son parte de ti. Reconocer esto es uno de los primeros pasos en el camino de tu curación.

La chaqueta blanca que se aleja

Cuando Sybil se despertó a la siguiente mañana, sus pensamientos no habían quedado totalmente liberados del sueño que la había impulsado a despertarse.

En aquel sueño, sus padres y ella tenían que abandonar inesperadamente el pueblo porque el quedarse significaba su fin. Bajo una repentina inspiración, ella había decidido llevar a sus padres a otro pueblo, a inspeccionar una casa en la que podrían haber vivido y estar seguros. Se había sentido muy orgullosa al poder presentarle a su padre los propietarios de la casa y demostrarle que realmente había conocido a aquella gente. De hecho, había notado la misma sensación de satisfacción que había experimentado cuando su padre había confirmado lo que ella le había contado a la doctora Wilbur.

Después, se había hallado en la gran sala de estar de la casa del otro pueblo, frente a frente con los niños de aquella gente que ella conocía ya de antes: siete pares de gemelos y un hijo suelto, que se hallaban alineados en fila. Cuatro de los grupos de gemelos tenían cabello castaño oscuro, los otros tres cabello rubio. El que quedaba, que se hallaba separado de los otros, tenía el cabello idéntico al de Sybil.

- ¿Qué tal si me presentases a tus hermanos y hermanas? -le había preguntado Sybil a uno de los chicos mayores.

Sin embargo, repentinamente, los padres y sus quince hijos habían comenzado a salir de la casa, y Sybil y sus padres a entrar. Cuando Sybil se dio cuenta de que no había tenido lugar la presentación de aquellos muchachos que, todos menos uno, estaban en hilera, emparejados, se había despertado.

Pero eso era un sueño. En su vida real, Sybil continuaba, decididamente, resistiéndose a conocer a los niños: Marcia y Vanessa, Mike y Sid, Ruthie y Marjorie, Peggy Lou y Peggy Ann, que eran gemelos. Y tan resuelta era su resistencia, que la doctora Wilbur decidió hablar del asunto con su coanalizante.

- Vicky -confió la doctora la semana en que Sybil había oído la grabación de las Peggys-, le hablé a Sybil acerca de ti y de las otras. No parece que eso haya representado diferencia alguna. No puedo lograr que Sybil acepte vuestra existencia. No puedo hacer que recuerde las cosas que os pasan.

- Me temo -replicó Vicky-, que no puedo ofrecer solución alguna. Pero quizá le sirva de alguna ayuda que le hable un poco acerca de cómo es vivir con los otros.

La doctora asintió.

- Yo estoy en el centro -explicó Vicky-. Sybil está a mi derecha. Nos da la espalda a todos los demás.

- Ya veo -dijo la doctora-. Pero dime, Vicky, ¿hay alguna conexión entre Sybil y el resto de vosotros?

Vicky hizo una pausa, pensativa, y luego comentó:

- Sí, la hay, pero muy oculta, tan oculta que Sybil no la recuerda. No desea recordarla, porque eso le hace daño.

- Y -observó la doctora-, ¿se ha desprendido de lo que le duele, apartándose de ello y relegándose a los otros?

- Supongo que se podría explicar así -contestó pensativa Vicky-. Mire, yo soy una persona completa. Sybil no lo es. Pero nunca se lo diga; eso la preocupa. Forma parte de su complejo.

¿Qué era lo que estaba tratando de decir Vicky? Eso era algo que la doctora Wilbur no sabía. Resultaba obvia su manifiesta alegría: Sybil era una personalidad incompleta, Vicky completa. Pero había algo más que esto.

- ¿Sabes, Vicky? -comentó con lentitud la doctora-. Acabas de hacer una afirmación muy importante. Lo que estás diciendo es que Sybil no es una persona completa porque algunas partes de ella han sido traspasadas a las otras personalidades. ¿Acierto?

- Acierta -respondió Vicky.

- Deben de haberse producido una multitud de disociaciones durante los años que siguieron a los que produjeron en primer lugar las personalidades.

- Así es -aceptó Vicky.

- Esas disociaciones deben de haber sido causadas por traumas: la resultante de realidades intolerables contra las que tenían que defender a Sybil cada una de las personalidades.

- Hasta ahora, está dando siempre en el clavo. -dijo Vicky.

- Pero -añadió la doctora-, a menudo me he preguntado cuándo empezó todo. Debió haber un tiempo antes de que se produjese la primera disociación. Un tiempo en que Sybil era una persona completa.

- ¿Cómo sucedió? -recapitó Vicky-. ¿Quién existía? En cierta manera, existía yo. ¿La ayudaría el que le hablase de la primera vez que aparecí yo?

- ¿No te refieres a aquella vez en el sexto grado, después de que Danny Martin dejó a Sybil? -interrogó la doctora.

- Eso -explicó Vicky-, fue cuando me decidí a entrar en el mundo como personalidad activa. No fue la primera vez que aparecí.

- Háblame de la primera vez -urgió la doctora.

- Yo ya existía mucho antes de que Sybil estuviese en el sexto grado -explicó Vicky-. Teníamos tres años y medio cuando llegué.

La doctora Wilbur escuchó atentamente la curiosa narración de Vicky:

- Un día, a principios de Septiembre de 1926, íbamos por un camino lleno de baches con los padres de Sybil. Nos dirigíamos desde Willow Corners a Rochester, en Minnesota. Minnesota era otro Estado, y estábamos muy excitadas por ir allí.

»El coche aparcó frente a un edificio de ladrillo rojo. El señor Dorsett volvió a Willow Corners. La señora Dorsett nos llevó al interior del hospital de St. Mary.

»El doctor hizo su diagnóstico: amígdalas foliculadas, pero eso no fue todo. No podía comprender por qué estábamos desnutridas... teniendo en cuenta la familia de que proveníamos. Oh, tendría que haber visto la cara de la señora Dorsett cuando el

doctor le dijo que debía alimentar mejor a su hija. Pero usted y yo sabemos que eran las lavativas y el laxante tras las comidas lo que ocasionaban esa desnutrición.

»Nos gustó el St. Mary. El doctor era alto y joven. Cuando entraba en nuestra habitación, siempre nos alzaba, nos daba un abrazo, y decía: "¿Cómo está mi muchachota hoy?" Nos miraba la garganta, y luego nos dejaba ver la suya.

»El doctor reía, y nosotras también reíamos. Nos gustaba estar con él.

»Mientras nos alzaba en el aire, pudimos ver que tenía desabrochado uno de sus gemelos. Le dijimos que se lo íbamos a abrochar.

»- ¿Crees que podrás hacerlo? -preguntó

»- Sé que puedo -replicamos con rapidez-. Porque se los pongo a mi papi cada Domingo.

»- De acuerdo, cariño -dijo el doctor mientras nos sentaba sobre la cama.

»Nadie nos había llamado *cariño* antes.

»Entonces le pusimos el gemelo haciéndolo pasar por el ojal del puño de su camisa.

»- Maravilloso -dijo el doctor.

»- Cuando salió de nuestra habitación, esperamos que volviese pronto. Pero, cuando volvió, no nos miró la garganta. No nos alzó en el aire. Sólo sonrió y dijo: "Tengo buenas noticias para ti. Vas a volver a casa."

»Le echamos los brazos al cuello. Le miramos al rostro y le preguntamos: "¿Le gustaría tener una niñita?"

»Le había gustado la forma en que le pusimos el gemelo. Estábamos seguras de que querría quedarse con nosotras para siempre. Esperábamos que dijese: "Sí, quiero una niñita."

»No dijo eso. No dijo nada. Se limitó a darnos la espalda y vimos su chaqueta blanca yéndose hacia la puerta. La chaqueta blanca desapareció en la nada. De nuevo, había fallado el rescate.

Vicky hizo una pausa. Fascinada por la narración, la doctora Wilbur no dijo nada. Vicky se explicó:

- Cuando llegamos al hospital, yo era parte de Sybil. Pero en el momento en que el doctor nos abandonó ya no era parte de ella. A medida que la bata blanca desaparecía por aquella puerta, ya no éramos una sola. Yo me convertí en mí misma.

La doctora Wilbur no estaba sorprendida de que la primera disociación hubiera ocurrido tan pronto. De hecho, muchos de los datos iban en favor de dicha posibilidad. En un momento anterior del análisis, había quedado revelado que durante una visita a la casa de la familia Anderson en Elderville, cuando Sybil tenía cuatro años, se había convertido en Marcia. Mucho antes de hablar del episodio del St. Mary, Vicky había, dicho: «Sybil era una niñita cuando yo llegué.» Y, al reconstruir la importante experiencia de los dos años perdidos entre el tercer y quinto grado, Sybil había dejado claro que aquella no había sido la primera disociación.

Aquella misma semana la doctora Wilbur habló con Sybil acerca de los acontecimientos que le había revelado Vicky: Al principio, Sybil no los recordaba. Luego, repentinamente, rememoró:

- Estaba sentada en la alfombra del solarío de casa, en Willow Corners. Tenía catorce años. Es algo que está conectado con lo que usted me ha dicho. -Tras una pausa, añadió:- De repente, mientras estaba allí sentada, comencé a pensar en la chaqueta blanca del doctor, apartándose de mí. Me di cuenta de que no recordaba nada después de eso. No había nada. Recordaba que mis padres me habían llevado al hospital en un bello día de Septiembre; no pude recordar la vuelta del hospital a Willow Corners. La siguiente cosa que recordaba después de que me hubiera dejado el doctor era estar en el solarío, llevando un vestido que jamás había visto antes.

Cuando le pregunté a mi madre de dónde había salido aquel vestido, me replicó: «Sabes perfectamente que lo hizo la señora Engle.» Pero no lo sabía.
»A partir de entonces, cada vez que tuve miedo y no había nadie para ayudarme, veía aquella chaqueta blanca, alejándose de mí.

Más tarde, durante la misma hora, Peggy Lou habló acerca de que tenía miedo del blanco debido a «la chaqueta blanca que nos dejó inermes».

- ¿Os dejó? -preguntó la doctora Wilbur-. ¿Estabas en el St. Mary?

- Estuve allí como parte de Sybil -replicó Peggy Lou-. Pero cuando la chaqueta blanca nos abandonó, me convertí en mí misma. Bueno, eso no es totalmente exacto. Entonces, Peggy Ann y yo éramos una sola. Nos llamábamos Peggy Louisiana.

Cuando Vicky regresó unos días más tarde, el análisis giró de nuevo alrededor de la primera disociación. Vicky le dijo a la doctora Wilbur:

- Sybil salió del hospital en Rochester como la otra Sybil: aterrorizada, tímida, retraída.

Tras sonreír, Vicky añadió:

- Las Peggys y yo recordamos la salida del St. Mary y la vuelta a casa, pero Sybil no lo recuerda.

- Sí, me lo ha dicho -contestó en voz baja la doctora.

Aunque aquella que seguía siendo llamada Sybil viajó ostensiblemente con sus padres de Rochester a Willow Corners, en el coche iban otras dos niñas. Vicky y Peggy Louisiana se convirtieron en personalidades autónomas y alternantes, y desde aquel momento en adelante hubo muchas cosas que Sybil no vio, mucho que permaneció oculto para ella y que seguiría así durante treinta y nueve años.

Cuando el doctor negó la esperanza de un rescate exterior, el rescate llegó desde el interior. La niña original, Sybil, dejó de existir.

Aquellos recién llegados a la existencia poseían, entre ellos, todo lo que la nueva Sybil había perdido. En Peggy Louisiana habían sido depositados el deseo de afirmación y hostilidad de la niña original, y toda su ira. A la que luego sería llamada Vicky le había sido legada la mayor parte del equilibrio, confianza y capacidad de enfrentarse con el mundo de la persona original. También en Vicky quedó centrada la continuidad de memoria y de ver la vida como un todo.

Observando, recordando y tomando constancia, sin embargo en aquel estadio Vicky aún no actuaba. Fue a Peggy Louisiana a quien Hattie y Willard llevaron a casa, aquel día de Septiembre.

La Sybil original había sido una niña activa, capaz a los dos años de abrir una puerta, pero como resultado de la opresión se había convertido en tímida y retraída. Al regresar de Rochester, Peggy se hizo cargo del comportamiento activo que había sido refrenado y eliminado en la Sybil original. Peggy se subía a verjas, jugaba a «hacer lo que el primero» y demostró ser una niña muy arriesgada.

- El hospital le ha ido muy bien -le dijo Hattie a Willard-. Está mejor.

La doctora Wilbur podía ver que la mayor parte de lo que había sido la Sybil original, mucho de su libido y bastantes de sus adquisiciones y formas de comportamiento habían sido relegados a sus otras personalidades, creadas en aquella primera disociación. Lo que quedaba de Sybil era una personalidad disminuida, cuyo miedo inicial a su madre se había expandido para incluir no sólo a las figuras maternas, sino a todo el mundo. Llevada por el temor, aquella personalidad disminuida había resuelto no volver a correr jamás el riesgo de verse envuelta con seres humanos. Un simple ser primario, que había perdido toda sensación; un ser escuálido, pero también un ser protegido por poderosas defensas internas contra las mismas fuerzas que la dividían. No deseando volver del hospital a casa, la niña original no lo hizo.

Envió a dos defensoras internas, como representantes, en su nombre.

Para Sybil, la personalidad primaria, aquello fue el inicio del tiempo no recordado, del tiempo robado por aquéllos que habían surgido para defenderla.

Las primeras defensoras, Peggy y Vicky, produjeron más tarde una progenie propia. Era un «árbol familiar» muy especial, una genealogía de funcionamiento psicológico y herencia emotiva. Hacia 1935, aquella que seguía siendo conocida simplemente como Sybil, y que entonces tenía doce años, se había convertido en las catorce personalidades que, hasta el momento, habían surgido en el análisis.

La doctora Wilbur había establecido que el linaje de Vicky estaba compuesto por Marcia, que había aparecido en 1927, Mary (1934), Vanessa (1935) y Sybil Ann, cuya fecha exacta de llegada no era conocida; y que el linaje de las Peggys comprendía a Peggy Ann, en quien se había convertido la Peggy original; Peggy Lou, que apareció en 1926; Sid, que llegó a principios de 1928; y Mike, que efectuó su aparición más tarde, aquel mismo año.

También le resultaba claro a la doctora que, si bien Sybil perdía todo aquello que había entregado a Vicky y a la Peggy original, éstas no perdían nada de lo que sus descendientes habían heredado. Vicky y Peggy tenían como propias las emociones, características, adquisiciones y formas de comportamiento que habían infundido en las vidas de su progenie.

La doctora notó también que Ruthie, Helen, Marjorie y Clara no descendían ni de Vicky ni de Peggy ni directamente de la Sybil original. Esas cuatro no tenían antecedentes.

Al siguiente día, la doctora Wilbur, sola en su estudio, pensaba en la noche de hacía unos cuatro años en que había ido por primera vez a la biblioteca de la Academia de Medicina, a leer acerca de la personalidad múltiple. Desde aquella noche había estado buscando el momento en que se había producido la primera disociación y el trauma original que había causado que Sybil se hubiese dividido en múltiples personalidades. Ahora, la doctora Wilbur sabía que la primera disociación había tenido lugar en el Hospital St. Mary, cuando Sybil tenía tres años y medio, y que había sido originada no por un solo trauma, sino por una serie de ellos inducidos por Hattie Dorsett, la raíz, ayudada y estimulada por las poderosas raíces asociadas del fracaso en proporcionar ayuda por parte de Willard Dorsett. El trauma había sido reforzado por la trampa tendida a Sybil por la religión, particularmente tal como venía representada por su abuelo históricamente religioso.

La histeria florece en un medio social cándido, y aún mejor en un medio ambiente abonado con el fuego y los tormentos de una fe fundamentalista.

Ahora también era posible para la doctora Wilbur asociar esos acontecimientos infantiles traumatizantes con los miedos embebidos que Sybil y Peggy Lou habían expresado en los primitivos días del análisis. El miedo de acercarse a la gente, evidente en los primeros días del análisis, era una extensión del miedo de acercarse a su madre. Las manos que la paciente temía eran las de su madre, instrumentos de tortura. El miedo a la música tenía muchas variantes: el que Sybil fuese atada a la pata del piano mientras Hattie tocaba, la virtuosidad obsesiva de Hattie, que negaba la presencia de Sybil, la incesante machaconería de Hattie cuando Sybil trataba de tocar; la frustración por la música de Hattie y Willard; el uso por parte de Willard de la guitarra como una supuesta solución al problema psicológico de Sybil, combinado con su insistencia de que estudiase la guitarra en vez del violín.

También resultaba claramente evidente cuál era el origen de la incontenible ira, reprimida en Sybil pero expresada libremente en Peggy Lou. También resultaba claro que Vicky, inventándose una madre amorosa propia, por extensión de la madre

amorosa del mundo imaginario de Sybil, era una solución neurótica al dilema infantil. También estaba comenzando a quedar definido el hecho de que la sensación de estar atrapada, manifestada desde el mismo inicio del análisis, era una herencia del pasado: el revivir el síndrome de captura, control, aprisionamiento y tortura y la sensación de hallarse atrapada por la religión.

Lo que también estaba claro era que las catorce personalidades alternantes, que habían comenzado muy constructivamente, pero que habían resultado ser terriblemente destructivas tanto unas con otras como con Sybil, tendrían que ser integradas antes de que la niña original pudiese ser restaurada.

La doctora tomó uno de los ensayos que Sybil había escrito para ella, procedimiento prescrito como parte de la terapia. Realizado inmediatamente después del episodio de Filadelfia, revelaba una confusión y desesperación que hacía retroceder la tierra prometida de la integración, que recientemente había sido divisada.

El ensayo decía:

Tengo unas cuantas cosas que decir, y no estoy segura de poder decirlas cuando vaya ahí, y de todas maneras quiero quitármelas de encima antes, para así no tener que pasar toda la hora hablando cuando lo que realmente necesito es su ayuda y entender algo de lo que pasa. *Necesito* saber contra lo que estoy luchando. Filadelfia me hizo verdadero daño. Por primera vez, había pensado, sin duda alguna, que se había acabado para siempre eso de perder tiempo. Antes tenía dudas porque pasaba una temporada sin que me ocurriese y luego sucedía de nuevo, pero tras dos meses enteros sin que me sucediese, bueno... Y usted quedó muy descontenta conmigo. Ahora, estoy tan atada como siempre. La tensión es muy grande, y también lo es la desesperación. Oh, bueno, lo que pasa es que no puedo hallar paz alguna. Pero nada importa tanto como el «porqué» de todo ello. Usted me ha dicho una serie de cosas que han dado vueltas por mi cabeza, una y otra vez. Usted me ha hablado de mis temores. El temor *no puede* ser peor que los sentimientos que he notado en estos últimos días. Me siento clavada. He leído en los libros de Fenichel y Alexander que esto causa este síntoma, y he llegado a comprenderlo mucho. Pero jamás leo *qué es lo que se debe hacer al respecto*: Estoy dispuesta a luchar, a aceptar, o a lo que sea, pero, ¿cómo hago que mi yo interior acepte lo que mi yo exterior oye? He creído comprender, por lo que usted me ha dicho, que esto es lo que necesito hacer. Lo he intentado una y otra vez, pero no parece que pueda lograrlo. Lo único que hago es caer en el pánico. Sólo noto esos terribles síntomas. He tenido que acostarme en dos ocasiones distintas desde que comencé a escribir esto. Sé que sólo se trata de una tensión que está disipando mi energía, pero el saberlo no cambia nada. La única cosa que realmente me ayuda es cuando usted y yo trabajamos en algún problema o en algún recuerdo. Entonces, y durante un tiempo, obtengo algún alivio, antes de que cualquier otra cosa comience de nuevo con todo el proceso. No sé qué hacer. A veces pienso, ¿de qué sirve todo? No hay forma de escapar. ¿La integración? Eso es un gran espejismo. Es más fácil lograr una integración externa que esta integración interna. El verdadero problema es que jamás he sido capaz de convencerla a usted de mis insuficiencias y mi falta de valor. ¿Seremos siquiera capaces de hablar de ello? ¿Cuándo regresaré a su oficina como «yo»? ¿Cuándo tomaré decisiones como «yo»? No HAY *escapatoria*.

¿La había?

Suicidio

«Me desperté siendo yo», «seguí siendo yo misma». Aquellos eran los triunfos de la frqgmentada existencia de Sybil cuando, tras casi cuatro años de análisis, continuaba siendo presa del mismo acontecimiento arquetípico, reproducido en la misma forma ritual. Se podría decir que Sybil vivía entre paréntesis. Fuera de esos paréntesis estaba aproximadamente un tercio de su vida de vigilia.

Cuando se despertaba siendo otra, o se convertía más tarde en otra, Teddy Reeves, dándose cuenta de la transfiguración y aceptándola como un aspecto rutinario de la vida en el hogar de Dorsett y Reeves, informaba de tal acontecimiento a Sybil.

Sólo una semana después de que el análisis hubiera descubierto la primera disociación, Teddy le había informado a Sybil:

- «Mike estuvo aquí durante quince minutos, en el desayuno. Le pregunté qué era lo que le gustaba dibujar. Me dijo que coches, trenes, autobuses.»

- «Vanessa estuvo aquí a las tres. "Voy a vestirme y a salir", dijo Vanessa. "Tengo una clase." Lo dice en el plan que escribí esta mañana. La hice volver a la cama.» (Sybil había observado: «Quizá Vanessa es la que esté más cercana a mí. Habitualmente continúa con aquello que yo he empezado. Fui yo quien hice ese plan de clases.»)

- «Mary lleg ó a las dos y trató de convencerme para que fuéramos juntas a alguna otra ciudad. Cuando le dije. "Ahora no", lloró como si le hubiera partido el corazón.» (Sybil comentó: «Mary llora con las lágrimas que yo no puedo verter.»)

Lo que Teddy informaba con palabras, Capri, el gato de Sybil, lo revelaba por su actuación. Al «regresar» Sybil se convirtió en una experta en deducir, por el comportamiento del gato, cuál de sus otras personalidades había estado presente. Con Mary, Capri estaba tranquilo, amoroso, deseando que lo tuviesen en brazos y le hicieran caricias. Con Marcia, Capri se frotaba contra su cara como gesto indicativo de lo bien que estaba.

Pero era con Peggy Lou, en cuya presencia el gato se volvía retozón, cuando Capri sufría su transformación más completa. Sabiendo instintivamente que se trataba de Peggy Lou, el gato corría por el apartamento y se subía frenéticamente al regazo o al hombro de ésta. «Bonito gatote», decía Peggy Lou, apretando con una fuerza un tanto excesiva al gato. Pero a Capri no le importaba. El gato, que no dudaba en arañar a cualquiera de los otros, jamás arañaba a Peggy Lou.

- Quizá -bromeó Sybil -, también Capri sea múltiple.

Esa broma, aunque se acomodaba a los hechos de la hosca vida de Sybil, no podía enmascarar el hecho de que su vida de vigilia, que desde Filadelfia se había transformado de nuevo en una serie de acontecimientos fragmentarios, se había ido haciendo progresivamente más terrorífica.

En sus sueños, Sybil, que durante sus períodos de vigilia se mantenía alejada de sus sentimientos, se acercaba mucho a la verdad acerca de sí misma: pues durmiendo, Sybil era el total del inconsciente. En sus sueños Sybil era lo más próximo a una unicidad que nunca. «Duerme y olvídale», no era una máxima que se aplicase a su caso. Estar despierta era olvidar; estar dormida, en cambio, era recordar. Sus sueños volvían a los acontecimientos originales que la habían hecho transformarse en múltiple y que en la vida de vigilia eran reproducidos en sus otras personalidades.

Durante la semana en la que Sybil se hubo enterado de que llevaba siendo una personalidad múltiple desde la edad de tres años y medio, por ejemplo, soñó que se hallaba en un tren interurbano, camino del final de la línea. El tren llegaba a un alto repentino. Arrastrándose para salir de su asiento, iba hasta la ventana trasera del tren, para descubrir la razón de aquella parada.

A través de la ventana podía ver, en proceso de construcción, un gran andén en el que se divisaban claramente los andamiajes. Obviamente el tren no podría reiniciar su viaje hasta que estuviese terminado el andén, que su padre estaba construyendo. Inexplicablemente, se halló entonces fuera del tren, en un cobertizo. Mirando por la ventana del mismo, vio una pequeña masa amarilla y blanca tratando de salir por encima del quicio de la puerta, para ir al espacio abierto. Era un gatito.

Sybil miró mientras el patético gatito frotaba su nariz a lo largo de la parte inferior del marco de la puerta en lo que parecía ser una búsqueda de comida. Sus movimientos eran intermitentes y torpes. ¿Estará paralizado?, se preguntó. Entonces se dio cuenta de que estaba muriendo de hambre.

A algunos pasos de distancia de donde se hallaba el gato se veía un espectáculo horrible: el cadáver decapitado de la gata. La cabeza se hallaba a algunos centímetros del torso.

No muy lejos de lo que había sido su madre se hallaban muy apretados tres gatitos. Sybil no los había visto al principio, pero aquellos tres parecían aún más cercanos a la muerte por inanición que el primero.

Me los llevaré a casa, pensó Sybil, mientras salía corriendo del cobertizo a la calle. Quizá Capri llegue a quererlos, y seremos una familia feliz.

Pero Sybil sabía que primero tenía que deshacerse del cadáver de la madre. Recogiendo la cabeza, y luego el cuerpo, lanzó ambas partes a un río que corría junto al cobertizo. Pero las partes cayeron cerca de la orilla, donde el agua era poco profunda, y Sybil se culpó a sí misma por no haber lanzado las partes del cadáver de la gata con mayor fuerza, pues parecía muy posible que flotaran hasta la orilla.

Apartando este temor, Sybil volvió su atención hacia el grupo de tres gatitos. Inclínándose para recogerlos se sintió muy asombrada al encontrarse con que, debajo de ellos, había otros tres que no había visto antes.

Tomó de la nada una manta a cuadros rosas y blancos, idéntica a una que tenía en su propia cama. Tras colocarla en el fondo de una caja, murmurando y murmurando: «Pobrecitos mininos», puso los cachorrillos sobre la manta. Y, cuando comenzaba a caminar en dirección a casa, en busca de la persona que sabría cómo arreglarlo todo, se despertó.

Estremecida por el sueño, que mostraba una comprensión inconsciente que aún no se había filtrado a la vida consciente. Sybil se sintió anonadada y llena de culpa. Para Sybil el significado de aquel sueño era amenazador.

Sybil veía el tren como la vida, moviéndose hacia un destino pero detenido por los nuevos trabajos (el análisis), lo que significaba invertir la ruta (volviendo a revivir los acontecimientos de su infancia) para volver a ser una sola. Los diversos grados de inanición entre los gatitos simbolizaban los años durante los cuales Sybil había tratado de vivir y trabajar normalmente sólo para descubrir que había llegado al final de la línea (de nuevo el tren) de mantener las apariencias de normalidad.

Los gatitos también simbolizaban a Sybil. El que fueran muchos en lugar de uno solo era un reconocimiento de que ella era muchos. El primer gatito, que intentaba arrastrarse hacia los espacios abiertos, era la misma Sybil. Los otros gatitos, descubiertos en grupos diferentes, eran las otras personalidades. El primer grupo simbolizaba la primitiva aparición en el análisis (y en la vida) de Vicky y las Peggys, y el segundo grupo, la posterior aparición de las otras personalidades, que estaban ocultas más profundamente.

Algunos de los gatitos eran más débiles que los otros, como lo eran algunas de las personalidades.

- Algunos, tales como Vicky, Peggy, Marcia, Vanessa, Mary, Mike y Sid -había dicho la doctora Wilbur-, son activos; otros, como Sybil Ann, son pasivos. Todos ellos son

fuertes o débiles según qué emoción debe ser defendida en cada momento.

Naturalmente, la doctora Wilbur era la figura no mencionada en el sueño, que sabría cómo hacer que todo fuese bien.

El acto de salvar a los cachorrillos le parecía a Sybil no una acción de solicitud personal por su parte, sino, como el tren, la analogía del análisis que estaba intentando salvar tanto a ella, como a todos los «gatitos» de su aún misteriosa «familia».

Sybil se alzó de la cama, comenzó a vestirse, e intentó olvidar la parte del sueño en que se había dado cuenta de que el haber tenido que eliminar el cadáver de su madre (tanto de ella como de los gatitos) antes de poder llevar a los cachorrillos con seguridad a casa, sólo podía significar una cosa: que únicamente liberándose de su madre podría curarse, hacerse fuerte, y ser en realidad una «familia», «*Familia*» era el eufemismo que Sybil utilizaba para expresar el volver a la unicidad.

Cuando Sybil entraba en la cocina a desayunar, apartó a un lado el sueño, sin darse cuenta de que su explicación había pasado por alto el hecho de que el «nuevo trabajo» que bloqueaba el paso del tren (el libre fluir de la vida) y que ella había interpretado como el análisis, había sido construido, en el sueño, por su padre. Los gatitos muriendo de inanición podían ser interpretados como una representación de su inanición sexual. Los mismos acontecimientos que habían impedido que Sybil tuviese una niñez normal eran los que le habían también impedido ser una mujer normal.

Y algo más importante, que Sybil tampoco captó de aquel sueño, fueron sus propias emociones al deshacerse de la gata. Había lanzado con una precisión muy notable, pero sin repugnancia, a su madre al río, y sólo se había sentido preocupada cuando creyó ver la posibilidad de que flotase de nuevo hasta la orilla.

Más tarde, aquella misma mañana, durante la hora con la doctora Wilbur, Sybil habló de las personalidades simbolizadas por los gatitos del sueño.

- Yo me tomé todas las preocupaciones para venir a Nueva York -indicó resentida Sybil-, y ellos se han apoderado del análisis. Se han hecho amigos de usted, hacen viajes, son amigos de gente a la que me gustaría conocer, y a mí, sin embargo, me dejan de lado.

Sin escuchar las explicaciones de la doctora Wilbur, Sybil se negó a dejarle que saliese en defensa de las personalidades, especialmente de Vicky. Cuando la doctora le indicó que resintiéndolo sus otras personalidades, Sybil estaba evitando la verdadera cuestión, y que este hecho era conocido en términos psicoanalíticos como resistencia, Sybil comenzó a tomárselo a broma.

- Ya sé que estoy haciendo eso que usted llama con esa fea palabra -decía una y otra vez-. No la pronuncie. Pero esa Vicky que a usted le cae tan bien es una bocazas. No puedo tener ningún secreto, ella viene corriendo a contárselo todo. Y si no lo hace, lo hace alguno de esos otros tipos del Medio Oeste. No me dejan disfrutar de paz, de intimidad, de libertad.

- Vicky está tratando de ayudarte -protestó la doctora.

Sybil hizo acopio de valor, para responder:

- Estaría mejor sin su ayuda -luego, añadió lo que había dicho ya muchas veces antes-. No puedo permitirme el lujo de esa Peggy Lou.

Entonces, haciendo un balance de su situación económica, Sybil explicó:

- Vine a Nueva York con cinco mil dólares ahorrados. He gastado tres mil pagando el análisis y comprando algunos pocos extras que no había podido conseguir con lo que Pa me enviaba. Pero dos mil de los cinco mil han sido malgastados en los cristales rotos por Peggy Lou.

El resentimiento que Sybil tenía hacia Peggy Lou por el cristal roto venía

profundizado por otras evidencias del carácter destructivo de ésta.

- La otra noche -prosiguió Sybil-, me encontré con que habían sido destruidos mis dibujos al carbón. Teddy dijo que lo había hecho Peggy Lou. ¿Qué es lo que le pasa a Peggy Lou? Me dijo usted que trabajaba en blanco y negro. ¿Es que ya no le gusta ese tipo de dibujo? ¿O es que no le gusta yo? Si es así, el sentimiento es mutuo.

Tras salir de la oficina, Sybil fue a sus clases. Mientras salía del laboratorio de química, Henry, que estaba sentado junto a ella y que también la conocía de otras clases, la siguió al ascensor.

Había una afinidad entre ellos. Ambos eran del Medio Oeste; a ambos les gustaban la música y los libros; ambos eran muy estudiosos (ahora que tenía su diploma en arte, Sybil había decidido que dedicaría su futuro tanto al arte como a la psiquiatría infantil). Y aunque Henry tenía ocho años menos que Sybil, ella era de una apariencia tan juvenil que parecía más joven que él.

Henry acompañó a Sybil a casa. Cuando llegaron al viejo edificio, se quedaron hablando. No deseando dejarla, él se ofreció a leerle las notas que había tomado durante las clases que ella se había perdido por estar en Filadelfia.

- Estudiaremos esas notas juntos -se ofreció-. Ella lo invitó a entrar.

Trabajaron, como puros estudiantes, sin ninguna insinuación superficial de sexo. A él le hubiera gustado tomarse una cerveza, pero acabó por aceptar un té helado, que ella le sirvió con los pastelillos que Teddy decía habían sido horneados por Mary. Sybil disfrutó de dos agradables horas de integridad.

Cuando Henry estaba yéndose y se encontraban en pie junto a la puerta semiabierta, cambió el clima. Ya no sólo un colega, Henry puso su mano con suavidad sobre el hombro de Sybil y la miró con ternura.

- Me gustaría que fuéramos a bailar el Jueves por la noche -dijo en voz baja.

A Sybil le entró pánico. Diciendo que no, se apartó de la mano de Henry.

- ¿No te gusta ni un poquito? -preguntó él.

- Naturalmente, me gustas -replicó ella, con lentitud.

- ¿Y bien? -preguntó él.

- Pero no quiero salir con nadie -afirmó ella con seguridad.

- Eres demasiado buena chica para que hagas eso -protestó él-. Mucha gente te quiere, y no deberías ser así. Eres una buena compañera. Sería agradable salir contigo.

Sybil agitó la cabeza con aire decidido.

- No -repitió-, no.

- Entonces, ¿qué te parecería ir a cenar? -propuso él.

- No -dijo ella-. Por favor, Henry, no me atosigues. Ya nos veremos en el laboratorio. Aprecio mucho tu amistad, pero no me fuerces.

- Pero, ¿por qué? No lo comprendo -perseveró él.

Hubo una pausa tensa. Luego, volvió a preguntar:

- ¿Qué es lo que pasa?

En el silencio que siguió, Sybil podía notar presiones internas, la interferencia de los otros, como ella lo llamaba. La presión estaba allí, aunque el significado le resultaba oscuro. Sybil no sabía que Vicky estaba pensando: «Es un buen chico. No sé por qué no acepta la cita», o que Peggy Lou estaba rezongando: «Muy propio de ella. Nunca hace nada de lo que a mí me gusta hacer.»

- Sybil -dijo Henry, mientras trataba de tomarla en sus brazos-. Me gustas. Hace tiempo que me gustas. ¿Por qué no podemos salir juntos?

Liberándose del abrazo, Sybil tomó el pomo de puerta, indicando que deseaba que Henry se fuera.

- ¿Estás segura? -preguntó él.

- Muy segura -replicó ella.

Sonaron pasos en el corredor. Henry se volvió para ver quién era y, mientras lo hacía, Sybil cerró la puerta tras él y corrió el cerrojo. La sensación que experimentó mientras lo hacía fue similar a la del momento, en su sueño, en que, tras colocar los gatitos sobre la manta, había cerrado la caja. En el sueño había realizado algunas perforaciones para que entrase aire en la caja, pero hora la «caja» que había cerrado con tanta deliberación era hermética.

Allí estaba, al otro lado de la puerta que ella misma había cerrado, con sus 35 años de edad y solterona... excluida por la falange de las casadas, el tercer plato en sus mesas de comedor. Aislada, sola, contando únicamente con Teddy, se sintió excluida del mundo. Y Teddy, a pesar de su cariño y paciente comprensión de las extrañas circunstancias de su vida doméstica conjunta, era también profundamente inquietante.

Teddy era testigo de las ocasiones en las que Sybil se encerraba en el apartamento o cuando volvía a él convertida en otra personalidad. Más aún, Teddy construyó relaciones distintas con cada una de las distintas personalidades de Sybil. El conocimiento de esta situación agravó la inseguridad de Sybil, y le dio a su soledad una pavorosa y nueva dimensión.

Henry. Compañía masculina. Quizás el padre del niño que Sybil deseaba con tal urgencia, pero que probablemente no podría tener jamás. Cada vez que un hombre había entrado en su vida, había deseado aquel niño mucho más de lo que había deseado al hombre. Y el deseo por Henry, aunque se hallase profundamente enterrado, *había* existido.

¿El baile? No podría haber ido al baile. Su religión se lo prohibía. No podría haber ido aunque no hubiese ninguna religión que se interfiriese en el camino.

¿Por qué no a cenar? Una cosa hubiera llevado a otra. Si aceptaba verse enredada con Henry, él llegaría a conocerla bien y a saberlo todo acerca de ella. Entonces, la rechazaría. Sabía que tenía que protegerse contra una tal eventualidad. Ningún hombre debía acercarse a ella hasta que no estuviese bien. ¿Bien? Parpadeó. ¿Se pondría alguna vez bien?

El reloj de la repisa marcó las ocho. Teddy no llegaría a casa hasta dentro de dos horas. Sybil salió. Mientras caminaba, los edificios de la ciudad parecían extenderse incesantemente hacia el Este. Caminó sin parar hacia el Oeste.

La vida se había detenido mientras había invertido su ruta. Aún tenía todo un mundo por forjar. Hasta ahora, el análisis la estaba llevando hacia atrás, no hacia adelante. Su ambición por llegar a ser doctora se había visto constantemente frustrada por sus fugas en las clases de ciencias, y su ambición iba disminuyendo. No podía soportar el intentarlo y fallar.

Apenas si podía soportar el permanecer despierta. Despierta, sabía que uno de los otros podía hacerse cargo. E incluso cuando no había una toma de poder, notaba la incesante presión interna, la interferencia de los otros.

Se sentía solitaria, inútil, fútil. Convencida de que jamás iba a ponerse bien, Sybil se enfrentaba con la autorrecreación y las quejas.

Segura de que su vida se había detenido mientras volvía a recorrer un camino que sólo dejaba al descubierto angustia, Sybil creía que verdaderamente había llegado al final de la línea. No deseaba vivir de aquella manera.

Llegó al río Hudson, marrón verdoso y profundo. Se imaginó en el agua, hundiéndose. La muerte traería el descanso.

Sybil se acercó al río, pero antes de que pudiera llegar a él, su cuerpo dio la vuelta, impulsado por otra voluntad. El cuerpo, controlado por Vicky, buscó y halló una cabina telefónica en una de las casas de apartamentos del Paseo del Río. Tras marcar,

Vicky dijo con voz firme y clara:

- Doctora Wilbur, Sybil iba a tirarse al río Hudson, pero no la he dejado.

Cuarta Parte: Reentrada

Comenzando a recordar

Al principio Sybil había dudado que cualquier simple medicina pudiera producir algún cambio decisivo, pero al ver que los pocos tratamientos de electroshock que había solicitado para sentirse más segura tras el intento de suicidio no efectuaron un cambio apreciable en sus sentimientos, aceptó el pentotal sódico porque se fiaba de la doctora Wilbur.

La doctora misma había sugerido el pentotal con cierta relucencia porque creía que el mejor tratamiento en el caso de Sybil era el puro psicoanálisis. Pero las amenazas de suicidio, y el casi intento real, hacían necesario eliminar, en algún grado y rápidamente, la intensa ansiedad y depresión. Por su larga experiencia la doctora Wilbur sabía que la abreacción -la cesión o descarga emocional resultante de volver a darse cuenta de una experiencia dolorosa que ha sido reprimida porque era intolerable al consciente- era un mecanismo muy útil y que se podía activar con pentotal. Descargando e insensibilizando las emociones dolorosas, el pentotal acostumbraba a llevar a una más profunda comprensión de sí mismo.

El primer tratamiento de pentotal, administrado intravenosamente, disminuyó apreciablemente la ansiedad de Sybil. En las sesiones que siguieron, durante 56 y a veces hasta 70 horas después de haber recibido el pentotal, Sybil conoció y disfrutó de una sensación de libertad que jamás antes había experimentado. El pentotal, un barbitúrico que a la vez es anestésico e hipnótico, le había dado la sensación de sentirse perfectamente bien... una experiencia que Sybil jamás había tenido antes. El día posterior al tratamiento siempre sentía una euforia que era debida no sólo al efecto anti-ansiedad del barbitúrico, sino también a la abreacción del severo trauma. El pentotal llevó a la superficie el profundamente hundido y debilitante odio hacia su madre. Aunque Sybil no podía aceptar aún aquel odio, el hecho de que ya no estuviera enterrado facilitaba el camino hacia una subsiguiente aceptación.

Las otras personalidades conocían también la libertad a la que llegaba Sybil a través del pentotal. Ahora, y como nunca antes, los otros tenían la oportunidad tanto de ser como de hablar. Vicky tenía todos los recuerdos, los suyos propios y los de las otras personalidades, incluyendo a Sybil.

Las otras catorce personalidades tenían sus propias memorias y algunos de los recuerdos de las demás personalidades alternantes y de Sybil.

Sólo Sybil no poseía ninguna de las memorias de los otros. Pero, a medida que el pentotal liberaba algunos fragmentos olvidados del pasado, las memorias relativas a experiencias de los demás y las memorias de acontecimientos que Sybil había vivido como ella misma, pero que había olvidado, comenzaron a filtrarse en la conciencia.

La memoria no fue una cosa que *llegase*. Tras el tratamiento de pentotal, la doctora Wilbur confrontaba a Sybil con las memorias profundas que habían regresado durante el «sueño» del pentotal y que se desvanecían al despertar.

- Oh, me había olvidado completamente de eso -indicaba Sybil cuando, al despertarse, recibía la memoria. Después, tras recordar aquel acontecimiento durante un tiempo, volvía a perderlo. La doctora lo intentaba de nuevo hasta que, muy gradualmente, lo que había sido recordado bajo el efecto del pentotal comenzaba también a ser recordado en la vida normal.

Dándose cuenta del nuevo orden de cosas, Sybil tenía la sensación de que, se hallase donde se hallase, había una pasarela en expansión que iba más allá del doloroso presente y del incluso más aterrador pasado. Las pasarelas estaban orientadas hacia

la tierra prometida, ya en el sentido de liberarse de los otros, ya de convertirse en una sola cosa con ellos. Ni Sybil ni la doctora Wilbur sabían cuál de estas dos formas adoptaría la curación.

Igualmente, Sybil comenzó, por primera vez, a experimentar las emociones atribuibles a las otras personalidades. Empezando también a comprender lo que había originado la disociación, la paciente sabía ahora, no sólo intelectual sino emotivamente, que «cuando estoy irritada no puedo estarlo». Naturalmente, la ira era cosa Peggy Lou.

La impresión que la misma Sybil tenía era de que iba desapareciendo poco a poco el conflicto que la había llevado al río Hudson... apartándola luego de él. Más preocupada ahora con el «¿quién soy yo?» informó a la doctora: «El pentotal me hace sentir que soy yo.» Sin embargo, a pesar de que el conflicto había disminuido, no había desaparecido. Por el momento el barbitúrico daba una sensación de libertad y, concurrentemente, los sentimientos de irrealidad que la habían acosado casi desde el inicio de su vida iban siendo reemplazados gradualmente por una sensación de solidez. Antes siempre muy alejada de sus sentimientos, ahora se estaba acercando a ellos.

Navegando con la velocidad de un velero en una tempestad, Sybil llegó a considerar las sesiones semanales de pentotal como vientos propicios. El que la doctora Wilbur visitase a Sybil en su apartamento cuando le era administrado el pentotal le daba una sensación de comodidad adicional. Sintiendo más con vida, más interesada, Sybil redecoró el apartamento, haciéndolo lo más atractivo posible para su doctora invitada. El pinchazo en la vena, la falta ocasional de posibilidad de hallar una nueva vena cuando hubieron pasado muchos meses y demasiadas venas hubieron sido ya utilizadas, la frecuente hinchazón de la parte anatómica inyectada, la sensación de frío que a veces recorría a la paciente, los hipidos («sueno como si estuviese borracha -dijo Vicky-. Y aquí estoy recibiendo un tratamiento, cuando no estoy enferma...») todas las molestias físicas no importaban, sin embargo, a la luz del brillante nuevo día que le había traído el pentotal sódico. Incluso, desde que estaba bajo este tratamiento, Sybil había ganado seis kilos.

¿Nirvana? No. La euforia era a menudo deshinchada, y a veces destruida, por las memorias de horrores infantiles que Sybil había enterrado con tanto dolor, y que ahora volvían a ser traídas a la luz.

- Tu madre te atrapó, y es casi como si tú la hubieras sustituido en ese atraparte a ti misma -decía la doctora Wilbur-. Pero estás logrando librarte de tu madre.

Sybil ya lo había hecho en su sueño acerca de la gata, pero se sentía horrorizada por aquel deseo antinatural.

- Estoy ayudándote a crecer -continuaba la doctora-. Estás mejorando, y vas a lograr ser capaz de usar todos tus talentos.

Proseguía el encantamiento, la exorcización de Hattie Dorsett:

- Tu madre te enseñó a que no creyeses en ti misma. Yo te voy a ayudar a que sí lo hagas. Los números regresarán. La música volverá. Terminarán los problemas con tu pintura. Harás muchas cosas bien.

- Tengo frío, tanto frío -contestaba Sybil entre castañeteos de dientes.

¿Integración? Aún estaba muy lejos. A medida que el pasado regresaba en avalancha, aún había más razones para la regresión en las otras personalidades, que eran defensas contra el pasado. Y sin embargo, en el valle de la disociación se veían los primeros destellos de la unidad.

Hubo un destello un Viernes por la noche, en plena primavera. Sentada en su cama tras haber sido despertada de un tranquilo sueño de tres horas que siguió a un tratamiento de pentotal sódico, Sybil estaba pensando en el día anterior, gran parte

del cual estaba a oscuras para ella. De repente, en esa oscuridad creyó entrever una acción.

¿Era un recuerdo? No lo sabía. Si lo era, se trataba de algún estilo diferente de memoria; pues estaba recordando no lo que había hecho como Sybil sino lo que, y aquello era lo más asombroso del recuerdo, lo que *ella* había hecho como Mary y como Sybil Ann. Sybil se daba perfecta cuenta de la existencia de dos personas, cada una de las cuales sabía lo que la otra estaba diciendo y haciendo. Juntas, esas dos personas fueron al supermercado compraron algunos alimentos, y conversaron acerca de los precios de sus compras.

Quizás el aspecto más extraordinario del recuerdo fuera que Sybil recordaba que en un momento había sido Mary, y en el siguiente Sybil Ann, y que cuando era una, la otra era una persona que estaba a su lado, persona con la que podía hablar, expresarle sus opiniones, y a la que podía pedir consejo.

Sybil podía verse a sí misma *convirtiéndose* en Sybil Ann, Había regresado al apartamento como Sybil Ann y, de repente, se había sentido obsesionada por el deseo de ir de viaje. De alguna manera, aquel viaje no había llegado a efectuarse, pero, mientras planeaba irse, había mirado un bolso del armario con los ojos de Sybil Ann, pensando en que se lo llevaría con ella y lo devolvería en cuanto se afincase en alguna parte. Observando que el nombre de la tarjeta de identificación era Sybil I. Dorsett, Sybil, bajo la personalidad de Sybil Ann, pensó: ésta debe ser la propietaria. El recuerdo de Sybil Ann era tan claro que incluso llevaba consigo la confusión de Sybil Ann respecto a quién era la auténtica Sybil.

Esta ojeada al presente fue seguida, algunas semanas más tarde, por una percepción aún más arrolladoramente rápida del pasado.

Durante el desayuno, Teddy estaba diciendo:

- Desde luego, me gustaría saber de qué hablaba Peggy Lou cuando decía que las letras forman palabras, las palabras forman frases y las frases forman párrafos.

- ¿Me preguntas a *mí* lo que quería decir Peggy Lou? -replicó Sybil -. ¿A mí? Yo soy la última a quien deberías preguntárselo. Ya sabes lo que sentimos Peggy Lou y yo la una acerca de la otra.

- Peggy Lou dijo también algo acerca de pequeñas cajas grises en hileras, y que tenía que vigilar y ser cuidadosa, que tenía que escapar -prosiguió Teddy-. He estado oyendo ya durante muchos años acerca de esas letras, palabras y cajas.

Sybil replicó pensativamente:

- No tengo ni la menor idea -pero, mientras hablaba, alzó la vista hacia la pared roja que había frente a ella y, aunque se sabía Sybil, al mismo tiempo se notó como una niña pequeña. No era una sensación de infantilismo sino de *ser una niña*. Luego, Sybil se halló a sí misma diciendo-: Cuando era pequeña, no se me permitía escuchar ni cuentos de hadas ni ninguna historia que no fuera «la verdad». Ni tampoco se me permitía inventarme historias. Pero me gustaba escribir, especialmente cuentos acerca de animales y poesías. Cuando madre y papá me hicieron prometer que ya no lo haría más, inventé una forma para «escribir» sin escritura. Cortaba palabras y letras sueltas de las cabeceras de periódicos y colocaba las letras en pequeñas cajas grises, que me llevaba a la escuela. Luego, pegaba las letras en hojas de papel grueso, para que se convirtiesen en palabras, las palabras formasen párrafos, y yo pudiese escribir sin escritura. ¿Comprendes?

Asombrada, Teddy le recordó a su compañera de cuarto:

- ¡Pero si me acabas de decir que no tenías ni la menor idea!

- No la tenía -replicó Sybil con calma-. Pero luego me acordé. Mira, inventé esa técnica cuando estaba en los grados tercero y cuarto, después de que muriera mi abuela.

¿El tercer y cuarto grado, después de que muriera mi abuela? La calma se desvaneció cuando Sybil se dio cuenta de lo que acababa de decir.

De la niebla que se extendía espesa sobre los dos años perdidos de Sybil (entre los nueve y los once años de edad) los recuerdos de Peggy Lou estaban convirtiéndose en recuerdos de Sybil. Al responder al recuerdo de Peggy Lou como si fuera suyo propio, la personalidad primaria que era llamada Sybil había sido capaz de recordar un incidente de la niñez de la personalidad alternante. Y, de repente, Sybil se dio cuenta de que en aquel momento no sólo se sentía *como* Peggy Lou, sino que era *una sola cosa* con ella. El pentotal había abierto la línea de comunicación no utilizada que existía entre Sybil y una de sus otras personalidades, para restaurar un fragmento de los años perdidos. Sybil, que jamás había tenido diez u once años, se había convertido mediante un rápido retroceso al pasado, en una niña de esa edad. Lo que se había iniciado como una conversación casual durante el desayuno, se había transformado en un mojón en el camino de la restauración de la Sybil original.

Con su nuevo sentimiento de unicidad con Peggy Lou llegó también una actitud totalmente nueva tanto hacia Peggy Lou como hacia las otras personalidades. Sybil estaba comenzando ya a ser capaz de distinguir lo que ella hacía, como ella decía, siendo «otra persona» de lo que hacía «siendo ella misma». La Sybil que, según la descripción de Vicky, se hallaba apartada, ahora se había acercado.

Conociendo en aquel momento a los otros a través de los ojos de la doctora Wilbur y de Teddy y gracias a su propia experiencia, Sybil se preguntaba, con buen humor, por qué teniendo a todos esos «chicos y chicas» a su alrededor, jamás había desaparecido su sensación de soledad. «Demos una fiesta para todos nosotros», susurró Mary en las profundidades del ser. Sybil parecía divertida.

Para Navidades de 1958, Sybil había aceptado sus otras personalidades con el suficiente humor como para incluirlas en su felicitación de Navidad a la doctora Wilbur. Una serie de felicitaciones, unidas unas a otras como el fuelle de un acordeón, todas ellas designadas y ejecutadas *únicamente* por Sybil, decía:

*A nuestra doctora Wilbur:
Múltiples felicitaciones - Sybil
Amor - Vicky
Felices Fiestas - Vanessa Gail
Unas alegres Navidades - Mary
Feliz Noel - Marcia y Mike
Los mejores deseos - Sybil Ann
Feliz Año Nuevo - Peggy*

La doctora Wilbur se daba cuenta de que la bola de Navidad junto al «Feliz Año Nuevo» de Peggy era de cristal y estaba rota; y también de que Sybil no había enviado felicitaciones en nombre de Clara, Nancy, Marjorie, Ruthie, Helen ni Sid, y que Peggy Lou y Peggy Ann estaban representadas por una única Peggy. El que Sybil pudiera pasar de su antigua negación de los otros a compartir con ellos el espíritu de las fiestas equivalía a un punto de inflexión en el análisis.

Desafortunadamente para Sybil, el pentotal se convirtió en «magia» y la doctora Wilbur en la «maga» que podía conferir el éxtasis. La dependencia de la doctora que Sybil desarrolló durante los tratamientos con pentotal hicieron que la enferma se sintiese tanto amada como importante. Volviéndose exigente respecto al pentotal, Sybil también actuaba como si pudiese controlar a la doctora y, controlando a ésta, a Hattie Dorsett. Refugiada con toda seguridad en esa doble dependencia, Sybil volvía

a revivir la relajación que había conocido en el pecho de su madre antes de dejar de mamar y ser enfrentada con el pezón manufacturado que había suplantado al cálido pezón humano. Eufórica por todas estas cuestiones, Sybil llegó a considerar el pentotal como el éxtasis y la salvación.

Además, la doctora Wilbur se sentía cada vez más preocupada por la administración de pentotal a Sybil. A la doctora no le gustaba tener que usar la aguja, no le agradaba la creciente dependencia de Sybil y el hecho de que ésta utilizaba el pentotal para dar un rodeo a los problemas. A la doctora le resultaba claro, aunque ciertamente no pasase lo mismo con Sybil, que ninguna medicina podría cambiar los problemas o conflictos psíquicos que había por debajo. Aunque el pentotal, debido a sus efectos abreactivos, había resultado muy valioso al desenterrar memorias ocultas y tiempo perdido y al llevar a Sybil más cerca de sus otras personalidades y así mitigar su merma, no había abierto fisura alguna en los traumas básicos, las distorsiones fundamentales creadas principalmente por Hattie Dorsett y perpetuadas debido a las propias maniobras defensivas de Sybil. Y sin embargo, era precisamente de la desaparición de esos traumas de lo que dependía la recuperación final, la integración y cura definitivas.

Lo que resultaba más inquietante para la doctora era que el pentotal, si bien le confería a Sybil la libertad de sentirse bien, también amenazaba con imponerle las ataduras de la adicción. Creyendo que las ventajas no sobrepasaban a los riesgos, la doctora Wilbur decidió terminar este tratamiento.

Consecuentemente, el primer fin de semana de principios de Marzo de 1959 fue malo no sólo para Sybil, sino para «todos los demás», tal como llamaba a sus otras personalidades. Fue el fin de semana en que dejó de recibir pentotal.

- ¿Qué he hecho para que la doctora Wilbur me castigue quitándome el pentotal ? -le murmuró Sybil a Teddy Reeves-. ¿Qué he hecho para que la doctora me deje fuera?

- La doctora va a venir -repetían constantemente las Peggys-. Sabemos que lo va a hacer.

Marcia, agitando con gravedad la cabeza, dijo:

- No, la doctora no va a venir, y jamás volverá.

Nancy comentó:

- ¿Quién sabe? Quizá lo haga.

- No -observó Vicky-. La doctora Wilbur no va a venir. No va a ceder en lo del pentotal. La decisión de dejar de dárnoslo ha sido por nuestro propio bien. Dijo que nos estábamos convirtiendo en muy adictos a ese producto, hablando psicológicamente. Yo creo en ella.

Al oír que alguien subía las escaleras de la casa, Marcia y Vanessa, Mike y Sid, Nancy, Sybil Ann, Mary y las Peggys, sintiendo un escalofrío de excitación, se imaginaban que era la doctora Wilbur. Los pasos, al alejarse, acababan con la esperanza.

Durante todo el fin de semana las Peggys estuvieron quejándose; Mary lloró; Nancy, Vanessa y Marcia protestaron. Sybil, notando su propia desesperación aumentada por la de los otros, le dijo a Teddy:

- Ya he cosido el borde del tapiz de la pared. Nunca más voy a hacer otra cosa en este lugar. La doctora Wilbur ya no va a volver. ¿De qué servirá?

Y Vicky dijo a Teddy:

- Realmente, una no puede echarles la culpa. El que se haya acabado el pentotal es la pérdida más grave que han sufrido desde la muerte de su abuela.

El Lunes, en la oficina de la doctora, Sybil pidió:

- Sólo quiero que me dé pentotal el Miércoles por la noche, antes del examen final de química del Jueves. Así, estaré en la mejor de las formas para hacer el examen.

- No, Sybil, no -dijo la doctora.

- El pentotal era algo de lo que podía fiarme -suplicó Sybil.
- Eres de un temperamento más fuerte que todo eso. Encontraremos otros medios más poderosos y seguros.
- No puedo soportarlo.
- Lo que me estás diciendo, Sybil, es que sientes algunas cosas con las que no puedes enfrentarte como Sybil. En este momento, eso es cierto. Pero no tiene que seguir siéndolo siempre, ¿comprendes?
- No lo comprendo. Usted *quiere* que me disocie -replicó con amargura Sybil-. Si no lo hiciese, echaría de menos ver a Vicky y a todas esas otras personas que a usted le caen tan bien.
- Sybil -le contestó-, todo esto que dices me hace pensar que es muy bueno que no bebas. Si bebieses, serías una alcohólica. La conexión entre las botellas y los pechos es muy real. El pentotal te dio la relajación del seno de tu madre, tal como lo hace el alcohol para el alcohólico. Y está perfectamente claro que tienes una poderosa adicción psicológica al pentotal. La mejoría no ha sido lo bastante grande como para justificar el riesgo.

Rechazada de nuevo, recién privada de la dulce dependencia que le había conferido el pentotal, Sybil se sentía inerme. La resistencia que había ido creando contra el tener que enfrentarse con sus problemas básicos, le había sido arrebatada, y le aterrorizaba el saber que ahora probablemente se acercaría más a las verdaderas raíces de su enfermedad.

Al darse cuenta de esto, le llegó la ira arrebatadora que acostumbraba a sentir Sybil cuando Hattie Dorsett la castigaba sin motivo. Creía que la doctora era tan omnipotente como Hattie... e igual de injusta. Ahora, como en el pasado, Sybil creía que le había llegado el castigo irracional, cruel y totalmente injustificado.

Dejando la oficina de la doctora, Sybil caminó a lo largo de una insegura y cimbreada pasarela. Cuando llegó a casa, se tomó un somnífero y se metió en la cama. Al despertarse hundió la cabeza en la almohada, no pudiendo enfrentarse con el nuevo día.

¿Por qué debía hacerlo?, se preguntó. ¿Para qué valía la pena luchar tan duro y ella sola? No había escapatoria. De esto, Sybil estaba segura.

Futuros independientes

Durante Mayo de 1959, varias de las personalidades hicieron intentos individuales de lograr futuros independientes. Al mismo tiempo, Sybil, reaccionando ante esos intentos, se preguntó si estaría yendo hacia adelante o hacia atrás, e incluso si estaría moviéndose.

Aquella mañana de Mayo el sol entraba en el apartamento cuando Mary se despertó, se estiró hacia el tabique, y se dio cuenta, con un recuerdo vago, de que había hecho algo recientemente que convertiría en innecesario dicho tabique.

Repentinamente, como una película proyectada sobre una gran pantalla, vio ante ella la escena en cuestión. Dan Stewart, un agente de fincas, estaba preguntándole, mientras se hallaba con él en el porche delantero de una casa-rancho en Crowpond, Nueva York:

- ¿Cuántas personas componen su familia?
- Soy yo sola -había sido su réplica.
- Espacio más que suficiente -se echó a reír con una gran carcajada-. Y mucho sitio para invitados. Puede dar grandes fiestas de fin de semana.

Pagando lo que él había llamado «dinero de confianza», ella había extendido un cheque por quinientos dólares como pago inicial de la casa, que valía veintidós mil dólares.

Había estado a punto de firmarlo Mary Lucinda Saunders Dorsett, cuando había recordado que no era ella, sino Sybil, la que tenía la cuenta corriente.

- ¿Sybil I. Dorsett? -había comentado el agente, examinando el cheque- ¿Está usted relacionada con los Dorsett de Glens Falls?

Ella le contestó:

- No. Soy del Medio Oeste.

- La firma del contrato -le había dicho él-, será en un par de semanas. Ya la llamaré.

Ya vestida, Mary se dirigió a la cocina.

- Voy a hacer mis maletas y marcharme -le dijo a Teddy durante el desayuno-, para no seguir molestando.

- No quiero que te vayas -le dijo Teddy mientras caminaba hasta donde se hallaba Mary, para colocarle una mano en el hombro-. Quiero que sigas donde estás. Esta es tu casa.

- De pequeña -replicó pensativa Mary-, siempre deseé una habitación para mí sola.

Hizo una pausa, y luego añadió:

- No la tuve hasta los nueve años de edad. Siempre deseé tener intimidad, pero jamás la logré. A veces pensaba que me iban a echar de mi casa.

Teddy salió a trabajar, pero no sin recordarle, con aire animoso, que el apartamento de Morningside era el hogar de Mary Lucinda Saunders Dorsett.

Sola, Mary hizo un fuego en el hogar. Luego, acurrucada junto al mismo, con Capri al lado, comenzó a coser cortinas color marrón violeta para el dormitorio del rancho que pronto sería suyo.

Dos días después, Sybil, mirando en el buzón, colocó en su bolso una carta sin abrir de su padre, notó con amarga diversión que había otra del Club del Libro del Mes dirigida a Marcia Dorsett, y luego abrió el sobre color marrón del banco. Estaba al descubierto. El cheque de cuarenta y siete dólares que había enviado a la farmacia de Hartley la noche pasada, sería devuelto por falta de fondos.

Sybil hojeó la matriz de su talonario de cheques. ¿Un cheque por quinientos dólares? No había extendido un cheque por aquella cantidad. ¿Agencia Inmobiliaria Evans? Jamás había oído hablar de aquello.

En un estado menos sofisticado de su multiplicidad hubiera considerado aquel cheque que no había firmado como un misterio, pero ahora se daba cuenta de que alguno de los otros debía de haberlo firmado. ¿Quién? Realmente no importaba. Estaba firmado Sybil I. Dorsett.

Después de que Sybil recibiese una llamada telefónica de un tal Dan Stewart, informándola de que iba a tener lugar la firma del contrato de «su» casa, la sobrecogió el pánico. Al principio la doctora Wilbur, que no dejaba de decir: «Cuando estés bien, esas cosas no te pasarán», no la ayudaba en nada. Finalmente, la doctora buscó un abogado que, alegando «incompetencia mental», rescató a Sybil del compromiso contraído por Mary. La doctora Wilbur, que veía el asunto de la casa de Mary como una huida de la escena primigenia, pensó que todo aquello surgía de la misma trama que había hecho que los chicos construyeran el tabique y que impulsaba a Peggy Lou a repetidas huidas en busca de nuevos lugares.

Curiosa acerca del papel de los otros, que, a diferencia de Sybil, habían sabido de la compra, la doctora Wilbur habló de la casa de Mary con dos notorios representantes: Vicky y Peggy Lou.

Vicky dijo:

- Mary deseaba tanto esa casa que decidí que llevase a cabo los trámites iniciales. Sabía que, al final, no podría tenerla. Pero, ¿qué había de malo en dejar que viese cumplido brevemente su sueño? Lo que hizo no fue peor que el tomar un vestido de una tienda, usarlo y luego devolverlo. Muchas mujeres lo hacen. Eso es deshonesto. Lo que hizo Mary no lo fue.

Y Peggy Lou explicó:

- Yo estaba a favor de dejar que Mary se comprase esa casa. La ayudé a expresar sus sentimientos porque mucha gente ha sido cruel con Mary. A ese señor Stewart no le hizo ningún daño el dejar que Mary se creyera que verdaderamente compraba la casa.

Y a la pregunta práctica de la doctora Wilbur:

- ¿Pero quién iba a pagar por ella?

Peggy Lou respondió muy decidida:

- Sybil. A ella le corresponde trabajar y cuidar de nosotros.

La misma Sybil pensaba soñadoramente en la casa que Mary había comprado y que ella había rechazado. El deseo de Mary era su deseo; la acción de Mary, la voz sin inhibiciones de una Sybil inconsciente.

Los otros tenían una fuerza en forjar la realidad a partir de los sueños, que a Sybil le faltaba. La casa perdida tenía muchos recursos, muchas barricadas contra el recuerdo de las cosas pasadas y por venir. ¡Qué encantador, pensó Sybil, era estar en una casa, sentirse mecida y acariciada por una casa que fuera suya, en la que la madre tierra pudiera apretar a sus hijos contra ella y decir que eran uno solo!

Peggy Lou vigilaba de cerca a Sybil mientras ésta, sentada en su escritorio del apartamento de Morningside Drive, escribía: «20 de Julio de 1959. Querida Carol, esperaba poder aceptar tu invitación de pasar algunas semanas en tu casa de Denver. Me encantaría estar contigo y Carl, reviviendo los viejos tiempos. Además, los veranos de Nueva York son agobiantes, y siento necesidad de alejarme. Incluso fui a mirar los horarios de avión. Pero, Carol, al final he decidido que no puedo hacerlo este verano. Hay demasiadas razones que me obligan a permanecer en Nueva York. Perdóname. Aguardaremos esperanzadas otra ocasión.»

Más tarde, aquella mañana, el contenido de la carta estuvo por encima de todo otro pensamiento de Peggy Lou mientras caminaba por las calles, tratando de desgastar sus emociones contra el pavimento.

Peggy Lou había esperado ir a Denver, y, cuando Sybil había llamado a la línea aérea, le había dicho a la doctora Wilbur: «Todos nosotros estamos sonriendo dentro.»

Pero ahora Sybil lo había estropeado todo. No era justo. No era justo, se repetía Peggy Lou mientras aceleraba sus pasos para marcar el ritmo de su creciente furia.

También había una sensación de traición. Esperando que cambiase una luz de tráfico, Peggy Lou se dio cuenta repentinamente de que había llegado al final de la línea y que no podía, o al menos *no quería*, continuar yendo con Sybil. Tenía diferentes destinos y diferentes formas de vida. Sybil no tiene las mismas ideas que yo, protestó Peggy Lou. Piensa que mis ideas están equivocadas. Y ella es la que dirige las cosas. Tengo que aceptar que hay veces que hace lo que yo deseo que haga. Pero eso se acabó. Jamás puedo volver a confiar en Sybil.

Además, tal como lo veía Peggy Lou, su traición era al mismo tiempo un fracaso por parte de Sybil de hacer lo que Peggy Lou deseaba y la violación de un acuerdo: un contrato entre las personalidades, negociado por la doctora Wilbur. La doctora había hecho que Peggy Lou aceptase no hacer viajes por su cuenta, si Sybil prometía llevar a Peggy Lou a sitios.

Bueno, pensó Peggy Lou, mientras de nuevo aceleraba sus pasos, Sybil no ha

cumplido con su parte del trato, pero yo sí. No he ido a ninguna parte, fuera de la ciudad, desde lo de Filadelfia. Peggy Lou tomó la trascendental decisión de cambiar su «status»... de liberarse para dejar de ser una personalidad alternante confinada a un cuerpo que estaba dirigido por una persona extraña.

El Gran Proyecto, que hacía tiempo que venía meditando, pero que hasta ahora no había llegado a su eclosión, era el de romper completamente con Sybil y las otras personalidades. Peggy Lou decidió que asumiría el mando del cuerpo y lo llevaría a algún lejano lugar, del que jamás regresaría.

En el pasado, Peggy Lou había tenido que estar irritada para «ser». Cuando la ira se extinguía, Sybil regresaba. Peggy Lou nunca había sentido reluctancia alguna a devolver el cuerpo a Sybil. En el futuro las cosas serían distintas. Aquel cuerpo nunca le iba a pertenecer a nadie más que a Peggy Lou.

Sabía exactamente lo que representaba esto. Su existencia había hecho posible la supervivencia de Sybil. Se habían dado muchas ocasiones en que Sybil, llevada por la ira, había decidido que para ella nunca habría otra cosa que el sufrimiento, y que no tendría posibilidad de realizar nada sin interferencia de sus personalidades. En tales ocasiones, preguntándose: «¿De qué sirve todo?», Sybil había estado a punto de suicidarse. Haciéndose cargo de la ira, Peggy Lou, literalmente, había dejado que Sybil viviese.

Pero ahora que iba a ser la única ocupante del cuerpo, ahora que ya no sería una personalidad alternante sino la única personalidad, cuya existencia no dependería únicamente de la ira, todo sería diferente. Sybil no viviría.

Animada por la expectación de supremacía y la dulce sensación de la venganza contra Sybil, Peggy Lou se dio cuenta de que había asuntos prácticos que debían ser considerados antes de que pudiera vivir aquella nueva vida por sí sola. Todo tenía que ser cuidadosamente planeado para evitar ser apresada por la policía u otras personas que pudieran buscar a la desaparecida.

Tomaría los doscientos dólares que Sybil tenía guardados en una caja del apartamento y saldría de Nueva York en seguida. Aquéllos que la buscasen estarían tras la pista de un ente legal llamado Sybil Dorsett, una maestra vestida de forma muy conservadora. Por consiguiente, Peggy Lou buscaría una ocupación muy alejada de la enseñanza, y se ataviaría con las ropas más chillonas que pudiese comprar. Los perseguidores buscarían a Sybil Dorsett en el Norte o quizás en el Medio Oeste. Por consiguiente, Peggy Lou planeaba ir hacia el Sur.

Mientras doblaba hacia la Calle 74 Este, recordó repentinamente que, antes de que se le ocurriesen estos pensamientos, iba de camino a una cita con la doctora Wilbur. Peggy Lou decidió acudir a la cita. Deseaba ver a la doctora por última vez.

Acercándose a la oficina de la doctora, Peggy Lou ordenó sus argumentos, ensayando lo que diría. El razonamiento más importante sería: soy la que deja que Sybil viva, y ella no hace nada por mí. Sin embargo, la idea de tener que abandonar a la doctora hizo que Peggy se sintiese repentinamente triste.

Sus pensamientos, mientras se acercaba al edificio en el que durante cinco años se le había permitido hablar libremente y presentarse como ella misma, regresaron a un día nevado del anterior invierno cuando, para escapar a la aterradora nieve, se había metido en la estación del Grand Central para comprar un billete a algún sitio cálido. No llevaba mucho tiempo en la estación cuando, junto a ella, encontró a la doctora Wilbur.

Peggy, que no sabía que Sybil, «regresando» brevemente a la estación, había telefoneado a Teddy y que Teddy había telefoneado a la doctora Wilbur, no podía comprender cómo ésta había llegado allí.

- Oh, doctora Wilbur -exclamó Peggy Lou al verla-. ¿De dónde sale usted?

Evitando una respuesta directa, la doctora Wilbur se limitó a decir:

- Tenemos que llevarte a casa, a una cama caliente.

Y Peggy Lou, en lugar de sentirse irritada porque la doctora había interferido en sus planes, se acurrucó entre sus brazos, diciendo:

- Oh, doctora Wilbur, me alegra tanto verla.

Juntas caminaron hasta salir de la estación y llegar a la parada de taxis, mientras Peggy Lou se estremecía de frío. Cuando la doctora colocó su abrigo de visón sobre su paciente escapada, Peggy Lou continuó estremeciéndose, pero no de frío. Era un placer exquisito verse envuelta en visón. Y la doctora Wilbur le había prometido que, algún día, Peggy Lou podría tener una manga de aquel abrigo de visón, como recuerdo.

Peggy Lou entró en la oficina de la doctora con una mezcla de emociones. Luego, sintiéndose repentinamente inerte ante la oleada de poderosas sensaciones que la inundaban, Peggy Lou le contó a la doctora hasta el último detalle de su Gran Proyecto de emancipación.

- ¿Qué es lo que he hecho para que quieras abandonarme? -preguntó con voz suave la doctora. Como réplica, Peggy Lou se acurrucó entre sus brazos y exclamó:

- Oh, doctora Wilbur.

El gesto y el tono eran idénticos a los del día nevado.

También ahora Peggy Lou se hallaba en la cuna que se mecía incesantemente, y su decisión de romper con el pasado para iniciar una nueva vida había sido adormecida con canciones de cuna hasta hundirse en la inactividad.

Habiendo gastado todo su fervor en la declaración, Peggy Lou no tenía que realizar ya el hecho.

Vanessa se erguía frente al espejo en el que jamás se miraba Sybil. El cuerpo en que vivía Vanessa era, para su gusto, demasiado delgado. Le hubiera gustado haber tenido un poco más de carne, curvas más redondeadas, pechos más voluptuosos. Su cabello, aquel hermoso cabello castaño rojizo oscuro, que llameaba con sus pasiones, ya era más acorde con sus deseos. Deseaba ropa nueva, elegante y atractiva, con la que pudiera enfrentarse al mundo.

¡Qué cansada estaba del velo que colgaba entre ella y el mundo! Era como si ella, junto con los otros, se estuviera enfrentando a la vida por detrás de una tela de forro para tapicería.

Pobre Sybil, pensaba Vanessa. Disfrutaría mucho más de la vida, si no tuviera siempre que estar tratando de hacer que le cuadrara el dinero. No había tenido ningún trabajo desde que llegó a Nueva York. El dinero de su padre cubría escasamente los gastos básicos. La doctora Wilbur no está siendo pagada. Sybil no tiene dinero para ropa, material artístico, viajes. Y nosotros no la ayudamos en nada, protestando siempre por las cosas que deseamos y a menudo gastando dinero en nuestros caprichos. La conciencia que le hace sentirse culpable aun cuando disfruta de los placeres más pequeños si se halla endeudada, tampoco contribuye a que las cosas vayan mejor. Vanessa reflexionó con amargura que aquella rigidez era una herencia de los hipócritas de Willow Corners.

Mientras se pintaba cuidadosamente los labios con un lápiz que Sybil aún no utilizaba, Vanessa de repente tuvo una idea genial. Sybil no ganaba nada, Peggy Lou y Marcia malgastaban, a pesar de las precauciones de Sybil. En aquel momento, Vanessa tomó una decisión radical: ella iba a ganar dinero para todos!

Recordando el letrero de «Se necesita personal» en la lavandería automática de Amsterdam Avenue, decidió que trabajar allí sería ideal. Al no suponer ni tensión ni trabajo cerebral, el empleo no reavivaría viejos traumas.

Más tarde, aquella mañana, Vanessa obtuvo el trabajo en la lavandería. Al descubrir que tenían un empleo, los otros se sintieron complacidos. Peggy Lou creyó que era muy divertido, y los chicos admitieron que «se lo pasaban en grande» haciendo funcionar las máquinas. Vicky pensó que el tener un trabajo no sólo era muy sensato económicamente hablando, sino que también era una buena terapia. La misma Sybil aceptó que aquél era el tipo de trabajo que le parecía tener sentido. Pero era para Vanessa, que alternaba con los otros al realizar las simples tareas necesarias en el empleo, para la que éste representaba más.

En cualquier caso, desde mediados de Agosto de 1959 hasta mediados de Octubre, Sybil tuvo un trabajo que Vanessa había logrado. Sin embargo, cuando el empleo interfirió con la asistencia a clases, que por aquel entonces llegaban a su punto culminante, Sybil, con la aprobación de la doctora Wilbur, dejó el empleo. De todas las personalidades, Vanessa fue la única que no pudo aceptar el dejar un trabajo que le había dado nueva ropa y la oportunidad de limpiar la sensación de culpa y la hipocresía del pasado. Para Vanessa, los dos meses de la lavandería habían representado una purificación.

Mientras tanto, Marcia creía tener una solución mejor que trabajar en una lavandería. Quería ganar dinero con su talento. Podría hacer muchas cosas, pensaba mientras iba hacia el buzón, si todo el mundo no se interpusiera en mi camino.

Colocó con ansiedad la llave en la cerradura. En aquel momento, dos de sus esfuerzos creativos más recientes estaban tratando de ser aceptados por el mundo. Uno era una canción popular: «Día de fiesta para dos», de la que había escrito tanto la letra como la música. Al encontrar una copia de la canción en un cajón, Sybil había enrojecido por el azoramiento. ¿Qué pensaría la gente, había oído decir Marcia a Sybil, si me muriera en este momento y encontrasen esta cancioncilla infantil entre mis pertenencias? Naturalmente, Sybil estaba en contra de haber enviado la canción a una firma de música. Así era Sybil: derrotada antes de comenzar. Marcia había enviado la canción a despecho de Sybil.

¿Habría una respuesta hoy? Si se la compraban, Marcia podría adquirir todas las pinturas que desease, y no tendría que utilizar el dinero de Sybil.

Por otra parte, el ensayo enviado a la revista *Parents* llevaba tres semanas en el correo. Quizás hubiera ya una respuesta. Este ensayo tenía el título: «¿Puede ser peligrosa una madre amante?» Algunas frases importantes le vinieron a la memoria: «Esta madre era ambivalente. Este tipo de amor consistentemente inconsistente es peligroso para un niño confiado. ¿Puede una madre amante hacer que su hijo sea un neurótico potencial? Los psiquiatras y los psicólogos nos dicen que sí es posible.»

No había noticias acerca de la canción o el ensayo. Pero había una carta del Club del Libro al que pertenecía Marcia. «Cuando usted hace socio a un amigo -decía la carta-, recibe cuatro libros gratis.» Marcia decidió hacer socia a su amiga Sybil I. Dorsett.

Su amiga había objetado contra el poner el nombre de Marcia en el buzón, pero Marcia había mantenido su posición, diciéndole a Sybil, por intermedio de la doctora Wilbur, que en aquellos días estaba recibiendo más correspondencia que Sybil. Había vencido. Allí, en el buzón se veía «Marcia Baldwin» junto a «Dorsett» y «Reeves». Bueno, pensó Marcia, también tengo que ganar alguna vez.

Mientras subía por las escaleras hacia su apartamento, Marcia pensaba malhumorada en su «status». Ella era la que salía a la palestra cuando Sybil notaba simultáneamente ira y una sensación de rechazo, era quien se encargaba de esos sentimientos cuando Sybil no podía hacerles frente. «Marcia», había dicho Vicky, «siente lo que Sybil, sólo que más». No es extraño, reflexionó Marcia, dado que estoy

tan cerca de Sybil que, cuando ella duerme, yo ni siquiera puedo abrir los ojos. Pero quiero ser alguien, una identidad reconocida. Si vendo mi canción y mi artículo, insistiré en usar mi propio nombre. La fama y el dinero serán míos.

Pasa lo mismo con mi pintura. Mi estilo es tan individual que no puede ser confundido con el de las obras de los otros. Y soy más astuta que la mayor parte de ellos, exceptuando quizás a Vicky y Vanessa.

Mi misma existencia, pensó Marcia mientras abría la puerta del apartamento, es tenue. Cuando Sybil es feliz no me necesita ni a mí ni a ninguno de los otros.

Dentro del apartamento, Marcia pudo notar que Teddy no se sentía tranquila con ella. Se dio cuenta de que temía sus depresiones y sus impulsos suicidas.

Marcia se dirigió a su caballete y comenzó, como era característico en ella, a pintar con gran variedad de colores. De pronto dejó la paleta, pensando: «Lo tengo todo y no tengo nada, poseo un gran talento, y una existencia demasiado frágil.»

Tal como la doctora Wilbur había observado, Marcia era una contradicción aparente: por una parte, muy productiva; por otra parte, igualmente destructiva. Y por debajo de su animación y creatividad había una cualidad oscura conectada con su tremenda necesidad de tener una madre amante y un deseo, igualmente grande, de asesinar retrospectivamente a la madre que tuvo. La existencia básica de Marcia se derivaba del deseo mortífero hacia su madre, expresado hacía mucho, cuando Marcia había deseado que la pequeña caja se hiciera grande. Pero el deseo mortífero se alternaba, en el interior de Marcia, con un deseo de muerte para sí misma. Cuando Sybil se había hallado junto a la orilla del río Hudson, dispuesta a saltar, Marcia había sido la fuerza interior propulsora.

Quiero vivir sin la persecución, sin la asfixia, sin las lágrimas, pensó Marcia mientras caminaba de regreso al caballete. Quiero sentirme parte de algo. Quiero hacerme un nombre en el mundo. Quiero levantarme por la mañana y sentirme bien, y quiero ir a la cama por la noche y dormir, y poder despertar, esté o no dormida Sybil, abriendo mis ojos.

Sentada en su escritorio el 17 de Agosto de 1959, Sybil escribió a la doctora Wilbur:

No voy a decirle que no hay nada que vaya mal. Ambas sabemos que sí lo hay. Pero no es lo que antes le he hecho creer. No tengo ninguna personalidad múltiple. No tengo ni un solo «doble» que me ayude. Yo soy todas ellas. He estado mintiendo al tratar de hacer ver que las tenía. Las disociaciones no son el problema porque, en realidad, no existen, pero debe de haber algo malo, o no recurriría a hacer ver que soy así. Y puede preguntarme lo que quiera acerca de mi madre. Las cosas tan radicales que le he dicho acerca de ella no eran ciertas. Mi madre era un poco demasiado ansiosa. A veces mariposeaba, era astuta, pero me amaba. Era superprotectora y me vigilaba de continuo. Yo no era una persona interesante y encantadora como ella. Mis padres eran mucho mejor de lo que son la mayoría de los padres. Teníamos una casa hermosa, mucho que comer y ropa elegante. Yo tenía montañas de juguetes y libros. Mis padres intervinieron para que no me dedicase a la música y al dibujo, pero se debió a una falta de comprensión y no a una falta de cariño. No tenía razón alguna para quejarme. No sé cuál fue el motivo que hizo que al crecer me convirtiese en algo tan raro.

Tras escribir la carta, Sybil casi perdió dos días. Al «volver», se encontró con lo que había escrito antes de disociarse, y le escribió a la doctora Wilbur lo que sigue:

¡Es tan difícil tener que sentir, creer y admitir que no tengo un control consciente sobre mis personalidades! Es mucho más amenazador que algo se le escape a una de su control que el creer que en cualquier momento puedo detener (iba a escribir «esta locura»), esto, cuando sea necesario. En el momento en que escribí la carta anterior, me había hecho a la idea de que iba a probar a usted que podía mostrarme muy compuesta y fría, y no necesitaba pedirle que me escuchase, o que me explicase algo, ni tampoco necesitaba su ayuda. Al decirle que todo aquello de las personalidades múltiples no era verdaderamente cierto sino una pura invención, podría demostrarle, o al menos lo creía, que no la necesitaba. Bueno, sería mucho más fácil si fueran mentiras. Pero de la única mentira de la que soy culpable es de haber pretendido durante tanto tiempo, antes de acudir a usted, que todo iba bien. Ahora, el pretender que las personalidades no existían, ha originado que perdiese unos dos días.

Tres semanas más tarde Sybil reafirmó que creía en la existencia de las otras personalidades en una carta a la señorita Updyke, la enfermera universitaria de sus días de estudiante.

Cuando llevaba varios meses sometida a análisis, le escribí a usted que la doctora Wilbur me había explicado el asunto de las personalidades múltiples, y el hecho de que los «períodos en blanco», como siempre los había llamado yo, no estaban en blanco más que en mi recuerdo. Había estado actuando, y «otra persona» se había hecho cargo de mi cuerpo y dicho y hecho las cosas que yo no había podido por alguna razón... fuera el miedo a las consecuencias, la falta de confianza, la falta de dinero o el buscar apartarme de problemas y presiones demasiado grandes como para que me enfrentase con ellos como «yo misma».

Lo que estoy tratando de explicar es un punto doble: los «períodos en blanco» que he tenido desde antes de los cuatro años de edad eran períodos en los que hacía cosas, como una de las otras quince personalidades que han emergido de tiempo en tiempo, para solucionar los problemas o preocupaciones del pasado o del presente. Muchos de éstos comenzaron con mi madre, que a veces era catatónica, otras veces se echaba a reír histéricamente o hacía chistes con gran agudeza, bailaba en la calle o hablaba demasiado fuerte en la iglesia o actuaba como una «boba» en una fiesta, a veces era cruel y en ciertas ocasiones totalmente incomunicable. Estamos tratando de deshacer lo que se hizo y que usted, en su aversión hacia mi madre, parecía presentir.

Mientras la señorita Updyke leía esta carta, recordó el viaje de vuelta a casa durante el cual, como si fuera un camaleón, Sybil había revelado una rápida sucesión de comportamientos que ella había interpretado solamente como distintos estados de ánimo.

- Jamás haría una cosa como esa.

Los otros, que habían sido negados en el pasado por desconocimiento y en el presente por vergüenza, habían sido readmitidos a lo que, para Sybil, constituía la realidad.

Prisioneros en su cuerpo

Al ver que Mary daba los primeros pasos en la compra de una casa, Peggy Lou planeaba usurpar su personalidad primaria, Vanessa se purificaba en una lavandería y Marcia tomaba al asalto la ciudadela editorial, Sybil se fue considerando cada vez más como rehén de las personalidades que no había podido seguir negando. En lo que a Sybil se refería, aquellos actos eran parte de la interferencia que había tratado de alejar de su vida, negándolos.

Por otra parte, Vicky decidió que, aunque aquellas eran acciones de las partes y no de la totalidad, eran intentos de alcanzar la salud. Tal como le dijo a la doctora Wilbur:

- Trato de lograr que Sybil quede a salvo de los peligros y darle tantos días buenos como los otros me permiten.

En realidad, los días libres de interferencia eran pocos: a pesar de la limitación de fondos, los armarios de Sybil no dejaban de ir llenándose de ropas que ella no había comprado. Sus pinturas eran completadas durante su «ausencia», y las medicinas acostumbraban a terminarse bastante antes de que llegase la hora de renovar las recetas, dado que los otros tomaban dosis por su cuenta.

En una ocasión había «vuelto» en el apartamento para descubrir que tenía una venda sobre un ojo y parecía un cíclope. En otra se había hallado con unos patines de hielo puestos y trastabillando sobre el suelo de la sala de estar.

Cautiva, a menudo llegaba tarde a citas porque sus apresadores le habían ocultado el bolso o la ropa interior. O bien lograban apoderarse de ella durante el suficiente tiempo como para llevarla a algún otro lugar e impedirle que estuviera a la hora en punto en su destino. A menudo la suspendían en algún examen, porque quienes la tenían cautiva habían dado deliberadamente respuestas incorrectas, o porque una de las carceleras, en particular Peggy Lou, se había guardado para sí las fórmulas matemáticas y químicas esenciales.

Con catorce personalidades alternantes haciendo apariciones espontáneas en el mundo, la delgada figura de Sybil Dorsett a menudo no resultaba comprensible cuando vagaba por las calles de Nueva York.

Peggy Lou salió a la lluvia, fue hasta una tienda de Broadway, y tomó un plato de cristal, deseando romperlo. Vicky le dijo que no.

- ¿Quiere usted ese plato? -le preguntó la dependienta.

- No -replicó Peggy Lou-. Quiero romperlo.

- Vuelve a colocarlo en su sitio -le ordenó Vicky.

Peggy Lou lo hizo. Juntas, Peggy Lou y Vicky salieron de la tienda, dejando atrás a una dependienta que creía que aquella cliente había estado hablando consigo misma.

Tanto Peggy Lou como Mary se sintieron repentinamente enfermas en la esquina de la Calle Setenta y Uno y la Avenida Lexington. Peggy Lou se apoyó contra la pared de un edificio.

- ¿Qué sucede? -preguntó un policía.

- Está enferma -replicó Vicky.

- ¿Quién está enferma? -deseó saber el agente.

- Yo -le contestó Peggy Lou.

Peggy Lou y Vicky, a medio atravesar la calzada de la Avenida Madison, con tráfico llegándoles por ambos lados, se detuvieron repentinamente.

- Voy a esa tienda de regalos de ahí enfrente -dijo Peggy Lou, moviéndose hacia delante.

- Yo no quiero -replicó Vicky, dando la vuelta y caminando hacia la acera de la que venían.

- Por todos los santos, señora, decídase de una vez -rogó el guardia de tráfico.

Durante varios meses Sybil hizo repetidos intentos de ir a una galería artística para recuperar un cuadro suyo que había formado parte de una exposición. Cada vez que lo intentaba, Marcia la llevaba a algún otro lugar. Al final no fue Sybil, sino la doctora Wilbur la que recogió dicha obra.

Marcia y Peggy Lou llevaron a Sybil a una cafetería del Sur de Manhattan. Sybil «llegó» para encontrarse sin un centavo, y demasiado lejos de casa para volver caminando. Tomando una moneda de diez centavos que había sido dejada en el mostrador como propina, telefoneó a la doctora Wilbur. De nuevo, la doctora resolvió el problema. Al siguiente día, Sybil regresó a la cafetería a pagar su deuda.

Irónicamente, sus apesadores no pensaban en Sybil como su rehén, sino como su guardián, la propietaria de su cuerpo. Todos se quejaban de que no les daba lo bastante que comer, que no les conseguía sus alimentos favoritos... una tarea difícil, dado que tenían gustos individuales.

Cuando uno estaba enfermo, los otros, que no lo estaban, sentían las consecuencias de la enfermedad. Después del ataque de colitis de Sybil, Vicky se quejó: «Mire lo delgada que me he quedado.» Cuando Sybil Ann o Nancy Lou Ann se quedaban en la cama a causa de la depresión, los otros también quedaban inmovilizados. Mary y Sybil Ann tenían ataques, que eran extremadamente molestos para los demás. En un tiempo frío, cuando Peggy Lou salía impetuosamente al exterior sin ropa suficiente, Vicky protestaba porque esto «le había hecho constiparse también a ella». Y Vicky decía: «Me duele la cabeza cuando llora Mary.»

Los captores eran también cautivos, porque la vida social de Sybil no siempre coincidía con sus necesidades individuales. Aunque era común su amistad por ciertas personas, también tenían predilecciones individuales hacia otras personas y entre sí mismos. Marcia y Vanessa hacían las cosas juntas, tal como Mike y Sid, Mariorie y Ruthie, y las Peggys. Y aunque no formaban equipo, Mary y Vanessa eran amigas muy especiales.

Vanessa decía que le gustaba todo el mundo excepto los hipócritas. Peggy Lou aireaba su hiel contra aquellos a los que llamaba «pretenciosos como la madre de Sybil». A Vicky le caían bien las personas inteligentes y sofisticadas. Mary, indicando unidad en lugar de autonomía, comentó acerca de una mujer que todos ellos conocían:

- A ninguno de 'nosotros nos gustaba.

Excitada por las conversaciones acerca de la música, Peggy Lou a menudo no prestaba atención a otras conversaciones. Aburridos, en general, por las conversaciones femeninas, Mike y Sid a veces lograban que Sybil no acudiese a una cita, o se quejaban durante toda la visita.

- Me gustaría comenzar a trabajar en esa librería -le confió Mike a Sid durante una visita en la que estaban cautivos.

- Tengo que escribir algunas cosas a máquina, y deseo volver a casa -replicó Sid.

Haciendo un resumen de lo que representaba estar prisionera en una reunión social, Marjorie le dijo a la doctora Wilbur:

- Voy con Sybil cuando visita a sus amigos, pero hablan de las cosas que a ellos les gustan y que a mí no me importan: casas, muebles, niños. Pero cuando viene Laura Hotchkins, hablan de conciertos, y eso me gusta.

Nancy Lou Ann era la que, de todos ellos, tenía mayor interés en la política, un interés que estaba muy relacionado con el cumplimiento de la profecía bíblica. Como ya estaba resultando evidente, aquella otra gente del interior de Sybil tenía diferentes actitudes religiosas y gustos literarios. También tenían diferentes vocabularios, caligrafía, forma de hablar y diferentes imágenes corporales. Sus reacciones ante el sexo no eran idénticas. El miedo de acercarse a la gente, resultante de los abusos de

Hattie Dorsett, influiría en la actitud sexual de todos ellos. Sin embargo, en Peggy Lou y Marcia el miedo se convertía en terror. En Vanessa venía sublimado por una cierta *joie de vivre*, y en Sybil Ann era disipado por una laxitud abandonada.

A menudo estallaban incipientes e insidiosos celos entre las personalidades. Peggy Lou se sentía furiosa por el hecho de que Vicky tenía un extenso conocimiento sobre el mobiliario primitivo norteamericano. Para superar a Vicky, Peggy Lou pasaba incontables horas de insomnio estudiando libros sobre este tema, memorizando página tras página, hasta que pudo charlar, orgullosamente, como una experta en el tema. Vicky la contemplaba con una sonrisa divertida y tolerante.

Entre las personalidades, los talentos y ambiciones eran al mismo tiempo iguales y diferentes. Según Vicky, Sybil era la que pintaba mejor. Vicky a menudo enseñaba con Sybil, y a veces la sustituía. Tanto Vicky como Sybil deseaban llegar a ser doctoras. Cuando le preguntaron si Sybil debería estudiar medicina, Peggy Lou contestó:

- A ella le resulta difícil concentrarse. Pero yo podría hacerlo, si lo intentase.

Las personalidades alternaban unas tras otras, pero también coexistían. Obstruían algunas de las actividades de Vicky, pero cooperaban en otras. Sid había constituido la partición. Como en el andamio de Omaha, había una armonía en las pinturas conjuntas. Peggy Lou, a la que no le gustaba pintar al óleo, ayudaba cuando los otros pintaban así. Marcia hablaba con entusiasmo de una pintura abstracta que «hicimos todos juntos».

Marcia iba a menudo a clases de química y sesiones de laboratorio cuando Sybil no podía acudir, tomando notas para que Sybil las estudiase más tarde, y firmando con el nombre de ésta en la hoja de asistencia. Como una secretaria que firmase con el nombre de su jefe en ausencia de éste, a menudo Marcia ponía sus iniciales bajo la firma de Sybil I. Dorsett.

Ninguna de las personalidades era esencialmente más inteligente que cualquier otra, aunque había grandes diferencias en lo que habían estudiado, aprendido y absorbido. Aunque sus edades fluctuaban, cada personalidad tenía una edad prevaleciente. Naturalmente, las diferencias en sus edades en la cualidad de sus emociones, en el grado de actividad o pasividad y, claro está, en los traumas contra los que la defendían cada una de las personalidades, explicaban las grandes diferencias en el comportamiento de éstas. Estas diferencias estaban tan claramente marcadas que, cuando las diversas personalidades telefoneaban a la doctora Wilbur, ésta sabía quién estaba al teléfono, no sólo por la voz sino por su comportamiento.

- Doctora Wilbur, estoy en ese bar de las luces de colores. Todo el mundo se está divirtiendo -decía la voz-. ¿Por qué no puedo tomarme una cerveza?

- Seguro que puedes, Peggy Lou -le contestaba la doctora.

- ¿No haré mal con ello? -Peggy Lou había revertido su posición.

- No -le dijo con tono tranquilizador la doctora-. Mucha gente bebe cerveza.

- Bueno, pues no -decidió Peggy Lou-. Me voy a casa.

Aprehensora y aprehendida, Sybil contaba con Teddy Reeves para que hiciese de intermediaria con las personalidades, para que la informase de sus idas y venidas, para que tendiese un puente sobre el vacío que existía entre el momento en que se «iba» y el momento en que «llegaba». Como un coro griego que comentase la fragmentada actuación de Sybil, Teddy también compartía el interés de ésta en la personalidad múltiple.

Por ejemplo, en 1957, cuando fue estrenada la película *Los tres rostros de Eva*, Sybil y Teddy la vieron juntas porque habían oído que era acerca de una personalidad múltiple.

En la película, Eve White (Eva Blanca) se convertía en Eve Black (Eva Negra), quien, hablando con el doctor, realizaba una caída de ojos muy coqueta. Teddy agarró a Sybil por un brazo y le susurró: «Eso es exactamente lo que tú haces.» Comprendiéndola mal, Sybil pensó que lo que Teddy quería decir era que se dedicaba a flirtear.

- ¿Es así como me porto con la gente? -preguntó desmayadamente Sybil.

- No -replicó Teddy-. Así es como te ves cuando cambias de una a otra. Por un instante, pones la cara como en blanco.

Luego, Teddy le diría a la doctora Wilbur:

- La película muestra exactamente lo que le pasa a Sybil.

- No -eplicó la doctora-. Sybil y Eve no tienen el mismo tipo de personalidad. Sus razones para ser personalidades múltiples no son las mismas. Pero estoy de acuerdo en que tanto Sybil como Eve ponen la misma cara en blanco cuando cambian.

A pesar de lo unidas que se hallaban Sybil y Teddy en aquellas circunstancias tan extraordinarias, su relación comenzó a mostrar fisuras. A Teddy le habían resultado inquietantes la excesiva seguridad de Peggy Lou y las depresiones de Marcia. Sybil, perturbada por la inquietud de Teddy, se fue quedando progresivamente más sola.

No obstante, la tensión no llegó a un punto culminante hasta una noche, a finales del verano de 1959, cuando Teddy hizo algunas alusiones malintencionadas acerca de la doctora Wilbur.

- Está explotándote para satisfacer sus propias necesidades personales -acusó Teddy.

- No quiero oír ni una sola palabra más de esto -replicó irritadamente Sybil, mientras se levantaba de la mesa.

- Bueno, desde luego nunca quieres oír la verdad -le espetó Teddy.

Impulsada por la creciente ira, Peggy Lou entró de lleno en acción.

- Me voy -anunció Peggy Lou.

- No, no lo harás -replicó autoritaria Teddy-. No vas a escapar de nuevo. Voy a mantenerte aquí, te guste o no.

- Sal de mi camino -advirtió Peggy Lou-, o tendré que usar la violencia.

- No te atreverás -la retó Teddy.

- Sal de mi camino o verás -amenazó Peggy Lou, dirigiéndose a la puerta.

Con Teddy tratando de cortarle el camino, Peggy Lou corrió hacia un gran ventanal. Teddy la agarró por la muñeca, apretando con gran fuerza. Soltándose, Peggy Lou se puso a gatas y, dándole la espalda a Teddy, se metió bajo una gran cómoda. A pesar de realizar diversos intentos, Teddy no logró sacar de allí a Peggy Lou. Finalmente, solicitó por teléfono la ayuda de la doctora Wilbur.

Llegando al lugar de los hechos, al cabo de una hora, la doctora se echó al suelo, llamando:

- Peggy Lou -no hubo respuesta-. Peggy, soy la doctora Wilbur -repitió la psicoanalista varias veces.

- ¿Eh? -Peggy Lou, aún dando la espalda, y segura de que la estaban engañando, murmuró:

- ¿De dónde sale usted?

- He venido de mi casa, a verte.

- ¿Dónde vive usted?

La doctora le describió su apartamento y su oficina.

- ¿Es usted realmente la doctora Wilbur? -preguntó con tono incrédulo Peggy Lou.

- Sí.

- ¿Sigue aún ahí esa chica? -quiso saber Peggy Lou.

- Sí.

- Dígame que se vaya. No saldré hasta que no lo haya hecho.

Finalmente, la doctora Wilbur pudo engatusar a Peggy Lou para que saliese de su escondrijo.

Algunos meses más tarde, «aquella chica» se fue.

- Habitualmente no dejo que nadie se acerque a mí -comentó con amargura Sybil a la doctora Wilbur-. Lo acepté con usted, y quizá con Teddy. Pero mire lo que pasó.

Viaje hacia la unidad

En el otoño de 1959 la doctora Wilbur se enfrentó con el hecho de que el análisis de Dorsett estaba siguiendo un camino inconstante. Los adelantos eran pocos y la resistencia fuerte. Sybil mostraba señales de una clara mejoría durante períodos más largos o más cortos; luego, una de las otras personalidades caía en la depresión, el conflicto, el trauma, el miedo, la autodestrucción. Todo lo que se había adelantado sufría con ello, y se daban algunos pasos hacia atrás. Uno de estos fracasos, que resultaba obvio y claramente visible, fue el que Sybil dejó de asistir a sus clases... estaba demasiado enferma para aprender.

El progreso tenía que ser más rápido. Se hacía esencial una nueva acción. Esto era algo que la doctora Wilbur notaba con creciente seguridad e intensidad.

Volvió a leer acerca de las sesiones de hipnotismo que el doctor Morton Prince había llevado a cabo con Christine Beauchamp y consultó a varios colegas para que le dieran sus opiniones acerca del caso Dorsett. El comentario típico era: «Sólo tienes que seguir adelante. Lo estás haciendo muy bien.» El consejo era seguir a lo largo de la ruta que había estado recorriendo. Decidió que ser un adelantado en un nuevo campo no era tal como se acostumbraba a decir.

Meditando los graves problemas con que se enfrentaban tanto su paciente como ella misma, la doctora Wilbur supo que se estaba enfrentando con una crisis profesional.

Su convicción de que el tratamiento mejor en el caso Dorsett era un psicoanálisis tradicional permaneció firme, y sin embargo, estaba dispuesta a experimentar mientras no hubiera amenaza alguna para su paciente o para la situación del tratamiento. Igualmente, la doctora se daba cuenta de que tenía un gran nexo afectivo con Sybil no sólo como paciente, sino también como ser humano.

Por otra parte, la doctora Wilbur estaba convencida de que las manifestaciones de la multiplicidad y las enfermedades físicas que sufría Sybil estaban enraizadas en tremendas experiencias infantiles, que podían ser neutralizadas permanentemente a través del análisis.

La cuestión que surgía era: ¿se podría hallar un camino para acelerar el proceso de integración? La experiencia con el pentotal había demostrado en una forma concluyente que la sintomatología que se refería a traumas y conflictos específicos podía desaparecer, y desaparecía, cuando el trauma era explicado en una forma clara a la personalidad primaria.

La doctora Wilbur sabía que reinstaurar el pentotal era demasiado peligroso a causa de su potencial adictivo. Deseaba hallar otros medios.

Su paciente era una histérica. Desde el tiempo de Charcot y Freud se sabía que los histéricos eran fácilmente hipnotizables. La doctora Wilbur decidió, al menos, investigar las posibilidades de esta técnica. Antes de convertirse en psicoanalista, había usado con éxito la hipnosis en otros pacientes. Ahora, experimentaría con la hipnosis en el análisis. De nuevo decidió que estaba dispuesta a explorar terrenos vírgenes.

Hacia el final de una sesión de análisis gris y sin éxito realizada en otoño de 1959, la doctora Wilbur dijo con voz baja:

- Sybil, cuando llegaste por primera vez a Nueva York, y viniste a verme, me hiciste

prometerte que jamás te hipnotizaría. Estuve de acuerdo, pero había tremendos problemas que entonces no comprendía. Ahora, creo que la hipnosis podría ayudarte.

Sybil respondió con gran tranquilidad:

- No tengo objeción alguna.

El viaje hacia la unidad entró en una nueva fase intensificada. Ahora, envuelta en el confort uterino de la oficina de la doctora, arrullada por el poder del sueño hipnótico, Sybil fue hacia atrás en el tiempo. Las otras personalidades iban tanto hacia adelante como hacia atrás... hacia adelante de forma que, siguiendo estadios graduales, todas pudieran llegar a la edad de Sybil. La doctora Wilbur sabía que la integración sería más simple si todas las personalidades tenían la misma edad. Su misma existencia indicaba una unión a los traumas del pasado y una falta de madurez en la personalidad total, y ambas cosas hacían imposible la integración.

Ruthie, la niña de dos años de edad, era el punto de embarque natural.

- ¿Cómo estás? -preguntó la doctora tras llamarla en una de las primeras sesiones de hipnosis-. ¿Te encuentras bien?

- Sí.

- ¿Te acuerdas de mí?

- Sí.

- ¿Cuándo me viste por última vez?

- Sillón marrón.

- Sí. ¿Has estado alguna vez aquí? ¿Cuándo estuviste aquí?

- Un día y otro día más.

- Sí, ¿y qué aspecto tiene la habitación?

- Sillón.

- Sí. ¿Qué color tienen las paredes?

- Verde.

- Así es. ¿Sabes, Ruthie?, tienes dos años. ¿No es eso cierto? ¿Te gustaría tener tres?

- Sí.

- Dentro de diez minutos voy a decir que faltan cinco minutos para las siete. Entre ahora y ese momento, vas a crecer todo un año completo. Todo va a ir de maravilla, Ruthie. Vas a crecer, y luego todos los demás crecerán también. ¿Te gustaría?

- Sí. Entonces, podré dibujar con colores.

- Podrás dibujar todo lo que quieras y hacer cosas con lápices y barritas de cera de colores. O puedes ayudar a Sybil a pintar.

- ¿Puedo?

- Siempre que pinte, podrás ayudarla.

- Sí.

- ¿Hay alguna otra cosa que te gustaría hacer?

- Todo.

- Entonces, ayudarás a todos a hacerlo todo. E irás creciendo, creciendo, creciendo. Nunca volverás a ser tan pequeña. Cuando tengas tres años, te quedarás allí un poquito, y luego volverás a crecer de nuevo. Quiero que escojas un día bonito para tener tres años... un día del que disfrutases.

- La tía Fay.

- De acuerdo. Elige un día del verano, cuando visitaste a tu tía Fay.

- Era mi mamá.

- No lo era en realidad. A ti te gustaba hacer creer que lo era. Eso se debía a que tu mamá no era muy satisfactoria, y eso es algo que *ambas sabemos*. Vamos a ayudarte a crecer para que nunca más tengas que volver a preocuparte de tu mamá.

¿Comprendes, cariñito?

- Sí.

Ruthie pasó a tener tres años, sabiendo muy bien la doctora que aquél no era un mero proceso mecánico, ni una simple sugestión. La progresión de la edad sólo podía avanzar a medida que los conflictos eran resueltos. La progresión de la edad estaba siendo utilizada como el medio destinado a conseguir un fin.

Dos meses más tarde la doctora le dijo a Ruthie:

- Dentro de diez minutos tendrás seis años, y será primavera. Entonces, te ayudaré a crecer, para que alcances a los otros. Dentro de diez minutos tendrás seis años. Nunca volverás a tener menos edad que esa, y a medida que prosigamos, te irás haciendo mayor. Ya verás cómo, a medida que te haces mayor, puedes hacer más cosas de las que deseas, y tienes que hacer menos que las que otra gente quiere que hagas. Crecerás un año, dos años, tres años y elegirás un día que fue bueno.

- ¿Puede papi ayudarme a hacer una tienda de comestibles en el pajar?

- Entonces, ¿es verano? -supuso la doctora.

- Invierno -corrigió Ruthie.

- ¿Un pajar en invierno?

- Ajá. Y hay nieve encima. Y haces un agujero en él y metes la caja de cereal y latas vacías y haces una tienda dentro del pajar.

- De acuerdo. Ahora, tienes seis años de edad.

- Estamos en el campo, y es invierno -dijo Ruthie.

Aquél fue el invierno de la catatonía de Hattie Dorsett y de la camaradería de Sybil con su padre. Ruthie había disfrutado en el campo: estaba libre de su madre y más cerca de su padre.

- Ahora tienes seis años de edad, y jamás tendrás menos. Voy a ayudarte a crecer para que alcances a los otros, y finalmente a Sybil. ¿Te gustaría eso?

- Sí.

- Ahora, cuando toque tu -codo derecho, querré hablar con Mike y Sid, juntos. Sid. Mike.

- Hola.

- Hola. ¿Os gustaría a vosotros dos crecer?

- Claro. No me gusta ser una nenita -replicó entusiásticamente Mike-. Quiero crecer como papi y hacer lo que él podía hacer.

- De acuerdo, los dos vais a empezar ahora a crecer. Bien, ¿hay algo que queráis decirme antes de que seáis mayores?

Mike le hizo una pregunta asombrosa:

- ¿Cree usted que las chicas nos van a matar?

- ¿Que sí creo que las chicas os van a matar? -repitió incrédula la doctora.

- Sí -añadió con aire aprensivo Mike.

- ¿Las chicas? ¿Qué chicas? -preguntó la doctora en un intento de dilucidar lo que Mike quería realmente decir.

- Marcia y Vanessa -replicó crípticamente Mike.

- Si las matan, ¿moriremos nosotros también? -preguntó preocupado Sid.

- No sé qué quieres decir con eso -insistió la doctora.

- Hay un rumor -explicó Sid-, de que las chicas van a matarse unas a otras, y que llegará un tiempo en que algunas de ellas no existirán.

- Está llegando el tiempo -replicó con énfasis la doctora-, en que ninguno de vosotros existirá por sí mismo. Todos vais a trabajar juntos. Pero ahora, quiero volver a vuestra pregunta. ¿Me escuchas, Mike? ¿Sid? Quiero que comprendáis con gran claridad lo que voy a decir. Si Marcia y Vanessa estuvieran muertas, también lo estaríais vosotros. Por consiguiente, tenéis que ayudarlas a vivir y alcanzar a Sybil,

para que así no deseen morir.

- Pero, ¡es que se encuentran tan mal! -exclamó Sid.

- Sí, lo sé -dijo la doctora con voz suave. Luego, con gran intensidad, añadió-: Pero podéis ayudarlas a que se sientan mejor. Podéis animarlas. Nadie va a matar a nadie. Y ahora, os vais a hacer mayores, mayores, mayores.

La doctora Wilbur se sentía tranquilizada por las sesiones de progresión de edad, especialmente dado que se efectuaba un análisis genuino. Los chicos acababan de revelar una intención suicida en parte de las otras personalidades, así como su propio miedo de que la integración daría como resultado su muerte.

El hacerse mayores fue la principal tarea realizada mediante la hipnosis hasta que, hacia Abril de 1960, ninguna de las personalidades tenía menos de 18 años. Sybil, sin embargo, tenía 37 años y tres meses. Dado que la identidad de edades constituía un paso importante hacia la integración, la doctora Wilbur habló con Vicky el 21 de Abril, pidiéndole que diera este paso.

- Me abruma -replicó Vicky-, la idea de ser tan vieja.

- ¿Lo hacemos, Vicky?

Hubo un silencio.

La psicoanalista pensó un instante. Luego, intentó otro método de aproximación.

- Vicky, tú eres la que lo sabe todo acerca de todos. Eres la continuidad memorística, la fuerza positiva en el complejo llamado Sybil. ¿No deberías tener su edad, dado que tienes todos los recursos de los años que la hacen más vieja que tú? ¿No sería eso lo justo?

- Supongo que sí -Vicky no se mostraba muy entusiasta en llegar hasta cerca de los cuarenta. Luego, golpeando suavemente con el dedo índice un ángulo de la mesa, comentó-: ¿Le he dicho alguna vez que a Sybil le gustaría ser como yo, pero no sabe cómo lograrlo?

- Dándote a ti su edad, le resultará más fácil -explicó la doctora-. ¿Lo hacemos?

Vicky contestó en voz muy baja:

- Usted es la doctora.

Luego, cuando la paciente se halló bajo el trance hipnótico, la doctora Wilbur preguntó:

- ¿Está todo el mundo aquí?

Alguien dijo:

- Sí.

- Ruthie -llamó la doctora.

- Sí -dijo Ruthie, que ahora tenía 18 años.

- Mike -preguntó entonces la doctora-, ¿te gustaría tener 37 años?

- Claro que sí -dijo Mike.

- ¿Sid?

- Ya lo creo -replicó Sid.

Cuando la doctora le hizo la misma pregunta a Peggy Lou, la respuesta fue:

- Sí, sí es necesario.

- Bueno, no es obligatorio que lo hagas -le indicó la doctora-. ¿Qué es lo que te hace dudar?

- Esto... -titubeó Peggy Lou-. Me perderé mis programas de televisión.

- Las personas de 37 años de edad también ven la televisión -comentó la doctora, echándose a reír.

- No quiero tener que estudiar todo el tiempo -añadió con aprensión Peggy Lou.

- No, el estudiar todo el tiempo no es bueno para nadie -admitió la doctora-. Pero no tendrás que hacer eso.

Peggy Lou dio su consentimiento.

Luego, la doctora se lo preguntó a Peggy Ann, que contesto:

- Sí, supongo que sí.
- Suenas algo dubitativa -indicó la doctora.
- Bueno, ¿tendré que ir a la iglesia? -quiso saber Peggy Ann.
- No, no tendrás que ir a la iglesia -le dijo con tono tranquilizador la doctora.
- Otras personas mayores lo hacen -afirmó Peggy Ann.
- Sybil es una persona mayor -señaló la doctora-, y no va a la iglesia. Tú tienes ahora 18 años y no vas.
- De acuerdo, de acuerdo -consintió Peggy Ann.

La doctora llamó a cada una de las personalidades. Nancy Lou Ann, Marcia, Vanessa, Clara, Marjorie, Helen y Sybil Ann no tenían objeción alguna.

Sin embargo, Mary protestó:

- ¡Me siento tan cansada!
- Si tuvieras la edad de Sybil -argumentó la doctora-, no estarías tan cansada, y te sentirías mejor porque tendrías ayuda y apoyo de los otros. ¿No te gustaría eso?
- ¿Seguiría usted siendo mi amiga? -preguntó preocupada Mary.
- Puedes apostar el cuello a que sí -le contestó con énfasis la doctora.
- ¿No me dejará? -preguntó Mary.
- No te dejaré -prometió la doctora.
- Muy bien -aceptó finalmente Mary.
- Vicky -preguntó la doctora-, ¿estás dispuesta?
- Me daré la zambullida -declaró Vicky.
- ¿Está todo el mundo preparado? -preguntó la doctora.
- Sí -respondió Vicky-. Estamos dispuestos.
- Ahora, vamos a empezar -anunció con tono decisivo la doctora-. Todos vais a crecer. Y vais a seguir creciendo. Dentro de quince minutos, tendréis 37 años y tres meses... la edad de Sybil.
- 37 años son demasiados años -se quejó Nancy Lou Ann-. Una ya es demasiado vieja para hacer nada.
- No, una no es demasiado vieja para nada -insistió la doctora-. Yo hago muchas cosas, y soy más vieja que todo eso.

Luego, procediendo a llevar a cabo el intento de sugestión como parte de la cura, la doctora Wilbur repitió, mientras su voz adquiría la cadencia del encantamiento hipnótico:

- Estáis haciéndoos más viejos, más viejos, más viejos; estáis creciendo, creciendo, creciendo: 25, 28, 31, 33. En seis minutos, todos tendréis 37 años y tres meses.

Tictaqueaban los segundos. Pasaban los minutos. Esperando, la doctora Wilbur no pudo saber que se produjo un éxtasis repentino que pasó rápido por los sentidos que pertenecían a las quince personalidades de su paciente. En cada vena y fibra de Sybil hubo un algo nuevo y acelerado, a medida que ella y sus otras personalidades pasaban a una nueva fase de su curación. Aun en su sueño hipnótico podía notar una oleada fluctuante, que los llenaba con una nueva fuerza.

La paciente parecía relajada. Finalmente, la doctora proclamó:

- Todos tenéis 37 años y tres meses y jamás seréis más jóvenes. Cuando os despertéis, sabréis que todos tenéis 37 años y tres meses. Todos tendréis la misma edad que los demás.

Entonces, el miedo de la pérdida entró arrastrándose.

- ¿Nos querrá usted, ahora que somos viejos? -preguntó ansiosa Peggy Lou.
- Siempre os querré a todos -fue la respuesta.
- ¿Y será nuestra amiga, como lo fue en el pasado? -preguntó Marcia.

- Seguiré siendo igual de amiga vuestra.
- Las cosas serán bastante distintas -indicó con aprensión Vanessa.
- Siempre que tengáis una diferencia de opinión -señaló la doctora-, podréis discutirla unos con otros, en vuestro interior. No tendréis que pelear.
- O escapar -añadió Peggy Lou.
- Tendréis más cosas en común, y seréis capaces de compartir algunas de las cosas de que disfrutáis -explicó la doctora-. Una de las razones del conflicto y la falta de comunicación entre vosotros ha sido la tremenda diferencia de vuestras edades. Si Marcia se siente deprimida, los demás podréis animarla. Si Sybil Ann se siente decaída, los otros le podrán dar energías.

Marcia preguntó:

- ¿Quiere esto decir que no tenemos que llamarla a usted si nos sentimos mal?
- No -recalcó con gran énfasis la doctora-. No quiere decir eso.

Sabía que el miedo subyacente que Marcia había expresado en nombre de todos era: ¿Seré rechazada, si mejoro? Para aquellos seres perturbados, el final del tratamiento implicaba la pérdida de la doctora, que ya se había convertido en una amiga.

- Ahora vais a despertaros.

La doctora comenzó las cadencias hipnóticas:

- Uno... estiraos. Estáis despertándoos. Dos... estiraos , estiraos, estiraos. Ahora tenéis que despertaros. Tres.

Sybil abrió los ojos. Ella y la doctora se miraron fijamente, mientras los ojos de cada una reflejaban las esperanzas de la otra. Finalmente, la doctora preguntó:

- ¿Cómo te sientes, querida?

- Más tranquila -murmuró Sybil. Luego, añadió:- Tendré más tiempo para usar, y todo el mundo podrá usarlo.

- Así es, exactamente -le contestó con gran expectación la doctora-, Ahora, te irás a casa, y pasarás un buen día. Te veré por la mañana. -Con una seguridad adicional le indicó:- Ahora no hay ninguna niñita por aquí que pueda impedirte llegar a tiempo.

A través de la progresión de edad por hipnosis, la doctora Wilbur había metamorfoseado lo que habían sido fijaciones en el pasado en partes viables del presente. La esperanza era que esto se convirtiese en los fundamentos sobre los que erigir la superestructura de la integración, un camino para abrir los senderos hacia la Sybil original... y poder restaurarla.

También son yo

A la siguiente mañana, el 22 de Abril de 1960, la doctora Wilbur preguntó:

- Sybil, ¿te gustaría conocer a los otros?

- Si usted lo desea -fue la respuesta aquiescente.

- Primero te presentaré a Ruthie -dijo la doctora, cuando Sybil estuvo sumida en un profundo sueño hipnótico-. Hasta hace algunos meses sólo tenía dos años de edad. Cuando te toque el codo derecho, llamaré a Ruthie.

Ruthie fue llamada: silencio. La doctora esperó. Luego, la voz de Sybil dijo, casi con un susurro:

- La veo.

Aquel momento estaba cargado de significado porque era la primera vez que Sybil había tenido una impresión visual de cualquiera de sus otras personalidades, la primera vez que habían existido para ella en su *propia* consciencia. Además, la forma en que Sybil «veía» era similar a cuando Sybil había estado libre de la psicosis; pues Ruthie era divisada no como si flotara en el espacio, ni como la imagen proyectada de una alucinación, sino únicamente con el ojo de la mente.

- ¿La ves? -preguntó la doctora-. Ahora dime: ¿por qué la dejaste atrás?
- Porque tenía ideas propias. No quería hacer lo que yo le decía -era un curioso concepto, una expresión del precipicio abierto entre las directrices de la mente consciente y su ejecución por el inconsciente.
- ¿Qué piensas ahora de eso? -preguntó la doctora.
- No creo que sea correcto -replicó Sybil-, porque las cosas cambian continuamente. Luego, añadió:
- Ruthie tiende sus brazos, y creo que desea que le dé un abrazo.
- ¿Qué es lo que piensas de ella? -la voz de la doctora era muy baja-. ¿Te agrada? ¿Querrías que Ruthie estuviera contigo, ahora?
Hubo una pausa tensa, y luego Sybil dijo:
- Sí, la quiero. Me pertenece.
- Ruthie estará contigo -replicó la doctora, confirmando la conexión.
- La quiero -reiteró Sybil.
- Tiene la misma edad que tú, y puede ayudarte -explicó la doctora.
- Quiero su ayuda -admitió Sybil.
- Y ahora, ¿cómo te sientes? -preguntó la doctora.
Sybil, con poco más que un susurro, admitió:
- ¡Más feliz!
- Ahora, Sybil -continuó la doctora-, los otros están ahí, y tendrás que escoger el próximo a quien quieres conocer.
- Supongo que Vicky -dijo sin dudarle Sybil-. Me ha enseñado algunas cosas, aunque nunca la he visto.
- Sí, nos ha ayudado mucho -explicó la doctora-, contándonos lo que los otros no sabían, o no podían decir.
Luego, Sybil preguntó:
- ¿Es Vicky amiga mía?
Había una firme convicción en la respuesta de la doctora:
- Es muy amiga tuya. Ahora, voy a pedirle a Vicky que venga. Vicky.
- Hola -dijo Vicky.
La introducción de las personalidades dormidas, que ahora compartían conjuntamente el inconsciente, fue simple:
- Vicky -dijo la doctora-, ésta es Sybil.
Silencio, tensión.
- ¿Quiere que seamos amigas? -preguntó Sybil.
La doctora le pasó la pregunta a Vicky, y ésta contestó de buena gana:
- Me gustaría muchísimo.
Y siguió el proceso de conferir la amistad:
- No hay obstáculos. Ahora, vosotras dos, chicas, haceos amigas.
De repente, fluyeron copiosas las lágrimas. Las lágrimas de Sybil. Aquella mujer vacía lloraba ahora ante la idea de tener una amiga en su interior. Sobre las lágrimas llegó la afirmación de la doctora:
- Vicky forma parte de ti -luego, la pregunta-: Sybil ¿por qué dejaste atrás a Vicky?
Sybil insistió mucho en la respuesta:
- No lo hice. Cuando no podía hacer alguna cosa, Vicky la hacía por mí. No la dejé atrás.
Más afirmaciones por parte de la doctora:
- Vicky es una parte de ti que es realmente encantadora.
- Ahora tengo a esas dos amigas -dijo Sybil-. Vinieron hacia mí por su propia voluntad.

Y, después, el reconocimiento, la declaración de aceptación:

- También son yo.

Más silencio. Luego Sybil dijo:

- Querría ir a casa. Eso es lo que querría.

- Muy bien -aceptó la doctora-. Les explicaré a los otros que los conocerás en otro momento. Y no haremos nada más hoy.

- Sí -aceptó Sybil-. Me gustaría conocerlos algo más tarde.

De una manera instintiva, Sybil sabía que el conocer a cada una de las personalidades llevaba consigo el enfrentarse con los conflictos y los traumas contra los que cada una de ellas la defendía. Muy correctamente, Sybil decidió que con conocer a dos personalidades ya había bastante por un día.

- Hazte a un lado, Sybil, y descansa. Quiero darles algunas explicaciones a los otros, y luego podrás ir a casa.

- Peggy Ann -llamó la doctora.

- ¿Sí? -respondió Peggy Ann.

- ¿Comprende todo el mundo el porqué Sybil no desea conocerlos hoy?

Sin dudar, Peggy Ann replicó:

- Claro que sí. Por nosotros, está bien. No tenemos ningún derecho especial sobre Sybil. Hicimos algunas cosas que le causaron daño. Peggy Lou y yo la llevamos a Filadelfia, Elizabeth y otros lugares. Hicimos algunas cosas.

- ¿Lo comprenden los otros? -preguntó la doctora.

- Los chicos se están riendo -le contestó Peggy Ann-. Creen que esto es divertido.

- ¿El qué?

- Todo esto acerca de envejecer y conocer a Sybil. Y me parece raro que los chicos sean ahora hombres. A los 37 años se es un hombre.

- En su caso no -dijo la doctora-. Yo espero que se conviertan en una mujer.

Asombrada, Peggy Ann respondió únicamente con un:

- ¡Oh!

Luego, volviendo al tema original, la doctora Wilbur dijo:

- Esperaremos un poquito, y Sybil se hará a la idea de conocerlos a todos. ¿Os parece bien?

- Nos parece bien -afirmó Peggy Ann.

- Es muy amable por vuestra parte, muy bueno -dijo la doctora-. Cuando os conozca mejor, Sybil comprenderá lo buenos que sois todos.

- Oh, doctora -balbuceó Peggy Ann-. Espero que Sybil no comience a decir «nosotros» en lugar de «yo».

- Ahora -dijo la doctora, cambiando de tema-, voy a tocarte el codo derecho y querré hablar con Sybil.

- ¿Sí? -preguntó Sybil.

- Me gustaría despertarte ya -dijo la doctora-. Cuando estés despierta, sabrás que tú, Vicky y Ruthie estáis juntas, que siempre lo estaréis, y que nunca necesitaréis permanecer aparte. Ahora, vas a despertarte. Uno... estírate; estás despertándote. Dos... estírate, estírate, estírate. Ya puedes despertarte. Tres.

En todos los análisis, los períodos de mejoría tienden a ser seguidos por períodos de regresión; por cada paso dado hacia adelante, se da, por lo menos, un paso hacia atrás. Después de que Sybil hubo establecido una *entente* con Vicky y Ruthie, continuó resistiéndose a conocer a las otras personalidades. En Julio de 1960, un mes después de la *entente*, la reunión con las otras personalidades no se había producido aún. Además, tal como le había dicho bien claro Peggy Lou a la doctora Wilbur, Sybil se sentía de nuevo acosada por los viejos conflictos y, una vez más,

tenía intenciones suicidas.

Ahora ya una mujer, Peggy Lou comenzó la sesión con:

- Me temo que vaya a hacer alguna estupidez. Me preocupa eso.

- ¿Y? -preguntó pensativa la doctora Wilbur.

- Fui una niña durante tanto tiempo que, ahora que soy una mujer, algunas de mis antiguas formas de actuar ya no son apropiadas.

- Yo no me preocuparía por eso -le indicó la doctora-. Por lo que yo sé, lo estás haciendo muy bien. Ahora, me gustaría hacerte una pregunta.

- ¿Cuál?

- Sybil se sintió más feliz cuando conoció a Ruthie y a Vicky. ¿Qué ha pasado con esa felicidad?

- Todos los viejos sentimientos han regresado -replicó con gran convencimiento Peggy Lou-. Pensé que esto ya no iba a volver a pasar.

- Me llamó -le explicó la doctora.

- Lo sé.

- Nunca sé, realmente, si ir o no cuando llama -le explicó la doctora-. A veces creo que tiene sensación de culpa por hacerme ir.

- Así es -confirmó Peggy Lou.

- No quiero minar sus sentimientos acerca de sí misma, igual que no quiero minar los vuestros acerca de vosotros mismos. ¿Han regresado los viejos deseos suicidas?

- Con mayor fuerza que antes -contestó preocupada Peggy-. Sus temores la impulsan hacia el suicidio. Los miedos más grandes que tiene ahora son el enfrentarse con la religión y los estudios. Trató de decírselo a usted ayer, pero no pudo.

Esos temores eran tan fuertes, que llevaban a la regresión, incluso después de la *entente* con Vicky y Ruthie.

- Sybil cree que tiene mucho con lo que enfrentarse -explicó Peggy Lou-. Oí que Vicky le decía a Sybil: «Bueno, enfréntate con cada día a medida que llega.» Pero Sybil teme que las cosas se pongan como en los momentos de mayor tensión.

- ¿Qué es lo que hay en la religión que aterroriza tanto a Sybil, sobre todo teniendo en cuenta que Mary aún la está defendiendo contra los conflictos religiosos más serios?

- Es un terrible temor de encontrarse con que no hay nada cierto en ella -replicó pensativa Peggy Lou.

- ¿Puede temer el averiguar que no desea continuar en su confesión? -le preguntó la doctora.

- Temería eso -afirmó Peggy Lou-, si se le ocurriese.

- ¿La aterrorizaría eso? -inquirió la doctora.

- Hay una razón para que tenga miedo -explicó Peggy Lou.

- ¿Cuál?

- Bueno, mire -continuó Peggy Lou-. Cree en Dios y que los Mandamientos son verdaderos. Estos dicen: «No matarás.» Eso hace que no esté bien que se suicide. Su vida no es realmente suya.

- ¿Y?

- Y eso es una inhibición, la única cosa que bloquea el camino de la autodestrucción. Si eso fuera eliminado... bueno, no sé, doctora, le aseguro que no lo sé.

- ¿No hay otras cosas que le impidan hacerlo?

- Hay varias cosas -contestó Peggy Lou muy convencida-. Nosotros somos una razón. Mire, ahora hemos llegado a agradarle, y ahora siente una responsabilidad hacia nosotros, y no desea destruirnos.

Peggy Lou siempre había ejercido fuertes presiones para lograr que Sybil viviese. Pero ahora, lo hacía de una nueva manera. Además, lo hacía de acuerdo con las otras

personalidades. Ahora, la fuerza vital residía menos en la acción de los otros que en la nueva reacción de Sybil hacia ellos.

- Así que -prosiguió Peggy Lou-, se acumulan las evidencias. Sybil teme matarse a causa de Dios, a causa de nosotros, y también a causa de usted. No quiere hacerle daño a usted. No puede hacerle daño a usted, y no puede hacer lo que Dios no quiere que haga. Pero mire, si llegase a averiguar que Dios no existe, desaparecería una de las ataduras. No teme al castigo en sí. A veces piensa que debe acabar rápidamente... que uno no puede arder por toda una eternidad. Pero tiene miedo de averiguar que Dios no existe, y que no hay nadie que la detenga excepto usted y nosotros.

- Bien -preguntó la doctora Wilbur-, ¿dirías entonces que desea creer en Dios y los Mandamientos?

- Bueno -contestó Peggy Lou-, Sybil cree en algunas cosas que usted pensaría que son tontas. Lo cierto es que tiene miedo de averiguar que es *ella* quien cree que son tontas. Si pensase eso, todo se hundiría.

- Entonces -preguntó la doctora-, ¿es ésa la causa de que tema hablar sobre religión?

- Y cuando las cosas iban mal, acostumbraba a pedirle a Dios que la ayudase, y creía que Él lo hacía -prosiguió Peggy Lou-. Lo creía.

- Sí.

- Y, sin embargo, las cosas iban mal -continuó Peggy Lou escéptica-, incluso cuando estaba haciendo eso. Pero siempre pensó que había una explicación. Lo había razonado todo. Usted fue quien le complicó las cosas, y ahora, desea desenredar la maraña. Sabe que no puede llegar a parte alguna, a menos que lo haga. Y lo único que yo puedo decir es que ella tiene que decidirse acerca de lo que cree. No sé lo que piensan los otros. Están aquí, sin decir nada.

- Entonces, Peggy, ¿querrías tú y los otros que aún puedan operar aisladamente de Sybil unirse a mí para hacer posible que ella vaya adelante, y acabe de resolver las cosas?

- Bueno, la verdad es que sí -replicó con gran énfasis Peggy Lou.

La nueva Peggy Lou era objetiva hacia Sybil, y estaba a su favor.

El bochornoso verano de 1960 trajo sin pausa altas temperaturas a la ciudad de Nueva York. Mientras la nación se disponía a ser espectadora de la campaña de Kennedy-Nixon, el caso Dorsett reverberaba con un cataclismo privado.

El ceño de la doctora Wilbur estaba fruncido por el asombro. Sybil había sido hipnotizada, y Peggy Lou, llamada. Esperando el corto «Hola» de Peggy Lou, la doctora escuchó en cambio: «Me llamo Sybil.»

La voz no era muy diferente a la de Peggy Lou, pero el mensaje le resultaba incomprensible: «¿Me llamo Sybil?»

Fijando su mirada en la dormida paciente, la doctora dijo con suavidad:

- Pero yo he llamado a Peggy Lou.

- No lo comprende, doctora. Soy Peggy Lou, y la he oído. También soy Sybil. Y Vicky, también.

¿Un conglomerado? ¿Cómo era aquello? Hasta el momento, sólo había creado una unión íntima entre Sybil, Ruthie y Vicky. Peggy Lou era una de las personalidades que aún no estaban identificadas con Sybil. Y, sin embargo, sin que mediasen presentaciones y por su propia voluntad, Peggy Lou se había introducido en el pequeño círculo interno: «Soy Peggy Lou, y la he oído. También soy Sybil. Y Vicky, también.»

La doctora llamó de nuevo a Peggy Lou.

- La oímos -fue la respuesta-. Y su sorpresa no nos asombra. Ya se acostumbrará a nosotras. Esto es en lo que nos hemos convertido.

- Vicky -llamó la doctora.
- Somos Vicky.
- Sybil -dijo la doctora.
- Somos Sybil.

Peggy Lou, Vicky y Sybil habían hablado todas ellas con una sola voz.

- De acuerdo -dijo entonces la doctora-. Es ya hora de despertarte. Cuando lo hagas, te sentirás relajada. No tratarás de resolver ningún problema. Los otros que no son parte tuya me han dicho, sin que se lo preguntase, que están contigo y que van a ayudarte. Te hallarás algo más segura de ti misma, algo más confiada. Te dedicarás a tus cosas, sin miedo.

La paciente se despertó.

- ¿Sybil? -preguntó la doctora.
- Sí -fue la respuesta.
- ¿Sólo Sybil? -insistió la doctora.
- ¿Por qué me pregunta eso? -inquirió Sybil-. ¿Quién más debería ser? Soy sólo yo, y no estoy dispuesta a darle la mano a toda esa otra gente.
- ¿Cómo te sientes, querida? -preguntó la doctora.
- Me siento mejor.
- ¿Estás un poco menos atemorizada? -prosiguió la doctora.
- Creo que sí.
- ¿Crees que podrás hacer hoy lo que deseas hacer?
- Esta tarde, trataré de hacer ojales -replicó Sybil.
- Va a ser un buen día para todos vosotros -predijo la doctora Wilbur.
- Soy sólo yo -insistió Sybil.
- Todos vosotros sois sólo tú -repuso con aire profético la doctora.

Sin embargo, la profecía no mostraba ningún optimismo acerca de cuándo se iba a realizar la integración. Lo que había sucedido en aquella sesión era espontáneo y espectacular, pero la doctora no podía estar segura de su verdadero significado. Obviamente, Peggy Lou se había unido a la Sybil dormida, a Vicky y a Ruthie, no a través de la ayuda de hipnosis, sino espontáneamente. La doctora no había dicho: «Peggy Lou, quiero que conozcas a Sybil.» Había sido la misma Peggy Lou quien había dicho: «Soy Sybil y también Vicky.» Dado que la unión espontánea se había producido durante el estado hipnótico, dicha unión era con la Sybil dormida, y no con la Sybil despierta. La doctora creía que el mejor camino posible a tomar era esperar y ver qué sucedía con aquella integración espontánea.

Mientras tanto, entre Julio de 1960 y principios de Enero de 1962 prosiguió el análisis, fueron resueltos traumas, y comenzó a ser eliminado, poco a poco, el gigantesco residuo del pasado.

Sin embargo, aquellos dos años y medio fueron un período de vigilante espera para ver si llegaba una ruptura importante en el muro que impedía que Sybil llegase a ser *una* persona.

El odio cura

Un día de primeros de Enero de 1962, mientras Sybil y la doctora Wilbur iban en coche a lo largo de la autopista del lado Oeste en una de sus, ahora frecuentes, visitas fuera de la oficina, Sybil se mostraba inquieta y hosca. Habitualmente, disfrutaba de los momentos no profesionales con la doctora, pero en aquel día nublado, su depresión superaba al entusiasmo.

- Estás decaída -aventuró la doctora-, porque estás irritada, y has vuelto tu ira contra ti misma. Probablemente se debe a tu madre.

- Eso no me hace sentir mejor -replicó con tono defensivo. Volviéndose hacia la ventanilla, dejó bien claro que el asunto quedaba cerrado.

Las manos de la doctora estaban en el volante; sus ojos enfocados en el tráfico, pero sus pensamientos en el impenetrable vacío que aún separaba, claramente, a la Sybil consciente de la inconsciente. Prácticamente todas las otras personalidades, que representaban el inconsciente, habían declarado vigorosamente su odio a Hattie Dorsett, un odio que Sybil también había expresado con su sueño de la gata madre. Sin embargo, ni las reacciones de sus otras personalidades ni su comportamiento en el sueño se habían filtrado al conocimiento consciente de Sybil.

Ahora, cuando había quedado visible el abismo entre la verdad interna y el darse cuenta exterior era el momento exacto, decidió la doctora Wilbur, en que tenía que realizar un asalto contra la fortaleza que oprimía la libertad de Sybil de ser sólo una.

- Sybil -dijo la doctora, colocando su mano en el hombro de ésta.

- ¿Sí? -replicó dubitativo Sybil.

- ¿Te importaría -preguntó la doctora-, que te hipnotizase para llegar a la fuente de tu depresión?

- ¿Aquí? -preguntó incrédula Sybil.

- Aquí -fue la respuesta llena de decisión.

Contra el fondo de bocinazos y de coches yendo a marcha lenta, surgió el canturreo hipnótico. A medida que la consciencia desaparecía y Sybil vagaba hacia el sueño, clavó sus uñas en el tapizado del coche y murmuró:

- Cuando alguien es tu madre, se supone que debes amarla y honrarla.

- No cuando no se gana tu amor ni te da razón alguna para honrarla -dijo la doctora.

- Deseaba complacerla porque era mi madre -explicó Sybil con una voz tensa y muy baja-. Pero jamás podía. Decía que yo era rara. Cuando pienso en ella, me atraganto, y me entran ganas de llorar. Me ataba. Me hacía un daño terrible. Siempre me hacía cosas... cosas repugnantes.

La voz de Sybil se quebraba, su cuerpo se estremecía.

- ¿Sybil? -preguntó con suavidad la doctora.

- Me hacía un lío -fue la réplica-. Jamás comprendí nada. Me lo metía dentro. Era una tira negra con un agujero redondo en ella. Ahora lo veo.

Silencio. Un gemido casi inaudible de sufrimiento. La doctora Wilbur contuvo la respiración. Sabía que ahora Sybil, como un cirujano que apunta el bisturí hacia la lesión crucial, estaba al borde de una revelación traumática. La voz de ésta se alzó:

- Me dije que amaba a mi madre, y que sólo hacía ver que la odiaba. Pero esto no era una solución.

Se rompió la voz de Sybil. Había pasado la crisis. Luego prosiguió:

- En realidad la odiaba... desde que tengo memoria.

Unos avasalladores sentimientos de odio inundaron a Sybil:

- La odio -jadeó-. Siempre que me hacía daño, me imaginaba que le echaba las manos al cuello. Aunque no sólo pensaba en matarla de esa manera. Le clavaba un cuchillo. Muchas veces deseaba clavarle un cuchillo. Hacía figuras de ella y las pinchaba con clavos. Nunca lo hice en casa. A veces lo hacía en la escuela, a veces en la ferretería. Pero quería matarla. Lo deseaba. Cuando murió, por un momento creía que la había asesinado yo. ¡Hacía tanto tiempo que lo deseaba! Quería matar a mi madre.

En aquel momento, la doctora Wilbur pudo ver que el paroxismo del odio, vertido del inconsciente, estaba invadiendo el consciente. El movimiento interno catapultó a Sybil hacia adelante. La doctora Wilbur la atrapó antes de que pudiera darse contra el tablero, pero no pudo -y quizá no lo hubiera hecho aunque hubiera podido-interrumpir el torrente de odio. Fue una serie de cortas erupciones, de creciente violencia:

- La odio. Odio a esa perra. Quiero matar a mi madre. Aunque sea mi madre, quiero verla muerta. ¡La odio!, ¿me oye? ¡LA ODIO!

Los puños de Sybil martillaron el tablero. Volviéndose hacia su propio interior, Sybil había reclamado la ira que le había sido negada desde aquel momento en el Hospital de St. Mary, cuando la Sybil original había dejado de existir.

Hubo silencio en el coche, pero del exterior llegó el sonido de las bocinas, y el ruido de un auto patinando a causa del reventón de un neumático. Apenas si dándose cuenta de lo que ocurría en el exterior, la doctora Wilbur supo que la raíz del trauma que había ocasionado la proliferación original en personalidades múltiples había sido arrancada. La doctora se decidió a despertar a Sybil.

- Me parece que no tengo demasiada buena opinión de mi madre -fue el comentario inmediato de Sybil.

Asombrada porque su paciente hubiera recordado algo, la doctora Wilbur contraatacó:

- Por el contrario... pensabas demasiado bien de ella. Y deseabas con desesperación que te amase.

Sonriendo con amargura, Sybil replicó:

- Desear matar a la madre de uno no es precisamente una demostración de cariño.

Aún más asombrada que antes porque recordase tanto de lo que habían hablado bajo hipnosis, la doctora supo que habían llegado a un punto crucial del análisis. No sólo recordaba Sybil lo que había dicho estando hipnotizada, sino que también recordaba y aceptaba como suyo el «asesinato» en efígie de Hattie Dorsett realizado por Mike. Esos dos acontecimientos, suplementando la admisión fundamental de su odio por Hattie, tan necesaria para la recuperación, habían representado unos pasos vitales hacia la integración.

Ahora, por primera vez desde que tenía tres años y medio de edad, Sybil podía irritarse. Por consiguiente, disminuía la necesidad que tenía de las personalidades que se enfrentaban con la ira, y estas personalidades quedaban ahora parcialmente integradas en Sybil. También ahora que el deseo de asesinar a su madre sentido por Marcia se había convertido en deseo de Sybil, era posible que Marcia y Sybil se acercasen. Pero lo más notable de todo era que, en cuanto le fue devuelta a Sybil la capacidad de irritarse, quedaron expeditos los caminos para otras emociones. El mismo acto de expresar su ira contra Hattie Dorsett había transformado a Sybil en una mujer que ya no estaba desprovista de emociones. Sybil había comenzado a apartarse de su vacuidad, dirigiéndose hacia la unidad.

Hattie Dorsett, que no había muerto realmente hasta que Sybil la mató con su odio en la autopista del lado Oeste, ya no era el principal obstáculo al retorno de Sybil a la salud.

La liberación de Sybil fue casi inmediata. Se reveló en una forma dramática varias semanas después, durante una visita a su padre en Detroit. Estaba sentada en el sofá del solarío, cuando Willard se unió a ella. Al principio, sólo reminiscente, medio esperó que se refugiara tras *el Architectural Forum*. Cuando, en lugar de eso, se sentó junto a ella, ansioso por hablar y aparentemente receptivo hacia lo que ella fuera a decir, por primera vez no sintió inhibición alguna que le impidiese hablar con él.

- Cuando tenía seis años y tú tuviste neuritis -se oyó a sí misma decir en una oleada de recuerdos, poco después de que se hubiera iniciado la conversación-, me dejaste que me acercase a ti por primera vez.

Hubo una convulsión involuntaria en el rostro de Willard, cuando replicaba con voz suave:

- No me di cuenta de que ocurriese eso.

- Cuando nos fuimos al campo aquel verano -continuó ella inexorablemente-, se intensificó nuestra unión. Pero cuando regresamos de allí, y tú volviste a tu trabajo y yo comencé a ir a la escuela, de nuevo fuimos unos extraños.

Ruborizado y a la defensiva, Willard Dorsett contestó:

- Te lo di todo: una buena casa, buenas ropas, juguetes. Incluso lecciones de guitarra. Hice estas cosas porque me preocupaba de ti.

- Papá -Sybil hizo una pausa para sopesar sus palabras. Luego, llevada por la emotividad que tan recientemente le había sido devuelta, se zambulló-: Me diste una guitarra cuando sabías que yo quería un violín. ¿No te das cuenta ahora de que estabas trabajando en el vacío? ¿Que jamás te preocupaste de comunicarte conmigo? Willard se enderezó con un movimiento abrupto y rápido.

- Me di cuenta -dijo-, de que las lecciones de guitarra te ponían nerviosa, pero realmente no supe por qué.

Hizo una pausa, reflexionando.

- Ahora veo muchas cosas de forma diferente. Siempre deseé hacer lo adecuado para ti, pero no supe cómo.

Dándose muy buena cuenta de su proximidad, y asombrada porque no hubiera tratado de hacerla sentirse culpable por haberse mostrado directa con él, por primera vez en su vida, Sybil decidió airear lo que había estado hundido en lo más profundo.

- Papá -dijo-, hay cosas que me sucedieron cuando era muy pequeña...

Willard Dorsett cerró los ojos para detener el torrente de los recuerdos de su hija, que ahora fluía peligrosamente cercano a la culpa que, cinco años antes, en la oficina de la doctora Wilbur, él había aceptado como suya propia.

- Papá, ¿te encuentras bien? -preguntó ansiosa Sybil.

Abriendo los ojos, alzó la mano en un gesto de súplica, diciendo:

- Sybil, no digas más. Ahora, ya soy un hombre viejo. Ahórrame ese trago por mi edad, si no por otro motivo.

- Cuando yo era muy pequeña, papá -persistió Sybil, a pesar de la súplica-, pasaron cosas horribles. Tú no las impediste.

- El silo de trigo. El abotonador -murmuró Willard. Luego, miró directamente a su hija, implorando-. Perdóname.

Esta vez fue Sybil la que se puso en pie, caminando de un lado a otro. ¿Perdonar los años perdidos, el tiempo ausente? La ira surgida hacía tan poco en ella impedía este perdón.

- Dejemos que el pasado permanezca enterrado -fue lo más cerca que pudo llegar de una conciliación. Estaba dispuesta a olvidar, no en el viejo sentido de retirarse de lo que no podía soportar, sino en la forma totalmente nueva para ella de no sacar al tapete lo que había sucedido hacía tanto.

Pasó el momento, y varió el estado de ánimo externo. Willard y Sybil comenzaron a hablar de cosas menos dolorosas y de los placeres que le esperaban a ella durante la visita. Pero antes de que Frieda llamase para decir que la comida estaba servida, Willard Dorsett habló por primera vez a su hija acerca de sus fugas.

- Si te diera más dinero -preguntó-, ¿acabarían esas fugas?

- El dinero siempre ayuda -dijo simplemente Sybil-. Pero tras treinta y seis años de tener fugas, la respuesta directa no está en más dinero.

Luego, añadió:

- Pero se están haciendo menos frecuentes. Estoy mejorando.

- Ya que estamos hablando de dinero, Sybil -prosiguió Willard-, quiero que sepas que si algo me sucede, no quedarás desamparada. El nuevo duplex que estoy edificando será tuyo.

- Gracias papá -dijo Sybil, medio atreviéndose a confiar en la preocupación por ella,

que al fin había sido expresada.

En aquel momento Willard hizo una curiosa pregunta:

- Dime, Sybil, ¿quiénes son esas personas con quienes hablas y crees conocer?

Asombrada, estudió al hombre que durante tantos años había vivido bajo el mismo techo que las Peggys, Vicky, Marcia, Vanessa, Mary y los otros.

- Papá -dijo Sybil-, no comprendiste bien lo que te dijo la doctora Wilbur acerca de esa otra gente. No hablo con ellos ni creo que los conozco. No sabía de su existencia hasta que la doctora Wilbur me habló de ellos. Sólo ahora estoy empezando a conocerlos, empezando a hablar con ellos.

Esta declaración era demasiado para Willard, que no pudo absorberla. Buscándole un significado, logró decir:

- Hay muchas cosas acerca de ti, Sybil, que no puedo comprender.

Aún profundamente perplejo la llevó al comedor para ir a tomar lo que Frieda había preparado.

Aquella noche, en la habitación de los invitados de la casa de su padre, Sybil soñó en el solario de la casa de los Dorsett en Willow Corners. Hattie estaba muerta, y Sybil había ido expresamente a visitar a su padre. La única cama de la casa: el familiar y enorme lecho de hierro blanco en el que habían dormido sus padres, estaba ahora colocado en el solario. Dado que Sybil tenía que dormir en algún sitio y aquella era la única cama de la casa, dormía en un lado de la misma. Su padre dormía en el otro. Despertándose de repente, vio el rostro de un hombre en la ventana. Se movieron los labios. El extraño le estaba diciendo a alguien que no podía ser visto: «Se están apareando.»

- No muevas la cabeza, papá -dijo en voz alta Sybil, despertándolo-. Hay un hombre que mira por la ventana. Piensa que dormimos juntos.

- Entonces, observando que el acusador de la ventana tenía una cámara, se tapó los ojos con el brazo, para evitar ser reconocida en la fotografía.- Papá -suplicó-, tráeme un vaso de leche caliente, para que pueda dormir mejor.

Mientras su padre cumplía con su deseo, en silencio, estudió el rostro de su acusador, para hacer un dibujo detallado del mismo que entregar a la policía. Le preocupaba el que el acusador de la ventana tuviera el cabello rubio.

Cuidadosamente, tendiendo los brazos por entre los barrotes de la cabecera de la cama, tanteó buscando el teléfono que había en el suelo.

- Operadora -dijo-, póngame con la policía.

Oyó que una voz le respondía:

- Ya se han ido a dormir.

- Entonces, haga el favor de probar con la policía municipal -persistió Sybil.

- Se han ido a dormir -repitió la voz, con tono sepulcral.

- Pero necesito ayuda -exclamó Sybil-. Hay un hombre en mi ventana.

- ¿Tiene su padre un seguro? -interrogó la voz.

- ¿Qué es lo que tiene eso que ver? -gritó Sybil.

- Llamaré a su agente de seguros, señora -replicó obsequiosa la voz-, si tiene usted su número...

De repente, Sybil se halló asiendo un puñado de pequeñas tarjetas de visita de compañías de seguros. Mientras buscaba un nombre, se dio cuenta de que las letras eran demasiado pequeñas para poder leerlas.

- Número, por favor; número, por favor -le golpeaba la voz.

- No puedo leer los números -protestó ella, inerme-. Las tarjetas se me escapan de entre los dedos.

Sus manos trataban, en vano, de controlar las tarjetas, que se iban barajando con movimiento propio.

- Cuelgue ya, por favor -dijo finalmente la voz de la operadora.

- Por favor -suplicó Sybil-. Alguien tiene que ayudarme.

El demoledor silencio que siguió le dijo la verdad, una verdad con la que jamás antes se había podido enfrentar: que nadie iba a hacer nada contra el acusador de la ventana, ni a ayudarla en ninguna otra cuestión.

Tres meses más tarde, una carta de Frieda Dorsett fechada el 12 de Abril de 1962, llegó a la oficina de la doctora Wilbur. Decía:

El doctor de mi esposo me llamó este mediodía y me dijo que el padre de Sybil no va a durar ya mucho. Como le escribí con anterioridad, el señor Dorsett sufre de un cáncer incurable.

El doctor sugirió que le escribiese a usted y que estaría encantado de hablar con usted y explicarle la situación si le telefonea. Le incluyo su tarjeta.

Ni Sybil ni su padre mencionaron si ella planea venir a casa a verle. Yo no he sugerido nada, porque no sé si puede pasárselas sin usted. Me parece que no se dan cuenta de la gravedad de su enfermedad. El señor Dorsett no deja de decir que se encontrará mejor en uno o dos días. Los doctores le han dado los suficientes medicamentos como para matarle el dolor, pero también le han quitado la razón.

Hace una semana que no pregunta por las cartas de Sybil, y siempre tuvieron una gran importancia para él. La última vez que traté de leerle una, me hizo callar.

Me alegrará que Sybil venga a casa, si puedo cuidarme de ella, pero francamente eso me ha preocupado desde hace mucho tiempo. Ya sabe que tengo que trabajar y no puedo quedarme con ella durante todo el día.

Me gustaría que me dijera si tiene usted alguna sugerencia que hacer.

Dos semanas más tarde, la doctora Wilbur informó a Sybil de la muerte de Willard. Sybil recibió sin alterarse la noticia, pero no Mary, que había amado sin reservas a su padre. Sybil no quería ir al funeral, y fue la decisión de Sybil la que prevaleció. Sin embargo, la noche del funeral, Sybil soñó que estaba en una fiesta en la que la doctora Wilbur le decía que su padre estaba muerto. «No lo está. No lo está», oyó su propia protesta. Luego, corriendo al solarío, lo encontró vivo y en la cama, con gente en pie a su alrededor. Se echó en la cama, junto a él, aún protestando: «No está muerto. No está muerto.»

Pero Willard estaba realmente muerto para Sybil en una forma mucho más devastadora de lo que jamás pudiera haber pensado. La noticia que les comunicó Frieda de que Willard había dejado a su hija sin un solo centavo, enfrentó a Sybil con la terrible verdad, a la que ya la habían preparado sus sueños.

- Mira, Sybil -le dijo la doctora Wilbur, tratando de consolarla-. Siempre tuviste un gran complejo de Electra con tu padre, pero también siempre lo odiaste. La Sybil original odiaba tanto a su madre como a su padre.

El odio era amortiguado por la ironía de las palabras de su padre, que ahora regresaban para burlarse de ella: «Si algo me sucede, no quedarás desamparada.»

¿Desamparada? Terminada ahora la asignación de su padre y sin herencia, Sybil apenas si podía sobrevivir. Afortunadamente, tenía su título de arte y había dejado de acudir a las clases premédicas, por lo que no tenía que pagar matrículas. Además, el análisis seguiría sin ser pagado... era una inversión de la doctora Wilbur, esperando lograr la integración de Sybil. Sin embargo, en lo que a Sybil se refería, aquél era un préstamo que debería ser pagado. En cuanto al alquiler, a la comida, a la ropa y a

otras necesidades, Sybil dependía de los regalos de sus amigos. Esos regalos también los consideraba como préstamos. Además, estaban sus pequeñas ganancias debidas a las clases que daba intermitentemente y a la venta de cuadros (ya no trabajaba en el Hospital de Westchester). Y también había tenido el trabajo temporal en la lavandería, al que le había llevado Vanessa.

Mientras tanto, el análisis impulsado por la fuerza de la ira que Sybil podía sentir ahora, daba pasos notorios. Vicky estaba logrando juntar las diversas personalidades hablándoles del pasado y el presente de la Sybil Dorsett total.

- La pandilla -le dijo Vicky a la doctora Wilbur.-, se mueve en un ambiente muy amistoso.

Ya no había dos Peggys, sino que se había regresado a Peggy Louisiana. Además, la unión Peggys aceptaba con buen humor la perspectiva de fusionarse con Sybil. Una mañana de Mayo de 1962, llevando puesta una trinchera y mirando por el rabillo del ojo, Peggy entró en la oficina de la doctora, miró bajo sillas y mesas, y finalmente anunció con tono pontifical:

- Debemos llegar al fondo de esos traumas. Se necesita un buen trabajo detectivesco, doctora Wilbur... es decir, doctor Watson.

- Bueno, señor Holmes -le siguió la corriente la doctora-. ¿Qué es lo que vamos a descubrir hoy?

Peggy le contestó:

- Las piezas, doctor Watson, todas las piezas que nos resolverán este caso inusitado. Durante tres días sucesivos, Peggy continuó representando el papel de Sherlock Holmes, mientras cooperaba en la tarea de desenterrar y erradicar los traumas del pasado.

De pronto, repentinamente, justo cuando la doctora Wilbur estaba comenzando a creer en la posibilidad de una integración inmediata, Mary cayó en una profunda depresión.

Sentada en la oficina de la doctora a principios de Junio de 1962, Mary se hallaba tan deprimida que no podía hablar. Al día siguiente ninguna de las personalidades se presentó a la cita. Cuando la doctora Wilbur llamó al apartamento, no hubo respuesta. Cuando finalmente logró ir al mismo, encontró a Mary bajo el tocador, negándose a salir. Logrando finalmente sacarla, la doctora la metió en la cama. Al siguiente día, cuando de nuevo nadie acudió a la cita, la doctora regresó al apartamento, a repetir la escena. Hubo muchas de estas escenas. En una ocasión, Mary resopló:

- Estoy aquí.

- ¿Dónde?

- En un lugar de piedra sin puertas, sin ventanas, paredes curvas y abierta por encima -replicó Mary-. No hay forma alguna en que pueda llegar a la abertura de allá arriba. No hay salida. Estoy atrapada dentro de estas paredes.

Al principio, la doctora Wilbur pensaba que las paredes simbolizaban el deseo frustrado de Mary de llegar a tener una casa propia.

- ¿Qué lugar es ése, Mary? -preguntó la doctora.

- Tiene la forma de un iglú -respondió Mary.

Recordando las anteriores discusiones sobre la religión con Mary, en las que ésta había hablado de estar atrapada «dentro de estas paredes», la doctora preguntó:

- ¿Podría ser ese iglú la Iglesia?

- No sé. No sé -sollozó Mary.

Cuando resultó evidente que la religión era el iglú aprisionador y que ese iglú había formado un cuello de botella en el progreso del análisis, la doctora Wilbur tuvo que

derribar el edificio, piedra tras piedra tras resistente piedra. Esto representaba analizar de nuevo el problema religioso subyacente. Cuanto más se concentraba en la religión, más deprimida se sentía Mary. Y cuanto mayor era la depresión de Mary, más deprimido (y más suicida) se tornaba el ser total. Marcia deseaba saltar al río Hudson. Esta vez Vicky, que había protegido a Sybil en la ocasión anterior, le dijo a la doctora Wilbur:

- Marcia quiere tirarse al río, y me parece que voy a dejar que lo haga.

- Espera hasta que llegue ahí -urgió la doctora Wilbur. Y aunque Vicky había respondido al contagio de la intensamente persuasiva depresión de Mary, esperó.

La pesadilla suicida continuó mientras Mary explicaba:

- Aunque una pueda arder por toda una eternidad, sólo le debe doler un tiempo. -O bien:- No me importa si no voy al cielo. La única razón por la que me gustaría ir allí, es por estar con mi abuela, y si mi madre está allí, de todos modos me impedirá reunirme con la abuela.

Luego, llorando, Mary hablaba de lo que ella llamaba «mi amarga infancia» y de las paredes desnudas de la iglesia de Willow Corners.

Peggy protestó:

- Queremos hacer cosas, pero Mary nos lo dificulta.

Era paradójico que, con la liberación de Sybil de su madre, que había tenido lugar en la autopista del lado Oeste, siguiera habiendo un deseo de suicidarse tan fuerte entre alguna de las otras personalidades. La doctora Wilbur había considerado siempre los deseos de suicidio de Sybil como una expresión del odio por su madre, que se volvía contra ella misma. Sin embargo, la doctora hipotetizó que la liberación de Sybil no había afectado a Marcia, que siempre había llevado el peso de aquel deseo y que al mismo tiempo sentía, tal como Vicky lo había explicado, la mayor necesidad de tener a su madre.

Por su parte, Mary no había sido afectada profundamente por la liberación de su madre lograda por Sybil, pues aquél no era uno de los principales problemas de Mary. Los mayores problemas de esta personalidad estaban relacionados con la abuela Dorsett, su padre y la religión fundamentalista que había modelado sus vidas. Durante el tiempo que Mary había aceptado la simple fe de su abuela de que había que vivir una vida ejemplar, estuvo serena. Sin embargo, cuando había permitido ser desbordada por la iglesia y la teología que a su abuela no le importaban, pero que eran abrazadas por su padre y el abuelo Dorsett, había llevado el peso del acoso religioso que, en alguna medida, compartían la mayor parte de las personalidades, incluyendo a Sybil. Para Mary no habría resolución ni disminución de sus inclinaciones suicidas hasta que se viera libre de su conflicto religioso.

Los años entre 1962 y 1965 quedaron desgarrados por el conflicto. Año tras año, Mary permaneció atrapada en su iglú; año tras año se produjo la lucha entre la supervivencia y el suicidio, entre mejorar y seguir enferma.

- Todas tememos ponernos bien -le confió Marcia a la doctora Wilbur. Pero también había otro miedo. Un miedo sutil, indefinible, existencial; un miedo que Mike y Sid habían expresado anteriormente cuando habían preguntado:

- ¿Van a matarnos?

«¿Voy a morir?», le preguntaba a la doctora Wilbur cada una de las personalidades. Para algunas de éstas, la integración parecía sinónimo de muerte. La seguridad de la doctora de que, aunque se unificasen con Sybil, las personalidades individuales no dejarían de existir, sólo les convencía en parte.

- Hay tantas cosas que tengo que hacer -le dijo Vanessa a Marcia-. Mira, no seguiré viva mucho tiempo.

Incluso Sybil, comprendiendo mal lo que la doctora Wilbur quería decir al afirmar que Vicky poseía más parte de la Sybil original que la misma Sybil, comentó con gran vehemencia:

- No quiero morir y dejar mi puesto a esa bocazas.

Entonces, surgieron dos acontecimientos nuevos que aún hicieron alejarse más la tierra prometida.

La doctora Wilbur había pensado que Mike y Sid habrían sido integrados poco después de la progresión de edad hasta los 37 años. Le había parecido teóricamente imposible que «hombres» de 37 años hallasen sostén en el cuerpo de una mujer. Le había parecido probable que se conformasen en ser la parte masculina que existe en toda mujer. Pero un día de 1964 se oyó un eco:

- Soy Mike, y quiero hablar con usted, doctora Wilbur.

- Hola, Mike -contestó la doctora. Bueno, razonó, jamás antes había tratado una personalidad múltiple, así que realmente no sabía qué esperar. ¿Por qué iba a estar sorprendida?

- Quiero saber algo -preguntó beligerante Mike.

- ¿El qué?

- ¿Hasta cuándo va a durar esta farsa de integrarnos a Sid y a mí con todas esas mujeres?

- Pero si ya te expliqué hace mucho -le recordó la doctora Wilbur a su paciente-, que vives en el cuerpo de una mujer, y tienes que aceptar ese hecho.

- Entonces, ¿por qué nos convirtió en hombres? Eso fue como un acto divino. ¿No le preocupa?

Mike estaba acorralando a la doctora en la forma en que algunas de las personalidades se quejaban que ella los acorralaba.

- No os hice a Sid y a ti hombres -replicó finalmente-. Así como jamás fuisteis chicos, ahora tampoco sois hombres.

Luego, añadió con voz suave:

- Seguí sin tener penes.

- Eso es una mentira -replicó airado Mike-. Una mentira asquerosa. Como todo lo demás, el pene existe en la mente de su poseedor. Mi pene existe en mi mente. Soy un hombre tal como los demás hombres. -Miró fijamente a la doctora, y añadió:- No voy a ser parte de una mujer. Y tampoco Sid.

- ¿Dónde está Sid? -la doctora trataba de ganar tiempo.

- Aquí mismo -contestó Sid-. Vine con Mike. Él habló por los dos. Ahora que nuestro padre está muerto, somos los hombres de la familia, y ninguna mujer doctora va a interponerse en nuestro camino.

- Sid -preguntó la doctora-, ¿qué es lo que os he hecho para que me habléis de esta manera? Pensé que éramos amigos.

- Entonces, actúe como una amiga -le respondió Mike-. Dénos la libertad de ser lo que somos.

- Eso es lo que estoy tratando de hacer -protestó la doctora Wilbur.

- No trate de engañarnos con dobles sentidos -espetó Sid-. El integrarnos con esa banda de mujeres no es libertad. Es una atadura.

- Ya hemos sido rehenes de ellas durante bastante tiempo -añadió Mike, hoscamente-. Ha llegado la hora de nuestra liberación. Lo quiera usted o no, no vamos a ser parte de una mujer. Seremos hombres por propio derecho.

- Sois lo que sois -dijo la doctora.

- Bueno, pues déjeme decirle algo -declaró Mike-. Está usted preparando a Sybil para que vaya por el mundo por sí misma. La ha animado a que sueñe con ser una mujer independiente y logre una posición social. ¿Maestra? Quizá. Pero los mejores puestos

en la educación son para hombres. Y Sid y yo no la vamos a ayudar como hemos hecho en el pasado. No vamos a construirle nada, ni a reparar las cosas de la casa. En cuanto a ese estúpido sueño de ser una doctora, no tiene las agallas suficientes. Todos esos años de estudiar asignaturas científicas que no le gustaban, no la han llevado a parte alguna. Las facultades de medicina son muy selectivas acerca de las mujeres que aceptan, y no van a aceptarla a ella. Este sigue siendo un mundo para hombres, y, en realidad, las mujeres no tienen oportunidad alguna. Doctora, ya es hora de que se despierte a la verdad acerca de Sybil Dorsett. Es una mujer, y una mujer no puede tener éxito en el mundo.

Entonces, salieron de la oficina. Desde la puerta, Mike lanzó un ultimátum:

- Dénos nuestra libertad, señora doctora. Este mundo no le pertenece a usted, sino a nosotros.

Con Mike y Sid en revuelta, y con Mary aún dentro del iglú, el momento era bastante malo. De nuevo, la doctora Wilbur tuvo que acudir a la paciencia de los ocho años anteriores.

A la siguiente mañana, el paciente fue Sybil, ayudada por Vicky, Peggy y Ruthie, todas las cuales estaban lo bastante cerca de ella como para poder darle fuerzas. Como en el inicio del análisis, Sybil hablaba de música, aunque no de la misma manera.

- No he tocado el piano desde que era una niña -dijo anhelante Sybil-. Me perdí todo eso. Me preocupa.

- Lo tocarás -le prometió la doctora Wilbur con el mismo tono que el doctor Taylor había empleado para el violín en la vieja, farmacia de Willow Corners-. Tocarás muy bien el piano.

- ¿Cómo puede decir eso? -dijo perpleja Sybil.

- Quizá te sorprenda -replicó la doctora Wilbur-, saber que una de tus otras personalidades toca maravillosamente. Cuando te unifiques con ella, te devolverá la habilidad de tocar el piano, tal como Peggy te ha devuelto la capacidad de irritarte.

El asombro llenó la sonrisa de Sybil.

- ¿Cuál? -preguntó.

- Vanessa -le contestó la doctora Wilbur-. Voy a tener una charla con Vanessa, y trataré de persuadirla de que se acerque más a ti. Está aún bastante lejos, Sybil, pero pronto, cuando los quince seáis una sola, las cosas serán distintas.

Pensando en Mary, Mike y Sid, la doctora esperaba no ser demasiado optimista.

En Marzo de 1964, Mike y Sid estaban aún luchando recalcitrantemente contra la integración, pero Mary había salido del iglú. En una sesión analítica había anunciado:

- La Iglesia no importa. Lo que es importante es vivir una buena vida cristiana y amar al prójimo.

Era la misma filosofía, la filosofía de la abuela Dorsett, que Mary había enunciado a principios del análisis, pero que se había tornado confusa en el momento en que la Iglesia había intentado atraparla.

Con los problemas de Marcia y Mary resueltos, Sybil se sentía ahora lo bastante bien como para buscar su primer trabajo a tiempo completo desde que llegó a Nueva York.

- Vanessa -le dijo Vicky a la doctora Wilbur- no cree que tengamos la ropa adecuada para nuestra reentrada en el mundo.

La doctora Wilbur fue a comprar con Sybil y le regaló varios conjuntos nuevos. Fortificada con la nueva ropa y con la seguridad en sí misma que le había devuelto Peggy, Sybil, que tenía dificultades para volver a enseñar dado que no lo había hecho

en diez años, recorrió las calles de Nueva York, pasando por diversas agencias de empleos.

Despertándose a las 4:45 de la madrugada del 8 de Agosto, Sybil se dio cuenta de que tenía unos «sentimientos muy claramente de Peggy». Cerró los ojos y vagó durante algunos segundos para ver si podía descubrir lo que deseaba Peggy. A la mente de Sybil llegaron botes de color púrpura, con velas verdes. En una ocasión había hecho una pintura de una artemisa en la clase del profesor Klinger, pero jamás le había agradado demasiado la combinación del púrpura y el verde. Entonces, Peggy dijo: «Mira, hay tres banderas rosa en la nave.» Sybil salió de la cama. Eran las cinco de la mañana, demasiado pronto para ir a buscar un empleo. Decidió darle a Peggy los colores y el papel para que dibujase botes púrpura y verde con banderas rosa. Una mezcla horrible, pensó Sybil, pero, ¿por qué no complacer a Peggy? A las seis, los botes terminados por Peggy estaban navegando a plena vela. Peggy deseaba llamar al dibujo *Banderas Rosa*; Sybil prefería *Sobre las embarcaciones y la navegación a vela*, pero, al fin, Sybil dejó que Peggy se saliese con la suya.

Más tarde, aquella misma mañana, Sybil visitó las agencias, sintiéndose tranquila y llena de energías. Atribuyó su estado de ánimo tan feliz al hecho de haber permitido que Peggy hiciera su dibujo. Aquella mañana Sybil consiguió un trabajo de recepcionista en el Hotel Gotham de Nueva York.

Llevaba una semana trabajando allí, cuando Ramón Alegre la invitó a salir. Aceptó. Desde el principio, su respuesta hacia Ramón, contable especialmente asignado al Gotham, y que pronto volvería a su Sudamérica nativa, fue positiva.

El día siguiente a su primera cita la doctora Wilbur partió a una convención médica en Zurich y unas vacaciones en el extranjero. Acompañándola al aeropuerto, Sybil le habló de Ramón:

- Me gusta -dijo con una franqueza nada vacilante que la doctora jamás le había visto mostrar hacía ningún otro hombre-. Me ha pedido que volvamos a salir esta noche.

- Te está urgiendo -dijo la doctora, sonriendo.

- ¿Cree usted que se trata de eso? -preguntó Sybil-. Hace tanto tiempo que no he tenido una cita, que me he olvidado del vocabulario.

Mientras el avión de la doctora Wilbur se alzaba rápidamente por el aire, Sybil se quedó mirándolo, hasta que desapareció. Luego, hallando unos bancos a pleno aire, se sentó a disfrutar de la vista. Se notaba en paz y no sola a pesar de que la doctora Wilbur no estaba con ella. Igualmente, pensar en Ramón contribuía a su sensación de bienestar. ¿Era aquello la euforia? Esa palabra no había formado jamás parte de su vocabulario, hasta aquel momento.

Aquella noche, después de que Sybil hubo regresado a su apartamento y antes de que Ramón pasase a buscarla, Sybil continuó sintiéndose como si la doctora siguiera con ella. La doctora Wilbur le había dicho a menudo que así es como debía ser, pero jamás había experimentado esa sensación. Sin embargo, esta vez Sybil la notaba realmente. Se sentía complacida por haber podido hablar a la doctora de Ramón. Sybil sabía que la unión que había tenido con la doctora fuera de su oficina había sido una parte importante, quizá la más crucial, de la terapia. Y ahora Ramón. También notaba paz al pensar en él... un hombre al que no le había cerrado la puerta.

Ramón

Ramón Alegre había despertado en Sybil sentimientos que, para ella, resultaban totalmente nuevos. Siempre temerosa de ver a la misma persona, hombre o mujer, muchas veces por miedo a que este amigo descubriese sus lapsos en el tiempo o se encontrase con una de las otras personalidades, e incapaz, habitualmente, de

planificar por adelantado dado que el mañana podía no pertenecerle a ella, Sybil se había atrevido a estar con Ramón durante ocho semanas de continuas salidas.

En el día lo veía a veces preocupado pero no remoto. De noche y en los fines de semana disfrutaban de conciertos, teatros, galerías de arte, largos paseos por el Central Park y alguna velada ocasional en el apartamento de Morningside Drive. Desde la partida de Teddy, sólo habían sido admitidas a su intimidad dos personas: Laura Hotchkins, una amiga de Wittier Hall, y Flora Rheta Schreiber, una amiga y escritora profesional que la doctora Wilbur le había presentado en 1962. Y si bien Laura y Flora sabían que Sybil era una personalidad múltiple, y Flora había conocido a las otras personalidades, Ramón no sabía nada del estado de Sybil. Por consiguiente, al salir con él, Sybil estaba declarando su confianza en la habilidad de seguir siendo ella misma.

En realidad, mientras preparaba la cena para Ramón un Jueves por la tarde, Sybil se dio cuenta, repentinamente, de que ya no era lo que había sido: una personalidad vacía, incapaz de amar o de tener una relación personal. Poco después de conocer a Ramón le había confiado a Flora, a quien la doctora Wilbur y ella habían hecho partícipe de todo lo ocurrido en el análisis:

- No puedo sentir nada. ¿Cómo puede una sentir algo, con semejante lío de emociones? Una está demasiado ocupada con los sentimientos que le complican la existencia, para poder tener otros.

Pero ahora Sybil ya no era la cáscara de la personalidad que había sido cuando Stan, que le había propuesto un matrimonio sin sexo y se había hallado bien con ella porque no tenía ningún sentimiento, la había rechazado.

Con Ramón era diferente. Se sentía atenazada por la intensidad de sus sentimientos. ¿Era aquello amor? El sentimiento era nuevo, como también lo era la experiencia de solidez que había reemplazado a la sensación de flotar del pasado.

¿Estaba ya bien?, se preguntaba. ¿Era la salud lo que le había arrancado la pesada carga y la había llevado hasta una puerta metafórica, a través de la cual estaba reentrando en el mundo?

¿Qué había más allá de la puerta? Sybil no lo sabía. Había dado una ojeada a lo que sabía pertenecía al mundo de las personas sanas, y sin embargo, también sabía que aún seguía apartada del mismo. Esto ocurría a pesar de que, aunque la doctora Wilbur estaba ausente y estaba llevando a cabo su experiencia totalmente nueva con Ramón, no se había disociado ni una sola vez durante aquellas ocho semanas. Pero aún existían algunas de sus otras personalidades.

Vicky le dijo:

- Ramón es una buena persona, pero va demasiado aprisa.

- Es colombiano -había dicho Peggy-. ¡Qué excitante! Colombia es un lugar al que quiero ir.

Vicky y Peggy estaban ahora muy unidas a ella. Sin embargo, algunos de los otros jamás habían estado cerca, y luchaban contra la integración. Aunque le había ocultado este hecho a Ramón, aún *era* una personalidad múltiple.

Mientras Sybil trabajaba en los preparativos de la cena, también se admitió a sí misma que sus depresiones y sentimientos suicidas no habían sido eliminados por la euforia de su romance. Incluso durante aquellas ocho semanas había tenido ataques de desesperación, y deseos de lograr un descanso. El descanso de la muerte.

Fue al dormitorio, comenzó a vestirse, se miró en el espejo. Hasta conocer a Ramón, los espejos no habían formado parte de su existencia. Atreviéndose finalmente a mirar, no se había sentido disgustada con lo que había visto. Quedándose frente al espejo, Sybil se dio también cuenta de que la verdad acerca de sí misma que había tratado de ocultarle a Ramón, estaba cambiando. A la edad de 41 años estaba

esperándolo con la expectación de una quinceañera. Por primera vez estaba enamorada.

El timbre la despertó de su ensueño. Allí estaba Ramón, llevando un ramo de rosas rojas.

- Querida -dijo mientras la besaba-, te he echado de menos.

Habían pasado exactamente dos horas desde que se habían visto en el trabajo, y menos de veinticuatro horas desde su última cita.

- Ramón -dijo ella-, yo también te he echado de menos.

Para Sybil, que a menudo identificaba a la gente, los estados de ánimo y las cosas con colores, que había descrito sus dos años perdidos como azules y se imaginaba a los pollos con patas azules, Ramón le parecía completamente marrón, como la tierra. La tomó en sus brazos con tal facilidad, la acarició con tal expresividad, que ella, a la que todo contacto físico le había sido aborrecible, no se apartó.

- ¿Un nuevo dibujo, querida? -preguntó Ramón, cuando sus ojos se posaron sobre la repisa, donde se hallaba una figura pensativa, dibujada al carboncillo-. ¿Un autorretrato?

Sybil se sintió azorada. Era un dibujo de ella, hecho por Peggy.

- La figura tiene un aspecto omnipotente -indicó Ramón.

Silencio.

- Siempre me ha gustado ése -comentó Ramón, mientras caminaba hacia una figura abstracta de color azul sobre un fondo de azul más oscuro. Entonces Sybil se sintió más a gusto, pues esa pintura era suya.

- Fíjate en el sombreado -dijo-. Todas las sombras del azul, que son amor.

- Jamás pensé en el amor como azul -replicó Ramón.

- Azul como el cielo, como el mar. Yo siempre lo he imaginado así -fue la respuesta de Sybil.

Ramón estudió pensativo la pintura.

- Crea una impresión de amor -admitió. Luego, mirando las pinturas y dibujos en los que predominaban las figuras de niños, observó: Pocas veces dibujas adultos. ¿Le has declarado la guerra al mundo de los mayores?

Sybil se echó a reír.

- No exactamente -bromeó-, pero una de las ideas que tengo más arraigadas es una gran casa en la que se alinean en hilera muchos hermanos y hermanas. Supongo que eso se debe a que soy hija única.

- Esa es la primera cosa que me has dicho acerca de tu pasado -le indicó él-. Después de ocho semanas, ni siquiera sabía eso.

El comentario hizo que Sybil se sintiese inquieta. Circunspecta y cuidadosa en la ocultación de la verdad acerca de sí misma, no había dicho todavía ni una palabra de su autobiografía.

- Lo único que realmente sé de ti -continuó Ramón-, es que tienes mi edad y que, como yo, jamás te has casado. Supongo que por las mismas razones. Ambos hemos estado ocupados

por otras cosas.

Su inquietud se hizo aguda. Sybil cambió de tema, diciendo:

- Será mejor que saque la cacerola del fuego.

En la cena, Ramón, católico, bendijo la mesa. Sybil notó que sus pensamientos vagaban entre los fuertes sentimientos anticatólicos de Nancy y el estar atrapada en una iglesia anticatólica de Mary. El problema de Nancy había sido resuelto, y Nancy misma había desaparecido. También habían quedado resueltos los conflictos religiosos de Mary. Si no hubieran sucedido estas cosas, se dijo Sybil, Ramón no estaría sentado en esta mesa.

Tras bendecir la mesa, Ramón comentó:

- He recibido una carta de mi sobrina esta mañana. ¿Querías verla?

- No sé leer Español -replicó Sybil, pero tomó de buena gana la carta-. Hay más dibujos que palabras -comentó, mientras la examinaba con alegría-. Es como yo, cuando tenía seis años.

Aunque no conocía a la sobrina de Ramón, Sybil ya sentía un cierto cariño por ella y sus dos hermanos, de los que Ramón hablaba constantemente. Sybil había empezado a pensar en ellos como los hijos de Ramón, porque sabía que, tras la muerte de su madre, la hermana de Ramón y su esposo, en un accidente automovilístico, Ramón había iniciado los trámites para su adopción.

Desde el principio, los fuertes sentimientos familiares de Ramón habían conmovido a Sybil. A medida que le había ido contando su historia, se había sentido también muy impresionada por la energía que había mostrado al realizar su sueño de mejorar de posición. Ramón, el mayor de nueve hermanos, fue el único de la familia que logró una educación. Con una beca consiguió cursar sus estudios en una universidad católica de su Bogotá nativo. Trabajando de noche, y estudiando durante el día, había logrado un título de la Facultad de Ciencias Empresariales de la Universidad de Columbia. Ahora contable, había logrado un cierto número de asignaciones especiales a hoteles estadounidenses de primera categoría.

Cuando Sybil le devolvió a Ramón la carta de su sobrina, éste comentó:

- Te encantan los niños.

- Como es natural en una maestra -le dijo Sybil-. Incluso a pesar de que hace años que no enseño. Se debe a que he estado ocupada con mis trabajos de graduación.

Se sentía inquieta al permitir que las redes del pasado se hubiesen enmarañado en el presente.

- Deberías haberte casado -dijo Ramón-. Serías una madre maravillosa.

La habitación se quedó en silencio. La mente de Sybil se llenó con las muchas declaraciones de maternidad que había hecho de niña:

«Cuando crezca, voy a tener muchos hijos. Podrán jugar unos con otros. Seré buena con ellos. Voy a dejarles hacer lo que quieran. Ni los golpearé, ni los ataré, ni los enterraré en un silo de trigo. No lo haré... »

Recordaba cómo se había imaginado que era una madre, cómo había hecho planes para sus cincuenta muñecas y también para sus muñecas de papel. Entonces, de repente, se dio cuenta de que en aquellos juegos imaginarios jamás había pensado en tener un hijo. La familia ya en marcha de Ramón coincidía con sus primitivas fantasías.

Mientras servía el café, pensó: podría amar a esos niños, sobre todo dado que jamás podré tener hijos propios.

- Puedo ver a la niñita que hay en ti -comentó Ramón.

Sí, pensó Sybil, esa niñita, esas niñitas estuvieron conmigo mucho después de que se debieran haber ido.

La conversación pasó a los libros, a la música y a la religión.

- Antes tenía unas ideas muy confusas acerca de la religión -comentó Sybil-. Eso ya se acabó.

Y pensó: menos mal que Nancy, con sus fuertes sentimientos anticatólicos, ha desaparecido. Nancy jamás hubiera aceptado a Ramón, que es católico, ni me hubiera dejado aceptarlo a mí. Ahora, la diferencia de cultos no separaba a Sybil de Ramón.

Ramón encendió la radio para oír las noticias de la Bolsa. Un periodista estaba hablando del testimonio de un psiquiatra en un juicio por asesinato.

- Complejos de los gringos -dijo -Ramón irritado-. La gente con verdaderos

problemas no necesita un arreglacabezas. Los europeos y los latinoamericanos no necesitan esas estupideces de la psiquiatría, como vosotros los yanquis.
Silencio.

- ¿Estás preocupada por algo, querida? ¿Te pasa algo? ¿Te he ofendido?

- Oh, no, Ramón.

Miró su cabello castaño oscuro, sus ojos danzarines. Complejos de los gringos. ¡No comprendía nada! Jamás podría comprender Ramón las emociones que habían complicado su existencia.

Se levantó de la mesa para arrodillarse junto al hogar.

- Estos días de Octubre pueden ser bastante fríos -dijo mientras encendía el fuego.

- Deja que te ayude, querida -comentó él, arrodillándose junto a ella.

Ella pensó: quiero que hagamos el amor. Quiero tener un hijo propio. ¡Si me fuera posible! Estoy aterrorizada. Durante ocho semanas, mi miedo se le ha contagiado a él. Nos hemos acariciado y besado, pero nada más. ¡Quiero más... necesito más!

Respondiendo a su invitación no formulada, Ramón la acarició. Su cabeza se dirigió hacia el pecho de él. La abrazó.

- Cuando tengo una erección -le dijo-, me la mido. Tiene dieciocho centímetros. ¿Está bien?

Ella sonrió nerviosa, y recordó que antes pensaba que el amor hacía daño, que cuando la gente la amaba a una, la golpeaba, y le metía botellas y linternas. Luego, apartó esos pensamientos como recuerdos que pertenecían a una era de antes de que se hubiese reconciliado con el pasado.

- Querida, te deseo... -murmuró apasionadamente Ramón.

- No, Ramón -replicó ella con un estremecimiento que aún era de deseo, mientras se soltaba de su brazo.

Él volvió a acercarse a ella, y, nerviosamente, comenzó a bajarle la cremallera del vestido.

Ella negó con la cabeza, la volvió a subir, y se sentó en el sofá.

- Te amo, Sybil -dijo.

- Yo también te amo, Ramón. Y por eso mi respuesta es no.

- No comprendo -protestó él.

- Sé que no comprendes -le dijo ella-. Pero tengo miedo.

- ¿Tienes miedo de mí, Sybil? -preguntó, confundido-. Te amo.

- Yo también te amo -le dijo ella-. Pero tengo razones para tener miedo.

Él la miró en una forma que reflejaba tanto perplejidad como ternura. Ansioso de ganar puntos, también sentía ansias de proteger a Sybil contra sus miedos. Con voz muy baja dijo:

- Quizá no sea el momento adecuado -se puso la chaqueta y se dirigió hacia la puerta-. Mañana por la noche iremos a la ópera. Te vendré a buscar a las seis. Primero iremos a cenar, a algún sitio al que no hayamos ido nunca.

Le besó las puntas de los dedos, y se marchó.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de él, Sybil pensó: ¿Y si no vuelve nunca más? ¿Y si vuelve?

Al siguiente Domingo por la mañana, Sybil y Ramón caminaban por Central Park. La sólida roca por la que pasaba le reafirmaba a Sybil su propia solidez. Los árboles desnudos le recordaban las hojas de sí misma que habían caído. Era tan difícil decir cuántas de las personalidades se habían unido ya con ella como contar las hojas caídas en el camino.

- Hoy es un día tranquilo, mi amor -señaló Ramón.

- Estaba pensando en las hojas caídas -le dijo ella-, y en la roca que permanece.

- Mi pequeñuela es una poetisa -exclamó él.

- De niña escribí poesías -le dijo ella.

A continuación, Ramón sugirió que dieran un paseo en un coche de caballos.

- Después de todo -bromeó-, soy un turista en tu país.

Mientras estaban paseando, Ramón sacó de su bolsillo una cajita que se hallaba envuelta en papel blanco y atada con un lazo azul.

- Tengo algo para ti -dijo, mientras abría el paquete. Ella se quedó sin aliento cuando le mostró un anillo de diamantes y rubíes, que le colocó en el dedo-. No será un noviazgo muy largo. Nos casaremos en seguida. Vendrás a Bogotá conmigo, para buscar a los niños. Luego, regresamos, a los Estados Unidos con nuestra familia. ¿Eres feliz?

Desgarrada por sensaciones conflictivas, Sybil se quedó en silencio. Si era posible, aún quería más a aquellos niños que al mismo Ramón. Si fuera su madre, sería buena para ellos, repararía todo lo que le había sido hecho a ella. Ahora tenía en su dedo, bajo el símbolo del anillo de Ramón, todo aquello que siempre le había parecido inalcanzable.

- No me dices nada -exclamó con tono urgente Ramón-. ¿Por qué no me dices nada?

Durante un tiempo, el único sonido fue el de los cascos del caballo.

- No permaneceremos mucho tiempo en Bogotá -le explicó Ramón-. Así, no sentirás nostalgia.

¿Nostalgia de qué?, se preguntó. Estaba dispuesta a irse ahora mismo. Deseaba casarse con Ramón, deseaba ayudarle a cuidar aquellos niños.

- Necesito tu respuesta en seguida. No tenemos demasiado tiempo, querida -suplicó Ramón-. Los niños no pueden esperar. Necesitan una madre.

Las emociones conflictivas hacían que Sybil no pudiera contestar. A Ramón le parecía seria y abstraída. Abrió los labios, como para hablar, y luego los cerró de nuevo.

- ¿Te encuentras bien? -le preguntó ansioso Ramón.

Sybil se puso a temblar. No deseaba sellar su destino.

- Tienes que decir que sí -insistía Ramón-. Ese sí lo he visto en tus ojos desde hace muchas semanas.

Finalmente, con una voz rota y entrecortada, Sybil dijo:

- Te quiero, Ramón. Quiero casarme contigo y ayudarte a cuidar a esos niños. Pero no puedo.

Anonadado, protestó:

- ¿Por qué? No creo que haya nadie que se interponga en nuestro camino.

Silencio. No podía decirle que, aunque no había ningún esposo o amante que obstruyera su camino, *había* gente en el mismo. ¡Cómo se burlaría de ella si le dijese que era una personalidad múltiple! Era como el resto del mundo, que no la comprendía. Uno puede hablar con la gente de cualquier otra enfermedad, incluso de enfermedades mentales, pero aquella tenía que mantenerla oculta, excepto para muy poca gente.

- ¿Qué me respondes, querida? -le preguntaba Ramón.

- Dame tiempo, Ramón -suplicó Sybil.

- Sybil, no tenemos tiempo. Tienes que contestarme *ahora*. Esos niños necesitan una madre. Yo deseo que esa madre sea la mujer que amo.

El tiempo, pensó agónicamente Sybil. El tiempo siempre me ha traicionado. Y se limitó a preguntar:

- Pero, ¿Por qué no hay tiempo?

- ¿Es que no comprendes? -dijo-. No me darán a esos niños si no estoy casado. Y no podré traerlos aquí a vivir, si mi esposa no es estadounidense.

La urgencia de la petición de Ramón convirtió, de repente, en terriblemente clara la cuestión. Quería una madre para aquellos niños, pero deseaba una estadounidense sin complejos. ¿Quién criaría a aquellos niños? No sería Sybil sola, sino con Peggy, Marcia, Vanessa, Mary, Mike y Sid. Ramón jamás lo comprendería.

- Tiene que ser ahora -tartamudeó Ramón.

Los otros estaban unificándose con ella. *Estaba* poniéndose bien. Pero incluso aunque había llegado al umbral, aún no había cruzado la puerta. Un regalo de tiempo podría haber rescatado aquel amor, pero Ramón le había dado un ultimátum: ahora o nunca.

- Cásate conmigo. Quédate aquí, Yo iré y traeré a los niños -ofreció ahora Ramón.

- Ramón -contestó desesperada Sybil-, no puede ser. No me es posible casarme contigo.

- ¡Santo cielo!, ¿por qué? -gritó él.

- No puedo -repitió ella.

Apartándose de él, miró a través de la ventanilla, luchando con su desesperación.

Luego, volvió a meter el anillo en la caja, y se lo devolvió a Ramón.

- Mujer misteriosa -escupió irritado Ramón-, dime la razón de ese misterio, o me iré. Jamás me volverás a ver.

De inmediato, su tono cambió de la ira a la ternura:

- Si es algo serio, algo grave, puedes contármelo. Te amo, Sybil. Te escucharé.

El «no te atrevas a decirlo» de los días pasados, volvió para acosarla. Pero, aunque no se atrevía a decirlo, no se alejaba de la verdad acerca de sí misma como había hecho en el pasado. Desde luego, era una mujer misteriosa para Ramón; no obstante, los años de análisis habían desvelado el misterio para ella. Su inconsciente se le aparecía claro, translúcido, mientras el de la mayoría de las gentes estaba sellado por la incomunicación. Su inconsciente se le había mostrado como quizá nunca había ocurrido con ningún otro ser humano.

- Te escucharé -insistió Ramón.

Ramón estaba ansioso de comprenderla y al mismo tiempo le hubiera resultado imposible llegar a comprender lo que le sucedía, aunque se lo hubiera explicado. En realidad, Ramón no había traspasado, como ella creía antes, el grueso velo de soledad que colgaba entre ella y el mundo. El velo seguía incólume.

El coche se detuvo. Mientras Ramón ayudaba a Sybil a bajar del vehículo, ella gozó de su contacto.

El silencio reinó durante su viaje en taxi.

Luego, Sybil y Ramón se hallaron frente a la entrada del viejo edificio donde ella vivía.

- ¿Volverás a pensártelo? -le preguntó. En su rostro se veía la sombra de la tristeza.

- Desearía poder hacerlo -le contestó ella.

¿Cómo me enfrento con esto?, era su súplica interna. En el pasado, no me enfrentaba con las crisis; dejaba que los otros lo hicieran por mí. Pero no soy la misma. Ahora, puedo enfrentarme con mis propios problemas. Y también soy capaz de ver la diferencia entre el romance y la realidad. Ramón me ama... pero con condicionantes. Yo lo amo, y deseo sus niños. Pero está convirtiendo al tiempo en el viejo en emigo traicionero.

Las mejillas y los labios de Ramón se tornaron blancos. Volvió a caer en la hosquedad. Luego, pareció alejarse.

- No te quiero hacer ningún daño -dijo con aire ausente-, sino todo lo contrario. Pero, a menos que cambies de idea y me lo hagas saber, no nos volveremos a ver de nuevo.

- ¿Tenemos que separarnos de esta manera, Ramón? -le preguntó ella.

- La decisión ha sido tuya, Sybil -replicó él con frialdad-. Pero recuerda, aún puedes

arreglarlo todo.

La avalancha había comenzado, pero aún no había chocado contra el fondo. El choque llegó cuando continuó con amargura:

- No sólo me has rechazado a mí, sino a esos tres niños que decías amar sin conocerlos. Pero, de nuevo, te lo vuelvo a decir: puedes aún arreglarlo todo.

Le dio la espalda, caminó algunos pasos y regresó. Le colocó la caja con el anillo en la mano.

- De todos modos, quédatelo -le dijo-. Es tu piedra astrológica. Y te gustan las cosas bonitas. Quédatelo en recuerdo de la vida que rechazaste, de tu negativa a vivir.

Huyó hacia el interior de la casa.

Pensó que había rechazado a Ramón, tal como ella había sido rechazada tantas veces. A los tres años y medio de edad le había preguntado a un doctor de un hospital: «¿Quiere usted una niña?» Y él se había apartado de ella de la misma forma que ella se acababa de apartar de Ramón. Había dado la espalda a tres niños igual que un doctor, hacía mucho, se lo había hecho a ella.

Y no obstante, al cabo de un momento se dio cuenta también de que no tenía motivo alguno para sentirse culpable por sus acciones. Los esfuerzos de Ramón para inyectarle una sensación de culpa *no* habían, tenido éxito. El darse cuenta de esto le dio fuerzas.

¿He estado usando el ser una personalidad múltiple como una máscara para los verdaderos temores que me mantienen apartada de lo que más deseo?, se preguntó. ¿Soy realmente tan noble, tengo tanta moral como para sacrificarme con el fin de proteger a Ramón y a sus niños de mi enfermedad? Pero Sybil sabía que su misma salvación dependía del que se dedicase a su naciente salud.

Como para confirmar esta repentina visión, lo primero que hizo en el apartamento fue vaciar el florero que contenía las ya marchitas rosas que Ramón le había regalado tres días antes.

A la siguiente mañana, Sybil pensó en no ir a trabajar, pero se obligó a hacerlo. De nuevo mi conciencia, pensó. Pero Ramón no estaba allí. Su asignación especial había concluido, según se enteró, y ya no volvería al hotel.

No había tiempo. Ramón no la engañaba cuando le dijo esto.

Al final de la semana, encontrando que era demasiado doloroso permanecer sola allí donde Ramón y ella habían permanecido juntos, Sybil dejó su trabajo en el Gotham.

Sybil estaba segura de que Ramón no sentía deseos de venganza contra ella. Tanto por naturaleza como por principios, estaba por encima de una vulgar satisfacción de sus instintos más bajos. Probablemente jamás la perdonaría por no haber aceptado su amor, pero aquello era otro asunto.

El recuerdo era una tortura constante. Mantenía un fuego lento de remordimientos, una pena trémula que no quería desaparecer. Trató de contrarrestar su pena pensando, objetivamente, en que había existido una obvia manipulación en su intento de matrimonio. Pero, sin embargo, las lágrimas inundaban sus días. Los comentarios de los otros que aún seguían dentro de ella aumentaban su problema.

- Era una buena persona -decía Vicky-. A todos nos gustaba. Deberías haber le dicho la verdad.

Y Peggy:

- Era un gran hombre. Todos queríamos casarnos con él.

Y los vituperios de Vanessa:

- Lo rechazaste, porque quizás en tu interior no lo deseabas.

- La doctora -Wilbur, que regresó poco después de que Ramón hubiera partido, se

sintió impresionada por el adelanto de su paciente. Las cartas de Sybil la habían informado: «Es la primera vez que usted ha estado alejada y que yo he conseguido seguir siendo yo misma, durante todo el tiempo.» El psiquiatra al que Sybil estuvo acudiendo durante ese período de tiempo, verificó su afirmación.

Además, tanto en la oficina como lejos de ella, durante las primeras semanas de reiniciado el análisis, Sybil pareció más fuerte, más confiada. Incluso había ganado peso, lo que en su caso siempre estaba unido a una mejora de su salud, tanto mental como física. Aquél era un importante aspecto psicossomático de la «grande hystérie» de Sybil.

Sin embargo, la relación con Ramón preocupaba a la doctora. Las referencias al mismo en las cartas de Sybil no habían indicado, en modo alguno, lo serio de su relación. Creía que, de haber estado en el país, podría haber sido salvada tal relación, de haber hablado ella con Ramón.

Sybil, mostrando su nueva madurez, insistió, a pesar de todo, que no hubiera servido de nada, porque Ramón no comprendía los problemas emocionales ni las enfermedades mentales, y cuando la doctora Wilbur la urgió a escribir a Ramón, para que la doctora pudiera hablar con él, replicó:

- Primero debo saber cuándo estaré bien.

- Estás mucho mejor -le contestó la doctora-. Me escribiste que seguiste siendo tú durante mi ausencia. ¿Continuó esto siendo cierto después de que te separaste de Ramón?

- Sí -replicó confiada Sybil-. A veces, los otros me hablaban, especialmente hacia el final, pero yo dirigía las cosas.

Mientras la doctora Wilbur estaba absorbiendo la información que le facilitaba su paciente, Sybil protestó:

- Pero aún no ha respondido a mi pregunta. ¿Cuándo estaré bien?

- No lo sé, Sybil. Has mostrado ser muy saludable en tu relación con Ramón. Pero los chicos siguen luchando contra la integración.

Sybil miró fijamente a la doctora.

- Acaba de responder a mi pregunta -le dijo-. Si me hubiera afirmado que estaría bien en un mes, dos meses, tres meses, hubiera escrito a Ramón y corrido el riesgo de que usted lograra hacerle comprender. Pero el tiempo me ha traicionado una vez más.

- Si te ama, lo comprenderá de todos modos -protestó la doctora-. Podemos escribirle y probarlo.

- No -respondió con voz baja Sybil-. Ramón es un hombre práctico. No estará esperando a una neurótica.

Mientras Sybil salía de la oficina de la doctora, se sentía sola hasta la médula. En las canciones, pensó, la gente estaba acompañada, vivía, amaba, danzaba, iba a algún sitio. Lo que Sybil había amado le había sido arrancado.

No esperaba volver a amar de nuevo. Y sin embargo, había un triunfo en su derrota. En los viejos tiempos, una crisis como aquella hubiera causado la disociación de Sybil. En cambio, ahora, no sólo había permanecido siendo ella misma, sino que continuaba sintiendo las nuevas sensaciones de solidez. El dolor que sentía por lo de Ramón era real, en contraposición a las emociones del pasado, que le habían parecido irreales. Y aunque esa pena era terrible, la nueva realidad era buena. Por primera vez, a pesar de su dolor, se sentía lo bastante sólida como para poder defender su lugar en el mundo.

Una

Enredaderas muertas, viejas enredaderas, espinos o eglantinas -dijo Marcia bajo

hipnosis en Enero de 1965-. Tengo miedo a la vida y al mundo... Tengo miedo de salir al mismo. Tengo miedo de ser rechazada, apartada, echada a un lado.

Era el miedo natural a la reentrada.

- Siento ansias de ser una persona sana entre la gente sana -declaró Vanessa-. La vida es para vivirla, y yo ya he esperado demasiado.

- Creo -admitió Mike durante la misma sesión-, que Sybil vale mucho más de lo que ella piensa, o de lo que Sid y yo jamás hayamos creído. La gente se preocupa por ella: Flora, la madre de Flora, y, naturalmente, la mujer doctora y Ramón.

- Quizá Sybil pueda hacer cosas que Mike y yo hemos querido hacer, pero que jamás se nos ha dejado hacer -añadió Sid-. Quizá no esté mal que una mujer construya una separación. Quizás ella *pueda* ser la mujer que desea, y le vaya bien en una carrera. Con la habilidad de Mike y con la mía, con nuestro entusiasmo estoy seguro de que podrá. A Mike y a mí nos parece bien lo que quiere hacer. Nos gusta la nueva Sybil.

¿La nueva Sybil? ¿Quién soy yo?, se preguntó repetidamente a sí misma.

También la doctora Wilbur se preguntaba: ¿quién es ella? Pues, aunque Sybil no era aún una única persona, ya no era una simple personalidad primaria.

La única persona que ahora acudía a las citas con la psicoanalista aquellos días, era esta nueva Sybil. Cuando la doctora Wilbur deseaba comunicarse con las otras personalidades, sólo lo podía hacer mediante la hipnosis.

Poco después de que Mary hubiese salido del iglú, ella y Sybil Ann se habían unido. Vanessa, siempre más cercana a Sybil que la mayor parte de las otras personalidades, se había acercado más en esa dirección. La apasionada denuncia de hipocresía de Vanessa había, de hecho, agudizado el darse cuenta de la misma por parte de Sybil, tanto en su pasado como en el presente, proporcionando de esta manera a la personalidad primaria una nueva comprensión de sí misma. Marcia, que anteriormente había expresado el típico miedo a la curación de un paciente, había llegado a hacerlo al unirse a Sybil. Esta unión también había tenido lugar poco después de que Marcia hubiera aceptado el deseo de asesinar a su madre.

Peggy no aparecía ni siquiera cuando era llamada. Peggy Lou y Peggy Ann se habían ya fusionado como Peggy. Ahora, esta fusión había ido aún más allá. Aquellos guardianes del pasado no integrado, con sus recuerdos airados y temerosos, habían regresado a Sybil. Tras hacer el retrato que Ramón había mirado, la última obra producida por ella, Peggy había dejado de existir como ente separado. Pero su fortaleza de carácter era muy notoria en la nueva Sybil.

Por otra parte, esa Sybil que estaba emergiendo era muy diferente a lo que originalmente había esperado la doctora Wilbur. Dado que Vicky poseía todos los recuerdos y tenía mayor parte de la Sybil original que la Sybil primaria, la doctora había pensado que sería una buena idea eliminar a las otras personalidades, incluyendo la Sybil primaria, y permitir que Vicky se convirtiese en la única personalidad existente. No obstante, la doctora había descubierto que Vicky, como todas las personalidades, existía para el propósito exclusivo de enmascarar los sentimientos con los que la personalidad primaria o central no podía soportar enfrentarse.

Por consiguiente, la respuesta había sido preservar a la personalidad primaria como tal, mientras le devolvía los recuerdos, las emociones, los conocimientos y las formas de comportarse de las otras personalidades, consiguiendo así restaurar las capacidades naturales de la niña original. Esto también significaba devolver a la personalidad primaria las experiencias de un tercio de la vida de Sybil que había sido vivida únicamente por las otras personalidades. Todo aquello fue un trabajo inédito para la doctora Wilbur.

La doctora sabía que todas las personalidades se habían ido acercando a Sybil. A

medida que Sybil cambiaba, también lo hacían estas otras personalidades. Previamente había dos niveles de negación de la madre de Sybil. Sybil había aceptado a Hattie Dorsett, su madre, pero negaba el odio. Las otras personalidades habían negado que la mujer a la que odiaban fuera su madre. Después de que Sybil, en aquel momento de purga en el coche, había aceptado el odio, las otras personalidades habían pasado a aceptar a Hattie, y ahora la reconocían como «nuestra madre». Incluso Vicky, cuyos padres jamás habían llegado de Francia a buscarla, finalmente llegó a admitir: «La madre de Sybil también lo es mía.»

Sybil había comenzado a asumir el comportamiento de los otros. Por ejemplo, lo que había sido habilidad exclusiva de Peggy Lou, el dibujar en blanco y negro, se había convertido también en capacidad de Sybil. De hecho, se había producido entre las personalidades una mezcla de los estilos de pintura. Por otra parte, aunque Peggy le había devuelto a Sybil la capacidad de multiplicar que había aprendido en la clase de quinto grado de la señorita Henderson. Sybil aún no sabía hacerlo demasiado bien.

En Mayo y Junio de 1965, aún había disminuido más el uso de la hipnosis, que ahora estaba únicamente reservada a la comunicación con las personalidades, que de otra forma no podían ser alcanzadas. Parecían terminados para siempre los días de la disociación de Sybil y de la aparición espontánea de las personalidades secundarias.

Sybil estaba en su apartamento, escribiendo un *curriculum vitæ* para una agencia de maestros en la que se había registrado con la esperanza de conseguir un trabajo fuera de Nueva York. Ahora, se creía capaz de arreglárselas sin la doctora Wilbur, y estaba ansiosa por probar su independencia. Mientras Sybil estaba escribiendo a máquina, sus dedos, de repente, se le entumecieron. Asustada, llamó a la doctora Wilbur, pero sin éxito. Entonces, llamó a Flora. Cuando Flora acudió al teléfono, Sybil se sentía completamente entumecida.

- Estoy enferma -gritó por el teléfono-. Si algo me pasa, vende el álbum de sellos... Preocúpate de que la doctora Wilbur cobre su análisis.

Trató de decir más, pero se le cayó el auricular de la mano. Sus brazos y piernas se movían involuntariamente. Cayendo hacia delante, se golpeó contra la pared, fue a chocar contra el otro lado de la habitación, e incluso golpeó al techo. Luego, se desplomó en un montón inerte, sobre el suelo.

Fue allí donde Flora la halló, llena de moretones, con un aspecto horrible. Capaz finalmente de hablar, Sybil dijo con aire de triunfo:

- Lo contemplé todo. Me di cuenta de lo que estaba pasando en cada minuto.

Poniéndose en pie, Sybil parecía más alta de lo habitual. Una voz más joven que la de Sybil, ligera, cantarina y alegre, exclamó:

- Soy la chica que a Sybil le gustaría ser. Tengo el cabello rubio y el corazón alegre.

Entonces, desapareció, y regresó Sybil.

- Debo de haberme desmayado -dijo Sybil-. ¿Otra vez? ¿Cómo puede ser eso?

Flora supo en seguida que la personalidad rubia que había emergido por un instante no era ninguna de las quince personalidades con las que se había encontrado previamente. ¿Una nueva personalidad en aquel estadio del análisis, cuando Sybil estaba ya casi integrada? Naturalmente, lo más inmediato era meter a Sybil en la cama, aplicarle compresas frías a los moretones, y llamar a la doctora Wilbur. ¿Y después?

- Fue un desarreglo gastrointestinal grave -le dijo la doctora Wilbur aquella tarde a Flora-, acompañado por un ataque y espasmos. Y durante todo ello, Sybil se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Luego Flora le contó a la doctora Wilbur lo de la rubia.

- La disociación fue breve, quizá no durase más de un minuto -terminó Flora.

- El pasado Febrero -replicó pensativa la doctora Wilbur-, conocí a esa rubia en mi

oficina, aunque en aquel momento no me di cuenta. Sybil había estado hablando; luego, adoptó una expresión ausente por un minuto, como hacía en los viejos tiempos. Después, oí la voz que has descrito. Fue sólo un minuto, un simple relámpago.

Al día siguiente, en su oficina, la doctora Wilbur hipnotizó a Sybil. Marian fue la primera en aparecer.

- Tuvimos un ataque -explicó-. Habíamos visto muchos ataques. La gente en la vieja iglesia de Willow Corners... aquella iglesia fea y desnuda. Odiamos a esa gente.

Vicky añadió:

- Anoche, en nuestra habitación, había alguien más.

- Esa individuo tenía cabello rubio... la vi -dijo Marcia-. No sé su nombre.

- ¿Quién lo sabe? -preguntó Vanessa.

- Supongo que Vicky lo sabe -replicó Marcia-, porque me parece que ella la conoce. ¿Quién es?

- Una chica nueva, pero que no es nueva -contestó Vicky.

Repentinamente, habló la recién llegada: lo hizo de forma extraña, cantarínamente, con la cadencia de un discurso preparado:

- En realidad no soy nueva -dijo-. He estado por aquí desde hace diecinueve años. Soy la chica que a Sybil le gustaría ser. Nacida en la tranquilidad, he vivido sin ser vista. Adolescente, mientras los otros permanecían aún siendo esencialmente niños, yo no tenía ningún trauma infantil. Nunca conocí ni a Hattie ni a Willard Dorsett, pues jamás viví en Willow Corners, ni asistí a la iglesia de ese lugar. Aparecí en Omaha. Disfruté en la universidad y me encanta Nueva York. Me habría hecho miembro de fraternidades, hubiera tenido muchas citas, hubiera sido animadora en los partidos de fútbol, y una líder en todas las cuestiones del campus. Me encanta la vida y el vivir. La única cosa que se interponía en mi camino es que no era libre para ser yo misma, para caminar bajo el sol y enfrentarme al mundo. Pero ahora los otros están a punto de hacerlo, iré con ellos. Ahora que los otros han abandonado sus traumas, daré la mano al resto. Mi vitalidad les dará fuerza, mi ansia de vivir, una nueva energía, mi pasado sin cicatrices, seguridad. Yo, que jamás he estado enferma, caminaré con Sybil por el mundo no protegido de la gente sana.

- Bienvenida -dijo Vicky.

- Tú y yo somos similares, Victoria -replicó la rubia, que aún no había dicho su nombre-. A diferencia de los otros, no nos acunaron en traumas, sino en el deseo de Sybil. Tú y yo somos rubias... las únicas dos de los dieciséis. Según tengo entendido, había mucha gente rubia en la familia materna de Sybil, y su madre siempre estaba alabando ese color de cabello. Somos rubias porque Sybil deseaba ser rubia.

La rubia era hija de los sueños... una muchacha que se había colocado con Sybil frente al espejo, palpitando con sus esperanzas de adolescente, mientras esperaban a Ramón. Y si su forma de hablar sonaba poco natural, era la expresión de la afectación de una quinceañera, expresando sus conocimientos y confianza recién hallados.

- He venido a liberar a Sybil -anunció la rubia-. Cuando entre en el mundo, echaremos a un lado lo que en otro tiempo fueron las enredaderas muertas de Marcia, y caminarás conmigo entre árboles en flor, ya no en el invierno de la vida, sino en la primavera.

Silencio.

La doctora Wilbur trató de lograr que la rubia dijera algo más, pero en lugar de ello, Vicky le dijo:

- La rubia es la adolescencia de Sybil.

- ¿No es un tanto tarde? -preguntó la doctora.

- Ahora necesita estar con Sybil -le indicó Vicky.

- ¿Hay alguien más? -preguntó la doctora, como si estuviera reviviendo los primeros días del análisis.

- ¿Por qué debería haber alguien más? -Vicky parecía encogerse de hombros al hablar-. Cierto, no esperábamos a la rubia. Pero, como ella misma le ha dicho, ya llevaba por aquí diecinueve años, aunque inactiva. ¿Cómo podría haber sido activa cuando Sybil, llevando el peso de su infancia, pasó de largo su adolescencia, excepto en un puro sentido físico?

Vicky hizo un a pausa. Luego, añadió:

- Fue difícil para Sybil tener una adolescencia normal. Dejó demasiada parte de sí misma detrás, fijada en la niñez. Ahora que Sybil ha acabado con esos traumas infantiles, uno podría esperar hallar la adolescencia perdida que regresa en busca de la gratificación de la madurez.

Mientras las palabras de Vicky se arrastraban, se oyó de nuevo la voz cantarina de la rubia:

- Me quedé a un lado -dijo-, hasta que Sybil se enamoró. Cuando me di cuenta que lo de Ramón no iba a progresar, me alcé para proteger a la Sybil adolescente de un desengaño. ¿Sabe?, cuando estaba con Ramón era una adolescente.

- Si Sybil aún desea sentirse como una adolescente cuando está enamorada, no hay razón alguna para que no lo haga -dijo la doctora-. La gente lo hace a cualquier edad. Puede funcionar como una rubia de dieciocho años a los cuarenta y dos. Sybil puede integrarte.

- Lo ha hecho -replicó la rubia-. No soy ninguna amenaza para la cura final. De hecho, haré que giren más deprisa las ruedas de esa cura.

- ¿Has estado escuchando, Sybil? -preguntó la doctora Wilbur.

- Sí -le contestó Sybil-. Y sé que esa parte mía que no ha dado su nombre está diciendo la verdad.

El deseo, personificado por la muchacha de los sueños, había traído una nueva juventud a la vida no vivida, a la feminidad abortada por la vacuidad y la discontinuidad.

Asombroso, aterrador, renovador de la vida, el episodio de la aparición de la rubia resultó ser el clímax de la enfermedad de Sybil. Tras ese acontecimiento, hubo muchos días en los que simplemente se quedaba sentada, y absorbía las emociones, actitudes, conocimiento y experiencias que, desde principios de Junio de aquel año, habían compartido voluntariamente con ella las otras personalidades. Y mientras daba una nueva ojeada a su personalidad eclosionante, estaba teniendo lugar en su interior una tremenda reorganización de esa personalidad. El pasado se fundía con el presente; las características de cada una de las personalidades con las de las otras. El pasado regresaba, y con él la niña original llamaba Sybil, que no había existido como entidad desde que tenía tres años y medio. No todo surgió inmediatamente a un nivel consciente, pero las cosas significativas que lo hicieron fueron una memoria normal y un sentido nuevo del tiempo. Después de treinta y nueve años, el reloj ya no resultaba incomprensible.

Una semana después de la crisis del 7 de Julio, Sybil estaba hablando con mucho ánimo a la doctora Wilbur acerca de sus planes de convertirse en una terapeuta ocupacional. Esto representaba abandonar Nueva York.

- Los viejos temores parecen haber desaparecido -comentó la doctora Wilbur-. Todo parece indicar que estás totalmente curada.

- Oh, lo estoy, doctora -replicó Sybil sonriendo-. He tenido mi último ataque. Pero fui totalmente consciente de lo que pasaba durante el mismo. No fue igual que cuando sucedían en el pasado.

Luego, añadió:

- ¿Y la rubia? -preguntó ella misma-. Bueno, noto que está conmigo. Sé que nunca más volveré a disociarme.

- Jamás habías dicho esto -replicó la doctora reconfortada-. Ni durante todo este tiempo en que no apareció ninguno de los otros.

- No lo dije -afirmó Sybil-, porque jamás antes creí que fuera a ser así.

- Vamos a ver -le explicó la doctora-, si todos los recuerdos de los otros son ya tuyos. Probémoslo.

Durante las diversas sesiones hipnóticas que siguieron, la doctora Wilbur comparó los recuerdos de Sybil con los de las otras personalidades que aún tenían identidades individuales.

Ni una sola de esas personalidades tenían un solo recuerdo que Sybil no tuviese también.

Además, la actitud de Sybil hacia esas personalidades había cambiado completamente, pasando de una negativa inicial a una hostilidad, y por fin a una aceptación... e incluso a un amor. Habiendo aprendido a amar a esas partes de sí misma, había, de hecho, reemplazado la autodetracción por un amor a sí misma. Este reemplazo daba una importante medida de su integración y restauración.

Tres semanas después de la crisis del 7 de Julio, la doctora Wilbur hipnotizó a Sybil y llamó a Vicky Antoinette.

- ¿Qué tal van las cosas, Vicky? -preguntó la doctora-. ¿Qué progresos hay por ahí abajo?

- Ahora soy parte de Sybil, ¿sabe? -le contestó Vicky-. Ella siempre deseó ser como yo. Ahora, somos una sola cosa. Ella acostumbraba a decir: «Este o tal acontecimiento fue antes de mis tiempos.» Ahora, yo digo: «Es después de mis tiempos.» ¿Comprende?, ya no soy completamente libre.

Aquella fue la última vez que la doctora Cornelia B. Wilbur habló con Victoria Antoinette Scharleau.

El 2 de Septiembre de 1965, la doctora Wilbur anotó en su diario analítico sobre el caso Dorsett: «Todas las personalidades se han convertido en una.»

El 30 de Septiembre fue el día del traslado en el viejo alojamiento. Los muebles y cuadros de Sybil partieron hacia Pennsylvania, donde había encontrado un trabajo como terapeuta ocupacional; por su parte, ella se trasladó al apartamento de Flora, para pasar sus últimas dos semanas en Nueva York.

La Sybil que entró en el apartamento de Flora era nueva no sólo para Flora, sino para sí misma. No era lo que había sido la Sybil primaria. Ni tampoco era ninguna de las otras quince personalidades. *Era todas ellas.* Como la Miranda de *La Tempestad* parecía hallarse al borde del descubrimiento, casi literalmente gritando: «¡Oh, maravilla!: / Cuántas buenas criaturas hay aquí: / ¡Oh, qué bella es la Humanidad: / Oh, hermoso nuevo mundo, / Aquel que tiene tal gente en él!»

El mundo parecía nuevo porque ella era nueva; real, porque, por primera vez en su vida de adulta, era una personalidad total y real. Mientras se quitaba la chaqueta, dejaba sus maletas y se hundía en un sillón, permaneció en silencio. Luego, dijo:

- He estado aquí antes... y sin embargo no he estado.

- ¿Quién habla? -preguntó Flora.

- Aquella que puede sentir -replicó Sybil-. Tengo nuevas sensaciones ahora, verdaderas sensaciones. No es como antes.

Este «no es como antes» era la clave para comprender que, aunque Sybil tenía ahora las sensaciones que habían sido enmascaradas durante treinta y nueve años por los otros, su escala de referencias seguía siendo la de la personalidad primaria. Flora había preparado una refacción y, mientras comían, hablaron durante un rato de cosas impersonales. Luego, sin referirse a nada que hubiera sido dicho

anteriormente, Sybil comentó: «Los recuerdos hacen que una persona madure emocionalmente.» Aunque era dicho como una generalización, a Flora le resultaba obvio que Sybil se estaba refiriendo a sí misma y que, en realidad, estaba diciendo: Ahora que los otros me han devuelto sus recuerdos, he sido capaz de madurar emocionalmente; ahora soy un todo, he madurado.

Sin embargo, paradójicamente, si bien esta nueva Sybil parecía más dura, también parecía más joven de los cuarenta y dos años que tenía. La impresión se hizo aún más fuerte cuando comentó:

- Estoy descubriendo cosas que cualquier persona de mi edad conoce desde hace tiempo.

A la siguiente mañana, durante el desayuno, Sybil dijo:

- Hubo un tiempo en que esperé lograr llegar a saber lo que estaba haciendo siempre que lo estuviera haciendo -luego, añadió con intensidad compulsiva-: Ahora, me entero de lo que sucede a cada minuto. Cuando me despierto, sé lo que hice ayer, y puedo planear lo que voy a hacer hoy.

Miró a Flora y a la madre de ésta, y preguntó con fervor:

- ¿Os dais cuenta de lo que significa tener *todo* el día ante una, un día que una sabe que será suyo?

Al final, después de treinta y nueve años de que le ocurriese lo contrario, para ella un día tenía todas las horas. Antes, el tiempo pasaba ocupado por las otras personalidades. Ahora, el tiempo le daba la oportunidad de autorrealizarse.

Cada mañana, mientras planeaba el día que tenía por delante, sus ojos lanzaban chispas y mostraba una excitación que, en cualquier otro, hubiera estado totalmente desproporcionada con respecto a la naturaleza de su actividad. La excitación continuaba en incremento a medida que se desarrollaba el día e iba haciendo cosas normales: leer un libro, ver la televisión, hablar.

- Veo el nombre de alguna figura pública en un periódico -le comentó a Flora una tarde-. Lo oigo de nuevo en la televisión. Luego, alguien habla de él. ¡Siempre lo reconozco!

Hubo un tormento de reminiscencia en los ojos de Sybil, cuando añadió:

- En el pasado, hubo tantas veces en que no podía lograr esto -puso el acento en la frase en *el pasado* con la fascinación que uno siente por un horror ya antiguo. Después, interpretando el aislamiento, la marginación que había representado el ser una personalidad múltiple, explicó-: Veía el nombre en el periódico, pero cuando lo mencionaban de nuevo en la televisión, a menudo no era yo sino uno de los otros quien lo veía. Cuando surgía en una conversación, quizá fuese otro distinto al que se encontrase en ella. Las partes no se conjuntaban.

De nuevo estaba usando el *yo* como la escala de referencia del antiguo individuo primario. Triunfalmente, añadió:

- Ahora las partes están juntas. El mundo parece un todo.

Su expresión se convirtió repentinamente en pensativa cuando, mirando fijamente a Flora, comentó con ansiedad:

- Sé que a otra gente no le causa ninguna impresión el poder ver todo un programa de televisión sin interferencias de su interior, pero para mí es toda una revelación.

Otras ideas iban siendo expresadas:

- Aquí todo es tranquilo, muy tranquilo -dijo otra tarde-. Pensando en ello, me doy cuenta de que también hay tranquilidad en mi interior. No discuto conmigo misma.

Otra tarde, cuando regresaba con Flora y la madre de ésta de una cena, Sybil resumió la situación en la forma más explícita posible, al decir:

- Estuve allí todo el tiempo. Yo, yo misma. Veo la comida, recuerdo cada palabra de la conversación. ¡Todo!

Las cosas más simples se convertían en transcendentales. Por ejemplo, una mañana, en la que Sybil había estado comprando en el mercado, descubrió al regresar al apartamento que se había olvidado del zumo de naranja.

- ¡Es maravilloso -observó con buen humor-, ser capaz de olvidarse de las cosas en la misma forma que el resto de la gente!

Más que buen humor aquella afirmación mostraba una sensación de pertenencia... de haber regresado al seno de la raza humana.

Una mañana Sybil deseó ir a Gimbels para comprar tela con que hacerse un vestido. La tienda estaba atestada. Muchas mujeres se hallaban en el mostrador al que ellas iban. La vendedora comenzó a atender a una cliente que había llegado después de Sybil.

- Lo lamento, pero yo estaba primero -protestó Sybil.

Flora se quedó sin aliento. En el pasado, una acción de tal naturaleza hubiera sido imposible para Sybil, quien tendría que haber acudido a una de sus otras personalidades, habitualmente Peggy Lou. Sin embargo, aquella vez, la única personalidad que estaba presente era Sybil, ahora confiada en sí misma.

Una nueva indicación del éxito del análisis se produjo en seguida. La vendedora le entregó a Sybil la nota de la compra. Ella la escrutó, multiplicando el número de metros por el precio por metro para averiguar si el total era correcto. En el pasado, Sybil hubiera suplicado a su acompañante que comprobase por ella la exactitud de la nota. Pero poseedora ahora del conocimiento del que Peggy Lou había sido depositaria desde la clase de quinto grado de la señorita Henderson, y ayudada por la fase post-analítica de su tratamiento, durante la cual la doctora Wilbur le había enseñado a la nueva Sybil cómo usar los conocimientos que las personalidades le habían devuelto, Sybil realizó el cálculo por ella misma.

En el departamento de vestidos confeccionados, Sybil decidió comprarse uno marrón con puños rojos y dorados y un cinturón. Al salir de la tienda, le comentó a Flora:

- He comprado el traje marrón por Sybil, pero los puños le interesan a lo que de Peggy hay en mí.

Fuera de Gimbels, Flora fue a llamar un taxi. Sybil la contuvo, diciéndole:

- Tomemos el autobús.

Recordando el intenso terror que por los autobuses sentía Sybil, Flora se dio cuenta de lo importante que resultaba aquella sugerencia.

- Todo el mundo puede tomar un autobús e ir a algún sitio. Es tan simple -comentó tranquilamente Sybil. Y, una vez en el autobús, Sybil expresó los pensamientos que Flora había tenido mientras se encontraban en la tienda-. Antes acostumbraba a hacer que otras personas calculasen por mí, o no me preocupaba en lo más mínimo de los cálculos. Pero ahora, lo hago por mí misma. Puedo pedir las cosas que deseo, calcular el cambio en un taxi, medir la ropa que necesito para un vestido y unas cortinas, medir los marcos para mis cuadros... hacer todas las cosas que antes no podía hacer.

De nuevo dio aquel curioso énfasis a la palabra *antes*, que además venía acompañada por la alegría de haber expresado una nueva libertad.

Naturalmente, aún había momentos en los que Sybil demostraba por un instante, características de lo que antes fueron sus otras personalidades.

La nueva Sybil paseaba arriba y abajo por la sala de estar exclamando:

- Me voy a otro lugar. Voy a construirme una nueva vida. Todo es excitante. Hay mucho que hacer, muchos sitios a los que ir -a Flora, esto le recordaba el momento en que Peggy Lou había planeado romper con las otras para siempre. Un toque de Vicky resultaba evidente cuando venían visitas y Sybil conversaba acerca del mobiliario primitivo americano o declaraba con convicción:

- No puedo comprender cómo alguien logra aburrirse.

La rubia, que se había presentado tan tarde, y que había sido integrada con tal rapidez, parecía omnipresente en el burbujeo del nuevo entusiasmo de Sybil.

La nueva Sybil reparaba un jarro de cerámica roto, tal como Mike o Sid hubieran podido hacer, preparaba un estofado de cordero que Mary acostumbraba a cocinar y, lo que era más asombroso, tocaba el *Nocturno en sí menor* de Chopin. En el pasado, solamente Vanessa sabía tocar el piano.

Unas pinceladas de Nancy Lou Ann parecían estar presentes cuando Sybil le confió a Flora:

- Me avergüenza haberme mostrado estrecha de miras e intransigente. Ya no temo a los católicos -y cuando Sybil añadió-: Mis creencias religiosas fundamentales siguen siendo las mismas, pero hay en ellas una modificación que ha eliminado el tormento y que les da una nueva perspectiva -era como si estuviese diciendo: «Mary ha salido del iglú.»

Las personalidades habían dejado de existir como entidades autónomas e independientes. Pero *habían* sido integradas con éxito y ahora estaban contribuyendo con sus características, que eran los diversos aspectos de una nueva personalidad total.

Naturalmente, aunque esa unicidad traía una sensación de alegría por estar con vida, una sensación de maravilla al tener todo un día por delante, nueva confianza en el enfrentamiento con el mundo, y un equilibrio que surgía de una nueva madurez y una juventud que no tenía nada que ver con la juventud cronológica, la psique recién sanada de Sybil era aún algo frágil... y no estaba a dispuesta a confiar totalmente en sí misma.

Había momentos de pánico agudo, pero que era rápidamente reprimido, e irrupciones del miedo hacia el futuro.

- No quiero volver a enfermarme -murmuraba de vez en cuando-. Tengo miedo de lo que pueda pasar a medida que el día corre hacia la noche.

Flora contemplaba lo acerbo de los temores de Sybil y llegaba a la conclusión de lo maravillosamente normal que era que Sybil tuviera miedo, como todo el mundo, de la vejez.

Lo que le resultaba más doloroso era hablar de Ramón. No fue sino hasta la noche antes de que Sybil saliese para su nuevo trabajo, cuando finalmente dijo:

- Le hubiera pedido que esperase -exclamó angustiada-, si hubiera sabido lo pronto que iba a mejorar.

Y Sybil, que en otro tiempo había sido incapaz de llorar, dejó que las lágrimas corriesen.

Durante las dos semanas de estancia de Sybil con Flora, la doctora Wilbur nunca estuvo muy lejos. Llamaba diariamente por teléfono a Sybil; en varias ocasiones, fue al apartamento a cenar.

Sybil y la doctora hablaban de sus nuevos planes. Sybil había conseguido un empleo como terapeuta ocupacional en un hospital de Pennsylvania para niños emocionalmente perturbados. Sybil consideraba eso como un empleo interino hasta que pudiera volver a dedicarse a la enseñanza.

En la víspera de la partida, 15 de Octubre de 1965, la doctora y su antigua paciente salieron del apartamento de Flora. Dos mujeres que habían hecho, juntas un viaje de once años de duración, comenzaban sus caminos separados, en el amanecer de la nueva era de la nueva Sybil. El que existiera una decimoséptima personalidad para suplantar a la vacía personalidad primera era buena prueba de que la verdad es interna, y la superficie una mentira. Pues, enterrada en la personalidad vacua, a la

que el mundo veía, se había hallado esta nueva mujer, esta mujer completa, negada durante tan largo tiempo.

Epílogo

El nuevo tiempo de la nueva Sybil

Yo, la Flora de la historia, autora de este libro, he permanecido en estrecho contacto con Sybil durante más de siete años, desde que salió de mi apartamento. De los fragmentos de algunas de las cartas que me envió, podrán obtener algunas impresiones de la nueva Sybil en su nuevo tiempo:

4 de Noviembre de 1965: «Me gustaría que pudieras ver mi casa. Connie (la doctora Wilbur) dijo que era más barato comprarla que alquilarla, y me dejó dinero para la entrada... Mi habitación de invitados es bastante grande. Es para ti, para Connie y para Laura, por turnos. ¿Comprendes? Estoy encantada al poder tener una casa mía propia. *Capri* está aquí conmigo. Su lugar favorito es el alféizar de la ventana delantera. A veces me pregunto si se da cuenta de que soy sólo yo... »

20 de Enero de 1966: «He tenido tiempo para leer algunos libros este pasado invierno. *Amistad y fratricidio*, *La búsqueda de Amelia Earhart*, *Papá Hemingway*, *Regresa el jurado (de Nizer)*. *El dinero de la otra gente*, *El rey en su castillo*, *El espejo chino* y los tres volúmenes sobre la Guerra Civil de Bruce Catton. La mayor parte de esos libros, como la mayor parte de los artículos de revistas que he leído, se refieren a acontecimientos y gente que eran noticia durante el tiempo que había demasiada gente en mí para que pudiera seguirle la pista a nada. Eran cosas de las que entonces sólo me enteraba muy someramente. Hay demasiadas cosas de las que tengo que ponerme al corriente. Alger Hiss y Whittaker Chambers, por ejemplo, eran tan sólo nombres para mí.»

25 de Septiembre de 1966: «Imagínate, llevo aquí casi un año ya. Es el primer año continuo de toda mi vida. Es asombroso cómo los días caben exactamente en las semanas y las semanas en meses que puedo recordar. Hasta ahora, sólo falté un día al trabajo (un dolor de oído el invierno pasado). Es la más grande experiencia que jamás haya tenido, no superada por nada. La gente toma tantas cosas por supuestas, que creo que no acaban de disfrutar de la vida.

»Todo ha ido bien. No ha sido todo fácil, pero no ha habido problemas. Incluso me dieron un aumento de sueldo a los siete meses. Me sentí muy sorprendida, pues no me lo esperaba porque había firmado un contrato por una cantidad fija. No obstante, sigo deseando volver a la enseñanza. Y hay buenas posibilidades de ello.

»Me preguntas si las clases privadas de arte que te mencioné las daba o acudía a ellas. Creí que ya te había hablado de ellas. Mira, te visito tanto mentalmente, que luego me olvido de que en realidad no te he dicho las cosas. Las clases son de óleo y para adultos. Las doy en el estudio de mi hogar. ¡Chúpate esa! Mi hogar, no mi casa. Al fin Mary y las demás tienen un hogar, pero ya no existe ni Mary, ni ninguno de los otros. Sólo yo.»

8 de Enero de 1967: «Aún me maravilla el ver cuántas cosas puede hacer una persona sana. Soy muy afortunada.»

14 de Enero de 1967: «Jamás te imaginarías lo que finalmente he terminado.

La pintura que ha de ir encima de tu cama turca. No es la que empecé para vosotras dos. No tuve corazón para terminarla después de que muriera tu madre. Aún no puedo enfrentarme con la sensación de pérdida, y espero que lo comprendas. Así que comencé con un tipo de pintura totalmente nuevo. Es una caseína (que es similar y dura tanto como un óleo) y está enmarcada y dispuesta para llevártela cuando vayamos a Nueva York. Lo que, si es que Connie no te lo ha dicho aún, será dentro de más o menos dos semanas, y para estar ahí un período de dos días. Tiene unas citas allí, y yo iré con ella para llevarte el cuadro (que, por cierto, es un reflejo de impresiones y estados de ánimo, y no es realista) y para veros a ti y a Laura y hacer algunas compras. Hasta pronto... »

8 de Febrero de 1967: «Gracias por enviarme los libros. Fue muy estúpido por mi parte el olvidarlos después de todos los problemas que tuviste para encontrarlos. Naturalmente, Connie diría que era mi inconsciente, que no quería abandonar tu casa. Bueno, fue una visita corta, pero siempre podemos esperar que habrá una próxima vez. Realmente, pensé que había dejado los libros en un taxi cuando los eché a faltar, mucho después. Pero jamás pensé en que alguien los hubiera ocultado deliberadamente.»

11 de Agosto de 1967: «Te escribo una corta nota esta mañana, pues tú y Connie tenéis que ser las primeras en saber la gran noticia: al menos, lo es para mí. Ayer averigüé con toda certidumbre que, a partir del 1 de Septiembre, seré ayudante de cátedra. Estoy muy excitada. Tuvieron entrevistas con otros dieciocho candidatos, y estaba segura de que no tenía la menor probabilidad, pero el decano me dijo que la elección fue unánime y que no lo dudaron después de entrevistarse conmigo. Lo que ayuda mucho a mi ego. ¿No soy afortunada? Seguiré mandándote noticias y detalles, pronto... »

24 de Agosto de 1967: «Pasé el fin de semana con Connie. Me hizo la permanente, y yo cosí un vestido de verano de nylon blanco estampado, que luego ella se puso, para que pudiera hacerle el dobladillo. Lavamos y cortamos el pelo a nuestros tres perros de agua. No les gusta demasiado. El mío gime, y los dos suyos tratan de morder. Muy divertido. Su televisión en colores y su equipo estéreo son maravillosos, pero aún tenemos tiempo para jugar a nuestros juegos favoritos de cartas. Como siempre, me gana dos de cada tres partidas. Tengo un trabajo de mil diablos, pero disfruto mucho. Me gustaría que pudieras ver cómo florece mi falso naranjo. Tengo todo tipo de flores en el jardín... »

20 de Noviembre de 1968: «Es maravilloso lo bien que van las cosas. Después de algo más de tres años, hay momentos en los que sigo sin poder creer lo afortunada que soy. Puedo recordarlo todo, y puedo hacer memoria de cada minuto de cada día. Puedes comprender lo satisfactorio que es para mí el ser únicamente Sybil, porque me conociste cuando no era así.»

El 6 de Junio de 1969, Sybil escribió para decir que venía a Nueva York a representar a su universidad en una convención. Visitó conmiizo la ciudad que, durante once años, había sido su hogar favorito, pero también caminó sola por la ciudad. El 2 de Julio de 1969, desde el punto de vista de su actual hogar, recapituló aquella visita: «Cuando caminaba a lo largo de las calles de Nueva York, volvían a mí muchas

memorias semiolvidadas, pero sin emociones exageradas. Sólo recordaba viejos tiempos, acordándome de qué sentimientos había experimentado, pero sin revivirlos. No obstante, cuando volví a visitar lugares familiares, me daba cuenta de que había recuerdos que no eran una memoria de lo que me había pasado a mí, sino a una de mis anteriores personalidades. Allí estaba la tienda de ropa en la que había comprado Peggy Lou, el hotel en que Marcia y Vanessa habían pasado una noche, y tuve un encuentro en el Museo Metropolitano de Arte con Marian Ludlow, que había sido amiga de Vicky. Marian me reconoció en seguida. Recordándola a través de Vicky, que ahora es parte de mí, charlé con Marian, aceptándola como amiga *mía*.»

Cada una de las cartas que siguieron continuaron expresando una alegría por ser una persona normal en un mundo a través del cual se movía sin incidentes temporales, y sin relojes que pareciesen caprichosos. Los temores del pasado habían ahora desaparecido.

Naturalmente, había veces en que sentía como una especie de pena, que fue expresada en una carta del 28 de Mayo de 1970: «Hubiera logrado muchas más cosas de las que he logrado, si todo hubiera sido distinto durante esos años. Creo, sin embargo, que ahora puedo comprender a mis estudiantes de una manera que, sin aquello, jamás hubiera podido lograr. Nunca olvidaré que fui una personalidad múltiple. Pero, aunque aún reconozco sensaciones asociadas con esas antiguas personalidades mías, estas sensaciones son como las de todo el mundo: simples aspectos distintos de una persona.

»¿Y el tiempo? El tiempo es tan maravilloso porque siempre está aquí. El otro día pasó algo en clase que te divertirá. Una de mis estudiantes, que es maestra, había estado enferma y se había perdido muchas clases. Luchando con el impreso justificativo de ausencia, no podía recordar cuánto tiempo había perdido. "Señorita Dorsett" me preguntó, "¿alguna vez no pudo justificar su tiempo?" Tuve un sobresalto. "Sí. Ya lo creo que sí", le repliqué tan despreocupadamente como me fue posible.»

Su comentario me hizo recordar encuentros directos con los ladrones de tiempo de Sybil: Peggy Lou, que había emergido espontáneamente un día, cuando estaba comiendo con Sybil en su viejo apartamento; la rubia; y el momento en que la doctora Wilbur había hipnotizado a Sybil para presentarme a todas las personalidades, preguntándoles si cooperarían conmigo o no, si me decidía a escribir este libro. Jamás me había encontrado con Vicky, pero ella dijo muy educadamente: «Hace tiempo que conozco a Flora.» Ruthie se había quejado: «Sybil no nos da bastante de comer», y Peggy había comentado: «De entre todas las personas que hay en el mundo, no puedo imaginarme por qué quiere escribir un libro sobre Sybil.»

Mientras Sybil estaba recordando haber sido una personalidad múltiple, la doctora Wilbur aún vivía la múltiple personalidad muy de cerca. En siete años, la doctora había diagnosticado y tratado seis casos de personalidad múltiple: cinco mujeres y un hombre. Ninguno de ellos fue psicoanalizado, sino que todos fueron tratados con psicoterapia psicoanalítica e hipnosis. Todos fueron integrados, aunque uno sufrió una recaída, y tuvo que ser integrado por segunda vez.

En el momento en que la doctora Wilbur los vio por primera vez, los seis tenían edades que iban de los doce a los treinta y tres años. Dos de ellos tenían dos personalidades cada uno; tres, cuatro personalidades; uno, siete personalidades. Todas las mujeres, excepto una, que sólo tenía doce años, habían recibido educación universitaria. Sin embargo, ninguna era tan brillante, tenía tanto talento como persona o era un caso tan complicado como Sybil Dorsett, que continuaba siendo un caso trascendental de la historia médica.

Todos tenían síntomas que seguían un curso tan predecible como el sarampión. Cada uno tenía una personalidad central o primaria, correspondiente a la Sybil primaria, y personalidades alternantes de las que la personalidad primaria no tenía conocimiento y de cuyos recuerdos y experiencias no tenía memoria. En cada uno de los seis casos había un carácter «tipo Vicky», que conocía todo acerca de las otras personalidades, y que servía de continuidad memorística.

Sin embargo, las causas de la personalidad múltiple continúan siendo desconocidas, aunque la evidencia de estos casos, así como la del de Sybil, señalan al menos hacia un factor causal común: un medio inicial (la familia nuclear) que es restrictivo, poco diferenciado e histérico. Por ejemplo, una maestra con cuatro personalidades a la que trató la doctora Wilbur en el Hospital de la Facultad de la Universidad de Kentucky, era hija de un predicador apocalíptico montañés. Este padre fanático, que recordaba tanto al abuelo Dorsett de Sybil, no permitía que sus hijos saliesen de casadespués de oscurecido, porque estaba totalmente convencido de que, cuando se ocultaba el sol, el Diablo comenzaba a recorrer las colinas.

Podría postularse que un medio ambiente histérico produce histéricos; entonces, el histérico adquiere una personalidad múltiple con el fin de asumir identidades que le hagan posible escapar a las condiciones restrictivas de aquel medio ambiente opresor. Lo que no se sabe, sin embargo, es por qué una persona en un tal medio ambiente busca esa forma particular de huida, mientras otra, en el mismo ambiente, no lo hace.

Lo que queda claramente demostrado es que la huida, que es llevada a cabo sin que lo conozca la personalidad primaria, se halla muy lejos de ser consciente, y es una estrategia del inconsciente. También resulta claro que las personalidades, que son parte de la estrategia y que existen sin ser conocidas por la personalidad primaria, funcionan como entidades autónomas.

La autonomía, observada en el caso de las personalidades de Sybil y reafirmada mediante la observación directa de esos otros seis casos, por parte de la doctora Wilbur y sus colegas, también resistía el escrutinio de una medida objetiva. El hallazgo más asombroso fue el averiguar que la personalidad primaria y cada una de las secundarias de una personalidad múltiple dada, *reaccionan como si fueran personas distintas*.

Ejemplo: Las cuatro personalidades de un paciente de 24 años de edad, a las que se les hizo pasar independientemente por un test psicológico de asociación de palabras, dieron respuestas totalmente diferentes para las palabras individuales y para los grupos de palabras. Desde luego, no había comunicación entre las personalidades, ni siquiera en algo tan elemental como una sola asociación de palabras. Indudablemente, las personalidades I, II, III y IV eran tan independientes en sus respuestas como si fueran cuatro individuos distintos.

Ejemplo: Se hizo pasar por una batería de tests psicológicos y neurológicos a las cuatro personalidades de otro paciente (Jonah), de 27 años de edad. Las personalidades reaccionaron con una completa independencia las unas con respecto a las otras. Incluso sus EEG (electroencefalogramas) eran distintos.

Un estudio, que ganó un premio de la Sociedad de Hipnosis Clínica y Experimental, tabula los resultados. Titulado *El estudio objetivo de una personalidad múltiple*, el artículo, que fue publicado en el ejemplar de Abril de 1972 de *Archives of General Psychiatry*, por el doctor Arnold M. Ludwig, el doctor Jeffrey M. Brandsma, la doctora Cornelia B. Wilbur, el doctor Fernando Bentfeld y el doctor Douglas H.

Jameson, tabulaba los EEG de Jonah y sus personalidades secundarias: Sammy, King Young y Usoffa. La tabulación era la siguiente:

RESUMEN DE LOS DATOS EEG OBJETIVOS. (MUESTRA DE 15 MINUTOS CADA REGISTRO)						
Datos	Jonah	Trance	Sammy	King Young	Usoffa	Jonah
Módulo frecuencia alfa	10,5	9,5	9,5	9,5	10,5	10,0
Campo alfa	9,5-10,5	9,0-10,0	9,0-10,0	8,5-10,0	9,0-11,0	9,0-10,5
Módulo amplitud alfa	20,0	20,0	20,0	30,0	15,0	20,0
Módulo frecuencia theta	5,0	4,0	4,0	4,0	4,0	5,0
Módulo amplitud theta	20,0	20,0	25,0	15,0	25,0	15,0
% de tiempo alfa	53,0	20,0	20,0	52,0	41,0	60,0
% de tiempo theta	31,0	76,0	75,0	18,0	45,0	8,0
% de tiempo de bajo voltaje	15,0	3,0	5,0	30,0	10,0	19,0
% de tiempo dormido	1,0	1,0	5,0	1,0	2,0	0,0
Movimiento y actividad muscular (min/seg)	9,0	0,2	4,0	33,0	13,0	16,0
Movimientos ojo/min	5,0	4,0	2,0	14,0	5,5	5,7

Aun cuando las cuatro personalidades de Jonah podían ser detectadas a través de tests subjetivos y observación clínica, trece psiquiatras del Ejército no lograron descubrir la naturaleza de su enfermedad. El que la doctora Wilbur, recién salida de una exploración de once años de Sybil Dorsett, efectuara el diagnóstico no sólo de Jonah sino de cinco otros casos en siete años, parece indicar (por simple ley de probabilidades) que esta enfermedad ocurre más frecuentemente de lo que es reconocida por la ciencia médica. No parece imposible que muchas personas que sufren de amnesia sean, en realidad, personalidades múltiples. En cualquier caso,

dado que la prognosis es muy buena cuando la personalidad múltiple es reconocida y tratada adecuadamente, resulta esencial obtener nuevos conocimientos en este campo de la ciencia médica tan poco explorado y tan a menudo ignorado.

Su importancia queda explícita en una afirmación de Freud, que aparece en *La interpretación de los sueños*:

La total multiplicidad de los problemas de la consciencia sólo puede ser comprendida por un análisis de los procesos del pensamiento en la histeria... Se pueden hallar ejemplos de todas las variedades posibles de cómo puede ser ocultado al consciente un pensamiento, o cómo puede abrirse camino hasta el inconsciente, bajo ciertas limitaciones, incluidos dentro del marco de los fenómenos psiconeuróticos.

Si uno sustituye «pensamientos» por «personalidades secundarias», tiene la analogía de los siete casos de personalidad múltiple, incluyendo a Sybil Dorsett, a los que la doctora Wilbur ha tratado.

Durante el fin de semana del día de Colón de 1972, Sybil, la doctora Wilbur y yo nos reunimos para celebrar que el libro estuviese a punto de quedar completado. Sybil estuvo maravillosa... Se encontraba tan bien, que resultaba difícil recordar que, en otro tiempo, había sido de otra manera. Está subiendo con rapidez por los peldaños de su profesión. Sus colegas la respetan, y sus estudiantes la adoran. Tiene muchos amigos nuevos, posee su propia casa, conduce su propio coche y paga regularmente a la doctora Wilbur su ya lejano análisis. Las diversas exposiciones artísticas que le han organizado, reflejan la totalidad de una artista integrada, como contraste con el batiburrillo de estilos disparatados de su pasado.

En resumen, Sybil vive ahora la buena vida: una vida completa.

Durante el fin de semana que pasamos juntas, le mencioné a Sybil que una de las mecanógrafas de este libro se había sentido tan identificada con la narración, que había soñado que era Sybil.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, los labios de Sybil se curvaron en una sonrisa maliciosa, cuando anunció:

- Soñé que era Sybil.

La Sybil con la que la mecanógrafa había soñado, parecía distinta a la mujer que tenía ante mí. El sueño... o mejor dicho, la pesadilla, había retrocedido tanto en el pasado, que durante el desayuno de aquella mañana de Octubre ni siquiera se planteó la duda de que estuviera frente a aquella mesa alguien más que nosotras tres. Sybil estaba bien, y, como amiga suya, me alegraba que su historia hubiera tenido un final feliz.

Índice completo

<u>SYBIL</u>	<u>1</u>
<u>Índice</u>	<u>1</u>
<u>El árbol familiar</u>	
<hr/>	
<u>2</u>	
<u>Relación de personalidades y fecha de "nacimiento"</u>	
<hr/>	
<u>2</u>	
<u>Agradecimientos</u>	
<hr/>	
<u>3</u>	
<u>Prefacio</u>	
<hr/>	
<u>4</u>	
<u>Primera Parte: El ser</u>	
<hr/>	
<u>6</u>	
<u>El reloj incomprensible</u>	<u>6</u>
<u>La guerra interior</u>	<u>13</u>
<u>El sofá y la serpiente</u>	<u>16</u>
<u>La otra chica</u>	<u>24</u>
<u>Peggy Lou Baldwin</u>	<u>30</u>
<u>Victoria Antoinette Scharleau</u>	<u>39</u>
<u>¿Por qué?</u>	<u>48</u>
<u>Segunda Parte: Devenir</u>	
<hr/>	
<u>57</u>	
<u>Willow Corners</u>	<u>57</u>
<u>Ayer fue nunca</u>	<u>61</u>
<u>Ladrones del tiempo</u>	<u>69</u>
<u>La búsqueda del centro</u>	<u>77</u>
<u>Testigos silenciosos</u>	<u>84</u>
<u>El terror de la risa</u>	<u>87</u>
<u>Hattie</u>	<u>92</u>
<u>Niña maltratada</u>	<u>96</u>
<u>El origen de la furia</u>	<u>105</u>
<u>Willard</u>	<u>109</u>
<u>Tercera Parte: Dejar de ser</u>	
<hr/>	
<u>116</u>	
<u>Confrontación y verificación</u>	<u>116</u>
<u>Los chicos</u>	<u>123</u>
<u>La voz de la ortodoxia</u>	<u>128</u>
<u>El vino de la ira</u>	<u>133</u>
<u>El reloj incomprensible</u>	<u>140</u>
<u>La chaqueta blanca que se aleja</u>	<u>150</u>
<u>Suicidio</u>	<u>155</u>

Cuarta Parte: Reentrada

160

<u>Comenzando a recordar</u>	<u>160</u>
<u>Futuros independientes</u>	<u>164</u>
<u>Prisioneros en su cuerpo</u>	<u>170</u>
<u>Viaje hacia la unidad</u>	<u>174</u>
<u>También son yo</u>	<u>179</u>
<u>El odio cura</u>	<u>183</u>
<u>Ramón</u>	<u>192</u>
<u>Una</u>	<u>198</u>

Epílogo

206

<u>El nuevo tiempo de la nueva Sybil</u>	<u>206</u>
<u>La autora y su obra</u>	<u>212</u>

La autora y su obra

Flora Rheta Schreiber vive en Nueva York. Ha dedicado parte de su vida a una famosa e importante revista de psiquiatría, y sus comentarios y críticas acerca del tema se han ganado el respeto y la audiencia de los especialistas.

Un día la doctora C. Wilbur la llamó por teléfono para contarle un caso verdaderamente insólito: una de sus pacientes «estaba poseída» por dieciséis personalidades diferentes, cada una de ellas con su carácter, su historia, sus gestos, y sus modales.

Después de conocer a la paciente, las tres, médico, paciente, y escritora se pusieron a la obra de «contar» de manera ordenada y racional aquel caso «sin pies ni cabeza».

En el curso del testamento se supo que la enfermedad de «Sybil» procedía probablemente de su madre, una enferma esquizofrénica con ataques agudos de devoción religiosa fanática.

Esta historia es el resultado de una de las aventuras más fascinantes vivida nunca por un psicoanalista, que hoy puede enorgullecerse de haber devuelto la paz a una mujer de treinta años, que ha luchado la mitad de su vida para salir de las tinieblas que la envolvían.

c.a.